

La isla de Sajalín

Antón P. Chéjov

Lectulandia

La idea de viajar a Sajalín, una remota y enorme isla en aguas del Pacífico, al norte de Japón, que albergaba en la época una colonia penitenciaria, y escribir «cien o doscientas páginas» sobre ella se le ocurrió a Chéjov a principios de la década de 1890. *La isla de Sajalín* puede considerarse el primer reportaje sobre un presidio, realizado con criterios modernos de objetividad.

Lectulandia

Antón P. Chéjov

La isla de Sajalín

ePub r1.0

Titivillus 02.03.16

Título original: *Ostrov Sajalin*

Antón P. Chéjov, 1895

Traducción, introducción y notas: Víctor Gallego Ballesterero

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Nota al texto

La isla de Sajalín se publicó por primera vez en forma de libro en 1895, aunque los primeros diecinueve capítulos habían aparecido previamente en la revista *El Pensamiento Ruso*. Para la traducción se ha utilizado la edición de *Obras Completas* en dieciocho tomos publicada en Moscú por la editorial Nauka en 1987, que reproduce el texto de la edición de A. F. Marx de 1902, establecido y revisado por el autor.

Equivalencia de pesos y medidas:

1 versta: 1,067 metros

1 sazhen: 2,134 metros

1 vershok: 4,4 centímetros

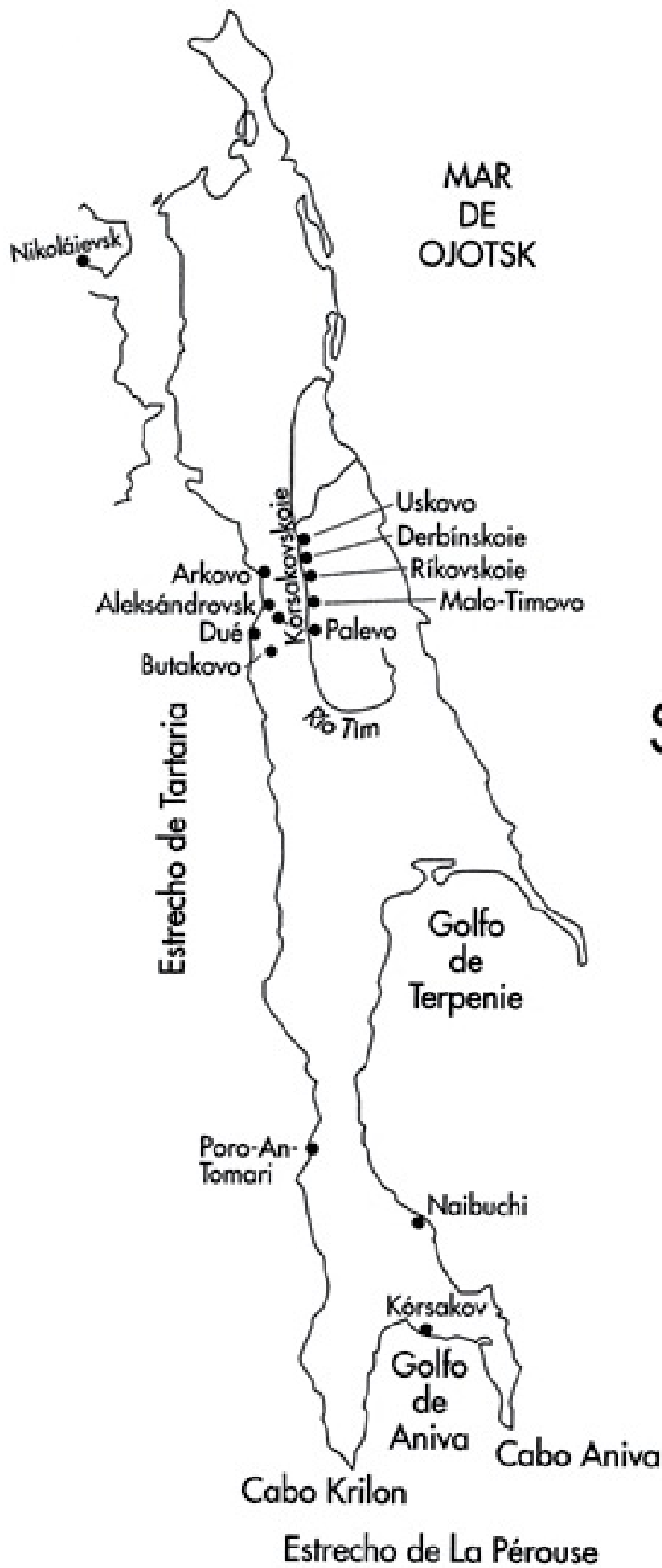
1 arshin: 0,71 metros

1 desiatina: ciento nueve áreas

1 pud: 16,3 kilogramos

1 libra: 409,5 gramos

1 zolotnik: 4,25 gramos



ISLA DE SAJALÍN

Introducción

Historia de un viaje

La idea de viajar a Sajalín, una remota isla en aguas del Pacífico que albergaba en la época una colonia penitenciaria, constituye uno de los hechos de explicación más controvertida en la biografía de Antón Chéjov. Para tratar de comprender esa decisión, en principio sorprendente e inopinada, se recurre a diversas motivaciones, especialmente las tres que a continuación se apuntan: un desengaño amoroso, la pena causada por la muerte reciente de su hermano Nikolái y un deseo de rendir tributo a la ciencia, de la que Chéjov siempre se sintió deudor. Respecto a la primera hipótesis, basada principalmente en el fantasioso libro de memorias de una dama casada de San Petersburgo, Lidia Avílova, solo puede decirse que carece por completo de fundamento. En cuanto a las otras dos, su influencia en la decisión final parece de mayor peso, sobre todo la última. A todo eso hay que añadir la curiosa y singular incapacidad de Chéjov para quedarse en un sitio fijo durante un periodo prolongado de tiempo. Ni siquiera cuando su estado de salud era ya totalmente precario, fue capaz de llevar una vida reposada y sedentaria, y siempre anduvo de un lado para otro: Moscú, San Petersburgo, Mélijovo, Yalta, Alemania, Italia, Francia jalonan las etapas de una vida en constante movimiento, pasada en gran medida en trenes, estaciones, albergues y posadas. A Chéjov parecían gustarle especialmente esos cambios de decorado, esos incesantes vaivenes. ¿Tal vez sentía necesidad de escapar de sus propios pensamientos, de sus ideas más íntimas y secretas? ¿O bien, como médico que era, comprendía que no quedaban muchos años de vida y ansiaba vivir muy deprisa, verlo y experimentarlo todo a marchas forzadas, antes de que la tuberculosis acabara con él?

Tampoco se puede determinar a ciencia cierta cuándo se gestó la idea de emprender ese viaje; lo único que se sabe es que, durante algún tiempo, el escritor ocultó sus intenciones a familiares y amigos, y que solo les comunicó la noticia cuando la decisión estaba ya tomada y el viaje mentalmente organizado. Esa manera de presentar tan peregrina empresa causó en las personas de su círculo íntimo la sensación de que su determinación obedecía a un impulso repentino, momentáneo, alocado e irreflexivo, pero la realidad era muy distinta: para esa época se había documentado de manera exhaustiva y había sopesado y meditado incluso el itinerario a seguir.

Sus deudos y conocidos, de forma unánime y general, se mostraron contrarios a la decisión del escritor y trataron de persuadirle de que abandonara ese propósito. En primer lugar, temían por su salud; además, el viaje en sí no carecía de riesgos y

peligros: aún no se había construido el ferrocarril transiberiano y el trayecto debía cubrirse en dudosos vapores y destartalados e inciertos coches de postas. Nadie ignoraba, tampoco, la existencia de bandidos, la severidad del clima, el carácter inhóspito de la naturaleza local; y, por último, ¿qué se le había perdido a Chéjov en aquella remota isla bañada por las frías aguas del Pacífico? ¿Y a qué atribuir ese deseo de estudiar una colonia penitenciaria perdida en los confines del mundo civilizado y la vida de unas pobres aldeas pobladas por sombríos y abrumados exiliados? En una carta del 9 de marzo de 1890, dirigida a Alekséi Suvorin, influyente editor de *Tiempo Nuevo* y amigo íntimo de Chéjov, el escritor aclara algunos de esos enigmas:

En cuanto a Sajalín, ambos estamos equivocados, pero quizá usted más que yo. Parto con la absoluta convicción de que mi viaje apenas aportará nada a la literatura o a la ciencia; me faltan, para ello, los conocimientos, el tiempo y la ambición necesarios. No tengo los planes de un Humboldt, ni siquiera de un Kenan. Solo deseo escribir doscientas o trescientas páginas y de ese modo saldar una deuda que he contraído con la medicina, con la que, como usted bien sabe, me he portado como un cerdo. Es posible que no consiga escribir nada, pero aun así el viaje no pierde su atractivo: leyendo, mirando y escuchando, descubriré y aprenderé muchas cosas. Todavía no he partido, pero gracias a los libros que he tenido que leer en estos últimos tiempos, me he enterado de muchas cosas que todos deberían conocer bajo pena de cuarenta azotes, y que yo desconocía por completo. Además, creo que un viaje de seis meses, con la ininterrumpida fatiga física e intelectual que comporta, me vendrá bien, ya que soy ucraniano y estoy empezando a volverme perezoso. Hay que domar la propia naturaleza. Admitamos que el viaje sea una locura, una obstinación, una extravagancia, pero reflexione un poco y dígame qué pierdo: ¿tiempo? ¿Dinero? ¿Acaso ha de detenerme el temor a las incomodidades? Mi tiempo no vale nada y dinero no lo he tenido nunca; en cuanto a las incomodidades, viajaré en coches de caballos durante veinticinco o treinta días como máximo; el resto del tiempo lo pasaré en la cubierta de un vapor y le bombardearé con cartas.

Admitamos que el viaje no me ofrezca absolutamente nada, pero ¿es posible que esos meses no me deparen dos o tres días que recordaré mientras viva, con profunda alegría o con pesar? En fin... así es, señor mío. Todo esto es poco persuasivo, pero su carta tampoco me convence. Dice usted, por ejemplo, que nadie tiene necesidad de Sajalín, que a nadie le interesa. ¿Es eso cierto? Sajalín solo puede parecer inútil y carente de interés a una sociedad que no haya deportado allí a miles de hombres y no gaste en ellos millones de rublos. A excepción de la Cayena en la actualidad y de Australia en el pasado, Sajalín es el único lugar donde se puede estudiar la colonización por parte de

delincuentes.

Mientras toda Europa se preocupa por Sajalín, ¿va a resultar inútil para nosotros? No hace más de veinticinco o treinta años fueron precisamente los rusos quienes, explorando Sajalín, realizaron gestas prodigiosas, suficientes para divinizar al hombre, pero a nosotros no nos interesa, no sabemos quiénes fueron esos hombres, y nos limitamos a quedarnos entre cuatro paredes y a lamentarnos de la maldad del ser humano. Sajalín es un lugar donde el hombre, ya sea libre o preso, debe soportar sufrimientos intolerables. Los que han trabajado o se han ocupado de ella han tenido que resolver y siguen resolviendo problemas sociales que comportan una gravísima responsabilidad. Lamento no ser un sentimental, si no le diría que todos nosotros deberíamos ir en peregrinación a lugares como Sajalín de la misma manera que los turcos van a La Meca; y, en cuanto a los hombres de mar y los estudios de los problemas carcelarios, deberían mostrar por Sajalín la misma consideración que los militares por Sebastopol.

De los libros que he leído y estoy leyendo se desprende que hemos dejado que millones de hombres se pudran en la prisión; hemos hecho que se pudran en vano, sin razón, bárbaramente; les hemos obligado a recorrer miles de verstas en medio del frío, cargados de cadenas, hemos hecho que se contagien de sífilis, los hemos corrompido, hemos multiplicado los delincuentes y de todo eso echamos la culpa a los carceleros borrachos de nariz roja. En la actualidad, toda la Europa culta sabe que la culpa no es de los carceleros, sino de cada uno de nosotros; pero todo eso no nos interesa. Los años sesenta, tan alabados, no han propiciado ninguna mejora en la situación de las personas enfermas y detenidas, violando así el mandamiento fundamental de la religión cristiana. En la actualidad, algo se hace por los enfermos, pero nada por los detenidos; el problema carcelario no ofrece ningún interés para nuestros juristas.

No, le aseguro que Sajalín es útil; lo único que lamento no es que no vaya en mi lugar otra persona más competente y capaz de despertar el interés de la sociedad...

En la época en que concibió el proyecto de viajar a Sajalín, 1890, Chéjov era ya un escritor consagrado: había publicado colecciones de cuentos de indudable éxito, y en particular *Una historia aburrida* y *La estepa*. Además, había estrenado el drama *Ivánov* en ambas capitales y muchas ciudades de provincias, así como numerosas piezas cómicas en un acto que le habían granjeado una gran popularidad. En 1888, gracias a la colección de relatos *En el crepúsculo* recibió el premio Pushkin, de gran prestigio, lo que acabó de apuntalar su fama y lo apartó definitivamente del ejercicio profesional de la medicina. Esa circunstancia, el éxito de su carrera literaria, hacía menos comprensible aún la sorprendente decisión de viajar a Sajalín.

Sea como fuere, nada consiguió disuadirlo de su intención primera, y tanto sus amigos como sus familiares o su editor Suvorin tuvieron que resignarse a la idea de verlo partir para las lejanas regiones orientales del imperio.

Hay que suponer que Chéjov tomó la decisión en el verano de 1889, tras regresar de Yalta y de Odesa. El 26 de enero de 1890 el periódico *Novedades de Moscú* comentaba la inminente partida del escritor en los siguientes términos: «Noticia sensacional. Chéjov, el conocido hombre de letras, ha decidido viajar a Siberia con el fin de estudiar la vida de los exiliados»; y el autor del artículo añadía, no sin cierta ironía: «En consecuencia, el caso del señor Chéjov es de todo punto excepcional: se trata del primer escritor ruso que va a Siberia y vuelve».

La noticia suscitó reacciones encontradas. Para unos el talento del escritor se había apagado y este se marchaba en una búsqueda desesperada de nuevos materiales; otros reaccionaron con cierta sorna, pero también hubo quien concedió importancia a la empresa y expresó su deseo de que el viaje rindiera sus frutos. Aunque en su correspondencia Chéjov tiende a bromear (así en una carta a S. Filípov del 2 de febrero escribe: «Quiero borrar de mi vida un año o un año y medio») y a ocultar las verdaderas razones de su marcha, estas se dejan entrever en ocasiones, así como cierta desorientación ante la vida y un sentido de la futilidad del tiempo presente: «... Si supiéramos qué hacer, Fofanov no estaría en un manicomio, Garshin seguiría vivo, Barantsevich no se entregaría a la melancolía y nosotros no sentiríamos este aburrimiento y este tedio, y usted no se arrastraría hasta el teatro ni yo hasta Sajalín».

El viaje fue programado para abril de 1890, momento en que daba comienzo la navegación por el Volga, el Kama y los ríos de Siberia.

Antes de su partida para la isla, Chéjov se entregó a una febril actividad: la lectura de cualquier material y testimonio, de la naturaleza que fuese, relacionado con la isla. El alarde de erudición de que hace gala a lo largo del libro causa asombro: Chéjov no solo ha leído las obras de todos los exploradores rusos y extranjeros, sino también descripciones de la isla, trabajos etnográficos y de historia natural, compendios de flora y fauna, manuales de derecho y de naturaleza jurídica, informes de minería, prontuarios de higiene, relaciones de hospitales, comentarios médicos... En el texto definitivo llega incluso a citar la obra de un agrimensor japonés, para añadir con cierto pesar: «Por desgracia, no he podido leerla» (el escrito había sido redactado en japonés y no existía versión en ruso). De tal suerte, puede decirse que cuando Chéjov se pone en camino está en conocimiento de todo cuanto era posible saber sobre la isla y el penal. Esas fuentes, cuidadosamente estudiadas, son citadas a menudo en el texto, unas veces para corroborar sus propias opiniones y reforzar sus puntos de vista; otras, para rebatir, con los datos e impresiones de su experiencia personal, lo que juzga consideraciones erróneas y equivocadas. Todo ese inmenso material se lo procuró Chéjov en librerías y bibliotecas públicas; además, pidió a su editor Suvorin, hombre de medios, algunos estudios especialmente costosos.

En los meses previos al viaje, Chéjov elaboró una lista con los libros que había leído sobre la materia; en ella mencionaba sesenta y cinco trabajos. Posteriormente, durante la redacción de la obra, esa bibliografía se incrementó hasta alcanzar una cifra dos veces mayor.

A finales de abril de 1890, Chéjov ya había decidido el itinerario a seguir: el río Kama, Perm, Tiutmen, Tomsk, Irkutsk, el río Amur, la isla de Sajalín, Japón, China, Port Said, Constantinopla, Odesa y Moscú.

Chéjov partió de la estación de Yaroslav de Moscú el 21 de abril de 1890 y, tras pasar por Nizhni Nóvgorod, se embarcó en Kazán en un vapor que, al cabo de cinco días de navegación por el Volga y el Kama, le condujo hasta Perm, adonde llegó el 27 de abril. De allí se dirigió en tren a Yekaterinburg, ciudad que alcanzó al día siguiente y donde permaneció hasta el 2 de mayo. Su estancia en esa localidad obedecía a dos razones bien distintas: su mal estado de salud (Chéjov sufría violentos ataques de tos y había comenzado a escupir sangre) y la espera de una respuesta a un telegrama que había enviado solicitando información sobre los ríos de Siberia, a fin de decidir cómo continuar el viaje: en vapor desde Tiutmen a Tomsk, como había programado inicialmente, o utilizando coches de caballos. Desde Tiutmen se le contestó diciéndole que el primer vapor para Tomsk no saldría hasta el 18 de mayo. Con la idea de ganar tiempo, el escritor se decidió por la segunda opción.

Partió de Yekaterinburg el 2 de mayo y llegó a Tiutmen al día siguiente, iniciando desde allí un agotador viaje en coches de postas por las intransitables e inhóspitas carreteras siberianas. Esa etapa del viaje estuvo salpicada de incidentes, incomodidades y peligros. Finalmente, el 15 de mayo por la tarde llegó a Tomsk, donde se demoró unos días, para redactar unas notas de viaje y frecuentar a los miembros de la sociedad literaria local.

Para cubrir el trayecto entre Tomsk e Irkutsk, Chéjov necesitó dos semanas. Nuevamente volvieron las malas carreteras y las paradas en cochambrosos estaciones de postas durante diez e incluso quince horas, para reparar el maltrecho coche; incluso se vio obligado a hacer algún tramo a pie.

El 4 de junio por la tarde Chéjov llegó a Irkutsk. Tras pasar allí una semana, partió el 11 de junio en dirección al lago Baikal, con intención de atravesarlo en un vapor y continuar en coche hasta Sretensk; pero la falta de caballos lo retuvo en la primera parada, nada más salir de Irkutsk, y cuando llegó al lago Baikal el vapor ya había partido, por lo que se hacía necesaria una espera de varios días. Dada la situación, Chéjov, que cubría esa etapa del viaje en compañía de otras tres personas, decidió cambiar de planes: se embarcó en otro vapor en dirección al puerto de Kliuevo y desde allí se dirigió a pie al puesto de Misora (ocho verstas en total), donde, tras conseguir caballos, prosiguió su viaje hasta Boiarska. Chéjov y sus acompañantes llegaron a Sretensk el 20 de junio, una hora antes de la partida del vapor *Yermak*, en el que el escritor se trasladaría a Blagoveschensk. En esa ciudad Chéjov cambió de vapor, embarcándose en el *Muraviov*, que el 30 de junio hizo

escala en Jabarovsk.

El 5 de julio de 1890 Chéjov alcanzó la ciudad de Nikoláievsk, en el extremo más oriental de Rusia, justo en la desembocadura del Amur; es en ese punto donde el autor sitúa el inicio de *La isla de Sajalín*.

Chéjov puso pie en Sajalín el 11 de julio. Ese mismo día envió un telegrama a su familia: «He llegado. Estoy bien. Mandad vuestros telegramas a Sajalín».

Tras pasar tres meses y tres días en la isla, visitando las cárceles y las colonias, Chéjov abandonó el lugar el 13 de octubre de 1890, a bordo del *Petersburg*, vapor de la Flota Voluntaria. La primera ciudad que tocó en su camino de regreso fue Vladivostok, donde se detuvo cinco días. Al no remitir en Japón la epidemia de cólera que se había extendido por toda la zona, el vapor pasó de largo por el archipiélago, y la primera ciudad extranjera en la que hizo escala fue Hong-Kong.

Desde la colonia británica el vapor enfrentó el mar de la China, donde tuvo que soportar los embates de un tifón. De camino a Singapur, lanzaron al mar dos cadáveres (episodio que Chéjov utilizó más tarde en un angustioso relato, *Gúsev*). Ceilán le pareció —después del infierno de Sajalín— un verdadero paraíso. Desde allí, el vapor puso rumbo a Odesa, a través del océano Índico, el mar Rojo, el canal de Suez y el mar Negro.

Ese viaje en barco constituyó el primer contacto de Chéjov con el extranjero, pues aún no había iniciado sus frecuentes vagabundeos por Europa.

El 7 de diciembre su madre y su hermano Mijaíl se encontraron con él en Tula, y un día más tarde, el 8 de diciembre, tras casi ocho meses de ausencia, Chéjov entró de nuevo en Moscú.

Un día después, el escritor volvió a tomar la pluma para escribir a Suvorin y describirle sus impresiones del viaje:

He trabajado intensamente; he realizado un censo completo y minucioso de toda la población de la isla y lo he visto *todo*, a excepción de una ejecución capital. Cuando nos veamos, le mostraré un baúl lleno de toda clase de documentos sobre el penal; como material de trabajo, tienen mucho valor. Ahora sé muchas cosas, pero la impresión que me ha dejado el viaje es bastante penosa. Mientras estaba en Sajalín solo sentía en mi interior un sabor amargo, como después de haber comido mantequilla rancia; ahora, en cambio, Sajalín se me aparece en el recuerdo como un verdadero infierno. Durante los dos primeros meses trabajé de firme, recorriendo toda la isla; pero el tercer mes empecé a flaquear, acosado por ese sabor amargo, vencido por el aburrimiento y preocupado por la idea de que el cólera avanzaba desde Vladivostok hacia Sajalín y de que, por tanto, corría el riesgo de pasar el invierno en la isla.

En esa misma carta, unos pocos párrafos más abajo, añadía:

¡Qué bello es este mundo! Solo hay una cosa en él que no funciona: el ser humano.

Historia de un texto

A principios de 1890, antes de emprender el viaje, Chéjov no solo consultó una amplia bibliografía y compuso notas, sino que también escribió aquellos apartados del futuro libro que no exigían observaciones personales sobre el terreno; esas consideraciones formarían buena parte de los dos primeros capítulos.

En el baúl del que hablaba a Suvorin había un conjunto abigarrado de papeles: censos, tablas, estadísticas, peticiones de los presos, quejas, informes médicos, ordenanzas oficiales y todo tipo de documentos. Es muy probable que entre esos dispares testimonios se encontraran también notas del propio Chéjov, así como diversos esbozos, bosquejos y anotaciones que componían lo que el propio autor llamaba «diario de Sajalín», del que solo se conservan algunos fragmentos, que nos lo muestran como un cajón de sastre: anécdotas, retratos, notas sobre el paisaje, impresiones personales, narraciones de los habitantes de Sajalín, diálogos y copias de documentos oficiales se suceden sin solución de continuidad.

La correspondencia de esos años y algunos otros indicios permiten fechar la composición del primer manuscrito en 1891-1894.

En 1891 Chéjov trabajó intensamente en el libro, a pesar de que otras ocupaciones requerían parte de su atención: además de un viaje al extranjero —el primero a Europa occidental— realizado en compañía de Suvorin entre el 18 de marzo y el 28 de abril, se ocupó de la redacción de nuevos relatos como *Gúsev* o *El duelo* y preparó nuevas ediciones de sus recopilaciones de relatos *Cuentos abigarrados* y *En el crepúsculo*.

A finales de mayo de 1891 ya estaban escritos los capítulos I-VIII. Entre junio y septiembre compuso los capítulos IX-XXII. Pero Chéjov no acababa de sentirse satisfecho de los resultados; además, la redacción de esa obra le resultaba extremadamente enojosa y su impulso natural le empujaba a la creación de obras estrictamente literarias, lo que frenaba la elaboración del libro, que solo avanzaba a tirones.

El capítulo XXII, sobre las fugas, se publicó de forma independiente en una recopilación editada a finales de 1891. Posteriormente Chéjov siguió trabajando en el capítulo XXIII y empezó a rehacer todo lo escrito. En una carta a Piotr Chaikovski del 18 de octubre de 1891 señala que el libro sobre Sajalín «aún no está listo».

A partir de mediados de 1892 Chéjov se ocupó del libro de manera sistemática: «Me levanto muy temprano y me pongo a trabajar enseguida» (carta a Suvorin del 6 de marzo de 1892). Durante ese año, su trabajo en *La isla de Sajalín* se vio interrumpido por su labor de ayuda a los hambrientos y sus esfuerzos en la lucha

contra el cólera.

En julio de 1893 Chéjov preparó la obra para su publicación periódica en la revista *El Pensamiento Ruso*. Pero los capítulos xx-xxi fueron prohibidos por la censura.

Durante toda la segunda mitad de 1894 y la primera de 1895 siguió trabajando en la obra, con vistas a su edición definitiva en forma de libro, que vio la luz ese mismo año.

Chéjov volvió a prestar atención a *La isla de Sajalín* unos años más tarde, cuando firmó un contrato con A. F. Marks para la edición de sus *Obras Completas*, en las que no pensaba incluir el estudio sobre el penal, ya que «no se trata de una obra literaria y el libro ha envejecido bastante», opinión que el editor no compartía: «Considero que *La isla de Sajalín* es una obra literaria más que etnográfica», le escribió; finalmente el editor acabó imponiéndose, pero Chéjov puso como condición que el trabajo se editara en un tomo independiente, sin relación con el resto de sus obras. Marks aceptó esa exigencia y *La isla de Sajalín* ocupó el conjunto del tomo x.

La isla de Sajalín dentro de la obra de Antón Chéjov

No resulta exagerado decir que, dentro del extraordinario panorama de las letras rusas del siglo XIX, Chéjov constituye uno de los pocos casos de pensamiento ponderado y mesurado. Alejado de las corrientes eslavófilas —Dostoievski, Tiútchev— y de las tendencias mesiánicas y evangelizadoras —Tolstói, Gógol—, las opiniones políticas y sociales de Chéjov están marcadas por dos circunstancias principales: sus orígenes humildes (el abuelo de Chéjov, un siervo, había comprado la libertad con su propio trabajo) y su fe y confianza en la ciencia, en la que cifraba todas las esperanzas de mejoras y avances de la humanidad. La primera circunstancia le llevó a cierto escepticismo ante la idealización del pueblo ruso que flotaba en ciertos ambientes intelectuales de ambas capitales. Una consideración como esta: «Basta solamente levantar la cáscara exterior, artificial, y mirar la misma almendra más de cerca, sin prejuicios, para descubrir en el pueblo propiedades que no sospechábamos. No es mucho lo que pueden enseñar al pueblo nuestros sabios. Es más: afirmo rotundamente que ellos tendrían que aprender de él», escrita por Dostoievski, sería impensable en Chéjov. En cuanto a la segunda, le mantuvo alejado de las corrientes místicas y de la tendencia, de bastante fuerza en la Rusia de aquel entonces, a concebir el progreso y los adelantos técnicos como un mal y un peligro. En la siguiente carta, escrita a Suvorin desde Yalta el 27 de marzo de 1894, aclara sus posturas y explicita las diferencias que lo separaban de las teorías y enseñanzas de Tolstói, al que admiraba profundamente tanto por su labor literaria como por su actividad en favor de los menesterosos:

Quizá debido a que no fumo, la moral tolstoiana ha dejado de conmoverme; en el fondo de mi alma siento cierta animadversión por ella, lo que no deja de ser injusto. Por mis venas corre sangre de mujik, de modo que las virtudes del pueblo no me causan impresión alguna. He creído en el progreso desde la infancia, como no podía ser de otro modo, ya que la diferencia entre los tiempos en que me azotaban y aquellos en que dejaron de hacerlo era enorme. Siempre me han gustado las personas inteligentes, la sensibilidad, la cortesía y el espíritu sutil, y el hecho de que la gente se rasque los callos o que sus pies despidan un olor nauseabundo me dejan del todo indiferente... No obstante, la filosofía tolstoiana ha dominado mis ideas durante un periodo de seis o siete años; no influían en mí sus tesis fundamentales, sino principalmente su particular manera de exponerlas, su forma de hablar y, probablemente, una especie de hipnotismo. Ahora, en cambio, algo protesta en mi interior. Un razonamiento imparcial me dice que hay más amor a la humanidad en la energía eléctrica y la máquina de vapor que en la castidad y la negativa a comer carne. La guerra es un mal, los tribunales son un mal; pero de ahí no se deduce que yo tenga que llevar sandalias o dormir sobre una estufa, en compañía de un mujik y su mujer.

Chéjov plasmó su visión de la vida y las costumbres del pueblo en una obra que causó cierto revuelo en el momento de su publicación, *Los mujiks*, en la que analizaba el carácter descarnado, sombrío y hasta cruel de la existencia en una aldea rusa. No obstante, como siempre en Chéjov, hay también un componente de comprensión, de disculpa incluso, una vena inagotable de compasión.

Es esa mirada, severa y al mismo tiempo comprensiva, dura y a la vez misericordiosa, la que Chéjov va a dirigir al penal, a las minas, a las colonias de la desdichada isla de Sajalín.

Resulta difícil definir la naturaleza del libro. El propio Chéjov, como ya dijimos, no lo consideraba una pieza literaria, aunque no fue esa la opinión de sus contemporáneos, ni tampoco la de la posteridad. Existían en tiempos de Chéjov numerosas obras sobre la vida siberiana y la difícil suerte de los presidiarios y los exiliados. Desde el fracaso de la rebelión de los decembristas, que motivó el exilio a Siberia de muchos intelectuales y personas de valía, habían ido apareciendo testimonios diversos sobre las condiciones de vida en aquellas alejadas regiones. Chéjov conocía algunos de esos libros, como *Siberia y el penal*, de S. Maksímov, o *En el mundo de los rechazados* de L. Melshin, pero la obra de mayor relevancia sobre el tema era sin duda *Notas de la casa muerta* de Dostoievski, en la que el autor describe de manera insuperable la vida de los exiliados siberianos. Chéjov, que leyó atentamente ese magistral testimonio, debió de comprender que no había manera de competir con él; esa consideración, unida a su deseo de componer una obra de carácter más bien científico, probablemente le llevó a dar al libro su peculiar aspecto.

De hecho, en *La isla de Sajalín* hay un poco de todo. No solo su temática es plural, riquísima, sino que hay una variedad de modulaciones y matices sorprendentes.

Chéjov dividió la obra en dos apartados. En el primero, el autor se ocupa de la descripción de los distintos lugares habitados de la isla, en principio de los distritos septentrionales y posteriormente del meridional, al que se dirigió después. A fin de que todas sus observaciones quedaran anotadas y pudieran servirle después de material de trabajo, Chéjov elaboró unas fichas con diferentes preguntas, de las que hizo imprimir diez mil copias en una imprenta local. Pertrechado de ese material, y generalmente escoltado de un acompañante, Chéjov fue visitando las diversas cárceles y colonias, entrando en cada celda, en cada isba, rellenando de su puño y letra los cuestionarios. Las preguntas que Chéjov había incluido hacían referencia a la edad del condenado, su estado civil, lugar de origen, religión, grado de alfabetización...

Al llegar a Sajalín Chéjov solo llevaba consigo una acreditación de periodista que le había proporcionado Suvorin, pero después de entrevistarse con el comandante de la isla, este le procuró un visado que le facilitaba sus movimientos y le franqueaba su entrada a cualquier lugar; solo se establecía una restricción: la imposibilidad de mantener contactos con presos políticos; el comandante, incluso, llegó a enviar a los jefes de distrito un documento secreto en el que les instaba a que impidiesen cualquier contacto entre el escritor y esa clase de presos. No obstante, parece que Chéjov logró entrevistarse con varios de ellos; esa información le resultaba especialmente valiosa, no solo para completar su conocimiento de la vida de la isla en todas sus manifestaciones, sino también para obtener un material que le permitiera completar la redacción de una narración que había empezado a escribir antes de su partida, *Relato de un desconocido*, que relataba las experiencias de un terrorista.

Chéjov, haciendo gala de una energía y un tesón impresionantes, recorrió casi todas las isbas una por una, y fueron pocas las colonias que dejó de visitar y solo llegó a conocer a través de datos e informes ajenos. De ese modo, y gracias a su particular censo, Chéjov habló con la inmensa mayoría de la población y pudo llegar a conocer de primera mano su verdadera situación, que a menudo no coincidía con la que se describía en los informes oficiales ni con las ideas que las propias autoridades tenían del penal. Así, durante su entrevista con el comandante de la isla, este le dijo a Chéjov que apenas se recurría a los castigos corporales; en realidad, esos castigos estaban extremadamente extendidos e incluso se aplicaban a cien pasos de la propia residencia del comandante.

Tras ese examen de los puntos habitados, Chéjov se detiene en el análisis de diferentes aspectos de la colonia penitenciaria: la alimentación de los presos, las condiciones de las celdas, las ocupaciones y trabajos de los exiliados, el estado de los hospitales, la actuación de las autoridades, etc. Dedicó especial atención a dos problemas: la terrible situación de las mujeres, obligadas a vivir de forma forzada con los colonos, y el desamparo de los niños, a los que define como «lo mejor de

Sajalín». Pero la curiosidad de Chéjov no se circunscribe solo a la población exiliada, sino que se extiende también a otras cuestiones. Así, hay párrafos dedicados a la exploración de isla, al problema de la soberanía de Sajalín y las Kuriles —reclamada también por Japón en un conflicto aún no resuelto—, la flora y la fauna del lugar, las condiciones del enclave para el establecimiento de una colonia dedicada a la agricultura —que Chéjov no consideraba idóneas—, las poblaciones nativas de ainos y guiliakos y sus costumbres y formas de vida, la llegada de peces migratorios —salmones y arenques—, la pesca y la caza, la construcción de vías de comunicación, la meteorología, etc.

Esa obsesión por verlo todo, por no dejar un solo resquicio de vida sin analizar, le lleva a presenciar un castigo corporal. Ya Dostoievski, en *Notas de la casa muerta*, había criticado con dureza la aplicación de esos castigos, especialmente la arbitrariedad con que se determinaban, y se había ocupado de su efecto nocivo en la población. En concreto escribe: «La sociedad que contempla con indiferencia ese espectáculo está ya minada en sus cimientos. En una palabra: el derecho a imponer castigos corporales, conferido al uno sobre el otro, es una de las plagas de la sociedad, una de las medidas más poderosas para aniquilar todo germen y conato de ciudadanía y la base plena para su disolución inevitable e infalible». Chéjov suscribe ese dictamen y se muestra convencido de que los mismos jueces dejarían de decretar esa clase de penas si contemplaran con sus propios ojos cómo se aplican.

La pintura que ofrece Chéjov de uno de esos castigos, en concreto de una tanda de latigazos, es minuciosa, detallada, casi obsesiva; describe los gestos y palabras del médico que determina la capacidad del condenado para soportar los golpes, la satisfacción de algún espectador ocasional ante la contemplación del espectáculo, la actitud y movimientos experimentados del verdugo, los gritos del dolor del preso y los cambios de tonalidad en su espalda lacerada, el temblor de sus labios, el ansia con que se abalanza sobre el agua que le ofrecen, mordiendo el vidrio del vaso... Chéjov se esforzó por observar y retener en la memoria todos los matices y particularidades de la escena, hasta que finalmente, incapaz de aguantar más, abandonó el lugar.

Todo el capítulo VI está dedicado a las vicisitudes de un presidiario llamado Yegor, que el autor presenta como ejemplo de las razones, insignificantes unas veces, azarosas otras, que han llevado al exilio y la cárcel a un gran número de presos. El escritor elige a propósito un caso banal, intrascendente y carente de ribetes trágicos precisamente por ese motivo. En esa historia no solo se pone de manifiesto la severidad de la pena, sino también la ligereza y falta de rigor de los tribunales a la hora de juzgar, algo que también había denunciado Dostoievski.

Gracias a ese análisis pormenorizado, el autor va tejiendo poco a poco una tela en la que se dibujan todas las peculiaridades de la vida de los presos, a los que la población llama «desdichados» o «desgraciados». Dostoievski nos ofrece una explicación de tan singular terminología: «No en balde todo el pueblo, en toda Rusia, llama al delito desgracia y al delincuente desgraciado».

A pesar de la presencia constante de cifras, informes, citas y formularios, la obra no resulta de lectura pesada y, a excepción de algunos pasajes, su interés apenas decae. El libro atesora un alto valor literario. Algunos fragmentos y episodios tienen una singular belleza y una fuerza descriptiva inmediata y poderosa, como la escena del entierro de una pobre mujer que deja dos huérfanos en el capítulo XIX o algunos de los cuadros que el autor contempla en las miserables isbas que visita. Especialmente interesante resulta, por su dinamismo y su viveza, el capítulo XXII, dedicado a las fugas.

En cuanto a las consecuencias de la publicación del libro, cabe decir que los hechos escandalosos que en él se relatan motivaron la apertura de una investigación oficial, probablemente de escasas consecuencias prácticas; no obstante, Chéjov había conseguido su objetivo: lograr que la opinión pública fijara su atención en la isla de Sajalín y en las condiciones de vida de los presos. Poco a poco, muchos aspectos siniestros de la vida de los exiliados fueron mejorando y algunas prácticas especialmente odiosas se erradicaron para siempre. Así, en 1893 se prohibieron los castigos corporales a mujeres; en 1895 el Estado asignó una suma para el mantenimiento de los orfanatos; en 1899 desaparecieron el exilio de por vida y las condenas a cadena perpetua; en 1903 se suprimieron los latigazos y las cabezas afeitadas.

La isla de Sajalín fue el trabajo que más esfuerzos y afanes costó a su autor, que la retocó y corrigió durante varios años. Su influencia directa en sus creaciones literarias resulta difícilmente perceptible: apenas un par de relatos se ocupan de la existencia de los exiliados y los presos (por ejemplo, *En deportación*) o mencionan la isla de Sajalín (*Un asesinato*); en cualquier caso, es probable que ese peso de amargura y desesperanza que impregna casi todas sus obras posteriores se deba en parte al recuerdo de esa insólita aventura, que el propio Chéjov definió como «un viaje al infierno».

VÍCTOR GALLEGO BALLESTERO

I

NIKOLÁIEVSK-EN-EL-AMUR – EL VAPOR *BAIKAL* – EL CABO DE PRONGUE Y LA ENTRADA AL ESTUARIO – LA PENÍNSULA DE SAJALÍN – LA PÉROUSE, BROUGHTON, KRUZENSHTERN Y NEVELSKÓI – LOS EXPLORADORES JAPONESES – EL CABO DE DZHAORE – LA COSTA DE TARTARIA – DE CASTRIES

El 5 de julio de 1890 llegué en barco a la ciudad de Nikoláievsk, uno de los puntos más orientales de nuestra patria. El río Amur es aquí muy ancho y el mar se encuentra solo a veintisiete verstas. El lugar es majestuoso y hermoso, pero los recuerdos del pasado de esta región, las historias que contaban mis compañeros de viaje sobre el feroz invierno y las no menos feroces costumbres locales, la cercanía del penal y el propio aspecto de la ciudad, abandonada y moribunda, quitaban cualquier deseo de solazarse con el paisaje.

Nicoláievsk fue fundada no hace mucho tiempo, en 1850, por el famoso Guenadi Nevelskói; tal es prácticamente la única circunstancia digna de mención en la historia de la ciudad. En las décadas de 1850 y 1860, cuando a lo largo del Amur, sin escatimar soldados, presos y emigrantes, se implantaba la agricultura, en Nikoláievsk tenían su residencia los funcionarios encargados de la administración la región, de controlar la afluencia de aventureros rusos y extranjeros, de instalar a los colonos libres, atraídos por la singular abundancia de caza y pesca; es probable que la ciudad no estuviera desprovista de cierto interés por las actividades humanas, como demuestra el hecho de que un erudito de paso juzgara oportuno —y posible— ofrecer una conferencia pública en el casino. No obstante, en la actualidad casi la mitad de las viviendas, abandonadas por sus propietarios, amenazan ruina, y sus ventanas sombrías sin marco os miran como las cuencas vacías de una calavera. Los habitantes llevan una vida marcada por la indolencia y el inmoderado consumo de alcohol; en general pasan hambre y subsisten con lo que Dios tiene a bien proporcionarles. Sus actividades se limitan al envío de pescado a Sajalín, el pillaje de las minas de oro, la explotación de los indígenas y la venta de astas de reno, que los chinos emplean para preparar píldoras afrodisíacas. En el camino de Javarovka a Nikoláievsk me encontré a muchos contrabandistas, que ni siquiera se preocupan de disimular sus ocupaciones. Uno de ellos, mostrándome unas pepitas de oro y un par de cornamentas de reno, me dijo con orgullo: «¡Mi padre también era contrabandista!». La explotación de los indígenas, además de basarse en el engaño, la incitación a la bebida y otros males habituales, se manifiesta a veces bajo una forma más original. Así, Ivánov, comerciante de Nikoláievsk ya fallecido, viajaba todos los veranos a Sajalín para

recaudar un tributo que había impuesto a los guiliakos. A los que se demoraban en el pago, los torturaba y los ahorcaba.

La ciudad carece de hotel. Me permitieron descansar después de la comida en el casino, en una sala de techo bajo donde, según me dijeron, se celebraban bailes en invierno. Cuando pregunté dónde podía pasar la noche, mis interlocutores se limitaron a encogerse de hombros. Falto de alojamiento, tuve que pasar dos noches a bordo, pero cuando el barco zarpó para Javarovka, me encontré en la misma situación que un cangrejo en un banco de arena: ¿adónde ir? Mis maletas estaban en el muelle; deambulé por la orilla sin saber qué hacer. El *Baikal* estaba anclado a dos o tres verstas de distancia, a la vista la ciudad. Esa es la embarcación que debe llevarme al estrecho de Tartaria, pero dicen que no partirá hasta dentro de cuatro o cinco días, aunque la bandera de partida ondea ya en el mástil. ¿Y si me instalara ya en mi camarote? Pero la situación es embarazosa: probablemente no me dejarán, me dirán que es demasiado pronto.

Se levanta viento, el Amur se vuelve sombrío y se agita como el mar. La tristeza se apodera de mí. Voy al casino y me demoro en el almuerzo; en la mesa vecina hablan de oro, de astas de reno, de un prestidigitador que acaba de llegar a la ciudad y de un japonés que extrae muelas empleando los dedos en lugar de tenazas. Tras escuchar un buen rato con atención, se da uno cuenta del abismo que separa Rusia de la vida local. Empezando por los lomos de salmón ahumado que acompañan las copas de vodka y acabando por las conversaciones, todo tiene su propia índole y no tiene nada que ver con nuestro país. Mientras navegaba por el Amur, tenía la impresión de encontrarme en alguna parte de la Patagonia o de Texas, pero no en Rusia; por no hablar ya del paisaje, totalmente particular. Percibía a cada instante que la forma de vida de los oriundos del lugar difería completamente de la nuestra, que no podrían comprender a Pushkin ni a Gógol, que en consecuencia se vuelven inútiles; que nuestra historia les aburriría y que a los que llegamos de Rusia nos consideran extranjeros. Noté una indiferencia total por la religión y la política. Los sacerdotes locales comen carne durante la cuaresma; hasta me enteré de que uno de ellos, que va vestido con un caftán blanco de seda, se dedica al pillaje de las minas de oro, compitiendo con sus feligreses. Si queréis aburrir a un nativo y verle bostezar, habladle de política, del gobierno ruso, del arte en Rusia. Las reglas de moralidad tampoco tienen nada que ver con las nuestras. Se adopta con las mujeres una actitud caballeresca que alcanza casi las dimensiones de un culto, pero al mismo tiempo no se considera reprehensible ceder por dinero la propia esposa a un amigo. Expondré un ejemplo más ilustrativo: por un lado, no existen prejuicios de clase e incluso a los exiliados se les trata de igual a igual; en cambio, no se ve con malos ojos que se dispare en el bosque a algún vagabundo chino, como si fuese un perro, e incluso organizar en secreto partidas de caza contra los presos que se han fugado.

Pero volvamos a mí. Al no encontrar ningún refugio, al atardecer decidí dirigirme al *Baikal*, pero aún me esperaba una nueva contrariedad: se levantó un considerable

oleaje y los barqueros guiliakos se negaban a llevarme a ningún precio. De nuevo me veo caminando por la orilla, sin saber qué hacer. Entre tanto, ya se ha puesto el sol y las olas del río Amur se cubren de oscuridad. En ambos márgenes aúllan furiosamente perros guiliakos. «¿Por qué he venido aquí?», me pregunto, y mi viaje se me antoja extraordinariamente frívolo. Además, el pensamiento de que el penal ya está cerca y que dentro de unos días desembarcaré en suelo de Sajalín sin llevar conmigo una sola carta de recomendación, por lo que pueden pedirme que abandone el lugar, me tortura sin cesar. Finalmente dos guiliakos aceptan llevarme por un rublo y, en una barca compuesta de tres tableros ensamblados, llego felizmente al *Baikal*.

El *Baikal* es un buque mercante de tamaño mediano, hecho para travesías marinas, que me pareció bastante aceptable, después de las embarcaciones del lago Baikal y el Amur. Cubre la línea entre Nikoláievsk, Vladivostok y los puertos japoneses; transporta el correo, soldados, presos, pasajeros y mercancías, especialmente cargamentos del Estado. En virtud del contrato firmado con la Hacienda pública, que aporta una importante suma a modo de subvención, está obligado a tocar Sajalín varias veces cada verano, haciendo escala en el puesto de Aleksándrovsk y en el de Kórsakov, en el sur. La tarifa es muy elevada probablemente la más elevada del mundo. Es totalmente incomprensible que existan unas tarifas tan altas, cuando la colonización exige ante todo libertad y facilidad de movimientos. Los camarotes y las cabinas del *Baikal* son exiguos, pero están limpios y amueblados a la europea; hasta hay un piano. El servicio está compuesto de chinos de largas trenzas, a los que se llama *boys*, a la manera inglesa. El cocinero también es chino, pero su cocina es rusa, aunque todos los platos que prepara tienen el sabor amargo del curry y un aroma que recuerda al del carilopsis.

Como había leído mucho acerca de las tormentas y de los témpanos de hielo del estrecho de Tartaria, esperaba encontrar a bordo del *Baikal* balleneros de voces roncadas, que hablaban al tiempo que mascaban tabaco; en realidad, eran personas bastante educadas. El capitán del barco, el señor L., oriundo de la región occidental, lleva más de treinta años navegando por los mares septentrionales, atravesándolos de un extremo al otro. Durante todo ese tiempo ha visto muchos sucesos extraordinarios, sabe infinidad de cosas y su conversación es muy interesante. Tras haber pasado la mitad de su vida en los mares de Kamchatka y de las islas Kuriles, podría hablar con mayor autoridad que Otelo de «los más áridos desiertos, las simas más terribles, los riscos más inexpugnables». Le estoy muy agradecido por la copiosa información que me ha proporcionado, que me ha sido de gran utilidad en la preparación de estas notas. Tiene tres ayudantes: el señor B., sobrino del famoso astrónomo B., y dos suecos: Iván Martínich e Iván Veniamínich, personas afables y atentas.

El 8 de julio, antes del almuerzo, el *Baikal* levó anclas. Con nosotros iban unos trescientos soldados, al mando de un oficial, y varios presos, a uno de los cuales lo acompañaba una niña de cinco años, su hija, que se aferró a sus grilletes en el momento en que el padre se disponía a subir por la escalerilla. También atraía la

atención una presa a la que su marido seguía voluntariamente al penal. Además del oficial y de mí, viajaban también en primera clase algunos pasajeros de ambos sexos e incluso una baronesa. El lector no debe sorprenderse de que en estos desiertos parajes abunde tanta gente cultivada. En razón de la baja densidad de la población, a lo largo del Amur y la región de Primórskaia^[1] la *intelligentsia* representa un porcentaje bastante elevado, proporcionalmente más alto que en cualquier otro distrito ruso. A orillas del Amur hay una ciudad en la que viven al menos dieciséis generales, tanto civiles como militares. Es probable que en la actualidad haya más.

La jornada era tranquila y despejada. En cubierta hacía calor, en los camarotes el ambiente era sofocante; el agua estaba a dieciocho grados. Un tiempo digno del mar Negro. En la margen derecha ardía el bosque; su masa verde ininterrumpida irradiaba llamas purpúreas; las volutas de humo se fusionaban en una prolongada e inmóvil franja negra suspendida sobre los árboles... Era un incendio colosal, pero a su alrededor todo era tranquilidad y silencio; a nadie preocupaba que se destruyeran bosques enteros. Por lo visto, en este lugar, la riqueza vegetal pertenece únicamente a Dios.

Después de la comida, a eso de las seis, alcanzamos el cabo de Prongue. En ese punto se acaba Asia y podría decirse que también allí el Amur desemboca en el océano Pacífico, de no ser porque la isla de Sajalín se interpone entre ambos. El estuario se extiende ante la vista en toda su amplitud; delante de nosotros se distingue una banda nebulosa; la isla del penal. A la izquierda, extraviándose en sus propios repliegues, la orilla desaparece en la bruma, perdiéndose en el misterioso norte. Se tiene la impresión de haber llegado al fin del mundo, a un lugar más allá del cual ya no se puede navegar. De uno se apodera el mismo sentimiento que probablemente embargaba a Ulises cuando navegaba por mares desconocidos y presentía vagamente el encuentro con seres extraordinarios. Y en efecto, a la derecha, en un recodo del estuario, procedentes de un banco de arena en el que se asienta una aldea guiliaka, aparecen dos barcas cargadas de seres extraños que vociferan en una lengua incomprensible al tiempo que agitan algún objeto. Resulta difícil adivinar de qué se trata, pero a medida que se acercan, distingo unas aves grises.

—Son gansos a los que han dado caza y que quieren vendernos —explica alguien.

Viramos a estribor. Nuestro itinerario está jalonado de balizas que delimitan el canal. El capitán no abandona el puente ni el maquinista la sala de máquinas. El *Baikal* avanza cada vez más despacio, como a tientas. Se necesita una gran precaución, pues es fácil encallar en un banco de arena. El barco tiene un calado de doce pies y medio, y en algunos puntos el nivel del agua solo alcanza catorce pies; en una ocasión escuchamos incluso cómo la quilla se arrastra por la arena. A la escasa profundidad de ese canal y al singular cuadro que ofrecen juntas las costas de Tartaria y de Sajalín se debe que en Europa se haya considerado tanto tiempo que Sajalín era una península.

En junio de 1787 el conocido navegante francés conde de La Pérouse desembarcó

en la costa occidental de Sajalín, más allá del paralelo 48°, y habló con los indígenas. A juzgar por la descripción que nos ha dejado, no solo encontró ainos, que siempre han vivido allí, sino también guiliakos, pueblo experimentado y buen conocedor tanto de Sajalín como de la costa de Tartaria, que se habían acercado para comerciar. Trazando signos en la arena, le explicaron que la tierra en la que vivían era una isla, y que esa isla estaba separada del continente y de Yezo (Japón) por algunos estrechos^[2]. Después, siguió rumbo al norte a lo largo de la costa occidental, contaba con encontrar una salida del mar de Japón al de Ojotsk, lo que acortaría considerablemente su viaje a Kamchatka; pero cuanto más avanzaba, más disminuía el nivel del agua, a razón de un *sazhen* por milla. Navegó hacia el norte hasta que se lo permitieron las dimensiones de su embarcación y, al alcanzar una profundidad de nueve *sazhens*, se detuvo. La elevación gradual y paulatina del fondo y el hecho de que en el estrecho la corriente fuera casi imperceptible, le llevaron a la convicción de que no se encontraba en un estrecho, sino en un golfo, y de que, por consiguiente, Sajalín estaba unida al continente por un istmo. En De Castries encontró a otros guiliakos. Cuando les dibujó en el papel una isla separada del continente, uno de ellos cogió el lápiz y, trazando una línea a través del estrecho, le explicó que en ocasiones los guiliakos tenían que arrastrar sus barcas a través de ese istmo, sobre el que a veces crecía la hierba. Eso es lo que entendió La Pérouse, lo que le ratificó aún más en su idea de que Sajalín era una península^[3].

El inglés V. Broughton visitó el estrecho de Tartaria nueve años después que La Pérouse. Su embarcación no era de grandes dimensiones y su calado no sobrepasaba los nueve pies, de modo que logró llegar algo más arriba que La Pérouse. Al alcanzar una profundidad de dos *sazhens* se detuvo y envió a su segundo a que sondeara el paso; este último encontró entre los bajíos zonas profundas que iban disminuyendo a medida que se dirigía Sajalín o a la costa opuesta, arenosa y baja. En suma, sacó la impresión de que las dos orillas se unían, el estrecho terminaba allí y no había ningún paso. De suerte que Broughton llegó a la misma conclusión que La Pérouse.

Nuestro renombrado Kruzenshtern, que exploró las costas de la isla en 1805, cayó en el mismo error, pues, al guiarse por las cartas de La Pérouse, llegaba con ideas preconcebidas. Recorrió la orilla oriental y, bordeando los cabos septentrionales de Sajalín, entró en el estrecho por el norte. Parece que estuvo muy cerca de resolver el enigma, pero la elevación gradual del fondo hasta tres *sazhens* y medio, el peso específico del agua y, sobre todo, su idea preconcebida, le llevaron a reconocer la existencia de un istmo que no había visto. No obstante, le roía el gusano de la sospecha. «Es muy probable —escribe— que Sajalín haya sido alguna vez, y quizá en época reciente, una isla». No cabe duda de que en el viaje de vuelta seguía albergando ciertas dudas, pues, cuando llegó a China y cayeron en sus manos por primera vez las notas de Broughton, «sintió una enorme alegría»^[4].

El error fue corregido por Nevelskói en 1849. No obstante, la autoridad de sus predecesores seguía siendo tan grande que, cuando comunicó sus descubrimientos en

San Petersburgo, no le creyeron. Consideraron su conducta impertinente y merecedora de castigo y «concluyeron» que debían degradarlo. No se sabe cómo habría terminado el asunto si el soberano en persona, juzgando audaz, noble y patriótico su proceder, no hubiera salido en su defensa^[5].

Nevelskói fue un hombre enérgico, bastante temperamental, cultivado, sacrificado, humano, de elevados principios, penetrado de su idea hasta la médula de los huesos y dispuesto a sacrificarse por ella con un ardor fanático. Uno de sus conocidos escribe: «Jamás he conocido a un hombre más honrado». En apenas cinco años hizo una brillante carrera en la costa oriental y en Sajalín, pero perdió a su hija, que murió de hambre, y envejeció muy deprisa, como también su esposa, «una mujer joven, encantadora y alegre» que habría sobrellevado todas las privaciones de forma heroica^[6].

Para terminar con la cuestión del istmo y de la península, no me parece superfluo añadir algunos pormenores. En 1710, por orden del emperador de la China, emisarios de Pekín trazaron un mapa de Tartaria; para su composición se sirvieron de mapas japoneses, como se desprende del hecho de que en esa época solo los japoneses podían conocer el carácter navegable del estrecho de La Pérouse y de Tartaria. El mapa fue enviado a Francia, donde se hizo famoso, ya que entró a formar parte del atlas del geógrafo d'Anville^[7]. Ese mapa es responsable de un pequeño malentendido al que Sajalín debe su nombre. En la costa occidental de la isla, justo enfrente de la desembocadura del Amur, los emisarios del emperador escribieron: Saghaliengahata, que en lengua mongola significa: «las rocas del río negro». Probablemente ese nombre hacía referencia a algún acantilado o promontorio próximos al estuario, pero los franceses lo atribuyeron a la isla. De ahí el nombre de Sajalín, mantenido también por Kruzenshtern en los mapas rusos. Los japoneses llaman a la isla Karafto o Karaftu, que significa: «isla china».

Los trabajos de los japoneses llegaron a Europa o demasiado tarde, cuando ya no se carecía de mapas, o en un tiempo en que estaban expuestos a erróneas correcciones. En el mapa de los enviados chinos Sajalín tenía carácter insular, pero d'Anville, que no confiaba mucho en él, trazó un istmo entre la isla y el continente. Los japoneses fueron los primeros en explorar la isla, a partir de 1613; pero en Europa se concedió tan poca relevancia a ese hecho que, cuando se debatió la cuestión de la soberanía de Sajalín, solo los rusos invocaron, oralmente y por escrito, los derechos que se derivaban del descubrimiento^[8].

Hace ya tiempo que se precisa de una nueva y, en la medida de lo posible, minuciosa exploración de las costas de Tartaria y de Sajalín. Los mapas actuales no son satisfactorios, lo que explica que tanto los navíos de guerra como los comerciales encallen en bancos de arenas y escollos mucho más a menudo de lo que dicen los periódicos. La inexactitud de los mapas hace que los capitanes se muestren especialmente cautelosos, desconfiados y nerviosos. El capitán del *Baikal* recela del mapa oficial y consulta el suyo, que traza y corrige a cada viaje.

Para no encallar en los bancos de arena, decidió no navegar de noche, así que después de la puesta de sol echamos el ancla cerca del cabo Dzhaore. En lo alto del cabo se alza una casucha solitaria en la que vive el oficial de marina B., encargado de jalonar el paso y de vigilar las balizas. Detrás de la casucha se extiende la impenetrable y frondosa taiga. El capitán envió carne fresca a B. Aproveché la ocasión y me dirigí a la orilla en un esquife. En lugar de embarcadero había un montón de grandes piedras resbaladizas entre las que tuve que saltar. Hasta la casucha conducía una hilera de peldaños de madera hundidos casi en vertical, de manera que había que agarrarse con las manos. ¡Fue terrible! Mientras escalaba el montículo y ganaba la casa, me vi rodeado, literalmente, de una nube de mosquitos. El aire se oscureció, la cara y las manos me escocían, y no había manera de protegerse. Estoy persuadido de que, si una persona tuviera que pasar allí la noche al raso, sin rodearse antes de hogueras, podría llegar a morir o al menos a perder la razón.

Un vestíbulo divide la isba en dos mitades. En la parte de la izquierda viven los marineros y en la de la derecha el oficial y su familia. Este último no estaba en casa, pero encontré a una dama distinguida y vestida con elegancia, su mujer, así como a sus hijas, dos muchachitas devoradas por los mosquitos. Las paredes estaban totalmente cubiertas de ramas de abeto y las ventanas tapadas por piezas de gasa; olía a humo, pero, a pesar de todo, había mosquitos que se ensañaban sin piedad con las muchachas. El mobiliario de la habitación, nada suntuoso, tenía cierto aire de equipo de campaña, pero no carecía de encanto ni de buen gusto. Había algunos estudios en la pared, entre ellos una cabeza de mujer hecha a lápiz. Resultó que B. era pintor.

—¿Viven bien aquí? —le pregunté a la dama.

—Estaríamos mejor sin los mosquitos.

La carne fresca apenas la alegró. Según sus palabras, tanto ella como las hijas, se habían acostumbrado hacía mucho a la carne salada y la fresca no les gustaba.

—A propósito, ayer preparamos truchas —añadió.

Un sombrío marinero me acompañó al esquife. Como si hubiera adivinado la pregunta que no me decidía a formularle, me dijo con un suspiro:

—¡Uno no viene aquí por propia voluntad!

Reanudamos la marcha al día siguiente, por la mañana temprano, con calma chicha y tiempo tibio. Las costas de Tartaria son montañosas, pródigas en picos cónicos; una leve neblina azulada velaba los contornos: era el humo de lejanos bosques en llamas; según dicen, ese humo a veces alcanza tal espesor que se vuelve tan peligroso para la navegación como la bruma. Si un ave volara en línea recta desde el mar, por encima de las montañas, dudo que encontrara una sola vivienda o una sola persona en un área de 500 verstas o más... La verde orilla brilla alegremente al sol, sin ninguna necesidad de presencia humana. A las seis llegamos al punto más angosto del estrecho, entre los cabos de Pogobi y Lazarev, y pasamos a poca distancia de ambas orillas. A las ocho doblamos el Gorro de Nevelskói, como se llama a una montaña coronada de una protuberancia que parece un gorro. Era una mañana clara,

luminosa, y el placer que sentía de estar allí se veía reforzado por una suerte de orgullo.

A la una pasada entramos en la bahía de De Castries, el único lugar donde los navíos que navegan por el estrecho pueden resguardarse en caso de tormenta. De no ser por ella, el cabotaje en esa costa completamente inhóspita sería inconcebible^[9]. Hasta existe la siguiente expresión: «Ir a toda prisa a De Castries». Es una ensenada circular, de unas tres verstas de diámetro, con elevadas orillas que la protegen de los vientos, comunicada con el mar por un estrecho paso. A juzgar por su aspecto exterior es la bahía ideal, pero, ¡ay!, solo en apariencia: siete meses al año la cubren los hielos, está mal protegida del viento de levante y es tan poco profunda que los barcos deben echar el ancla a dos verstas de la orilla. La salida está custodiada por tres islotes o más bien arrecifes, que confieren al paisaje un encanto singular. Uno de ellos se llama Isla de las Ostras, pues las hay muy grandes y gruesas en la parte sumergida.

En la orilla hay algunas casitas y una iglesia. Se trata del puesto de Aleksándrovsk. Allí viven el comandante del puesto, su secretario y los telegrafistas. Un funcionario local que vino a cenar con nosotros a bordo —un hombre aburrido y tedioso, que durante la comida no paró de hablar y de beber— nos contó una vieja anécdota sobre unos gansos que, tras haber ingerido unas bayas en alcohol y emborracharse, fueron dados por muertos, desplumados y arrojados al exterior; más tarde, cuando se despertaron, regresaron sin plumas a la casa. El funcionario juró que la historia de los gansos ocurrió en De Castries, en su propio patio.

En la iglesia no hay cura; cuando es necesario, viene de Mariinsk. El buen tiempo es tan raro como en Nikoláievsk. Se dice que esta primavera estuvo trabajando aquí un equipo de medición y que en todo mayo solo hubo tres días de sol. ¡Cómo se puede trabajar sin sol!

En la rada nos encontramos con los buques de guerra *Bobr* y *Tungús* y con dos torpederos. Recuerdo otro detalle más: apenas habíamos echado el ancla cuando el cielo se oscureció, se amontonaron nubes de tormenta y el agua adquirió un insólito color verde claro. El *Baikal* tenía que descargar cuatro mil *puds* de mercancías del Estado, de manera que pernoctamos en De Castries. Para matar el tiempo, un mecánico y yo nos pusimos a pescar desde cubierta; cogimos unos gobios enormes de gran cabeza, como no los había visto nunca, ni en el mar Negro ni en el mar de Azov. También pescamos alguna platija.

En este lugar las tareas de descarga de los barcos resultan siempre fatigosas y prolongadas, y se realizan de mala gana y a regañadientes. Por otra parte, tal es la amarga suerte de todos nuestros puertos de Extremo Oriente. En De Castries se descarga la mercancía en pequeñas barcazas que solo pueden alcanzar la costa con la marea alta, razón por la que, una vez cargadas, no es raro que encallen en el fondo, obligándolas a permanecer en la rada el tiempo de una marea entera por unos centenares de sacos de harina. En Nikoláievsk el desorden es aún mayor. En esa

ciudad, estando en la cubierta del *Baikal* vi cómo un remolcador, que arrastraba una gran barcaza con doscientos soldados, perdió el cable del remolque; la barcaza fue arrastrada por la corriente y llegó hasta la cadena del ancla de un velero fondeado no lejos de nosotros. Con el corazón en un puño esperábamos que de un momento a otro la cadena cortara en dos la barcaza; pero, por fortuna, algunas personas diligentes cogieron a tiempo el cable del remolque y los soldados solo se llevaron un buen susto.

II

BREVE DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA – LLEGADA A SAJALÍN SEPTENTRIONAL – UN INCENDIO – EL MUELLE – EN EL SUBURBIO – COMIDA CON EL SEÑOR L. – NUEVOS CONOCIDOS – EL GENERAL KONONÓVICH – LLEGADA DEL GOBERNADOR GENERAL – COMIDA E ILUMINACIONES

Sajalín se encuentra en el mar de Ojotsk, protegiendo del océano cerca de mil verstas de la costa oriental de Siberia y la entrada a la desembocadura del Amur. Tiene forma alargada; en opinión de un autor, su forma recuerda a un esturión. Sus coordenadas geográficas son las siguientes: de 45° 54' a 54° 53' de latitud y de 141° 40' a 144° 53' de longitud. La parte septentrional de Sajalín, a través de la cual pasa la línea de las tierras con hielos perpetuos, corresponde al distrito de Riazán; la parte sur, a Crimea. La isla tiene una longitud de novecientas verstas; la anchura máxima es de ciento veinticinco verstas, la mínima de veinticinco. Es dos veces más grande que Grecia y una vez y media más grande que Dinamarca.

La anterior división de Sajalín en Septentrional, Central y Meridional era incómoda en la práctica, y ahora se divide solo en Septentrional y Meridional. El tercio superior de la isla, en razón de sus condiciones climáticas y de suelo, es totalmente inservible para la colonización y, en consecuencia, no se tiene en cuenta; el tercio central se llama Sajalín Septentrional, y el tercio más bajo Sajalín Meridional; entre esas dos últimas partes no existen fronteras claramente definidas. Actualmente, en el distrito septentrional, los deportados viven en el curso de los ríos Duika y Tim; el Duika desemboca en el estrecho de Tartaria y el Tim en el mar de Ojotsk. Según el mapa, los cursos superiores de ambos ríos se confunden. Los deportados también viven en la costa occidental, en la pequeña franja de terreno que se extiende a un lado y a otro de la desembocadura del Duika. Desde el punto de vista administrativo, Sajalín Septentrional se divide en dos distritos: Aleksándrovsk y Timovo.

Pasamos la noche en De Castries y al día siguiente, 10 de julio, a mediodía, atravesamos el estrecho de Tartaria en dirección a la desembocadura del Duika, donde se encuentra el puesto de Aleksándrovsk. En esta ocasión el tiempo era sereno y luminoso, algo poco frecuente en la zona. Por un mar absolutamente en calma, lanzando chorros de agua, se desplazaban parejas de ballenas; ese hermoso y original espectáculo nos entretuvo durante todo el viaje. Pero he de reconocer que mi estado de ánimo no era alegre y empeoraba a medida que nos acercábamos a Sajalín. Estaba intranquilo. El oficial que acompañaba a los soldados, al enterarse de los motivos que

me llevaban a Sajalín, se sorprendió mucho y empezó a asegurarme que no tenía derecho a visitar el penal y la colonia, ya que no formaba parte del servicio estatal. Naturalmente, sabía que estaba equivocado, pero, de todos modos, sus palabras me asustaron, pues temía encontrar el mismo punto de vista en Sajalín.

Echamos el ancla poco después de las ocho. La orilla estaba iluminada por cinco inmensas hogueras: era la taiga en llamas. A través de las tinieblas y el humo que se extendía por la orilla, apenas alcanzaba a discernir el muelle ni sus construcciones, solo las pálidas lucecillas de la estafeta de correos, dos de las cuales eran rojas. El terrible cuadro, burdamente compuesto de oscuridad, siluetas de montañas, humo, llamas y chispas de fuego, parecía un decorado fantástico. A la izquierda ardían tremendas hogueras, por encima de las cuales despuntaban las montañas; más allá, alta en el cielo, resplandecía una aurora púrpura alumbrada por lejanos incendios: parecía como si toda Sajalín estuviera ardiendo. A la derecha, se interna en el mar la pesada y oscura masa del cabo Zhonker, semejante a Aiu-Dag en Crimea; en la cumbre un faro despedía sus destellos, mientras abajo, en el agua, entre la orilla y nosotros, se perfilan tres escarpados arrecifes, los «Tres Hermanos». Y todo eso envuelto en el humo, como en el infierno.

Un cúter se acercó al barco, arrastrando una barcaza. Traía reclusos para la descarga. Se oían palabras en tártaro y juramentos.

—¡No les dejen subir! —gritó alguien a bordo—. ¡No se lo permitan! ¡Aprovecharán la noche para saquear el barco!

—Aleksándrovsk no está tan mal —me dijo el maquinista, al advertir la penosa impresión que me había producido la visión la orilla—. ¡Espere a ver Dué! Allí la orilla está cortada a pico, con oscuros desfiladeros y estratos de carbón... ¡Una orilla siniestra! A veces llevamos allí doscientos o trescientos condenados a la vez, y muchos de ellos lloran al ver el lugar.

—Aquí los reclusos somos nosotros y no ellos —dijo con irritación el capitán—. Ahora todo está en calma, pero tendría que verlo en otoño: viento, tormentas de nieve, frío, golpes de mar que barren la cubierta. ¡Eso si que es para morirse!

Pasé la noche en el barco. Por la mañana temprano, a eso de las cinco, me despertó un ruido: «¡Deprisa, deprisa! ¡El cúter se dirige por última vez a la orilla! ¡Estamos a punto de partir!». Un minuto después ya estaba sentado en el cúter, al lado de un joven funcionario de aspecto enfadado y soñoliento. Sonó la sirena y pusimos rumbo a la orilla, remolcando dos barcasas cargadas de reclusos. Agotados por el trabajo nocturno y rendidos de sueño, los presos tenían un aire indolente y sombrío, y guardaron silencio durante todo el trayecto. Sus rostros estaban cubiertos de rocío. Me recordaban a ciertos caucasianos de rasgos muy marcados, con sus gorros de piel calados hasta las cejas.

—Permítame que me presente —me dijo el funcionario—: Soy el registrador colegiado D.

Fue la primera persona que conocí en Sajalín. Era poeta, autor del poema-

denuncia «Sajalinó», que comienza así:

Dime, doctor, que no fue en vano...

Más tarde me visitó con frecuencia y paseó conmigo por Aleksándrovsk y sus alrededores, contándome anécdotas o recitándome sin parar versos de sus propias obras. En las largas noches de invierno escribe relatos liberales, pero en ocasiones le gusta que la gente sepa que es registrador colegiado y que ocupa un cargo de décimo grado. Cuando una mujer que había ido a verlo por un asunto le llamó «señor D.», se ofendió y gritó enfadado: «¡Para ti no soy el señor D., sino su excelencia!». Mientras ganábamos la orilla, le pregunté por la vida en Sajalín, pero él se limitó a comentar, tras lanzar siniestros suspiros: «Ya lo verá usted mismo». El sol estaba alto en el cielo. La niebla y la oscuridad de la tarde anterior, que tanto habían asustado mi imaginación, se desvanecían ahora en la luminosidad de las primeras horas matinales; el grueso e informe Zhonker con su faro, los Tres Hermanos y los altos acantilados que se sucedían a uno y otro lado durante decenas de verstas, la bruma transparente de las montañas y el humo de los incendios componían un hermoso cuadro bajo el centelleo del sol y del mar.

El lugar carece de puerto y la orilla es peligrosa, como quedó de manifiesto en el aparatoso naufragio del *Atlas*, un buque sueco que encalló poco antes de mi llegada y que ahora yace en la orilla.

Los barcos suelen detenerse a una versta de la orilla, rara vez más cerca. Hay un embarcadero, pero solo para cúteres y barcazas. Es una larga escollera de madera que adopta la forma de una «T» y se adentra varios *sazhens* en el mar. Gruesos pilotes de alerce, fuertemente anclados en el fondo marino, forman cajas llenas de piedras hasta los bordes; la superficie está formada por tablas recorridas de punta a punta por raíles destinados a las vagonetas. En la barra de la «T» se alza una encantadora casita, la oficina del embarcadero, con un elevado mástil negro: instalaciones imponentes, pero poco duraderas. Según me dijeron, basta un fuerte temporal para que las olas alcancen las ventanas y la espuma alcance incluso el mástil, mientras la escollera tiembla de un extremo al otro.

Unos cincuenta forzados, aparentemente desocupados, vagaban por la playa, junto al embarcadero, unos en bata, otros con chaquetas o abrigos de paño gris. Cuando me vieron, todos se descubrieron, honor que, hasta la fecha, probablemente ningún otro escritor ha recibido. En la orilla, enganchado a un carruaje sin resortes, había un caballo. Los reclusos cargaron mi equipaje en el carruaje; un hombre de barba negra, vestido con un abrigo y la camisa por fuera, estaba sentado en el pescante. Nos pusimos en marcha.

—¿Adónde ordena su excelencia? —preguntó, volviéndose y quitándose la gorra.

Le pregunté si sería posible alquilar un alojamiento en alguna parte, aunque fuera de una sola habitación.

—Por supuesto, excelencia, algo encontraremos.

Una magnífica carretera une el embarcadero con el puesto de Aleksándrovsk, separados por dos verstas. En comparación con las carreteras de Siberia, esta calzada, limpia, lisa, con canales y faroles, tiene un aspecto verdaderamente lujoso. A su lado discurre la vía férrea. Pero a lo largo del camino la naturaleza sorprende por su pobreza. Arriba, en las montañas y colinas que rodean el valle de Aleksándrovsk, por el que fluye el Duika, hay tocones quemados o sobresalen, como agujas de puercoespín, los troncos de los alerces, secos por el viento y los incendios; abajo, en el valle, los montículos alternan con la maleza, vestigios de un antiguo pantano hasta hace poco impracticable. Los cortes frescos en la tierra revelan toda la esterilidad del suelo pantanoso y miserable, con una capa de tierra negra de apenas medio *vershok*. Ni pinos ni robles ni arces; solo alerces enjutos, miserables, carcomidos, que, lejos de embellecer los bosques y los parques, como en Rusia, constituyen un indicio de un terreno pobre y pantanoso y de la severidad del clima.

El puesto de Aleksándrovsk o, más brevemente, Aleksándrovsk, es una pequeña y agradable ciudad de tipo siberiano, de unos tres mil habitantes. No hay ni una sola construcción de piedra o de ladrillo; todas las edificaciones son de madera, sobre todo de alerce: la iglesia, las casas y las aceras. Aquí se encuentra la residencia del comandante de la isla, el centro de la civilización de Sajalín. La prisión está cerca de la calle principal, pero su aspecto exterior se diferencia poco del de un cuartel; por eso Aleksándrovsk no tiene ese severo aspecto penitenciario que esperaba encontrar.

El cochero me condujo a un suburbio de Aleksándrovsk, a casa de un campesino antiguo forzado. Me enseñaron mi alojamiento. Había un pequeño patio pavimentado de troncos, a la manera siberiana, rodeado en todo su perímetro de tejadillos. La casa tenía cinco habitaciones, limpias y espaciosas, amén de una cocina, pero ni rastro de muebles. La dueña, una mujer joven, trajo una mesa y, cinco minutos más tarde, un taburete.

—El precio del alojamiento es 22 rublos con leña; sin leña, 15 —anunció. Al cabo de una hora trajo un samovar y dijo con un suspiro—: ¡Menuda idea venir a este rincón perdido!

Había llegado a Sajalín siendo una niña, en compañía de su madre, que había decidido seguir a su marido, condenado a una pena que aún no había terminado de cumplir; luego se había casado con un campesino antiguo forzado, un anciano taciturno a quien vi fugazmente atravesando el patio; padecía alguna enfermedad y pasaba la mayor parte del tiempo tumbado bajo el tejadillo, emitiendo gemidos.

—Seguro que en estos momentos están cosechando en nuestra casa del distrito de Tambov —me dijo la patrona—, en cambio aquí... ¡Más me valdría no haber visto este lugar!

La verdad es que el panorama carecía de interés: a través de la ventana se distinguían unos bancales de coles, circundados por zanjas horribles; a lo lejos se vislumbraba un alerce enjuto y seco.

El patrón entró, gimiendo y sosteniéndose el costado, y empezó a quejarse de la mala cosecha, de la severidad del clima, de la pobreza del suelo. Había escapado de los trabajos y de la colonización forzosos, poseía dos casas, caballos y vacas, empleaba a numerosos trabajadores y no hacía nada; se había casado con una mujer joven y, lo más importante, había recibido hacía tiempo el permiso para volver al continente; pero de todos modos se quejaba.

A mediodía di un paseo por el suburbio. En el límite se alza una casa muy bonita con un pequeño jardín y una placa de cobre en la puerta. Cerca de la casa, en el mismo patio, hay una tiendecita. Entré a comprar algo de comer. «Comercio» y «Almacén de suministros comerciales», así se llamaba la modesta tiendecita, según reza una lista de precios escrita a mano o a máquina que aún conservo. Pertenece al colono L., un antiguo oficial de la guardia, al que la corte regional de San Petersburgo había juzgado por asesinato doce años antes. Ya ha cumplido su condena y ahora se dedica al comercio; también se ocupa de varias tareas relacionadas con la construcción de carreteras y otros asuntos, recibiendo a cambio el sueldo de un vigilante jefe. Su esposa, una mujer libre perteneciente a la nobleza, trabaja de enfermera en el hospital de la prisión. En la tienda se venden estrellitas para las charreteras, dulces turcos, sierras, hoces, y «sombrosos de verano para las damas, a la última moda, de la mejor confección, desde cuatro rublos cincuenta hasta doce rublos la pieza». Mientras hablaba con el dependiente, entró el propietario, vestido con una chaqueta de seda y una llamativa corbata. Nos presentamos.

—¿Me haría el honor de comer conmigo? —me propuso.

Acepté y nos dirigimos a su casa. Su morada es confortable: mobiliario viejisimo, flores, un arístón americano y una mecedora en la que L. se balancea después de comer. Además de la dueña de la casa, encontré otros cuatro convidados, todos funcionarios. Uno de ellos, un viejo sin bigote y con patillas grises, parecido de cara al dramaturgo Ibsen, resultó ser el médico subalterno del hospital local; otro, también anciano, se presentó como oficial de estado mayor del ejército cosaco de Oremburgo. Desde el primer momento ese oficial me pareció una buena persona y un gran patriota. Es afable y bondadoso, pero, cuando se habla de política, se sale de sus casillas, empieza a hablar con verdadero entusiasmo del poder de Rusia y a expresar su desprecio por los alemanes y los ingleses, a quienes no ha visto en su vida. Se cuenta que, cuando hizo escala en Singapur, de camino a Sajalín, quiso comprar a su mujer un pañuelo de seda y, cuando le propusieron cambiar su dinero ruso por dólares, exclamó ofendido: «¿Cambiar mi dinero ortodoxo por esa moneda de salvajes? ¡Ni hablar!». Y no compró el pañuelo.

La comida se compuso de sopa, pollo y helado. También se sirvió vino.

—¿Cuándo deja de nevar en este lugar? —pregunté.

—En mayo —respondió L.

—No es verdad, en junio —dijo el médico que se parecía a Ibsen.

—Conozco a un colono —comentó L.—, a quien su trigo de California le ha

rendido veinte veces su peso.

Nueva objeción por parte del médico.

—Mentira. En vuestra Sajalín no crece nada. Es una tierra maldita.

—Permítame que le diga —exclamó uno de los funcionarios— que en 1882 el trigo rindió cuarenta veces su peso. Lo sé de buena tinta.

—No les crea —me dijo el médico—. Le están dando gato por liebre.

Durante la comida se contó la siguiente leyenda: cuando los rusos ocuparon Sajalín y empezaron a maltratar a los guiliakos, el chamán maldijo la isla y profetizó que no se obtendría de ella ningún provecho.

—Y así ha sido —susurró el médico.

Después de la comida L. puso en funcionamiento el aristón. El médico me propuso trasladarme a su casa, y esa misma noche me instalé en la calle principal del puesto, en una de las casas más cercanas a los edificios públicos.

Esa noche comenzó mi iniciación en los misterios de Sajalín. El médico me contó que poco antes de mi llegada, durante la inspección de ganado en el embarcadero, tuvo una fuerte discusión con el comandante de la isla, en el transcurso de la cual el general había llegado a amenazarle con el bastón; al día siguiente, se había aceptado su petición de excedencia, petición que él no había presentado. El médico me enseñó una pila de papeles que él mismo había redactado, como él dijo, para defender la verdad y por amor a la humanidad. Había copias de demandas, quejas, informes y... denuncias^[10].

—El general no verá con buenos ojos que se haya instalado usted en mi casa —dijo el médico, guiñando el ojo con malicia.

Al día siguiente fui a ver al comandante de la isla, V. O. Kononóvich. A pesar de su cansancio y de su escaso tiempo libre, el general me recibió con extremada cortesía y conversó conmigo durante casi una hora. Es un hombre cultivado, instruido, y además posee una gran experiencia práctica, pues antes de ser destinado a Sajalín, estuvo al mando del presidio de Kara durante dieciocho años; habla y escribe correctamente y da la impresión de ser una persona sincera, penetrada de aspiraciones humanitarias. No puedo olvidar el placer que me causaron nuestras entrevistas y la grata impresión que me produjo desde un principio su aversión a los castigos corporales, tema en el que insistió más de una vez. G. Kennan, en su célebre libro, habla de él con admiración.

Cuando se enteró de que pretendía pasar varios meses en la isla, el general me previno de que la vida era difícil y monótona.

—Todos intentan huir de aquí —me dijo—, los reclusos, los colonos y los funcionarios. Yo todavía no tengo deseos de escapar, pero siento una considerable fatiga mental, pues son muchos los asuntos que requieren mi atención.

Me prometió una total colaboración, pero me pidió un poco de paciencia, pues se esperaba la visita del gobernador general y todo el mundo estaba ocupado.

—Me alegro de que se haya instalado en casa de nuestro enemigo —dijo al

despedirse— así conocerá nuestros puntos flacos.

Me quedé en casa del médico hasta la llegada del gobernador general. Mi vida no era nada rutinaria. Por la mañana, cuando me despertaba, los ruidos más diversos me recordaban dónde estaba. Por la calle, junto a las ventanas abiertas, pasaban con indolencia los presos, acompañados del tintineo acompasado de las cadenas; frente a nuestra vivienda, en el cuartel militar, los soldados de la banda ensayaban las marchas con las que querían recibir al gobernador general, y la flauta entonaba una melodía, el trombón otra, el fagot una tercera, y el resultado era un caos indescriptible. En nuestra casa los canarios se desgañitaban y el médico iba de un lado para otro, hojeando libros de leyes sin dejar de caminar y reflexionando en voz alta:

—Si en virtud del artículo tantos presento una demanda en tal sitio...

O se sentaba con su hijo a redactar un informe. Fuera hacía muchísimo calor. Algunos se quejaban incluso de la sequía, y los oficiales salían en guerrera, algo que no sucede todos los veranos. Había más movimiento en las calles que en nuestras ciudades de provincia, lo que se explica fácilmente por los preparativos para recibir al gobernador de la región y, sobre todo, por la preponderancia, en la población local, de personas en edad de trabajar, que pasan la mayor parte del tiempo fuera de casa. Además, se concentran todos en un pequeño espacio: una prisión con una capacidad para más de mil detenidos y un cuartel de quinientos soldados. Estaban construyendo a toda prisa un puente sobre el río Duika; levantaban arcos, limpiaban, pintaban, barrían, desfilaban. Por las calles pasaban carruajes de dos y de tres caballos con campanillas: eran los caballos que estaban preparando para el gobernador general. Había tales prisas que se trabajaba incluso los días de fiesta.

Un grupo de guiliakos se dirigía al puesto de policía, entre los furiosos ladridos de los pacíficos perros de Sajalín que, por alguna razón, solo se ensañan con ellos. En otro grupo, presos con grilletes y tintineantes cadenas, unos con gorro y otros sin él, arrastraban una pesada carretilla de arena, a la que se agarraban unos niños; a un lado y a otro caminaban los miembros de la escolta, el rostro rojo y sudoroso y el fusil al hombro. Los presos descargaban la arena delante de la casa del general y volvían sobre sus pasos, siempre acompañados del tintineo de las cadenas. Un hombre con una marca cuadrada en la espalda de su bata, iba de puerta en puerta vendiendo arándanos. Cada vez que paseaba por la calle, los que estaban sentados se levantaban y todas las personas con las que me cruzaba se quitaban el gorro. Los presos y los exiliados, salvo raras excepciones, circulan libremente, sin cadenas y sin escolta; se los encuentra uno a cada paso, solos o en grupo. Están en todos los patios y en todas las casas, porque trabajan como cocheros, guardianes, cocineros, cocineras y nodrizas. En un primer momento, la falta de costumbre hace que esa proximidad confunda y cause perplejidad. Pasas junto a un edificio en construcción y ves presos con hachas, sierras y martillos. «¡Ah —piensas—, ahora tomara impulso y me asestará un golpe!». O vas a visitar a un conocido y, al no hallarlo en casa, te sientas a

escribir una nota, bajo el ojo vigilante de su criado, un preso armado de un cuchillo con el que estaba pelando patatas en la cocina. O a veces, por la mañana temprano, a eso de las cuatro, un ruido ligero te despierta y ves a un preso que se acerca a la cama de puntillas y reteniendo la respiración: «¿Qué pasa? ¿Qué quieres?». «Limpiar sus botas, excelencia». No tardé en habituarme a esos episodios. Todo el mundo se acostumbra, incluso las mujeres y los niños. Las damas locales no sienten ninguna intranquilidad cuando sus hijos pasean en compañías de ayas condenadas a perpetuidad.

Un periodista escribe que al principio tenía miedo de cada arbusto y que, cada vez que se encontraba con un preso en la carretera o en un sendero, palpaba el revólver que guardaba debajo del abrigo, hasta que se tranquilizó y llegó a la conclusión de que «los presos, en su conjunto, son un rebaño de borregos cobardes, perezosos, muertos de hambre y serviciales». En cualquier caso, para pensar que los presos rusos respetan la vida y la bolsa del prójimo solo porque son perezosos y cobardes, hay que tener muy mala opinión de los hombres en general o no conocerlos en absoluto.

El gobernador general de la región del Amur, el barón A. N. Korff, llegó a Sajalín el 19 de julio, en el navío de guerra *Bobr*. Fue recibido por la guardia de honor, los funcionarios y una muchedumbre de colonos y presos en la plaza que hay entre la casa del gobernador de la isla y la iglesia. Tocaban la misma música de la que ya he hablado. Un anciano venerable, un antiguo exiliado que se había enriquecido en Sajalín, apellidado Potiomkin, le ofreció el pan y la sal en una fuente de plata de fabricación local. En la plaza también estaba mi anfitrión, el médico, vestido de frac negro y sombrero del mismo color, con una petición en la mano. Por primera vez veía a la población de Sajalín y no me pasó desapercibida una triste peculiaridad: estaba compuesta por hombres y mujeres en edad de trabajar, había también ancianos y niños, pero carecía por completo de jóvenes. Parecía como si en Sajalín las edades comprendidas entre los trece y los veinte años no existiesen en absoluto. Involuntariamente me hice la siguiente pregunta: ¿no significará eso que la juventud, cuando alcanza una edad determinada, abandona la isla a la primera oportunidad?

Al día siguiente de su llegada, el gobernador general inició la inspección de las prisiones y los asentamientos de los colonos. En todas partes los colonos, que lo habían esperado con gran impaciencia, le entregaban peticiones y le dirigían requerimientos orales. Cada uno hablaba por sí mismo o uno hablaba en nombre de todos; y, dado que el arte de la oratoria florece en Sajalín, no faltaron los discursos; en su intervención, el colono Máslov, de Derbínskoie, se refirió varias veces a las autoridades como «los más corteses gobernantes». Por desgracia, casi ninguno de los que se dirigían al barón A. N. Korff le pedía lo que debía. Lo mismo que en Rusia en casos análogos, se puso de manifiesto la lamentable ignorancia del mujik: no solicitaban escuelas, justicia, salarios, sino bagatelas: un subsidio estatal, la adopción de un niño; en definitiva, peticiones que las propias autoridades locales podían satisfacer.

A. N. Korff escuchaba las peticiones con suma atención y benevolencia; profundamente conmovido por su situación general de pobreza, formulaba promesas y hacía concebir esperanzas en una vida mejor^[11]. Cuando en Arkovo el ayudante del inspector de la cárcel le informó de que «en Arkovo todo va bien», el barón mencionó la producción de trigo de primavera y de otoño y dijo: «Todo va bien, excepto que en Arkovo no hay pan». En la prisión de Aleksándrovsk, con ocasión de su llegada, se distribuyó entre los presos carne fresca e incluso carne de reno; el gobernador recorrió todas las celdas, recibió las peticiones y ordenó que quitaran las cadenas a muchos presos.

El 22 de julio, después del Tedeum y de una parada (era día de fiesta), un inspector vino a anunciarme que el gobernador general deseaba verme. Me puse en camino. A. N. Korff me recibió de forma muy amistosa y conversó conmigo casi media hora. A nuestra conversación asistió el general Kononóvich. Entre otras cosas me preguntó si me ocupaba de alguna misión oficial. Le respondí que no.

—¿No desempeña al menos algún cometido para alguna sociedad científica o algún periódico? —preguntó el barón.

Tenía en el bolsillo la acreditación de periodista, pero, como no pensaba publicar nada sobre Sajalín en los periódicos y no deseaba inducir a error a unas personas que, según todas las evidencias, se fiaban totalmente de mí, volví a responder que no.

—Le autorizo a visitar cualquier lugar y a cualquier persona que desee —dijo el barón—. No tenemos nada que ocultar. Puede examinarlo todo; se le proveerá de un salvoconducto que le permitirá entrar libremente en todas las prisiones y colonias, se le proporcionarán los documentos que necesite; en definitiva, se le abrirán todas las puertas. Lo único que no puedo concederle es que se entreviste con los presos políticos, pues no tengo autoridad para ello —al despedirse de mí, añadió—: Mañana volveremos a vernos. Traiga papel.

Ese mismo día asistí a una cena solemne en la residencia del comandante de la isla. Allí conocí a casi todo el cuerpo de funcionarios de Sajalín. Hubo música y se pronunciaron discursos. En respuesta al brindis a su salud, A. N. Korff dirigió a los presentes unas breves palabras, algunas de las cuales se han conservado en mi memoria: «Estoy convencido de que en Sajalín los “desdichados” viven mejor que en cualquier otro lugar de Rusia e incluso de Europa. En cualquier caso, todavía les queda mucho por hacer, pues el camino del bien es infinito». Había visitado Sajalín cinco años antes y ahora encontraba progresos significativos, que sobrepasaban con creces sus expectativas. Sus elogios pasaban por alto realidades tales como el hambre, la prostitución generalizada de las mujeres o los brutales castigos corporales, pero los oyentes estaban dispuestos a creerle: comparado con lo que sucedía cinco años antes, el presente debía de parecer el inicio de una edad dorada.

Por la noche hubo iluminaciones. Por las calles, alumbradas con faroles y bengalas, pasearon hasta muy tarde soldados, colonos y presos. La prisión estaba abierta. El río Duika, siempre miserable y sucio, con sus riberas peladas, estaba

engalanado para la ocasión con faroles y bengalas multicolores, que se reflejaban en las aguas, y parecía hermoso, incluso majestuoso, pero también algo ridículo, como la hija de una cocinera ataviada con el vestido de su joven ama. Del jardín del general llegaban sonos musicales y canciones. Hasta se lanzaron salvas, y el cañón estalló. Sin embargo, a pesar de esa alegría, en las calles reinaba el aburrimiento. No se oían canciones, ni el sonido del acordeón, ni se veía un solo borracho; los hombres vagaban y callaban como sombras. El presidio, a pesar de las bengalas, seguía siendo un presidio; y la música, cuando la oye desde lejos una persona que jamás regresará a su tierra natal, solo suscita una mortal tristeza.

Cuando me presenté en la residencia del gobernador general, provisto de papel, este me expuso su opinión sobre el presidio de Sajalín y sobre la colonia y me propuso que tomara notas de todo lo que decía. Acepté de muy buena gana. Me propuso titular todo lo que había escrito: *Descripción de la vida de los desdichados*. De nuestra conversación precedente y de lo que anoté bajo su dictado, saqué la conclusión de que era una persona magnánima y noble, pero que no conocía «la vida de los desdichados» tan de cerca como él pensaba. He aquí algunos extractos de las anotaciones: «A nadie se le priva de la esperanza de recobrar íntegramente sus derechos; no existe el castigo de por vida. La deportación ilimitada no supera los veinte años. Los trabajos forzados no son excesivamente duros, pero no proporcionan al trabajador un beneficio personal: en eso reside su dureza, no en el esfuerzo físico. No hay cadenas ni centinelas ni cabezas rapadas».

Los días eran hermosos, con un cielo sereno y un aire transparente, como en Rusia en otoño. Las tardes eran maravillosas; recuerdo el poniente empurpurado, el mar azul oscuro y una luna blanquísima surgiendo detrás de las montañas. En semejantes atardeceres me gustaba pasear por el valle, entre el puesto y la aldea de Novo-Mijaílovka; la carretera es llana, recta, y está flanqueada por los raíles del tren y los hilos del telégrafo. Cuanto más se aleja uno de Aleksándrovsk, más estrecho se vuelve el valle y más se espesan las tinieblas. Las enormes matas de bardana adquieren el porte de plantas tropicales; por todas partes se alzan oscuras montañas. A lo lejos se distinguen los fuegos donde se quema el carbón y las llamas de un incendio. Surge la luna. De pronto el cuadro adquiere un aspecto fantástico: por la vía, montado en una pequeña plataforma y apoyándose en una pértiga, viene a mi encuentro un preso vestido de blanco. Siento algo de miedo.

—¿No es hora de regresar? —le digo al cochero.

El cochero, un preso, hace que los caballos vuelvan sobre sus pasos, contempla la montaña y los fuegos, y comenta:

—Aquí la vida no es nada alegre, excelencia. En Rusia se está mucho mejor.

III

EL CENSO – CONTENIDO DE LAS FICHAS ESTADÍSTICAS – LO QUE PREGUNTÉ Y CÓMO ME RESPONDIERON – LA ISBA Y SUS HABITANTES – LA OPINIÓN DE LOS DEPORTADOS SOBRE EL CENSO

Para poder visitar los lugares habitados y ver más de cerca la vida de la mayoría de los deportados, recurrí al único método que en mi situación me pareció apropiado: la elaboración de un censo. En las colonias que visité, recorrí todas las isbas y registré a los propietarios, a los miembros de sus familias, a los inquilinos y los trabajadores. Para facilitar el trabajo y ganar tiempo, me propusieron la colaboración de ayudantes, pero, dado que la finalidad principal del censo no eran los resultados, sino las impresiones que me deparara el proceso mismo, recurrí a la ayuda ajena en muy raras ocasiones. Ese trabajo, realizado en tres meses por una sola persona, no puede definirse como censo; sus resultados no se distinguen por su rigor ni por su fiabilidad, pero, en ausencia de datos más precisos, tanto en la literatura sobre Sajalín como en los centros administrativos de la isla, tal vez mis cifras puedan ser de alguna utilidad.

Para el censo utilicé unas fichas que había hecho imprimir en la tipografía que hay junto al puesto de policía. El procedimiento del censo era el siguiente: ante todo, en la primera línea de cada ficha apuntaba el nombre del puesto o de la colonia; en la segunda, el número catastral de la vivienda; luego, en la tercera, la categoría a la que pertenecía el encuestado: preso, colono, campesino antiguo forzado u hombre libre. A los libres solo los apuntaba cuando desempeñaban un papel importante en la vida doméstica del deportado, por ejemplo, si habían contraído matrimonio con él, legal o ilegalmente, y, en general, si pertenecían a su familia o vivían en su isba en calidad de trabajador, inquilino, etc. En Sajalín se concede una gran importancia a la condición social del individuo. No cabe duda de que un preso se siente avergonzado de la suya; cuando se le pregunta qué es, responde: «Un trabajador». Si antes de la condena era soldado, no deja de añadir: «De origen militar, excelencia». Tras haber purgado su pena o, como él dice, cumplido su plazo, se convierte en colono. Ese nuevo estado no se considera humillante, ya que se diferencia poco del de «campesino», por no hablar de los derechos que comporta. Cuando se le pregunta quién es, el exiliado suele responder: «Un hombre libre». Al cabo de diez años, o de seis bajo condiciones favorables estipuladas en el *Reglamento de la deportación*, el colono recibe el título de campesino antiguo forzado. A la pregunta de cuál es su estado social, el campesino responde no sin dignidad, como si eso le permitiera no ser incluido con los otros y diferenciarse de ellos en algo fundamental: «Soy campesino», pero sin añadir

«antiguo forzado». No les pregunté por su estado anterior, pues sobre ese particular se dispone de información suficiente en los centros administrativos. Nadie (excepto los soldados), ni los pequeños burgueses, ni los comerciantes ni los intelectuales se explayaban sobre su condición anterior, como si ya la hubiesen olvidado, y se referían a ella simplemente con la palabra «libertad». Si alguien habla de su pasado, suele empezar así: «Cuando vivía en libertad», etc.

Cuarta línea: nombre, patronímico y apellido. En lo que respecta a los nombres, solo recuerdo que, por lo visto, no anoté de forma correcta ni un solo nombre tártaro de mujer. En las familias tártaras con muchas hijas, en las que el padre y la madre apenas comprenden el ruso, es difícil hacerse entender y hay que apuntar a la buena de Dios.

También en los documentos oficiales los nombres tártaros están transcritos de manera incorrecta.

Cuando le pregunté a un campesino ruso ortodoxo por su nombre, me respondió sin bromear: «Karl». Es un vagabundo que había cambiado su nombre por el camino con un alemán. Recuerdo haber apuntado dos nombres de ese tipo: Karl Lanter y Karl Kárlov. Hay un preso que responde al nombre de Napoleón y una vagabunda que se llama Praskovia y también María. En cuanto a los apellidos, por alguna extraña casualidad, hay en Sajalín muchos Bogdánov y Bespálov. Anoté muchos nombres curiosos: Shkandiba (Patizambo), Zheludok (Estómago), Bezbozhni (Sin Dios), Zevaka (Papanatas).

Según me dijeron, los apellidos tártaros conservan, aunque los designados por ellos carezcan de todo derecho y distinción social, sufijos y partículas que denotan rangos o títulos elevados. Ignoro hasta qué punto es eso cierto, pero no pocas veces anoté «—jan», «—sultán» y «—ogli». El nombre más extendido entre los vagabundos es Iván y el apellido Nepomniaschi (Sin recuerdo). He aquí algunos apodos: Mustafá Nepomniaschi, Vasili Bezotéchestva (Sin Patria), Franz Nepomniaschi, Iván Nepomniaschi de Veinte Años, Yákov Bezprozvania (Sin Apodo), Iván el Vagabundo de 35 Años^[12], El Hombre de Clase Desconocida.

En esa misma línea apuntaba la relación entre la persona entrevistada y el propietario: esposa, hijo, cohabitante, trabajador, inquilino, hijo del inquilino, etc. En el caso de los niños, distinguía entre legítimos e ilegítimos, propios y adoptados. Hay que señalar que en Sajalín estos últimos son muy numerosos, y que en ocasiones tuve que inscribir no solo niños adoptados, sino también padres adoptados. Muchos de los que comparten una isba se consideran copropietarios o coinquilinos. En los dos distritos septentrionales había parcelas que tenían dos e incluso tres propietarios, y eso en más de la mitad de las propiedades. Un colono se asienta en una parcela, construye una casa y monta una granja, pero al cabo de dos o tres años se envía a otra persona al mismo terreno, o esa misma parcela se da al mismo tiempo a dos colonos. Eso se debe a la falta de interés y la incapacidad de la administración para buscar nuevos lugares de asentamiento. A veces, una vez cumplida su condena, un preso

pide permiso para instalarse en un puesto o colonia donde ya no se dispone de tierra de labor, de manera que es necesario asignarle una hacienda ya existente. El número de copropietarios aumenta especialmente después de la promulgación de indultos imperiales. En tales casos, la administración se ve forzada a encontrar lugar para cientos de personas a la vez.

Quinta línea: edad. Las mujeres que han pasado de los cuarenta recuerdan mal su edad y, antes de responder, tienen que pensarlo un poco. Los armenios del distrito de Yereván desconocen su edad. Uno de ellos me respondió: «Quizá treinta, quizá cincuenta». En tales casos hay que determinarla de forma aproximada, a ojo, y luego verificarla en los registros. Los jóvenes de quince o más años suelen quitarse años. Alguna muchacha ya prometida o que lleva ya tiempo ejerciendo la prostitución dice que tiene trece o catorce años. El motivo es que los niños y los adolescentes de las familias más pobres reciben alimentos del Estado, que solo se conceden hasta los quince años. Ese sencillo cálculo induce a los jóvenes y a sus padres a mentir.

La sexta línea hace referencia a la religión.

Séptima línea: lugar de nacimiento. A esa pregunta respondían sin la menor dificultad; solo los vagabundos introducen algún prudente rodeo o contestan: «No recuerdo».

La joven Natalia Nepomniáschaia, cuando le pregunté de qué distrito era, me dijo: «Un poco de todos». Los paisanos suelen mantener vínculos, forman un grupo aparte y, cuando se evaden, lo hacen juntos. Una persona natural de Tula prefiere ser copropietario con alguien de la misma región, y lo mismo sucede con un oriundo de Bakú. Al parecer, existen sociedades de paisanos, pues, cuando planteaba una pregunta relativa a una persona ausente, eran sus paisanos los que me proporcionaban una información más detallada.

Octava línea: ¿en qué año llegó a Sajalín? Pocas veces los interpelados respondían a la pregunta de forma inmediata y sin esfuerzo. El año de llegada a Sajalín es un año de terrible infortunio. Además, no lo saben o no lo recuerdan. Si le preguntas a una condenada en qué año llegó a Sajalín, te responde con indolencia, sin pensarlo demasiado: «¿Y quién lo sabe? Debió de ser en el 83». Su marido o cohabitante interviene: «¿Por qué dices tonterías? Llegaste en el 85». «Sí, tal vez en el 85», asiente ella suspirando. Nos ponemos a echar cuentas y resulta que el hombre tenía razón. Los hombres no manifiestan tanta dificultad como las mujeres, pero tampoco responden de inmediato, sino después de pensar y charlar un rato.

—¿En qué año te enviaron a Sajalín? —le pregunto a un colono.

—Vine en el mismo grupo que Gladki —responde indeciso, mirando a sus compañeros.

Gladki pertenece a la primera hornada, que llegó a Sajalín en 1879 en el *Dobrovolets*. Así lo anoto. También pueden oírse respuestas como las siguientes: «He estado en prisión seis años, y llevo ya tres como colono... Calcule». «¿Significa eso que llevas nueve años en Sajalín?». «En absoluto, antes de Sajalín pasé dos años en la

prisión central». Etcétera. O bien respuestas del tipo: «Llegué aquí el año que asesinaron a Derbín». O bien: «Cuando murió Mitsul». Era especialmente importante para mí que las respuestas de las personas que llegaron en los años sesenta y setenta fueran veraces; no quería que se me escapara ninguno, aunque es casi seguro que no lo conseguí. ¿Cuántos de los que llegaron aquí hace veinte o veinticinco años han logrado sobrevivir? Es una pregunta de importancia capital para la colonización de Sajalín.

En la novena línea anoté las principales tareas y oficios.

En la décima, el grado de instrucción. Normalmente la pregunta se formula en los siguientes términos: «¿Sabes leer y escribir?». Yo, en cambio, preguntaba: «¿Sabes leer?». En muchos casos esa fórmula me salvó de respuestas incorrectas, porque los campesinos que no saben escribir, pero que comprenden la letra impresa, se definen como analfabetos. También los hay que se fingen ignorantes por modestia: «¿Cómo podemos saber? ¿Qué instrucción podemos tener?». Y solo cuando repito la pregunta, dicen: «Antes entendía la letra impresa, pero ahora, ¿sabe?, lo he olvidado. Somos gente ignorante; en una palabra, mujiks». También se consideran analfabetos los que ven mal y los ciegos.

La undécima línea se refería a la situación familiar: ¿casado, viudo, soltero? Y para los casados: ¿el cónyuge reside en el lugar de origen o en Sajalín? Esas tres palabras, casado, viudo y soltero, aquí no bastan para determinar la situación de la familia. Muy a menudo los casados están condenados a llevar una vida solitaria, sin pareja, pues sus mujeres se han quedado en Rusia y se niegan a divorciarse, mientras los solteros y los viudos viven en familia, rodeados de media docena de hijos; por eso juzgué oportuno precisar mediante las palabras «vive solo» a aquellos cuya soltería no solo es formal sino real, aunque ellos se consideren casados. En ningún otro lugar de Rusia el matrimonio ilegítimo tiene tan amplia y evidente difusión y en ninguna otra parte reviste una forma tan original como en Sajalín. La unión ilegítima o, como aquí se dice, la cohabitación libre, no encuentra opositores ni entre las autoridades ni entre el clero; al contrario, se estimula y se reconoce. Hay colonias en las que no es posible encontrar una sola pareja legítima. Las parejas libres organizan haciendas en las mismas condiciones que las otras y engendran hijos de los que la colonia tiene necesidad, por eso no hay ninguna razón para adoptar una legislación particular concerniente al estado civil.

Y por último, duodécima línea: ¿recibe algún subsidio del Estado? Las respuestas a esa cuestión debían permitirme determinar el porcentaje de la población que podía subsistir sin una ayuda material; en otras palabras, establecer quién mantiene la colonia, ella misma o el Estado. Los presos, los colonos en los primeros años después de la liberación, los ocupantes de los asilos y los niños de las familias más pobres se benefician todos, sin excepción, de la ayuda del Estado, ya sea en forma de alimento, ropa o dinero. Además de estos pensionistas oficialmente reconocidos, incluí entre los que vivían a costa del Estado a aquellos exiliados que reciben un salario a cambio

de diversos servicios, como profesores, escribientes, vigilantes, etc. Pero la respuesta que recibía no era completa. Además de los subsidios, bajo sus diversas formas, y de los salarios, se practica, a gran escala, una distribución de ayudas que es imposible reflejar en las fichas, como por ejemplo una ayuda para las parejas que se casan, la compra de grano a los colonos a precios deliberadamente altos y, sobre todo, la distribución a crédito de semillas, ganado y otras mercancías. Tales colonos puede deber al Estado varios centenares de rublos que nunca pagarán, pero tuve que inscribirlos entre los que no recibían subsidio.

En las fichas de las mujeres trazaba una línea con lápiz rojo, pues me pareció más cómodo que incluir un apartado específico para indicar el sexo. Solo registraba a los miembros de la familia que realmente vivían allí; si me decían que el hijo mayor se había ido a Vladivostok a ganarse el pan y que el segundo trabajaba en la colonia de Ríkovskoie, omitía totalmente al primero y adscribía la ficha del segundo a su lugar de residencia.

Iba de isba en isba solo; a veces me acompañaba algún preso o colono que, no teniendo nada mejor que hacer, había asumido el papel de guía. En ocasiones, detrás de mí o a cierta distancia, me seguía como una sombra un guardia con una pistola. Lo habían enviado por si yo tenía necesidad de alguna aclaración. Cuando le dirigía alguna pregunta, su frente se cubría instantáneamente de sudor y respondía: «¿Cómo voy a saberlo, excelencia?». Por lo general, mi compañero, descalzo y sin gorra, con un tintero en la mano, corría delante de mí, abría ruidosamente las puertas y tenía tiempo de susurrar unas palabras al dueño en el umbral: probablemente sus conjeturas sobre el censo. Entonces entraba yo en la isba. Las hay de todo tipo, según las haya construido un siberiano, un ucraniano o un finlandés; pero el modelo más frecuente consiste en una pequeña estructura de troncos, de unos seis *arshines*, con dos o tres ventanas, sin ningún adorno exterior, con techumbre de paja, corteza o, en raras ocasiones, tablas. No suelen tener patio. Cerca de la casa no hay ningún árbol. Son raros los cobertizos y las casetas de baño de tipo siberiano. Si hay perros, son perezosos y bonachones; como ya he dicho, solo ladran a los guiliakos, probablemente porque llevan calzado de piel de perro. Me pregunto por qué esos animales mansos e inofensivos están siempre atados. Los cerdos llevan una cadena al cuello. Los gallos también están atados por una pata.

—¿Por qué están atados tu perro y tu gallo? —pregunto al dueño.

—En Sajalín todos estamos encadenados —dice con ironía—. Este lugar es así.

La isba consta de una sola habitación con una estufa rusa. El suelo es de madera. El mobiliario consiste en una mesa, dos o tres taburetes, un banco, una cama o un lecho aparejado directamente sobre el suelo. O no hay ningún mueble, y solo se ve en medio de la habitación un colchón de plumas en el que, según todos los indicios, alguien acaba de dormir; en el antepecho de la ventana hay una escudilla con restos de comida. A juzgar por su aspecto, más que una isba o una habitación, parece una celda de aislamiento. De alguna manera, cuando hay mujeres y niños la casa tiene

una apariencia de hogar, de residencia campesina; sin embargo, se percibe la ausencia de algo importante: no hay abuelos ni abuelas, no hay viejos retratos ni muebles de los antepasados; por consiguiente, la casa carece de pasado, de tradición. No hay rincón para los iconos, o es muy pobre y deslucido, sin lamparilla ni decoración, pues no se tiene costumbre. El mobiliario revela un carácter provisional; parece como si la familia no viviera en su propia casa, sino en una vivienda alquilada; o como si acabara de llegar y aún no hubiera tenido tiempo para instalarse. No hay gatos, en las noches de invierno no se oye a los grillos... Y lo más importante, se está lejos de la patria.

Apenas vi indicios de vida doméstica, comodidades, estabilidad. En la mayoría de los casos encontré al propietario solo, sin familia, como paralizado por su ociosidad forzosa y el aburrimiento; viste como un hombre libre, pero por costumbre lleva el capote sobre los hombros como los presos y, si ha salido recientemente de la prisión, la gorra que hay sobre la mesa no tiene visera. La estufa está apagada; toda la vajilla consiste en un caldero y una botella tapada con papel. Habla de su hacienda y de su vida con ironía y frío desdén. Dice que ya lo ha probado todo, pero en vano, y que lo único que le queda es renunciar a todo de una vez. Mientras converso con él, llegan algunos vecinos y se inicia una charla sobre diversas cuestiones: las autoridades, el clima, las mujeres... El aburrimiento es tan grande que están dispuestos a hablar y escuchar sin parar. A veces, además del dueño, encuentras en la isba una multitud de inquilinos y obreros; un inquilino-presosentado en el umbral, con una cinta alrededor de la frente, fabrica unos zapatos, en medio de un olor a cuero y a pez; sus hijos están tumbados sobre unos andrajos en la entrada, y en ese mismo lugar, en un rincón oscuro y angosto, su mujer, que le ha seguido por propia voluntad, está preparando empanadillas de arándanos en una mesita; es una familia que llegó hace poco de Rusia. Más adelante, ya en el interior de la isba, hay cinco hombres que se definen unos como inquilinos, otros como trabajadores y otros como cohabitantes; uno de ellos, acomodado cerca de la estufa, las mejillas hinchadas y los ojos desorbitados, suelda un objeto, otro, probablemente un bufón, hace muecas estúpidas y farfulla Dios sabe qué, mientras los demás se ríen para sus adentros. En la cama está sentada la pecadora de Babilonia, la propia dueña de la casa, Lukeria Nepomniáschaia, desgredada, demacrada, pecosa; se esfuerza por responder a mis preguntas con la mayor desenvoltura posible, mientras balancea las piernas. Tiene una mirada turbia, maligna, y en su rostro antipático y marcado por el alcohol puede leerse el número de prisiones, pruebas y enfermedades que ha conocido en el transcurso de su breve existencia.

Es ella quien determina el tono de la vida en la isba y la responsable de que se respire un ambiente de libertinaje y depravación. Imposible llevar una vida doméstica como Dios manda en esa casa. En otras ocasiones me encontré con un grupo de personas jugando a los naipes; los rostros expresaban turbación, aburrimiento y espera: ¿cuándo iba a irme y les iba a dejar reanudar la partida? O entraba en una isba

en la que no había ni rastro de muebles, nada más que una estufa desnuda, y sentados en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, varios cherqueses, unos con gorro, otros con la cabeza descubierta, rapada y de apariencia áspera, que me miran sin pestañear. Cuando solo encontraba en casa a una mujer, solía estar tumbada en la cama, respondía a mis preguntas bostezando y desperezándose y, en cuanto me iba, volvía a tumbarse.

La población exiliada veía en mí una figura oficial y consideraba el censo uno de esos procedimientos formales tan frecuentes en el lugar y que no solían conducir a nada. Por otra parte, el hecho de no ser un funcionario de Sajalín despertaba cierta curiosidad en los exiliados. Me preguntaban:

—¿Por qué nos apunta a todos?

Y entonces comenzaban las más diversas suposiciones. Unos decían que probablemente las autoridades superiores querían distribuir subsidios entre los deportados; otros, que seguramente habían decidido trasladarlos a todos al continente (porque los exiliados están plenamente convencidos de que tarde o temprano el penal, con todos los deportados, será trasladado al continente); otros, vencidos por el escepticismo, comentaban que ya no esperaban nada bueno, pues hasta Dios les había dado la espalda, y lo que decían con la intención de que yo expresara alguna objeción a sus ideas. Pero desde la entrada o desde la estufa, como una especie de burla a todas esas esperanzas y conjeturas, llegaba una voz en la que se percibía el cansancio, el aburrimiento y el enfado por las molestias que mi presencia estaba causando:

—¡Se pasan el santo día escribiendo, todo el día escribiendo! ¡Madre de Dios!

No pasé hambre ni, en general, soporté la menor privación durante mis viajes por Sajalín. Había leído que el agrónomo Mitsul exploró la isla en condiciones muy precarias y se había visto obligado a comerse a su propio perro. Desde entonces, la situación ha cambiado mucho. En la actualidad los agrónomos viajan por carreteras excelentes; incluso en las colonias más pobres hay puesto de vigilancia o «albergues», como se les llama, donde siempre es posible encontrar un poco de calor, un samovar y un lecho.

En cuanto a los exploradores, cuando se internan en la taiga o en terrenos pantanosos, llevan consigo conservas americanas, vino tinto, platos, tenedores, almohadas; en definitiva, todo cuanto puede cargarse a hombros de los presos, que en Sajalín hacen las veces de bestias de carga. Todavía hay gente que se alimenta de madera podrida con un poco de sal o se devoran entre ellos, pero no tienen nada que ver con los viajeros ni los funcionarios.

En los siguientes capítulos describiré los puestos y las colonias, y al mismo tiempo daré a conocer al lector los trabajos forzados y las cárceles, en la medida en que pude conocerlos en tan breve periodo de tiempo. En Sajalín los trabajos forzados son sumamente variados; no se limitan a las minas de oro o carbón, sino que se extienden a toda la vida de la isla y están presentes en cualquier lugar habitado de la isla: tala de bosques, obras de construcción, desecación de pantanos, pesca, siega del

heno, carga y descarga de los barcos; todos esos trabajos forzados son tan indispensables para la vida de la colonia que no pueden separarse de ella; solo quienes restringen las tareas que se llevan a cabo en deportación al trabajo en las minas y las fábricas pueden contemplar la existencia del penal como algo independiente de la isla.

Comenzaré por el valle de Aleksándrovsk y las colonias situadas en el curso del río Duika. En Sajalín Septentrional, ese valle fue el primer lugar elegido para la deportación, no porque fuera el más explorado o respondiera mejor a los fines de la colonización, sino por pura casualidad, simplemente porque era el más cercano a Dué, el primer lugar donde se estableció el trabajo forzado.

IV

EL RÍO DUIKA – EL VALLE DE ALEKSÁNDROVSK – LA COLONIA DE ALEKSÁNDROVSK O SLOBODKA – EL VAGABUNDO KRASIVI – EL PUESTO DE ALEKSÁNDROVSK – SU PASADO – LAS YURTAS – EL PARÍS DE SAJALÍN

Cuando el zoólogo Poliákov exploró el río Duika, también llamado Aleksándrovka, su curso inferior alcanzaba una anchura de diez *sazhens*; en las orillas había enormes pilas de troncos, que habían caído al agua; los bajíos estaban cubiertos en muchos puntos de un viejo bosque de piceas, alerces, alisos y sauces, mientras alrededor se extendía un pantano fangoso e impenetrable. En la actualidad, ese río tiene el aspecto de una charca larga y angosta. Tanto por su anchura como por sus orillas peladas y su imperceptible corriente recuerda el canal de Moscú.

Basta leer la descripción que hace Poliákov del valle de Aleksándrovsk y ver cómo está ahora, aunque solo sea pasada, para comprender cuánto trabajo arduo y forzado ha sido necesario ejecutar para impulsar el desarrollo de estos lugares. «Desde lo alto de las montañas cercanas —escribe Poliákov— el valle de Aleksándrovsk tiene un aspecto exuberante, espeso, boscoso... Un inmenso bosque de coníferas cubre la inmensa extensión del fondo del valle». Describe los pantanos, las ciénagas impracticables, el suelo pobre y los bosques, donde «además de los enormes árboles que se alzan sobre las raíces, el terreno suele estar cubierto de grandes troncos semipodridos, derribados por la vejez o las tormentas; entre los troncos, junto a las raíces de los árboles, surgen desniveles cubiertos de musgo, hondonadas y quebradas». Ahora, en lugar de la taiga, las ciénagas y las quebradas, se alza toda una ciudad; se han abierto caminos, verdean los prados, se cultivan campos de centeno y huertos, y ya hay quien se lamenta de la escasez de los bosques. Al considerar todo ese trabajo y esfuerzo, realizado con el agua hasta la cintura, soportando las heladas, las lluvias gélidas, la nostalgia, las ofensas y los latigazos, terribles cuadros se apoderan de la imaginación. No en vano un funcionario de Sajalín, hombre de gran bondad, me recitaba «El ferrocarril» de Nekrásov cada vez que íbamos juntos a algún sitio.

Un pequeño afluente llamado Málaia Aleksándrovka vierte sus aguas en la margen derecha del Duika, muy cerca de su desembocadura. A un lado y a otro del riachuelo se extiende la colonia de Aleksándrovsk o Slobodka. Ya la he mencionado antes. Constituye un suburbio del puesto, ya unido a él, pero, como se distingue por ciertas peculiaridades y tiene una vida propia, merece un tratamiento independiente. Es una de las colonias más antiguas. La colonización se inició poco después del

establecimiento del penal de Dué. Según Mitsul, la elección de ese lugar se debe a la presencia de exuberantes praderas, madera de buena calidad, un río navegable y una tierra fértil... «Según todos los indicios —escribe ese fanático que veía en Sajalín una tierra de promisión— no se podía dudar del éxito de la colonización, pero de las ocho personas enviadas a Sajalín con tal fin en 1862, solo cuatro se establecieron cerca del río Duika». Ahora bien, ¿qué podían hacer cuatro personas? Removieron la tierra con picos y palas, sembraron en primavera con granos de otoño y el resultado fue que poco después pidieron regresar al continente. En 1869 se fundó una granja agrícola cerca en Slobodka. Se pretendía dar respuesta a una cuestión muy importante: ¿podría contribuir el trabajo forzado de los exiliados al éxito de la agricultura? Durante tres años los presos arrancaron tocones, construyeron casas, drenaron pantanos, abrieron carreteras y se ocuparon del cultivo de cereales; pero una vez cumplida su condena se negaron a quedarse allí y dirigieron al gobernador general una petición para que se les permitiera regresar al continente, ya que la agricultura resultaba improductiva y no había modo de ganarse la vida; sin embargo, la llamada granja siguió existiendo. Con el paso del tiempo, los presos de Dué se convirtieron en colonos; desde Rusia llegaron más, acompañados de sus familias, a las que había que conceder terrenos. Se dieron órdenes para que se considerara Sajalín tierra fértil, apta para la colonización agrícola, y en aquellos lugares donde la vida no se podía mantener por medios naturales, fue instaurándose poco a poco de forma artificial, mediante la coacción y a costa de grandes gastos de dinero y de fuerzas humanas. En 1879 el doctor Avgustínovich encontró ya ocho casas en Slobodka^[13].

En la actualidad Slobodka cuenta con quince haciendas. Las casas están cubiertas de tablas, son espaciosas, a veces disponen de varias habitaciones, buenas dependencias y huertas adyacentes. Hay una caseta de baños por cada dos casas. El censo totaliza casi cuarenta *desiatinas* de tierra de labor y veinticuatro y media de pastos, veintitrés caballos y cuarenta y siete cabezas de ganado, tanto bovino como ovino.

La consideración que Slobodka tiene de colonia aristocrática se debe a la composición de sus habitantes: un consejero provincial casado con la hija de un colono, un hombre libre que llegó a la isla siguiendo a su madre presa, siete campesinos antiguos forzados, cuatro colonos y solo dos presos.

De veintidós familias, solo dos son ilegítimas. Los grupos de edad también se parecen a los de una aldea normal; las personas en edad de trabajar no predominan en una proporción tan brutal como en otras colonias. Hay niños, adolescentes y ancianos mayores de sesenta y cinco e incluso setenta y cinco años.

La cuestión es cómo explicar la relativa prosperidad de Slobodka a la vista de las declaraciones de los propietarios locales, que aseguran que «la agricultura no da para vivir». En ese sentido podrían indicarse varias causas que, bajo condiciones de vida normales, predispondrían a una vida sedentaria y acomodada. Por ejemplo, la elevada proporción de veteranos, llegados a Sajalín antes de 1880 y que han tenido tiempo de

aclimatarse, adaptándose al suelo de la isla. Otra consideración de importancia: diecinueve exiliados fueron seguidos voluntariamente por sus mujeres y casi todos los que se establecieron en una parcela tenían ya una familia. Las mujeres son relativamente numerosas, de suerte que solo hay nueve hombres solteros, aunque ninguno vive solo. En general, Slobodka es un lugar afortunado; otra de las circunstancias favorables es el elevado porcentaje de personas que saben leer y escribir: veintiséis hombres y once mujeres.

Excluyendo al consejero provincial, que en Sajalín ocupa el cargo de agrimensor, ¿por qué los propietarios de condición libre y los campesinos antiguos forzados no vuelven al continente? Se dice que los retienen en Slobodka los éxitos en la agricultura, pero ese motivo no es aplicable a todos. En realidad, solo una parte de los propietarios se beneficia de los prados y de la tierra de labor de Slobodka. Únicamente ocho propietarios tienen prados y ganado, y doce labran la tierra; en cualquier caso, el desarrollo de la agricultura no es tan importante para explicar por sí solo una situación económica excepcionalmente buena. No hay otras formas de ingresos, nadie se ocupa de otros oficios, solo L., un antiguo oficial, tiene una pequeña tienda. Al no haber datos oficiales que aclaren por qué los habitantes de Slobodka son ricos, para resolver el enigma es necesario prestar atención a la única fuente disponible en este caso: la mala reputación.

Antiguamente en Slobodka estaba muy extendida la venta clandestina de alcohol. En Sajalín están estrictamente prohibidas la importación y la venta de alcohol, lo que ha dado origen a una particular forma de contrabando. El alcohol se introducía en la isla en recipientes de hojalata con forma de pan de azúcar, en samovares y hasta en cuencos, aunque lo más frecuente era transportarlo en toneles y en botellas normales, ya que las autoridades inferiores estaban sobornadas y las superiores hacían la vista gorda. En Slobodka una botella de matarratas se vendía por seis e incluso por diez rublos. Desde ese lugar se abastecían de vodka todas las prisiones de Sajalín Septentrional. Los funcionarios borrachos tampoco lo desdeñaban. Conozco a uno que, en los momentos de crisis, daba a los detenidos todo lo que tenía por una botella.

En la actualidad el contrabando de alcohol ha descendido bastante en Slobodka. Ahora se habla de otra actividad: la venta de las viejas prendas de los presos, lo que se llama «baratillo». Se adquieren a un precio ínfimo batas, camisas, zamarras, y se llevan todos esos harapos a Nikoláievsk. También hay tiendas de empeño clandestinas. El barón A. N. Korff llamó en una ocasión al puesto de Nikoláievsk el «París de Sajalín». En ese París hambriento y ruidoso, marcado por el frenesí, el alcoholismo, el juego y las debilidades humanas, cuando alguien quiere beber sin medida, malbaratar objetos robados o vender su alma al diablo, acaba precisamente en Slobodka.

Además de la vía férrea y de la recién descrita Slobodka, hay otra cosa digna de mención en el espacio comprendido entre la orilla del mar y el puesto: el paso del río Duika. En el agua, en lugar de una barca o un transbordador, hay una caja enorme,

completamente cuadrada. El capitán de esa embarcación, única en su género, es el preso Krasivi, que reniega de su origen. Tiene ya setenta y un años. Es un hombre jorobado, con omóplatos prominentes, una costilla rota, un pulgar de menos y el cuerpo cubierto de marcas de azotes y latigazos. Aunque no tiene canas, su pelo parece como desteñado y sus ojos azules y brillantes tienen una expresión alegre y bondadosa. Va descalzo y vestido con harapos. Es una persona vivaracha, le gusta reír y hablar. En 1885 desertó del ejército «por una estupidez» y empezó a vagabundear, renegando de sus orígenes. Fue detenido y enviado a la región de Zabaikal o, como él dice, al país de los cosacos.

—Entonces pensaba —me contó— que en Siberia la gente vivía bajo tierra. De camino a Tiutmen decidí escapar. Llegué hasta Kamishlov, donde me capturaron y me condenaron, excelencia, a veinte años de trabajos forzados y noventa latigazos. Me enviaron a Kara, me propinaron los latigazos, y desde allí me trasladaron a Kórsakov, en Sajalín. Me escapé de Kórsakov con un compañero, pero solo llegué a Dué, pues enfermé y no pude ir más lejos. Mi compañero llegó hasta Blagoveschensk. Ahora estoy cumpliendo mi segunda condena y hace veintidós años que vivo en Sajalín. Mi único delito fue desertar del ejército.

—¿Por qué sigues ocultando tu verdadero nombre? ¿Qué necesidad hay?

—El verano pasado se lo dije a un funcionario.

—¿Y qué pasó?

—Nada. El funcionario me dijo: «Antes de que tramitemos la instancia, habrás muerto. Sigue como estás. ¿Qué más te da?». Y tenía razón... De todas formas, no voy a vivir mucho. Y sin embargo, excelencia, mi familia sabría dónde estoy.

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre aquí es Vasili Ignátiev, excelencia.

—¿Y el verdadero?

Krasivi se lo pensó un rato y luego dijo:

—Nikita Trofímov. Provengo del distrito de Skopinsk, en la provincia de Riazán.

Me dispuse a atravesar el río en su caja. Krasivi hundía una pértiga en el fondo, estirando su cuerpo enjuto y huesudo. Era un trabajo fatigoso.

—¿No te resulta demasiado duro?

—No, excelencia. Nadie me mete prisa, voy a mi ritmo.

Me contó que, a pesar de haber pasado veintidós años en Sajalín, no lo habían azotado ni una sola vez y nunca había estado en la celda de castigo.

—¿Y sabe por qué? Porque si me envían a talar árboles, voy; si me ponen este palo en la mano, lo cojo; si me ordenan que encienda la estufa de la oficina, la enciendo. Hay que obedecer. La vida es bella. Basta con no ofender a Dios. ¡Gloria a Ti, Señor!

En verano vive en una yurta junto al puesto de paso; en esa yurta, que despide un olor agrio y sofocante, solo hay unos cuantos harapos, una hogaza de pan y un fusil. Cuando le pregunté para qué necesitaba el fusil, me respondió, riendo, que para

protegerse de los ladrones y disparar a las aves. El fusil está estropeado y su única función es que se vea.

En invierno se convierte en cargador de leña y vive en la oficina del embarcadero. Un día lo vi, con los pantalones por encima de las rodillas, las piernas fibrosas y violáceas al aire, sosteniendo con la ayuda de un chino una red en la brillaban varios salmones plateados, tan gruesos como nuestras percas. Le llamé con un grito y él me respondió alegremente.

El puesto de Aleksándrovsk se fundó en 1881. Un funcionario que vive en Sajalín desde hace diez años me dijo que cuando llegó al puesto de Aleksándrovsk por primera vez, estuvo a punto de ahogarse en un pantano. El padre Irakli, que vivió en Aleksándrovsk hasta 1886, contaba que al principio solo había tres casas y que la prisión se encontraba en el pequeño pabellón que ahora ocupan los músicos. En las calles había tocones. En el lugar donde ahora se alza la fábrica de ladrillos, en 1882 se cazaban martas cibelinas. Al padre Irakli se le ofreció la garita de vigilancia como iglesia, pero él la rechazó, alegando falta de espacio. Cuando hacía buen tiempo celebraba el oficio en la plaza; y cuando hacía malo, en el pabellón o donde fuese, y recitaba solo la liturgia de la mañana.

—Oficiaba entre el tintineo de las cadenas —contaba—, entre el rumor y el calor de las ollas. Estás diciendo «¡Gloria a la Santísima Trinidad!», y oyes a tu lado: «Te voy a romper...».

Aleksándrovsk empezó a crecer cuando Sajalín alcanzó su nuevo estatus, que implicaba la creación de numerosos cargos, incluido el de general. Se necesitaba un nuevo asentamiento para los recién llegados y sus oficinas, pues Dué, donde hasta entonces se encontraba la administración del penal, era un lugar demasiado pequeño y siniestro. Slobodka se alzaba ya en un espacio abierto y, a seis verstas de allí, la prisión de Duika, de modo que a su alrededor fue creándose poco a poco un barrio residencial: viviendas y oficinas para los funcionarios, una iglesia, almacenes, tiendas y demás. Y así fue surgiendo algo indispensable para Sajalín, una ciudad, el París de Sajalín, donde las personas que solo pueden respirar el aire de las ciudades y ocuparse de asuntos urbanos encontraron una sociedad y un entorno idóneos.

Todo el trabajo de construcción, desbroce y drenaje del terreno lo ejecutaron los presos. Hasta 1888, fecha en que se erigió la actual prisión, vivían en yurtas, que consistían en armazones de madera hundidos en el suelo entre dos y dos *arshines* y medio, con tejado de tierra a dos aguas. Las ventanas eran pequeñas, estrechas y estaban al nivel del suelo. El interior era oscuro, sobre todo en invierno, cuando las yurtas estaban cubiertas de nieve. A veces las aguas subterráneas llegaban hasta el nivel del suelo, el tejado de arcilla y los muros porosos y semipodridos chorreaban constantemente, de manera que en esas cuevas la humedad era terrible. Los hombres dormían con los chaquetones puestos. Alrededor de esas casuchas el suelo y el agua de los pozos estaban siempre sucios de excrementos humanos y toda clase de desperdicios, ya que no había retretes ni vertedero para las basuras. Los presos vivían

en esas yurtas con sus mujeres e hijos.

En la actualidad Aleksándrovsk cubre un área de casi dos verstas cuadradas, pero como se ha unido ya a Slobodka y una de sus calles llega hasta la colonia de Kórsakov, con la que está destinado a fusionarse en un tiempo no lejano, sus dimensiones, en realidad, son mucho más imponentes. Dispone de varias vías anchas y rectas, a las que no se llama calles, sino arrabales, según la vieja costumbre. En Sajalín suelen bautizarse las calles con nombres de funcionarios, aún en vida de estos. No solo se concede ese honor al apellido, sino también al nombre y al patronímico^[14]. No obstante, por alguna feliz casualidad, Aleksándrovsk no ha inmortalizado aún a ningún funcionario y sus calles han conservado hasta la fecha el nombre de los arrabales en los que han nacido: Kirpíchnaia (calle de los ladrillos), Peisikovskaia (calle de las patillas), Kasiánovskaia (calle Kasián), Pisárskaia (calle de los escribientes), Soldátskaia (calle de los soldados). No es difícil rastrear el origen de todos esos nombres, salvo en el caso de la «calle de las patillas». Se dice que los presos la llamaban así en honor de las patillas de un judío que se dedicaba al comercio en ese lugar cuando la taiga ocupaba todavía el emplazamiento en que debía erigirse el arrabal; según otra versión, el nombre se debe a una exiliada llamada Peisikovskaia, que vivió aquí dedicándose al comercio.

Las aceras son de madera, y todo está limpio y en orden; ni siquiera en las calles más periféricas, donde se hacinan los pobres, se ven charcos con inmundicias ni montones de basura. Lo esencial del puesto es la parte oficial: la iglesia, la residencia del comandante de la isla, su cancillería, la estafeta de correos y telégrafos, el departamento de policía con su tipografía, la residencia del jefe del distrito, la tienda del fondo colonial, los cuarteles, el hospital de la cárcel, la enfermería militar, una mezquita en construcción con su alminar, los alojamientos de los funcionarios, propiedad del Estado, y la prisión del penal, con sus numerosos depósitos y talleres. La mayoría de las casas son nuevas, de tipo europeo, cubiertas de chapa y a menudo pintadas. En Sajalín no hay yeso ni piedra de buena calidad, por eso no se construye con esa clase de materiales.

Sin contar los alojamientos de los oficiales y de los funcionarios, amén del arrabal de los soldados, donde viven militares casados con mujeres de condición libre — habitantes temporales que cambian cada año—, en Aleksándrovsk hay un total de doscientas noventa y ocho viviendas, para una población de mil cuatrocientos noventa y nueve habitantes, de los cuales novecientos veintitrés son hombres y quinientos setenta y seis mujeres. Si a eso se suma la población libre, los militares y los presos que pernoctan en la cárcel y no están destinados a ninguna hacienda, se obtiene una cifra cercana a las tres mil personas. En comparación con Slobodka, Aleksándrovsk cuenta con muy pocos campesinos; en cambio, los presos constituyen un tercio de los propietarios. El *Reglamento de la deportación* autoriza a vivir fuera de la prisión y, en consecuencia, a fundar un hogar, solamente a los presos reformados, pero esa ley se orilla a cada paso en razón de su carácter poco práctico.

En las isbas no solo viven presos reformados, sino también presos a prueba e incluso condenados a penas prolongadas o a cadena perpetua. Además de los escribientes, dibujantes y artesanos que, en virtud de sus ocupaciones, no pueden vivir en la cárcel, Sajalín no carece de presos con familia, maridos y padres, a los que no sería racional separar de los suyos, pues ello acarrearía no pocas complicaciones a la vida de la colonia. Habría que alojar a toda la familia en la cárcel o suministrarle techo y comida a costa del Estado, u obligarles a quedarse en su lugar de origen hasta que el padre de familia acabara de cumplir su pena.

Los presos puestos a prueba viven en isbas, de modo que su pena es menos dura que la de sus compañeros reformados. Es un grave atentado a la idea de la proporcionalidad del castigo, pero esa irregularidad se justifica por las condiciones que imperan en la vida de la colonia y, además, no resultaría difícil de reparar: bastaría con sacar de la cárcel e instalar en isbas a los demás presos. Pero en el caso de los presos con familia se da otra irregularidad que me parece inadmisibles: la imprevisión de la administración, que autoriza que decenas de familias se instalen en localidades que carecen de huertos, campos y prados, mientras otras colonias del distrito, que gozan de condiciones más favorables, se dejan en manos de hombres sin familia cuyas haciendas, debido a la falta de mujeres, no producen nada. En Sajalín Meridional, donde la cosecha aumenta cada año, se ven colonias en las que no hay ni una sola mujer, mientras que en el París de Sajalín viven ciento cincuenta y ocho mujeres de condición libre que han seguido voluntariamente a sus maridos.

En Aleksándrovsk ya no se dispone de tierra de labor. Antes, cuando había abundancia, se asignaban de cien a doscientos e incluso quinientos *sazhens* cuadrados por familia, ahora se instala a la gente en parcelas de doce e incluso nueve u ocho. Conté ciento sesenta y una haciendas cuyo tamaño —superficie construida y huertos incluidos— no superaba los veinte *sazhens* cuadrados. La causa de esa situación hay que buscarla en las condiciones naturales del valle de Aleksándrovsk: es imposible avanzar hacia el mar, pues la tierra no vale nada; el puesto está rodeado por montañas y solo puede crecer en una dirección, remontando el curso del Duika, a la largo de la llamada carretera de Kórsakov. En ese lugar las haciendas se suceden en hilera, muy apretadas unas contra otras.

Según el catastro, solo 36 propietarios labran la tierra y nueve explotan los pastos. Las dimensiones de las parcelas oscilan entre trescientos *sazhens* y una *desiatina*. Casi todo el mundo cultiva patatas. Solo dieciséis propietarios tienen caballos y treinta ocho vacas; además, el ganado pertenece a campesinos y colonos que no se ocupan de la agricultura, sino del comercio. Esas pocas cifras indican que Aleksándrovsk no vive de la agricultura. Un dato que permite calibrar el poco interés que despierta la tierra de labor es la ausencia de viejos propietarios. De los que se establecieron en 1881 no queda ni uno; de 1882, solo seis; de 1883, cuatro; de 1884, trece; de 1885, sesenta y ocho. Así pues, los restantes doscientos siete propietarios se establecieron después de 1885. A juzgar por el escaso número de campesinos —solo

diecinueve—, es inevitable concluir que los propietarios solo se quedan en su parcela el tiempo necesario para obtener la condición de campesino, es decir, el derecho a abandonar su propiedad y volver al continente.

Así pues, ¿de qué vive la población de Aleksándrovsk? Es una cuestión que no he podido resolver del todo. Aun admitiendo que los propietarios, sus mujeres y sus hijos se alimentaran solo de patatas, como los irlandeses, y que tuvieran suficiente cantidad de ellas a lo largo de todo el año, ¿qué comen los doscientos cuarenta y un habitantes y los trescientos cincuenta y ocho presos de ambos sexos que viven en las isbas en calidad de cohabitantes, inquilinos y trabajadores? Ciertamente que casi la mitad de la población recibe ayudas de la penitenciaría, en forma de víveres y asignaciones a los niños. También hay algunos que ganan un sueldo. Más de cien personas trabajan en talleres y oficinas estatales. En mis fichas figuran muchos artesanos indispensables para la existencia de una ciudad: carpinteros, tapiceros, orfebres, relojeros, sastres, etc. En Aleksándrovsk se pagan precios muy altos por la manufactura de objetos de madera y de metal, y es costumbre dar una propina no inferior a un rublo. Pero, para la vida diaria de la ciudad, ¿son suficientes las raciones de la cárcel y las parvas, exiguas ganancias? En el caso de los artesanos, la oferta supera con creces la demanda, y un obrero no especializado, por ejemplo, un simple carpintero, debe contentarse con diez kopeks al día.

Los habitantes viven con estrecheces, pero en cualquier caso beben té todos los días, fuman tabaco turco, visten como hombres libres, pagan un alquiler e incluso algunos compran las casas de los campesinos que vuelven al continente o se las construyen nuevas. Las tiendas van viento en popa y diversos *kulaks*, salidos del penal, obtienen beneficios de decenas de miles de rublos.

Hay muchas cosas que siguen estando oscuras, y he llegado a la conclusión de que la mayor parte de las personas que se instalan en Aleksándrovsk llegan de Rusia con dinero y de que gran parte de la población se gana la vida en actividades ilegales. Adquirir las pertenencias de los presos y venderlas en grandes cantidades en Nikoláievsk, explotar a los nativos y a los presos recién llegados, dedicarse al tráfico clandestino de alcohol, practicar la usura a intereses desorbitados, apostar grandes cantidades en los juegos de naipes: esas son las ocupaciones de los hombres. En cuanto a las mujeres, tanto las detenidas como las de condición libre que han seguido voluntariamente a sus maridos, se dedican a la prostitución. Una mujer de condición libre, interrogada por el origen de su dinero en el curso de una investigación, respondió: «Lo he ganado con mi cuerpo».

Hay un total de trescientas treinta y dos familias, de las que ciento ochenta y cinco son legítimas y ciento cuarenta y siete parejas libres. Esa cifra relativamente elevada de hogares no se explica por la existencia de unas condiciones favorables que predispongan a una vida familiar y ordenada, sino por circunstancias tales como la ligereza de la administración local, que asienta a las familias en parcelas de Aleksándrovsk en lugar de elegir lugares más idóneos, o la relativa facilidad con la

que un colono consigue una mujer, gracias a la proximidad de las autoridades y la prisión.

Cuando la vida surge y se desarrolla no según el curso normal de los acontecimientos, sino artificialmente, y su crecimiento depende menos de condiciones naturales y económicas que de las teorías y la fantasía de algunos individuos, la arbitrariedad adquiere una relevancia absoluta y se convierte en una especie de norma inevitable.

V

LA PRISIÓN DE ALEKSÁNDROVSK – LAS CELDAS COMUNES – PRESOS CON CADENAS – MANO DE ORO – LETRINAS – EL MAIDAN – TRABAJOS FORZADOS – SIRVIENTES – LOS TALLERES

Visité la prisión de Aleksándrovsk poco después de mi llegada^[15]. Es un gran patio cuadrangular, delimitado por seis barracones semejantes a cuarteles, entre los que se alza una empalizada. El portón está siempre abierto y junto a él se pasea un centinela. El patio está barrido y limpio. No hay piedras, ni basura, ni desperdicios, ni charcos de agua sucia. Esa limpieza ejemplar causa una buena impresión.

Las puertas de todos los pabellones están abiertas de par en par. Franqueo una de ellas y voy a parar a un pequeño corredor. A un lado y a otro hay puertas de celdas comunes, coronadas por placas negras con inscripciones en blanco: *Pabellón número tal. Contenido cúbico de aire tanto. Número de detenidos tantos*. Al final del corredor hay otra puerta que conduce a una pequeña habitación: en su interior, dos presos políticos, con chalecos desabotonados y zapatos sobre los pies desnudos, sacuden con fuerza su jergón. En el alféizar hay un libro y un pedazo de pan negro. El jefe del distrito, que me acompaña, me explica que esos dos detenidos tienen permiso para vivir fuera de la cárcel, pero que ellos se han negado a recibir trato de favor.

—¡Atención! ¡En pie! —grita el vigilante.

Entramos en una celda. Parece espaciosa, con una capacidad de unos doscientos *sazhens* cúbicos. Hay mucha luz y las ventanas están abiertas. Las paredes, oscuras y sin encalar, no son lisas y tienen estopa entre las vigas; solo son blancas las estufas holandesas. El suelo, de madera y completamente seco, está sin barnizar. En el centro de la celda, en toda su longitud, se extiende una plataforma inclinada por ambos lados; los detenidos duermen en dos filas, cabeza con cabeza. Los lugares de los presos no están numerados ni se diferencian de nada unos de otros; de ese modo, en la plataforma pueden alojarse tanto setenta como ciento setenta personas. No hay lechos. Duermen sobre la madera dura o extienden viejos sacos rotos, su propia ropa y todo tipo de harapos de aspecto repugnante. En la plataforma hay gorras, zapatos, pedazos de pan, botellas vacías de leche tapadas con papel o con trapos, hormas de botas; debajo se guardan baúles, sacos sucios, fardos, herramientas y trastos de todo tipo. En medio de esa confusión se pasea una gata bien cebada. Junto a las paredes hay ropa, calderos, herramientas; en las baldas, teteras, pan, cajitas con cualquier cosa.

Cuando un hombre libre entra en un pabellón no se descubre. Semejante cortesía

solo es obligatoria para los presos. Caminamos con el gorro puesto entre las tarimas, mientras los presos siguen de pie y nos miran en silencio. También nosotros guardamos silencio y los miramos; parece como si hubiéramos venido a comprarlos. Seguimos adelante y entramos en otro pabellón: la misma terrible miseria, tan difícil de ocultar bajo los harapos como una mosca bajo una lupa; la misma vida desesperada, nihilista en el sentido estricto del término, que niega la propiedad, la vida privada, las comodidades y el sueño tranquilo.

Los presos que viven en la prisión de Aleksándrovsk gozan de una relativa libertad: no llevan cadenas, tienen derecho, durante el día, a salir de la cárcel e ir adonde les plazca sin escolta; no están obligados a llevar uniforme, y se visten como mejor les parece, según el tiempo y el trabajo. Los evadidos capturados y los presos a los que se les han abierto diligencias por un nuevo delito están encerrados en un edificio especial llamado «Los Grilletes». La amenaza que más se oye en Sajalín es: «¡Vas a ver cuando te ponga los grilletes!». La entrada a ese terrible lugar está custodiada por guardias, uno de los cuales nos informa de que en «Los Grilletes» todo va bien.

Un candado enorme, poco manejable, verdadera pieza de museo, se abre con estruendo y penetramos en una pequeña celda en la que hay unas veinte personas, capturadas recientemente después de un intento de fuga. Harapientos, sucios, encadenados, con zapatos informes atados con trapos y bramante; una mitad del cráneo cubierto de cabellos desgredados, mientras la otra, afeitada hace unos días, empieza a cubrirse de pelusa. Todos están enflaquecidos y secos, pero parecen llenos de vigor. No hay ropa de cama, de modo que se acuestan directamente sobre la madera. En una esquina hay un orinal; todos los presos deben hacer sus necesidades en presencia de veinte testigos. Uno pide que se le libere y jura que jamás se volverá a escapar; otro ruega que le quiten los grilletes; otro se queja de la insuficiente ración de pan.



Presos cargando troncos

Hay celdas que albergan a solo dos o tres presos y celdas individuales. Es un lugar donde se encuentra uno con gente muy interesante.

De los reclusos en celdas individuales merece especial mención la famosa Sofía Blüwstein, «Mano de Oro», condenada a tres años de trabajos forzados por escapar de Siberia. Es una mujer pequeña, delgada, con el cabello ya canoso y el rostro ajado y envejecido. Tiene grilletas en las manos. En la tarima solo hay una zamarra gris de piel de oveja que le sirve de ropa de abrigo y de cama. Va de un lado a otro de la celda y parece olisquear el aire como un ratón en una ratonera; en realidad, la expresión de su rostro es de roedor. Al mirarla, cuesta creer que antaño su belleza hechizara a los carceleros, como por ejemplo en Smolensk, donde un guardián la ayudó a escapar y huyó con ella. Al principio, vivió en Sajalín como todas las mujeres que envían aquí, en un alojamiento de la ciudad. Intentó huir disfrazada de soldado, pero fue detenida. En el periodo de su estancia fuera de la cárcel, se perpetraron varios delitos: el tendero Nikitin fue asesinado, a un judío exiliado llamado Yurovski le robaron cincuenta y seis mil rublos. En ambos casos las sospechas recayeron en Mano de Oro, que fue acusada ya de participación directa, ya de complicidad. Las autoridades encargadas de instruir los casos los embrollaron tanto y se enredaron tanto ellas mismas en tal trama de incongruencias y errores que el asunto se ha vuelto completamente incomprensible. En cualquier caso, aún no se han encontrado los cincuenta y seis mil rublos, que por ahora sirven de argumento a los más diversos y fantasiosos relatos.

Me ocuparé de la cocina, donde vi preparar la comida para novecientas personas, en un capítulo aparte, así como del aprovisionamiento y de la forma en que los presos se alimentan. Ahora dedicaré unas palabras a las letrinas. Como se sabe, la mayoría de los rusos tratan esa instalación con un total desprecio. En el campo no hay retretes. En los monasterios, ferias, posadas e industrias de todo tipo, donde todavía no se han establecido inspecciones sanitarias, su estado es deplorable en grado sumo. Ese desdén de los rusos ha llegado también a Siberia. La historia del penal muestra que en todas las prisiones las letrinas han sido una fuente de nauseabundas pestilencias e infecciones, y que la población de las cárceles y la administración se han acostumbrado sin grandes problemas a esa situación.

En 1872, según escribe Vlávov en su informe, en Kara no había ni una sola letrina y se llevaba a los presos a la plaza para hacer sus necesidades, y no cuando alguien lo solicitaba, sino que se esperaba a que varios se encontraran en la misma situación. Podría citar centenares de ejemplos. En la prisión de Aleksándrovsk la letrina es un simple pozo negro situado en el patio, en el interior de una cabaña especial entre los pabellones. Es evidente que durante su construcción se trató de reducir los gastos al mínimo, pero de todos modos, en comparación con lo que había antes, supone un progreso significativo. Al menos no causa repugnancia. El lugar es frío y está ventilado por chimeneas de madera. Las letrinas están dispuestas a lo largo de las paredes, de tal suerte que no se puede estar de pie, solo sentado: esa esa la razón

principal de que el lugar esté libre de suciedad y humedades. El olor no es excesivamente desagradable, pues está enmascarado por productos como la creosota y el fenol. Las letrinas están abiertas no solo de día, sino también de noche, y esa medida tan simple hace inútiles los orinales, que ya solo se utilizan con los presos encadenados.

Cerca de la cárcel hay un pozo que permite calibrar el nivel de las aguas subterráneas. Debido a la singular composición del suelo de Sajalín, el nivel del agua sube tanto que incluso en el cementerio, ubicado en una colina por encima del mar, las tumbas están cubiertas de agua hasta la mitad, y eso con tiempo seco. Alrededor de la prisión, y por lo demás en todo el puesto, el suelo está drenado por conductos cuya profundidad es insuficiente para que los edificios estén completamente libres de humedad.



Presos bajo vigilancia

En los días de buen tiempo, poco frecuentes, la cárcel se ventila perfectamente: las ventanas y las puertas se abren de par en par y los presos pasan la mayor parte del tiempo en el patio o fuera de la prisión. Pero en invierno y en los días de tiempo desapacible, es decir, durante diez meses al año, hay que contentarse con las ventanillas y las estufas. La madera de abeto y de alerce, empleada en la construcción de la prisión y en los cimientos, asegura una buena ventilación natural, aunque precaria, ya que, la alta humedad del aire de Sajalín y las abundantes lluvias, así como los vapores que emanan del interior, hacen que en los poros de la madera se acumule el agua, que en invierno se hiela; la ventilación, entonces, se vuelve deficiente y cada uno de los presos dispone de poco aire. En mi libreta anoté: «Pabellón n.º 9. Volumen cúbico de aire ciento ochenta y siete *sazhens*. Contiene sesenta y cinco presos». Esas cifras se refieren al verano, cuando solo la mitad de los presos pasa la noche en la prisión. Las cifras del informe médico de 1888 son las siguientes: «Volumen total de aire para los detenidos: novecientos setenta *sazhens*. El número de presos varía entre mil novecientos cincuenta y mil seiscientos veintitrés,

con una media anual de mil setecientos ochenta y cinco. Pasan la noche en la prisión setecientos cuarenta, lo que supone un volumen de aire de un *sazhen* con treinta y uno por persona». La prisión está menos masificada en verano, pues en esa época se envía a los presos a trabajar en la construcción de carreteras y en las labores agrícolas; la aglomeración es máxima en otoño, cuando vuelven del trabajo y el *Dobrovolets* trae una nueva partida de cuatrocientas a quinientas personas, que son internadas en la prisión de Aleksándrovsk hasta su distribución en los restantes centros penitenciarios. En definitiva, el volumen de aire por persona es menor precisamente en la época en que la ventilación es menos efectiva.

Los detenidos, después del trabajo, vuelven a la prisión con la ropa empapada y el calzado sucio, sobre todo en los periodos de mal tiempo. No hay lugar donde secarlos. El preso cuelga parte de su ropa junto a la tarima y las restantes prendas, aún sin secar, las extiende y las utiliza como lecho. Su zamarra huele a oveja, su calzado hiede a cuero y a alquitrán. La ropa interior, impregnada de secreciones cutáneas y compuesta de restos de sacos viejos y andrajos podridos, está húmeda y hace tiempo que no se lava; los harapos con que cubre sus pies despiden un asfixiante olor a sudor; y él mismo, que hace mucho tiempo que no se baña, está lleno de piojos, fuma tabaco barato y sufre constantemente de flatulencia. Pan, carne, pescado salado que a menudo se seca en la misma prisión, migajas, huesos, sobras y restos de sopa se mezclan en su escudilla. Aplasta las chinches con los dedos en la misma tarima. Todo eso hace que el aire de la prisión sea fétido, apestoso, acre; además, se impregna de vapor de agua, de manera que durante las grandes heladas, por la mañana, las ventanas aparecen cubiertas por dentro de una capa de hielo y el interior del barracón se oscurece. El sulfuro de hidrógeno, el amoniaco y otros gases se mezclan en el aire con el vapor de agua, produciendo ese olor que, en palabras de los vigilantes, «hace que se revuelva hasta el alma».

El sistema de celdas comunes impide el mantenimiento de la limpieza; mientras siga vigente, la higiene nunca saldrá de los estrechos límites que determinan el clima de Sajalín y las condiciones de trabajo de los presos. Por buenas que sean las intenciones de la administración, sus medidas nunca serán suficientes ni estarán exentas de críticas. O bien se acepta que las celdas comunes son un atraso y hay que reemplazarlas por alojamientos de otro tipo, algo que en parte ya se hace, pues muchos presos viven en isbas, o bien aceptamos la suciedad como un mal inevitable y dejamos la estimación de aire viciado en *sazhens* cúbicos para aquellos que consideran las reglas de higiene una pura formalidad.

Creo que difícilmente se puede decir algo bueno del sistema de celdas comunes. Los hombres que viven en ellas no forman una comunidad ni una asociación en la que los presos tengan obligaciones, sino un grupo de personas exentas de cualquier responsabilidad con respecto al lugar, los vecinos y los objetos. Es imposible ordenar a los presos que no traigan los zapatos llenos de barro y estiércol, que no escupan en el suelo y que no aplasten las chinches. Si la celda es fétida, los robos hacen la vida

imposible o se cantan canciones groseras, todos son culpables, o lo que es lo mismo, no lo es ninguno. Pregunto a un preso, un antiguo ciudadano respetable: «¿Por qué vas tan desaseado?». Y él me responde: «La limpieza está de más en un lugar como este». Y, en realidad, ¿qué finalidad puede tener para un preso su propia higiene si al día siguiente traerán una nueva partida y pondrán a su lado a un preso lleno de insectos y que despiden un olor nauseabundo?

Las celdas comunes impiden que el preso tenga intimidad, indispensable aunque solo sea para rezar, reflexionar o sumergirse en sus propios pensamientos, algo que todos los partidarios de la reeducación consideran indispensable. Las frenéticas partidas de naipes, con la complicidad de los vigilantes, previamente sobornados; los improperios, las carcajadas, las habladurías, el ruido de las puertas y el rumor de las cadenas procedente de «Los Grilletes», se prolongan durante toda la noche, impiden dormir al preso fatigado y lo irritan, algo que repercute en su condición física y psíquica. Esa vida gregaria y animalizada, con sus groseras distracciones y la inevitable influencia de los malos en los buenos, como se ha demostrado hace mucho tiempo, acaba depravando al preso. Poco a poco va perdiendo la capacidad de gestionar una casa, es decir, la cualidad más importante que un preso necesita conservar, ya que, cuando salga de la cárcel se convertirá en un miembro independiente de una comunidad en la que, desde el primer día, se le exigirá, en virtud de la ley y bajo amenaza de castigo, que se convierta en un buen propietario y un honrado padre de familia.

En las celdas comunes hay que tolerar y excusar fenómenos tan odiosos como la calumnia, la soplonería, los ajustes de cuentas y los negocios fraudulentos. Esa última actividad se basa en el concepto de *maidan*^[16], introducido desde Siberia. Un preso bien provisto y ávido ganancias (razón que le ha llevado al penal), en definitiva, un *kulak* avariento y estafador, puede pagar a sus compañeros por detentar el monopolio del comercio en la celda; y si es un lugar de mucho tránsito y superpoblado, los beneficios pueden ascender a varios centenares de rublos al año. Al *maidanschik*, es decir, al hombre que detenta el *maidan*, se le designa oficialmente con el nombre de «encargado de los orinales», pues tiene la obligación de vaciarlos, si los hay, y de mantenerlos limpios. Normalmente en su tarima tiene un cofrecillo verde o marrón de un *arshin* y medio de largo, junto al que se exponen azucarillos, panecillos de trigo del tamaño de un puño, cigarrillos, botellas de leche y otras mercancías envueltas en papel o trapos sucios^[17].

En esos inofensivos azucarillos y panecillos se esconde un mal que ejerce su influencia más allá de los muros de la cárcel. El *maidan* es una casa de juego, un pequeño Montecarlo que fomenta en los presos una pasión contagiosa por el *stoss* y otros juegos de azar. Junto al *maidan* y los naipes anida siempre la usura, una usura feroz e implacable. Los usureros de la cárcel cobran el diez por ciento de interés por día y a veces por hora; el objeto entregado como garantía que no ha sido desempeñado en el transcurso de la jornada pasa a propiedad del usurero. Una vez

cumplida su condena, los *maidanschiks* y los usureros se instalan en una colonia, donde prosiguen con sus lucrativas actividades; por eso no debe sorprender que en Sajalín haya colonos a los que se les pueda robar cincuenta y seis mil rublos.

En el verano de 1890, durante mi estancia en Sajalín, había en la cárcel de Aleksándrovsk más de dos mil presos, pero solo novecientos vivían dentro de sus muros. Veamos algunas cifras, tomadas al azar: a principios del verano —el 3 de mayo de 1890— mil doscientos setenta y nueve presos comían y dormían en la cárcel; a finales de la estación —el 29 de septiembre—, seiscientos setenta y cinco personas. En lo que respecta a las tareas que los presos desempeñan en Aleksándrovsk, hay que señalar que se trata principalmente de trabajos de construcción y mantenimiento: erección de nuevos edificios, remozado de los ya existentes, conservación de calles, plazas, etc. Los trabajos que se consideran más duros son los de carpintería. Un preso que fuera carpintero antes de su detención lleva en Sajalín una vida verdaderamente penosa; en ese sentido, su situación es mucho más lamentable que la de un pintor o un techador. La dificultad no reside en el trabajo en sí, sino en el hecho de que debe arrastrar desde el bosque cada tronco necesario; y en la actualidad, el lugar de tala se encuentra a casi ocho verstas del puesto. En verano produce una impresión penosa ver a esos hombres uncidos a un tronco de medio *arshin* de ancho y varios *sazhens* de largo; sus rostros expresan sufrimiento, sobre todo cuando se trata de nativos del Cáucaso, como a menudo he tenido ocasión de comprobar. Se cuenta que durante el invierno se les hielan las manos y los pies y que a veces llegan incluso a morir de frío antes de llegar al puesto con el tronco. También para la administración las edificaciones de madera presentan serias dificultades, porque en Sajalín no hay muchas personas capaces de ocuparse de un trabajo tan duro con regularidad y porque la falta de mano de obra es un fenómeno corriente, a pesar de la presencia de miles de presos. El general Kononóvich me dijo que es muy difícil proyectar y llevar a cabo nuevas edificaciones porque no se dispone de gente. Si hay suficientes carpinteros, no hay nadie para transportar la madera; si se envía mucha gente a buscar madera, son los carpinteros los que faltan. Los encargados de la calefacción también tienen un trabajo muy duro, pues deben cortar la madera todos los días, almacenarla y encender las estufas antes del amanecer, cuando todo el mundo duerme.

Para juzgar el esfuerzo que requiere una tarea y su grado de dificultad debe tomarse en consideración, además del esfuerzo físico necesario, las condiciones del lugar y el modo en que influyen en el trabajo a realizar. En Aleksándrovsk el intenso frío en invierno y la humedad que reina todo el año complican en extremo cualquier labor. Por ejemplo, un simple leñador trabaja en condiciones completamente distintas de las habituales en Rusia. La ley establece para el preso unas condiciones de trabajo similares a las de un campesino o un obrero^[18]; esa ley concede diferentes prerrogativas a los presos que han hecho propósito de enmienda, pero la práctica no siempre se ajusta a las disposiciones reales, debido precisamente a las condiciones

locales y a las particularidades de las tareas.

Es imposible determinar cuántas horas debe pasar un preso arrastrando un tronco en medio de una tormenta de nieve; no se puede impedir que trabaje por la noche cuando es indispensable; la misma ley prohíbe liberar del trabajo, los días de fiesta, a un preso que ha hecho propósito de enmienda empleado en una mina de carbón si forma equipo con un preso a prueba, pues entonces habría que liberar a ambos e interrumpir el trabajo. A menudo se confía la dirección a personas incompetentes, desmañadas e incapaces, y el resultado es un gran despilfarro de energía. Por ejemplo, la carga y descarga de los barcos, que en Rusia no exige un esfuerzo excepcional, suele convertirse para los presos de Aleksándrovsk en una auténtica tortura. No hay grupos especialmente preparados y adiestrados para trabajar en el mar, los hombres cambian cada vez, por eso se observa a menudo un tremendo desorden en los momentos de fuerte oleaje: en el barco los hombres blasfeman, se salen de sus casillas; abajo, en las barcasas, que no dejan de chocar con el navío, hay hombres de rostro verdoso y desfigurados por el mareo, mientras alrededor flotan los remos que han dejado escapar. En definitiva, el trabajo se dilata, se pierde tiempo y la gente soporta tormentos innecesarios. Una vez, durante la descarga de un barco, escuché a un vigilante que decía: «Mis hombres no han comido nada en todo el día».

El despilfarro de energía no es menor en los diversos servicios de la cárcel, donde cada día desempeñan sus funciones cocineros, panaderos, sastres, zapateros, aguadores, limpiadores de suelos, ayudantes, pastores, etc. La administración militar, la de telégrafos y la de agricultura también tienen derecho a mano de obra forzada. Cerca de cincuenta personas están destinadas a la enfermería de la prisión, sin que se sepa en calidad de qué ni con qué objeto, mientras el número de presos ocupados como criados de los funcionarios resulta incalculable. Por lo que he podido averiguar, todo funcionario, hasta un simple ordenanza, puede conseguir cuantos servidores quiera. El médico en cuya casa me alojaba, que vivía solo con su hijo, tenía cocinero, portero, pinche de cocina y doncella. Un gran lujo para el médico adjunto de una cárcel. Uno de los inspectores de la cárcel tenía ocho sirvientes en su plantilla: una costurera, un zapatero, una doncella, un lacayo mandadero, una niñera, una lavandera, un cocinero y una sirvienta. El problema de la servidumbre en Sajalín, como probablemente en todas las colonias penitenciarias, es lamentable, ofensivo y nada nuevo. En su *Breve bosquejo de la desorganización del penal* Vlášov escribe que en 1871, cuando llegó a la isla, lo que le dejó más estupefacto fue que «los presos, con la autorización del anterior gobernador general, constituían la servidumbre del comandante y de los oficiales».

Según su testimonio, las mujeres entraban al servicio de los miembros de la administración, incluido los guardianes solteros. En 1872 el gobernador general de Siberia Oriental Sinélnikov prohibió el empleo de deportados en el servicio doméstico. Pero esa prohibición, que hasta la fecha sigue teniendo carácter de ley, es quebrantada con el mayor descaro. Un registrador colegiado se asigna media docena

de criados y, cuando se va de excursión, envía por delante a una decena de condenados con las provisiones. Los comandantes de la isla, generales Hintze y Kononóvich, han luchado contra ese mal, pero no con la energía suficiente; al menos yo solo he encontrado tres ordenanzas que hagan referencia al problema de la servidumbre, y de tal carácter que cada uno podía interpretarlas a su manera. El general Hintze, derogando en apariencia el decreto del gobernador general, autorizó en 1885 (Ordenanza N.º 95) que los funcionarios emplearan presas como criadas si les pagaban dos rublos al mes, que debían engrosar las arcas del Tesoro. En 1888 el general Kononóvich anuló la disposición de su predecesor precisando que «los presos, tanto hombres como mujeres, no podrán ser empleados como criados por los funcionarios, y las mujeres no podrán demandar ningún salario. Pero, como los edificios del Estado y sus dependencias no pueden estar sin supervisión ni mantenimiento, se permite asignar a cada uno de ellos la cantidad necesaria de hombres y mujeres, que serán designados como guardias, encargados de la calefacción, limpiadores de suelo, etc.» (Ordenanza N.º 276). Pero como los edificios del Estado y sus dependencias se componen, en su mayor parte, de alojamientos de funcionarios, la disposición se interpretó como una autorización a emplear presos como criados y, además, gratis. En cualquier caso, en 1890, durante mi estancia en Sajalín, todos los funcionarios, incluso los que no tenían ninguna relación con la administración de la cárcel (por ejemplo, el director de la estafeta de correos) empleaban presos de la forma más descarada para las tareas domésticas, sin pagar ningún salario a esos criados, alimentados a costa del Estado.

Poner presos al servicio de particulares contradice radicalmente la opinión del legislador sobre el carácter punitivo del penal: ya no se trata de trabajo forzado, sino de servidumbre, pues el condenado no sirve al Estado sino a una persona a la que poco importa el propósito de enmienda y la idea de la proporcionalidad del castigo; no estamos ante un presidiario, sino ante un esclavo que depende de la voluntad del un amo y de su familia, tiene que complacer sus caprichos y participar en reyertas domésticas. Además, cuando ya no es más que un exiliado, se convierte en un calco de nuestros criados: sabe limpiar botas y freír chuletas, pero es incapaz de labrar la tierra, pasa hambre y está a merced del destino. En cuanto al empleo de presas como criadas, además de los males ya expuestos, plantea inconvenientes propios. En un medio en el que los seres humanos carecen de libertad, la existencia de favoritas y concubinas introduce un elemento de depravación que degrada enormemente la dignidad humana. Un sacerdote me contó que en algunos casos mujeres de condición libre u ordenanzas se veían obligados a limpiar la casa y vaciar la jofaina con la que una presidiaria acababa de lavarse^[19].

Lo que en Aleksándrovsk se llama con grandilocuencia «factoría industrial» tiene, visto desde fuera, un aspecto excelente, pero por el momento carece de significación seria. En el taller de fundición, dirigido por un mecánico que había aprendido el oficio por su cuenta, vi campanas y ruedas de vagón y carretilla, un molino de sangre,

una máquina para perforar, grifos, accesorios de estufa, etc., pero salí con la impresión de no haber visto más que juguetes. Son unos objetos excelentes, pero no tienen ninguna salida; habría sido más rentable, para responder a las necesidades del lugar, procurarse esos objetos en el continente, o incluso en Odesa, que instalar una maquinaria propia y mantener una plantilla de obreros asalariados. Naturalmente sería un gasto más que justificado si los talleres sirvieran de escuelas donde los presos pudieran aprender oficios; pero en realidad en la fundición y en el taller no trabajan presos, sino obreros cualificados y colonos que reciben un salario de dieciocho rublos al mes. Hay un entusiasmo demasiado evidente por el objeto en sí; las ruedas y los martillos de vapor retumban y la maquinaria silba solo en nombre de la calidad del objeto y de su salida comercial; pero las consideraciones comerciales o artísticas no tienen nada que ver con una penitenciaría; en Sajalín, como en cualquier otra colonia del mismo tipo, todas las empresas deberían tener como objetivo inmediato y a largo plazo la regeneración del criminal. En definitiva, los talleres locales no tendrían que esforzarse por enviar al continente puertas de estufa y grifos, sino hombres útiles y obreros bien formados.

En el molino de vapor, en la serrería y en la herrería reina un orden perfecto. La gente trabaja con entusiasmo, probablemente porque es consciente de la utilidad de su trabajo. Pero también allí se trata de especialistas que ya en su lugar de origen eran molineros, herreros, etc., y no de personas que en Rusia no conocían ningún oficio ni sabían hacer nada, y que son los que más necesitarían trabajar en molinos y fraguas, donde podrían realizar un aprendizaje y reintegrarse al buen camino^[20].

VI

LA NARRACIÓN DE YEGOR

El médico en cuya casa me alojaba regresó al continente poco después de haber sido licenciado, por lo que me instalé en casa de un joven funcionario muy amable. Solo tenía una criada, una vieja ucraniana condenada al penal, amén de un preso llamado Yegor que pasaba cuando le parecía, aproximadamente una vez al día, y se ocupaba de la estufa; no se le consideraba un criado, sino que, «por deferencia», traía leña, tiraba el agua de fregar y, en general, se ocupaba de todas las actividades que resultaban demasiado pesadas para la vieja. A veces, cuando estaba leyendo o escribiendo algo, oía de pronto un susurro y un jadeo, y percibía la presencia de un cuerpo pesado moviéndose junto a mis pies. Era Yegor, descalzo, que recogía trocitos de papel debajo de la mesa o limpiaba el polvo. Tiene unos cuarenta años, es un hombre desgarrado, torpe, un «tarugo», como suele decirse, con un rostro simple y obtuso y una boca como la de un lucio. Es pelirrojo, con una barbita rala y unos ojos diminutos. No responde de inmediato a las preguntas, sino que primero mira de reojo y exclama: «¿Qué?», o bien «¿Qué quiere?». Me llamaba «excelencia», pero me trataba de «tú». No podía estar un minuto sin hacer nada y siempre encontraba algo en lo que ocuparse. Mientras habla contigo, busca con los ojos algo que recoger o limpiar. Solo duerme dos o tres horas al día, pues sus numerosas tareas le impiden dedicar más horas al sueño. Los días de fiesta suele apostarse en una encrucijada con una chaqueta por encima de la camisa roja, el estómago hacia fuera y las piernas separadas. A eso lo llamaba «pasarle bien».

Aquí, en el lugar de deportación, se ha construido una isba, hace cubos, mesas y toscos armarios. Sabe fabricar todo tipo de muebles, pero solo «para sí», es decir, para su uso personal. No se ha peleado con nadie ni ha sido golpeado; solo una vez, siendo niño, su padre le azotó porque, mientras vigilaba un sembrado de guisantes, había dejado entrar al gallo.

Un día tuve con él la siguiente conversación.

—¿Por qué te enviaron aquí? —le pregunté.

—¿Qué dices, excelencia?

—¿Por qué te enviaron a Sajalín?

—Por asesinato.

—Cuéntame todo desde el principio.

Yegor se detuvo en el quicio de la puerta, puso las manos a la espalda y comenzó:

—Fuimos a ver al señor Vladímir Mijaílovich para ponernos de acuerdo en el

tema de la leña; había que serrarla y entregarla en la estación. Bien. Nos pusimos de acuerdo y volvimos a casa. Estábamos ya cerca de la aldea cuando me enviaron a la oficina para firmar el contrato. Iba a caballo. De camino a la oficina, Andréi me hizo darme media vuelta: había una gran inundación y no había manera de pasar adelante. «Mañana tengo que ir a la oficina para la parcela que tengo en arriendo y me ocuparé de tu asunto», me dijo. Bien. Desde allí volvimos juntos: yo a caballo y el resto de la compañía a pie. Llegamos a Parajino. Los mujiks entraron en la taberna a fumar una pipa; Andréi y yo nos quedamos fuera, en la acera, cerca del local. Entonces me dijo: «¿No tendrás cinco kopeks, amigo? Me apetece echar un trago». Yo le contesté: «Ya sabes lo que te pasa siempre: entras a beber por cinco kopeks y vuelves completamente borracho». Y él dice: «No, no me emborracharé. Echaré un trago y volveré a casa». Nos unimos a los mujiks, nos pusimos de acuerdo en un cuarto de cubo^[21], entregamos cada uno nuestra parte, entramos en la taberna, compramos el vodka y nos sentamos en una mesa a beber.

—Ve al grano —le señalé.

—Espera, no me interrumpas, excelencia. Cuando acabamos de beber Andréi trajo medio cuartillo de vodka de pimienta. Me sirvió la mitad y la otra mitad se la tomó él. Es decir, bebimos un vaso cada uno. Entonces, los mujiks salieron de la taberna y se encaminaron a sus casas; nosotros les seguimos. Me dolían los riñones de ir a caballo, así que desmonté y me senté en la orilla. Canté canciones y conté chistes. Lo pasamos bien. Después nos levantamos y nos fuimos.

—Háblame del asesinato —le interrumpí.

—Espera. Cuando llegué a casa, me fui a la cama y estuve durmiendo hasta que me despertaron por la mañana. «Levántate —me dicen—. ¿Quién de vosotros le ha propinado una paliza a Andréi?». Entre tanto trajeron a Andréi y vino el comisario de policía. Nos interrogó a todos, pero ninguno confesó. Pero Andréi, todavía vivo, dijo: «Tú, Serguéi, me golpeaste con un palo, es lo único que recuerdo». Serguéi no se reconoció culpable. Todos pensábamos que había sido él y empezamos a vigilarle, no siendo que se le ocurriera quitarse la vida. Al día siguiente Andréi murió. La familia de Serguéi, su hermana, su suegro, le aconsejaban: «No lo niegues, Serguéi, no hay solución. Reconóctete culpable e implica a alguno de los que estaban cerca. Eso arreglará un poco las cosas». En cuanto Andréi murió, fuimos todos a ver al jefe de la aldea y denunciarnos a Serguéi. Le interrogamos, pero no confesó. Después se le dejó en libertad para que pasara la noche en su casa. Algunos lo vigilaban para que no se quitara la vida. Tenía una escopeta. La situación era peligrosa. Por la mañana se descubrió que no estaba. Registramos la casa, le buscamos por la aldea, por los campos. Después vino alguien desde el puesto de policía para anunciarnos que ya estaba allí. Nos llevaron también a nosotros. Y Serguéi, sabes, se puso de rodillas ante el comisario y el jefe del puesto y nos acusó, diciendo que los hijos de Yefrem llevaban ya tres años planeando matar a Andréi. «Íbamos los tres juntos por la carretera, Iván, Yegor y yo, y nos habíamos puesto de acuerdo en darle una paliza. Yo

golpeé a Andréi con un palo, mientras Iván y Yegor la emprendieron a puñetazos; yo me asusté, eché a correr y me reuní con los mujiks, que se habían quedado atrás». A continuación nos condujeron a Iván, a Kirsha, a Serguéi y a mí a la cárcel de la ciudad.

—¿Quiénes son Iván y Kirsha?

—Mis hermanos. El comerciante Piotr Mijaílich vino a la cárcel y nos sacó bajo fianza. Así siguieron las cosas hasta la fiesta de la Intercesión de la Virgen. Nos trataron bien, estábamos en buen estado. Al día siguiente nos juzgaron en la ciudad. Kirsha tenía testigos: los testigos que se habían quedado rezagados lo sacaron del apuro, pero yo, amigo, no me salvé. En el tribunal dije lo mismo que acabo de decirte, pero no me creyeron. «Todos dicen lo mismo y juran por lo más sagrado, pero todos mienten». Bueno, me condenaron y me enviaron a prisión. Allí estaba encargado de las letrinas y además barría las celdas y distribuía la comida. Por esa tarea cada preso me daba una ración de pan al mes, es decir, unas tres libras por cabeza. Cuando me enteré de que faltaba poco para mi partida, envié un telegrama a casa. Fue antes de la fiesta de San Nicolás. Mi mujer y mi hermano Kirsha vinieron a verme, me trajeron ropa y alguna otra cosa... Mi mujer lloraba y gemía, pero no se podía hacer nada. Cuando se disponía a marcharse, le di dos raciones de pan para que se les llevara a casa. Una vez que me harté de llorar, envié mis saludos a nuestros hijos y a todos los buenos cristianos. Durante el trayecto nos pusieron las esposas. Íbamos de dos en dos. Yo iba con Iván. En Nóvgorod nos fotografiaron, nos encadenaron y nos raparon la cabeza. Después nos condujeron a Moscú. Desde allí envié una petición de indulto. No recuerdo cómo hicimos el viaje hasta Odesa, pero no se produjo ningún incidente. En Odesa nos llevaron a un médico que nos hizo un montón de preguntas, nos ordenó que nos quitáramos la ropa y nos examinó de pies a cabeza. Luego nos juntaron y nos condujeron al barco. Una vez allí, varios soldados y cosacos nos llevaron abajo y nos metieron en la bodega. Nos instalamos en las tarimas y ya está. Cada uno en su lugar. En la de arriba había cinco personas. Al principio no entendíamos lo que pasaba, luego alguien dijo: «¡Zarpamos, zarpamos!». Después de mucho navegar, el barco empezó a balancearse. Hacía tanto calor que la gente se desnudó. Algunos vomitaban, otros ni se inmutaban. Por supuesto, pasábamos casi todo el tiempo tumbados. ¡Era una tempestad de las buenas! Nos lanzaba de un lado para otro. ¡Tanto navegamos que al final acabamos chocando! Había bruma. Luego cayó la noche. Cuando chocamos, el barco se detuvo y empezó a cabecear sobre las rocas; parecía como si un enorme pez hubiera colisionado con la quilla y removiera nuestro barco^[22]. Por más que tiraban hacia delante, el barco no se movía. Tiraron hacia atrás, y se abrió una vía de agua en el fondo. Trataron de calafatearlo con una vela, pero no hubo manera. El agua llegaba hasta el suelo, donde estaba sentada la gente, y el nivel no dejaba de subir. Algunos suplicaban: «No nos deje morir, excelencia». Él al principio decía: «No es necesario que gritéis ni supliquéis, no dejaré que muera nadie». Luego el agua llegó hasta la tarima inferior.

Los cristianos se empujaban, suplicaban. El señor dijo: «Bueno, muchachos, os dejaré salir, pero no os amotinéis u os mataré como conejos». Nos soltaron. Rezamos para que el Señor apaciguara las aguas y nos salvara del naufragio. Rezamos de rodillas. Después de la oración nos distribuyeron galletas y azúcar; entretanto, el mar se calmó. Al día siguiente empezaron a llevar a la gente a la orilla en barcazas. Una vez en tierra volvimos a rezar. Después nos transportaron a otra embarcación, un barco turco^[23], y nos trajeron aquí, a Aleksándrovsk. Nos desembarcaron en pleno día, pero allí nos retuvieron bastante tiempo y cuando abandonamos el lugar ya era noche cerrada. Nosotros, buenos cristianos, avanzábamos en fila; algunos padecían ceguera nocturna. Todos iban agarrados, tanto los que veían como los que no. Yo llevaba detrás de mí una decena de cristianos. Nos llevaron hasta el patio de la prisión y a continuación nos distribuyeron por barracones. Esa noche cada uno comió lo que llevaba consigo, y a la mañana siguiente empezaron a distribuirnos lo que nos correspondía. Descansamos dos días, el tercero tuvimos baño y al cuarto nos llevaron a trabajar. Nuestra primera ocupación consistió en cavar una fosa en el solar donde iba a construirse la enfermería. Quitamos los tocones, limpiamos el suelo, cavamos y todo lo demás, y así durante un par de semanas o tal vez un mes entero. Luego llevamos troncos desde los alrededores de Mijaílovka. Cargábamos con ellos durante unas tres verstas y los apilábamos junto al puente. Luego nos llevaron a los huertos para que excaváramos agujeros en busca de agua. Y cuando llegó la época de la recogida del heno, reunieron a los cristianos, preguntaron si había alguien que supiese segar y apuntaron a los que respondían afirmativamente. Nos dieron pan, sémola y carne para toda la cuadrilla y nos enviaron con un vigilante a segar a Armudán. No podía quejarme de mi vida: Dios me daba salud y era un buen segador. El guardián golpeó a alguno de los otros, pero a mí nunca me dijo una palabra de más. Mis compañeros se enfadaban conmigo porque iba muy deprisa, pero eso no tiene importancia. Cuando disponía de tiempo libre o llovía, confeccionaba sandalias. La gente se iba a dormir, rendida por el esfuerzo, y yo me ponía a trenzar. Vendía el par por dos raciones de carne, lo que equivale a cuatro kopeks. Una vez terminada la siega, regresamos a la cárcel. Más tarde Sashka, un colono de Mijaílovka, me llevó como obrero. Allí me ocupaba de todas las faenas del campo: segaba, cosechaba, trillaba, cogía patatas, mientras Sashka transportaba troncos en mi lugar. Todo lo que comíamos lo recibíamos del Estado. Trabajé allí dos meses y cuatro días. Sashka me había prometido dinero, pero no me dio nada. Lo único que obtuve fue un pud de patatas. Sashka me llevó de vuelta a la cárcel. Me dieron un hacha y una soga y me enviaron a arrastrar troncos. Estaba encargado de siete estufas. Vivía en una yurta y trabajaba para el carcelero llevando agua y barriendo. Vigilaba el *maidan* de un tártaro de Magza^[24]. Cuando regresaba del trabajo, me confiaba su *maidan*. Vendía la mercancía y a cambio recibía quince kopeks al día. En primavera, cuando los días se hicieron más largos, empecé a trenzar sandalias. Cobraba diez kopeks por el par. En verano sacaba madera del río. Apilé un gran montón que vendí al celador judío de los

baños. También reuní sesenta troncos en el bosque y los vendí a quince kopeks la pieza. Y así he podido ir tirando, con la ayuda de Dios. Pero no tengo tiempo para seguir charlando contigo, excelencia. Debo ir a por agua.

—¿Recibirás pronto la condición de colono?

—Dentro de unos cinco años.

—¿Echas de menos tu aldea?

—No. Lo único que me da pena son los niños. No son muy listos.

—Dime, Yegor, ¿en qué pensabas cuando te conducían al barco en Odesa?

—Rezaba a Dios.

—Y ¿qué le pedías?

—Que enviara un poco de sensatez y buen juicio a mis hijos.

—¿Por qué no te has traído a tu mujer y a tus hijos?

—Porque están bien en casa.

VII

EL FARO – KÓRSAKOVSKOIE – LA COLECCIÓN DEL DOCTOR P. I. SUPRUNENKO – LA ESTACIÓN METEOROLÓGICA – EL CLIMA EN LA REGIÓN DE ALEKSÁNDROVSK – NOVO-MIJAÍLOVKA – POTIOMKIN – EL EX VERDUGO TERSKI – KRASNI YAR – BUTAKOVO

Los paseos por Aleksándrovsk y sus alrededores con el funcionario de correos autor de *Sajalinó* dejaron en mí una agradable impresión. El lugar que con mayor frecuencia visitábamos era el faro que se alza en lo alto de la colina, en el cabo de Zhonker. De día, visto desde abajo, no es más que una simple casita blanca con un poste y un fanal, pero de noche brilla en las tinieblas y parece como si el penal contemplara el mundo con su ojo rojo. El camino que lleva a la casita es tortuoso, lleno de revueltas, y discurre entre viejos alerces y abetos. Cuanto más se asciende, más libremente se respira; el mar se extiende ante la vista, y poco a poco se deja uno ganar por pensamientos que nada tienen que ver con la cárcel, los trabajos forzados o la colonia de exiliados, y se vuelve uno consciente de lo triste y dura que es la vida allí abajo. Los colonos y presos cumplen su pena día tras día y las personas libres se pasan el día hablando de uno al que azotaron, de otro que logró escapar, de un tercero al que atraparon y será azotado. Resulta extraño que, en una semana, uno mismo se acostumbre a esas conversaciones y preocupaciones; lo primero que hago al despertar es ocuparme de las ordenanzas del general, el diario local, y luego me paso el día entero oyendo hablar de un preso que se ha escapado, de otro al que han azotado, etc. Pero en la montaña, a la vista del mar y de los impresionantes acantilados, todo eso adquiere su verdadero valor, trivial y vulgar.

Se dice que en otro tiempo en el camino que lleva al faro había bancos, pero que se vieron obligados a retirarlos porque los condenados y los colonos, durante sus paseos, escribían y grababan a punta de cuchillo zafias groserías y todo tipo de obscenidades. Los aficionados a las obscenidades también abundan en libertad, pero en el penal el cinismo excede cualquier medida y no admite comparación. Aquí no solo los mensajes escritos en los bancos y en las paredes de los patios son abominables, sino también las cartas de amor. Resulta sorprendente que un hombre escriba y grabe en un banco toda clase de porquerías cuando al mismo tiempo se siente perdido, abandonado, profundamente infeliz. Por ejemplo, un hombre ya viejo comenta que el mundo ya no le interesa y que ha llegado la hora de morir; padece un reumatismo terrible y apenas ve, pero con qué gusto pronuncia sin descanso blasfemias de carretero, empleando cualquier palabrota obscena y rebuscada, como un exorcismo contra la fiebre. Si una persona sabe escribir y se encuentra en un lugar

aislado, es difícil que pueda resistir la tentación de garabatear en la pared, aunque sea con las uñas, alguna palabra obscena.

Cerca de la casita un perro feroz tira de su cadena. Hay un cañón y una campana. Se dice que pronto instalarán una sirena que aullará los días de bruma, llenando de angustia el corazón de los habitantes. Cuando te encuentras en la linterna del faro y ves a tus pies el mar y los Tres Hermanos, donde las olas se deshacen en espuma, la cabeza te da vueltas y el miedo se apodera de ti. Se vislumbra confusamente la costa de Tartaria e incluso la entrada a la bahía de De Castries; el vigilante del faro dice que a menudo puede ver cómo los barcos entran y salen de allí. El vasto mar, iluminado por el sol, resuena abajo con sordo rumor. La lejana orilla atrae de forma tentadora y uno se siente henchido de tristeza y angustia, como si le asaltara la idea de que jamás podrá abandonar Sajalín. Al contemplar esa orilla se apoderó de mí el convencimiento de que, si fuera un preso, trataría de escapar cuanto antes al precio que fuese.



Presos en la mina

Más allá de Aleksándrovsk, remontando el curso del río Duika, se encuentra la aldea de Kórsakovskoie, fundada en 1881 y llamada así en honor de M. S. Kórsakov, antiguo gobernador general de Siberia Oriental. No deja de ser curioso que a las colonias de Sajalín se les concedan nombres de gobernadores de Siberia, vigilantes de las cárceles e incluso enfermeros, y se olvide completamente a exploradores como Nevelskói, el marino Kórsakov, Boshniak, Poliákov y muchos, cuyo recuerdo, a mi entender, merece mayor respeto y consideración que un vigilante como Derbín, asesinado por su crueldad^[25].

Kórsakovskoie o Kórsakovka, como le llaman, cuenta con doscientos setenta y dos habitantes, ciento cincuenta y tres hombres y ciento diecinueve mujeres. Hay un total de cincuenta y ocho propietarios. Por sus orígenes (veintiséis son campesinos y solo nueve presos), por la abundancia de mujeres, prados, ganado y demás, Kórsakovskoie se diferencia poco de la floreciente Slobodka de Aleksándrovsk. Ocho

propietarios tienen dos casas, hay una caseta de baños por cada nueve viviendas. Cuarenta y cinco propietarios poseen caballos y cuarenta y nueve vacas. Muchos de ellos tienen dos o tres caballos y tres o cuatro vacas. En cuanto a la antigüedad de sus habitantes, Kórsakovskoie figura a la cabeza de Sajalín Septentrional: cuarenta y tres propietarios viven en esta colonia desde su fundación. Mi censo menciona ocho personas llegadas a Sajalín antes de 1870, una de ellas enviada en 1866. La presencia en una colonia de un elevado porcentaje de antiguos habitantes es una buena señal.

Exteriormente Kórsakovskoie se parece mucho a una agradable aldea rusa, y además apartada, aún no tocada por la civilización. Lo visité por primera vez un domingo después de la comida. Hacía buen tiempo y todo estaba en calma; se notaba que era día de fiesta. Los mujiks dormían a la sombra o bebían té; en las puertas de las casas o bajo las ventanas las mujeres se quitaban los piojos. En los jardincillos delanteros y en los huertos había flores, y en las ventanas geranios. Había muchos niños, y todos estaban en la calle, jugando a los soldados o a los caballos, o correteando junto a perros bien nutridos, con ganas de dormir. Y cuando el pastor, un viejo vagabundo, apareció con un rebaño de más de ciento cincuenta cabezas y el aire se llenó de sonidos veraniegos, mugidos, fustazos, gritos de mujeres y niños que perseguían a los terneros, del ruido sordo de los pies descalzos y las pezuñas en el camino polvoriento y lleno de boñigas de vaca, y todo se impregnó de olor a leche, la ilusión fue ya completa. Hasta el curso del río Duika es hermoso en ese punto. En algunos lugares bordea los patios traseros, atraviesa los huertos; sus orillas son verdes, están cubiertas de mimbreras y juncos. Cuando lo vi, las sombras del atardecer se posaban sobre su superficie completamente tersa, sus aguas estaban en calma y parecían dormir.

Lo mismo que la rica Slobodka, en Kórsakovskoie hay un elevado número de antiguos residentes, mujeres, personas que saben leer y escribir, mujeres de condición libre y una «historia» prácticamente idéntica, con venta clandestina de alcohol, comercio ilícito, etc. Se dice que cuando se instalaron los primeros colonos, el favoritismo desempeñó un papel muy importante, pues la administración daba con facilidad dinero a crédito, ganado, grano e incluso alcohol; esa generosidad se veía favorecida por la astucia de los habitantes de Kórsakovskoie, que concedían el tratamiento de «excelencia» hasta a los funcionarios más bajos.

Pero a diferencia de Slobodka la principal causa de su bienestar no es la venta de alcohol, ni el favoritismo o la proximidad al París de Sajalín, sino el indudable éxito de la agricultura. Mientras en Slobodka una cuarta parte de las haciendas carece de tierra de labor y otra cuarta dispone de muy poca, en Kórsakovskoie todos los propietarios trabajan la tierra y siembran los campos. En Slobodka la mitad de los propietarios carece de ganado y sin embargo comen hasta hartarse; aquí casi todos los propietarios consideran necesario tener ganado. Muchas razones nos llevan a considerar la agricultura de Sajalín con escepticismo, pero hay que reconocer que en Kórsakovskoie se ha organizado con seriedad y da unos resultados relativamente

buenos. Sería ilógico pensar que los habitantes del lugar siembran cada año dos mil *puds* de grano solo por tozudez o con intención de agradar a las autoridades. Carezco de cifras exactas sobre las cosechas y las que declaran los interesados no son dignas de crédito, pero ciertos signos, como por ejemplo la abundancia de ganado, el modo de vida de los hombres y el hecho de que los campesinos no se apresuren a regresar al continente, aunque hace tiempo que tienen ese derecho, permiten deducir que las cosechas no solo dan para comer, sino que también producen algunos beneficios que inducen al campesino a quedarse en el lugar.

¿Por qué los habitantes de Kórsakovskoie tienen éxito en la agricultura, mientras las colonias vecinas, debido a su serie de fracasos, se han visto reducidas a una extremada pobreza y han perdido la esperanza de mantenerse algún día por sus propios medios? La respuesta es muy sencilla: Kórsakovskoie se asienta en el punto más ancho del valle del río Duika y, desde el comienzo, los colonos dispusieron de inmensas superficies de tierra. Podían coger toda la que quisieran e incluso elegir. En la actualidad veinte propietarios disponen de tres a seis *desiatinas* de tierra de labor y casi nadie tiene menos de dos. Si el lector desea comparar las concesiones locales con las parcelas de nuestros campesinos debe tener en cuenta que aquí jamás se ponen las tierras en barbecho, sino que se siembra cada año hasta el último *vershok*, de manera que dos *desiatinas* de aquí equivalen cuantitativamente a tres de las nuestras. El secreto del éxito de los habitantes de Kórsakovskoie consiste en la utilización de terrenos extraordinariamente vastos. Dado que las cosechas de Sajalín rinden de media entre dos y tres veces lo sembrado, la tierra solo puede producir suficiente grano si se cumple la siguiente premisa: que haya mucha, amén de abundante simiente y una mano de obra barata e incluso gratuita. Los años en que los cereales no brotan, la población de Kórsakovskoie suple esa carencia con verduras y patatas, que ocupan también un área considerable: treinta y tres *desiatinas*.

Como es una colonia de creación reciente y su población es reducida y variable, aún no se dispone de estadísticas. En virtud de esa carencia de datos, cualquiera de las estimaciones que se han hecho hasta la fecha debe fundarse en simples indicios o deducciones. Si se me permite el atrevimiento de hacer extensivas a toda la colonia las conclusiones y datos de Kórsakovskoie, se podría decir que, en vista de las irrisorias cosechas de Sajalín, para no tener pérdidas y poder mantenerse, cada propietario debería poseer más de dos *desiatinas* de tierra laborable, además de praderas y cultivos de verduras y patatas. Por el momento no se puede realizar un cálculo más exacto, aunque es más que probable que la cantidad mínima de tierra sea de cuatro *desiatinas*. Sin embargo, según el *Informe sobre la situación de la agricultura en 1889*, cada colono de Sajalín dispone, como media, de media *desiatina* de tierra de labor (mil quinientos cincuenta y cinco *sazhens* cuadrados).

En Kórsakovskoie hay una casa que, por sus dimensiones, su hermoso tejado y su ameno jardín, recuerda la casa solariega de un hidalgué. Su propietario, el doctor P. I. Suprunenko, director de los servicios de salud, regresó en primavera a Rusia para

participar en una exposición de las prisiones y se quedó definitivamente allí, de modo que en las habitaciones vacías solo descubrí los restos de la espléndida colección zoológica que había reunido. No sé dónde se encontrará ahora esa colección y quién estudiará con ella la fauna de Sajalín, pero, por los pocos ejemplares conservados aquí, todos magníficos, y por lo que he oído contar, me imagino la riqueza de la colección y la cantidad de conocimientos, dedicación y cuidados que el doctor Suprunenko puso al servicio de tan noble empresa. Comenzó su colección en 1881 y en diez años logró reunir ejemplares de casi todos los vertebrados representados en Sajalín, amén de gran cantidad de material antropológico y etnográfico. En caso de que todavía se encuentre en la isla, la colección podría utilizarse para la fundación de un excelente museo.

Junto a la casa hay una estación meteorológica. Hasta hace poco se encontraba bajo la dirección del doctor Suprunenko; ahora se ocupa de ella un inspector de agricultura. Un secretario, el preso Golovatski, hombre trabajador y diligente, anotó unas mediciones en mi presencia y me proporcionó unas tablas. Las observaciones consignadas durante nueve años permiten extraer algunas conclusiones. Así pues, trataré de dar una idea del clima de la región de Aleksándrovsk.

El alcalde de Vladivostok me dijo en una ocasión que en su ciudad y, en general, en toda la costa oriental «no hay ninguna clase de clima». En lo que respecta a Sajalín, se dice que no puede hablarse de clima, sino de mal tiempo, y que la isla es el lugar con mayores precipitaciones de toda Rusia. Desconozco el grado de veracidad de esa última afirmación; cuando yo estuve allí, en verano, hizo un tiempo muy bueno, pero las tablas meteorológicas y los breves informes de otros autores presentan, en general, un cuadro de pluviosidad excepcional. El clima de la región de Aleksándrovsk es marino y se distingue por su inestabilidad, es decir, por las fluctuaciones significativas de la temperatura media mensual^[26], el número de días con precipitaciones, etc. La baja temperatura media anual y la enorme cantidad de precipitaciones y de días con niebla constituyen sus principales peculiaridades. A modo de comparación, inserto las temperaturas mensuales medias del distrito de Aleksándrovsk y del distrito de Cherepovets, en la región de Nóvgorod, donde el clima es «riguroso, húmedo, inestable y nefasto para la salud»^[27].

	Región de Aleksándrovsk	Distrito de Cherepovets
Enero	—18,9	—11,0
Febrero	—15,1	—8,2
Marzo	—10,1	—1,8
Abril	+0,1	+2,8
Mayo	+5,9	+12,7
Junio	+11,0	+17,5

Julio	+16,3	+18,5
Agosto	+17,0	+13,5
Septiembre	+11,4	+6,8
Octubre	+3,7	+1,8
Noviembre	—5,5	—5,7
Diciembre	—13,8	—12,8

La temperatura media anual en la región de Aleksándrovsk es de + 0,1, es decir, casi 0, mientras que en el distrito de Cherepovets es de + 2,7. En el distrito de Aleksándrovsk el invierno es más riguroso que en Arjángulesk. La primavera y el verano son como en Finlandia y el otoño como en San Petersburgo. La temperatura media anual es similar a la de las islas Solovki, donde también es de cero grados. En el valle del Duika se observan hielos perpetuos. Poliákov encontró una capa de hielo de tres cuartos de *arshin* el 20 de junio. También encontró nieve, el 14 de julio, bajo montones de basura y en quebradas cerca de las montañas; esa nieve solo se fundió a finales de julio. El 24 de julio de 1889 nevó en las montañas, que no son muy altas, y todo el mundo tuvo que ponerse pellizas y zamarras. En nueve años de observaciones el deshielo más temprano del río Duika se produjo el 23 de abril y el más tardío el 6 de mayo. En esos nueve inviernos ni una sola vez hubo deshielo. Ciento ochenta y un días al año hay hielo y ciento cincuenta y uno sopla un viento frío. Todo eso tiene un importante significado práctico. En el distrito de Cherepovets, donde el verano es más cálido y prolongado, según Griáznov, no pueden madurar el alforfón, los pepinillos y el trigo; mientras que en la región de Aleksándrovsk, según el testimonio del inspector local de agricultura, ningún año la temperatura ha sido lo bastante calurosa para que maduraran adecuadamente la avena y el trigo.

Los agrónomos e inspectores de sanidad han dedicado mucha mayor atención a la desmesurada humedad local. Cada año hay una media de ciento ochenta y nueve días con precipitaciones: ciento siete de nieve y ochenta y dos de lluvia (en el distrito de Cherepovets, ochenta y un días de lluvia y ochenta y dos de nieve). El cielo suele estar cubierto de espesas nubes durante semanas enteras; ese tiempo deprimente, que se prolonga día tras día, parece inmutable a los habitantes y predispone a pensamientos opresivos y al abyecto vicio de la bebida. Es posible que bajo su influencia muchas personas frías se vuelvan crueles y muchas almas bondadosas y débiles, al no ver el sol durante semanas e incluso meses enteros, pierdan para siempre la esperanza en una vida mejor. Poliákov escribe que en junio de 1881 no hubo ni un solo día despejado en el transcurso de todo el mes y el informe de un inspector de agricultura pone de manifiesto que en el curso de cuatro años, entre el 18 de mayo y el 1 de septiembre, ha habido una media de ocho días despejados. Las nieblas son un fenómeno bastante frecuente, sobre todo en el mar, donde constituyen una verdadera calamidad para los marineros. Según se dice, las nieblas marinas

cargadas de sal resultan perjudiciales para la vegetación de la costa, para los árboles y para las praderas. Más adelante me ocuparé de aquellas colonias cuyos habitantes, por culpa principalmente de esas nieblas, han dejado de sembrar cereales y han dedicado toda su tierra de labor al cultivo de la patata. Un día despejado y soleado vi cómo se acercaba desde el mar un muro de niebla blanca, del color de la leche; parecía una cortina que cayera del cielo sobre la tierra.

La estación meteorológica está equipada de instrumentos examinados y adquiridos por el Observatorio Central de Física de San Petersburgo. Carece de biblioteca. Además de Golovatski, el secretario antes mencionado, y de su mujer, registré a siete empleados, seis hombres y una mujer. Desconozco de qué se ocupan.

En Kórsakovskoie hay una escuela y una capilla. También había un centro hospitalario en el que estaban internados catorce sifilíticos y tres locos; uno de estos últimos se contagió de sífilis. Se rumoreaba que los sifilíticos preparaban hilas y sogas marinas para el departamento quirúrgico, pero no llegué a tiempo de visitar ese establecimiento medieval, pues lo había cerrado en septiembre un joven médico que desempeñaba temporalmente las funciones de médico de la cárcel. No me sorprendería demasiado que se quemara a los locos en hogueras por orden de las autoridades médicas, pues los procedimientos hospitalarios locales llevan un retraso de al menos doscientos años respecto al mundo civilizado.

Un día, a la caída de la tarde, encontré en una isba a un hombre de unos cuarenta años, con la chaqueta por dentro de los pantalones, barbilla afeitada, camisa sucia y sin almidonar y una prenda semejante a una corbata: un privilegiado, según todas las apariencias. Estaba sentado en un banco y comía carne salada y patatas en una escudilla de barro. Su apellido terminaba en -ki, y no sé por qué, me pareció que tenía ante mí a un antiguo oficial cuyo apellido terminaba de la misma manera y que había sido enviado al penal por una infracción disciplinaria.

—¿Antes era usted oficial? —le pregunté.

—No, excelencia, era sacerdote.

Desconozco la causa por la que fue enviado a Sajalín y no le hice ninguna pregunta sobre el particular. Cuando una persona a la que hasta hace poco la gente llamaba padre Ioán o padrecito y besaban la mano os recibe en posición de firme, con una chaqueta gastada y miserable, es imposible pensar en su crimen.

En otra isba presencié la siguiente escena: un joven preso, moreno, con un rostro extraordinariamente triste, vestido con una elegante camisa, estaba sentado a la mesa, con la cabeza apoyada en ambas manos. Una presa recogía el samovar y las tazas. Cuando le pregunté si estaba casado, el joven me respondió que su mujer le había seguido voluntariamente a Sajalín con su hija, pero que hacía ya dos meses que se había marchado a Nikoláievsk con la niña y se negaba a volver, aunque le había mandado varios telegramas.

—Y no regresará —dice la presa con cierta alegría maligna—. ¿Qué iba a hacer aquí? ¿Acaso no ha visto ya tu Sajalín? ¡Déjalo ya! —Él guarda silencio y ella insiste

—: No regresará, es una mujer joven, libre, ¿por qué iba a hacerlo? Ha volado como un pájaro, y si te he visto no me acuerdo. No es como tú y como yo. Si yo no hubiese matado a mi marido y tú no fueses un incendiario, también nosotros seríamos libres, y no estarías ahí sentado, con la cabeza gacha, esperando sin ninguna esperanza a tu mujer, con el corazón hecho trizas...

El joven sufre, tiene un peso en el corazón, pero la mujer no deja de incordiarlo. Salgo de la isba, la mujer sigue con su retahíla.

En mis visitas a las isbas de Kórsakovskoie estuve acompañado por el preso Kisliakov, un hombre bastante extraño. Probablemente los cronistas judiciales todavía no lo han olvidado. Se trata del mismo Kisliakov, antiguo escribiente militar, que mató con un martillo a su mujer en la calle Nikoláievskaia de San Petersburgo y después se presentó ante el gobernador de la ciudad para confesar su crimen. Según declaró, su mujer era una belleza y él la adoraba. Pero un día, después de una pelea, juró delante de los iconos que la mataría; y desde ese momento hasta el instante del crimen una fuerza invisible no dejaba de susurrarle al oído: «¡Mátala, mátala!». Hasta el día del juicio estuvo internado en el hospital de San Nicolás; probablemente por eso se considera un enfermo mental y me pidió varias veces que usara mi influencia para que le reconocieran como loco y lo encerraran en un monasterio. El trabajo forzado que le han asignado en la cárcel consiste en tallar las pequeñas estacas de madera que sirven para reforzar los recipientes de las rebanadas de pan; no parece un trabajo nada duro, pero ha contratado a alguien para que lo haga en su lugar y él «da lecciones», es decir, no hace nada. Lleva un traje de lienzo y su aspecto externo es decoroso. Es un hombre de pocas entendederas, pero bastante hablador y filósofo: «Donde hay pulgas, hay niños», comenta con suave y aterciopelada voz de barítono cada vez que ve un niño. Cuando me preguntaban en su presencia por la razón de mi censo, respondía:

—Para enviarnos a todos a la luna. ¿Sabes dónde está la luna?

Una noche, mientras regresábamos a pie a Aleksándrovsk, repitió varias veces seguidas sin ton ni son:

—Nada hay más noble que el sentimiento de venganza.

Más adelante, remontando el curso del Duika, se encuentra la colonia de Novo-Mijaílovskoie, fundada en 1872 y bautizada así porque el nombre de pila de Mitsul era Mijaíl. Muchos autores la llaman Vérjnoie Uróchische (Confín Superior) y los colonos Pashnia (Tierra Labrada). Tiene quinientos veinte habitantes: doscientos ochenta y tres hombres y doscientas treinta y tres mujeres. Hay ciento treinta y tres propietarios de los cuales dos son copropietarios. El catastro indica que todos poseen tierra de labor y que hay ochenta y cuatro cabezas de ganado. Sin embargo, salvo raras excepciones, las isbas sorprenden por su pobreza y los habitantes declaran unánimemente que «no hay modo» de vivir en Sajalín. Se cuenta que hace unos años la miseria de Novo-Mijaílovka era tan terrible que un sendero llevaba directamente a Dué, abierto por las presas y las mujeres de condición libre que se dirigían a las

cárceles de Dué y Voievodsk para venderse por unos céntimos. Puedo dar fe de que la vegetación no ha cubierto aún ese camino. Como sucede en Kórsakovskoie, los habitantes que poseen parcelas de tres a seis e incluso ocho *desiatinas* no pueden quejarse, pero existen pocas parcelas de esas dimensiones y su número disminuye de año en año. En la actualidad, la mayor parte de los terrenos van de un octavo de *desiatina* hasta una *desiatina* y media, lo que significa que los cultivos solo reportan pérdidas. Los antiguos propietarios, que ya tienen experiencia, solo siembran cebada y patata.

La tierra no sirve de estímulo para que la gente se quede aquí. De los propietarios que se establecieron en la colonia en los primeros cuatro años de su existencia no queda ni uno; de 1876 quedan nueve; de 1877, siete; de 1878, dos; de 1879, cuatro; todos los demás son nuevos.

Novo-Mijaílovka dispone de una oficina de telégrafos, una escuela, un asilo de ancianos y el armazón de una iglesia de madera sin terminar. Hay una panadería donde se cuece el pan para los presos que construyen carreteras en la región; por lo visto, las autoridades no ejercen ningún control sobre el proceso de fabricación, pues el pan es repugnante.

Cualquier persona que pase por Novo-Mijaílovka no perderá la oportunidad de conocer al campesino antiguo forzado Potiomkin. Cada vez que alguna personalidad importante llega a Sajalín, Potiomkin le ofrece el pan y la sal; cuando se quiere probar que la colonia agrícola ha tenido éxito, se cita su ejemplo. Según el catastro posee veinte caballos y nueve cabezas de ganado vacuno, pero se dice que dispone del doble de caballos. Tiene una tienda aquí y otra en Dué, de la que se encarga su hijo. Da la impresión de ser un viejo creyente afanoso, inteligente y acaudalado. Las habitaciones de su casa están limpias, con las paredes empapeladas; en una de ellas hay un cuadro: *Marienbad, baños marinos cerca de Libava*. Tanto su mujer como él son sobrios, juiciosos y sagaces en la conversación. El día que estuve tomando té en su casa, me dijeron que se puede vivir bien en Sajalín y que la tierra es fértil. Según ellos todo el mal estriba en que la gente se ha vuelto perezosa, holgazana y no trabaja con el debido tesón. Le pregunté si era cierto que una vez había agasajado a un personaje importante con sandías y melones de su propio huerto. Me respondió sin pestañear: «Es verdad. Algunos años los melones llegan a madurar»^[28].

En Novo-Mijaílovka vive otra celebridad de Sajalín: el colono Terski, antiguo verdugo. Tose, se sujeta el pecho con sus manos pálidas y huesudas y se queja de que tiene el estómago destrozado. Empezó a decaer el día en que las autoridades, en castigo de no sé qué falta, ordenaron que fuera azotado por Komeliiov, el actual verdugo de Aleksándrovsk. Komeliiov se empleó con tanto celo que «por poco me arranca el alma». Pero Komeliiov, a su vez, no tardó en cometer una falta y llegó el turno de Terski. Dando libre curso a su deseo de venganza, fustigó con tanta rabia a su colega que, de dar crédito a los rumores, las heridas aún le supuran. No en vano se dice que dos arañas venenosas puestas en el mismo recipiente se combaten hasta la

muerte.

Hasta 1888 Novo-Mijaílovka era la última colonia del Duika, pero ahora existen otras dos: Krasni Yar y Butakovo. En la actualidad se está construyendo una carretera que une ambas colonias con Novo-Mijaílovka. Hice la primera mitad del trayecto a Krasni Yar, unas tres verstas, por una carretera nueva, llana y recta como una «I», y la segunda por un pintoresco sendero de la taiga donde ya se han arrancado los tocones y se circula con tanto placer y facilidad como por un buen camino vecinal. Por casi todas partes se veían grandes troncos talados, pero la taiga conservaba su aspecto imponente y hermoso: abedules, álamos temblones, chopos, sauces, fresnos, saúcos, cerezos, filipéndulas, espinos, y, entre ellos, unas hierbas que alcanzan la altura de un hombre e incluso más: helechos y bardanas gigantes cuyas hojas tienen más de un *arshin* de diámetro se funden con los árboles y los arbustos en una espesura tupida e impenetrable que alberga osos, martas cibelinas y renos. A un lado y a otro, en el lugar donde termina el estrecho valle y empiezan las montañas, se alza el verde muro de un bosque de piceas, abetos y alerces, más arriba vuelve el bosque de hoja caduca y a continuación las cimas de las montañas, ya peladas, ya cubiertas de arbustos. En ningún lugar de Rusia he visto bardanas tan grandes como aquí; son ellas principalmente las que confieren a espesuras, claros y praderas su original fisonomía. Ya he apuntado que por la noche, sobre todo a la luz de la luna, adquieren un aspecto fantástico. A ese respecto, el decorado se completa con otra planta extraordinaria de la familia de las umbelíferas, para la que no conozco nombre en ruso; tiene un tallo recto de unos diez pies de alto y un espesor en la base de tres pulgadas, es de un rojo púrpura en la parte superior y soporta una umbela de un pie de diámetro; junto a esa umbela principal se agrupan de cuatro a seis umbelas de dimensiones más reducidas, que otorgan a la planta el aspecto de un candelabro. El nombre latino es *Angelophyllum ursinum*^[29].

Krasni Yar solo tiene dos años de existencia. Dispone de una calle espaciosa, pero en malas condiciones; para ir de una isba a otra entre terrones, montones de arcilla y virutas, superando troncos, tocones y zanjas en las que se estanca un agua de color marrón. Las casas aún no están terminadas. Un propietario fabrica ladrillos, otro revoca su estufa, un tercero atraviesa la calle arrastrando un tronco. Hay cincuenta y un propietarios. Tres de ellos —entre los que se encuentra el chino Pen-Ogi-Tsoi— han abandonado sus isbas ya comenzadas y se han marchado, sin que por el momento se sepa nada de su paradero. Los siete caucasianos que viven aquí han interrumpido sus tareas, se han juntado todos en la misma isba y se encogen de frío, aunque solo estamos a 2 de agosto. También las cifras muestran que se trata de una colonia reciente, cuya existencia acaba de iniciarse. Viven en ella unos noventa habitantes, a razón de dos hombres por cada mujer; hay tres parejas legítimas y veinte ilegítimas, con solo nueve niños menores de cinco años. Tres propietarios poseen caballos y nueve, vacas. Por el momento todos reciben raciones de la cárcel, pero nadie sabe cómo podrán alimentarse en el futuro. En lo que respecta al cultivo de cereales, tiene

malas perspectivas. Hasta la fecha solo se han encontrado y desbrozado veinticuatro *desiatinas* y un cuarto de tierra apta para la siembra de grano y el cultivo de la patata, es decir, menos de media *desiatina* por hacienda. No hay praderas. El valle es estrecho, comprimido a ambos lados por montañas en las que no crece nada; pero, como la administración no se detiene ante ninguna consideración cuando necesita quitarse de encima a la gente, es probable que cada año obligue a asentarse en este territorio a decenas de colonos, con lo que las parcelas de tierra de labor seguirán siendo de un octavo, un cuarto o media *desiatina*, tal vez incluso menos. No sé quién habrá elegido el asentamiento de Krasni Yar, pero no cabe duda de que la decisión fue tomada por personas incompetentes, que nunca han vivido en el campo y que jamás han pensado en la colonización agrícola. Ni siquiera hay agua de buena calidad. Cuando pregunté dónde se abastecían de agua potable, me señalaron una zanja.

Todas las isbas son idénticas, con dos ventanas, construidas con madera verde de mala calidad por gentes cuyo único fin es cumplir como sea la condena y volver al continente. La administración no ejerce ningún control sobre la construcción, probablemente porque no hay un solo funcionario que sepa cómo se construye una isba y se monta una estufa. No obstante, la plantilla de Sajalín cuenta con un arquitecto, pero estaba ausente durante mi visita; además, supongo que solo se ocupa de las obras del Estado. El edificio más agradable y acogedor es el que ocupa el vigilante Ubiennij (Abrumado), un soldado menudo, endeble, cuyo aspecto se corresponde totalmente con su apellido. En efecto, su rostro expresa cierto abatimiento y una amarga consternación, quizá debida a la presencia, en la única habitación de que dispone, de una exiliada alta y rolliza, su cohabitante, que le ha obsequiado con una numerosa descendencia. Recibe el sueldo de un vigilante jefe y su trabajo consiste exclusivamente en informar a los visitantes de que todo lo que sucede en este mundo es maravilloso. Pero tampoco a él le gusta Krasni Yar y tiene ganas de largarse. Me preguntó si permitirían que su compañera le siguiera cuando le concedieran el retiro y partiera para el continente. Esa cuestión le preocupa mucho.

No estuve en Butakovo^[30]. Según los datos del catastro, que tuve ocasión de examinar y completar con el registro de la parroquia, hay un total de treinta y nueve habitantes, de ellos solo cuatro mujeres adultas. Cuenta con veintidós propietarios. Por ahora únicamente cuatro casas están terminadas, las demás solo tienen levantado el armazón. Únicamente cuatro *desiatinas* y media de tierra de labor se dedican al cultivo de cereales y patatas. No hay una sola cabeza de ganado, ni ovino ni bovino.

Una vez concluida mi visita al valle del Duika, pasé a un río de pequeñas dimensiones, el Arkai, en cuyas orillas se asientan tres colonias. La elección de ese valle no se debe a que esté mejor explorado que los demás o responda mejor a las exigencias de la colonización, sino a la sencilla razón de que se encuentra más cerca de Aleksándrovsk que otros.

VIII

EL RÍO ARKAI – EL CORDÓN DEL ARKAI – PRIMER, SEGUNDO Y TERCER ARKOVO – EL VALLE DEL ARKAI – LAS COLONIAS DE LA COSTA OCCIDENTAL: MGACHI, TANGUI, JOE, TRAMBAUS, VIAJTI Y VANGUI – EL TÚNEL – LA CABAÑA DEL CABLE – DUÉ – BARRACONES FAMILIARES – LA CÁRCEL DE DUÉ – LAS MINAS DE CARBÓN – LA CÁRCEL DE VOIEVODSK – PRESOS ENCADENADOS A CARRETILLAS

El riachuelo Arkai desemboca en el estrecho de Tartaria, a unas ocho o diez verstas al norte del Duika. Hasta hace poco era un auténtico río en el que se pescaban salmones, pero en la actualidad, como consecuencia del incendio de los bosques y la deforestación, su nivel de agua ha descendido mucho y en verano se seca por completo. Sin embargo, durante los fuertes chaparrones, se desborda como en primavera, con una violencia tumultuosa, y hace sentir poderosamente su presencia. Más de una vez se ha llevado por delante huertos, almiares de heno y la cosecha de toda la colonia. Es imposible prevenir esa desgracia, ya que el valle es estrecho y no hay más refugio que la montaña^[31].

Muy cerca de la desembocadura del Arkai, en un recodo del valle, se alza la aldehuela guiliaka de Arkai-vo, que ha dado su nombre al Cordón del Arkai y a las tres colonias, Primer, Segundo y Tercer Arkovo. Dos caminos la comunican con Aleksándrovsk; el primero, que atraviesa la montaña, no pude utilizarlo, pues los puentes habían ardidido durante los incendios forestales; el segundo discurre por la orilla del mar y solo es practicable con la marea baja. Salí por primera vez en dirección al río Arkai el 31 de julio a las ocho de la mañana. El reflujo acababa de iniciarse. Olía a lluvia. El cielo nublado, el mar sin una sola vela y la orilla, escarpada y arcillosa, tenían un aspecto de gran severidad; las olas rompían en la orilla con rumor triste y sordo; desde lo alto del acantilado se inclinaban árboles desmedrados y enfermos; en ese lugar abierto, cada uno de ellos combate en completa soledad con las crueles heladas y los vientos fríos, y en las largas y terribles noches de otoño y de invierno se balancean furiosamente, doblándose hasta el suelo, entre tristes crujidos; pero nadie escucha sus lamentos.

El Cordón del Arkai se encuentra cerca de la aldehuela guiliaka. Antiguamente era un puesto de guardia y albergaba a los soldados que perseguían a los fugitivos; ahora lo habita un guardián que, por lo visto, ejerce las funciones de inspector de las colonias. A unas dos verstas del Cordón se encuentra Primer Arkovo. Dispone de una única calle y, debido a la condiciones del lugar, solo puede crecer a lo largo. Cuando los tres Arkovos se unan, Sajalín dispondrá de una aldea de gran tamaño compuesta

de una sola calle. Primer Arkovo se fundó en 1883. Tiene ciento treinta y seis habitantes: ochenta y tres hombres y cincuenta y tres mujeres. Hay veintiocho propietarios, todos con familia, excepto Pávlovskaja, una presa católica cuyo cohabitante, que era el verdadero dueño de la casa, murió hace poco. Esa mujer me suplicaba con la mayor insistencia: «Desígneme otro amo». Tres colonos poseen dos casas.

Segundo Arkovo se fundó en 1884. Tiene noventa y dos habitantes: cuarenta y seis hombres y cuarenta y seis mujeres. Hay veinticuatro propietarios, todos con familia. Dos de ellos poseen dos casas.

Tercer Arkovo se fundó al mismo tiempo que Segundo Arkovo, detalle que muestra la premura de las autoridades por poblar el valle del río Arkai. Tiene cuarenta y un habitantes: diecinueve hombres y veintidós mujeres. Hay diez propietarios, más un copropietario. Nueve tienen familia.

En los tres Arkovos todos los propietarios tienen tierra de labor. El tamaño de las parcelas oscila entre media y dos *desiatinas*. Solo uno posee tres. Siembran grandes cantidades de trigo, cebada y centeno, y cultivan patatas. La mayoría de los granjeros dispone de ganado y aves de corral. A juzgar por los datos del catastro, recogidos por el inspector de las colonias, se puede llegar a la conclusión de que los tres Arkovos, en el breve periodo transcurrido desde su fundación, han dado pasos de gigante en la agricultura. En ese sentido, un autor anónimo escribe: «El trabajo se ve recompensado con creces, gracias a un terreno muy favorable a la agricultura, como atestigua el vigor de los bosques y la exuberancia de los prados». En realidad, las cosas no son así. Los tres Arkovos se encuentran entre las aldeas más pobres de Sajalín Septentrional. Tienen tierra de labor y ganado, pero nunca se ha dado una verdadera cosecha. Además de las condiciones desfavorables comunes a todo Sajalín, los propietarios locales deben enfrentarse a las difíciles condiciones del valle, ante todo a ese terreno tan alabado por el autor que acabo de citar. Consiste en un *vershok* de tierra sobre un subsuelo pedregoso que, cuando sube la temperatura, se calienta tanto que seca las raíces de las plantas, y los días de lluvia impide que el agua se filtre, pues él mismo descansa sobre una capa de arcilla; en consecuencia, las raíces se pudren. En mi opinión, en un suelo semejante solo pueden cultivarse con éxito plantas con raíces fuertes y profundas como la bardana, o, entre las cultivadas, tubérculos como la patata o el nabo, que permiten labrar la tierra mejor y a más profundidad que los cereales.

Ya he mencionado los desastres causados por el río. En el lugar no hay praderas y el heno se siega en pequeños claros de la taiga o se corta con hoz allí donde se encuentra. Los propietarios más acaudalados lo compran en el distrito de Timovo. Se habla de familias enteras que en el transcurso de todo el invierno no tienen ni un pedazo de pan que llevarse a la boca y se alimentan exclusivamente de nabos. Poco antes de mi llegada a Segundo Arkovo murió de hambre el colono Skorin. De creer lo que cuentan los vecinos, solo comía una libra de pan cada tres días, y eso durante

mucho tiempo. «A todos nos espera el mismo destino», me dijeron los vecinos, asustados por esa muerte. Recuerdo que, mientras me describían su vida, tres mujeres prorrumpieron en sollozos. En una isba desprovista de muebles, con una estufa tristemente apagada que ocupaba la mitad de la habitación, encontré a una propietaria rodeada de unos niños que lloraban y unos pollos que piaban; en cuanto sale a la calle, los niños y los pollos la siguen. Al verlos, ella ríe y llora, al tiempo que se disculpa por el ruido que hacen; me dice que es el final, que espera con impaciencia el regreso de su marido, que ha ido a la ciudad a vender arándanos para poder comprar pan. Corta unas hojas de col y las distribuye entre los pollos, que se lanzan ávidos sobre ellas, pero al poco rato, decepcionados, empiezan a piar con mayor fuerza. En otra isba vive un preso muy sucio, velludo como una araña, con enmarañadas cejas. A su lado hay otro preso igual de sucio y de velludo. Uno y otro tienen descendencia numerosa, pero en la isba, según me comentan, reina la mayor miseria y no hay nada que llevarse a la boca. Además del llanto de los hombres, del piar de los pollos y de sucesos como la muerte de Skorin, ¡cuántas señales indirectas de necesidad y de hambre!

En Tercer Arkovo encontré cerrada la isba del colono Petrov porque «había sido enviado a la prisión de Voievodsk, donde aún se encuentra, por negligencia en la administración de su hacienda y haber abatido sin autorización un ternero para procurarse carne». Es probable que una extrema miseria le llevara a abatir esa ternera para vender su carne en Aleksándrovsk. Las semillas, obtenidas a crédito del Estado, figuran en el catastro como sembradas, cuando en realidad la mitad de ellas han servido de alimento, algo que los colonos ni siquiera ocultan. El ganado también ha sido adquirido a crédito del Estado, que asimismo costea su alimentación. Como dice el proverbio, cuanto más te adentras en el bosque, más leña encuentras: todos los habitantes de Arkovo están atrapados y sus deudas aumentan con cada nueva siembra, con cada nueva cabeza de ganado; en algunos casos ha alcanzado una cifra imposible de restituir: doscientos e incluso trescientos rublos por persona.

Entre Segundo y Tercer Arkovo se encuentra Arkovski Stanok, donde se cambia de caballos cuando se va de camino al distrito de Timovo. Se trata de una estación de postas o una posada. Si juzgáramos con los criterios de Rusia, para la circulación local, más bien modesta, bastaría con dos o tres ayudantes además del vigilante. Pero en Sajalín todo se hace a lo grande. Además del vigilante, en la estación hay un escribiente, un mandadero, un palafrenero, dos panaderos, tres leñadores y cuatro trabajadores más que, cuando les pregunté de qué se ocupaban, me respondieron: «Transportamos heno».

Si alguna vez un pintor paisajista tiene ocasión de visitar Sajalín, le recomiendo que preste atención al valle del río Arkai. No solo se encuentra en un enclave privilegiado, sino que presenta tal riqueza de colores que es difícil no recurrir al viejo tópico de una abigarrada alfombra o un calidoscopio. Por un lado, una vegetación espesa y exuberante, con matas gigantes de bardana que brillan por la lluvia reciente;

junto a ellas, en un campo que no supera los tres *sazhens*, verdea el centeno; luego una parcela de cebada y de nuevo la bardana; más allá surge un sembrado de avena, un bancal de patatas, dos girasoles con las cabezas inclinadas; más adelante se insinúa como una cuña el cáñamo espeso y verde. Aquí y allá se yerguen orgullosas plantas de la familia de las umbelíferas, semejantes a candelabros; y toda esa variedad de colores está salpicada de las manchas rosadas, escarlatas y carmesíes de las amapolas. Por el camino te topas con mujeres que, para protegerse de la lluvia, se cubren la cabeza con grandes hojas de bardana, de manera que parecen verdes escarabajos. Y por todas partes hay montañas que, aunque no son las del Cáucaso, no dejan de ser montañas.

A lo largo de la costa occidental, por encima de la desembocadura del río Arkai, hay seis colonias insignificantes. No visite ninguna y toda la información que aporto sobre ellas procede del catastro y del registro de la parroquia. Han sido fundadas en cabos que se adentran en el mar o en la desembocadura de pequeños riachuelos, a los que deben su nombre. En un principio no eran más que puestos de guardia, habitados a veces por cuatro o cinco personas, pero con el paso del tiempo, cuando se revelaron insuficientes, se tomó la decisión (en 1882) de poblar los más importantes promontorios entre Dué y Pogobi con colonos leales, preferentemente con familia. El fin que se perseguía con la fundación de esas colonias y cordones era «ofrecer a los correos de Nikoláievsk, los pasajeros y los trineos de perros refugio y protección durante el viaje y establecer una vigilancia policial a lo largo del litoral, que constituye la única ruta posible para los fugitivos y la única vía de transporte de alcohol, cuya venta libre está prohibida en la isla». Todavía no hay camino que lleve a las colonias de la costa; solo se puede llegar a ellas caminando por la playa durante la marea baja o en invierno en trineos de perros. También se pueden emplear barcas o cúteres, pero únicamente con muy buen tiempo. De sur a norte, esas colonias se distribuyen de la siguiente manera:

Mgachi. Tiene treinta y ocho habitantes: veinte hombres y dieciocho mujeres. Catorce propietarios. Trece tienen familia, pero solo dos de ellas son legales. Hay un total de doce *desiatinas* de tierra de labor, pero hace ya tres años que no siembran cereales y todo el terreno se emplea para cultivar patatas. Once propietarios viven allí desde la fundación de la colonia y cinco ya han alcanzado la condición de campesinos. Los beneficios son altos, y eso explica que los campesinos no tengan prisa por volver al continente. Siete personas disponen de trineos tirados por perros, que en invierno se utilizan para el transporte del correo y de pasajeros. Un habitante se dedica exclusivamente a la caza. En cuanto a los pescadores, de los que habla en su informe de 1889 la Dirección Central de Prisiones, no hay ni rastro de ellos.

Tangui. Diecinueve habitantes: once hombres y ocho mujeres. Seis propietarios. Dispone de unas tres *desiatinas* de tierra de labor, pero, lo mismo que en Mgachi, las frecuentes nieblas marinas impiden el cultivo de cereales, de manera que solo se siembran patatas. Dos propietarios tienen barcas y se dedican a la pesca.

Joe, en el promontorio del mismo nombre, se adentra tanto en el mar que se ve desde Aleksándrovsk. Treinta y cuatro habitantes: diecinueve hombres y quince mujeres. Trece propietarios. Aún no se han desengañado del todo y siguen cultivando trigo y cebada. Tres personas se dedican a la caza.

Trambaus: Ocho habitantes: tres hombres y cinco mujeres. Una colonia afortunada, pues tiene más mujeres que hombres. Hay tres propietarios.

Viajti, junto al río del mismo nombre, que une un lago con el mar; en ese sentido, recuerda al Nevá. Se dice que en el lago se pueden pescar timalos y esturiones. Diecisiete habitantes: nueve hombres y ocho mujeres. Siete propietarios.

Vangui. Es la colonia más septentrional. Trece habitantes: nueve hombres y cuatro mujeres. Ocho propietarios.

Según la descripción de científicos y viajeros, cuanto más se avanza hacia el norte, más triste y pobre es la naturaleza. A partir de Trambaus, todo el tercio septentrional de la isla constituye una planicie, una tundra continua, donde la principal línea de separación de las aguas que atraviesa Sajalín en toda su longitud presenta el aspecto de una sucesión de colinas que ciertos autores consideran aluviones aportados por el Amur. Aquí y allá, a lo largo de la pantanosa planicie, de color rojo pardusco, se suceden franjas de coníferas retorcidas; los troncos de los alerces no superan el pie de altura y su follaje descansa sobre la tierra como una almohada verde; los troncos de los arbustos de cedros se arrastran por el suelo; entre esas bandas de árboles escuálidos, crecen líquenes y musgos; además, como en toda la tundra rusa, se encuentran todo tipo de bayas silvestres, de sabor áspero, ácido o muy agrio: moras, arándanos, drupas, grosellas. Solo en el extremo norte de la planicie, donde el terreno se vuelve de nuevo accidentado, en un reducido espacio, como una sonrisa de despedida ante un mar eternamente helado, el mapa de Kruzenshtern representa un bello bosque de alerces.

No obstante, a pesar de la severidad y pobreza de la naturaleza local, según el testimonio de personas bien informadas, los habitantes de las colonias costeras viven bastante mejor que, por ejemplo, los del Arkai o Aleksándrovsk.

Es algo que se explica por su escaso número: los bienes de que disponen se reparten entre menos personas. No están obligados a cultivar y cosechar cereales; abandonados a su propia suerte, eligen como mejor les parece sus tareas y ocupaciones. A través de las colonias pasa la carretera de invierno que va de Aleksándrovsk a Nikoláievsk; reciben la visita de guiliakos y yakutos que vienen a efectuar operaciones comerciales: ya se trate de venta o de trueque, los colonos actúan como intermediarios. No hay tenderos, ni *maidan*, ni acaparadores judíos ni funcionarios que cambien alcohol por espléndidas pieles de zorro que luego muestran a sus huéspedes con una sonrisa de satisfacción.

En dirección sur no se están fundando nuevas colonias. En la costa occidental, solo hay un punto habitado más meridional que Aleksándrovsk: Dué, un lugar espantoso, monstruoso, abominable desde todos los puntos de vista, en el que solo

podrían vivir por propia voluntad santos o gente profundamente corrompida. Es un puesto militar, pero la población lo llama «puerto». Se fundó en 1857. Su nombre, Dué o Duí, ya existía antes y designaba en sentido lato esa parte de la orilla ocupada por las minas de carbón. Su estrecho valle está regado por un riachuelo, el Joindzhi. Dos carreteras la comunican con Aleksándrovsk: una pasa por las montañas, la otra va por la costa. El cabo Zhonker domina la costa con su enorme masa, que habría sido imposible atravesar si no se hubiera excavado un túnel. Pero se construyó sin consultar con un ingeniero, a la buena de Dios, y es sombrío, sinuoso y sucio. Ha costado mucho dinero y ha resultado de nula utilidad, pues, al disponer de una buena carretera de montaña, no hay necesidad de utilizar la que va por la orilla del mar, cuyo uso está restringido por el ritmo de las mareas. Ese túnel ilustra a las mil maravillas esa tendencia típicamente rusa a gastar los últimos recursos en toda suerte de extravagancias, cuando no se han satisfecho las necesidades más acuciantes. Mientras se construía el túnel y los supervisores de las obras se paseaban por los raíles en una vagoneta con el letrero «Aleksándrovsk-Embarcadero», los presos vivían en yurtas sórdidas y húmedas, pues no había gente suficiente para edificar barracones.

Nada más salir del túnel, a un lado de la carretera, hay una salina y un puesto telegráfico, desde donde un cable atraviesa la arena y se interna en el mar. En esa casita viven un preso polaco, carpintero de profesión, y su cohabitante que, por lo visto, dio a luz a los doce años después de haber sido violada por un preso camino de Sajalín. La costa que separa Aleksándrovsk de Dué es escarpada, cortada a pico y presenta desprendimientos entre los que despuntan, aquí y allá, manchas y franjas negras de un *arshin* a un *sazhen* de espesor. Es carbón. Según la descripción de los especialistas, esos estratos de carbón están comprimidos por estratos de gres, pizarra, esquistos y tierra arcillosa, levantados, replegados, desplazados o rechazados por rocas de basalto, diorita y porfirio, cuyas masas imponentes emergen en numerosos lugares. Es posible que todo eso tenga su propia belleza, pero mis prejuicios hacia ese lugar son tan profundos que contemplo con pesar no solo a las personas que viven allí, sino también las plantas que arraigan en sus tierras. A unas siete verstas, una brecha corta la orilla. Es el barranco de Voievodsk, donde se alza, aislada de todo, la terrible prisión de Voievodsk, en la que están encerrados los más recalcitrantes criminales, entre ellos algunos presos encadenados a carretillas. La prisión está guardada por centinelas, que al ser las únicas criaturas vivas, dan la impresión de estar custodiando algún extraordinario tesoro en el desierto.

A una versta de allí comienzan las minas de carbón a cielo abierto, luego su sucede una versta de orilla desnuda y desierta y a continuación se llega a otro barranco en el que se encuentra Dué, la antigua capital del penal de Sajalín. En un primer momento, cuando se entra en sus calles, se tiene la impresión de penetrar en una pequeña fortaleza antigua: una calle recta y llana, semejante a un terreno de maniobras, casitas blancas y limpias, garitas y postes con anchas rayas. Solo falta un

redoble de tambor para que la ilusión sea completa. En las casitas viven el comandante de la guarnición, el inspector de la cárcel, el capellán, los oficiales, etc. Allí donde termina la corta calle se alza una iglesia de madera de color gris, que obstaculiza la visión de la parte no oficial del puerto; allí el barranco adquiere forma de Y, bifurcándose a derecha e izquierda. En la parte izquierda hay un suburbio que antaño se llamaba «de la Judería»; en la derecha, toda suerte de construcciones carcelarias y un suburbio sin nombre. Ambas partes, sobre todo la de la izquierda, están superpobladas, son sucias e incómodas; nada de isbas blancas y limpias, sino casuchas minúsculas y viejas, sin patio ni jardín ni porche, amontonadas en desorden junto al camino, en la ladera de la colina y en su cumbre. Las parcelas agrícolas, si es que pueden llamarse así, son exiguas. Según el catastro solo hay cuatro propietarios, cada uno de los cuales dispone de cuatro *sazhens* cuadrados. Todo está tan comprimido que una manzana no tendría sitio donde caer; no obstante, en medio de ese apelotonamiento nauseabundo, Tolstij, el verdugo de Dué, ha encontrado un rincón y se está construyendo una casa. Sin contar los militares, la población libre y la prisión, Dué cuenta con doscientos noventa y un habitantes: ciento sesenta y siete hombres y ciento veinticuatro mujeres. Hay cuarenta y seis propietarios y seis copropietarios. La mayoría de los propietarios son presos. No logro entender qué lleva a la administración a adjudicar parcelas en este barranco a los presos y sus familias, en lugar de instalarlos en otro lugar. Según el catastro, en Dué la tierra de labor solo asciende a un octavo de *desiatina* y no hay praderas de ninguna clase. Admitamos que los hombres se ocupan de trabajos forzados, pero ¿qué hacen ochenta mujeres adultas? ¿En qué ocupan ese tiempo que, en virtud de la pobreza, el mal tiempo, el tintineo ininterrumpido de las cadenas, el espectáculo constante de las montañas desiertas, el rumor de las olas y los gemidos y el llanto que llegan de la prisión cuando se azota a los detenidos con látigos o varas de abedul, debe de parecer mucho más largo y angustioso que en Rusia? Ese tiempo lo pasan en la más completa inactividad. En una isba, compuesta generalmente por una sola habitación, te encuentras con la familia de un preso y de un soldado, dos o tres presos, inquilinos o vecinos, algunos adolescentes, dos o tres cunas en los rincones, gallinas, un perro; y, en la calle, junto a la vivienda, desechos y charcos de agua sucia. No hay nada que hacer, nada que comer, están cansadas de charlas y querellas, y no les apetece salir de casa, pues todo es uniformemente sombrío y sucio. ¡Qué tristeza! El marido presidiario regresa del trabajo por la tarde; tiene hambre y sueño, pero la mujer empieza a gemir y a lamentarse:

—¡Ah, maldito! Has arruinado nuestra vida. La mía y la de mis hijos.

—¡Ya está lloriqueando otra vez! —refunfuña el soldado tendido sobre la estufa.

Después todo queda en silencio; hace tiempo que los niños han dejado de llorar y se han calmado, pero la mujer no duerme: piensa, escucha el bramido del mar; ahora es presa de la angustia: compadece a su marido, lamenta no haber sabido contenerse, haberle cubierto de reproches. Y al día siguiente la misma historia.

Si juzgamos solo por Dué, la colonia agrícola parece sobrecargada de mujeres y presos con familia. A falta de lugar, veintisiete familias viven en viejas construcciones condenadas desde hace mucho a la demolición, sucias y repugnantes a más no poder, que reciben el nombre de «barracones familiares». En su interior no hay habitaciones, sino dormitorios colectivos equipados de tarimas y letrinas, como en la cárcel. Su población se distingue por su extrema diversidad. En una misma pieza, con los cristales rotos y el aire impregnado del olor asfixiante de los retretes, viven juntos un preso con su mujer de condición libre, otro preso con su mujer de condición libre y su hija, otro con su mujer exiliada y su hija, otro con su mujer de condición libre y un colono polaco con su compañera, una presidiaria; todos viven con sus pertenencias en el pabellón y duermen uno al lado de otro en una plataforma continua.

En otro pabellón viven un preso con su mujer de condición libre y su hijo, una presa tártara con su hija, un preso tártaro con su mujer de condición libre y dos pequeños tártaros con bonete, otro preso con su mujer de condición libre y su hijo, un colono que ha pasado treinta y cinco años en el penal, aunque aún es joven y tiene un bigote negro; como no dispone de botas, va descalzo; es un empedernido jugador de cartas^[32]. A su lado, en la tarima, está su amante, una presa indolente, soñolienta y de aspecto miserable; más allá un preso, su mujer de condición libre y tres hijos; un preso sin familia; un preso, su mujer de condición libre y dos hijos; un colono; otro preso, un viejecito aseado con el rostro afeitado con esmero. Por el pabellón se pasea un cerdo que no para de gruñir; el suelo está cubierto de un barro resbaladizo, que apesta a chinches y a algún tipo de ácido. Según dicen, las chinches no les dejan vivir.

En un tercero: un preso con su mujer de condición libre y dos hijos, otro preso con su mujer de condición libre y una hija, otro con su mujer de condición libre y siete hijos (una de las hijas tiene dieciséis años y otra quince), otro con su mujer de condición libre y un hijo, otro con su mujer de condición libre y un hijo, y otro con su mujer de condición libre y cuatro hijos.

En un cuarto: un vigilante, un suboficial, con su mujer de dieciocho años y su hija; un preso con su mujer de condición libre, un colono, un preso, etc.

A partir de esas bárbaras premisas y de semejante ambiente, en el que muchachas de quince y dieciséis años se ven obligadas a dormir al lado de presos, el lector puede juzgar cuánto desprecio y prepotencia rodea la vida de las mujeres y de los niños que han seguido voluntariamente al exilio a sus maridos y sus padres; qué escaso valor se les concede y cuán poco se piensa en una colonia agrícola.

La prisión de Dué es más pequeña, más vieja y está mucho más sucia que la de Aleksándrovsk. También aquí los dormitorios son comunes y las plataformas continuas, pero el conjunto es más pobre y las condiciones peores. Las paredes están igual de sucias que el suelo y tan negras por la edad y la humedad que ningún producto de limpieza se mostraría efectivo. Según los datos del informe médico de 1889, cada detenido dispone de 1,12 *sazhens* cúbicos de aire. Si en pleno verano, con

las puertas y las ventanas abiertas, llega el olor de las aguas residuales y las letrinas, me imagino el infierno que debe de ser este lugar en invierno, cuando todas las mañanas el interior de las piezas aparece cubierto de escarcha y carámbanos. El inspector de la cárcel es un polaco, un antiguo enfermero militar con grado de ordenanza. También se encarga de la prisión de Voievodsk, de las minas y del puesto militar. Las distancias no son del todo compatibles con el cargo.

En los calabozos de Dué están reclusos criminales peligrosos, en su mayoría reincidentes o acusados de nuevos crímenes. Son hombres de aspecto totalmente normal, con caras bondadosas y algo estúpidas, que solo me llamaron la atención por su curiosidad y su deseo de responder a mis preguntas con la mayor deferencia. En la mayoría de los casos sus fechorías no eran más inteligentes o astutas que sus caras. Por lo general, los condenan a cinco o diez años por un asesinato cometido durante una pelea; luego se evaden, los capturan, se vuelven a escapar, y así hasta que los condenan a perpetuidad y los consideran incorregibles. Sus crímenes son de lo más anodino y vulgar, al menos desde el punto de vista del interés externo. Reproduce más arriba la «Narración de Yegor» de forma intencionada, para que el lector pudiera juzgar la falta de color y pobreza de contenido de los centenares de relatos, autobiografías y anécdotas que tuve que escuchar de los detenidos y sus familiares.

En cualquier caso, un viejo canoso de sesenta o sesenta y cinco años, llamado Térejov, que encontré encerrado en una celda oscura, me pareció un auténtico canalla. La víspera de mi llegada lo habían azotado y cuando hablamos del tema, me mostró las nalgas cubiertas de cardenales. Según cuentan los otros presos, a lo largo de su vida ese viejo ha matado a sesenta personas. Su sistema era el siguiente: se fijaba en los nuevos presos, tratando de determinar cuáles eran los más ricos, y les proponía que se evadieran con él; una vez en la taiga, los asesinaba y los despojaba y, para borrar todas las huellas de su crimen, los cortaba en trozos que arrojaba al río. La última vez que lo atraparon se defendió de los guardias con una porra. Al mirar sus ojos turbios y grises y su gran cráneo, afeitado de un solo lado, anguloso como un canto rodado, me sentí predispuesto a creer todas esas historias. Un ucraniano, también alojado en una celda oscura, me conmovió por su ingenuidad: le pidió al inspector que le devolvieran los ciento noventa y cinco rublos que le habían quitado durante un registro.

—¿Y de dónde los habías sacado? —le preguntó el inspector.

—Le juro por lo más sagrado que los gane a las cartas.

Luego, dirigiéndose a mí, me aseguró que no había razón para sorprenderse, ya que casi todos los presos de la cárcel jugaban a los naipes y algunos de ellos disponían de dos o tres mil rublos.

En los calabozos también vi a un vagabundo que se había cortado dos dedos; la herida estaba envuelta en un trapo sucio. Otro vagabundo presentaba una herida por arma de fuego: por fortuna, la bala solo había rozado la cara externa de la séptima costilla. También esa herida estaba vendada con un trapo sucio^[33].

En Dué reina siempre la tranquilidad. El oído se acostumbra pronto al tintineo acompasado de las cadenas, el rumor del oleaje marino y el zumbido de los hilos del telégrafo; y precisamente esos sonidos acentúan la sensación de un silencio de muerte. Ese aire de severidad no se debe solo a las rayas de los postes. Si de pronto alguien se riera a carcajadas en medio de la calle, resultaría estridente y poco natural. Ya desde su fundación, la vida de Dué adoptó una forma que solo puede representarse con un sonido cruel, desesperado, que únicamente el impetuoso viento frío que en las noches de invierno sopla en el barranco, procedente del mar, puede imitar. Por eso resulta extraño, en medio de ese silencio, distinguir de pronto el canto de Shkandiba, el chiflado de Dué. Es un viejo preso que, desde el día de su llegada a Sajalín, se negó a trabajar, y cuya invencible terquedad, puramente animal, no ha podido quebrar ninguna de las medidas coercitivas que se han tomado contra él. Lo metieron en celdas oscuras, lo azotaron varias veces, pero soportó estoicamente los castigos y, después de cada sesión de latigazos, exclamaba:

—¡Seguiré sin trabajar!

Lo intentaron todo, pero al final lo dejaron en paz. Ahora se pasea por Dué, cantando^[34].

Como ya he dicho, el carbón se extrae a una versta del puesto. Fui a la mina, donde me hicieron recorrer sombrías y húmedas galerías y me informaron, con mucha cortesía, de los métodos de producción, pero al no ser un especialista me resulta muy difícil ofrecer una descripción. Así pues, me abstendré de entrar en consideraciones técnicas y remito al lector interesado a la obra de M. Keppen, el ingeniero de minas que antaño dirigía la explotación local^[35].

En la actualidad las minas de Dué son propiedad exclusiva de la compañía privada «Sajalín», cuyos representantes viven en San Petersburgo. Según el contrato concertado en 1875, dispone durante veinticuatro años de una porción de la costa occidental de dos verstas de largo y una de profundidad; se ponen a su disposición, de manera gratuita, los emplazamientos más adecuados para el almacenamiento de la región administrativa del litoral y de las islas que dependen de ella; también recibe sin coste alguno los materiales de construcción necesarios para sus instalaciones; asimismo, se le autoriza a importar sin tasas de aduana los artículos necesarios para la implantación y explotación de sus instalaciones técnicas y administrativas; por cada *pud* de carbón adquirido por del departamento naval, la sociedad recibe de quince a treinta kopeks. Cada día se ponen a su disposición no menos de cuatrocientos presos, que realizan todo tipo de trabajos. Si esa cifra es inferior, el Estado debe pagar a la sociedad una multa de un rublo diario por cada trabajador de menos; el número de hombres requeridos por la sociedad también se le puede suministrar de noche.

Para cumplir los compromisos adquiridos y salvaguardar los intereses de la compañía, el Estado mantiene dos prisiones cerca de las minas, la de Dué y la de Voievodsk, así como un destacamento militar de trescientos cuarenta efectivos, que cuesta cada año ciento cincuenta mil rublos. En otras palabras, si es cierto que los

representantes de esa sociedad de San Petersburgo son cinco, la salvaguarda de los beneficios de cada uno de ellos le cuesta al Estado treinta mil rublos anuales, por no hablar de que, para preservar esos beneficios, en oposición a los fines de la colonización agrícola y desentendiéndose de todas las reglas de la higiene, hay que mantener a más de setecientos presos, a sus familias, a los soldados y a los empleados en unos agujeros tan horribles como los barrancos de Dué y Voievodsk; a eso debe añadirse que, al obligar a los presidiarios a trabajar para una sociedad privada, la administración sacrifica los fines reeducativos del castigo a consideraciones industriales, es decir, comete una vez más el mismo error que ella misma había denunciado.

Por su parte la compañía ha adquirido tres serios compromisos: debe administrar correctamente las minas de Dué y confiar el control de la explotación a un ingeniero de minas; pagar puntualmente, dos veces al año, la cuota de concesión del carbón y la cuota del trabajo de los presos; y emplear exclusivamente mano de obra forzada en todas las labores relacionadas con la empresa.

Esos tres compromisos solo existen en el papel y, por lo visto, parece que se han olvidado hace mucho tiempo. La explotación de las minas se lleva a cabo sin ningún escrúpulo, en condiciones inhumanas: «No se ha llevado a cabo ninguna mejora técnica, ninguna prospección destinada a asegurar el futuro de la mina —se lee en una nota remitida por un personaje oficial—; en lo que respecta a su organización, los trabajos tienen toda la apariencia de un pillaje industrial, según certifica el último informe del ingeniero del distrito». El ingeniero de minas que la sociedad se comprometía a emplear, brilla por su ausencia; de la dirección de la mina se ocupa un simple capataz. En lo que respecta a los pagos, basta recordar que el personaje oficial al que acabo de citar hablaba de «apariencia de pillaje industrial». La sociedad se beneficia gratis de las minas y del trabajo de los presos. Tiene la obligación de pagar, pero, por razones que se nos escapan, no paga. Los representantes de la otra parte contratante, ante tal infracción de la ley, deberían haber hecho uso de su poder hace mucho tiempo, pero, por razones que también se nos escapan, no toman medidas; peor aún, siguen gastando ciento cincuenta mil rublos al año para salvaguardar los beneficios de la sociedad. Ambas partes se conducen de tal modo que resulta difícil predecir cuándo se pondrá fin a tantas irregularidades. La sociedad se ha establecido en Sajalín tan sólidamente como Fomá en la aldea de Stepánchikovo^[36] y se comporta de forma tan implacable como él. A 1 de enero de 1890 debía al Estado la suma de ciento noventa y cuatro mil trescientos treinta y siete rublos con quince kopeks; según la ley, la décima parte de esa cantidad pertenece a los presos en concepto de gratificación. No sé cómo y cuándo se arregla cuentas con los presos, quién les paga e incluso si se les paga.

Todos los días entre trescientos cincuenta y cuatrocientos presos son asignados al trabajo en las minas; los trescientos cincuenta o cuatrocientos presos restantes constituyen una fuerza de reserva imprescindible, ya que en el contrato se habla de

una asignación cotidiana de presos «aptos para el trabajo».

La distribución de los trabajos se realiza poco después de las cuatro, momento en que los hombres asignados quedan en manos de la administración de las minas, es decir, de un pequeño grupo de personas privadas que componen «la oficina». De su criterio depende la asignación del trabajo, la cantidad y dureza de la tarea exigida cada día de cada preso; en razón de la organización de la empresa, también a ellos corresponde velar para que los castigos se distribuyan equitativamente. La administración de la cárcel solo se ocupa de la vigilancia de las conductas y de la prevención de fugas; en cuanto a lo demás, está obligada a lavarse las manos.

Hay dos minas, la vieja y la nueva. Los presos trabajan en la nueva; en ella el espesor de la veta de carbón es de unos dos *arshines*, lo mismo que la anchura de las galerías. Ente la entrada de la mina y el lugar donde se realiza la extracción hay una distancia de ciento cincuenta *sazhens*. Arrastrando un trineo que pesa un *pud*, el obrero sube a cuatro patas por una galería sombría y húmeda; es la parte más dura del trabajo; luego, una vez cargado el trineo, hace el camino inverso. En la salida, el carbón se carga en vagonetas y se lleva por los raíles hasta el almacén. Cada preso debe subir por esa galería al menos trece veces al día: en eso consiste su tarea. En 1889-1890 cada uno de ellos extrajo una media de 10,8 *puds* por día, es decir, 4,2 *puds* menos de la norma establecida por la administración de las minas. La productividad que la sociedad obtiene de las minas y del trabajo de los presos no es grande: oscila entre mil quinientos y tres mil *puds* al día.

Entre los mineros de Dué también hay exiliados que prestan sus servicios por propia voluntad. Sus condiciones son más penosas que las de los presos. En la vieja mina en la que trabajan la veta no supera un *arshin* de espesor. La explotación se encuentra a doscientos treinta *sazhens* de la salida y la capa exterior de la veta tiene importantes vías de agua, por lo que se trabaja en medio de una completa humedad. Viven a su costa y se alojan en un edificio mucho peor que la cárcel. Pero a pesar de todo eso, su trabajo es bastante más productivo que el de los presos (entre un 70 % y un 100 %): tan grande es la diferencia entre la mano de obra libre y la mano de obra forzada. Los trabajadores asalariados reportan más beneficios a la sociedad que aquellos que, por contrato, está obligada a emplear, de suerte que si un preso contrata los servicios de un colono, la administración de la mina no pone la menor objeción a esa irregularidad.

En cuanto al tercer compromiso, no se ha respetado nunca. Desde la fundación de Dué, se admite que los menesterosos y los necios trabajen por sí mismos y por los demás, mientras los tramposos y los usureros beben té, juegan a las cartas o se pasean por el muelle con un tintineo de cadenas, conversando con el vigilante previamente sobornado. En ese contexto, se producen constantemente historias escandalosas. Así, una semana antes de mi llegada, un preso rico, antiguo comerciante de San Petersburgo e incendiario, fue azotado con varas de abedul por su presunta negativa a trabajar. Es un hombre estúpido, que no sabe ocultar su dinero. Después de haber

estado pagando inmoderados sobornos, se cansó de entregar cinco rublos al vigilante y tres al verdugo. El vigilante se quejó al inspector de que cierto preso no quería trabajar y este condenó al comerciante a treinta latigazos, que el verdugo, como es natural, le aplicó con celo. Mientras le azotaban, el comerciante gritaba: «¡Jamás me habían pegado!». Una vez cumplido el castigo, se sometió, pagó al vigilante y al verdugo y, como si no hubiera pasado nada, siguió contratando los servicios de un colono para que trabajara en su lugar.

La excepcional dureza del trabajo en las minas no se debe a que se trabaje bajo tierra, en corredores húmedos y oscuros, avanzando a gatas o con la espalda encorvada; las labores de edificación y construcción de carreteras, a merced de la lluvia y los fuertes vientos, también exigen del obrero un gran derroche de fuerza física. Quien esté familiarizado con las condiciones de trabajo de la cuenca del Donets no encontrará tan terribles las minas de Dué. Su excepcional dureza no reside en el trabajo, sino en el ambiente, la cerrazón y la mala fe de los celadores, que hacen que los presos tengan que soportar a cada paso la insolencia, la injusticia y la arbitrariedad. Los ricos toman té mientras los pobres trabajan; los vigilantes engañan a sus superiores a la vista de todos. Los inevitables conflictos entre la administración de las minas y la del penal causan gran cantidad de disputas, altercados y pequeños desórdenes, cuyas consecuencias afectan sobre todo a los trabajadores forzados. Como dice el proverbio: «Cuando los señores discuten, a lo criados les duelen las costillas».

Por muy corrompido y depravado que esté, el preso aprecia ante todo el sentido de la justicia. Y si no lo encuentra en las personas a las que está sometido, se va hundiendo año tras año en un pozo de rabia e incredulidad. Cuántos de ellos, convertidos por esa circunstancia en pesimistas y sombríos cascarrabias, no paran de hablar, con expresión grave y aire malévolo, de la gente, de las autoridades, de una vida mejor, mientras la chusma se retuerce de la risa porque todo eso, en verdad, resulta ridículo.

La dureza del trabajo en las minas de Dué también se debe a que el presidiario, durante años y años, no ve otra cosa que la mina, el camino de la cárcel y el mar. Es como si toda su vida se redujera a esa estrecha lengua de arena entre la orilla arcillosa y las olas.

Junto a la oficina se alza el barracón de los colonos que trabajan en la mina, un viejo granero de dimensiones reducidas que, mal que bien, ha sido acondicionado como dormitorio. Estuve allí a las cinco de la mañana, cuando los colonos se acababan de levantar. ¡Qué hedor, qué oscuridad, qué hacinamiento! Los cabellos desgñados, como si hubieran estado toda la noche de pelea; los rostros adormilados, de un gris amarillento, con una expresión como la de los locos o los enfermos. Se ve que han dormido vestidos y con las botas puestas, apretados unos contra otros, algunos en las tarimas, otros debajo, directamente en el sucio suelo de tierra. Según me dijo el médico que me acompañaba esa mañana, hay un *sazhen* cúbico de aire por

cada tres o cuatro personas. Era la época en que se temía que pudiera estallar una epidemia de cólera en Sajalín y se había decretado una cuarentena.

Esa misma mañana estuve en la cárcel de Voievodsk, construida en la década de 1870. Para el acondicionamiento del terreno en el que ahora se alza hubo que nivelar la escarpada orilla en un área de cuatrocientos ochenta *sazhens* cuadrados. En la actualidad, es la más terrible de todas las cárceles de Sajalín. No la han rozado las reformas, de manera que puede servir de fiel ilustración del viejo orden y de las viejas cárceles, que antaño suscitaron el horror y la repugnancia de los testigos.

La cárcel de Voievodsk se compone de tres edificios principales y otro más pequeño, que alberga las celdas de castigo. Evidentemente, en semejante lugar resulta absurdo hablar de la capacidad cúbica de aire o de la ventilación. Cuando entré en la cárcel, acababan de limpiar los suelos. El aire húmedo y pestilente de la noche aún no se había disipado y el ambiente estaba cargado. Los suelos, mojados, tenían un aspecto desagradable. Lo primero que oí fueron quejas por las chinches, que les hacen la vida insoportable. Antes se las exterminaba con clorhidrato de cal, o morían durante las grandes heladas, pero ahora ni siquiera eso ayuda. El olor de las letrinas y del ácido llega incluso a los locales de los vigilantes, que se quejan igualmente de las chinches.

En la cárcel de Voievodsk hay ocho presos encadenados a carretillas. Viven en celdas comunes con los demás y pasan el tiempo en la más completa inactividad. En el «Informe sobre la distribución de los distintos tipos de trabajos forzados», los presos encadenados a carretillas figuran entre los exentos. Todos llevan cadenas en las manos y en los pies: en medio de la de las manos está fijada otra de unos tres o cuatro *arshines* de largo, sujeta en el extremo opuesto a una pequeña carretilla. Las cadenas y la carretilla entorpecen los movimientos del preso, que trata de moverse lo menos posible, lo que entraña indiscutiblemente una degeneración muscular. Los brazos están tan acostumbrados a esa situación, que el preso ejecuta cualquier movimiento, hasta el más ligero, con un sentimiento de dificultad; cuando por fin se ve libre de la carretilla y de las cadenas, sigue teniendo los miembros agarrotados durante mucho tiempo y efectúa sin ninguna necesidad movimientos bruscos y violentos; por ejemplo, cuando coge una taza de té, derrama su contenido como si sufriera de *chorea minor*. A la hora de acostarse, sitúa la carretilla bajo la tarima; para que la operación resulte más sencilla, suele dejársele el extremo de la plataforma común.

Esos ocho hombres son reincidentes, condenados varias veces a lo largo de su vida. Uno de ellos, un viejo de sesenta años, ha sido encadenado por varias tentativas de fuga o, como él mismo dice, por una tontería. Por lo visto está enfermo de tisis y el antiguo inspector de la cárcel, llevado de la compasión, le permite acomodarse cerca de la estufa. Otro, antiguo revisor del ferrocarril, fue condenado por pillaje de iglesias, y ya en Sajalín se vio envuelto en un caso de falsificación de billetes de veinticinco rublos. Cuando una de las personas que recorría las celdas conmigo le

reprendió por haber saqueado la casa de Dios, respondió: «Bueno, ¿y qué? Dios no necesita dinero». Luego, advirtiendo que sus compañeros no se reían y que sus palabras habían causado una impresión desagradable, añadió: «Al menos no he matado nunca a nadie». Otro, un antiguo marino militar, fue enviado a Sajalín por una infracción grave: había levantado la mano contra un oficial. Ya en el penal, agredió a no sé quién; la última vez, atacó al inspector de la cárcel, que le había condenado a recibir varios azotes. Su abogado defensor explicó ante el tribunal militar que su comportamiento agresivo se debía a una patología particular; el tribunal lo condenó a muerte, pero el barón A. N. Korff le conmutó la pena por cadena perpetua, azotes y cadenas. Todos los demás han sido condenados por homicidio.

La mañana era gris, desapacible, fría. El mar rugía intranquilo. Recuerdo que, en el camino que lleva de la vieja mina a la nueva, nos detuvimos un instante junto a un viejo caucasiano que yacía sobre la arena, en un estado de síncope agudo; dos compatriotas le agarraban por los brazos, mirando a su alrededor con aire impotente y desconcertado. El viejo estaba pálido, tenía las manos frías y el pulso débil. Tras intercambiar unas palabras, seguimos nuestro camino, sin ofrecerle ayuda. Cuando le comenté al médico que me acompañaba que al menos podría haberle administrado unas gotas de valeriana, me respondió que el enfermero de la cárcel de Voievodsk no tenía ningún tipo de medicamento.

IX

TIM O TIMI – EL TENIENTE BOSHNIAK – POLIÁKOV – VERJNI ARMUDÁN – NIZHNI ARMUDÁN – DERBÍNSKOIE – UN PASEO POR EL TIM – LOS GITANOS – UN PASEO POR LA TAIGA – VOSKRESÉNSKOIE

El segundo distrito de Sajalín Septentrional se encuentra al otro lado de la línea divisoria de las aguas y se llama Timovo, ya que la mayoría de sus colonias se asientan a orillas del río Tim, que desemboca en el mar de Ojotsk. Cuando se va de Aleksándrovsk a Novo-Mijaílovka se alza en primer plano una cadena montañosa que cubre el horizonte; la parte visible de esa cordillera se llama Pilinga. Desde su cumbre, se descubre un panorama extraordinario: a un lado el valle del Duika y el mar; al otro, una vasta planicie con una extensión de más de doscientas verstas, regada en dirección noreste por el Tim y sus afluentes. Esa planicie es mucho más grande e interesante que la de Aleksándrovsk. La abundancia de agua, la diversidad de los bosques, la hierba, que sobrepasa la altura de un hombre; la increíble riqueza de peces y los yacimientos de carbón parecen prometer una existencia desahogada y opulenta a un millón de personas. Así podría ser, pero las frías corrientes del mar de Ojotsk y los icebergs que flotan en la orilla oriental en pleno mes de junio, son un claro testimonio de que la naturaleza, al crear Sajalín, en lo que menos pensaba era en el ser humano y en su bienestar. De no ser por las montañas, la planicie sería una tundra más fría y desangelada que la de Viajta.

El primero que exploró el Tim y lo describió fue el teniente Boshniak. Enviado en 1852 por Nevelskói para verificar la existencia de yacimientos carboníferos, de los que le habían hablado los guiliakos, atravesó la isla de un extremo al otro, llegando a la costa del mar de Ojotsk, donde se decía que había un excelente puerto natural. Se le proporcionó un trineo de perros, galletas para unos treinta y cinco días, té, azúcar y una pequeña brújula; además, Nevelskói hizo sobre él la señal de la cruz y le dirigió las siguientes palabras de ánimo: «Con galletas para aplacar el hambre, una jarra de agua para apagar la sed y la ayuda de Dios, tal vez tenga éxito en esta empresa». Boshniak descendió por el Tim, alcanzó la costa oriental, volvió sobre sus pasos y llegó a duras penas a la costa occidental, andrajoso, hambriento y con las piernas cubiertas de abscesos. Los perros, faltos de alimento, se negaban a seguir. Pasó el día de Pascua acurrucado en un rincón de una yurta guiliaka, completamente extenuado. Se le habían acabado las galletas, no tenía nada que llevarse a la boca, el dolor en la pierna era terrible. Lo más interesante en el relato de la exploración de Boshniak es, sin duda, su propia personalidad, su juventud —solo tenía veinte años— y su

abnegación sin límites, su heroica dedicación a la misión encomendada. Corría el mes de marzo, el Tim estaba cubierto de una espesa capa de nieve, pero el viaje le proporcionó un material muy interesante que aparece reflejado en su informe^[37].

El zoólogo Poliákov^[38] emprendió en 1881 una concienzuda y minuciosa exploración del Tim, con fines científicos y prácticos. Partió de Aleksándrovsk el 24 de julio en una carreta de bueyes y a duras penas logró franquear el Pilinga. Solo había algunos senderos por los que subían y bajaban los presos que cargaban a hombros las provisiones enviadas desde el distrito de Aleksándrovsk al de Timovo. En este punto la cordillera alcanza una altura de dos mil pies. En aquella época a orillas del Admvo, el afluente del Tim más próximo al Pilinga, se alzaba la estación de Vediórnikov, de la que solo se conserva el puesto del inspector^[39].

Los afluentes del Tim son briosos, sinuosos, poco profundos, con abundantes rápidos. La navegación es imposible, incluso en canoa, de modo que Poliákov tuvo que hacer todo el viaje hasta el Tim en bueyes. Hasta que no llegó a Derbínskoie, no pudo embarcarse con sus compañeros y descender por el río.

La lectura de ese viaje resulta bastante fatigosa por la escrupulosidad con que enumera todos los rápidos y bancos de arena que encontró en el camino. A lo largo de las doscientas setenta y dos verstas que separan Derbínskoie del mar tuvo que superar ciento diez obstáculos: once rápidos, ochenta y nueve bancos de arena y 10 lugares en los que el paso estaba interrumpido por árboles y arbustos arrastrados por la corriente. Eso significa que, como media, cada dos verstas el río tiene poco caudal o está obstruido. Cerca de Derbínskoie alcanza una anchura de entre veinte y veinticinco *sazhens*, pero, cuanto más se ensancha, más desciende el nivel del agua. Los frecuentes meandros y recodos, la impetuosidad de la corriente y el escaso caudal permiten concebir pocas esperanzas de que en el futuro sea navegable, en el verdadero sentido del término. Según la opinión de Poliákov, solo podrá ser utilizado por almadías. Tan solo en las últimas 70-100 verstas, es decir, en aquellos enclaves más difíciles de colonizar, el río se vuelve más profundo y recto, su corriente se serena y no hay rápidos ni bancos de arena; una lancha de vapor e incluso un remolcador de fondo plano podrían navegar por esa parte del río.

Cuando los ricos bancos de pesca locales caigan en manos de capitalistas, probablemente se harán serios intentos de limpiar y dragar el curso del río; quizá hasta se construya una línea férrea hasta la desembocadura. No cabe duda de que el río compensará con creces todos los gastos. Pero todo sucederá en un futuro lejano. Por el momento, dados los medios de que se dispone y la obligación de atender a los fines más inmediatos, hablar de la riqueza del Tim es casi una quimera. Es muy poco lo que ofrece a la colonia penitenciaria. Al menos los habitantes de Tim viven en la misma indigencia que los de Aleksándrovsk.

El valle del río Tim, según la descripción de Poliákov, está lleno de lagos, pantanos, barrancos y hondonadas. No hay espacios lisos y llanos donde broten los pastos. No hay prados inundados, solo aparecen de vez en cuando praderas de juncos,

a decir verdad estanques invadidos por las hierbas. En las laderas de las orillas escarpadas crecen espesos bosques de coníferas; en las orillas llanas, abedules, sauces, olmos y álamos temblones de gran altura, cuyas raíces la corriente va dejando al descubierto, hasta que finalmente acaban cayendo y enmarañándose en el fondo y en la superficie del agua. Los arbustos que más abundan son el cerezo silvestre, la mimbrera, el escaramujo, el espino blanco... Hay nubes de mosquitos. El 1 de agosto por la mañana había escarcha.

A medida que se acerca uno al mar, más pobre se vuelve la vegetación. Poco a poco desaparecen los álamos y los sauces adquieren un porte arbustivo. El cuadro general está dominado por una orilla de arena o turba donde crecen arbustos de arándano, zarzas y musgos. El río se va ensanchando progresivamente hasta alcanzar los 75-100 *sazhens*, las orillas son bajas y cenagosas... estamos ya en plena tundra. Un viento frío sopla del mar.

El río Tim desemboca en el golfo de Nisk o Tro, pequeño desierto de agua que sirve de entrada al mar de Ojotsk, o, lo que es lo mismo, al océano Pacífico. La primera noche que Poliákov pasó en ese golfo fue clara, fresca, y el cielo estaba iluminado por un cometa de doble cola. Poliákov no dice nada de los pensamientos que le embargaban mientras contemplaba el cometa y prestaba oídos a los rumores nocturnos. El sueño le «venció». A la mañana siguiente el destino le obsequió con un espectáculo inesperado: en la entrada de la bahía había una embarcación de color oscuro, con las bordas blancas, todos sus aparejos y un hermoso puente de mando. En la proa, atada a una cadena, destacaba la figura de un águila viva^[40].

La orilla causó a Poliákov una penosa impresión. La consideraba una muestra típica y característica de paisaje polar. La vegetación es sarmentosa y miserable. El golfo está separado del mar por una larga y estrecha lengua de arena surcada de dunas, y tras ella se extiende infinito, durante miles de verstas, un mar sombrío y malévolo. Cuando un niño ha estado leyendo a Mayne-Reid y por la noche pierde la manta y se queda frío, sueña precisamente con un mar como ese. Es una pesadilla. Una superficie de plomo por encima de la cual «se extiende un cielo monótono y gris». Las olas sombrías rugen y se rompen en la orilla desierta, donde no crece ni un árbol; rara vez las atraviesa la mancha negra de una ballena o una foca^[41].

En la actualidad, para llegar al distrito de Timovo no es necesario atravesar las escarpaduras y desniveles del Pilinga. Como ya he dicho, ahora se puede ir por el valle del Arkai, cambiando de caballos en Arkovski Stanok. Los caminos son excelentes y los caballos avanzan a buen paso. A dieciséis verstas de Arkovski Stanok se encuentra la primera colonia del distrito de Timovo, que tiene nombre de cuento oriental: Verjni Armudán. Fundada en 1884, se compone de dos partes que se asientan en la pendiente de una montaña cercana al riachuelo Armudán, tributario del Tim. Tiene ciento setenta y ocho habitantes: ciento veintitrés hombres y cincuenta y cinco mujeres. Hay setenta y cinco propietarios y veintiocho copropietarios. El colono Vasíliev tiene incluso dos copropietarios. Como verá el lector, la mayoría de

las colonias de este distrito, en comparación con las de Aleksándrovsk, tiene muchísimos copropietarios, pocas mujeres y muy pocas parejas legítimas. En Verjni Armudán no hay más que nueve sobre un total de cuarenta y dos y solo tres mujeres de condición libre, es decir, tantas como en Krasni Yar o Butakovo, que no tienen más que un año de existencia. Esa escasez de mujeres y familias, que a menudo alcanza proporciones sorprendentes y no se corresponde con la población femenina media de Sajalín, se explica no en virtud de consideraciones de orden local o económica, sino por el hecho de todas las nuevas partidas son seleccionadas en Aleksándrovsk y los funcionarios locales, de acuerdo con el viejo proverbio de que «nada está más cerca de la piel que tu camisa», distribuyen a la mayoría de las mujeres en su distrito. Además, según me dijeron sus colegas de Timovo, «se quedan las más guapas para ellos y nos mandan las más feas».

Las isbas de Verjni Armudán tiene techumbre de paja o corteza; algunas de ellas no han montado las ventanas y están abiertas a los cuatro vientos; otras, por el contrario, están tapadas con planchas. La pobreza es realmente espeluznante. Veinte hombres han abandonado sus casas para ir en busca de trabajo. Los setenta y cinco propietarios y los veintiocho copropietarios solo disponen de sesenta *desiatinas* de tierra de labor y ciento ochenta y tres *puds* de semillas, es decir, menos de dos *puds* por hacienda. En cualquier caso, por mucho que se siembre en esta tierra, dudo que crezca algo. La colonia está situada a tanta altura que nada la protege de los vientos del norte; por ejemplo, la nieve se funde dos semanas después que en la colonia vecina de Malo-Timovo. Para ir a pescar, en verano, hay que recorrer unas veinte o veinticinco verstas, hasta llegar al río Tim; en cuanto a la caza de animales de piel, no es más que una distracción, y su aportación a la economía de la colonia es tan insignificante que no merece la pena ni hablar de ella.

Encontré en casa a todos los propietarios y a sus familias; ninguno hacía nada, a pesar de que no era día de fiesta y de que, en principio, en los cálidos días de agosto, pequeños y mayores podían encontrar labores de las que ocuparse tanto en los campos como en el Tim, donde la migración de los peces ya había empezado.

No cabe duda de que los propietarios y sus compañeras se aburrían y tenían ganas de pasar un buen rato charlando de esto y de lo otro. Reían de aburrimiento y a veces, para variar, rompían a llorar. Eran unos fracasados, en su mayoría neurasténicos y llorones, «gente de más» que lo había intentado todo para conseguir un pedazo de pan, había perdido las pocas fuerzas que tenía y había terminado por rendirse, pues no había «manera ni medio de salir adelante». La inactividad forzosa poco a poco ha ido convirtiéndose en hábito, y ahora languidecen esperando que todo les venga llovido del cielo; no les apetece dormir, no hacen nada: es probable que ya no sean capaces de realizar tarea alguna, aparte de jugar a las cartas. Por extraño que pueda parecer, los juegos de naipes florecen en Verjni Armudán y sus jugadores gozan de fama en todo Sajalín. A falta de medios, los habitantes de Armudán apuestan cantidades muy bajas, pero juegan sin pausa, como en la obra *Treinta años o la vida*

de un jugador. Con uno de los más empedernidos e infatigables jugadores, el colono Sizov, tuve la siguiente conversación:

—Excelencia, ¿por qué no nos permiten regresar al continente? —me preguntó.

—¿Y para qué quieres ir? —le dije en broma—. No tendrías con quién jugar.

—Allí sí que se juega de verdad.

—¿Juegas al stoss? —le pregunté después de una pausa.

—Así es, excelencia, al stoss.

Más tarde, al abandonar Verjni Armudán, le pregunté a mi cochero-confinado:

—¿Juegan por dinero?

—Pues claro.

—¿Y qué pueden perder?

—¿Cómo que qué? Su ración diaria, pan, o pescado ahumado. Pierden la comida y la ropa y luego pasan hambre y frío.

—Y ¿qué comen?

—¿Qué? Bueno, cuando ganan, comen; y cuando no ganan, se van a la cama con el estómago vacío.

Más abajo, siguiendo el curso del mismo afluente, hay otra colonia algo más pequeña: Nizhni Armudán. Llegué a esa localidad a última hora de la tarde y pasé la noche en el desván de la garita del vigilante, junto al tubo de la estufa, pues mi anfitrión no me dejó entrar en su habitación: «No puede pasar aquí la noche, excelencia; hay montones de chinches y de cucarachas, un verdadero ejército —dijo, con un gesto de impotencia—. Es mejor que vaya arriba».

Tuve que subir, en medio de la oscuridad, por una escalera exterior, húmeda y resbaladiza de lluvia. Al poco rato bajé a por tabaco y vi ese asombroso «ejército», que probablemente solo se puede encontrar en Sajalín. Parecía como si las paredes y el suelo estuviesen cubiertos de un crespón fúnebre que se moviera a impulso del viento; algunos puntos aislados que se movían con rapidez y desorden permitían adivinar de qué estaba compuesta esa masa bullente y desbordante. Se oían zumbidos y murmullos, como si las cucarachas y las chinches deliberaran antes de ponerse en camino^[42].

Nizhni Armudán tiene ciento un habitantes: setenta y seis hombres y veinticinco mujeres. Hay cuarenta y siete propietarios y veintitrés copropietarios. Cuatro parejas son legales y quince ilegales. Solo hay dos mujeres de condición libre y ni un solo habitante entre quince y veinte años. La población vive en la miseria. Solo seis casas tienen techumbre de tablas; las restantes, son de corteza. Igual que en Verjni Armudán, algunas ventanas carecen de cristales y otras están tapiadas. No anoté a un solo trabajador; es evidente que ni los mismos propietarios hacen nada. Veintiún hombres se han marchado en busca de trabajo. Desde 1884, fecha de fundación de la colonia, solo se han dedicado treinta y siete *desiatinas* de tierra a cultivos y huertos, es decir, media *desiatina* por cada propietario. Se han sembrado ciento ochenta y tres *puds* de semillas de primavera y de otoño. La colonia no guarda ningún parecido con

una aldea agrícola. Los habitantes forman una desordenada chusma de rusos, polacos, fineses y georgianos, desarrapados y hambrientos, reunidos por el azar, como los supervivientes de un naufragio.

Siguiendo el curso de la carretera, se llega a la siguiente colonia, situada a orillas del Tim. Se fundó en 1880 y lleva el nombre de Derbínskoie en honor de Derbín, inspector de prisiones, asesinado por un preso a causa de su crueldad. Era un hombre joven, pero brutal, duro e implacable. Según recuerdan las personas que lo conocieron, se paseaba por la cárcel y por la calle con un bastón en la mano, que solo empleaba para molerle las costillas al prójimo. Lo asesinaron en una panadería: luchó, cayó en la amasadera y su sangre se mezcló con la masa. Su muerte fue causa de gran regocijo para los presos, que reunieron sesenta rublos en calderilla para el homicida.

El pasado de Derbínskoie no está marcado por ningún hecho feliz. Una parte de la estrecha llanura en la que se alza la aldea estaba cubierta de un tupido bosque de abedules y álamos temblones; en la otra, más espaciosa, pero baja, pantanosa y, en principio, poco apropiada para la colonización, había un espeso bosque de abetos y alerces. Apenas se había terminado de abatir los árboles y desbrozar la superficie necesaria para construir las isbas, la cárcel y los almacenes del Estado, una vez drenado el terreno, cuando hubo que luchar con una desgracia que los colonizadores no habían previsto: durante la crecida primaveral, el riachuelo Amga inundaba toda la zona. Fue necesario excavar otro cauce y darle una nueva orientación. En la actualidad Derbínskoie ocupa una superficie mayor que una versta cuadrada y tiene el aspecto de una verdadera aldea rusa. Se entra en ella por un soberbio puente de madera; el río es alegre, las verdes orillas están cubiertas de sauces, las calles son espaciosas, las isbas tienen techumbre de tablas y disponen de patios. Los edificios de la prisión, totalmente nuevos, todos los almacenes y depósitos y la casa del inspector se alzan en medio de la colonia, dándole un aire de hacienda señorial más que de centro penitenciario. El inspector va de un almacén a otro, acompañado del tintineo de su mazo de llaves, como si fuese un hidalgo de los viejos tiempos que cuidara día y noche de sus reservas. Su mujer, sentada en el jardín de la casa, majestuosa como una marquesa, vigila el mantenimiento del orden. Delante de ella, a través de la puerta abierta del invernadero, ve sandías ya maduras junto a las que se afana con celo de esclavo Karatáiev, un presidiario jardinero; también ve cómo traen del río, donde pescan los pesos, un salmón escogido y fresco, de la variedad llamada «plateada», que no se consumirá en la cárcel, sino que, una vez curado, se destinará a las autoridades. Cerca del jardín se pasean unas señoritas vestidas como angelitos. Su costurera es una antigua incendiaria. Por todas partes se percibe una grata y serena sensación de satisfacción y abundancia; la gente camina con delicadeza, como los gatos, y sus palabras también son delicadas: «salmoncito», «pescadito curado», «pequeños alimentos».

En Derbínskoie hay setecientos treinta y nueve habitantes: cuatrocientos cuarenta

y dos hombres y doscientas noventa y siete mujeres; contando la población carcelaria se llega casi al millar. Hay doscientos cincuenta propietarios y cincuenta y ocho copropietarios. A juzgar por su aspecto exterior, la cantidad de familias y de mujeres, la edad de los habitantes y, en general, todo lo relacionado con las cifras, se trata de una de las pocas colonias de Sajalín que merece ese nombre y que no constituye un amasijo de gente reunida por azar. Hay ciento veintiuna parejas legítimas y catorce ilegítimas. Entre las mujeres legalmente casadas predominan de forma significativa las de condición libre, ya que son ciento tres. Los niños constituyen un tercio de la población total.

En cualquier caso, cuando se intenta comprender la situación económica de los habitantes de Derbínskoie, hay que enfrentarse una vez más a una serie de circunstancias casuales que desempeñan aquí el mismo papel, importante y esencial, que en el resto de la isla. En Sajalín las leyes naturales y económicas parecen haber pasado a un segundo plano, cediendo su prioridad a circunstancias azarosas como, por ejemplo, la mayor o menor cantidad de personas incapacitadas para trabajar, enfermos, ladrones o antiguos ciudadanos transformados en agricultores contra su voluntad; o bien la cantidad de antiguos habitantes, la proximidad a la cárcel, la personalidad de las autoridades locales, etc. Y todas esas condiciones pueden variar cada cinco años e incluso con mayor frecuencia. Los primeros habitantes locales, que cumplieron su pena antes de 1881, cargaron con el duro pasado de la colonia, aprendieron a armarse de paciencia y adquirieron poco a poco los mejores emplazamientos y los mejores terrenos; de igual manera, los que llegaron de Rusia con dinero y su familia no viven mal. Las doscientas veinte *desiatinas* de tierra y la producción anual de tres mil *puds* de pescado que señalan los informes solo determinan la situación económica de esos propietarios. Los demás, es decir, más de la mitad de la población, pasan hambre, visten harapos y dan la impresión de ser inútiles, superfluos, y no hacer otra cosa en la vida que molestar a los demás. En nuestras aldeas rusas, ni siquiera después de un incendio, se aprecian tan ostensibles diferencias.

Cuando llegué a Derbínskoie y visité las isbas, llovía, hacía frío y había barro. El inspector de la cárcel, falto de espacio en su exigua vivienda, me alojó en un granero nuevo, recién construido, en el que había almacenados muebles vieneses. Me pusieron una cama y una mesa y fijaron un picaporte a la puerta para que pudiera cerrar por dentro. Durante toda la tarde y hasta las dos de la madrugada estuve leyendo y tomando notas de los registros catastrales y de los archivos. La lluvia tamborileaba sin interrupción en el tejado; muy de vez en cuando un preso que se había retrasado o un soldado, chapoteando en el barro, pasaba junto a mi alojamiento. Todo estaba en calma, tanto en el granero como en mi ánimo, pero en cuanto apagué la vela y me metí en la cama, empecé a oír susurros, murmullos, golpes, chapoteos, profundos suspiros... Las gotas que caían sobre las rejillas de las sillas vienesas producían un ruido sonoro, estridente, y con él se entreveraba un susurro

desesperado: «¡Ah, Dios mío, Dios mío!». Junto al granero se encontraba la cárcel. ¿No podrían llegar los presos hasta mí a través de un túnel? Un nuevo golpe de viento; la lluvia repiquetea con más fuerza; los árboles murmuran; y de nuevo ese suspiro profundo y desesperado: «¡Ah, Dios mío, Dios mío!».

Por la mañana salgo al porche. El cielo está gris, encapotado; llueve; hay barro. El inspector va apresuradamente de una puerta a otra, el mazo de llaves en la mano.

—Te voy a dar un justificante que después vas a estar rascándote una semana entera —grita—. ¡Ya verás el justificante que te voy a dar!

Esas palabras van dirigidas a una muchedumbre de unos veinte presos que, a juzgar por las pocas frases que llegan a mis oídos, se dicen enfermos. Están cubiertos de harapos, empapados, salpicados de barro, tiemblan. Mediante la mímica querrían expresar que están realmente mal, pero en sus rostros helados y ateridos se aprecia un matiz de falsedad y mentira, aunque es posible que no mientan en absoluto. «¡Ah, Dios mío, Dios mío!», suspira uno de ellos, y tengo la sensación de que mi pesadilla nocturna continúa. Me viene a la cabeza la palabra «paria» y su significado: persona que no puede caer más bajo en su condición social. Durante toda mi estancia en Sajalín, solo en el barracón de los colonos, cerca de las minas, y esa lluviosa y embarrada mañana en Derbínskoie tuve la sensación de estar contemplando el grado máximo y extremo de la humillación humana.

En Derbínskoie vive una presa, una antigua baronesa, a la que las mujeres del lugar llaman «la señora trabajadora». Lleva una existencia modesta y laboriosa y, según se dice, está satisfecha con su situación. Un antiguo comerciante moscovita, que antaño tenía una tienda en la calle Tvérskaia-Yámskaia, me comenta con un suspiro: «¡Y pensar que en Moscú ha empezado la temporada de carreras de caballos!». Luego se vuelve hacia los colonos y empieza a contar cómo son esas carreras y la cantidad de gente que deambulaba los domingos por la Tvérskaia-Yámskaia. «Créame, excelencia —decía, emocionado por su propio relato—, lo daría todo, hasta la vida, por volver a ver no Rusia ni Moscú, sino solo la calle Tvérskaia».

En Derbínskoie viven dos Yemelián Samojválov, simples homónimos. En el patio de uno de ellos recuerdo haber visto un gallo con las patas atadas. A los habitantes de Derbínskoie, incluidos los dos Yemelián Samojválov, les divierte esa extraña y compleja combinación de circunstancias que ha hecho que dos individuos con el mismo nombre y apellido, pero originarios de dos rincones opuestos de Rusia, hayan acabado aquí.

El 27 de agosto llegaron a Derbínskoie el general Kononóvich, A. M. Butakov, el jefe del distrito de Timovo, y un joven funcionario, todos ellos personas inteligentes e interesantes. Dimos juntos un paseo que desde el principio estuvo acompañado de tales incomodidades que, más que una caminata, parecía una parodia de expedición. Para empezar, llovía copiosamente. Había barro, el suelo estaba resbaladizo y todo lo que tocabas estaba húmedo. El agua chorreaba desde la nuca empapada hasta el cuello de la camisa. Las botas estaban frías y húmedas. Encender un cigarrillo era una

empresa difícil y complicada que requería la colaboración de todos. Cerca de Derbínskoie nos acomodamos en una barca y descendimos por el Tim; por el camino nos detuvimos para inspeccionar los lugares de pesca, el molino y los terrenos agrícolas de la prisión. Las labores de pesca las describiré más adelante; todos reconocimos unánimemente que el molino era maravilloso; los campos labrados no tenía nada de especial y si por algo llamaban la atención era por sus reducidas dimensiones: un propietario serio los consideraría un simple pasatiempo. El curso del río era rápido, los cuatro remeros y el timonel trabajaban al unísono; la rapidez de la corriente y los frecuentes meandros hacían que el cuadro que se presentaba ante nuestros ojos cambiara a cada momento. Navegábamos por un río de montaña, a través de la taiga, pero habría cambiado con gusto su encanto salvaje, las verdes orillas, las escarpaduras, las figuras solitarias e inmóviles de los pescadores, por una habitación caldeada y unas botas secas, tanto más cuanto que se trataba de un paisaje uniforme, que no resultaba novedoso para mí; además, estaba cubierto por el velo grisáceo de la lluvia. A. M. Butakov iba sentado en la proa y disparaba con una escopeta a los patos salvajes que alzaban el vuelo al sentir nuestra presencia.

Al noreste de Derbínskoie, siguiendo el curso del Tim, solo se han establecido dos colonias hasta la fecha: Voskresénskoie y Uskovo. Para colonizar todo el río hasta la desembocadura serían necesarias al menos treinta colonias semejantes, dispuestas a intervalos de diez verstas. La administración tiene intención de fundar una o dos por año y unir las por un camino, con la idea de que en un futuro una carretera animada y protegida por un cordón de colonias una Derbínskoie con la bahía de Nisk. Cuando nos acercamos a Voskresénskoie, vimos en la orilla a un vigilante en posición de firmes que, por lo visto, nos estaba esperando. A. M. Butakov le gritó que, al regresar de Uskovo, pasaríamos allí la noche y que nos preparara un buen montón de paja.

Poco después percibimos un fuerte olor a pescado podrido. Nos estábamos acercando a la aldehuela guiliaka de Usk-vo, a la que debe su nombre la actual Uskovo. En la orilla nos recibieron los guiliakos, con sus mujeres, hijos y perros rabicortos, pero no observamos el asombro que antaño había despertado la aparición del difunto Poliákov. Hasta los niños y los perros nos contemplaban con indiferencia. La colonia rusa se encuentra a dos verstas de la orilla. Uskovo presenta el mismo cuadro que Krasni Yar. Una calle ancha, mal desbrozada, llena de terrones, cubierta de maleza y, a ambos lados, isbas inacabadas, árboles abatidos y montones de basura. Todas las colonias en construcción de Sajalín producen la impresión de aldeas devastadas por la guerra o abandonadas hace mucho tiempo; únicamente los colores frescos y brillantes de los troncos de las isbas y las virutas testimonian que aquí se desarrolla un proceso diametralmente opuesto a la destrucción.

Uskovo tiene setenta y siete habitantes: cincuenta y nueve hombres y dieciocho mujeres. Hay treinta y tres propietarios y veinte «hombres de más», es decir, copropietarios. El número de parejas legítimas solo asciende a nueve. Cuando la

población local se reunió junto a la casa del vigilante, donde tomábamos té, y las mujeres y los niños, más curiosos, dieron un paso al frente, esa muchedumbre adquirió un aire de campamento gitano. En realidad, entre las mujeres había algunas gitanas de tez oscura, con rostros astutos y falsamente apesadumbrados, y casi todos los niños eran gitanos. Varios presos gitanos han sido enviados a Uskovo, y sus familias han venido voluntariamente a compartir su triste suerte. A dos o tres gitanas ya las conocía: una semana antes las había visto en Ríkovskoie, con sacos a la espalda, ofreciendo decir la buenaventura bajo las ventanas de cada isba^[43].

Los habitantes de Uskovo viven sumidos en una extrema pobreza. Solo se dispone de once *desiatinas* de tierra de labor, incluyendo cultivos y huertos, es decir, casi un quinto de *desiatina* por hacienda. Todos viven a cuenta del Estado y reciben provisiones de la cárcel que, no obstante, les cuestan bastante caras, ya que, a falta de caminos, deben atravesar la taiga cargando con ellas, desde Derbínskoie.

Tras un pequeño descanso, a eso de las cinco de la tarde, regresamos a pie a Voskresénskoie. La distancia no era grande, unas seis verstas en total, pero, como no estaba acostumbrado a caminar por la taiga, me sentí fatigado desde la primera versta. Lo mismo que antes, llovía copiosamente. Nada más salir de Uskovo tuvimos que cruzar un riachuelo de un *sazhen* de anchura, cuyas orillas estaban comunicadas por tres troncos delgados y retorcidos; todos pasaron felizmente, pero yo tropecé y una de mis botas se llenó de agua. Avanzábamos por un sendero largo y recto, abierto para la proyectada carretera, por el que no se podía dar un paso sin perder el equilibrio o trastabillar: zanjas, charcos, arbustos ásperos como alambre de espino, raíces en las que se tropezaba; pero lo peor y más desagradable eran las ramas secas y los troncos derribados para abrir la carretera, que se ocultaban traicioneramente debajo del agua. Apenas habías superado un tronco, empapado en sudor, y seguías caminando por una ciénaga, cuando aparecía otro y tenías que encaramarte a él, mientras los compañeros te gritaban que no podías ir por ahí, que tenías que rodearlo por la derecha o por la izquierda. Al principio, todos mis esfuerzos se concentraban en un solo objetivo: no llenarme de agua la otra bota, pero pronto renuncié y me abandoné al curso de los acontecimientos. Oía la dificultosa respiración de los tres colonos que nos seguían cargando con nuestras pertenencias... El calor me sofocaba, me costaba respirar, tenía sed... Íbamos con la cabeza descubierta, para que la marcha resultara menos penosa.

El general, jadeando, se sentó en un grueso tronco; nosotros hicimos lo mismo. Ofrecimos un cigarrillo a los colonos, que no se atrevieron a sentarse.

—¡Uff! ¡Qué fatiga!

—¿Cuántas verstas faltan para llegar a Voskresénskoie?

—Unas tres.

El más ágil era A. M. Butakov. Antaño emprendía largos periplos por la taiga y la tundra, de manera que seis verstas no suponían ningún esfuerzo para él. Me habló de su viaje de ida y vuelta por el río Poronai hasta el golfo de Terpenie: el primer día es

una verdadera tortura, y uno se cree al límite de sus fuerzas; al día siguiente se siente todo el cuerpo dolorido, pero la marcha resulta ya más fácil; a partir del tercer día parece como si uno tuviera alas o fuera llevado por una fuerza invisible, aunque los pies siguen enredándose en la dura maleza y hundiéndose en las charcas.

A mitad de camino empezó a caer la tarde y en pocos instantes nos vimos envueltos en una impenetrable oscuridad.

Yo ya había perdido la esperanza de que ese paseo acabara alguna vez y caminaba a tientas, con el agua hasta las rodillas, tropezando en los troncos. A nuestro alrededor, aquí y allá, titilaban o destellaban inmóviles fuegos fatuos; charcos enteros y enormes árboles podridos brillaban con colores fosforescentes, y mis botas estaban salpicadas de chispas resplandecientes como luciérnagas.

Pero, gracias a Dios, a lo lejos brilló un fuego de verdad, no fosforescente. Alguien nos llamó; nosotros respondimos y al poco rato apareció un vigilante con un farol. Caminando a grandes zancadas por los charcos, en los que se reflejaba la luz del farol, nos condujo a su vivienda atravesando todo Voskresénskoie, que apenas se distinguía en la oscuridad^[44].

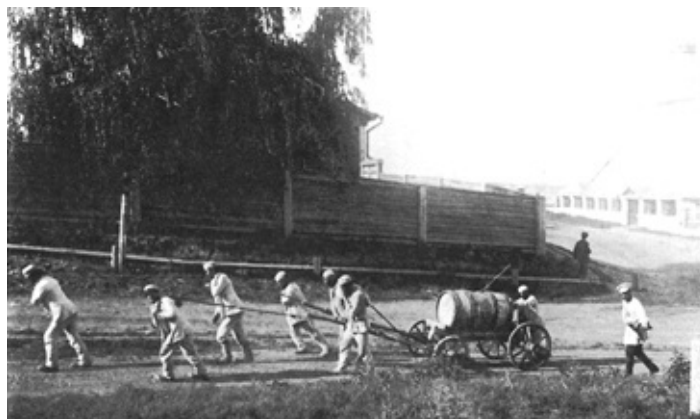
Mis compañeros habían llevado ropa seca y, al llegar a la casa del vigilante, lo primero que hicieron fue cambiarse; yo no había llevado nada y tuve que quedarme como estaba, calado hasta los huesos. Bebimos té, charlamos un rato y luego nos fuimos a dormir. En casa del vigilante solo había una cama, que ocupó el general; nosotros, simples mortales, dormimos en el suelo sobre un montón de paja.

Voskresénskoie es casi dos veces mayor que Uskovo. Tiene ciento ochenta y tres habitantes, ciento setenta y cinco hombres y ocho mujeres. Hay siete parejas ilegítimas y ni una sola legítima. En la colonia viven algunos niños, pero ni una sola niña. El número de propietarios asciende a noventa y siete, con setenta y siete copropietarios.

X

RÍKOVSKOIE – LA PRISIÓN LOCAL – LA ESTACIÓN METEOROLÓGICA M. N. GALKIN-VRASKI – PALEVO – MIKRIUKOV – VALZI Y LONGARI – MALO TIMOVO – ANDRÉIE-IVÁNOSKOIE

En el curso superior del río Tim, en su parte más meridional, encontramos una vida más desarrollada. El clima es más cálido, los tonos de la naturaleza más suaves y un hombre hambriento y helado encuentra condiciones naturales más favorables que en el curso medio e inferior del río. El paisaje mismo recuerda al de Rusia. Esa semejanza, fascinante y conmovedora para el preso, se aprecia especialmente en la parte de la planicie que ocupa la aldea de Ríkovskoie, centro administrativo de la región de Timovo, que en ese punto alcanza hasta seis verstas de anchura. Una cordillera no muy elevada que sigue el curso del río la protege por el este, mientras en la parte occidental se vislumbran las estribaciones azuladas de la línea de separación de las aguas. No presenta cerros ni colinas, es completamente llana y se parece a la típica campiña rusa, con sus campos labrados, sus praderas, sus pastizales y sus verdes arboledas. En tiempos de Poliákov, toda su superficie estaba cubierta de terrones, grietas, surcos, pequeños lagos y riachuelos que desembocaban en el Tim; su caballo se hundía hasta las rodillas o hasta el vientre. Ahora toda la zona ha sido desbrozada, drenada y, a lo largo de las catorce verstas que separan Derbínskoie de Ríkovskoie, se extiende una estupenda carretera, tan recta y tan lisa que uno se queda con la boca abierta.



Presos transportando un tonel de agua

Ríkovskoie o Ríkovo se fundó en 1878. Su emplazamiento fue felizmente elegido y

designado por el inspector de la cárcel, un suboficial llamado Ríkov. La aldea se distingue por su rápido crecimiento, infrecuente incluso para una colonia de Sajalín. En los últimos cinco años su superficie y su población se han multiplicado por cuatro. En la actualidad, ocupa una extensión de tres verstas cuadradas y el número de habitantes es de mil trescientos sesenta y ocho: ochocientos treinta y un hombres y quinientas treinta y siete mujeres, cifra que asciende a más de dos mil si se tienen en cuenta la población carcelaria y los efectivos que aseguran la vigilancia.

No se parece al puesto de Aleksándrovsk, una ciudad de reducidas dimensiones, una pequeña Babilonia con casas de juego e incluso un establecimiento de baños familiares regentados por un judío. Ríkovskoie es una verdadera aldea rusa, modesta, sin ningún tipo de pretensiones de civilización. Cuando se recorre de una punta a otra su calle, de unas tres verstas de largo, su longitud y su monotonía no tardan en causar aburrimiento. Aquí las calles no se llaman suburbios, a la manera siberiana, como en Aleksándrovsk, sino simplemente calles, y la mayoría conservan los nombres que les han dado los propios colonos. Está la calle Sizóvskaia, así llamada porque en uno de sus extremos se alza la isba de la colona Sizova; está la calle Jrebtóvaia (de la Cordillera), la calle Malorosískaia (de Ucrania). En Ríkovskoie hay muchos ucranianos, por eso probablemente se encuentran muchos más apellidos singulares que en cualquier otra colonia: Zheltonog (Pie Amarillo), Zheludok (Estómago), nueve Bezbozhni (Sin Dios), Zaribai (Escondetesoros), Reká (Río), Bublik (Rosca), Sivokobilka (Rucio), Koloda (Tronco), Zamozdria (Mocoso), etc. En el centro de la colonia hay una gran plaza, en la que se alza una iglesia de madera. A su alrededor no hay tiendas, como en nuestras aldeas, sino las construcciones de la cárcel, oficinas públicas y viviendas de funcionarios. Cuando atraviesas la plaza, la fantasía te hace oír los rumores de una animada feria, las voces de los gitanos de Uskovo comerciando con caballos; te parece sentir el olor de la brea, del estiércol y del pescado ahumado; escuchar los mugidos de las vacas y los estridentes sonidos del acordeón mezclándose con las canciones de los borrachos. Pero ese pacífico cuadro se esfuma cuando de pronto escuchas el odioso tintineo de las cadenas y los pasos sordos de los presos y de los guardias de la escolta, que atraviesan la plaza en dirección a la cárcel.

En Ríkovskoie hay trescientos treinta y cinco propietarios y ciento ochenta y nueve colonos que se ocupan de las haciendas con ellos y se consideran propietarios. Ciento noventa y cinco parejas son legítimas y noventa y una ilegítimas. La mayoría de las esposas legítimas son mujeres de condición libre que han seguido voluntariamente a sus maridos; en total son ciento cincuenta y cinco. Estas cifras son elevadas, pero no deben ser motivo de consuelo o entusiasmo, pues no prometen nada bueno. El número de copropietarios —esos propietarios en excedente— demuestra que hay muchos elementos superfluos sin medios ni posibilidades de llevar una hacienda por sí mismos y evidencia que la población es excesiva y que se pasa hambre. La administración de Sajalín distribuye a los colonos y reparte las tierras a la

buena de Dios, sin tener en cuenta las circunstancias ni pensar en el futuro; esa forma tan poco previsor de crear nuevos puntos habitados y nuevas haciendas hace que colonias relativamente prósperas como Ríkovskoie acaben ofreciendo un cuadro de pobreza tan tremendo como Verjni Armudán. Teniendo en cuenta la cantidad de tierra de labor de Ríkovskoie, el rendimiento de los cultivos y la posibilidad de obtener unas pequeñas ganancias, el número de haciendas no debería pasar de doscientas; sin embargo, incluyendo a los copropietarios, hay más de quinientas; y las autoridades no dejan de enviar gente.

La cárcel de Ríkovskoie es nueva. Ha sido construida siguiendo el modelo habitual de todas las cárceles de Sajalín: pabellones de madera, dormitorios comunes y toda la suciedad, la miseria y la falta de comodidades propias de esos locales concebidos para una vida gregaria. No obstante, desde hace algún tiempo, la cárcel de Ríkovskoie, gracias a ciertas peculiaridades que enseguida saltan a la vista, está considerada la mejor de todo Sajalín Septentrional. También a mí me produjo esa impresión.

Como en todos los centros penitenciarios, para rellenar mis fichas recurrí ante todo a las informaciones y los servicios de personas competentes; y no pude dejar de señalar que los escribientes locales son disciplinados y están bien formados, como si hubieran seguido cursos especiales; llevan los inventarios y los registros catastrales con un orden ejemplar. Más tarde, cuando visité la cárcel, las cocinas, las panaderías, etc., me causaron la misma impresión de orden y de disciplina. Hasta los carceleros jefes parecían menos saciados, pretenciosos, estúpidos y groseros que los de Aleksándrovsk o Dué.

En las partes de la cárcel donde era posible observar las reglas de la higiene, el prurito por la limpieza era hasta exagerado. Tomemos como ejemplo las cocinas y la panadería: el lugar mismo, los muebles, la vajilla, el aire y la ropa de los empleados están tan pulcros que superarían la inspección sanitaria más puntillosa; además, es evidente que en este lugar la preocupación por la limpieza es constante y no depende de eventuales inspecciones. Cuando visité la cocina, estaban calentando al fuego varios calderos de sopa de pescado fresco, un alimento poco saludable, pues el pescado migratorio que se captura en el curso alto de los ríos causa una aguda inflamación intestinal; pero, pasando por alto esa circunstancia, no cabe duda que cada preso recibe la cantidad de alimento que le corresponde por ley. Al confiar la dirección y la organización de las tareas interiores de la cárcel a exiliados privilegiados que responden de la calidad y cantidad de la ración, creo que se evitan sucesos tan escandalosos como la distribución de sopa maloliente o pan lleno de tierra. Cogí al azar varias raciones de pan, amontonadas para su entrega, y las pesé: todas pesaban infaliblemente más de tres libras.

Las letrinas se han construido del modo habitual, en forma de pozos negros, pero su mantenimiento es distinto que en las otras cárceles. Las exigencias de limpieza son tan elevadas que llegan a ser molestas para los propios presos. El lugar es templado y

no hay malos olores, gracias a un método especial de aireación descrito en el célebre manual del profesor Erisman, creo, con el nombre de ventilación inversa^[45].

El señor Livin, inspector de la prisión de Ríkovskoie, es un hombre de talento, emprendedor y con experiencia. Los aspectos positivos de la cárcel se deben sobre todo a él. Por desgracia, es un firme partidario de los azotes, algo que ya ha estado a punto de costarle la vida. Un preso armado con un cuchillo se abalanzó sobre él como una fiera, asalto que tuvo consecuencias funestas para el agresor. La constante preocupación del señor Livin por la gente, unida a su pasión por los azotes y los castigos corporales, su crueldad y su brutalidad, forman una combinación totalmente incongruente e inexplicable. Por lo visto, el capitán Wentzel, personaje de las *Notas de un soldado de Garshin*, no era una invención del autor.

En Ríkovskoie hay una escuela, una oficina de telégrafos, un hospital y una estación meteorológica bautizada con el nombre de M. N. Galkin-Vraski, que dirige de forma extraoficial un exiliado privilegiado, antiguo alférez de navío, hombre extraordinariamente trabajador y atento. También desempeña el cargo de mayordomo de la iglesia. Como la estación solo lleva funcionando cuatro años, no se han recogido muchos datos, si bien son suficientes para determinar las diferencias que existen entre los dos distritos septentrionales de Sajalín. El de Aleksándrovsk goza de un clima marino, mientras el de Timovo es continental, aunque entre las dos estaciones meteorológicas no hay más que setenta verstas de distancia. Los cambios de temperatura y el número de días con precipitaciones no son tan significativos en el distrito de Timovo, donde el verano es más cálido y el invierno más severo. La temperatura media anual es inferior a cero, es decir, es más baja incluso que en las islas Solovki. El distrito de Timovo se encuentra a mayor altura sobre el nivel del mar, pero al estar rodeado de montañas y asentarse en una especie de depresión del terreno, el número medio de días sin viento es superior en casi sesenta días; en particular, los vientos fríos soplan una media de veinte días menos por año. También se aprecia una pequeña diferencia en el número de días con precipitaciones, más numerosos en el distrito de Timovo: ciento dieciséis días con nieve y setenta y seis con lluvia. El nivel total acusa una diferencia aún más significativa, que alcanza casi los trescientos mililitros; sin embargo, la humedad es mayor en Aleksándrovsk.

El 24 de julio de 1889 hubo en Derbínskoie una helada matinal que echó a perder la flor de la patata, y el 18 de agosto el frío destruyó todas las hojas.

Al sur de Ríkovskoie, en el enclave donde antaño se alzaba la aldea guiliaka de Palevo, junto al afluente del Tim del mismo nombre, se encuentra la colonia de Palevo, fundada en 1886. Se llega a ella por un camino vecinal bastante bueno, que atraviesa la tersa llanura, rodeado de bosques y campos que me recordaron mucho los de Rusia, tal vez porque cuando llegué hacía un tiempo excelente. La distancia es de catorce verstas. Pronto la carretera postal y la línea telegráfica, proyectadas desde hace tiempo entre Ríkóvskoie y Palevo, unirán el norte y el sur de la isla. La carretera ya está en construcción.

Palevo tiene trescientos noventa y seis habitantes: trescientos cuarenta y cinco hombres y cincuenta y una mujeres. Hay ciento ochenta y tres propietarios y ciento treinta y siete copropietarios, aunque, dadas las condiciones locales, cincuenta haciendas serían más que suficientes. Es difícil encontrar en Sajalín otra colonia que presente tantas circunstancias desfavorables para el establecimiento de una colonia agrícola. El suelo está lleno de guijarros; según cuentan los habitantes más antiguos, en el lugar donde ahora se alza Palevo, los tungusos sacaban antaño a pastar a sus renos. También explican que en el pasado este lugar fue un fondo marino y que los guiliakos aún encuentran restos de barcos. Solo hay ciento ocho *desiatinas* de tierra de labor, incluyendo los pastos, los huertos y los prados; a pesar de ello, hay más de trescientos propietarios. La colonia solo cuenta con treinta mujeres adultas, una por cada diez hombres; y, para más escarnio, como queriendo enfatizar aún más esa triste desproporción, la muerte pasó recientemente por Palevo y se llevó en poco tiempo a tres colonas.

En su vida anterior, casi una tercera parte de los propietarios no se dedicaba a la agricultura, ya que pertenecían al estamento urbano. Por desgracia, la enumeración de circunstancias desfavorables no acaba ahí, porque, para colmo de males, corroborando el dicho de que «Del árbol caído todos hacen leña», no hay ninguna otra colonia de Sajalín que tenga tantos ladrones como Palevo, desdichadísima y desfavorecida por los dioses. Cada noche se comete algún robo. La víspera de mi llegada, tres hombres fueron encadenados por robar centeno. Además de quienes roban por necesidad, en Palevo no faltan «sanguijuelas» que causan perjuicios a sus vecinos por amor al arte. Sin ninguna necesidad, cada noche matan alguna cabeza de ganado, arrancan de la tierra las patatas que aún no están en sazón, quitan los marcos de las ventanas, etc. Todo eso entraña pérdidas, esquilma las míseras y desabastecidas haciendas y, lo que no es menos importante, mantiene a la población en un estado de terror constante.

No hay un solo aspecto de la vida que no esté marcado por la pobreza. Las techumbres son de corteza y paja, no hay patios ni dependencias. Cuarenta y nueve casas están sin terminar y parecen abandonadas; diecisiete copropietarios se han marchado en busca de trabajo.

Cuando deambulaba de isba en isba, el vigilante, un colono oriundo de Pskov, no se apartaba de mi lado. Recuerdo que le pregunté si era miércoles o jueves. Me respondió:

—No lo recuerdo, excelencia.

En una de las dependencias oficiales vive Karp Yerofeich Mikriukov, furrier retirado, decano de los vigilantes de Sajalín, adonde llegó en 1860, cuando la colonia penitenciaria empezaba a organizarse; de todos los habitantes de Sajalín es el único que podría escribir la historia completa de la isla. Es locuaz, responde a las preguntas con evidente placer y la morosidad típica de los ancianos. La memoria empieza a fallarle y solo puede recordar con precisión acontecimientos sucedidos en un pasado

muy remoto. Su alojamiento es más que decoroso, con buenos muebles; hasta tiene dos retratos pintados al óleo, el suyo y el de su difunta esposa con una flor en el pecho. Nació en el distrito de Viatka y su rostro recuerda muchísimo el del escritor Fet. Oculta su verdadera edad. Dice que solo tiene sesenta y un años cuando en realidad pasa de los setenta. Se ha casado en segundas nupcias con la hija de un colono, una mujer joven con la que ha tenido seis hijos, con edades comprendidas entre uno y seis años. El más pequeño todavía toma el pecho.

Mi conversación con Karp Yerofeich se prolongó hasta pasada la media noche. Todas las historias que me contó estaban relacionadas con el penal y con sus héroes, como, por ejemplo, el inspector de la cárcel Selivánov que, en los momentos de ira, destrozaba a puñetazos las cerraduras de las puertas y al que los detenidos, hartos de su crueldades, terminaron por matar.

Cuando Mikriukov fue a reunirse con su mujer y sus hijos, salí a la calle. La noche era tranquila y estrellada. En alguna parte, un vigilante daba golpes con su maza; cerca murmuraba un arroyuelo. Pasé un buen rato contemplando el cielo y las isbas, y me parecía un milagro encontrarme a diez mil verstas de mi hogar, en una aldea del fin del mundo llamada Palevo, donde se olvidan los días de la semana... ¿Para qué recordarlos cuando da lo mismo que sea miércoles o jueves?

Más al sur, siguiendo la línea de la proyectada carretera de postas, se encuentra la colonia de Valzi, fundada en 1889, en la que viven cuarenta hombres y ni una sola mujer. Una semana antes de mi llegada, tres familias fueron enviadas desde Ríkovskoie aún más al sur para fundar la colonia de Longari, junto a uno de los afluentes del río Poronai. Esas dos colonias, en las que la vida acaba de empezar, las dejo a la atención de algún escritor que tenga ocasión de visitarlas por un buen camino y verlas de cerca.

Para terminar mi examen de las aldeas del distrito de Timovo, solo me queda mencionar dos colonias más: Malo Timovo y Andréie-Ivánovskoie, ambas levantadas a orillas del río Malo Tim, que nace en las estribaciones del Pilinga y desemboca en el Tim, cerca de Derbínskoie. La primera, la más antigua del distrito, se fundó en 1877. Antes, cuando se atravesaba el Pilinga, la carretera de Tim pasaba por esta colonia. En la actualidad viven en ella ciento noventa habitantes: ciento once hombres y setenta y nueve mujeres. Hay un total de sesenta y siete propietarios y copropietarios. En otro tiempo Malo Timovo era la colonia principal y constituía el centro del actual distrito de Timovo; hoy día se encuentra apartada y se asemeja a una pequeña ciudad sin importancia en la que la vida se ha detenido. Los únicos testimonios de la antigua grandeza del lugar son una cárcel de dimensiones modestas y la casa del inspector.

En la actualidad ese puesto lo ocupa el señor K., joven inteligente y amabilísimo, un petersburgués que parece añorar muchísimo su patria. Su enorme alojamiento, con amplias habitaciones de techo alto, en las que resuena el eco solitario de sus pasos, y las monótonas e interminables jornadas desocupadas, le deprimen tanto que se siente

como un preso más. Y encima, para agravar más esa situación, ese joven se despierta muy temprano, a las tres o las cuatro de la madrugada. Una vez levantado, bebe una taza de té, da una vuelta por la cárcel... y luego, ¿qué hacer? No le queda más que deambular por su laberinto, contemplando las paredes de madera y estopa; luego toma otra taza de té, se ocupa de cuestiones de botánica y se pasea de nuevo, sin escuchar otro sonido que el ruido de sus pasos y el aullido del viento.

En Malo Timovo quedan pocos de sus antiguos habitantes. Entre ellos encontré al tártaro Furazhiev, que acompañó a Poliákov en su viaje al golfo de Nisk; por lo visto, le agrada poder hablar de esa expedición y de Poliákov. Entre los ancianos también resulta interesante, por su forma de vida, el colono Bogdánov, viejo creyente que ejerce la profesión de usurero. Durante mucho tiempo se negó a recibirme, pero, cuando finalmente aceptó, se explayó en prolisos comentarios sobre la gente de toda suerte y condición que merodea por su casa y del peligro que entraña dejarla entrar, pues podría desvalijarte, etc.

La colonia de Andréie-Ivánovskoie ha sido bautizada así en honor de un desconocido que se llamaba Andréi Ivánovich. Se fundó en un pantano en 1885. Tiene trescientos ochenta y dos habitantes: doscientos setenta y siete hombres y ciento cinco mujeres. Hay un total de doscientos treinta y un propietarios y copropietarios, aunque también aquí, al igual que en Palevo, bastaría con cincuenta haciendas. La composición de la población local tampoco puede considerarse afortunada; lo mismo que en Palevo, se observa un exceso de pequeños burgueses y plebeyos que nunca habían trabajado la tierra. Muchos de los habitantes de Andréie-Ivánovskoie no profesan la fe ortodoxa; de hecho, constituyen una cuarta parte de la población: hay cuarenta y siete católicos, idéntico número de musulmanes y doce protestantes. Entre los ortodoxos se cuentan varios extranjeros, por ejemplo, georgianos^[46]. Semejante abigarramiento confiere a la población local un carácter deslavazado que dificulta la formación de una comunidad campesina.

XI

UN DISTRITO EN PROYECTO – LA EDAD DE PIEDRA – ¿HUBO COLONIZACIÓN LIBRE? – LOS GUILIAKOS – SU COMPOSICIÓN NUMÉRICA, ASPECTO, CONSTITUCIÓN, ALIMENTO, ATUENDO, CONDICIONES DE VIDA, HIGIENE – SU CARÁCTER – INTENTOS DE RUSIFICACIÓN – LOS OROCHIS

Como el lector ha podido constatar a partir del examen de las colonias que acabo de realizar, los dos distritos septentrionales ocupan una superficie equivalente a la de un pequeño distrito ruso. En la actualidad, resulta casi imposible calcular su dimensión exacta en verstas cuadradas, pues su extensión al norte y al sur no está condicionada por una frontera. La distancia que separa los dos centros administrativos, el puesto de Aleksándrovsk y Ríkovskoie, es de sesenta verstas por la ruta más directa, a través del Pilinga, y de setenta y cuatro por el valle del Arkai. Para el lugar, se trata de distancias considerables. Palevo —por no hablar ya de Tangui o Vangui— se considera una colonia lejana; en ese sentido, la fundación de nuevos centros habitados más al sur de Palevo, en los afluentes del Poronai, planteó la cuestión de la creación de un nuevo distrito. Como unidad administrativa, un distrito de Sajalín se corresponde con una provincia rusa. Según la mentalidad siberiana, esa denominación solo puede aplicarse a la respetable distancia que un mes de viaje no basta para cubrir, como por ejemplo el distrito de Andir. Un funcionario siberiano que desempeñe sus funciones en un área de doscientas o trescientas verstas considerará un lujo la división de Sajalín en unidades de pequeñas dimensiones. Pero la población de Sajalín vive en condiciones excepcionales y la maquinaria administrativa es mucho más compleja que en el distrito de Andir. La división de una colonia penitenciaria en pequeñas unidades administrativas viene determinada por la experiencia que, además de otras ventajas de las que hablaremos más adelante, ha demostrado que, en primer lugar, cuanto más reducidas son las distancias, más sencilla es la dirección de esas unidades; y en segundo, que la división en pequeños distritos propicia un aumento de personal y favorece la afluencia de gente nueva, cuya influencia es incontestablemente benéfica. Un aumento cuantitativo de representantes de la *intelligentsia* entraña también un aumento cualitativo.

Llegué a Sajalín cuando se discutía el proyecto de creación de un nuevo distrito, del que se hablaba como de la tierra de Canaán, pues en el plano había una carretera que atravesaba todo el distrito siguiendo el curso del Poronai en dirección sur. Se tenía la intención de trasladar al nuevo distrito a los presos de Dué y de la cárcel de Voievodsk, para que de esos lugares abominables solo quedara el recuerdo, las minas

de carbón dejaran de estar en manos de la compañía «Sajalín», que tanto tiempo llevaba incumpliendo el contrato, y la extracción del carbón ya no fuera realizada por presidiarios, sino por colonos, y sobre bases corporativas^[47].

Antes de terminar mi examen de Sajalín Septentrional, creo que no está de más dedicar unas palabras a los habitantes pasados y presentes que no tiene relación con la colonia penitenciaria.

Poliákov encontró en el valle del Duika un fragmento de obsidiana en forma de hoja de cuchillo, puntas de flecha de piedra, afiladores, hachas de piedra y otros objetos. Tales hallazgos le permitieron concluir que en el valle del Duika, en tiempos remotos, vivieron hombres que desconocían los metales, hombres de la edad de piedra. Restos de cerámica, huesos de perro y de oso y lastres de nasas prueban que fabricaban vasijas, cazaban osos, pescaban con nasas y sabían adiestrar perros de caza.

Los objetos de sílex, mineral del que Sajalín carece, los obtenían probablemente de sus vecinos del continente o de las islas cercanas. Es muy posible que sus perros, ya en esa época, fueran perros de tiro. Poliákov también encontró en el valle del Tim vestigios de viviendas primitivas y toscas armas. Todo ello le llevó a la siguiente conclusión: «La existencia es posible en Sajalín Septentrional hasta para tribus de nivel intelectual relativamente bajo; es evidente que los hombres que han vivido aquí durante siglos han ideado medios para protegerse del frío, la sed y el hambre; además, es más que probable que los antiguos habitantes de la zona estuvieran organizados en clanes relativamente pequeños y no fueran del todo sedentarios».

Cuando Nevelskói envió a Boshniak a Sajalín le encargó, entre otras cosas, que verificara el rumor relativo a los hombres abandonados allí por el teniente Jvostov que, según el testimonio de los guiliakos, se habían instalado a orillas del río Tim^[48].

Boshniak logró seguir el rastro de esa gente. En una de las aldeas del Tim, los guiliakos aceptaron trocar cuatro páginas arrancadas de un libro de oraciones por tres *arshines* de tela, y le explicaron que el libro pertenecía a los rusos que habían vivido allí. En una de esas hojas, precisamente la portada, estaban escritas en caracteres apenas legibles las siguientes palabras: «Nosotros, Iván, Danila, Piotr, Serguéi y Vasili, a quienes Jvostov dejó en Tomari-Aniva el 17 de agosto de 1805, nos trasladamos al río Tim en 1810, cuando los japoneses llegaron a Tomari». Después de examinar el lugar en el que habían vivido, Boshniak llegó a la conclusión de que ocupaban tres isbas y tenían huertos. Los indígenas le dijeron que el último de los rusos, Vasili, había muerto recientemente, que los rusos eran buenas personas, que les acompañaban en sus expediciones de caza y pesca, que se vestían como ellos, pero que llevaban el pelo corto. En otro lugar los nativos le informaron del siguiente detalle: dos rusos habían tenido hijos con mujeres guiliakas. Hoy día, los rusos dejados en la isla por Jvostov han sido olvidados y de sus descendientes no se sabe nada.

Entre otras cosas Boshniak escribe en sus apuntes que, gracias a sus constantes

pesquisas sobre los rusos instalados en la isla, se enteró por los indígenas de Tanguí de lo siguiente: hace treinta y cinco o cuarenta años un navío naufragó en la costa oriental; la tripulación se salvó, construyó una casa y al cabo de algún tiempo también una embarcación, en la que un número indeterminado de personas atravesó el golfo de La Pérouse y salió al estrecho de Tartaria, donde sufrieron un nuevo naufragio cerca de la aldea de Mgachi, esta vez solo hubo un superviviente, un hombre llamado Kemtz. Poco tiempo después llegaron desde el Amur dos rusos, Vasili y Nikita, que se pusieron de acuerdo con Kemtz para construir una casa en Mgachi. Se dedicaron a la caza de animales de piel que vendían a los manchurianos y a los japoneses. Uno de los guiliakos le mostró un espejo que supuestamente le había regalado Kemtz a su padre. El guiliako no lo habría vendido por todo el oro del mundo, aduciendo que lo guardaba como un preciado recuerdo de un amigo de su padre. Vasili y Nikita tenían mucho miedo del zar, lo que prueba que eran fugitivos. Los tres se quedaron en Sajalín hasta el fin de sus días.

El japonés Mamia-Rinzo^[49], que visitó la isla en 1808, oyó decir que en la costa occidental aparecían con frecuencia navíos rusos y que sus actos de piratería habían terminado por obligar a los indígenas a exterminar a una parte y expulsar a la otra. Mamia-Rinzo cita sus nombres: Kamutsi, Simiona, Momu y Vasire. «En los tres últimos —dice Shrenk— no es difícil reconocer los nombres rusos de Semión, Fomá y Vasili». En su opinión, Kamutsi se parece mucho a Kemtz.

Esta breve historia de los ocho robinsones de Sajalín agota todos los datos relacionados con la colonización libre de Sajalín Septentrional. Si el singular destino de los cinco marineros de Jvostov, así como el de Kemtz y los dos fugitivos, se parece a una tentativa de colonización, hay que reconocer que tal intento resulta insignificante y en todo caso infructuoso. La única lección que puede extraerse es que esas ocho personas, que vivieron en Sajalín hasta el final de sus vidas, se ocuparon de la pesca y de la caza, no de la agricultura.

A continuación, para completar el cuadro, dedicaré unas palabras a la población indígena local, los guiliakos. Viven en las costas oriental y occidental de la parte norte de la isla, así como a lo largo de los ríos, sobre todo del Tim^[50].



Guiliakos

Sus poblados existen desde hace mucho tiempo y conservan los nombres que mencionan los autores antiguos, pero el tipo de vida que llevan no es del todo sedentaria, ya que no sienten apego por el lugar en el que han nacido ni por ningún otro lugar, abandonan con frecuencia sus yurtas para ir a cazar y a pescar y llevan una vida nómada con sus familias y sus perros. No obstante, en sus migraciones, incluso cuando emprenden largos viajes al continente, se mantienen fieles a la isla; por otra parte, un guiliako de Sajalín se distingue de un guiliako del continente en lengua y costumbres en no menor medida que un ucraniano de un moscovita. En consecuencia, me parece que no sería difícil calcular el número de guiliakos de Sajalín, sin confundirlos con los que vienen a pescar y cazar aquí desde la costa de Tartaria. Y no estaría de más confeccionar un censo al menos cada cinco o diez años, de otro modo la importante cuestión de la influencia de la colonia penitenciaria en sus efectivos seguirá abierta durante mucho tiempo y se resolverá de forma arbitraria. Según las informaciones recogidas por Boshniak, en 1856 había en Sajalín tres mil doscientos setenta guiliakos. Unos quince años después, Mitsul escribe que esa cifra podía estimarse en mil quinientos; y según los datos más recientes, referidos al año 1889 y extraídos por mí del «Recuento de los nativos», en los dos distritos hay un total de trescientos veinte guiliakos. En definitiva, si concedemos crédito a esas cifras, dentro de cinco o diez años no quedará en Sajalín ni un solo guiliako. Desconozco el grado de veracidad de los datos ofrecidos por Boshniak y Mitsul, pero, por fortuna, la cifra oficial de trescientos veinte individuos es irrelevante en muchos sentidos. El registro de los indígenas lo realizan oficinistas que carecen de preparación científica y práctica, así como de instrucciones precisas. Aunque recogen los datos sobre el terreno, en los asentamientos guiliakos, lo hacen de modo autoritario, con rudeza y superficialidad, cuando la sensibilidad y el talante de los guiliakos no admiten una actitud arrogante y autoritaria con la gente, y su repulsión por cualquier tipo de censo o registro exigiría un trato muy particular. Además, las autoridades recogen los datos sin ningún fin determinado, por simple rutina, por lo que el funcionario no toma en consideración el mapa etnográfico, sino que actúa de forma completamente arbitraria. El registro del distrito de Aleksándrovsk solo contabilizaba a aquellos guiliakos que viven más al sur de la colonia de Vangui, mientras en el distrito de Tim solo se incluyó a los que se contaron cerca de Ríkovskoie, lugar que atraviesan en sus desplazamientos, pero en el que nunca se establecen.

Es indudable que el número de guiliakos de Sajalín no deja de disminuir, pero sobre esa cuestión solo pueden establecerse conjeturas. ¿Cuál es la tasa de disminución? ¿A qué se debe? ¿Están en vías de extinción o emigran al continente o a las islas del norte? A falta de datos fiables, nuestras conclusiones sobre la influencia nefasta de la intervención rusa solo pueden basarse en analogías. Es muy posible que

hasta la fecha esa influencia haya sido insignificante, prácticamente nula, ya que los guiliakos de Sajalín viven principalmente a lo largo del río Tim y en la costa oriental, lugares que los rusos todavía no han ocupado^[51].

Los guiliakos no están emparentados con los mongoles ni con los tungusos, sino con una tribu desconocida que acaso fuera poderosa en otro tiempo y dominara toda Asia. Durante los últimos siglos ha vivido en esta pequeña lengua de tierra; es un pueblo poco numeroso, pero maravilloso y encantador. Gracias a su sociabilidad y movilidad extraordinarias, los guiliakos se han emparentado hace mucho con los pueblos vecinos, de suerte que es casi imposible encontrar un guiliako *pur-sang*, sin mezcla de elementos mongoles, tungusos o ainos.

El rostro del guiliako es redondeado, aplastado, con forma de luna, amarillento, de pómulos salientes, sucio, con ojos oblicuos y barba rala, casi inexistente. El pelo es lacio, negro, áspero, recogido en la nuca en una coleta. La expresión no es fiera, sino comprensiva, amable, ingenua, atenta. Tan pronto esboza una sonrisa amplia y candorosa como se vuelve pensativo y triste como una viuda. Cuando se sitúa de perfil con su fina barbita, su coleta y su aire simplón y afeminado, podría servir de modelo para un retrato de Kutiekin^[52]; en esas ocasiones se comprende por qué algunos viajeros han considerado a los guiliakos una tribu caucasiana.

Remito a los lectores que busquen un conocimiento más profundo de los guiliakos a los especialistas en etnografía, como L. I. Shrenk^[53]. En cuanto a mí, me limitaré a aquellas particularidades propias de las condiciones naturales locales que, directa o indirectamente, pueden aportar indicaciones útiles y prácticas a los colonizadores sin experiencia.

El guiliako tiene una constitución robusta y rechoncha; es de talla media, incluso pequeña. Una altura elevada constituiría un estorbo en la taiga. Sus huesos son gruesos y se distinguen por el notable desarrollo de las apófisis, crestas y eminencias donde se insertan los músculos, lo que presupone una musculatura muy desarrollada y vigorosa, hecha para librar una lucha constante con la naturaleza. Su cuerpo es seco, fibroso, sin acumulación de grasa; no se ven guiliakos gordos u obesos. Por lo visto, quema todas las grasas para generar las grandes cantidades de calor que un cuerpo necesita en Sajalín para contrarrestar las pérdidas producidas por las bajas temperaturas y la humedad excesiva, circunstancia que explica por qué su alimentación es tan grasienta: carne de foca, salmón, esturión y ballena; también toma carne sanguinolenta, todo en grandes cantidades, en estado crudo, seco y a menudo congelado. Esa alimentación hace que los puntos de inserción de los músculos masticadores estén muy desarrollados y la dentadura seriamente dañada. Su alimentación es exclusivamente animal; solo en raras ocasiones, cuando come en su casa o participa en un festín, añade a la carne y el pescado ajo manchuriano o bayas. Según las observaciones de Nevelskói, el guiliako considera la agricultura un gran pecado: quien cultiva la tierra o planta un árbol no tarda en morir. No obstante, le gusta mucho el pan, que conocen a través de los rusos, y lo comen como si se tratara

de una golosina; en la actualidad no es infrecuente encontrar guiliakos en Aleksándrovsk o Ríkovskoie llevando una hogaza de pan bajo el brazo.

Su ropa se ha adaptado al clima frío, húmedo y marcado por cambios bruscos. En verano suelen llevar una camisa azul de algodón y pantalones del mismo material, y, por si acaso, una zamarra o una chaqueta de piel de foca o de perro sobre los hombros. Como calzado utilizan botas de piel. En invierno llevan pantalones de piel. Pero sus prendas, hasta las de más abrigo, están cortadas y cosidas de tal modo que no entorpezcan sus ágiles y rápidos movimientos cuando caza o conduce un trineo de perros. A veces, tratando de parecer elegantes, se ponen las batas de los presos. Hace ochenta y cinco años Kruzenshtern vio a un guiliako ataviado con un suntuoso traje de seda «recamado de numerosas flores». Hoy día no se encontraría un petimetre semejante en Sajalín aunque se le buscara con una lamparilla.

En lo que se refiere a la yurta guiliaka, sus características están condicionadas por la humedad y el frío del clima. Hay yurtas de verano y de invierno. Las primeras están construidas sobre pilotes; las segundas son cuevas, con paredes de tablas y forma de pirámide truncada; el exterior de la cueva está cubierto de tierra. Boshniak pasó la noche en una yurta que consistía en un agujero de un *arshin* y medio de profundidad, excavado en la tierra y recubierto, a guisa de tejado, de gruesos troncos. Esas yurtas están construidas con materiales que cuestan poco y están al alcance de la mano; por eso, en caso de necesidad, sus moradores las abandonan sin pena. Son cálidas y secas y, en cualquier caso, bastante mejores que las húmedas y frías chozas de corteza en las que viven nuestros presos cuando trabajan en las carreteras o los campos. Las yurtas de verano podrían recomendarse a los horticultores, mineros, pescadores y, en general, a todos aquellos presos y colonos que trabajen fuera de la cárcel o de sus casas.

Los guiliakos no se lavan jamás, de modo que hasta a los etnógrafos les resulta difícil determinar el verdadero color de su piel; tampoco lavan la ropa interior; en cuanto a sus prendas de piel y sus botas tienen el aspecto de haber sido arrancados cinco minutos antes de un perro muerto. Los guiliakos despiden un olor fuerte y penetrante, y la cercanía de sus viviendas se reconoce por el olor repugnante, a veces apenas soportable, del pescado curado y los desechos podridos. Por lo común, cerca de cada yurta hay un secadero, lleno hasta los topes de pescados abiertos y extendidos que, vistos de lejos, sobre todo cuando los ilumina el sol, parecen hilos de coral. Al lado de esos secaderos, Kruzenshtern vio una enorme cantidad de gusanos, que formaban una capa de una pulgada de espesor. En invierno la yurta está llena de un humo acre que proviene del hogar, pero también del tabaco que fuman los guiliakos, sus mujeres e incluso sus hijos. No se sabe nada de su morbilidad y su mortalidad, pero es de suponer que esas condiciones higiénicas tan poco saludables no dejarán de tener influencias nocivas en su salud. Tal vez a ello se deba su baja estatura, la hinchazón de su rostro y cierta indolencia y lentitud en sus movimientos; tal vez haya que atribuir en parte a esa circunstancia su débil resistencia a las epidemias. Por

ejemplo, se sabe que la viruela causó enormes estragos. En el extremo septentrional de Sajalín, entre los cabos de Yelizaveta y María, Kruzenshtern halló un asentamiento de veintisiete familias, de las que P. P. Glen, que participó en la célebre expedición a Siberia de 1860, no encontró más que trazas; según sus palabras, en otros puntos de la isla solo vio huellas de una población antes más numerosa. Los guiliakos le dijeron que en el transcurso de los últimos diez años, es decir, después de 1850, la viruela había diezariado considerablemente la población. Es poco probable que las terribles epidemias de viruela que asolaron en los años pasados Kamchatka y las islas Kuriles no afectaran a Sajalín. Evidentemente, lo más terrible no es la viruela, sino la escasa resistencia de los guiliakos; si se desatara en Sajalín una epidemia de tifus exantemático o de difteria y llegara hasta las yurtas guiliakas, causaría el mismo efecto devastador que la viruela. Durante mi estancia en la isla no tuve noticias de ninguna epidemia; puede decirse que en los últimos veinte años no se ha producido ninguna, excepto, tal vez, una conjuntivitis infecciosa que aún se observa en nuestros días.

El general Kononóvich autorizó la admisión y la atención de los indígenas enfermos en el hospital militar del distrito a costa del Estado (Ordenanza N.º 335, año 1890). No disponemos de observaciones directas sobre las enfermedades de los guiliakos, pero se puede tener cierta idea de ellas a partir de las causas: la falta de higiene, el desmedido consumo de alcohol, la larga frecuentación de chinos y japoneses^[54], la cercanía incesante de los perros, los traumatismos, etc. No cabe duda de que enferman con frecuencia y necesitan asistencia médica. Si las circunstancias les permitieran aprovecharse del decreto que les garantiza su admisión en las enfermerías, los médicos locales tendrían la posibilidad de observarlos más de cerca. La medicina no está en condiciones de frenar esa fatal mortandad, pero tal vez podría definir bajo qué condiciones nuestra intromisión en sus vidas sería menos nociva.

Sobre el carácter de los guiliakos los autores emiten opiniones diversas, pero todos están de acuerdo en que no es un pueblo belicoso, rechaza las disputas y las riñas y vive en paz con sus vecinos. Reciben la llegada de hombres nuevos con recelo, temiendo por su futuro, pero siempre se muestran amables, nunca se rebelan; a lo más que llegan es a mentir, describiendo Sajalín con tonos exageradamente sombríos, con la esperanza de alejar a los extranjeros de la isla. Recibieron a los compañeros de Kruzenshtern con los brazos abiertos y cuando L. I. Shrenk enfermó, la noticia se extendió a gran velocidad y fue acogida con sincero pesar. Solo mienten cuando comercian o hablan con una persona a la que consideran sospecha o peligrosa, pero antes de formular la mentira intercambian miradas como los niños. Les repugna todo tipo de falsedad o jactancia en la vida diaria, fuera de la esfera de los negocios. Pude convencerme de ello un día, en Ríkovskoie, hablando con dos guiliakos a los que les parecía que estaba mintiendo. Era por la tarde. Los dos guiliakos, uno con barba y otro con rostro mofletudo de mujer, estaban tumbados sobre la hierba frente a la isba de un colono. Pasé a su lado. Me pidieron que me

acercara y me rogaron que entrara en la isba y les sacara sus ropas de abrigo, que habían dejado allí por la mañana. Ellos no se atrevían a hacerlo. Les dije que yo tampoco tenía derecho a entrar en una casa ajena cuando no estaba el dueño. Guardaron silencio.

—¿Eres un preso político? —me preguntó el guiliako con el rostro de mujer.

—No.

—¿Entonces un escribe-escribe? —añadió, viendo el papel que llevaba en la mano.

—Sí, escribo.

—¿Y qué sueldo recibes?

Ganaba unos trescientos rublos al mes, así que mencioné esa cantidad. No es posible describir qué impresión tan desagradable y hasta dolorosa les causó mi respuesta. Los dos guiliakos se apretaron el vientre con las manos e, inclinándose hacia el suelo, empezaron a balancearse como si les doliera el estómago. Sus rostros expresaban desolación.

—Ah, ¿cómo puedes hablar así? —decían—. ¿Por qué has dicho algo tan terrible? ¡Ah, qué terrible! ¡No deberías hacer eso!

—¿Qué hay de malo en lo que he dicho? —pregunté.

—Butakov, el jefe del distrito, que es un gran hombre, recibe doscientos; tú no eres un jefe, sino un simple escribe-escribe. ¿Cómo vas a ganar trescientos? ¡No has dicho la verdad! ¡No deberías hacer eso!

Traté de explicarles que el jefe de distrito, aunque era un gran hombre, estaba siempre en el mismo lugar y por tanto solo recibía doscientos; yo, en cambio, aunque solo era un escribe-escribe, había viajado desde muy lejos, había recorrido más de diez mil verstas y tenía más gastos que Butakov, por lo necesitaba más dinero. Eso tranquilizó a los guiliakos. Se miraron uno a otro, hablaron en su idioma y dejaron de sufrir. Por la expresión de sus rostros se veía que me habían creído.

—Es verdad, es verdad... —exclamó vivamente el de la barba—. Está bien. Puedes irte...

—Es verdad —afirmó el otro—. Vete...

Cuando un guiliako acepta una misión, la desempeña con todo cuidado; todavía no se ha dado el caso de un guiliako que abandone el correo en medio del camino o estropee un objeto ajeno. Poliákov, que tuvo que tratar con sus barqueros, escribió que son muy puntillosos en el cumplimiento de sus obligaciones y se distinguen especialmente cuando transportan mercancías del Estado. Son animosos, despiertos, alegres, desenfadados y no sienten ningún atoramiento en presencia de hombres importantes y ricos. No reconocen ningún tipo de autoridad y, por lo visto, desconocen lo que significa «superior» e «inferior». En su *Historia de Siberia*, I. Fischer dice que el renombrado Poliákov visitó a los guiliakos en una época en que «no se encontraban sometidos a ninguna autoridad». Tienen una palabra, *dzhanchin*, que hace referencia a la superioridad, pero la aplican indistintamente a los generales y

a los comerciantes ricos que atesoran gran cantidad de tejido y tabaco. Cuando vieron el retrato del zar que tenía Nevelskói, le dijeron que debía de ser un hombre de gran fuerza, con capacidad para distribuir mucho tejido y tabaco.

El comandante de la isla goza de un poder enorme y hasta terrible, pero un día en que viajaba en su compañía desde Verjni Armudán hasta Arkovo, nos encontramos con un guiliako que, sin ningún empacho, nos gritó un imperativo «¡Alto!» y a continuación nos preguntó si habíamos visto por el camino a su perro blanco. Los guiliakos, como se ha dicho y se ha escrito, desconocen la noción de autoridad familiar. El padre no piensa que es superior a su hijo y el hijo no siente respeto por el padre y vive como se le antoja. Una madre de avanzada edad no tiene más poder en la yurta que su hija adolescente. Boshniak escribe que vio varias veces cómo un hijo golpeaba a su madre y la echaba de casa sin que nadie se atreviera a levantar la voz. Todos los miembros masculinos de una misma familia ostentan la misma autoridad. Si se convida a vodka, hay que ofrecer incluso a los más pequeños. En cuanto a las mujeres, carecen de derechos, ya se trate de una abuela, una madre o una niña de pecho. Se las trata como animales domésticos, como un objeto que pueden tirarse o venderse, o como un perro al que se expulsa a patadas. No obstante, los perros reciben caricias alguna vez; las mujeres, nunca. Conceden menos importancia a una boda que a una borrachera, no la acompañan de ningún rito religioso o pagano. El guiliako troca una lanza, una barca o un perro por una muchacha, la lleva a su yurta, yace con ella sobre una piel de oso, y eso es todo. La poligamia está admitida pero no muy extendida, aunque aparentemente las mujeres son más numerosas que los hombres. El desprecio por la mujer, a la que se considera una criatura inferior o un objeto, llega en los guiliakos a tal extremo que ni siquiera consideran reprehensible reducirlas a esclavitud, en el sentido más exacto y literal de la palabra. Según atestigua Shrenk, los guiliakos suelen llevar mujeres ainas en calidad de esclavas. No cabe duda de que para el guiliako la mujer no es más que una mercancía, igual que el tabaco o el tejido. Strindberg, escritor sueco famoso por su misoginia, que desearía que la mujer estuviera totalmente sometida a los caprichos del hombre, comparte los mismos principios que los guiliakos. Si algún día visitara Sajalín Meridional, los abrazaría calurosamente.

El general Kononóvich me dijo que quería rusificar a los guiliakos de Sajalín. Me pregunto con qué objeto. Por otra parte, ese proceso se inició mucho antes de la llegada del general, en concreto, cuando algunos funcionarios que recibían sueldos muy bajos empezaron a lucir ricas pellizas de piel de zorro o marta cibelina, y en las yurtas guiliakas aparecieron botellas de vodka^[55]. Más tarde a lo guiliakos se les ofreció la posibilidad de tomar parte en la persecución de los fugitivos, estableciéndose una recompensa por su captura, muertos o vivos. El general Kononóvich promulgó un decreto en que se autorizaba la contratación de guiliakos como carceleros. En uno de esos textos precisa que tomó esa decisión en razón de la extrema carencia de hombres familiarizados con el lugar y para facilitar la relación de

las autoridades con los indígenas. De viva voz me confesó que esa nueva medida perseguía también el objetivo de la rusificación. Los primeros guiliakos que aceptaron el título de carcelero fueron Vaska, Ibalka, Orkun y Pablinka (Ordenanza N.º 308, 1889). Luego Ibalka y Orkun fueron despedidos «por sus continuas faltas de asistencia a la oficina de la administración para recibir instrucciones» y se nombró a Sofronka (Ordenanza N.º 426, 1889). Vi a esos carceleros. Tienen una placa y un revólver. El más notorio y popular es Vaska, un borracho hábil y astuto. Un día, al entrar en la tienda del fondo colonial, me encontré a varios representantes de la *intelligentsia*; Vaska estaba en el umbral; alguien, señalando un estante lleno de botellas, dijo que si una persona se bebiera todo eso, se cogería una buena borrachera. Entonces, Vaska esbozó una sonrisa servil y obsequiosa. Poco antes de mi llegada un carcelero guiliako había disparado a un preso estando de servicio y los sabios locales solo se ocuparon de una cuestión: si había disparado de frente o por la espalda, es decir, si se debía arrestar al guiliako o no.

No es necesario demostrar que el acercamiento de los nativos al penal no es un medio de rusificación, sino un medio de depravación. Aún están lejos de comprender nuestras exigencias y dudo que estemos en condiciones de hacerles entender que a los presos se les captura, se les priva de libertad, se les infligen heridas y a veces se les mata, no por capricho, sino en interés de la justicia. Ellos lo interpretan como un acto de violencia, una manifestación de brutalidad, y probablemente se consideran asesinos a sueldo^[56]. Si la rusificación es totalmente necesaria e indispensable, creo que, a la hora de elegir los medios, habría que tener en cuenta sus propias exigencias y no las nuestras. El decreto que autoriza su admisión en el hospital militar del distrito, la distribución de harina y grano como se hizo en 1886, durante un periodo de hambruna cuyas causas ignoro, la orden de no confiscar sus bienes por deudas y la condonación de esa deuda (Ordenanza N.º 204, 1890), así como medidas similares, probablemente alcanzarán ese objetivo con mayor rapidez que la distribución de placas y revólveres.

Además de los guiliakos, en Sajalín Septentrional vive un pequeño número de orokis u orochis, una tribu tungusa. Pero, como en la colonia penitenciaria apenas se sabe nada de ellos y en los límites de su territorio todavía no se alzan asentamientos rusos, me limito solo a mencionarlos.

XII

MI PARTIDA PARA EL SUR – UNA DAMA JOVIAL – LA COSTA OCCIDENTAL – LAS CORRIENTES – MAUKA – KRILON – ANIVA – EL PUESTO DE KÓRSAKOV – NUEVOS CONOCIDOS – EL VIENTO DE LEVANTE – EL CLIMA DE SAJALÍN MERIDIONAL – LA CÁRCEL DE KÓRSAKOV – EL RETÉN DE BOMBEROS

El 10 de septiembre me encontraba de nuevo a bordo del vapor *Baikal*, ya conocido por el lector, esta vez para trasladarme a Sajalín Meridional. Sentí un gran placer al marcharme, ya que estaba aburrido de la parte norte de la isla y tenía necesidad de nuevas impresiones. El *Baikal* levó anclas poco después de las nueve de la noche. Reinaba una gran oscuridad. Me encontraba solo en la popa y, mirando hacia atrás, me despedía de ese pequeño mundo sombrío, guarnecido del mar por los Tres Hermanos, que en ese momento apenas se perfilaban contra el cielo y en medio de la oscuridad parecían tres monjes negros; a pesar del ruido del vapor, podía oír cómo las olas rompían en los arrecifes. Pero pronto el cabo Zhonker y los Tres Hermanos quedaron atrás y desaparecieron en la oscuridad; en mi caso, para siempre. El bramido de las olas, en el que vibraba una angustia impotente y rabiosa, se fue aquietando poco a poco... Habíamos recorrido unas ocho verstas cuando en la orilla brillaron unas luces: era la terrible cárcel de Voievodsk; poco después aparecieron las luces de Dué. Pero pronto todo eso desapareció también y solo quedó la oscuridad y un sentimiento terrible, como el que se tiene después de un sueño desagradable y siniestro.

Cuando bajé al interior del barco, encontré una alegre compañía. Aparte del comandante y sus oficiales, se hallaban también en la sala algunos pasajeros: un joven japonés, una dama, un funcionario de intendencia y el padre Irakli, superior de un convento, que me seguía al sur para hacer juntos el viaje de regreso a Rusia. Nuestra compañera de viaje, esposa de un oficial de la marina, había salido huyendo de Vladivostok, aterrorizada por el cólera, pero ahora, ya más tranquila, había decidido regresar. Tenía un carácter envidiable. Bastaba el motivo más insignificante para que estallara en las más sinceras y joviales carcajadas, que llegaban hasta la extenuación, hasta las lágrimas. Empezaba a contar algo, tartamudeando, y de pronto su risa y su alegría se derramaban como una cascada; al verla, también yo me echaba a reír, luego el padre Irakli y a continuación el japonés. «¡Vaya!», decía finalmente el comandante, agitando la mano y dejándose ganar también por la hilaridad. Es probable que no haya habido nunca en el estrecho de Tartaria, normalmente tan severo, tantas carcajadas. A la mañana siguiente nos encontramos en cubierta para

charlar el padre superior, la dama, el japonés y yo. Y de nuevo estallaron las risas; solo faltó que las ballenas sacaran la cabeza del agua y también se echaran a reír.

Además, como hecho a propósito, el tiempo era cálido, sereno y luminoso. A la izquierda, cerca de nosotros, se distinguía la verde orilla de Sajalín, precisamente su parte deshabitada y virgen, aún no tocada por la colonia penitenciaria; a la derecha, en el aire claro, de una transparencia perfecta, se vislumbraba apenas la costa de Tartaria. En ese punto el estrecho se parece más a un brazo de mar que en Dué y el agua no es tan turbia como en las cercanías de Dué. Todo es más espacioso y se respira mejor.

Por su posición geográfica, el tercio inferior de Sajalín corresponde a Francia; de no ser por las corrientes frías, dispondríamos de una región encantadora que no poblarían solo los Shkandiba y los Bezbozhni. Las corrientes frías, que proceden de las islas septentrionales y en las que se ven icebergs incluso al final del verano, bañan las dos costas de Sajalín; la costa oriental, más abierta a las corrientes y a los vientos fríos, es especialmente pobre: la naturaleza es muy austera y la flora verdaderamente polar; la costa occidental es mucho más afortunada, pues la influencia de la corriente fría está mitigada por la presencia de una corriente cálida que viene de Japón, conocida con el nombre de Kuro-Sivo. No cabe duda de que, cuanto más se avanza en dirección sur, más calor hace; en la parte meridional de la costa occidental se observa una flora relativamente rica, pero, de todas formas, muy alejada de las de Francia o Japón^[57].

No deja de sorprender que los colonizadores de Sajalín lleven treinta y cinco años sembrando trigo en la tundra y construyendo buenos caminos en lugares en los que solo pueden prosperar los moluscos inferiores, mientras la parte más cálida de la isla, la zona meridional de la costa occidental, está en un completo abandono. Con unos binoculares e incluso a simple vista podían verse desde el vapor los excelentes bosques de la orilla y las laderas cubiertas de hierba verde, brillante y probablemente suculenta; pero ni una vivienda ni un alma. En realidad, una vez, en la segunda jornada de nuestra travesía, el comandante me llamó la atención sobre un grupo de isbas y cobertizos y comentó: «Es Mauka».

Hace mucho que en Mauka se recoge la col de mar, muy apreciada por los chinos, y como el negocio se ha organizado con seriedad y ha dado jugosos dividendos a muchos rusos y extranjeros, el lugar goza de popularidad en Sajalín. Se encuentra cuatrocientas verstas al sur de Dué, a 47° de latitud norte, y se distingue por su clima relativamente suave. Antaño la empresa estaba en manos de los japoneses. En época de Mitsul en Mauka había más de treinta edificaciones japonesas, en las que vivían de forma permanente cuarenta personas de ambos sexos; en primavera llegaban desde Japón trescientas personas más. Trabajaban con los ainos, que entonces constituían la mano de obra principal. En la actualidad el negocio de la col de mar está en manos del comerciante ruso Semiónov, cuyo hijo reside en Mauka. Las operaciones están supervisadas por el escocés Demby, un hombre ya mayor y, por lo visto, bastante

entendido. Tiene una casa en Nagasaki. Cuando le conocí y le dije que probablemente pasaría el otoño en Japón, me ofreció amablemente que me alojara en su casa. Semiónov emplea chinos, coreanos y rusos. Nuestros colonos empezaron a dirigirse a esa zona en busca de trabajo en 1886, seguramente por propia iniciativa, ya que a los inspectores de la cárcel siempre les ha interesado más el chucrut que la col de mar. Los primeros intentos no tuvieron mucho éxito, pues los rusos estaban poco familiarizados con el aspecto estrictamente técnico del negocio. Hoy día se han acostumbrado al trabajo y, aunque Demby no están tan satisfecho de ellos como de los chinos, es lógico suponer que con el tiempo varios centenares de colonos puedan ganarse aquí el pan.

Mauka se ha incorporado al distrito de Kórsakov. En la actualidad viven en la colonia treinta y ocho personas: treinta y tres hombres y cinco mujeres. Los treinta y tres hombres dirigen su propia hacienda. Tres de ellos ya han alcanzado la condición de campesinos. Las mujeres son todas condenadas y viven en calidad de cohabitantes. No hay niños ni iglesia. Los habitantes deben aburrirse mortalmente, sobre todo en invierno, cuando los trabajadores abandonan sus ocupaciones. La administración civil se compone de un único vigilante y la militar de un cabo y tres soldados rasos^[58].

La comparación de Sajalín con un esturión es especialmente válida para la parte meridional, que se parece efectivamente a una cola de pescado. La mitad izquierda de la cola se llama cabo Krilon, la derecha cabo Aniva, y el golfo semicircular que se extiende entre ambos, golfo de Aniva. El cabo Krilon, en cuyas inmediaciones nuestro vapor viró bruscamente hacia el noreste parece, a la luz del sol, un enclave bastante atractivo, y el faro rojo y solitario que lo corona recuerda una casa señorial. Es un gran promontorio que desciende en dulce pendiente hasta el mar, verde y suave como un bello prado inundado. A su alrededor, el campo aparece cubierto de aterciopeladas hierbas; en ese paisaje sentimental solo falta un rebaño que pastara en la sombra, cerca de un bosquecillo. Pero dicen que la hierba del lugar no vale nada y que sería difícil desarrollar la agricultura, ya que, durante la mayor parte del verano, el cabo Krilon está cubierto de unas brumas salinas que tienen un efecto nefasto en la vegetación^[59].

Doblamos el cabo Krilon y entramos en el golfo de Aniva el 12 de septiembre, antes del mediodía. Se podía ver toda la costa desde un cabo a otro, aunque el golfo tiene un diámetro de unas ochenta o noventa verstas^[60]. Más o menos en el medio hay un pequeño entrante que se llama bahía o cala de Lósosei (de los Salmones). Es allí donde se encuentra el puesto de Kórsakov, el centro administrativo del distrito meridional. A nuestra compañera de viaje, la dama jovial, le esperaba una agradable sorpresa: el *Vladivostok*, un vapor de la Flota Voluntaria, se encontraba en la rada, recién llegado de Kamchatka, y a bordo se encontraba su marido, el oficial de marina. ¡Cuántas exclamaciones, risas incontenibles y revuelos motivó ese descubrimiento!

Vista desde el mar, la ciudad tiene un aire no del todo siberiano, sino de otra clase que no acierto a definir. Se fundó hace casi cuarenta años, cuando a lo largo de la

costa meridional se desperdigaban en desorden algunas casas y cobertizos japoneses; es muy posible que la proximidad de las construcciones japonesas ejerciera alguna influencia en su aspecto exterior y le comunicara ciertos rasgos característicos. Se considera que el año de la fundación de Kórsakov es 1869, pero esa fecha solo hace referencia a la fundación de la colonia penitenciaria. En realidad, el primer puesto ruso en la bahía de los Salmones se remonta a 1853-54. Se asienta en una depresión del terreno que sigue llevando el nombre japonés de Hahka-Tomari y desde el mar solo se ve su calle principal; desde la lejanía parece como si la calzada y las dos hileras de casas descendieran bruscamente por la orilla, pero se trata de un efecto óptico; en realidad la pendiente no es tan pronunciada. Las nuevas construcciones de madera brillan y refulgen al sol y se vislumbra la iglesia blanca, de una arquitectura antigua, sobria y bella. Todas las casas disponen de altos postes, probablemente para las banderas, lo que confiere a la aldea una apariencia desagradable y erizada. Aquí, como en las radas del norte, los navíos anclan a una e incluso dos verstas de la orilla; el muelle solo pueden utilizarlo los cúteres de vapor y las barcazas. A nuestro vapor se acercó un cúter lleno de funcionarios y enseguida se oyeron alegres voces: «¡Boy, una cerveza! ¡Boy, un coñac!». Luego se aproximó una ballenera, en la que remaban presos vestidos de marineros; I. I. Beli, el jefe del distrito, manejaba el timón. Cuando la ballenera alcanzó la escala, ordenó a la manera militar: «¡Remos arriba!».

Al cabo de unos instantes el señor Beli y no nos presentamos; luego desembarcamos juntos y cené en su compañía. De la conversación que tuvimos pude deducir, entre otras cosas, que acababa de regresar en el *Vladivostok* de un lugar llamado Taraika, en la costa del mar de Ojotsk, donde los presos estaban construyendo una carretera.

Su vivienda es pequeña, pero agradable y lujosa. Ama las comodidades y la buena cocina, y eso se refleja en todo el distrito que está bajo su jurisdicción; durante mis desplazamientos, encontré en las viviendas de los vigilantes y en los puestos, no solo cuchillos, tenedores y copas, sino incluso servilletas limpias y guardianes capaces de preparar una sabrosa sopa; y, sobre todo, no había tantas cucarachas y chinches como en el norte. Según me contó el señor Beli, cuando estuvo inspeccionando la construcción de la carretera en Taraika, vivía confortablemente en una tienda de campaña, tenía un cocinero a su servicio y en sus ratos de ocio leía novelas francesas^[61]. Es de origen ucraniano y en sus tiempos fue estudiante de derecho. Es joven, pues aún no ha cumplido los cuarenta años, la edad media de los funcionarios de Sajalín.

Los tiempos han cambiado. Ahora los funcionarios jóvenes son más comunes que los viejos en los lugares de deportación; y si un pintor retratara, pongamos por caso, cómo es azotado un fugitivo, en lugar del tradicional capitán borracho, viejo y con la nariz roja, aparecería un joven instruido con un uniforme nuevecito.

Mientras charlábamos, cayó la noche y encendieron las luces. Me despedí del hospitalario señor Beli y me dirigí a casa del secretario del departamento de policía,

donde se me había preparado un alojamiento. Todo estaba oscuro y en silencio, se oía el sordo rugido del mar y el cielo estrellado tenía un aire sombrío, como si presintiera que la naturaleza preparaba alguna celada. Atravesé la calle principal, casi hasta el mar; los barcos seguían en la rada; cuando giré a la derecha, oí voces y carcajadas y distinguí, en medio de la oscuridad unas ventanas brillantemente iluminadas. Parecía como si me estuviese aproximando al casino de una ciudad perdida en una noche otoñal. Era la vivienda del secretario. Subí hasta la terraza por unos peldaños vetustos y chirriantes y entré en la casa. En el salón, como dioses entre las nubes, se movían, en medio del humo de tabaco, un ambiente cargado de taberna o de lugar muy húmedo, varios hombres vestidos de uniforme y otros de civil. Conocía a uno de ellos, el señor von F., inspector de agricultura —nos habían presentado con anterioridad en Aleksándrovsk—, pero a los demás los veía por primera vez, aunque todos me recibieron con tanta cordialidad como si fuéramos viejos conocidos. Me condujeron hasta la mesa y me obligaron a beber vodka, es decir, alcohol diluido en un volumen igual de agua, y un coñac de pésima calidad; también tuve que comer una carne durísima que preparaba y servía Jomenko, un preso ucraniano de bigote negro. Había otro desconocido en la reunión, E. V. Shtelling, director del observatorio magnético y meteorológico de Irkutsk, que había llegado en el *Vladivostok* procedente de Kamchatka y Ojotsk, donde estaba haciendo gestiones para la creación de estaciones meteorológicas. También conocí al mayor Sh., el inspector de la prisión de Kórsakov, que había trabajado a las órdenes del general Gresser en la policía de San Petersburgo. Era un hombre alto y grueso, con ese porte sólido e imponente que hasta la fecha solo he podido observar en algunos comisarios de barrio y de distrito. Hablándome de sus breves encuentros con muchos escritores famosos de San Petersburgo, el mayor se refería a ellos por sus diminutivos: Misha, Vania; y cuando me invitó a desayunar y comer en su casa, en un par de ocasiones me tuteó^[62].

Era más de la una de la madrugada cuando los invitados se marcharon y pude acostarme. De pronto, se oyó un silbido y un aullido: se había levantado viento de levante. Por eso, desde la tarde, el cielo tenía un aspecto tan sombrío. Jomenko, que venía de la calle, nos informó de que las embarcaciones habían zarpado, pero que poco después había estallado una violenta tormenta. «Hay muchas posibilidades de que vuelvan —dijo riendo—. No podrán superarla». La habitación se volvió fría y húmeda; seguramente la temperatura no superaba los seis o siete grados. El pobre F., joven secretario del departamento de policía, no podía dormir, tanto tosía y se sonaba. El capitán K., que compartía su habitación, tampoco podía conciliar el sueño; dio unos golpecitos en el tabique que nos separaba y dijo:

—Recibo *Nedelia*. ¿Quiere leerla?

Por la mañana hacía frío en todas partes: en la cama, en la habitación y en la calle. Cuando salí, caía una lluvia helada, los árboles se doblaban al empuje del viento, el mar rugía y cuando las ráfagas arreciaban las gotas de lluvia golpeaban el rastro y repiqueteaban en las techumbres como perdigones. El *Vladivostok* y el *Baikal*, en

efecto, no «habían superado» la tormenta, habían regresado y estaban anclados en la rada, envueltos en la bruma. Paseé por las calles y por la orilla, hasta las inmediaciones del embarcadero. La hierba estaba empapada, los árboles goteaban.

En el muelle, cerca de la caseta del vigilante, yacía el esqueleto de una joven ballena que en otro tiempo vagó alegre y feliz por la inmensidad de los mares del norte; ahora los blancos huesos del gigante reposaban en el barro, ablandados por la lluvia... La calle principal está pavimentada, bien conservada, dispone de aceras, faroles y árboles; un viejo con la marca de criminal la barre todos los días. Todos los edificios que la circundan son oficinas públicas y alojamientos de funcionarios, en los que no vive ni un solo exiliado. En su mayor parte son construcciones nuevas, de apariencia agradable, desprovistas de esa pesadez administrativa que caracteriza las de Dué. Si se toma el conjunto de las cuatro calles que forman Kórsakov, hay más edificios viejos que nuevos y las casas de veinte o treinta años no son raras. En Kórsakov hay más edificaciones viejas y más funcionarios viejos que en el norte, indicio de que el sur probablemente predispone más que los dos distritos septentrionales a una vida sedentaria y apacible. Según tuve ocasión de observar, aquí la vida tiene un carácter más patriarcal, la gente es más conservadora y las costumbres, incluso las malas, gozan de mayor vigencia. Así, en comparación con el norte, se recurre con más frecuencia a los castigos corporales y a veces cincuenta hombres son azotados en una sola sesión. Además, únicamente en el sur se ha conservado una estúpida costumbre, introducida hace mucho tiempo por un coronel ya olvidado, según la cual cuando, cualquier hombre libre se acerca por la calle o la orilla del mar a un grupo de detenidos, a cincuenta pasos del encuentro, se oye el grito del vigilante: «¡Gorros fuera!». Y los presos, taciturnos, con la cabeza descubierta, pasan a vuestro lado, mirándoos de reojo, como si temieran que, de haberse descubierto a veinte o treinta pasos en lugar de los cincuenta reglamentarios, podríais haberles dado un bastonazo, como hacen el señor Z. o el señor N.

Lamento no haber encontrado con vida al oficial más viejo de Sajalín, el capitán adjunto Shishmariov, que en razón de su avanzada edad habría podido disputar el título de residente más antiguo al propio Mikriukov. Murió unos meses antes de mi llegada y solo pude ver la casa en la que vivía. Se estableció en Sajalín cuando aún no existía el penal; en definitiva, hace tanto tiempo que incluso se ha creado una leyenda sobre «los orígenes de Sajalín», en la que el nombre de ese oficial está estrechamente ligado a un cataclismo geológico, ocurrido en una edad lejana, cuando Sajalín no existía; de pronto, como consecuencia de perturbaciones de origen volcánico, un escollo se alzó por encima del nivel del mar, y en él había dos criaturas: un león marino y el capitán adjunto Shishmariov.

Se cuenta que llevaba una levita de punto con charreteras y galones y que en los documentos oficiales llamaba a los indígenas «salvajes moradores de los bosques». Tomó parte en algunas expediciones y navegó por el río Tim con Poliákov. El informe de la expedición prueba que discutieron.

El puesto de Kórsakov cuenta con ciento sesenta y tres habitantes: noventa y tres hombres y setenta mujeres que, sumados a los ciudadanos libres, los soldados, sus esposas e hijos y los presos que pernoctan en la cárcel, suponen algo más de mil.

Hay cincuenta y siete propiedades, pero no se trata de granjas agrícolas, sino más bien de construcciones burguesas. Desde el punto de vista de la agricultura, son totalmente insignificantes. El total de tierra de labor es de tres *desiatinas*, más dieciocho de pastos, que comparten con la prisión. No hay que ver lo apretujadas que están las casas y cómo se incrustan pintorescamente a las laderas y el fondo del barranco para comprender que la persona que eligió este lugar no tuvo en cuenta que, además de militares, también debía albergar agricultores. Cuando se les pregunta de qué viven y en qué se ocupan, los propietarios responden: «Un trabajito por aquí, un pequeño negocio por allá...». En lo que respecta a las ganancias complementarias, la situación de los habitantes de Sajalín Meridional no es tan desesperada como en el norte, como el lector verá más adelante. Si lo desean, pueden ganar un sueldo, al menos durante los meses de primavera y de verano, pero la población de Kórsakov no parece muy interesada y, como buenos ciudadanos, viven de recursos inciertos; inciertos en el sentido de que son irregulares y ocasionales. Uno vive del capital que trajo de Rusia, otro es escribiente, un tercero sacristán, un cuarto tendero, aunque la ley lo prohíba; un quinto cambia los trastos viejos de los detenidos por vodka japonés que después revende, etc. Las mujeres, incluso las de condición libre, se dedican a la prostitución; ni siquiera una exiliada privilegiada, de la que se dice que acabó el instituto, escapa a esa regla. Aquí se pasa menos hambre y menos frío que en el norte. Los presos cuyas mujeres venden su cuerpo fuman tabaco turco a cuarenta kopeks el cuarto de libra; en definitiva la prostitución adquiere aquí tintes más preocupantes que en el norte, aunque es posible que la diferencia no sea grande.

De las cuarenta y una parejas existentes, veintiuna son ilegítimas. Solo hay diez mujeres de condición libre, es decir, dieciséis veces menos que en Ríkovskoie y hasta cuatro veces menos que en un agujero como Dué.

Entre los detenidos de Kórsakov se cuentan algunos personajes interesantes. Por ejemplo, el preso Píschikov, condenado a perpetuidad, cuyo crimen proporcionó a Uspenski el argumento de su obra *A solas*. Ese Píschikov mató a latigazos a su esposa embarazada de ocho meses, una mujer con estudios. El tormento se prolongó durante seis horas. Píschikov actuó de ese modo movido por los celos que le inspiraba la vida de soltera de su esposa, que durante la última guerra se había enamorado de un prisionero turco. El propio Píschikov llevó cartas de la joven al turco, le persuadió de que acudiera a una cita con ella y ayudó en lo que pudo a ambas partes. Luego, cuando el turco partió, la muchacha se enamoró de Píschikov por su bondad. Él se casó con ella y ya habían tenido cuatro hijos cuando un buen día un terrible ataque de celos le turbó el entendimiento.

Es un hombre alto, enjuto, bien parecido, con una gran barba. Trabaja como escribiente en el departamento de policía; por eso va vestido de civil. Es hacendoso,

muy cortés y, a juzgar por su expresión, vive encerrado en sí mismo. Estuve en su alojamiento, pero no lo hallé en casa. Ocupa una pequeña habitación en una isba; encima de la cama, limpia e impecable, cubierta con una manta roja de lana, cuelga el retrato de una dama, probablemente su mujer.

También es interesante la familia Giacomini, compuesta por el padre, un antiguo capitán de la marina mercante que servía en el mar Negro, su esposa y su hijo. En 1878 un tribunal militar de Nikoláievsk los juzgó a los tres y los condenó por un asesinato del que se declararon inocentes. La madre y el hijo ya han cumplido sus penas, pero el padre, Karp Nikoláievich, de sesenta y seis años, sigue siendo un presidiario. Tienen una tienducha y sus habitaciones están muy bien amuebladas, mejor incluso que las de Potiomkin, el ricachón de Novo-Mijaílovka. Los padres vinieron a pie a través de Siberia, mientras el hijo lo hizo por mar y llegó tres años antes. La diferencia es enorme. Los relatos del viejo ponen los pelos de punta. Vio y soportó horrores de todo tipo hasta que le juzgaron, padeció toda clase de tormentos en su peregrinación por diversas prisiones, ¡y luego tres años de marcha a través de Siberia! Su hija, una muchacha que había seguido voluntariamente a sus padres al exilio, murió extenuada por el camino; el navío que los llevaba a Kórsakov naufragó cerca de Mauka. Mientras el viejo me cuenta la historia completa, la mujer llora: «¡Bueno! —dice el viejo, encogiéndose de hombros—. Es la voluntad de Dios».

Desde el punto de vista del progreso, el puesto de Kórsakov se ha quedado muy atrasado con respecto a los distritos del norte. Así, todavía no dispone de telégrafo ni de estación meteorológica^[63]. Para juzgar el clima de Sajalín Meridional hay que recurrir a las anotaciones fragmentarias y ocasionales de los autores que han desempeñado allí sus funciones o que, como en mi caso, visitaron el lugar por poco tiempo. Según los datos de temperaturas medias proporcionados por esos informes, puede decirse que el verano, el otoño y la primavera son más calurosos en casi dos grados que en Dué, y el invierno más suave en casi cinco grados. Sin embargo, en el mismo Aniva, pero un poco más al este que Kórsakov, en Muraviosk, la temperatura es bastante más baja y se asemeja más a la de Dué. A ochenta y ocho verstas al norte de Kórsakov, en Naibuchi, el 11 de mayo de 1870, por la mañana, el comandante del *Vsadnik* anotó que estaba nevando y hacia una temperatura de dos grados bajo cero. Como puede ver el lector, el sur de Sajalín es muy poco meridional: el invierno es tan severo como en el distrito de Olonets y el verano se parece al de Arjángulesk. Kruzenshtern vio nieve en la orilla occidental del Aniva a mediados de mayo. Al norte del distrito de Kórsakov, exactamente en Kusunnai, donde se recoge la col de mar, se han registrado ciento cuarenta y nueve días de mal tiempo en un año, y más al sur, en Muraviosk, ciento treinta. En cualquier caso, el clima del distrito meridional es algo más benigno que en el norte y, por tanto, la vida debe de ser más fácil. En el sur, a veces se produce el deshielo en mitad del invierno, algo que nunca se ha observado en Dué o Ríkovskoie. El hielo de los ríos se resquebraja antes y el sol se abre paso entre las nubes con mayor frecuencia.

La cárcel de Kórsakov ocupa el punto más elevado del puesto y probablemente el más saludable. En el lugar donde la calle principal se topa con el muro de la cárcel hay un modesto portón, donde solo el letrero y la muchedumbre de presos que se amontona allí todas las tardes, a los que se hace pasar uno a uno por una portezuela para cachearlos, indica que no es un portón ordinario, sino la entrada de la cárcel. El patio ocupa un terreno en pendiente desde cuyo centro, a pesar del muro y de las construcciones adyacentes, se ve el mar azul y el horizonte lejano, por lo que se tiene la impresión de que es un lugar muy aireado. Al inspeccionar la cárcel lo primero que llama la atención es la tendencia de la administración a separar claramente a los presos de los colonos. En Aleksándrovsk los talleres de la cárcel y las viviendas de varios centenares de presos están desperdigados por todo el puesto; aquí todos los talleres e incluso la estación de bomberos se encuentran en el recinto de la prisión, fuera del cual no se permite residir, salvo raras excepciones, ni siquiera a los presos rehabilitados. El puesto es una cosa y la prisión otra; se puede vivir mucho tiempo en el puesto sin reparar en que al final de la calle hay una cárcel.

Los barracones son viejos, el aire de las celdas está viciado y las letrinas son mucho peores que las de las cárceles del norte; la panadería es sombría; las celdas de reclusión individual, heladoras, oscuras y sin aire. En más de una ocasión vi presos que temblaban de frío y de humedad. Solo una cosa es mejor que en el norte: la sala de los presos con grilletes es más amplia y el número de personas encadenadas relativamente menor. Los detenidos más limpios son los antiguos marineros, que también prestan más atención a su ropa^[64]. Cuando visité el lugar, solo pernoctaban en la cárcel cuatrocientas cincuenta personas; las demás habían sido enviadas a trabajar, principalmente en la construcción de carreteras. En total en el conjunto del distrito hay mil doscientos cinco presos.

El mayor placer del inspector de la cárcel consiste en enseñar a los visitantes el retén de bomberos. La verdad es que es extraordinario y que, en ese sentido, Kórsakov aventaja a muchas grandes ciudades. Los toneles, las bombas de incendio, las hachas en sus fundas: todo brilla como juguetes en una vitrina.

El inspector hizo sonar la alarma, y al instante, de todos los talleres salieron presos sin gorro y sin abrigo; en una palabra, tal como estaban. Al cabo de un minuto tiraban de los coches y rodaban por la calle, en medio de un enorme estruendo, en dirección al mar. El espectáculo era impresionante; el mayor Sh., creador de ese ejemplar convoy, estaba muy satisfecho y no paraba de preguntarme si me había gustado. La única pega es que, junto a hombres jóvenes, vi engancharse a los varales y correr a algunos viejos a los que habría sido más justo eximir de ese servicio, aunque solo fuera en consideración a su débil salud.

XIII

PORO-AN-TOMARI – EL PUESTO DE MURAVIOSK – PRIMER, SEGUNDO Y TERCER BARRANCO – SOLOVIOVKA – LIUTOGA – CABO GOLI – MITSULKA – LÍSTVENNICHNOIE – JOMUTOVKA – BOLSHAIA YELÁN – VLADÍMIROVKA – LA GRANJA O EMPRESA – LUGOVOIE – LAS YURTAS DEL POPE – BERIÓZNIKI – KRESTI – BOLSHOIE Y MALOIE TAKOE – GÁLKINO-VRÁSKOIE – DUBKI – NAIBUCHI – EL MAR

Iniciaré la descripción de los lugares habitados del distrito de Kórsakov por las colonias que se asientan a orillas del río Aniva. La primera, situada a cuatro verstas al sureste del puesto, lleva el nombre japonés de Poro-an-Tomari. Se fundó en 1882, en el emplazamiento de una antigua aldea aina. Tiene setenta y dos habitantes: cincuenta y tres hombres y diecinueve mujeres. Hay cuarenta y siete propietarios, treinta y ocho de los cuales carecen de familia. Aunque alrededor de la colonia no parece faltar el espacio, cada propietario solo dispone de un cuarto de *desiatina* de tierra de labor y menos de media *desiatina* de pastos, lo que significa que no hay más o que no es fácil de encontrar. Con todo, si Poro-an-Tomari estuviera en el norte, contaría ya con doscientos propietarios y ciento cincuenta copropietarios; en ese sentido, la administración de Sajalín Meridional es más comedida y prefiere fundar nuevas colonias antes que ampliar las viejas.

Apunté nueve ancianos con edades comprendidas entre los sesenta y cinco y los ochenta y cinco años. Uno de ellos, Jan Rycebowski, de setenta y cinco años, con su cabeza de soldado de los tiempos de Ochakiv, es tan viejo que probablemente ya no recuerda si es culpable o no. Se experimenta un sentimiento de extrañeza cuando se oye que todos ellos han sido condenados a perpetuidad por sus fechorías, aunque el barón A. N. Korff, atendiendo a su avanzada edad, les ha concedido la condición de colonos.

Uno de ellos, el colono Kostin vive encerrado en su choza. No sale nunca, no deja entrar a nadie y pasa todo el tiempo rezando. Otro, el colono Gorbunov, al que todos llaman «el siervo de Dios» porque cuando gozaba de libertad era peregrino, es pintor de profesión, pero ahora trabaja como pastor en Tercer Barranco, llevado acaso de su amor por la soledad y la contemplación.

Unas cuarenta verstas más al este se encuentra el puesto de Muraviosk, que ya solo existe en los mapas. Se fundó en fecha relativamente temprana, 1853, a orillas de la bahía de los Salmones, pero en 1854, cuando corrieron rumores de guerra, se suprimió y no se reconstruyó hasta doce años después, a orillas del golfo de Boussé o Puerto de los Doce Pies, así llamado por un lago poco profundo, comunicado con al

mar por un canal, en el que solo pueden entrar embarcaciones de poco calado. En tiempo de Mitsul vivían allí cerca de trescientos soldados, gravemente enfermos de escorbuto. El objeto de su fundación fue la consolidación de la influencia rusa en Sajalín Meridional. Después del tratado de 1875 se suprimió por resultar innecesario; según se cuenta, las isbas abandonadas han sido incendiadas por fugitivos^[65].

Una alegre carretera que discurre junto a la orilla mar conduce hasta las colonias situadas al oeste del puesto de Kórsakov. A la derecha hay escarpaduras arcillosas y barrancos erizados de verdura; a la izquierda, el rugiente mar. En la arena, donde las olas se deshacen en espuma y se retiran extenuadas, se extienden hasta el infinito los ribetes marrones de la col marina arrojada por la marea. Despide un olor empalagoso y un tanto dulzón, pero nada desagradable, a algas podridas, olor tan característico del mar meridional como el incesante vuelo de los patos salvajes, que constituyen una distracción para los viajeros que siguen el curso de la costa, donde rara vez aparecen vapores y veleros; no se ve nada ni en los alrededores inmediatos ni en el horizonte, de suerte que el mar parece desierto. De vez en cuando surge una desproporcionada balsa de paja que apenas se mueve; a veces se distingue una vela oscura y fea, o un preso avanza con el agua hasta las rodillas, arrastrando un tronco atado a una soga. Ese es todo el cuadro.

De pronto la escarpada costa se interrumpe y surge un valle largo y profundo, por el que fluye el riachuelo Untanai o Unta. Antaño se alzaba allí la granja estatal de Unta, que los reclusos llamaban «el lugar de los azotes» por razones obvias. En la actualidad hay una huerta de la prisión y solo tres isbas de colonos. El lugar se conoce con el nombre de Primer Barranco.

Más adelante está Segundo Barranco, con seis haciendas. Allí vive un viejo campesino acomodado, antiguo exiliado, con una mujer ya mayor, la señora Uliana, que hace mucho tiempo mató a su bebé y lo enterró. En el juicio declaró que no había matado al niño, sino que lo había enterrado vivo, pensando que de ese modo la absolverían. El tribunal la condeno a veinte años. Al hablar del tema, Uliana lloraba amargamente. Luego, tras enjugarse las lágrimas, me preguntó: «¿No querrá comprar un poco de chucrut?».

En Tercer Barranco solo hay diecisiete haciendas.

En conjunto, las tres colonias cuentan con cuarenta y seis habitantes, diecisiete de los cuales son mujeres. Hay veintiséis propietarios. La situación de todos ellos es próspera y desahogada; tienen mucho ganado, hasta el punto de que algunos comercian con él. Es probable que las causas principales de ese bienestar sean el clima y las condiciones del suelo, aunque no cabe duda de que si se trajera a funcionarios de Aleksándrovsk o Dué para que pusieran orden, al cabo de un año en las tres colonias no habría veintiséis propietarios, sino trescientos, sin contar los copropietarios; todos serían negligentes e insubordinados y no tendrían un pedazo de pan que llevarse a la boca. Creo que el ejemplo de esas tres pequeñas colonias basta para establecer la siguiente regla: mientras una colonia sea joven y no este

suficientemente consolidada, es mejor que haya pocos propietarios, ya que, cuanto más largas sean las calles, mayor será la pobreza.

A cuatro verstas del puesto se encuentra Soloviovka, fundada en 1882. De todas las colonias de Sajalín es la que presenta una ubicación más idónea: está situada cerca del mar; además, no lejos de ella se encuentra la desembocadura del Susui, un arroyo abundante en peces. Los habitantes tienen vacas y venden leche. También se dedican a la agricultura. Hay setenta y cuatro habitantes: treinta y siete hombres y treinta y siete mujeres. Cuenta con veintiséis propietarios. Todos ellos disponen de tierra de labor y de prados, en una media de una *desiatina* por persona. La tierra solo es buena cerca del mar, en las pendientes de la orilla; más allá no vale nada y antiguamente estaba cubierta de abetos y piceas.

Hay una colonia más en la ribera del Aniva, muy apartada, a veinticinco verstas del puesto, o, si se va por mar, a catorce millas. Se llama Liutoga, está situada a cinco verstas de la desembocadura del río del mismo nombre y fue fundada en 1886. La comunicación con el puesto es bastante difícil: hay que ir a pie por la orilla o en cúter; los colonos emplean balsas de paja. Tiene cincuenta y tres propietarios: treinta y siete hombres y dieciséis mujeres. Hay treinta y tres propietarios.

Tras pasar Soloviovka, no lejos de la desembocadura del Susui, la carretera que discurre por la orilla gira bruscamente a la derecha para dirigirse directamente al norte. El mapa muestra que el curso superior del Susui se encuentra cerca del río Naibu, que desemboca en el mar de Ojotsk. A lo largo de ambos ríos, casi en línea recta desde el Aniva hasta la costa oriental, se extiende una larga hilera de colonias, unidas por una carretera ininterrumpida de ochenta y ocho verstas de largo. Esa hilera de colonias constituye el núcleo principal del distrito meridional, su fisonomía; la carretera constituye el comienzo de la vía de postas con la que se quiere unir el norte y el sur de la isla.

Me sentía fatigado o perezoso y en el sur no trabajaba con tanto celo como en el norte. A menudo pasaba días enteros en excursiones o pícnicos y no tenía ganas de visitar las isbas. Cuando alguien tenía la amabilidad de ofrecerme ayuda, no la rechazaba. Mi primer viaje, hasta el mar de Ojotsk, lo hice en compañía del señor Beli, que quería enseñarme su distrito. Más tarde, durante la elaboración del censo, siempre me acompañaba N. N. Yartsev, inspector de las colonias^[66].

Las colonias del distrito meridional presentan peculiaridades que una persona que acaba de llegar del norte no puede dejar de advertir. Ante todo, la pobreza es significativamente menor. No vi ni una sola isba abandonada o a medio construir, ventanas condenadas o ciegas; las techumbres de tablas resultan tan comunes y normales como en el norte las de paja o corteza. Las carreteras y los puentes son peores que en el norte, especialmente entre Maloie Takoe y Siantsi, donde después de las crecidas y las fuertes lluvias se forman barrizales impracticables. Hasta los habitantes parecen más jóvenes, sanos y animosos que sus compañeros del norte; todo eso, como también la relativa prosperidad del distrito, tal vez se deba a que el

principal contingente del sur está compuesto por presos condenados a penas breves, es decir, por una mayoría de hombres jóvenes y menos extenuados por los trabajos forzados. Es posible encontrar personas que solo tienen veinte o veinticinco años, que ya han cumplido su pena y se han convertido en propietarios. Muchos de los campesinos antiguos exiliados tienen edades comprendidas entre los treinta y los cuarenta años^[67]. También habla a favor de las colonias del sur el hecho de que los campesinos locales no se apresuren a regresar al continente. Así, en la aldea de Soloviovka, que acabo de describir, dieciséis de los veintiséis propietarios poseen la denominación de campesinos. Las mujeres son muy poco numerosas. En algunas aldeas no hay ni una. En comparación con los hombres, parecen viejas y enfermas. En suma, hay que conceder crédito a los funcionarios y los colonos locales cuando se quejan de que el norte solo les manda mujeres «inútiles», mientras se quedan para ellos las jóvenes y las que gozan de buena salud. El doctor Z. me dijo en una ocasión que, cumpliendo con sus funciones de médico de la cárcel, decidió examinar a un grupo de mujeres que acababa de llegar y todas padecían enfermedades femeninas.

El término copropietario no se emplea en el sur, ya que aquí cada parcela de tierra se asigna a un solo propietario; sin embargo, como sucede en el norte, hay propietarios que se incorporan a una colonia y carecen de casa. No hay judíos ni en el puesto ni en las colonias. En las paredes de las isbas cuelgan pinturas japonesas; también vi una moneda japonesa de plata.

La primera colonia del Susui es Cabo Goli (Cabo Pelado). Solo existe desde el año pasado y las isbas aún están sin terminar. Cuenta con veinticuatro hombres y ni una sola mujer. La colonia se alza en un promontorio que ya antes se llamaba cabo Pelado. El arroyo está lejos de las viviendas y para llegar hasta él hay que bajar por la colina; no hay pozos.

La segunda colonia es Mitsulka, llamada así en honor de M. S. Mitsul^[68]. Cuando todavía no existía la carretera, en el lugar en que actualmente se alza Mitsulka, había una estación reservada a los funcionarios que viajaban por motivos oficiales. A los empleados y los palafreneros se les permitía construirse una casa antes de haber cumplido su pena; de ese modo se establecieron cerca de la estación y empezaron a llevar sus propias haciendas. Solo hay diez viviendas y veinticinco habitantes: dieciséis hombres y nueve mujeres. Después de 1886 el jefe del distrito ya no permitió que nadie se estableciera en Mitsulka, medida muy oportuna, pues la tierra no vale nada y los prados solo son suficientes para diez haciendas. Actualmente la colonia dispone de diecisiete vacas y trece caballos, amén de ovejas, y en los registros oficiales también aparecen anotadas sesenta y cuatro gallinas, pero nada de eso se duplicaría si el número de haciendas se multiplicara por dos.

Al hablar de las peculiaridades de las colonias del sur, he olvidado mencionar una: los frecuentes envenenamientos por acónito (*Aconitum napellus*). Es lo que le sucedió en Mitsulka al cerdo del colono Takovi, quien, para que nada se echara a perder, se comió el hígado del animal y estuvo a punto de morir él mismo. Cuando

visité su isba, apenas podía tenerse en pie y hablaba con voz débil, pero contaba la historia del hígado con una sonrisa en los labios, aunque su rostro hinchado y amoratado mostraba a las claras el alto precio que había pagado por esa comida. Un poco antes, un viejo llamado Konkov se envenenó con acónito y murió. Su casa sigue vacía; esa casa es una de las curiosidades de Mitsulka. Hace algunos años el antiguo inspector de la prisión, confundiendo una planta trepadora con una parra, informó al general Hintze de que en Sajalín Meridional crecía una variedad de uva que podía cultivarse con éxito. El general Hintze ordenó al punto que se tomaran las medidas oportunas para saber si entre los presos había alguien que hubiese trabajado alguna vez en un viñedo. No tardó en aparecer una persona que cumplía con ese requisito. Se trataba de Raievski, un colono de una talla colosal, según la leyenda. Se declaró especialista, le creyeron y lo mandaron de Aleksándrovsk a Kórsakov en el primer vapor, provisto de documentos oficiales. Al llegar le preguntaron para qué había ido. Y él respondió: «Para cultivar viñas». Le miraron, leyeron el documento y se limitaron a encogerse de hombros. El viticultor estuvo vagabundeando por el distrito, con la gorra ladeada; como lo había enviado el comandante de la isla, no juzgo necesario presentarse ante el inspector de las colonias. Y se produjo un malentendido. En Mitsulka su elevada estatura y la dignidad con que se comportaba levantaron sospechas. Le tomaron por un vagabundo, lo cargaron de cadenas y lo enviaron al puesto de Kórsakov. Pasó una larga temporada en la cárcel, mientras se llevaban a cabo las averiguaciones pertinentes, luego fue liberado. Finalmente se estableció en Mitsulka, donde murió, y Sajalín se quedó sin viñedos. La casa de Raievski fue adjudicada al Estado, con el que había contraído deudas, y revendida a Konkov por quince rublos. Mientras entregaba el dinero al jefe del distrito, el viejo Konkov guiñó el ojo con malicia y dijo: «Dentro de poco me moriré y tendrá que volver a ocuparse de esta casa». Y en efecto, no mucho después se envenenó con acónito y el Estado tuvo que hacerse cargo de la casa otra vez^[69].

En Mitsulka vive la Gretchen de Sajalín. Se trata de la hija del colono Nikoláiev, una muchacha de dieciséis años llamada Tania, nacida en el distrito de Pskov. Es rubia, esbelta, de rasgos finos, delicados y tiernos. Ya ha sido prometida en matrimonio a un vigilante. Si uno pasea por Mitsulka, la encuentra siempre sentada ante la ventana, con aire pensativo. Solo Dios sabe en qué piensa y con qué sueña una muchacha joven y bonita que ha acabado en Sajalín.

A cinco verstas de Mitsulka se encuentra la nueva colonia de Lístvennichnoie (Los Alerces), llamada así porque la carretera atraviesa un bosque de alerces. También se conoce como Jristofórovka, a partir del nombre del río donde antaño un guiliako llamado Jristofor ponía trampas para martas cibelinas. No puede decirse que la elección de ese lugar para el establecimiento de una colonia haya sido afortunada, pues el suelo es muy pobre y poco apto para la agricultura^[70]. Hay quince habitantes y ni una sola mujer.

Algo más allá, siguiendo el curso del río Jristofórovka, un puñado de exiliados

levantaron antaño varias construcciones de madera y recibieron autorización para establecerse allí antes del cumplimiento de su condena. Pero el lugar se reveló poco favorable y en 1866 sus cuatro isbas fueron transportadas cuatro verstas al norte de Lístvennichnoie, dando lugar al núcleo alrededor del cual se creó la nueva colonia de Jomutovka, llamada así en honor de Jomutov, un campesino de condición libre, que en otro tiempo cazaba por allí. Tiene treinta y ocho habitantes: veinticinco hombres y trece mujeres. Hay veinticinco propietarios. Se trata de una de las colonias menos interesantes, aunque puede enorgullecerse de contar entre sus vecinos con una celebridad como el colono Bronovski, conocido en todo el distrito meridional como un ladrón incansable y apasionado.

Tres verstas más lejos se encuentra la colonia de Bolshaia Yelán, fundada hace unos dos años. En esta región se da el nombre de *yelán* a los valles de los ríos en los que crecen olmos, robles, majuelos, saúcos, fresnos y abedules. Normalmente están protegidos de los vientos fríos y, mientras en los montes vecinos y en las marismas la vegetación sorprende por su pobreza y difiere muy poco de la polar, aquí crecen bosques exuberantes y hierbas dos veces más altas que una persona. En verano, cuando hace calor, la tierra «se cuece», como dicen aquí, el aire húmedo se vuelve tan sofocante como en un baño de vapor y el suelo recalentado hace que los tallos se desarrollen; así, en un mes el centeno alcanza casi un sazhen de altura. El *yelán*, que al ucraniano le recuerda sus *levadas*^[71] natales, donde los prados alternan con los huertos y los bosques, es el lugar más apropiado para establecer una colonia^[72].

En Bolshaia Yelán viven cuarenta personas, treinta y dos hombres y ocho mujeres. Hay treinta propietarios. Cuando los colonos desbrozaron la tierra para construir sus isbas, se les ordenó que, en la medida de lo posible, respetaran los viejos árboles. Gracias a esa medida la colonia no parece nueva, porque en la calle y en los patios se alzan viejos olmos de anchas hojas, que parecen plantados por lejanos antepasados.

Entre los habitantes merecen especial atención los hermanos Bábich, del distrito de Kiev. Al principio vivían los dos en una sola isba, pero luego empezaron a discutir y pidieron a las autoridades que los separara. Uno de ellos, al hablar de su propio hermano, se expresa así: «Le tengo tanto miedo como a la Bestia».

Cinco verstas más allá se encuentra la colonia de Vladímirovka, fundada en 1881 y llamada así en honor de un mayor llamado Vladímir, que dirigía los trabajos del penal. Los colonos también la llaman Arroyo Negro. Cuenta con noventa y un habitantes, cincuenta y cinco hombres y treinta y seis mujeres. Hay cuarenta y seis propietarios, diecinueve de los cuales viven solos y ordeñan ellos mismos las vacas. De las veintisiete parejas, solo seis son legítimas. Como colonia agrícola, este asentamiento vale tanto como los dos distritos septentrionales juntos; sin embargo, de las muchas mujeres de condición libre, no corrompidas por la prisión, que han llegado a Sajalín siguiendo a sus maridos, y que son las más preciosas para la colonia, solo una se ha instalado aquí; y además acaban de meterla en la cárcel, pues se

sospecha que ha asesinado a su marido. Las desdichadas mujeres de condición libre que los funcionarios del norte obligan a languidecer en Dué en «barracones familiares» podrían resultar de inestimable valor en este lugar. Vladimírovka cuenta con más de cien cabezas de ganado bovino, cuarenta caballos y buenos prados, pero no hay propietarias; en suma, no hay verdaderas haciendas^[73].

En Vladimírovka junto a las dependencias estatales donde moran el inspector de las colonias, el señor I., y su esposa, que desempeña funciones de partera, se encuentra una granja agrícola a la que los colonos y los soldados llaman «empresa». El señor I. se interesa por las ciencias naturales, en especial por la botánica, y llama a las plantas por su nombre latino; así, por ejemplo, si en la comida sirven judías, dice: «Son *phaseolus*». Le ha puesto a su perrito negro el nombre de Favus. De todos los funcionarios de Sajalín es el más versado en agronomía y se ocupa de su tarea con celo y entusiasmo, pero en su granja modelo las cosechas suelen ser peores que las de los colonos, lo que causa perplejidad general e incluso burlas. En mi opinión, esa diferencia fortuita no es más imputable al señor I. que a cualquier otro funcionario. Una granja en la que no haya estación meteorológica ni ganado (aunque solo sea por el estiércol), ni construcciones adecuadas, ni un experto que se ocupe de la hacienda de la mañana a la noche, no es una granja, sino una simple «empresa», es decir, un entretenimiento vacío con pretensiones de explotación agrícola modelo. Ni siquiera se la puede considerar una iniciativa experimental, ya que solo dispone de cinco *desiatinas* de tierra, y además se eligió a propósito, como consta en un documento oficial, una tierra de calidad inferior a la media, «con el fin de demostrar con su ejemplo a los colonos que con ciertas atenciones y trabajando mejor, se pueden obtener resultados satisfactorios incluso en un terreno semejante».

Vladimírovka fue el escenario de un drama de amor. Un campesino llamado Vukol Popov, tras sorprender en la cama a su mujer con su propio padre, se abalanzó sobre el viejo y le golpeó hasta la muerte. Fue condenado a trabajos forzados, enviado al distrito de Kórsakov y asignado a la empresa del señor I. en calidad de cochero. Era un hombre de complexión atlética, aún joven, bien parecido, de carácter dulce y ensimismado. Solía guardar silencio, perdido en alguna ensoñación. Desde el primer momento los propietarios confiaron en él; cuando tenían que dejar la casa, sabían que Vukol no tocaría nada, ni el dinero de la cómoda ni el alcohol de la bodega. No podía casarse en Sajalín, pues su mujer, que se había quedado en la aldea, se negaba a concederle el divorcio. Tal es, a grandes rasgos, nuestro héroe.

En cuanto a la heroína, Yelena Tertíshnaia, una presa que había vivido con el colono Kosheliov, era una mujer absurda, estúpida y fea. Como no hacía más que pelearse con su amante, este se quejó y el jefe del distrito la castigó a trabajar en la empresa. Fue allí donde Vukol la vio y se enamoró de ella, que también se sintió atraída por él. Es probable que Kosheliov se diera cuenta, pues rogó con insistencia a la mujer que volviera con él.

—Sí, bueno, ya te conozco —dijo ella—. Cásate conmigo y entonces regresaré.

Kosheliov presentó un documento para que se le permitiera casarse con la señorita Tertíshnaia, y obtuvo la pertinente autorización. Mientras tanto Vukol le abrió su corazón a Yelena y le suplicó que se fuera a vivir con él. Ella también le confesó su amor sincero, pero le dijo:

—Puedes venir a verme, pero no puedo vivir contigo. Tú estás casado y yo, como todas las mujeres, tengo que pensar en mí misma, casarme con un buen hombre.

Cuando Vukol se enteró de la inminencia del matrimonio, se sintió desesperado y se envenenó con acónito. Más tarde, cuando la interrogaron, Yelena reconoció que había pasado cuatro noches con él. Dicen que un par de semanas antes de su muerte, al ver cómo Yelena fregaba el suelo, exclamó:

—¡Ah, mujeres, mujeres! ¡Por una he ido a parar al penal y por otra no tardaré en morir!

En Vladímirovka conocí al exiliado Vasili Smírnov, un falsificador. Tras cumplir su pena y su plazo de colono, decidió dedicarse a la caza de martas cibelinas, actividad que parece procurarle un gran placer. Me contó que hubo un tiempo en que la emisión de billetes falsos le reportaban trescientos rublos al día y que le capturaron cuando ya había abandonado el negocio y se ganaba honradamente la vida. Hablaba de los billetes como un especialista. En su opinión, hasta una mujeruca podría falsificar los actuales billetes de banco. Habla de su pasado con serenidad y un dejo de ironía y se muestra muy orgulloso de haber sido defendido en el juicio por el señor Plevako.

Inmediatamente después de Vladímirovka comienza una enorme pradera que se extiende durante varios centenares de *desiatinas*. Tiene forma semicircular y un diámetro de unas cuatro verstas. A un lado del camino, allí donde la pradera termina, se alza la colonia de Lugovoie o Luzhki, fundada en 1888. Cuenta con sesenta y nueve hombres y solo cinco mujeres.

Cuatro verstas más allá se encuentran las Yurtas del Pope, una colonia fundada en 1884. Querían llamarla Novo-Aleksándrovsk, pero esa denominación no cuajó. En una ocasión el padre Simeón de Kazán o, como se le llama de forma campechana, el pope Simeón viajó a Naibuchi en un trineo de perros para «ayunar» con los soldados. En el camino de vuelta le sorprendió una terrible tormenta de nieve y cayó gravemente enfermo (otras versiones dicen que regresaba de Aleksándrovsk). Por fortuna encontró las isbas de unos pescadores ainos, se alojó en una de ellas y envió a su cochero a Vladímirovka, donde vivían entonces algunos colonos de condición libre, que fueron a buscarlo y lo trasladaron medio muerto al puesto de Kórsakov. A partir de entonces las yurtas de los ainos se convirtieron en las Yurtas del Pope, nombre que ha conservado la localidad.

Los colonos también la llaman «Varsovia», porque en ella viven muchos católicos. Cuenta con ciento once habitantes: noventa y cinco hombres y dieciséis mujeres. De los cuarenta y dos propietarios, solo diez tienen familia.

Las Yurtas del Pope se encuentran a mitad de camino entre el puesto de Kórsakov

y Naibuchi. Allí termina la cuenca del río Susui; después hay una suave elevación, apenas perceptible, que delimita la línea de división de las aguas, y a continuación se descende al valle del Naibu. La primera colonia de esa cuenca se encuentra a ocho verstas de las Yurtas del Pope y se llama Beriólniki (Los Abedules), porque en otro tiempo los alrededores estaban poblados de abedules. Es la mayor de todas las colonias meridionales y cuenta con ciento cincuenta y nueve habitantes: ciento cuarenta y dos hombres y diecisiete mujeres. Hay ciento cuarenta propietarios. Ya dispone de cuatro calles y de una plaza en la que se proyecta construir una iglesia, una estación de telégrafos y la casa del inspector de las colonias. También se baraja la posibilidad, siempre que la colonización tenga éxito, de que Beriólniki se convierta en cabeza de partido. Pero el lugar parece de lo más aburrido, como también sus moradores que, lejos de alegrarse de la ascensión administrativa de su colonia, solo piensan cumplir su pena lo antes posible y volver al continente. Cuando le pregunté a un colono si estaba casado, me respondió con hastío: «Estaba casado, pero maté a mi mujer». Otro, que escupía sangre, cuando se enteró de que era médico me seguía a todas partes, preguntándome si tenía tisis y tratando de adivinar la verdad en mis ojos. La aterraba la idea de no vivir lo suficiente para obtener la condición de campesino, la posibilidad de morir en Sajalín.

Cinco verstas más allá se encuentra la colonia de Kresti (Las Cruces), fundada en 1885. Antaño dos vagabundos fueron asesinados en ese lugar y en sus tumbas se colocaron unas cruces que ya han desaparecido. También se cuenta otra versión: un bosque de coníferas talado hace mucho tiempo estaba atravesado en ese punto por un *yelán* en forma de cruz. Ambas explicaciones son poéticas; es probable que el nombre de Kresti lo eligiera la propia población.

Kresti se alza en la confluencia del Takoe y un pequeño río. El suelo es arcilloso y está recubierto de una buena capa de limo. Casi todos los años hay cosecha, las praderas abundan y los hombres, por fortuna, son buenos propietarios; no obstante en los primeros años esta colonia se diferenciaba poco de Verjni Armudán y estuvo a punto de desaparecer. Treinta personas se instalaron de golpe en la misma zona, precisamente en un momento en que el envío de herramientas desde Aleksándrovsk había conocido una larga interrupción: en suma, los colonos tuvieron que partir literalmente con las manos vacías. Por compasión, la administración de la cárcel les entregó unas hachas viejas para que al menos pudieran hacer leña. Luego estuvieron tres años seguidos sin ganado, pues, como en el caso de las herramientas, Aleksándrovsk no lo envió.

Tiene noventa habitantes: sesenta y tres hombres y veintisiete mujeres. Cuenta con cincuenta y dos propietarios.

En Kresti hay una tienda regentada por un sargento retirado, antiguo inspector del distrito de Timovo. En esa tienda se venden comestibles, pero junto a las sardinas también hay brazaletes de cobre. Cuando entré en la tienda, el sargento debió de tomarme por un funcionario muy importante porque de pronto, sin ninguna

necesidad, se puso a explicarme que una vez estuvo metido en un lío, pero que ya se había arreglado todo, y empezó a enseñarme con apresuramiento diferentes certificados de buen comportamiento, entre ellos una carta de un tal señor Shneider que, aún me acuerdo, terminaba con la siguiente frase: «Cuando hace más calor, la nieve se funde». Luego, el sargento, deseando demostrarme que no debía nada a nadie, se puso a revolver entre los papeles en busca de varios recibos que no encontró. Salí de la tienda con el convencimiento de su completa inocencia y una libra de caramelos, por los que me cobró cincuenta kopeks, a pesar de su ínfima calidad.

La colonia siguiente se encuentra a orillas de un río con nombre japonés, el Takoe, que desemboca en el Naibu. El valle del Takoe es célebre porque en otro tiempo se instalaron allí colonos libres. Oficialmente, la colonia de Bolshoie Takoe existe desde 1884, pero se fundó mucho antes. Se la quiso llamar Vlávovskoie, en honor del señor Vlávov, pero esa denominación no arraigó. Cuenta con setenta y un habitantes: cincuenta y seis hombres y quince mujeres. Hay cuarenta y siete propietarios. Un enfermero cualificado reside allí de forma permanente y los habitantes lo llaman enfermero de primera clase. Una semana antes de mi llegada su joven esposa se envenenó con acónito.

Cerca de la colonia, sobre todo a lo largo del camino que conduce a Kresti, crecen magníficos abetos. En general, la vegetación es abundante, jugosa y tan brillante como si acabaran de lavarla. La flora del valle del Takoe es incomparablemente más rica que la del norte, pero el paisaje septentrional es más vivo y me recordaba a Rusia con mayor intensidad. Es cierto que allí la naturaleza es triste y severa, pero severa a la manera rusa; aquí sonrío y se entristece probablemente a la manera aina, evocando en el alma rusa un sentimiento indefinido^[74].

En el valle del Takoe, a cuatro verstas y media de Bolshoie Takoe, se encuentra Maloie Takoe, en la orilla de un arroyuelo que desemboca en el Takoe^[75]. La colonia se fundó en 1885. Cuenta con cincuenta y dos habitantes, treinta y siete hombres y quince mujeres. Hay treinta y cinco propietarios, de los cuales solo nueve tienen familia. Ni una sola de las parejas está legalmente casada.

Ocho verstas más allá, en un lugar al que los japoneses y los ainos llamaban Siancha y donde en otro tiempo había un almacén de pesca japonés, se encuentra la colonia de Gálkino-Vrávskoie o Siantsi, fundada en 1884. Es un enclave bonito, en la confluencia del Takoe y el Naibu, pero su situación no puede ser peor. En primavera y en otoño, y también en verano cuando el tiempo es lluvioso, el Naibu, caprichoso como todos los torrentes de montaña, se desborda e inunda Siantsi. La fuerte corriente cierra la desembocadura del Takoe, de modo que también las orillas de este se anegan. Lo mismo sucede con todos los arroyuelos que desembocan en el Takoe. Durante ese periodo, Gálkino-Vrávskoie parece Venecia y para desplazarse hay que emplear barcas ainas; a veces el agua recubre el suelo de las isbas levantadas en las zonas más deprimidas. Ese asentamiento lo eligió un tal señor Ivánov, que conoce tan

poco su oficio como las lenguas guiliaka y aina, de las que es intérprete oficial; en realidad, en aquella época era inspector adjunto de prisiones y desempeñaba las funciones del actual inspector de las colonias. Los ainos y los colonos le advirtieron de que el lugar era cenagoso, pero no les hizo caso. Los que se quejaban eran azotados. En una de las inundaciones se ahogó un buey, en otra un caballo.

La desembocadura del Takoe en el Naibu forma una península a la que conduce un puente elevado. El lugar es muy hermoso, una verdadera delicia. La casa del inspector es luminosa y está muy limpia; hasta tiene chimenea. Desde la terraza se ve el río, el patio dispone de un jardincillo. Su guardián es el viejo Savelev, un preso que hace las veces de criado y cocinero cuando algún funcionario pasa allí la noche. Un día, durante la comida, nos sirvió a un funcionario y a mí un plato mal preparado y el funcionario le gritó con severidad: «¡Idiota!». Entonces miré a ese viejo sumiso y — aún lo recuerdo— pensé que lo único que ha conseguido la *intelligentsia* hasta la fecha es convertir el penal en un lugar en el que los reclusos son reducidos a un régimen de grosera servidumbre.

Gálkino-Vráskoie cuenta con setenta y cuatro habitantes, cincuenta hombres y veinticuatro mujeres. Hay cuarenta y cinco propietarios, veinticuatro de los cuales han recibido la denominación de campesinos.

La última colonia de la carretera es Dubki (Los Robles), fundada en 1885 en un antiguo robledal. A lo largo de las ocho verstas que separan Siantsi de Dubki no se ve otra cosa que bosques quemados y praderas en las que, según se dice, crece la tomentilla. Cuando se pasa de día se divisa, entre otras cosas, el torrente Malovechkin, llamado así a por un colono del mismo nombre que solía pescar allí. Dubki cuenta con cuarenta y cuatro habitantes, treinta y un hombres y trece mujeres. Hay treinta propietarios. La situación en teoría es buena, ya que en los lugares con robles la tierra suele ser propicia para el cultivo del trigo. La mayor parte de la superficie dedicada a cultivos y pastos era hasta hace poco un terreno pantanoso, pero los colonos, siguiendo el consejo del señor I., abrieron un canal de un *sazhen* de profundidad y ahora el suelo es bueno.

Tal vez porque se encuentra en el límite y como apartada, en esa colonia la pasión por el juego y el encubrimiento de los malhechores están muy desarrollados. En el mes de junio el colono local Lifánov lo perdió todo a las cartas y se envenenó con acónito.

Desde Dubki hasta la desembocadura del Naibu solo hay cuatro verstas, pero en esa zona es imposible levantar un asentamiento, ya que un pantano cubre todo el terreno y la orilla es arenosa, con una vegetación de tipo costero: escaramujos con bayas muy grandes, centeno silvestre, etc. La carretera llega hasta el mar, pero también se puede ir por el río en barcas ainas.

Junto a la desembocadura se alzó en otro tiempo el puesto de Naibuchi, fundado en 1866. Mitsul encontró allí dieciocho construcciones, habitables o no, una capilla y una tienda de víveres. Un periodista que visitó Naibuchi en 1871 escribe que había

veinte soldados a las órdenes de un cadete. En una de las isbas encontró a la esposa de un soldado, una mujer alta y hermosa, que le ofreció huevos frescos y pan negro. La mujer alababa la vida local y solo se quejaba de que el azúcar era muy caro^[76]. En la actualidad, no queda ni rastro de esas isbas y al mirar alrededor y ver el espacio desierto la bella y alta mujer se antoja un mito. Se está construyendo una nueva casa que será la vivienda de un inspector o una estación; eso es todo. El mar es frío y turbio, y sus altas olas grisáceas rompen en la arena y parecen exclamar: «Señor, ¿por qué nos creaste?».

Es ya el Gran Océano u océano Pacífico. En la orilla del Naibu se oyen los hachazos de los presos, que trabajan en alguna construcción; y lejos, al otro lado del mar, imaginamos América. A la izquierda, a través de la bruma, se ven los cabos de Sajalín; a la derecha, más cabos... Y alrededor ni un alma, ni un ave, ni una mosca. Al contemplar ese espectáculo no entiendo por qué rugen las olas, quién las escucha por la noche, qué pretenden, por qué seguirán rugiendo cuando me haya ido.

Esa orilla no me inspira pensamientos, sino una larga meditación, y me siento sobrecogido de angustia, aunque al mismo tiempo me gustaría quedarme allí por siempre, contemplando el movimiento monótono de las olas y escuchando su bramido amenazante.

XIV

TARAICA – LOS COLONOS LIBRES – SUS FRACASOS – LOS AINOS, LOS LÍMITES DE SU EXPANSIÓN, SU NÚMERO, SU ASPECTO, SU ALIMENTACIÓN, SU ATUENDO, SU VIVIENDA, SUS COSTUMBRES – LOS JAPONESES – KUSUN-KOTAN – EL CONSULADO JAPONÉS

En un lugar llamado Taraika, junto a uno de los afluentes más meridionales del Poronai, que desemboca en el golfo de Terpenie, se encuentra la colonia de Siska. Toda la región de Taraika pertenece al distrito meridional, aunque esa adscripción es más que discutible, ya que se encuentra a unas cuatrocientas verstas de Kórsakov y el clima es detestable, peor que en Dué. El distrito en proyecto, del que hablé en el capítulo XI, se llamará distrito de Taraika e incluirá todas las colonias del Poronai, Siska incluida. Por el momento, únicamente se ha establecido allí gente del sur. Según los datos oficiales solo hay siete habitantes: seis hombres y una mujer. No estuve en Siska, por lo que cito un párrafo de un diario ajeno: «Tanto la colonia como el lugar son desoladores; ante todo, no hay agua potable ni madera; los habitantes utilizan pozos cuya agua, cuando llueve, se vuelve roja, del color de la tundra, que rodea por todas partes la colonia, situada al borde de una lengua de arena... En conjunto, todo el enclave produce una impresión penosa y deprimente»^[77].

Para terminar mi examen de Sajalín Meridional, solo me resta decir unas palabras sobre los habitantes pasados y presentes que no tienen relación con la colonia penitenciaria. Empezaré con los intentos de colonización libre. En 1868 una de las cancillerías de Siberia Oriental decidió instalar a veinticinco familias en el sur de Sajalín. Para ello habían pensado emplear campesinos de condición libre y emigrantes que se habían instalado en la región del Amur, pero cuya situación era tan miserable que un autor describió el asentamiento de «lamentable» y a los propios colonos de «desdichados». Eran campesinos ucranianos, naturales del distrito de Chernígov, que, antes de dirigirse a la región del Amur, se habían instalado en el distrito de Tobolsk, aunque también con escasa fortuna. Cuando la administración les propuso que se trasladaran a Sajalín, les hizo las promesas más atrayentes: durante dos años les proporcionaría gratis harina y grano, suministraría a cada familia, por medio de créditos, aperos de labranza, ganado, semillas y dinero —dispondrían de cinco años para restituir el importe del préstamo—, y durante veinte estarían exentos del pago de impuestos y del servicio militar. Diez familias del Amur y once de la región de Balagan (en el distrito de Irkutsk), expresaron su conformidad, en total ciento una personas. En el mes de agosto de 1869 se las trasladó en el traspordador *Mandzhur* al puesto de Muraviosk, desde donde, doblando el cabo de Aniva, debían

llevarles por el mar de Ojotsk hasta el puesto de Naibuchi, que solo dista treinta verstas del valle del Takoe, donde se pretendía fundar la colonia. Pero llegó el otoño, no había embarcaciones disponibles y el mismo *Mandzhur* los dejó con sus pertenencias en el puesto de Kórsakov, desde donde pensaban ganar por tierra el valle del Takoe. En esa época no había ninguna carretera. El alférez Diákonov, como dice Mitsul, «se puso en marcha» con quince soldados para abrir un pequeño sendero. Parece que «se puso en marcha» con gran lentitud, pues las dieciséis familias no esperaron a que estuviera abierto el sendero y se dirigieron al valle del Takoe a través de la taiga en carros y telegas. La nieve les sorprendió en mitad del camino y tuvieron que abandonar una parte de los carros y poner patines a la otra. Llegaron al valle el 20 de noviembre y empezaron a construir barracones y chozas para protegerse del frío. Una semana antes de Navidad llegaron las seis familias restantes, pero no tenían dónde alojarse y ya era demasiado tarde para construir un refugio, de modo que fueron a cobijarse a Naibuchi y de allí a Kusunnai, donde pasaron el invierno en los barracones de los soldados; en primavera regresaron al valle del Takoe.

«Entonces se pusieron de manifiesto la negligencia y la incompetencia de la administración», escribe un autor. Se les había prometido diversos útiles de labranza por valor de mil rublos y cuatro cabezas de ganado por familia, pero cuando partieron de Nikoláievsk en el *Mandzhur*, a bordo no había muelas de molino, ni bestias de tiro; no se encontró sitio para los caballos, necesarios para arrastrar los arados; se los envió en invierno en trineos de perros, pero solo nueve cabezas; los colonos solicitaron más a la administración, pero su petición «no mereció la debida atención». Se envió bueyes a Kusunnai en el otoño de 1869, pero llegaron exhaustos, medio muertos. Por otra parte, no se había almacenado heno y en el transcurso del invierno murieron veinticinco de los cuarenta y un bueyes. Los caballos pasaron el invierno en Nikoláievsk; sin embargo, como su alimentación era muy costosa, los vendieron en pública subasta y con el producto de la venta compraron otros en Zabaikal, pero valían aún menos que los anteriores y los campesinos rechazaron algunos. Las semillas se distinguían por su escaso poder germinativo. El centeno de primavera estaba mezclado con el centeno de otoño, de manera que los propietarios no tardaron en prescindir de las semillas; siguieron percibiéndolas, pero las utilizaban para alimentar el ganado y para su propia manutención. Como no había muelas, en lugar de moler el grano, lo hervían y lo comían en forma de papillas.

En 1875, después de una serie de malas cosechas, se produjo una inundación que acabó de quitarles las ganas de dedicarse a la agricultura en Sajalín. Se trasladaron una vez más. Una veintena de familias se establecieron en la ribera del Aniva, a medio camino entre el puesto de Kórsakov y Muraviosk, en un lugar llamado Chibisani. Luego pidieron autorización para instalarse al sur del Usuri; diez largos años estuvieron esperando con ansiedad esa autorización, como si fuera un favor especial; durante todo ese tiempo vivieron de la pesca y de la caza de martas cibelinas. No partieron para la región del Usuri hasta 1886. «Abandonan sus casas —

escribió un periodista—. Se van con los bolsillos vacíos. Se llevan algunos de sus bártulos y un caballo cada uno». (*Vladivostok*, 1886, N.º 22).

Todavía hoy, entre las colonias de Bolshoie y Maloie Takoe, un poco apartada del camino, puede verse un área quemada. Allí se alzaba en otro tiempo la colonia libre de Voskresénskoie. Las isbas abandonadas por sus propietarios han sido incendiadas por los vagabundos. Se dice que en Chibisani aún se conservan intactas las isbas, las capillas y un edificio que hacía las veces de escuela. No estuve allí.

Solo quedan tres colonos libres en la isla: Jomutov, del que ya he hablado, y dos mujeres que nacieron en Chibisani. De Jomutov se dice que «deambula por alguna parte»; al parecer, vive en el puesto de Muraviosk. Rara vez se deja ver. Se dedica a la caza de martas cibelinas y pesca esturiones en la bahía de Boussé. En cuanto a las mujeres, una de ellas, Sofía, se casó con Baranovski, un campesino antiguo forzado, y vive en Mitsulka; la otra, Anisia, se casó con el colono Leónov y vive en Tercer Barranco. Jomutov morirá pronto, y Sofía y Anisia se marcharán con sus maridos al continente, de modo que dentro de poco de los colonizadores libres solo quedará el recuerdo.

En definitiva, hay que reconocer que la colonización libre del sur de Sajalín no ha sido muy afortunada. Dada la brevedad de la experiencia, no es fácil determinar si el fracaso se debió a las duras y hostiles condiciones naturales que desde el principio encontraron los campesinos o a la ineptitud y negligencia de los funcionarios. Además, los individuos elegidos eran poco proclives a quedarse en un sitio fijo, pues en sus largos vagabundeos por Siberia le habían cogido el gusto a la vida nómada. Es difícil decir qué resultados habría producido una segunda tentativa^[78]. En realidad, esa experiencia fracasada puede aportar dos enseñanzas a la colonia penitenciaria: en primer lugar, los colonos libres se ocuparon poco tiempo de la agricultura y se dedicaron exclusivamente a la caza y a la pesca durante los diez años previos a su vuelta al continente; todavía hoy, a pesar de su avanzada edad, Jomutov estima más conveniente y ventajoso pescar esturiones y cazar martas cibelinas que sembrar trigo y plantar coles; en segundo lugar, no parece posible retener en el sur de Sajalín a un hombre libre, sano y lleno de vida, cuando se le dice diariamente que, desde Kórsakov, bastan dos días de travesía para llegar a la cálida y rica tierra de Usuri Meridional.

Cuando se le pregunta a los aborígenes de Sajalín Meridional quiénes son, no dan ningún nombre de tribu o de nación, sino que responden simplemente: «Aino», que significa «hombre». En el mapa etnográfico de Shrenk el área ocupada por los ainos o ainus está señalada con color amarillo y recubre uniformemente la isla japonesa de Matsmai y la parte meridional de Sajalín, hasta el golfo de Terpenie. También viven en las islas Kuriles, razón por la cual los rusos los designan con ese nombre. No se sabe con exactitud el número de ainos que viven en Sajalín, pero no cabe la menor duda de que la tribu está desapareciendo y, además, a una extraordinaria velocidad. El médico Dobrotvorski, que trabajó en Sajalín Meridional hace veinticinco años^[79],

dice que hubo un tiempo en que, solo en los alrededores de la bahía de Boussé, había ocho grandes asentamientos ainos, y que el número de habitantes de cada uno de ellos ascendía casi a doscientas personas. Vio vestigios de muchos asentamientos cerca del Naibu. Cita tres estimaciones de su época, tomadas de diferentes fuentes: dos mil ochocientos ochenta y cinco, dos mil cuatrocientos dieciocho y dos mil cincuenta, y consideró la última la más precisa. Según el testimonio de un autor contemporáneo suyo, a ambos lados del puesto de Kórsakov, a lo largo de la orilla, había varios asentamientos ainos. Yo no encontré ninguno, solo vi algunas yurtas cerca de Bolshoie Takoe y Siantsi. El *Censo de indígenas del distrito de Kórsakov de 1889* da unas cifras de quinientos ochenta y un hombres y quinientas sesenta y nueve mujeres.



Ainos

Dobrotvorski considera que las causas de la desaparición de los ainos son las devastadoras guerras que se habrían producido en Sajalín, el bajo índice de natalidad, consecuencia de la esterilidad de las mujeres, y, sobre todo, las enfermedades. Abunda entre ellos la sífilis y el escorbuto; es probable que también hayan padecido la viruela^[80].

Pero todas esas razones, a las que suele recurrirse para intentar esclarecer la extinción de los indígenas, no explican por qué los ainos desaparecen tan deprisa, casi ante nuestros ojos. Durante los últimos veinticinco o treinta años no ha habido ninguna guerra ni epidemias significativas; sin embargo, en ese lapso de tiempo, la tribu ha disminuido en más de la mitad. En mi opinión, sería más acertado suponer que esa rápida desaparición, semejante a un deshielo, no se debe solo a un alto índice de mortalidad, sino también a la emigración de los ainos a las islas vecinas.

Antes de la ocupación rusa de Sajalín Meridional, los japoneses mantenían a los ainos en una situación próxima a la esclavitud. No fue difícil sojuzgarles, pues son mansos y sumisos; y lo que es más importante, estaban hambrientos y no podían subsistir sin arroz^[81].

Cuando los rusos ocuparon Sajalín Meridional, los liberaron y han respetado su libertad hasta la fecha, los han defendido de toda ofensa y han evitado inmiscuirse en sus asuntos. En 1884 unos presidiarios se evadieron y degollaron a varias familias. También se dice que un aino conductor de trineo fue azotado por haberse negado a transportar el correo y que ha habido intentos de violación de mujeres ainas. Pero esa clase de vejaciones y ofensas no pasan de ser hechos aislados y sumamente raros. Por desgracia los rusos no trajeron arroz junto con la libertad. Con la marcha de los japoneses, nadie iba de pesca, los ainos dejaron de ganar dinero y empezaron a pasar hambre. No estaban en condiciones de alimentarse exclusivamente de carne y de pescado, como los guiliakos: necesitaban arroz. Por eso, a pesar de su aversión por los japoneses, empujados por el hambre empezaron a emigrar a Matsmai. Leí en un reportaje de un periodista (*La Voz*, 1876, N.º 16) que una delegación aina llegó al puesto de Kórsakov para solicitar trabajo o al menos semillas para plantar patatas y consejos para cultivarlas. Les negaron el trabajo, pero prometieron enviarles las semillas; no obstante, no cumplieron su promesa y los ainos, que vivían en la miseria, siguieron emigrando a Matsmai. En otro reportaje (*Vladivostok*, 1885, N.º 38) se afirma que los ainos formularon algunas peticiones que, por lo visto, no fueron atendidas, y que su deseo era abandonar Sajalín y trasladarse a Matsmai.

Los ainos son morenos, como los gitanos. Tienen barbas grandes y tupidas, bigote y cabellos negros, espesos y ásperos; sus ojos son oscuros, expresivos, dulces. Son de talla mediana y complejión fuerte, rechoncha; los rasgos de su cara son pronunciados y toscos, pero, como dice el marinero V. Rimski-Kórsakov, no presentan el achatamiento de los mongoles ni los ojos rasgados de los chinos. Existe un gran parecido entre los ainos barbudos y los mujiks rusos. En realidad, cuando el aino se pone su capa, que se parece a nuestro caftán, y se ata el cinturón, se asemeja a los cocheros de nuestros comerciantes^[82].

El cuerpo del aino está cubierto de pelos oscuros, que crecen con mayor profusión en el pecho, a veces en manojos. Aunque su aspecto no es totalmente peludo, su barba y su pelo, tan raros entre los salvajes, sorprenden a los viajeros, que al regresar los describen como una tribu peluda. Nuestros cosacos, que durante el siglo pasado les obligaban a pagar un tributo en las islas Kuriles, los describen de la misma manera.

Los ainos viven en estrecha vecindad con otros pueblos que se distinguen por la escasez de pelo; por tanto, no debe sorprender la enorme confusión que sus espesas barbas causan a los etnógrafos. Hasta la fecha la ciencia no ha descubierto el lugar exacto de los ainos en el sistema de razas. Se le clasifica tanto entre las tribus mongolas como caucasianas. Un inglés ha llegado incluso a proponer que son los descendientes de una comunidad judía abandonada en la noche de los tiempos en el archipiélago japonés.

En la actualidad, dos opiniones aparecen como las más verosímiles: según la primera, los ainos pertenecerían a una raza particular que antaño poblaba todas las

islas del Extremo Oriente; según la otra, esbozada por nuestro Shrenk, se trataría de un pueblo paleoasiático que en tiempos remotos fue expulsado del continente a las islas vecinas por tribus mongolas, y que habría abandonado Asia atravesando Corea. Lo único cierto es que los ainos se trasladaron del sur al norte, del calor al frío, y que sus condiciones de vida no dejaron de empeorar.

No son belicosos y no soportan la violencia, de modo que no fue difícil someterlos, esclavizarlos o expulsarlos. Los mongoles los echaron de Asia y los japoneses de Nippon y Matsmai; en Sajalín los guiliakos no les permitieron establecerse más al norte de Taraika y en las islas Kuriles se encontraron con los cosacos, de manera que su situación acabó siendo desesperada. En la actualidad los ainos, que suelen llevar la cabeza descubierta, los pies descalzos y los pantalones remangados por encima de la rodilla, os hacen una reverencia si se encuentran con vosotros en la carretera y os miran con esa dulzura triste y dolorosa de las personas desdichadas, como si quisieran disculparse por sus grandes barbas y su incapacidad para prosperar.

Para una mayor información sobre los ainos remito al lector a las obras de Shrenk, Dobrotvorski y A. Polonski^[83].

Cuanto se ha dicho de la alimentación y el atuendo de los guiliakos vale también para los ainos, añadiendo que la falta de arroz —los ainos han heredado de sus ancestros que vivían en las islas del sur la debilidad por ese alimento— supone para ellos una privación grave. No les gusta nuestro pan. Su alimentación se distingue por una mayor variedad que la de los guiliakos. Además de carne y pescado, comen diferentes tipos de plantas, moluscos y lo que los mendigos italianos designan genéricamente como *frutti di mare*. Comen poco de una vez, pero lo hacen a menudo, a todas horas. Entre ellos no se advierte esa voracidad típica de los salvajes del norte. Como los niños de pecho tienen que pasar directamente de la leche al pescado y a la grasa de ballena, dejan muy tarde de mamar. Rimski-Kórsakov vio a una mujer aina dando el pecho a un niño de tres años, que ya sabía caminar e incluso llevaba en la cintura un cuchillito, como los adultos.

En el atuendo y la vivienda se aprecia una fuerte influencia del sur, no del sur de Sajalín, sino del verdadero sur. En verano llevan camisas tejidas de hierbas o fibra de madera; antes, cuando no eran tan pobres, llevaban batas de seda. No se cubren la cabeza. En verano y en otoño, hasta las primeras nieves, van descalzos. Sus yurtas están llenas de humo y son nauseabundas, pero, en cualquier caso, más luminosas, limpias y, por decirlo así, más convenientes que las de los guiliakos. Cerca de las yurtas suele haber secaderos de pescado, que expanden por los alrededores un olor apestoso y sofocante. Los perros aúllan y se pelean; a veces puede verse una pequeña jaula de troncos con un osezo en su interior, al que dan muerte en invierno, para comer su carne en la llamada «Fiesta del oso». Una mañana vi cómo una muchacha aina alimentaba a uno, pasándole, en una pequeña pala, pescado seco mojado en agua.

Las isbas están construidas con tablas y planchas, con un tejado de finas varas cubiertas de hierba seca. En el interior, a lo largo de las paredes, se suceden las plataformas, por encima de las cuales se disponen baldas llenas de diversos utensilios; además de pieles, hay tarros con grasa, redes, cacharros, etc; hasta es posible encontrar cestas, esteras e instrumentos musicales. El señor de la casa suele estar sentado en su plataforma, siempre con una pipa en la boca. Si se le formula alguna pregunta responde sin ganas, lacónicamente, aunque siempre con cortesía. En medio de la yurta está el hogar, donde arde la leña. El humo sale al exterior por un orificio practicado en el tejado. En el fuego hay un caldero negro de gran tamaño, en el que borbotea una sopa de pescado grisácea y espumosa que ningún europeo probaría ni por todo el oro del mundo. En torno al caldero se sientan algunos monstruos. De la misma manera que los ainos varones son robustos y bien formados, sus mujeres y sus madres son muy poco atractivas. Diversos autores describen el aspecto externo de las mujeres ainas como «horrible» e incluso «repugnante». Su piel es de un amarillo oscuro, apergaminada; sus ojos, rasgados; sus rasgos, pronunciados; los cabellos ásperos y lacios caen en mechones sobre el rostro como la paja de un viejo cobertizo. Su atuendo es desaliñado y feo; además, son extremadamente delgadas, con una expresión senil. Las mujeres casadas pintan sus labios de azul, perdiendo por completo su apariencia humana. Cuando contemplé la seriedad, casi la gravedad, con que removían con el cucharón en el caldero y retiraban la espuma gris, me pareció estar viendo auténticas brujas. No obstante, las chicas y las muchachas más jóvenes no causan una impresión tan repulsiva^[84].

Los ainos no se lavan nunca y se acuestan con la ropa puesta.

Casi todos los que han escrito sobre ellos hablan de sus costumbres de la forma más favorable. Según opinión generalizada, es un pueblo dócil, modesto, acogedor, confiado, sociable, cortés, respetuoso con los bienes ajenos, valeroso en la caza y, según palabras del doctor Rollen, compañero de La Pérouse, incluso inteligente. El desinterés, la sinceridad, la fidelidad en la amistad y la generosidad constituyen sus principales cualidades. Son francos y no soportan el engaño. Kruzenshtern estaba encantado con ellos. Tras enumerar sus maravillosas prendas espirituales, concluye: «En verdad, esas raras cualidades, que no se deben a la elevación moral de un educador, sino a la naturaleza, me llevaron al convencimiento de que me encontraba ante un pueblo superior a los que había conocido hasta la fecha»^[85]. Por su parte, A. Rudanovski escribe: «No puede haber pueblo más pacífico y modesto que el que encontramos en el sur de Sajalín». Todo acto de violencia despierta en ellos repugnancia y terror. A. Polonski cuenta la triste historia que sigue, que extrajo de los archivos; un episodio muy antiguo, que se desarrolló en el siglo pasado: Chorni, el capitán del destacamento de cosacos ocupado en rusificar a los ainos de las Kuriles, decidió azotar a varios de ellos. Los preparativos del castigo bastaron para aterrorizarlos y cuando empezaron a atar las manos a la espalda a dos mujeres para castigarlas con mayor comodidad, algunos de ellos se refugiaron en un escollo

inaccesible; otro huyó por mar en una canoa con veinte mujeres y niños... Las mujeres que no tuvieron tiempo de escapar fueron azotadas. Los cosacos tomaron consigo seis hombres y se embarcaron en una canoa; para impedir que huyeran les ataron las manos a la espalda de forma tan brutal que uno de ellos murió. Cuando, todo hinchado y con los brazos como escaldados, lo arrojaron al mar con una piedra al cuello, Chorni comentó para que sirviera de escarmiento a los demás: «Así hacemos las cosas los rusos».

Para terminar, unas palabras sobre los japoneses, que han desempeñado un papel tan destacado en la historia del sur de Sajalín. Como se sabe, el tercio más meridional de Sajalín solo pertenece a Rusia desde 1875. Antes se consideraba una posesión japonesa. En su *Manual práctico de navegación y astronomía marina* (1854), un libro que los marineros siguen utilizando, el príncipe E. Golitsin afirma que incluso Sajalín Septentrional, con los cabos de María y Yelizaveta, pertenecía a los japoneses. Muchos otros, entre ellos Nevelskói, dudaban de que Sajalín Meridional perteneciera a Japón. Ni siquiera los propios japoneses estaban convenidos de ello hasta que los rusos, con su extraño comportamiento, les persuadieron de que Sajalín Meridional formaba parte de sus dominios. Los primeros japoneses hicieron su aparición en el sur de Sajalín a principios de este siglo, no antes. En 1853 N. V. Boussé anotó una conversación con dos viejos ainos que recordaban los tiempos de su independencia y decían: «Sajalín es la tierra de los ainos, no hay tierras japonesas en Sajalín». En 1806, año de las hazañas de Jvostov, había en las orillas del Aniva un único asentamiento japonés, y todas sus construcciones estaban hechas con tablas nuevas, prueba evidente de que los japoneses se habían establecido allí en época muy reciente. Kruzenshtern fondeó en el golfo del Aniva en abril, durante la emigración del arenque; había tal cantidad de peces, ballenas y focas que el agua parecía hervir; los japoneses, que no tenían redes ni nasas, cogían el pescado con cubos, lo que demuestra que en aquel entonces no había ni rastro de las ricas factorías pesqueras que más tarde se instalaron a gran escala. Con toda probabilidad los primeros colonos japoneses eran criminales que se habían fugado o personas que habían visitado un país extranjero y en consecuencia habían sido expulsados de su patria.

Nuestros diplomáticos empezaron a prestar atención a Sajalín a comienzos de este siglo. Rezánov, ministro plenipotenciario encargado de concretar un acuerdo comercial con Japón, también había recibido el encargo de «adquirir la isla de Sajalín, que no pertenece a China ni a Japón». Se comportó con una sorprendente falta de tacto. «Teniendo en cuenta la intolerancia de los japoneses a la religión cristiana», prohibió que los miembros de su embajada se santiguaran y ordenó la confiscación de todas las cruces, iconos, devocionarios y «todo lo que representa el cristianismo o encierra una simbología cristiana». De creer a Kruzenshtern, durante la audiencia le negaron hasta una silla, no se le permitió llevar espada y «teniendo en cuenta la intolerancia de los japoneses», tuvo que comparecer descalzo. ¡Y era un embajador, un alto dignatario ruso! Cuesta imaginar mayor falta de dignidad.

Tras ese completo fiasco, Rezánov quiso vengarse de los japoneses y ordenó a Jvostov, oficial de marina, que sembrara el terror entre los japoneses de Sajalín; no obstante, esas disposiciones no fueron comunicadas de la manera habitual, sino de un modo más enrevesado: se incluían en un sobre sellado, con órdenes explícitas de no abrirlo hasta haber alcanzado el lugar de destino^[86].

De ese modo Rezánov y Jvostov fueron los primeros en reconocer que Sajalín Meridional pertenecía a los japoneses. Pero los japoneses no ocuparon sus nuevas posesiones: se contentaron con enviar al agrimensor Mamia-Rinzo para que reconociera la isla. En general, en todo ese asunto, los japoneses —pueblo hábil, emprendedor y astuto—, se comportaron con una indolencia y una indecisión que solo se explican porque albergaban tantas dudas sobre sus derechos como los rusos.



Chéjov con el cónsul de Japón

Es probable que, después de poner el pie en la isla, los japoneses acariciaran la idea de establecer una colonia, tal vez incluso una colonia agrícola, pero sus tentativas en esa dirección, si las hubo, solo podían conducir al desengaño, ya que los trabajadores japoneses, según el ingeniero Lopatin, no podían soportar la dureza del invierno. A Sajalín solo llegaban cazadores y pescadores, rara vez acompañados de sus mujeres. Vivían en campamentos y solo unos cuantos, varias decenas, se quedaban a pasar el invierno, mientras los demás regresaban en juncos a sus casas. No sembraban nada, no tenían huertos ni ganado bovino; todo lo indispensable para la vida lo traían desde Japón. Lo único que les atraía de Sajalín Meridional era la pesca. Esa actividad les reportaba grandes beneficios, ya que las capturas eran abundantes y los ainos, en quienes recaía la mayor parte del trabajo, no les costaban prácticamente nada. Los beneficios de las industrias pesqueras alcanzaron cincuenta mil y más tarde trescientos mil rublos anuales. Por tanto, no debe sorprender que los propietarios japoneses llevaran hasta siete batas de seda, una encima de la otra. Al principio, los japoneses solo tenían factorías en el litoral del Aniva y en Mauka; el asentamiento más importante se encontraba en el barranco de Kusun-Kotan, donde en la actualidad vive el cónsul de Japón^[87]. Más tarde abrieron una carretera desde el Aniva hasta el

valle de Takoe; allí, cerca de la actual colonia de Gálkino-Vráskoie, se encontraban sus almacenes. La carretera aún no se ha cubierto de maleza y se conoce con el nombre de Camino de los Japoneses. Estos también llegaron a Taraika, donde pescaban los peces que remontaban el Poronai y fundaron la aldea de Siska. Sus embarcaciones alcanzaron incluso el golfo de Nisk: el barco con bellos aparejos que Poliákov vio en 1881 en Tro era japonés.

El interés de los japoneses por Sajalín era exclusivamente económico, como el de los americanos por la Isla de las Focas. Pero cuando los rusos fundaron el puesto de Muraviosk en 1853, los japoneses imprimieron a su actividad un giro más político. Comprendiendo que se arriesgaban a perder una considerable fuente de ingresos y una mano de obra gratuita, prestaron mayor atención a los rusos y se esforzaron por consolidar su influencia en la isla para contrarrestar la de sus adversarios. Pero una vez más, seguramente poco convencidos de sus derechos, se condujeron de forma ridícula e irresoluta, casi como niños. Se limitaron a difundir toda suerte de calumnias sobre los rusos entre los ainos, jactándose de que acabarían con ellos; bastaba que los rusos levantaran un puesto en cualquier lugar para que en ese mismo punto, pero en la orilla opuesta del río, apareciera un piquete japonés; a pesar de su deseo de inspirar terror, los japoneses seguían manteniendo una actitud pacífica y amable: enviaban esturión a los soldados rusos y, cuando estos les pidieron redes, se las prestaron enseguida.

Según los términos de un tratado concertado en 1867, Sajalín se convirtió en propiedad conjunta de los dos Estados: rusos y japoneses se reconocían mutuamente sus derechos sobre la isla. En suma, ni unos ni otros la consideraban propia^[88].

Según el tratado de 1875, Sajalín entró a formar parte del Imperio ruso; como contrapartida, Japón recibió todas nuestras islas Kuriles^[89].

Junto al barranco en el que se encuentra el puesto de Kórsakov, hay otro que ha conservado el nombre que le pusieron los japoneses cuando fundaron allí la colonia de Kusun-Kotan. De las construcciones japonesas no queda ni rastro. Hay una tienda de ultramarinos y artículos diversos regentada por una familia japonesa, en la que compré duras peras del Japón; pero esa tienda tiene un origen más tardío. En el lugar más visible del barranco se alza una casa blanca en la que a veces ondea una bandera con un círculo rojo sobre fondo blanco. Es el consulado de Japón.

Una mañana en que soplaba el viento del nordeste y en mi alojamiento hacía tanto frío que estaba arrebujado en una manta, vinieron a visitarme el cónsul japonés, señor Kuze, y su secretario, señor Suzi-Yama. Lo primero que hice fue disculparme por el frío que hacía en la habitación.

—¡Oh, no! —respondieron mis huéspedes—. Hace muy bueno.

Y mediante gestos y el tono de la voz se esforzaron por demostrarme que no solo hacía bueno, sino hasta calor, y que mi alojamiento era en todos los sentidos el paraíso terrenal. Ambos eran japoneses de pura cepa, de talla mediana y rostros mongoloides. En cónsul tenía unos cuarenta años, era imberbe, con bigote apenas

perceptible, de constitución fuerte. El secretario parecía unos diez años más joven, llevaba gafas de cristales ahumados y mostraba todos los síntomas de la tisis: una víctima más del clima de Sajalín. En cónsul tenía otro secretario, el señor Suzuki, de talla inferior a la media, grandes bigotes con las guías hacia abajo, a la manera china, y ojos oblicuos y rasgados; desde el punto de vista japonés, un hombre de un atractivo irresistible. Un día, hablando de un ministro japonés el señor Kuze dijo: «Es tan atractivo y varonil como el señor Suzuki». Fuera de casa se visten a la europea y hablan muy bien el ruso; más de una vez, en el consulado, los he encontrado con un libro ruso o francés en la mano; tenían una estantería llena de libros. Habían recibido una formación europea, eran de una cortesía exquisita, delicados, cordiales. Para los funcionarios locales el consulado japonés era un rincón cálido y agradable, donde podían olvidarse de la prisión, del penal y de las disputas del servicio, y disfrutar de unas horas de descanso.

El cónsul servía de intermediario entre los japoneses que vienen a las factorías pesqueras y la administración local. Los días de fiesta solemne, acompañado de sus dos secretarios y vestido de uniforme de gala, el señor Kuze abandonaba el barranco de Kusun-Kotan y se dirigía al puesto para felicitar al jefe del distrito. El señor Beli les devuelve el cumplido: todos los años, el 1 de diciembre, se dirige con sus colaboradores a Kusun-Kotan para llevar sus felicitaciones al cónsul: es el cumpleaños del emperador del Japón; para celebrar la ocasión, se sirve champán. Cuando el cónsul visita los barcos de guerra, lo reciben con siete salvas. Durante mi estancia se recibieron las cruces de santa Ana y san Stanislav de tercera clase, concedidas al señor Kuze y al señor Suzuki. El señor Beli, el mayor Sh. y el señor F., secretario del departamento de policía, vestidos de gala, se dirigieron con gran pompa a Kusun-Kotan para proceder a la entrega de las condecoraciones. Les acompañé. Los japoneses estaban muy emocionados, tanto por las cruces como por la solemnidad del acto, pues son muy aficionados a esas cosas. Se sirvió champán. El señor Suzuki no ocultaba su entusiasmo y examinaba la orden desde todos los ángulos con ojos brillantes, igual que haría un niño con un juguete. En su rostro «atractivo y varonil» detecté una lucha interior: estaba deseando ir corriendo a su casa para enseñar la condecoración a su joven esposa (acababa de casarse) y al mismo tiempo su sentido de la urbanidad no le permitía abandonar a los invitados^[90].

Una vez completado mi examen de los lugares habitados de Sajalín, paso a ocuparme de las particularidades, importantes o no, que caracterizan actualmente la vida de la colonia.

XV

LOS PROPIETARIOS-PRESOS – PASO A LA CONDICIÓN DE COLONO – LA ELECCIÓN DE LUGARES PARA NUEVOS ASENTAMIENTOS – CÓMO SE LEVANTA UNA CASA – LOS COPROPIETARIOS – PASO A LA CONDICIÓN DE CAMPESINO – EL TRASLADO DE CAMPESINOS EXILIADOS AL CONTINENTE – LA VIDA EN LAS COLONIAS – LA PROXIMIDAD DE LA CÁRCEL – LA COMPOSICIÓN DE LA POBLACIÓN EN FUNCIÓN DEL LUGAR DE NACIMIENTO Y EL ESTADO SOCIAL – AUTORIDADES RURALES

Si además de su fin directo —venganza, represión, rehabilitación— el legislador se plantea otros objetivos, por ejemplo, la colonización, debe adaptarse permanentemente a las exigencias de la colonia y hacer numerosas concesiones. Cárcel y colonización son antagónicas y sus intereses son totalmente inversos. La vida en pabellones comunes esclaviza al preso y con el paso del tiempo lo degenera. Bajo la influencia de la vida gregaria, los instintos sedentarios de un propietario y un padre de familia se apagan. Pierde la salud, envejece, sus fuerzas morales se debilitan, de manera que, cuanto más tiempo pasa en la cárcel, más motivos hay para temer que no se convertirá en un miembro útil y activo de la colonia, sino en una carga superflua. Por eso, la práctica de la colonización exige ante todo la reducción de las penas de reclusión carcelaria y de los trabajos forzados; en ese sentido, nuestro *Reglamento de la deportación* hace concesiones significativas. Así, para los presos en vías de enmienda, diez meses cuentan como un año; y si los presos de segundo y tercer grado (es decir, condenados a penas de cuatro a doce años) están asignados al trabajo en las minas, cada año que pasan ocupados en esa tarea cuenta como un año y medio^[91]. A los presos en vías de enmienda, la ley les permite residir fuera de la cárcel, construirse una casa, casarse y tener dinero. Pero la realidad va mucho más allá de lo estipulado en el *Reglamento*. Para facilitar el paso de la condición de preso a otra más independiente, en 1888 el gobernador general de la región del Amur autorizó la liberación de los detenidos laboriosos y de buena conducta antes del cumplimiento de su pena. Al proclamar esa decisión (Ordenanza N.º 302) el general Kononóvich les prometió una liberación anticipada de dos a tres años. Además, independientemente de los artículos del código y de las ordenanzas, por simple necesidad, porque es útil a la colonia, todas las mujeres sin excepción, muchos detenidos a prueba e incluso condenados a perpetuidad, viven fuera de la cárcel, en sus propias casas o en apartamentos, con la única condición de que tengan hijos o sean buenos especialistas, por ejemplo agrimensores, conductores de trineo, etc. A muchos se les permite vivir fuera de la cárcel simplemente por «humanidad» o

porque si fulano reside en una isba no hará mal a nadie, o porque, si al preso Z., condenado a cadena perpetua, se le ha autorizado a vivir fuera de la cárcel por la simple razón de que ha llegado con su mujer y sus hijos, no sería justo negarle ese mismo derecho a N., condenado a una pena relativamente breve.

A 1 de enero de 1890 los tres distritos de Sajalín totalizaban cinco mil novecientos cinco detenidos de ambos sexos. De ellos, dos mil ciento veinticuatro (36 %) habían sido condenados a menos de ocho años, mil quinientos sesenta y siete (26,5 %) a penas de entre ocho y doce años, setecientos cuarenta y siete (12,7 %) a penas de entre doce y quince años, setecientos treinta y uno (12,3 %) a penas de entre quince y veinte años y trescientos ochenta y seis (6,5 %) a cadena perpetua. Había ciento setenta y cinco reincidentes (3 %) condenados a penas de entre veinte y cincuenta años. Los reclusos con condenas breves —menos de doce años— ascienden al 62,5 %, es decir, algo más de la mitad del total. Desconozco la edad media de los presos que acaban de ser condenados, pero, a juzgar por la composición actual de la población del penal, debe de ser inferior a los treinta y cinco años; si a eso añadimos que la duración media de los trabajos forzados es de ocho a diez años, y si se tiene también en cuenta que una persona envejece más deprisa en el penal que bajo circunstancias normales, resulta evidente que con el cumplimiento estricto de las penas judiciales y la observancia del Reglamento, con severos confinamientos en la cárcel, trabajo bajo la vigilancia de una escolta militar y demás, no solo los condenados a penas prologadas, sino también la mitad de los condenados a penas breves, se incorporarían a la vida de la colonia cuando ya habrían perdido toda su capacidad para contribuir a su desarrollo.

Cuando visité la isla, había cuatrocientos veinticuatro presos de ambos sexos instalados en parcelas. Anoté novecientos ocho presos que vivían en las colonias en calidad de esposos, compañeros, trabajadores, inquilinos, etc. En total, había mil trescientos treinta y dos presos viviendo fuera de la cárcel, en isbas propias o en apartamentos, lo que supone el 23 % de la población carcelaria^[92]. Como propietarios, los presos apenas se distinguían de los colonos. Los presos empleados por los propietarios realizan las mismas labores que nuestros trabajadores agrícolas. El empleo de un detenido por parte de un buen propietario, también exiliado, constituye hasta la fecha el único aspecto del penal elaborado por la experiencia rusa y es mucho más humano que el sistema de braceros australianos. Los presos que viven en apartamento se limitan a pasar allí la noche: deben presentarse para la asignación de tareas y para el trabajo exactamente igual que sus compañeros alojados en la cárcel. Los artesanos, por ejemplo los zapateros o los carpinteros, suelen desempeñar su labor en su propio domicilio^[93].

El hecho de que la cuarta parte de los presos viva fuera de la cárcel no entraña demasiados desórdenes; al contrario, me siento inclinado a pensar que el mantenimiento del orden en el penal resulta difícil precisamente porque las tres cuartas partes restantes viven en la cárcel. Evidentemente solo podemos hablar de las

ventajas de las isbas sobre los pabellones comunes en términos hipotéticos, ya que todavía no disponemos de observaciones precisas sobre el particular. Nadie ha demostrado todavía que entre los presos que viven en libertad la proporción de crímenes y fugas sea más baja que entre los que viven en la cárcel, y que el trabajo de los primeros sea más productivo que el de los segundos, pero lo más probable es que las estadísticas de la cárcel, que más tarde o más temprano tendrán que abordar esa cuestión, se decanten finalmente a favor de las isbas. Por el momento, lo único cierto es que la colonia saldría ganando si cada preso, independientemente de la cuantía de la pena, se ocupara, desde su llegada a Sajalín, de construir una casa para su familia e iniciara su actividad de colono lo antes posible, cuando es relativamente joven y goza de buena salud. También la justicia saldría ganando con esa medida, ya que, al participar desde el primer día en la vida de la colonia, el criminal tendría que hacer frente a las mayores dificultades antes de alcanzar la condición de colono y no después.

Una vez que ha cumplido su pena, el preso es liberado de los trabajos forzados y transferido a la categoría de colono. En ese proceso no suelen producirse demoras. El nuevo colono, si dispone de dinero y goza de la protección de las autoridades, se queda en Aleksándrovsk o en cualquier otra colonia de su agrado, donde compra o construye una casa, a menos que ya se haya ocupado de esa cuestión mientras purgaba su pena. Para las personas de esa condición, ni la agricultura ni el trabajo son obligatorios. Si pertenece a las masas incultas, que constituyen la mayoría de la población, suele asentarse en la parcela que le imponen las autoridades. Si la colonia está superpoblada y ya no hay tierra de labor, se le asigna una hacienda ya existente, de la que se convierte en copropietario, o se le envía a un nuevo lugar^[94].

La elección de los lugares para erigir nuevos asentamientos, que exige experiencia y ciertos conocimientos particulares, se confía a la administración local, es decir, a los jefes de distrito, inspectores de las cárceles y supervisores de las colonias. No hay ningún tipo de leyes específicas u instrucciones sobre el particular y todo el asunto depende de circunstancias fortuitas, como la composición del personal: si llevan mucho tiempo desempeñando sus funciones y conocen el terreno y la población carcelaria —tal es el caso, por ejemplo, del señor Butakovo en el norte y los señores Beli y Yartsev en el sur— o se trata de personas que han ingresado recientemente en la administración, en el mejor de los casos literatos, juristas o tenientes de infantería, y en el peor, gente sin la menor instrucción, que no ha trabajado nunca antes, en su mayoría jóvenes de ciudad que no saben nada de la vida. Ya he mencionado a un funcionario que no creyó a los colonos y a los nativos cuando le advirtieron de que el lugar que había elegido para fundar una colonia se inundaba en primavera y en los periodos de copiosas lluvias. Durante mi estancia, un funcionario recorrió con su comitiva quince o veinte verstas a caballo para inspeccionar un nuevo emplazamiento y regresó ese mismo día: dos o tres horas le habían bastado para examinar el lugar y dar su aprobación. Dijo que había sido un

paseo muy agradable.

Los funcionarios más viejos y experimentados se ocupan de esa cuestión rara vez y de mala gana, ya que siempre tienen otras cosas que hacer, y los jóvenes carecen de experiencia y son despreocupados. La administración es lenta, el asunto se demora y el resultado es la superpoblación de las colonias existentes. Finalmente, hay que recurrir a la ayuda de los exiliados y de los guardias militares que a veces, de oídas, han seleccionado con buen tino los lugares. Dado que ya no había espacio para la adjudicación de parcelas ni en el distrito de Timovo ni en el de Aleksándrovsk, y al mismo tiempo la demanda crecía con rapidez, el general Kononóvich propuso en una de sus ordenanzas de 1888 «organizar sin tardanza equipos de exiliados dignos de confianza, bajo la vigilancia de guardias eficientes, preparados y con experiencia —o en última instancia funcionarios— y enviarlos en busca de lugares apropiados para el establecimiento de colonias». Esos equipos deambulan por lugares totalmente inexplorados, donde ni siquiera los topógrafos han puesto el pie; encuentran muchos emplazamientos, pero no conocen su altitud, ni la naturaleza del suelo, ni la del agua, etc. La administración debe basarse en conjeturas para decidir si son idóneos para el establecimiento de colonias y el desarrollo de la agricultura, y la decisión final en favor de uno u otro enclave se toma al azar, a la ventura, sin consultar a un médico o a un topógrafo, del que carece Sajalín. En cuanto al agrimensor, solo aparece cuando ya se ha desbrozado el terreno y hay gente viviendo en el lugar^[95].

El gobernador general, después de una visita a las colonias, me expresó su opinión en los siguientes términos: «El penal no comienza en el penal, sino en la colonia». Si el peso del castigo se mide por la cantidad de trabajo realizado y las privaciones físicas padecidas, los colonos de Sajalín suelen soportar castigos más severos que los presos. Cuando un colono llega al lugar donde debe establecerse —por lo general pantanoso o boscoso— solo dispone de un hacha, una sierra y una pala. Tala el bosque, extirpa los tocones, abre canales para secar el terreno, y durante todo el tiempo que duran esas tareas preliminares vive al raso, durmiendo sobre la tierra húmeda. Nada como esa actividad para apreciar los encantos del clima de Sajalín, con su cielo cubierto, sus lluvias casi diarias, sus bajas temperaturas y su humedad, que se prolonga durante semanas y semanas y acaba penetrando hasta los huesos y causando escalofríos. Esa es la causa de la *febris sachalinensis*^[96], cuyas jaquecas y malestar generalizado no tienen un origen infeccioso, sino que se deben al clima.

Primero se construye la colonia y luego la carretera que lleva hasta ella, y no al revés; como consecuencia, se gasta de forma absolutamente improductiva una gran cantidad de fuerzas y de salud en el transporte de fardos desde el puesto, que a veces ni siquiera un pequeño sendero comunica con la colonia. El colono, cargado de herramientas, provisiones, etc., atraviesa la espesa taiga, tan pronto con el agua hasta las rodillas como escalando montones de troncos o enredándose en duros arbustos de romero.

El artículo 307 del *Reglamento de la deportación* estipula que a las personas que se establecen fuera del presidio se les debe suministrar madera. Ese artículo se interpreta de la siguiente manera: el colono debe talar los árboles y serrarlos por sí mismo. Antes los colonos recibían la ayuda de los presos y se les entregaba dinero para que contrataran carpinteros y adquirieran material, pero esa medida se abandonó porque, según me explicó un funcionario, solo condujo a la aparición de holgazanes: mientras los presos trabajaban, los colonos jugaban a cara o cruz. En la actualidad, los colonos combinan sus esfuerzos, se ayudan unos a otros. El carpintero levanta el armazón, el estufista monta la estufa, los aserradores preparan las tablas. Quien carece de fuerzas y habilidad para trabajar, pero dispone de algún dinero, puede contratar los servicios de sus compañeros. Las personas fuertes y vigorosas se ocupan de los trabajos más duros; los débiles y los que en la cárcel se han deshabituado a los trabajos del campo, cuando no están jugando a cara o cruz, a los naipes o protegiéndose del frío, se ocupan de alguna tarea relativamente ligera. Muchos desfallecen, se desaniman y abandonan sus casas sin terminar. Los chinos y los caucasianos, que no saben construir isbas rusas, suelen escapar durante el primer año. Casi la mitad de los colonos de Sajalín carece de casa, lo que en mi opinión se explica por las dificultades a las que el colono se enfrenta en el momento de establecerse. Según los datos del informe del inspector de agricultura, en el distrito de Timovo, en 1889, el número de colonos sin casa ascendía al 50 % del total, y en el distrito de Kórsakov, al 42 %; en el de Aleksándrovsk, donde las dificultades son menores y es más frecuente que los colonos compren casas en lugar de construirlas, esa cifra solo llegaba al 20 %. Cuando el armazón de madera ya está levantado, el propietario recibe, a título de préstamo, cristales y hierro. Esto es lo que comenta de esos préstamos el comandante de la isla en una de sus ordenanzas: «Con gran pesar hay que reconocer que esos préstamos, como tantas otras cosas, tardan mucho tiempo en llegar y quitan a la gente el deseo de construirse un hogar... El pasado otoño, cuando inspeccioné las colonias del distrito de Kórsakov, vi casas en espera de cristales, clavos y pestillos de estufa; acabo de verlas en el mismo estado» (Ordenanza N.º 318, 1889)^[97].

No se considera necesario examinar los nuevos emplazamientos ni siquiera cuando ya han sido poblados. Se envían allí entre cincuenta y cien propietarios, y luego se añaden unas decenas más cada año, sin saber para cuánta gente se dispone de tierra de labor; esa es la razón por la que, poco después de su creación, en las colonias empieza a observarse superpoblación y exceso de habitantes. Solo el distrito de Kórsakov escapa a esa regla; tanto las colonias como los puestos de los dos distritos septentrionales están atestados de gente. Hasta una persona tan diligente como A. M. Butakov, el jefe del distrito de Timovo, elige los lugares de los nuevos asentamientos a la buena de Dios, sin tener en cuenta el futuro; de hecho, en ningún otro distrito los copropietarios o propietarios supernumerarios son tan numerosos como en el suyo. Parece como si la propia administración no tuviera fe en la colonia

agrícola y poco a poco fuera haciéndose a la idea de que el colono solo necesita la tierra por un breve lapso de tiempo, seis años en total, ya que al recibir la condición de campesino abandonará la isla inmediatamente; en esas condiciones, el problema de las parcelas agrícolas se reduce a una mera formalidad.

De los tres mil quinientos cincuenta y dos propietarios que registré, seiscientos treinta y ocho, es decir, el 18 %, son copropietarios. Si excluimos el distrito de Kórsakov, donde apenas se recurre a esa práctica, el porcentaje aumenta de forma significativa. En el distrito de Timovo, cuanto más reciente es una colonia, mayor es el número de copropietarios. En Voskresénskoie, por ejemplo, hay noventa y siete propietarios y setenta y siete copropietarios; eso significa que encontrar nuevos asentamientos y asignar parcelas a los colonos se vuelve más difícil cada año^[98].

La organización de la hacienda y su correcta gestión se convierten en una obligación permanente para el colono. La pereza, la negligencia y la renuncia a ocuparse de la hacienda son motivos suficientes para que el colono vuelva a ser empleado durante un año en trabajos públicos, o lo que es lo mismo, forzados, y supone el cambio de la isba por la prisión. El artículo 402 del *Reglamento* permite al gobernador general de la región del Amur «mantener a costa del Estado a aquellos colonos de Sajalín que, en opinión de las autoridades locales, carezcan de medios de subsistencia propios». En la actualidad, la mayoría de los colonos de Sajalín, durante los dos primeros años después de la liberación —rara vez el tercero— reciben del Estado ropa y provisiones en la misma medida que los presos. Consideraciones de naturaleza práctica y humanitaria llevan a la administración a prestar tal ayuda. En realidad, cuesta creer que el colono pueda construirse una isba y al mismo tiempo labrar la tierra y ganarse el pan de cada día. Sin embargo, en las disposiciones aparecen con frecuencia casos de colonos que han sido privados de sus parcelas por su negligencia, por su pereza, por «no haber empezado a construir la casa», etc.^[99]

Tras pasar diez años como colonos, los exiliados reciben la condición de campesinos. Ese nuevo estatus va acompañado de derechos importantes. Un campesino antiguo forzado puede abandonar Sajalín e instalarse en cualquier lugar de Siberia, a excepción de las provincias de Semirechie, Akmolinsk y Semipalatinsk, inscribirse en las comunidades campesinas, siempre que estas lo acepten, y vivir en las ciudades dedicándose a diferentes oficios y ocupaciones. En caso de que sea juzgado y condenado, se le aplica el Código Civil, no el *Reglamento de la deportación*. Recibe y expide correspondencia normalmente, es decir, sin pasar por la censura previa establecida para los presos y los colonos. No obstante, en la nueva situación sigue estando presente el elemento esencial del exilio: no tiene derecho de regresar a su tierra^[100].

El Reglamento no subordina la concesión de los derechos de campesino, al cabo de diez años, a ninguna condición particular. Excepto los casos previstos en las cláusulas del artículo 375, la única condición es haber vivido diez años en Sajalín, independientemente de que el colono haya sido propietario o un simple obrero.

Cuando hablamos de esta cuestión, el señor Kamorski, inspector de prisiones de la región del Amur, me confirmó que la administración no tiene derecho a retener más de diez años a un deportado que haya alcanzado la condición de colono ni a poner ningún tipo de impedimento para que reciba la denominación de campesino. No obstante, durante mi estancia en Sajalín me encontré con un viejo que había sido colono más de diez años y aún no había entrado en la categoría de campesino. No obstante, no pude confrontar su testimonio con los registros oficiales y, por tanto, no estoy en condiciones de juzgar su grado de veracidad. Puede que ese viejo se equivocara en las cuentas e incluso que me mintiera, aunque, dados el descuido y la torpeza de los escribientes y la ineptitud de los funcionarios subalternos, uno puede esperar toda suerte de caprichos de las oficinas de Sajalín. Para los colonos que «se han comportado de forma totalmente satisfactoria, se han ocupado de tareas útiles y han llevado una vida sedentaria», el plazo de diez años puede reducirse a seis. El comandante de la isla y los jefes de distrito hacen amplio uso del artículo 377 que les faculta a conceder ese privilegio. Al menos casi todo los campesinos que conozco pudieron beneficiarse de ese estatus al cabo de seis años. Por desgracia, los conceptos «trabajo útil» y «vida sedentaria», que según el *Reglamento* condicionan ese privilegio, tienen significados diferentes en cada uno de los tres distritos. En el de Timovo, por ejemplo, un colono no alcanzará la condición de campesino mientras deba dinero al Estado y su isba no tenga una techumbre de tablas. En Aleksándrovsk, los colonos que no se dediquen a la agricultura no necesitan aperos ni grano; en consecuencia, su deuda será menor y recibirán sus derechos con mayor facilidad. Se establece como condición indispensable que el colono se convierta en propietario, aunque entre los exiliados abundan personas que, por naturaleza, son incapaces de hacerlo y se encuentran más a gusto cuando trabajan para otra persona.

Cuando pregunté si un colono que no se ocupe de una hacienda, porque trabaja como cocinero en casa de un funcionario o de aprendiz en el taller de un zapatero, puede beneficiarse de la reducción a seis años y, en general, recibir los derechos de campesino, me respondieron afirmativamente en Kórsakov y de forma mucho más vaga en los distritos septentrionales. En esas condiciones, es evidente que no puede hablarse de un conjunto de normas, y si un nuevo jefe de distrito exigiera que los exiliados cubrieran sus casas con techumbres de chapa o supieran cantar en el coro, sería difícil demostrarle el carácter arbitrario de sus demandas.

Durante mi estancia en Siantsi, el inspector de las colonias ordenó a veinticinco colonos que se reunieran junto a la casa del vigilante, donde se les anunció que, por orden del comandante de la isla, se les concedía la condición de campesino. El decreto, firmado por el general el 27 de enero, se le comunicó a los colonos el 26 de septiembre. Los veinticinco hombres recibieron la buena nueva en un completo silencio; ninguno se santiguó, ni expresó gratitud; todos seguían de pie, mudos, con rostros serios, como si les entristeciera la idea de que todo en este mundo, hasta el sufrimiento, tenga fin. Cuando el señor Yartsev y yo les preguntamos quién pensaba

prolongar su estancia en la isla y quién marcharse, ninguno expreso deseos de quedarse. Todos decían que tenían ganas de volver al continente y que de buena gana se irían en ese mismo momento, pero que no tenían medios y que había que reflexionar sobre la cuestión. Empezaron a hablar de la necesidad de disponer de dinero, no solo para el viaje, sino también para gastar en el continente: había que solicitar la aceptación en una comunidad campesina, convidar, comprar tierra y construir una casa; en suma, se necesitarían unos mil quinientos rublos. Pero ¿de dónde sacarlos? En Ríkovskoie, a pesar de sus proporciones relativamente grandes, solo encontré a treinta y nueve campesinos, y ninguno de ellos tenía intenciones de echar raíces; todos querían volver al continente. Uno de ellos, llamado Bespálov, se está construyendo una gran casa de dos plantas con balcón, parecida a una dacha, que todos contemplaban con perplejidad, sin entender qué necesidad tiene de ella. Que un hombre rico, con hijos mayores, decida quedarse en Ríkovskoie, tal vez para siempre, cuando podría instalarse en cualquier otra parte, parece un extraño capricho, una extravagancia. En una ocasión, en Dubki, le pregunté a un campesino, empedernido jugador de cartas, si pensaba regresar al continente y él, mirando desdeñosamente el techo, me respondió: «Trataré de buscar el modo»^[101].

Lo que impulsa a los campesinos a abandonar Sajalín es un sentimiento de inseguridad material, así como el tedio y la preocupación constante por la suerte de sus hijos... Pero la razón esencial es el ardiente deseo de respirar, antes de morir, el aire de la libertad y vivir una vida de verdad, no una existencia de presidiario. De las regiones del Usuri y del Amur todo el mundo habla como de la tierra prometida. ¡Y están tan cerca!: tres o cuatro jornadas en barco y luego la libertad, el calor, las cosechas... Quienes ya se han trasladado al continente escriben a sus amigos y conocidos de Sajalín, diciéndoles que les han recibido con los brazos abiertos y que una botella de vodka solo cuesta cincuenta kopeks. En una ocasión, paseando por el muelle de Aleksándrovsk, entré en un depósito de barcas y vi a un viejo de unos sesenta o setenta años y a una vieja con sacos y paquetes. Era evidente que se disponían a partir. Nos pusimos a charlar. El viejo había recibido recientemente los derechos de campesino y ahora regresaba al continente con su esposa, primero a Vladivostok y luego «donde Dios disponga». Según decían, no tenían dinero. Para la salida del vapor faltaban veinticuatro horas, pero ellos ya habían llevado al muelle todos sus cachivaches y se habían refugiado en ese cobertizo en espera de la salida del vapor, como si temieran que les hicieran regresar. Hablaban del continente con cariño y veneración, y albergaban el convencimiento de que allí les aguardaba una vida verdaderamente feliz.

En el cementerio de Aleksándrovsk vi una cruz negra, con una imagen de la Virgen y la siguiente inscripción: «Aquí yace la joven Afimia Kúrnikova, fallecida el 21 de mayo de 1888, a los dieciocho años de edad. Esta cruz fue erigida en señal de recuerdo cuando sus padres partieron para el continente, en junio de 1889».

Los campesinos que hacen gala de una conducta reprobable o que mantienen

deudas con el Estado no reciben autorización para abandonar la isla. Si alguien convive con una presa que le ha dado hijos, solo se le concede permiso para marchar en caso de que sus bienes le permitan asegurar la subsistencia futura de su compañera y de los hijos ilegítimos que ha tenido con ella (Ordenanza N.º 92, 1889). Una vez en el continente, el campesino se registra en el distrito que prefiera. El gobernador de ese distrito informa al comandante de la isla, quien a su vez ordena a la administración de policía que excluya de sus listas a ese campesino y a los miembros de su familia: oficialmente hay un «desdichado» menos. El barón A. N. Korff me dijo que si un campesino no se comporta como es debido en el continente, una medida administrativa lo lleva de nuevo a Sajalín por el resto de sus días.

Parece que una vez en el continente a los habitantes de Sajalín les va bien. Leí sus cartas, pero no tuve ocasión de comprobar cómo viven en sus nuevos lugares de destino. En realidad vi a uno, pero no en el campo, sino en la ciudad. Un día, en Vladivostok, salía de una tienda en compañía del padre Irakli, misionero y sacerdote de Sajalín, cuando un hombre con delantal blanco y botas altas y brillantes, un portero o un artesano, se puso muy contento cuando vio a mi compañero y se acercó a él para solicitar su bendición. Era uno de sus feligreses, un campesino antiguo forzado. El padre Irakli lo reconoció y recordó su nombre y su apellido. «¿Cómo te va la vida?», le preguntó. «Bien, gracias a Dios», respondió alegremente el otro.

Hasta que llega el momento de embarcar, los campesinos viven en los puestos y en las colonias y se ocupan de sus haciendas en condiciones tan desfavorables como las de los colonos y los presos. Todos ellos siguen dependiendo de las autoridades penitenciarias y, si viven en el sur, deben descubrirse a cincuenta pasos de distancia. Se les trata mejor y no se les golpea, pero aún así no son campesinos en el sentido estricto del término, sino presos. Viven cerca de la cárcel y la ven todos los días. La coexistencia de una colonia pacífica dedicada a la agricultura y una prisión de trabajos forzados es inconcebible. Algunos autores han visto en Ríkovskoie bailes en corro y han oído los sonos del acordeón y de distantes canciones; yo no vi ni oí nada semejante y no puedo imaginar a unas chicas cantando y bailando alrededor de la cárcel. Aunque hubiera escuchado, junto al tintineo de las cadenas y los gritos de los guardianes, ecos lejanos de canciones, los habría considerado una mala señal, ya que una persona buena y caritativa jamás se pondría a cantar en la proximidad de una prisión. Los campesinos, los colonos, sus mujeres libres y sus hijos se sienten oprimidos por el régimen de la prisión; comparable al estado de guerra, con su extraordinaria severidad y la ineluctable tutela de las autoridades, los mantiene en un estado constante de tensión y miedo. La administración penitenciaria les priva de los pastos, de los mejores lugares de pesca y de los mejores bosques. Los fugitivos, los usureros y los ladrones los despojan de sus pertenencias. La visión del verdugo paseando por la calle les aterroriza. Los guardias seducen a sus mujeres y a sus hijas, y lo más importante, la cárcel les recuerda a cada instante su pasado, quiénes son y dónde están.

Los campesinos de Sajalín aún no constituyen una comunidad. Ninguno de los niños nacidos en la isla y susceptibles de considerarla su patria ha alcanzado todavía la edad adulta, y hay muy pocos habitantes antiguos. La mayoría son recién llegados; la población cambia cada año. Unos llegan, otros se van; como ya he dicho antes, los habitantes de algunas colonias, más que una sociedad campesina, parecen un grupo de personas reunidas al azar. Entre ellos se llaman «hermanos», porque han sufrido juntos, pero tienen muy pocas cosas en común y son extraños unos para otros. Profesan diferentes creencias y hablan distintas lenguas. Los viejos desdeñan esa mezcolanza y preguntan con una sonrisa en los labios qué comunidad puede formarse cuando en una misma colonia viven rusos, ucranianos, tártaros, polacos, judíos, fineses, kirguizos, georgianos, gitanos... Ya he mencionado la desigual distribución de elementos no rusos en las colonias^[102].

Una disparidad de otra clase ejerce también una acción desfavorable en el crecimiento de las colonias: hay muchos ancianos, personas débiles, enfermos físicos o mentales, criminales incapaces de trabajar, que carecen de toda práctica, antiguos ciudadanos que jamás se han ocupado de la agricultura. Según los datos que tomé de los informes de la administración, a fecha de 1 de enero de 1890, en todas las cárceles y colonias de Sajalín había noventa y un miembros de la nobleza y novecientas veinticuatro personas de extracción urbana: ciudadanos de honor, mercaderes, pequeños burgueses y súbditos extranjeros, que en total constituyen el 10 % de los exiliados^[103].

Cada aldea dispone de un responsable elegido por los propietarios; debe ser obligatoriamente exiliado y campesino, y confirmado por el inspector de las colonias. Normalmente el cargo recae en personas serias, sensatas y con cierta formación; sus tareas no están del todo definidas, pero se intenta que el cargo guarde cierto parecido con su equivalente ruso. Deciden sobre diversos asuntos de escasa relevancia, asignan los carros por turno, interceden por su propia gente cuando es necesario, etc. El responsable de Ríkovskoie tiene incluso su propio sello. Algunos reciben sueldo.

Cada aldea cuenta también con un inspector, que reside allí de forma permanente. Suele tratarse del funcionario de más baja categoría del equipo local, un hombre ignorante que informa a las autoridades de paso de que todo marcha a la perfección y vigila la conducta de los colonos para que no se ausenten del trabajo sin permiso y se ocupen de las labores agrícolas. Es la autoridad más cercana a la colonia, a menudo el único juez, y sus informes a la administración tienen bastante peso a la hora de valorar la buena conducta, la capacidad y la estabilidad de un colono. He aquí una muestra de un informe de un vigilante:

Lista de los habitantes de la colonia de Verjni Armudán que han mostrado mala conducta:

Apellido y nombre	Motivos

1. Izdugin, Anani	Ladrón
2. Kiseliou, Piotr Vasílievich	Lo mismo
3. Glibin, Iván	Lo mismo
4. Galinski, Semión	Negligente con su hacienda e insubordinado
5. Kazankin, Iván	Lo mismo

XVI

COMPOSICIÓN DE LA POBLACIÓN EXILIADA POR SEXO – LA CUESTIÓN FEMENINA – PRESAS Y COLONAS – HOMBRES Y MUJERES COHABITANTES – MUJERES DE CONDICIÓN LIBRE

En la colonia penitenciaria hay cincuenta y tres mujeres por cada cien hombres^[104]. Esa relación solo es válida para la población que vive en las isbas.

También hay hombres que pernoctan en la cárcel y soldados solteros para quienes las presas y todas las mujeres en contacto con los reclusos constituyen «un objeto indispensable para la satisfacción de sus necesidades naturales», según expresión de una autoridad local. Sin embargo, si se quiere tomar en consideración a esa gente a la hora de determinar la composición de la colonia por sexo y situación familiar, debe actuarse con reservas: mientras viven en la prisión o en el cuartel solo contemplan la colonia desde el punto de vista de sus necesidades; sus visitas ejercen una influencia externa y nefasta, que hace disminuir el número de nacimientos y aumentar las enfermedades. Esas influencias pueden ser mayores o menores, dependiendo de la distancia a la que se encuentre la colonia de la cárcel o del cuartel; es una situación que recuerda las visitas de los truhanes que trabajan en la construcción del ferrocarril a las aldeas rusas. Si agrupamos a todos los hombres, incluyendo los de la cárcel y los cuarteles, la cifra de cincuenta y tres se reduce aproximadamente a la mitad y llegaríamos a una proporción del 25 %.

Aunque esas cifras del cincuenta y tres y del veinticinco parezcan insuficientes, para una joven colonia penitenciaria que se desarrolla bajo las condiciones más desfavorables hay que reconocer que no son tan bajas. En Siberia, en la población del penal y las colonias de exiliados, las mujeres constituyen menos del 10 %; además, si examinamos la situación de la deportación en el extranjero, nos encontramos con colonos, ya convertidos en respetables granjeros, tan poco favorecidos en ese sentido, que recibieron con entusiasmo a unas prostitutas enviadas desde la metrópoli y pagaron cien libras de tabaco por cada una a quienes se las procuraron. La llamada cuestión femenina presenta aspectos escandalosos en Sajalín, pero menos repugnantes que en las colonias penitenciarias de Europa occidental en sus comienzos. A Sajalín no solo llegan criminales y prostitutas. Gracias a la Dirección General de Prisiones y a la Flota Voluntaria, que han logrado establecer comunicaciones rápidas y cómodas entre la Rusia europea y Sajalín, el problema de las esposas e hijas que querían seguir a sus maridos y padres al exilio se ha simplificado considerablemente. Hasta hace poco, solo había una mujer por cada treinta criminales que seguía voluntariamente a su marido; en la actualidad, la

presencia de mujeres de condición libre se ha vuelto habitual en las colonias, hasta el punto de que resulta difícil imaginarse, por ejemplo, a Ríkovskoie o Novo-Mijaílovka sin esas trágicas figuras que, «venidas para aliviar la vida de sus maridos, han perdido la suya». Es probable que ese sea el único punto en el que Sajalín no ocupa el último lugar en la historia de los penales.

Empezaré por las condenadas. A fecha de 1 de enero de 1890, constituían el 11,5 % de la población carcelaria de los tres distritos de Sajalín^[105]. Desde el punto de vista de la colonización, esas mujeres tienen una importante ventaja: llegan a la colonia a una edad relativamente joven. En su mayor parte son mujeres de fuerte temperamento, condenadas por crímenes pasionales o de carácter familiar: «He venido por mi marido», «He venido por mi suegra...». La mayoría son asesinas, víctimas del amor y del despotismo familiar. Incluso las incendiarias o falsificadoras de papel moneda en realidad son castigadas por haber amado, ya que fueron arrastradas al crimen por sus amantes.

El elemento amoroso desempeña un papel fatal en sus desgraciadas existencias, tanto antes como después del juicio. En el barco que las lleva al penal empieza a circular el rumor de que en Sajalín las casarán contra su voluntad, y eso las asusta. En una ocasión pidieron al comandante del barco que interviniera en su favor para evitar esa unión forzosa.

Hace quince o veinte años, nada más llegar, las llevaban a un burdel. «A falta de un emplazamiento especial —escribe Vlášov en su informe—, en el sur de Sajalín las mujeres son alojadas en la panadería... Depredanóvich, el comandante de la isla, ordenó transformar la sección femenina de la cárcel en un burdel». No cabe hablar de los trabajos a los que podían dedicarse, ya que «solo las que habían cometido alguna falta o no habían merecido el favor de los hombres», acababan trabajando en la cocina; las demás, servían a las «necesidades» de los hombres y se emborrachaban como cubas, hasta que finalmente, según Vlášov, llegaban a tal punto de depravación que, en un estado de ebriedad total, «vendían a sus propios hijos por una botella de alcohol».

En la actualidad, cuando una partida de mujeres llega a Aleksándrovsk, se las conduce ceremoniosamente desde el muelle a la prisión. Las mujeres, encorvadas bajo el peso e los fardos y las talegas, se arrastran por la carretera, indolentes, aún no recuperadas del mareo de la travesía; las siguen, como los tropeles de gente que acompañan a los comediantes en una feria, multitudes de mujeres, hombres, chiquillos y personal de las oficinas. El cuadro guarda cierto parecido con la emigración de los arenques en el río Aniva, cuando hordas enteras de ballenas, focas y delfines que desean alimentarse de sus huevos, siguen los bancos de peces. Los campesinos las contemplan con intenciones obvias y honestas: necesitan una mujer para la casa. Las mujeres buscan en la nueva partida alguna paisana. Los escribientes y los vigilantes necesitan «chicas». Normalmente la escena se produce al atardecer. Las prisioneras son encerradas en un pabellón preparado con antelación y durante

toda la noche, en la cárcel y en el puesto, solo se habla de la nueva partida, de los atractivos de la vida familiar, de la imposibilidad de llevar una hacienda sin la ayuda de una mujer, etc. Durante las primeras veinticuatro horas, antes de que el barco zarpe para Kórsakov, tiene lugar la distribución por distritos de las recién llegadas. Se encargan de ese proceso los funcionarios de Aleksándrovsk, por lo que ese distrito recibe la mejor parte, tanto en cantidad como en calidad. El distrito vecino —el de Timovo— recibe menos mujeres y de peor calidad. El norte realiza una cuidadosa selección y, por así decir, filtra a las jóvenes y hermosas, de modo que a los tienen la fortuna de vivir en el distrito meridional solo les caen en suerte las viejas y las que «no ha merecido el favor de los hombres». Al efectuar esa repartición, no se tiene en cuenta las necesidades de la colonización; en consecuencia, como ya he dicho antes, las mujeres se distribuyen en los distritos de manera absolutamente desigual; así, cuanto peor es el distrito, cuantas menos esperanzas hay de tener éxito en la colonización, mayor es el número de mujeres. En Aleksándrovsk, que es el peor de los tres, hay sesenta y nueve mujeres por cada cien hombres; en Timovo, que ocupa una posición intermedia, cuarenta y siete; y en el mejor, solo treinta y seis^[106].

Una parte de las mujeres seleccionadas para el distrito de Aleksándrovsk se asigna al servicio de los funcionarios. Después de las cárceles, el vagón celular y la bodega del barco, al principio las habitaciones limpias y luminosas de los funcionarios les parecen un castillo encantado y el señor un genio bueno o malo que tiene sobre ellas un poder ilimitado. No tarda en acostumbrarse a su nueva situación, aunque en su discurso sigue resonando durante mucho tiempo el eco de la prisión y de la bodega del barco: «No puedo saberlo», «Coma, excelencia», «A su servicio». Un segundo grupo se incorpora a los harenes de los escribientes y vigilantes; y un tercero, el más numeroso, se va a vivir a las isbas de los colonos, aunque solo reciben mujeres los más ricos y los que gozan de protección. Hasta un preso, incluso de los puestos a prueba, puede recibir una mujer si tiene dinero y ejerce su influencia en el mundillo de la cárcel.



Prisionera en el patio de la prisión de
Dué

En el puesto de Kórsakov se aloja a las recién llegadas en un barracón especial. El jefe del distrito y el inspector de las colonias deciden juntos qué colonos y campesinos merecen recibir una mujer. Se da prioridad a los que ya se han instalado, son buenos propietarios y muestran buena conducta. A esos pocos elegidos se les notifica que tal día y a tal hora se presenten en la cárcel del puesto para recibir una mujer. El día señalado, por la larga carretera que conduce de Naibuchi al puesto, aquí y allá, se ven hombres que se dirigen al sur; en el lugar se les llama, no sin cierta ironía, «novios» o «prometidos». Tienen un aire particular y realmente parecen novios. Uno va engalanado con una camisa roja de algodón, otro luce un singular sombrero de plantador, un tercero calza botas altas con tacón, nuevas, lustrosas, compradas Dios sabe dónde y en qué circunstancias. Cuando llegan, se les permite entrar en el barracón de las mujeres y estar un rato con ellas. Durante los primeros quince o treinta minutos se paga el inevitable tributo a la confusión y la turbación. Los novios deambulan por los alrededores de las tarimas, mirando en silencio y con gravedad a las mujeres, que siguen sentadas, con la mirada baja. Cada uno hace su elección; sin gestos contrariados, sin ironía, con total seriedad, comportándose «humanamente» con esas mujeres feas, viejas, de aspecto patibulario. Escrutan los rostros y tratar de adivinar cuál será una buena ama de casa. Si alguna mujer joven o madura se lo «parece», se sienta a su lado y entabla con ella una conversación sincera. Ella le pregunta si tiene samovar, si su isba está cubierta de tablas o de paja. Él responde que tiene samovar, un caballo, una ternera de dos años y que su isba tiene techumbre de tablas. Solo después de ese examen doméstico, cuando ambos sienten que el asunto ha concluido, ella se decide a preguntar:

—¿Y no me maltratarás?

La conversación termina. La mujer es asignada a tal colono y a tal aldea, y el matrimonio civil puede darse por finalizado. El colono regresa a casa con su compañera y, para quedar bien, alquila un carro, a menudo con sus últimos ahorros. Al llegar, la primera tarea de la mujer consiste en encender el samovar, y los vecinos, al ver el humo, comentan con envidia que Fulano ya tiene mujer.

No está previsto que las mujeres se ocupen de trabajos forzados en la isla. Es cierto que en ocasiones friegan los suelos en las oficinas, trabajan en los huertos y cosen sacos, pero no existe, y probablemente nunca existirá, una labor penosa, obligatoria, constante y definida. La cárcel cede todas las presas a la colonia. Cuando se las conduce a Sajalín, no se piensa en su castigo ni en su regeneración, sino en su capacidad para engendrar hijos y llevar una casa. Son asignadas a los colonos en calidad de trabajadoras, en virtud del artículo 345 del *Reglamento de la deportación*, que permite a las presas solteras «ganarse la vida trabajando en las colonias más cercanas para los colonos más antiguos, hasta que se casen». Pero ese artículo solo sirve para orillar la ley que prohíbe la fornicación y el adulterio, pues una presa o exiliada que viva en casa de un colono no es una jornalera, sino una compañera, una

esposa ilegítima, con el conocimiento y consentimiento de las autoridades. En los informes oficiales y las disposiciones la vida de las mujeres que viven bajo el techo de un colono se define como «organización conjunta de una hacienda» o «administración conjunta de una casa»^[107], y se les designa a los dos como «pareja libre». Puede decirse que, a excepción de un pequeño número de mujeres de clases privilegiadas y de las esposas que siguen a sus maridos, todas las presidiarias se convierten en cohabitantes. Esa situación se puede considerar una regla. En una ocasión se me comentó la estupefacción que causaron las palabras de una mujer que, en Vladímirovka, se negó a convertirse en cohabitante, alegando que se le había enviado al penal para trabajar y no para ninguna otra cosa^[108].

La práctica local ha creado una visión muy particular de la presa, aunque probablemente idéntica a la de todas las colonias penitenciarias. Se la considera un ser a medio camino entre un ama de casa y una criatura inferior, por debajo incluso de los animales domésticos. Los colonos de la aldea de Siska presentaron al jefe del distrito la siguiente petición: «Solicitamos humildemente a su excelencia el envío a la localidad antes mencionada de ganado bovino para la obtención de leche y de mujeres para que se ocupen de nuestras haciendas». El comandante de la isla, hablando en mi presencia con los colonos de Uskovo y haciéndoles toda clase de promesas, dijo entre otras cosas:

—Y en cuanto a las mujeres, pueden contar con mi apoyo.

—Es un error que nos envíen las mujeres en otoño y no en primavera —me dijo un funcionario—. En invierno una mujer no tiene nada que hacer y, para un campesino, no representa ninguna ayuda, sino una boca más que alimentar. Por esa razón los buenos propietarios las reciben a regañadientes en otoño.

Es el mismo razonamiento que se hace con los caballos, cuando se considera la carestía de su alimentación durante el invierno. En ningún caso se tiene en cuenta el sentido de la dignidad, la feminidad y el pudor de las presas, como si se sobreentendiera que todo eso ha quedado reducido a cenizas por su desgracia o se hubiera perdido en su paso de prisión en prisión y de etapa en etapa. Tampoco se tiene en cuenta su pudor cuando se les infligen castigos corporales. Pero jamás se las ha humillado hasta el punto de casarlas contra su voluntad u obligarlas a cohabitar con alguien. A ese respecto, los rumores de violencia tienen el mismo fundamento que las historias sobre la horca a la orilla del mar o el trabajo bajo tierra^[109].

Ni la vejez de la mujer, ni la diferencia de religión, ni sus hábitos errabundos constituyen un impedimento para la cohabitación. Encontré mujeres de cincuenta o más años viviendo no solo con colonos jóvenes, sino con vigilantes que apenas habían cumplido los veinticinco. A veces una madre vieja y su hija adulta llegan juntas al penal. Ambas se convierten en cohabitantes de colonos y empiezan a engendrar hijos a porfía. Católicas, protestantes e incluso tártaras y judías viven a menudo con rusos. En una isba de Aleksándrovsk encontré a una mujer rusa en compañía de kirguizos y caucasianos, a los que estaba sirviendo la mesa, y la apunté

como cohabitante de un tártaro o, como lo llamaba ella, un checheno. En Aleksándrovsk, el tártaro Kerbalai, conocido por todos, vive con la rusa Lopushina, que a le ha dado tres hijos^[110].

Los vagabundos también intentan llevar una vida familiar; en Derbínskoie, uno de ellos, Iván, de treinta y cinco años, me anunció con una sonrisa que tenía dos cohabitantes: «Una aquí y otra, por orden escrita, en Nikoláievsk». Otro colono convive, desde hace diez años, con una mujer que no recuerda su procedencia ni su verdadero nombre ni su lugar de nacimiento.

Cuando se les pregunta qué tal se llevan, el colono y su cohabitante suelen responder: «Bien». Algunas condenadas me dijeron que en Rusia solo habían recibido de sus maridos burlas, golpes y reproches por cada pedazo de pan que comían, y que en el penal habían visto la luz por primera vez. «Gracias a Dios, ahora vivo con un buen hombre que se compadece de mí». Los deportados tratan con indulgencia a sus cohabitantes y los aprecian.

—Cuando el colono no tiene mujer, debe arar, cocinar, ordeñar la vaca y hacer la colada —me dijo el barón A. N. Korff—, y si tiene la fortuna de conseguir una, se aferra a ella tanto como puede. Mire cómo la viste. Aquí a las mujeres se las respeta.

—Lo que no impide que tengan el cuerpo lleno de moratones —añade el general Kononóvich, que asistía a nuestra conversación.

Se producen riñas y peleas, y en algunos casos aparecen los moratones, pero las «lecciones» que el colono da a su cohabitante son prudentes, pues ella tiene la sartén por el mango. Sabe que su unión es ilegítima y que en cualquier momento puede abandonarle para irse con otro. En cualquier caso, la comprensión de los colonos por sus cohabitantes no se debe solo a ese temor. Por zafia que sea la creación de parejas en Sajalín, a veces el amor está presente, en su forma más pura y atractiva. En Dué vi a una presa epiléptica, totalmente privada de razón, viviendo en la isba de su cohabitante, también preso. La cuidaba como un diligente enfermero, y cuando le comenté que probablemente sería engorroso compartir su habitación con esa mujer, me respondió alegremente: «No importa, excelencia, basta con tener humanidad». En Novo-Mijaílovka encontré a una mujer con las piernas impedidas desde hacía tiempo, que yacía día y noche en medio de la habitación, sobre un montón de harapos; el colono con quien vivía la cuidaba y, cuando traté de convencerle de que sería más cómodo que la enviara a un hospital, también me dijo que había que tener humanidad.

Junto a esas familias buenas y sencillas, hay otra clase de uniones libres, responsables de la mala reputación de «la cuestión femenina» en el penal. Desde el primer instante esas familias te repelen por su hipocresía y falsedad, y te hacen sentir que en la atmósfera de corrupción y servilismo de la cárcel, la familia se ha descompuesto hace mucho y ha sido sustituida por otra cosa. Muchos hombres y mujeres viven juntos porque así está establecido, porque tal es la ley del penal. La cohabitación se ha convertido en una tradición en la colonia y las personas débiles y

sin voluntad se someten a esa norma, aunque nadie les fuerza a ello.



Llegada a Sajalín de una mujer exiliada

En Novo-Mijaílovka vive una ucraniana de unos cincuenta años a la que mandaron aquí con su hijo después de descubrir a su nuera en el fondo de un pozo. Tuvo que dejar a su viejo marido y a sus hijos, y ahora vive con un cohabitante. A juzgar por las apariencias, esa situación le repugna, y le avergüenza hablar de ella con un extraño. Desprecia a su cohabitante y, al mismo tiempo, vive y duerme con él, pues tal es la costumbre en el exilio. Los miembros de ese tipo de familias no saben nada el uno del otro, hasta el punto de desconocer la edad de su compañero, su distrito de origen o su patronímico, a pesar de haber pasado cinco o diez años bajo el mismo techo... Cuando se le pregunta por la edad de su cohabitante, la mujer mira de soslayo con indolencia y desgana y responde: «¡El diablo lo sabe!». Mientras el hombre trabaja o juega a las cartas en alguna parte, la mujer se queda en la cama, ociosa, con el estómago vacío. Si alguno de los vecinos pasa por allí, se levanta de mala gana y cuenta que ha acabado en el penal «por culpa de su marido», que es inocente del crimen del que se la acusa: «¡Los muchachos mataron a ese demonio, pero me mandaron al penal a mí!». Su compañero regresa: no hay nada que hacer, nada que decir; podían encender el samovar, pero no tienen azúcar ni té... Al verla tumbada en la cama, al hombre le domina un sentimiento de tedio y de pereza, a pesar del hambre y el despecho, y, suspirando, se mete también en la cama.

En esa clase de familia, si la mujer decide dedicarse a la prostitución, su compañero normalmente la anima. En la prostituta que le procura un pedazo de pan, el hombre ve un beneficioso animal doméstico, al que respeta; es decir, él mismo enciende el samovar y calla cuando la mujer lo insulta. Ella cambia a menudo de compañero, buscando a los más ricos o a los que tienen vodka, o llevada por el aburrimiento o el gusto por la diversidad.

Las presidiarias reciben provisiones de la prisión que comparten con sus

cohabitantes; a veces esos alimentos constituyen el único medio de subsistencia de la familia. Como oficialmente se consideran obreras, el colono debe pagar un canon al Estado: está obligado a transportar veinte *puds* de carga de un distrito a otro o a entregar en el puesto una decena de troncos. No obstante, esa formalidad solo es obligatoria para los colonos agrícolas y no se aplica a los exiliados que viven en los puestos y no hacen nada.

Una vez cumplida su condena, la presa se convierte en colona y deja de recibir ropa y alimentos, de modo que ese cambio no sirve para mejorar su suerte. Las presas que reciben víveres de la cárcel tienen una vida más fácil: cuanto más larga es su pena mejor les va; en ese sentido, si ha sido condenada a cadena perpetua, tiene asegurado un pedazo de pan para el resto de sus días. Por lo general, una colona recibe los derechos de campesina al cabo de seis años, en virtud de un privilegio.

En la actualidad la colonia cuenta con más mujeres de condición libre que han seguido voluntariamente a sus maridos que presas. La proporción de las primeras con respecto a las deportadas es de dos a tres. Anoté seiscientas noventa siete mujeres de condición libre y un total de mil cuarenta y una reclusas, colonas y campesinas. En otras palabras, las mujeres de condición libre constituyen el 40 % de las mujeres adultas de la colonia^[111]. Las razones que llevan a las mujeres a abandonar su tierra y seguir a su marido al penal son muy diversas. Unas lo hacen movidas por el amor o la compasión; otras, por la firme convicción de que solo Dios puede separar a una mujer de su marido; algunas huyen de sus casas por vergüenza. En el oscuro ambiente de una aldea perdida, todavía hoy, el estigma de los crímenes del marido recae también sobre su mujer; por ejemplo, cuando la mujer de un condenado está aclarando ropa en el río, sus paisanas la llaman presidiaria. Otras son engañadas por sus maridos, que les tienden una trampa. Muchos presos escriben a casa ya en la bodega del barco, diciendo que en Sajalín el clima es suave, la tierra abundante, el pan barato y las autoridades benévolas. Una vez en la cárcel, siguen escribiendo las mismas cosas, a veces durante años, inventando siempre nuevas tentaciones. Confían en la ignorancia y en la credulidad de sus mujeres y los hechos a menudo les dan la razón^[112]. Otras, por último, siguen a sus maridos porque estos siguen ejerciendo una fuerte influencia sobre ellas; tales mujeres probablemente tuvieron alguna participación en el crimen o se beneficiaron de sus frutos, y, solo la falta de pruebas impidió que también ellas fueran encausadas. Los motivos más frecuentes son los dos primeros: una compasión y una piedad que las llevan por una parte a la abnegación y por otra a una fuerza de voluntad inquebrantable. Entre las mujeres que han seguido voluntariamente a sus maridos no solo hay rusas, sino también tártaras, judías, gitanas, polacas y alemanas^[113].

No puede decirse que la acogida reservada a las mujeres de condición libre sea especialmente cordial. Véase un episodio característico: el 18 de octubre de 1899, en el vapor *Vladivostok*, de la Flota Voluntaria, llegaron a Aleksándrovsk trescientas mujeres de condición libre, adolescentes y niños. La travesía desde Vladivostok había

durado tres o cuatro jornadas, con frío, sin comida caliente. El médico de a bordo me informó de que entre ellas había encontrado veintiséis casos de escarlatina, viruela y sarampión. El vapor llegó bien entrada la noche. El comandante, temiendo probablemente que el tiempo empeorara, ordenó que los pasajeros y el cargamento fueran desembarcados esa misma noche. Descargaron entre las doce y las dos de la madrugada. Ya en el muelle, encerraron a las mujeres y los niños en el cobertizo de las barcas y en un depósito de mercancías; a los enfermos los metieron en otro cobertizo acondicionado como enfermería. Los equipajes fueron amontonados en desorden en una barcaza. Por la mañana corrió el rumor de que el oleaje había roto las amarras de la barcaza y la había arrastrado mar adentro. Por todas partes se alzaron los llantos. Una mujer había perdido, junto con sus pertenencias, trescientos rublos. Levantaron acta e imputaron todo el asunto al mal tiempo. No obstante, a partir del día siguiente, los objetos perdidos aparecieron en poder de los presos.

Cuando una mujer libre llega a Sajalín al principio parece aturdida. La isla y el ambiente del penal la abruman. Afirma con desesperación que al seguir a su marido no se engañaba y esperaba lo peor, pero que la realidad ha superado en horror todo lo que había imaginado. Apenas ha hablado con las mujeres que la han precedido y ha contemplado su existencia cotidiana, se convence de que tanto ella como sus hijos están perdidos. Aunque al marido aún le quedan diez o quince años para recobrar la libertad, ella ya sueña con volver al continente y no quiere ni oír hablar de instalarse en la isla, pues esa cuestión le parece absurda, indigna de atención. Se pasa día y noche llorando y lamentándose, recordando a los parientes a los que ha dejado atrás como si hubiesen muerto. El marido, reconociéndose profundamente culpable ante ella, en un principio guarda silencio, pero al final, fuera de sus casillas, empieza a golpearla y a reprenderla por haber ido.

Si una mujer de condición libre llega sin dinero o trae tan poco que solo alcanza para comprar una isba, y ni ella ni el marido reciben nada de casa, pronto empieza a pasar hambre. No hay modo de ganarse la vida, ni lugar donde ejercer la mendicidad, y tanto ella como sus hijos tienen que alimentarse de los víveres que su marido obtiene de la cárcel, apenas suficientes para una persona adulta^[114]. Día tras día sus pensamientos se ocupan de una sola cuestión: ¿cómo comer y cómo alimentar a sus hijos? El hambre es continua, los cónyuges se reprochan mutuamente cada pedazo de pan que comen, la mujer se convence de que la situación no mejorará nunca y se va endureciendo; poco a poco llega a la conclusión de que en Sajalín nadie se alimenta de sentimientos delicados y sale a ganarse cinco o diez kopeks «con su propio cuerpo», como me dijo una de ellas. Él también se endurece, no se preocupa de la pureza, nada de eso le importa. En cuanto las hijas cumplen catorce o quince años las ponen también en circulación. Las madres comercian con ellas en casa o las entregan como cohabitantes a colonos ricos y vigilantes. Todo ese proceso se ve favorecido por la completa ociosidad en que vive una mujer libre. En los puestos no hacen absolutamente nada y en las colonias, especialmente en los distritos septentrionales,

las tareas que desempeña son en verdad insignificantes.

Además de la penuria y la ociosidad, hay una tercera fuente de desgracias para la mujer libre: el marido. Se puede beber o jugar a las cartas su ración, la ropa de la mujer e incluso la de los niños. Puede cometer un nuevo crimen o darse a la fuga. El colono Bishevets, del distrito de Timovo, estaba encerrado en una celda de castigo de la prisión de Dué, durante mi paso por ese lugar, acusado de intento de asesinato. Su mujer y sus hijos se habían instalado no lejos de allí, en los barracones familiares, descuidando su casa y sus cultivos. El colono Kucherenko, de Malo Timovo, se dio a la fuga, abandonando a su mujer y a sus hijos. Aun en el caso de que el marido no sea de los que asesinan o se evaden, la mujer vive todos los días con el alma en vilo, temiendo que le castiguen, víctima de una acusación falsa, o que le obliguen a trabajar hasta enfermar y morir.

Los años pasan, la vejez se acerca. El marido ha cumplido ya su pena y su plazo como colono, y solicita los derechos de campesino. El pasado se olvida, se perdona, y la partida para el continente permite concebir esperanzas en una vida nueva, razonable, feliz. Pero las cosas suelen suceder de otra manera. La mujer muere de tisis y el marido, viejo y solo, regresa al continente; o es ella la que se queda viuda y no sabe qué hacer ni adónde ir. En Derbínskoie una mujer de condición libre, Alexandra Timoféievna, ha abandonado a su marido, un *molokan*^[115], por el pastor Akim, con quien vive en una chabola estrecha e inmunda, y a quien ya ha dado una hija; el marido, por su parte, ha tomado a otra mujer como cohabitante. En Aleksándrovsk, dos mujeres de condición libre, Shulikina y Fédina, también han abandonado a su marido para irse a vivir con otro. Nelina Karpenko se ha quedado viuda y ahora vive con un colono. El preso Altujov se ha convertido en vagabundo y su esposa Yekaterina, mujer de condición libre, vive con otro^[116].

XVII

COMPOSICIÓN DE LA POBLACIÓN POR EDAD – LA SITUACIÓN FAMILIAR DE LOS EXILIADOS – MATRIMONIOS – NATALIDAD – LOS NIÑOS DE SAJALÍN

Aunque las cifras referentes a la composición por edad de la población exiliada se caracterizaran por una exactitud ideal y fueran incomparablemente más completas que las que yo recogí, seguirían sin aportar nada.

En primer lugar, son contingentes, ya que no están determinadas por condiciones naturales o económicas, sino por teorías jurídicas, un código penal y la arbitrariedad de las autoridades penitenciarias. Cuando cambie la concepción de la deportación en general y la de Sajalín en particular, cambiará la composición por edad de la población. Así sucederá cuando empiecen a enviar a la colonia el doble de mujeres o cuando, con la construcción del ferrocarril transiberiano, comience la inmigración libre.

En segundo lugar, en una isla que sirve de colonia penitenciaria, con su peculiar régimen de vida, esas cifras no tienen el mismo significado que las obtenidas en condiciones normales en los distritos de Cherepovets o Moscú. Por ejemplo, el bajo porcentaje de ancianos en Sajalín no significa que las condiciones sean tan desfavorables que causen una elevada tasa de mortalidad, sino que la mayoría de los deportados tiene tiempo de cumplir su pena y regresar al continente antes de llegar a la vejez.

En la actualidad, los residentes de veinticinco a treinta y cinco años (24,3 %) y de treinta y cinco a cuarenta y cinco (24,1 %) son los más numerosos^[117]. Las personas con edades comprendidas entre los veinte y los cincuenta y cinco años, la «edad de trabajar», como la define el doctor Griaznov, constituye en la colonia el 64 % de la población, es decir, casi el doble que en Rusia^[118]. Por desgracia el alto porcentaje e incluso el excedente de personas en «edad de trabajar» no constituye en Sajalín un índice de prosperidad económica. Lo único que indica es un excedente de mano de obra gracias al cual, a pesar del enorme número de personas hambrientas, ociosas e incapaces, se están construyendo ciudades enteras y excelentes carreteras. Las costosas construcciones, junto a la incertidumbre y la indigencia de las personas en edad de trabajar incitan a establecer un paralelismo entre la actual colonia y los tiempos en que había un exceso artificial de mano de obra y se erigían templos y circos, mientras las personas «en edad de trabajar» padecían hambre y una extremada pobreza.

Los niños, es decir, la población de menos de quince años, también alcanzan un

porcentaje elevado: el 24,9 %. Si se compara con estadísticas correspondientes de Rusia^[119], esa cifra es baja, pero para una colonia penitenciaria, donde la vida familiar se enfrenta a condiciones desfavorables, es alta. La fecundidad de las mujeres de Sajalín y la baja tasa de mortalidad infantil, como verá el lector más adelante, pronto elevará todavía más el porcentaje de niños, tal vez incluso hasta los niveles rusos. Es un aspecto positivo porque, además de otras consideraciones referentes a la colonización, la cercanía de los niños sirve de soporte moral a los exiliados y les recuerda, con mucha más intensidad que ninguna otra circunstancia, su aldea natal. Además, los cuidados que requieren salvan a sus madres de la ociosidad. También hay un aspecto negativo, ya que esa población no productiva, que exige gastos sin aportar nada, complica aún más las dificultades económicas y aumenta la pobreza. En ese sentido, sitúa a la colonia en condiciones aún más desastrosas que las del campo ruso: los niños de Sajalín regresan al continente en la adolescencia o cuando alcanzan la edad adulta y la provisión de fondos de la colonia nunca se recupera.

El tramo de edad que debería constituir la base y la esperanza de una colonia, si no próspera, al menos floreciente, constituye en Sajalín un porcentaje totalmente insignificante. Solo hay 185 personas con edades comprendidas entre los quince y los veinte años: ochenta y nueve hombres y noventa y cinco mujeres, es decir, alrededor del 2 %. De ellos, solo veintisiete son naturales de la colonia, nacidos en Sajalín o de camino al exilio; los demás vienen de fuera. Pero incluso los nacidos en Sajalín solo esperan que sus padres o maridos partan al continente para marcharse con ellos. De esos veintisiete, casi todos son hijos de campesinos acomodados que ya han cumplido sus penas y continúan en la isla con intención de adquirir más capital. Como, por ejemplo, los Rachkov en la colonia de Aleksándrovsk. Ni siquiera María Baranóvskaia, hija de un colono libre, que nació en Chibisani y ahora tiene dieciocho años, se quedará en Sajalín, pues partirá para el continente con su marido. No queda ni una sola persona nacida en Sajalín hace veinte o veinticinco años. En la actualidad, la isla solo cuenta con veintisiete jóvenes de veinte años: trece presos, siete esposas de condición libre y siete hijos de exiliados, jóvenes que ya conocen la ruta de Vladivostok y del Amur^[120].

En Sajalín hay ochocientos sesenta matrimonios legítimos y setecientos ochenta y dos uniones libres. Esas cifras definen con bastante exactitud la situación familiar de los exiliados que viven en la colonia. En general, se dice que casi la mitad de la población adulta disfruta de las ventajas de la vida familiar. Todas las mujeres de la colonia han sido solicitadas, de lo que se deduce que la otra mitad, es decir, las tres mil personas (aproximadamente) que viven solas, está constituida por hombres. Sin embargo, esa proporción puramente contingente está sujeta a constantes fluctuaciones. Así, por ejemplo, cuando un manifiesto imperial saca de la cárcel a cerca de un millar de presos, en la colonia aumenta el porcentaje de personas sin familia; cuando, poco antes de mi partida, se permitió que los colonos de Sajalín

trabajaran en la sección del Ussuri del Transiberiano, el porcentaje disminuyó. Sea como fuere, el desarrollo de principios familiares entre los exiliados se considera extraordinariamente débil y se cree que el elevado número de personas sin familia es la razón fundamental de la falta de éxito de la colonia^[121].

Queda por analizar por qué las uniones ilegítimas —o cohabitación libre— han tenido un desarrollo tan amplio y por qué, al examinar las cifras relativas a la situación familiar de los exiliados, se tiene la sensación de que estos se oponen obstinadamente al matrimonio legítimo. De no ser por las mujeres de condición libre que han seguido voluntariamente a sus maridos, las uniones ilegítimas serían cuatro veces más numerosas que las legítimas^[122]. Al informarme de la situación, el gobernador general la calificó de «escandalosa» y descargó la responsabilidad en los exiliados. No obstante, los relegados, en su mayor parte personas patriarcales y religiosas, prefieren la unión legal. Las parejas ilegítimas a menudo piden permiso a la administración para volver a casarse, pero la mayoría de esas peticiones debe denegarse por razones que no dependen ni de las autoridades locales ni de los propios exiliados. Lo que sucede es que, además de perder sus derechos civiles, incluidos los de esposo, y dejar de existir para sus familiares, como si hubiese muerto, su derecho a casarse no depende de los avatares de su vida posterior, sino de la voluntad del cónyuge que ha quedado en libertad en el lugar de origen. El consentimiento de este es indispensable; para que la primera unión pueda disolverse, es necesario que acepte el divorcio, solo entonces el condenado puede volver a casarse. Pero normalmente los cónyuges que viven en libertad no dan ese consentimiento: unos por convicciones religiosas, porque es pecado; otros porque consideran la disolución del matrimonio una formalidad inútil e innecesaria, un capricho, especialmente cuando los cónyuges frisan los cuarenta. «¡Cómo va a casarse a su edad! —razona la esposa, tras recibir la carta del marido en la que le solicita el divorcio—. ¡Más valdría que pensara en su alma, el muy granuja!».

Otros se niegan porque temen verse involucrados en un asunto muy complejo, engorroso y caro, como es un divorcio, o simplemente porque no saben a quién dirigir su petición o por dónde empezar. A veces la culpa de que los exiliados no se casen legalmente la tiene la imperfección del certificado de penales, cuya obtención entraña toda una serie de fatigosas formalidades, muy semejantes a los trámites burocráticos de antaño, cuyo único resultado es que el exiliado, que ha gastado todo su dinero en escribientes, papel timbrado y telegramas, llegue a la conclusión de que nunca podrá formar una familia legal. Muchos exiliados carecen de certificado de penales o bien este no menciona su situación familiar o la indica de forma imprecisa o inexacta. Ahora bien, el exiliado no dispone de ningún otro documento al que agarrarse en caso de necesidad^[123].

El registro civil proporciona la información sobre el número de matrimonios celebrados en la isla, pero, como el matrimonio legítimo constituye un lujo que no está al alcance de todos, esos datos no indican la verdadera proporción de habitantes

que aspiran a fundar un hogar. La gente no se casa cuando quiere, sino cuando puede. Hablar de la media de edad de los recién casados carece de sentido; recurrir a ella para decir que los matrimonios son precoces o tardíos y sacar cualquier tipo de conclusión es imposible, ya que, en la mayoría de los casos, la vida conyugal comienza mucho antes de la ceremonia religiosa y habitualmente las parejas que se casan ya tienen hijos. El registro civil solo permite saber que, durante los diez últimos años, la mayoría de los matrimonios se celebró en enero, casi un tercio. El aumento de matrimonios en otoño es insignificante en comparación con enero, de modo que no pueden establecerse similitudes con nuestros distritos rurales. Todos los matrimonios celebrados en condiciones normales por los hijos de los exiliados, que gozan de libertad, son precoces. Los novios tenían edades comprendidas entre los dieciocho y los veinte años; las novias, entre quince y diecinueve. Pero entre los quince y los veinte años hay más mujeres que hombres, ya que estos suelen abandonar la isla antes de estar en edad de casarse. La falta de pretendientes jóvenes y, en cierta medida, consideraciones de índole económica, explican las frecuentes diferencias de edad entre los cónyuges. Muchachas jóvenes de condición libre, casi unas niñas, son casadas por sus padres con colonos y campesinos maduros. Los suboficiales, los cabos, los enfermeros militares, los escribientes y los guardias también suelen casarse, pero solo les satisfacen las muchachas de quince o dieciséis años^[124].

Las bodas son modestas y tediosas. Se dice que en el distrito de Timovo a veces son alegres y ruidosas, sobre todo las de los ucranianos. En el distrito de Aleksándrovsk, donde hay tipografía, los exiliados suelen enviar antes de la boda invitaciones impresas. Los presos cajistas, cansados de imprimir ordenanzas, están encantados de poder exhibir su arte, de manera que sus invitaciones no tienen nada que envidiar a las de Moscú, ni en la presentación ni en el texto. El Estado contribuye a cada boda con una botella de vodka.

Los propios exiliados consideran la natalidad de la colonia muy elevada, lo que alimenta una profusión de bromas y agudezas sobre las mujeres. Se dice que en Sajalín el propio clima favorece el embarazo; dan a luz mujeres viejas e incluso mujeres que en Rusia se consideraban estériles y ya no albergaban esperanzas de tener hijos. Parece como si las mujeres se dieran prisa por poblar Sajalín, ya que a menudo tienen gemelos. Una parturienta de Vladímirovka, una mujer ya madura, que tenía una hija adulta, tras escuchar los rumores que corrían sobre los frecuentes nacimientos de gemelos, tenía la esperanza de que lo mismo le sucediera a ella, y, cuando dio a luz a un solo hijo, se sintió decepcionada. «Busque un poco más», le pidió a la comadrona. Pero el nacimiento de gemelos no es mayor en la isla que en Rusia. En un periodo de diez años, hasta el primero de enero de 1890, nacieron en la colonia dos mil doscientos setenta y cinco niños de ambos sexos, de los que solo veintiséis fueron nacimientos múltiples^[125]. Todos esos rumores algo exagerados sobre la desmesurada fecundidad de las mujeres, los gemelos etc., muestran el

elevado interés de los deportados por la natalidad y la gran importancia que se le concede.

Como las cifras de población están sujetas a fluctuaciones debidas a los constantes aflujos y reflujos, tan aleatorios como los de un mercado, la determinación de la tasa de natalidad durante una serie de años constituye un lujo inaccesible; además, es bastante difícil de determinar, pues los datos numéricos que se han podido reunir son muy limitados. Los efectivos anteriores a la colonización son desconocidos: después de consultar los datos oficiales, comprendí que su reconstitución sería una tarea digna de un esclavo egipcio, que además prometía los más dudosos resultados.

Solo se puede evaluar la tasa de población de forma aproximada y únicamente para la época actual. En 1889, en las cuatro parroquias de la isla nacieron trescientos cincuenta y dos niños de ambos sexos. En Rusia, en circunstancias normales, esa cifra corresponde a una población de siete mil personas^[126]. Precisamente la población de la colonia ese año ascendía a siete mil personas y algunos centenares. Por tanto, la tasa de natalidad apenas es más alta que el general de Rusia (49,8 %) o la de ciertos distritos como el de Cherepovets (45,4 %). Así pues, puede afirmarse que en 1889 la natalidad en Sajalín ha sido más o menos la misma que en Rusia y que la diferencia en los coeficientes, si alguna hubo, fue pequeña y carente de especial significación. No obstante, si dos lugares tienen idéntica tasa de natalidad, debe considerarse más elevada la fecundidad de las mujeres en aquel cuyo número es comparativamente menor; en suma, puede concluirse que la fertilidad de las mujeres de Sajalín es mucho mayor que en el resto de Rusia.

El hambre, la nostalgia, la depravación, la esclavitud y la toda la suma de condiciones desfavorables de la deportación no privan al exiliado de su capacidad reproductora. Pero esa tasa de natalidad no es índice de prosperidad. La principal causa de la elevada fertilidad de las mujeres y la alta tasa de natalidad es la ociosidad de los exiliados que viven en la colonia, la convivencia forzosa de maridos y cohabitantes, que no se ocupan de ningún oficio ni trabajan para otros, y la monotonía de la vida, que hace que la satisfacción del instinto sexual sea a menudo la única distracción posible; en segundo lugar, se da la circunstancia de que la mayoría de las mujeres está en edad reproductora. Además de esas causas más evidentes, existen otras más inciertas, todavía inaccesibles a la observación directa. Tal vez esa elevada natalidad deba contemplarse como un medio que la naturaleza concede a la población para luchar con las influencias nefastas y destructoras, ante todo con ciertos enemigos naturales como el bajo número de habitantes y la escasez de mujeres. Cuanto más grande es el peligro que amenaza a la población, mayor es el número de nacimientos; en ese sentido, las condiciones desfavorables pueden considerarse un factor de la elevada tasa de natalidad^[127].

De los dos mil doscientos setenta y cinco nacimientos registrados en el transcurso de los últimos diez años, el mayor número se produjo en los meses de otoño (29,2 %)

y el menor en primavera ((20,8 %), mientras en invierno (26,2 %) hubo más que en verano (23,6 %). La tasa más elevada de embarazos y nacimientos se produjo entre agosto y febrero; en ese sentido, los cortos días y las largas noches fueron más propicios que la sombría y lluviosa primavera y el mismo verano.

En la actualidad hay en Sajalín un total de dos mil ciento veinte y dos niños, incluyendo a los adolescentes que cumplieron quince años en 1890. Seiscientos cuarenta y cuatro de ellos han llegado de Rusia con sus padres y mil cuatrocientos setenta y tres han nacido en Sajalín o camino del exilio. Hay cinco niños cuyo lugar de nacimiento no he podido determinar. El primer grupo es casi tres veces más pequeño que el segundo. La mayoría de los representantes del primer grupo llegó a la isla en edades en que los niños tienen ya conciencia, y por tanto recuerdan y aman su tierra natal. Los segundos, oriundos de Sajalín, nunca han visto nada mejor y deben de sentir alguna inclinación por la isla, su verdadera patria. En general, ambos grupos presentan diferencias significativas. Así, en el primero solo hay un 1,7 % de hijos ilegítimos, mientras en el segundo ese porcentaje es del 37,2 %^[128]. Los representantes del primer grupo se consideran libres; en su gran mayoría nacieron o fueron concebidos antes del juicio y, por tanto, conservan todos sus derechos civiles. Los hijos nacidos en el exilio no entran dentro de ninguna categoría. Con el tiempo se adscribirán a una clase cualquiera y se considerarán campesinos o pequeños burgueses; por el momento, su situación social se determina de la siguiente manera: hijo ilegítimo de una presa, hija de un colono, hija ilegítima de una exiliada, etc. Una dama de la nobleza, esposa de un exiliado, estalló en sollozos cuando se enteró de que su hijo había sido inscrito en el registro civil como «hijo de un colono».

Casi no hay niños de pecho ni menores de cuatro años en el primer grupo, que presenta una mayoría de niños en edad escolar. Por el contrario, en el segundo grupo, el de los nacidos en Sajalín, los más pequeños son preponderantes; además, cuanto mayores son los niños, menor es el número de coetáneos. Si hiciéramos un gráfico de las edades de los niños de ese grupo, obtendríamos un descenso brusco y pronunciado de la curva. En ese grupo hay doscientos tres niños menores de un año, cuarenta y cinco en edades comprendidas entre los nueve y los diez años, y solo once entre los quince y los dieciséis. Como ya se ha dicho antes, no queda ni un solo individuo de veinte años nacido en Sajalín. Esa falta de adolescentes y jóvenes se ve equilibrada por los recién llegados, de donde provienen los novios y pretendientes.

El bajo porcentaje de niños de edad media entre los oriundos de Sajalín se explica por la mortalidad infantil y también porque en los años anteriores había en la isla menos mujeres y en consecuencia los nacimientos fueron menos numerosos; pero la razón principal es la emigración. Los adultos que vuelven al continente se llevan a los niños. Los padres de niños nacidos en Sajalín normalmente comienzan a cumplir su pena mucho antes de la venida al mundo de sus hijos. Antes de que nazcan, crezcan y alcancen los diez años de edad, la mayoría de los padres ya ha tenido tiempo de adquirir los derechos de campesino y regresar al continente. La situación de un niño

traído a Sajalín es completamente distinta. Cuando sus padres llegan a la isla, él tiene cinco, ocho o diez años de edad; mientras los padres cumplen su pena y su periodo de relegación, él sale de la edad infantil; más adelante, mientras los padres hacen gestiones para recibir los derechos de campesino, él se ha convertido en un trabajador y ha tenido tiempo de desempeñar varias tareas en Vladivostok y Nikoláievsk antes de abandonar definitivamente la isla. En todo caso, ni los nativos de Sajalín ni los venidos de fuera se quedan, de manera que, hablando en propiedad, los puestos y aldeas de Sajalín no deberían llamarse colonias, sino asentamientos temporales.

Cada nuevo nacimiento es recibido con frialdad en la familia. Junto a la cuna no se cantan canciones, solo se oyen amargos lamentos. Padres y madres dicen que no tienen con qué alimentar a sus hijos, que estos no aprenderán nada bueno en Sajalín y que «lo mejor sería que Dios misericordioso se los llevara lo antes posible». Si el niño llora o hace alguna travesura, se le grita con rabia: «¡Cállate o te mato!».

Pero por mucho que digan y se lamenten, los seres más útiles, necesarios y agradables de Sajalín son los niños; los exiliados lo saben perfectamente y los aprecian en su justo valor. Aportan un elemento de ternura, pureza, dulzura y jovialidad a los endurecidos y moralmente degradados hogares de Sajalín. A pesar de su pureza, aman por encima de todo a su madre corrupta y a su padre ladrón, y si a un exiliado que en la cárcel ha perdido la costumbre de la ternura, le conmueve el afecto de un perro, ¡qué valor no tendrá para él el amor de un niño! Ya he dicho que la presencia de los niños proporciona apoyo moral a los exiliados; ahora añado que a menudo es lo único que los ata a la vida, los salva de la desesperación y de la caída definitiva.

En una ocasión tuve que anotar a dos mujeres de condición libre que habían seguido voluntariamente a sus maridos y vivían juntas en la misma casa. Una de ellas, que no tenía hijos, se pasó todo el tiempo quejándose de su destino; se burlaba de sí misma, se llamaba tonta y maldita por haber ido a Sajalín; y todo eso lo decía apretando los puños con rabia y en presencia de su marido, que me miraba con aire culpable. La otra, que era una mujer «prolífica», como se las llama aquí, y tenía varios hijos, guardaba silencio. Yo me decía que la situación de la primera, sin hijos, debía de ser espantosa.

Recuerdo que al anotar en una isba a un niño tártaro de tres años, con un bonete en la cabeza y una gran distancia entre los ojos, le dirigí unas palabras cariñosas; de pronto el padre, un tártaro de Riazán, indiferente hasta entonces, resplandeció de gozo y empezó a sacudir alegremente la cabeza, para darme a entender que también él pensaba que su hijo era muy guapo. Me dio la impresión de que ese tártaro era feliz.

A partir de lo que se ha dicho más arriba, el lector puede imaginarse qué influencias se ejercen sobre los niños de Sajalín y qué impresiones determinan su orientación espiritual. Lo que en las ciudades y aldeas de Rusia sería abominable, aquí es moneda corriente. Los niños siguen con ojos indiferentes un grupo de presos

encadenados; y, cuando los presos empujan carretillas llenas de arena, los niños se agarran por detrás, riendo a carcajadas.

Juegan a vigilantes y presos. Un muchacho, al salir a la calle, grita a sus compañeros: «¡En fila!» o «¡Descansen!», o mete sus juguetes y un pedazo de pan en un saco y le dice a su madre: «Voy a convertirme en vagabundo». «Ten cuidado no te dispare un guardia», le dice la madre bromeando. El niño sale a la calle y vaga por ahí, mientras sus compañeros, que hacen las veces de guardias, tratan de atraparlo. Los niños de Sajalín hablan de vagabundos, de varas de abedul, de látigos; saben lo que es un verdugo, un preso encadenado, un cohabitante.

Al recorrer las isbas de Verjni Armudán, entré en una en la que no había ningún adulto. Solo encontré a un niño de diez años, de cabellos rubios, cargado de espaldas, descalzo; su pálido rostro, cubierto de grandes pecas, parecía de mármol.

—¿Cuál es el patronímico de tu padre?

—No lo sé —me respondió.

—¿Cómo es posible? ¿Vives con tu padre y no sabes cómo se llama? Debería darte vergüenza.

—No es mi verdadero padre.

—¿Cómo que no es tu verdadero padre?

—Es el cohabitante de mi madre.

—¿Tu madre está casada o es viuda?

—Viuda. Vino aquí por su marido.

—¿A qué te refieres?

—Ella lo mató.

—¿Te acuerdas de tu padre?

—No. Soy ilegítimo. Mi madre me dio a luz en Kara.

Los niños de Sajalín son pálidos, delgados, indolentes. Van vestidos con harapos y siempre están hambrientos. Como el lector verá más adelante, mueren casi siempre de enfermedades intestinales. Viven acosados por el hambre; a veces, durante meses enteros, solo se alimentan de nabos o, en las familias más acomodadas, de pescado salado. Las bajas temperaturas y la humedad destruyen el organismo infantil, llevándolo a la extenuación, a una degeneración lenta de todos los tejidos. De no ser por la emigración, bastarían dos o tres generaciones para que la colonia presentara un cuadro completo de las malnutriciones más graves. En la actualidad, los hijos de los colonos y presos más pobres reciben del Estado los llamadas «subsidios alimentarios»; de uno a quince años un rublo y medio al mes, y para los huérfanos, inválidos, niños deformes y gemelos tres rublos. El derecho de los niños a esas ayudas depende del criterio de los funcionarios, que interpretan cada uno a su manera el concepto de «los más pobres»^[129]. El rublo y medio o los tres rublos se gastan según el criterio del padre o de la madre. Esa ayuda pecuniaria, que depende de tantas consideraciones y que, debido a la pobreza y falta de conciencia de los padres, rara vez alcanza su objetivo, tendría que haberse suprimido hace mucho tiempo. No

disminuye la pobreza y solo sirve para enmascararla, ya que induce a pensar a las personas mal informadas que la alimentación de los niños de Sajalín está asegurada.

XVIII

LAS OCUPACIONES DE LOS EXILIADOS – LA AGRICULTURA – LA CAZA – LA PESCA – LOS
PECES MIGRATORIOS: SALMONES Y ARENQUES – LAS FACTORÍAS PESQUERAS DE LAS
CÁRCELES – OFICIOS

Como se ha dicho más arriba, la idea de encauzar el trabajo de presos y colonos hacia el desarrollo de la agricultura nació con el establecimiento mismo del penal de Sajalín. Es una idea atractiva; no cabe duda de que las tareas agrícolas reúnen todos los elementos indispensables para que el exiliado se mantenga ocupado, se sienta atado a la tierra e incluso se reforme. Además, es un trabajo adecuado para la mayoría de los deportados, ya que en el penal hay una preponderancia de campesinos; solo una décima parte de la población carcelaria no pertenece a ese estamento. La idea fue acogida con entusiasmo; al menos, hasta la fecha, la principal ocupación de los exiliados de Sajalín ha sido la agricultura y la colonia siempre se ha llamado colonia agrícola.

Desde su fundación, se ha arado y sembrado cada año; no ha habido interrupción y, con el aumento de la población, se ha incrementado anualmente la superficie cultivada. El trabajo del agricultor local no solo era forzado, sino también duro; si se considera que las señas esenciales de los trabajos penitenciarios deben ser las coacción y el esfuerzo físico, sería difícil encontrar ocupación más apropiada para los criminales que el ejercicio de la agricultura en Sajalín. Hasta la fecha, esa actividad ha satisfecho los más severos fines punitivos.

Pero ¿es productiva? ¿Ha satisfecho también los fines de la colonización? Sobre ese particular, desde la implantación del penal en la isla hasta nuestros días, se han expresado las opiniones más diversas y encontradas. Unos consideraban Sajalín una isla extraordinariamente fértil y así la describían en sus reportajes y correspondencia; hasta llegaban a enviar, según se dice, telegramas entusiastas diciendo que por fin los exiliados estaban en condiciones de alimentarse por sí mismos y que el Estado no tenía necesidad de invertir más dinero en ellos. Otros se mostraban escépticos sobre el éxito de la agricultura en Sajalín y declaraban categóricamente que su desarrollo en la isla era impensable. Tales divergencias se deben a que las personas que se han ocupado de la agricultura en Sajalín desconocían la verdadera dimensión del asunto. La colonia se había fundado en una isla sin explorar. Desde un punto de vista científico era una tierra desconocida; se juzgaron sus condiciones naturales y sus posibilidades para desarrollar la agricultura en virtud de indicaciones como su grado de latitud, la proximidad del Japón, la presencia de bambú, alcornoques, etc. Para los

periodistas ocasionales, que emitían sus juicios basándose en una primera impresión, adquirirían una importancia capital factores como el buen o mal tiempo, el pan y la mantequilla que le ofrecían en las isbas y el hecho de llegar primero a un lugar tan siniestro como Dué o a otro tan jovial como Siantsi. La mayoría de los funcionarios que se han encargado de la colonia agrícola, antes de ocuparse de esas tareas, no eran ni hacendados ni campesinos ni sabían absolutamente nada de agricultura. En sus informes recurrían exclusivamente a los testimonios recogidos por los vigilantes. Los agrónomos locales eran poco competentes en su especialidad y no hacían nada; o bien sus relaciones se distinguían por una notoria tendenciosidad; o, como pasaban a la colonia directamente de los bancos de la escuela, en los primeros tiempos se dedicaban al aspecto teórico o formal del asunto, y en sus informes solo empleaban los testimonios reunidos en las diversas oficinas por funcionarios inferiores^[130].

Sería lógico pensar que podrían recabarse informaciones más precisas de las personas que labran la tierra, pero tampoco esa fuente es del todo segura. Temiendo que les priven de los subsidios o de la concesión de grano a crédito, o que tengan que quedarse en Sajalín hasta el final de su vida, los deportados suelen dar cifras inferiores a las reales, tanto en lo que respecta a la superficie cultivada como al volumen de las cosechas. Los exiliados acomodados, que no necesitan ayudas, tampoco dicen la verdad, en su caso no por miedo, sino por los mismos motivos que impulsaban a Polonio^[131] a afirmar que una nube se parecía al mismo tiempo a un camello y a una comadreja. Seguían cuidadosamente las modas y las ideas predominantes: si la administración local no creía en la agricultura, ellos tampoco; si se ponía de moda la opinión contraria, ellos aseveraban que en Sajalín, gracias a Dios, se podía vivir, que las cosechas eran buenas, que la única pega era que la gente se había vuelto muy exigente, etc. Además, para agradar a la administración, recurrían a las mentiras más groseras y a todo tipo de subterfugios. Por ejemplo, elegían las espigas más granadas en sus campos y se las llevaban a Mitsul, que les creía y sacaba la conclusión de que la cosecha había sido excelente. A los recién llegados les mostraban patatas del tamaño de una cabeza, rábanos y sandías de medio pud, y los viajeros, al ver tales fenómenos, creían que en Sajalín el trigo crecía en una proporción de cuarenta a uno^[132].

Durante mi estancia en Sajalín, la cuestión agrícola se encontraba en una fase especial en la que resultaba difícil entender algo. El gobernador general, el comandante de la isla y los jefes de distrito no creían que el trabajo de los agricultores fuese productivo; en su opinión, no cabía la menor duda de que el intento de emplear el trabajo de los exiliados en tareas agrícolas había sido un completo fracaso y que incidir en el propósito de convertir Sajalín en una colonia agrícola solo conduciría a gastar de forma improductiva el dinero del Estado y someter a la gente a tormentos innecesarios. A continuación cito unas palabras que me dictó el gobernador general:

«Es imposible organizar en la isla una colonia penitenciaria dedicada a la

agricultura. Hay que proporcionar a la gente un medio de ganarse la vida; la agricultura no debe ser más que un complemento».

Los funcionarios inferiores se expresaban de la misma manera y, en presencia de sus superiores, criticaban sin temor el pasado de la isla. Los propios exiliados, cuando les preguntaba cómo iban sus asuntos, respondían con humor o un aire desesperado o una amarga sonrisa en los labios. A pesar de esa opinión unánime y consolidada, los exiliados siguen arando y sembrando, y la administración continúa suministrándoles grano a crédito. El comandante de la isla, que confía menos que nadie en las posibilidades agrícolas de Sajalín, promulga disposiciones en las que, «con vistas a orientar la vida de los exiliados a la agricultura», ratifica que los colonos que no muestren sólidas perspectivas de éxito en los tareas agrícolas «no adquirirán» la condición de campesino (N.º 276, 1890). No logró entender esas contradicciones.

Hasta la fecha, la superficie de tierra de labor se ha presentado en los informes con cifras hinchadas y escogidas (Ordenanza N.º 366, 1888) y nadie podría determinar con exactitud cuál es la media de tierra por cada propietario. El inspector de agricultura adelanta una cifra de mil quinientos cincuenta y cinco *sazhens* cuadrados o dos tercios de *desiatina*, y, en particular, para el mejor distrito, el de Kórsakov, novecientos treinta y cinco *sazhens* cuadrados. Dejando a un lado que esas cifras pueden ser inexactas, su significación es muy pequeña, ya que la distribución de la tierra es totalmente desigual: los que han llegado de Rusia con dinero o han sabido enriquecerse por medios poco confesables, poseen tres, cinco e incluso ocho *desiatinas* de tierra de labor; en cambio, muchos propietarios, sobre todo en el distrito de Kórsakov, solo disponen de algunos *sazhens* cuadrados. Evidentemente, la cantidad de tierra de labor aumenta muchísimo cada año, pero no el tamaño medio de las parcelas, que amenaza con convertirse en una constante^[133].

Los exiliados siembran grano que el Estado les entrega a crédito. En 1889, en el mejor distrito, el de Kórsakov, «de la cantidad total de grano sembrado, que ascendía a dos mil sesenta *puds*, solo ciento sesenta y cinco lo aportaron los propietarios, y de las seiscientas diez personas que sembraron, solo cincuenta y seis tenían su propio grano» (Ordenanza N.º 318, 1889). Según los datos del inspector de agricultura cada persona adulta siembra una media de tres *puds* y dieciocho libras de grano, y esa cifra es aún menor en el distrito meridional. Esos datos muestran que en el distrito con un clima más favorable la agricultura es menos floreciente que en los distritos septentrionales, lo que no impide que sea el mejor distrito.

En los dos distritos septentrionales nunca se ha observado una cantidad de calor suficiente para una maduración completa de la avena y del trigo, y solo dos años ha habido calor suficiente para asegurar la maduración de la cebada^[134]. La primavera y el inicio del verano suelen ser casi siempre fríos. En 1889 se produjeron heladas en julio y en agosto, y las inclemencias otoñales comenzaron el 24 de julio y se prolongaron hasta finales de octubre. Se puede combatir el frío y la aclimatación de lo cereales sería una tarea digna de atención si no fuera por la humedad excepcional,

imposible de combatir. Durante el periodo de formación, floración, granación y, sobre todo, maduración de las espigas, la cantidad de precipitaciones es tan desproporcionada que solo se obtienen granos madurados a medias, acuosos, arrugados y de muy baja densidad. En otras ocasiones las abundantes lluvias causan el pudrimiento de las cosechas o la germinación de gavillas en los campos. La época de la recolección, sobre todo la de los cereales de primavera, coincide casi siempre con las lluvias más copiosas; a veces, como las precipitaciones se prolongan desde agosto hasta bien entrado el otoño, las cosechas quedan en los campos. En el informe del inspector de agricultura se incluye una tablilla de las cosechas de los últimos cinco años, con unos datos que el comandante de la isla llama «invenciones ociosas». A partir de esa tablilla se puede sacar la conclusión de que el rendimiento es aproximadamente de tres a uno, dato que confirma otra cifra: en 1889 la cosecha de grano proporcionó a cada adulto una media de once *puds*, es decir, tres veces lo sembrado. La calidad del grano fue mala. En una ocasión, examinando los lotes de semillas traídos por los colonos para cambiar por harina, el comandante de la isla advirtió que algunos de los granos eran totalmente inservibles para la siembra, mientras otros estaban mezclados con una cantidad importante de granos sin madurar o estropeados por las heladas (Ordenanza N.º 41, 1889).

Con unos rendimientos tan pobres, el propietario de Sajalín, para poder alimentarse, debe disponer al menos de cuatro *desiatinas* de tierra de labor, no escatimar esfuerzos y abstenerse de pagar a los trabajadores. Cuando en un futuro no lejano el monocultivo permanente, sin barbecho ni abono, agote el suelo y los exiliados «reconozcan la necesidad de recurrir a métodos de cultivo más racionales y a un sistema de rotación», se necesitará más tierra y más trabajo, y se abandonará forzosamente el cultivo de cereales, que se habrá revelado improductivo y deficitario.

Parece que la horticultura, esa rama de la agricultura cuyo éxito depende menos de las condiciones naturales que de los esfuerzos personales y los conocimientos del propietario, da buenos resultados en Sajalín. Su éxito lo demuestra el hecho de que a veces familias enteras se alimentan durante todo el invierno exclusivamente de nabos. En julio, cuando una dama de Aleksándrovsk se quejaba en mi presencia de que en su jardincito aún no habían brotado las flores, en Kórsakov vi en una isba una criba llena de pepinillos. El informe del inspector de agricultura muestra que la cosecha de 1889 rindió, en el distrito de Timovo, cuatro *puds* y un décimo de col y cerca de dos *puds* de raíces comestibles diferentes por cada persona adulta; en el de Kórsakov cuatro *puds* de col y cuatro *puds* y un octavo de raíces. Ese mismo año se produjeron en el distrito de Aleksándrovsk cincuenta *puds* de patatas por cada persona adulta, en el de Timovo dieciséis y en el Kórsakov treinta y cuatro. En general, las cosechas de patatas son buenas, como corroboran no solo las cifras, sino también mis impresiones personales; no vi graneros ni sacos con grano; tampoco observé que los exiliados comieran pan de trigo, aunque se siembra más trigo que centeno, pero vi patatas en cada isba y oí quejas porque muchas se pudrían en invierno. Con el desarrollo de la

vida ciudadana, va creciendo poco a poco la necesidad de un mercado. En Aleksándrovsk existe ya un lugar donde las campesinas vienen a vender sus verduras y no es raro encontrar por la calle a exiliados comerciando con pepinillos y toda clase de hortalizas. En algunos lugares del sur, por ejemplo en Primer Barranco, la horticultura produce resultados importantes^[135].

El cultivo de cereales se considera la ocupación principal de los exiliados. La caza y la pesca pasan por ocupaciones secundarias, que proporcionan unos ingresos adicionales. Pero, para un cazador, la fauna de vertebrados de Sajalín es maravillosa. Los animales más apreciados por los mercaderes son la marta cibelina, el zorro y el oso, muy abundantes^[136]. El territorio de la marta cibelina cubre toda la isla. Se dice que desde hace algún tiempo, como consecuencia de la tala de bosques y de los incendios, se ha alejado de los puntos poblados y se ha retirado a bosques más recónditos. Desconozco el grado de veracidad de ese comentario. En mi presencia el vigilante de Vladímirovka abatió una con su revólver muy cerca de la aldea, mientras cruzaba un arroyo por un tronco. El zorro y el oso también pueblan toda la isla. Antaño el oso no causaba daños a las personas ni a los animales domésticos y se le consideraba pacífico, pero cuando los exiliados empezaron a establecerse en los cursos altos de los ríos, a talar los bosques y a cerrarle el paso a los peces, que constituyen su principal alimento, en los registros civiles y los «boletines de hechos diversos» apareció una nueva causa de muerte: «Desgarrado por un oso»; en la actualidad, se le considera un fenómeno peligroso y se lucha contra él. También hay renos, almizcleros, nutrias, garduñas y lince; el lobo es raro, y aún más el armiño y el tigre^[137]. A pesar de esa riqueza cinegética, en la isla casi no se practica la caza con carácter comercial.

Los exiliados aprovechados, que amasan grandes fortunas gracias al comercio, se dedican principalmente al negocio de las pieles, que compran a los nativos a precios ínfimos o a cambio de alcohol; pero en ese caso no puede hablarse de caza, sino de otra clase de actividad. Hay tan pocos exiliados cazadores que se pueden contar con los dedos de una mano. En la mayor parte de los casos no son profesionales, sino aficionados que carecen de perros y disponen de armas de mala calidad. Solo cazan por placer. Venden las presas por unas monedas o se las gastan en bebida. Un colono del puesto de Kórsakov, que trataba de venderme un cisne que había abatido, me pidió «tres rublos o una botella de vodka». Es evidente que la caza nunca alcanzará las dimensiones de una industria, precisamente porque la practican exiliados. Para que la caza sea una profesión, hay que ser independiente, intrépido, vigoroso; pero la mayoría de los colonos son personas de carácter débil, indecisas, melancólicas; en su tierra no eran cazadores y no saben manejar una escopeta; esa actividad libre les resulta tan ajena a su alma oprimida que, llevados por la necesidad, preferirán degollar a un ternero adquirido a crédito del Estado —aun a riesgo de ser castigados— que salir al campo y disparar a los urogallos o a las liebres. Además, tampoco sería deseable un amplio desarrollo de esa actividad en una colonia dedicada a la

rehabilitación de unas personas que en la mayoría de los casos han sido enviadas allí por asesinato. No se puede permitir que un antiguo asesino mate animales con demasiada frecuencia y se entregue a esas operaciones brutales propias de una partida de caza, como rematar a un ciervo herido, retorcerle el cuello a una perdiz, etc.

La principal riqueza de Sajalín y su porvenir —feliz y envidiable, tal vez— no son los animales de piel ni el carbón, como se piensa, sino el pescado estacional. Una buena parte, e incluso la masa entera de los pececillos que los ríos llevan al océano, vuelve cada año al continente en forma de peces migratorios. El *keta* o *kita*, representante de la familia de los salmones, que tiene la talla, el color y el sabor de nuestro salmón y vive en la parte norte del océano Pacífico, en un periodo determinado de su vida entra en algunos ríos de América del Norte y de Siberia, y con una fuerza irresistible, en número incalculable, remonta la corriente, alcanzado los más altos riachuelos de montaña. En Sajalín, ese fenómeno se produce a finales de julio o en el primer tercio de agosto. La cantidad de pescado es tan grande y su avance tan impetuoso y extraordinario que quien no haya contemplado tan admirable fenómeno no puede imaginárselo. Se puede juzgar la rapidez y la densidad de los peces por el aspecto de los ríos: su superficie parece entrar en ebullición, el agua adquiere un gusto a pescado, los remos se hunde con dificultad y lanzan al aire a los peces con los que tropiezan. El *keta* penetra en la desembocadura de los ríos lleno de fuerza y de vigor, pero la lucha constante con la rápida corriente, las apreturas, el hambre, los roces, las colisiones con troncos hundidos y piedras lo agotan; enflaquece, su cuerpo se cubre de magulladuras, la carne se vuelve flácida y blanquecina, los dientes sobresalen en las mandíbulas. Cambia tanto de aspecto que los profanos lo toman por otra especie y no lo llaman *keta*, sino «pez lanceta». Poco a poco se debilita, no puede contrarrestar la corriente y se demora en los pozos o detrás de las raíces, con la boca hundida en el limo; entonces se puede coger con la mano y el oso puede sacarlo del agua con la zarpa. Finalmente, agotado por el desove y el hambre, muere; en ese momento, en el curso medio de los ríos aparecen grandes cantidades de ejemplares extenuados, mientras las orillas del curso alto se cubren de peces muertos, que despiden un olor hediondo. Todos los sufrimientos que el pez soporta durante el periodo reproductivo reciben el nombre de «migración hacia la muerte», pues le conduce a ella inevitablemente, ya que ningún ejemplar regresa al océano, todos perecen en los ríos. «El frenesí de la migración —dice Middendorf—, el irresistible impulso de la atracción erótica llevado hasta la muerte. ¡Y pensar que semejante ideal se aloja en el pequeño cerebro de un pez húmedo y frío!».

No menos extraordinaria es la migración del arenque; ese pez aparece periódicamente en primavera en la orilla del mar, por lo común en la segunda mitad del mes de abril. El arenque forma grandes bancos, «de dimensiones increíbles», según la expresión de los testigos. Se puede detectar el acercamiento del arenque por ciertas señales características: una banda circular de espuma blanca que cubre una gran extensión de mar, bandadas de gaviotas y albatros, ballenas que lanzan chorros

de agua y manadas de leones marinos. ¡El cuadro es prodigioso! Las ballenas, que van siguiendo los arenques por el golfo de Aniva, son tan numerosas que el barco de Kruzenshtern se encontró rodeado y tuvo que acercarse a tierra «por precaución». Durante la emigración del arenque, el mar parece hervir^[138].

Es imposible evaluar, incluso de forma aproximada, la cantidad de pescado que puede capturarse cada temporada en los ríos y las costas de Sajalín. Solo cifras astronómicas serían apropiadas.

En cualquier caso, puede decirse sin exagerar que la organización de factorías pesqueras a gran escala, con los importantes mercados de Japón y China, podrían rendir millones de rublos de beneficios. Cuando el sur de Sajalín estaba en manos de los japoneses y las factorías pesqueras apenas habían empezado a desarrollarse, el pescado ya reportaba unos beneficios anuales de cerca de medio millón de rublos. Según los cálculos de Mitsul, la extracción de aceite de ballena en Sajalín Meridional requirió el empleo de seiscientos once toneles y hasta quince mil *sazhens* de madera. Solo el arenque representaba unos ingresos anuales de doscientos noventa y cinco mil ochocientos seis rublos.

Con la ocupación rusa de Sajalín Meridional la pesca entró en una fase de decadencia que ha continuado hasta nuestros días: «Donde hace poco hervía la vida, proporcionando alimento a los ainos y cuantiosos beneficios a los comerciantes — escribía en 1880 L. Deiter^[139]—, no queda prácticamente nada». La actividad pesquera de los exiliados de los distritos septentrionales es insignificante. No hay otra manera de definirla. Estuve en el río Tim en el momento en que el *keta* había alcanzado los cursos superiores y en las verdes orillas, aquí y allá, vi a algunos pescadores sacando peces medio muertos con ganchos atados a largos palos. En los últimos años la administración, buscando medios para que los colonos ganen algún dinero, ha empezado a hacerles encargo de pescado salado. Los colonos obtienen la sal a un precio ventajoso y a crédito; luego la cárcel les compra el pescado a precios elevados para estimularlos, pero las ganancias son insignificantes y solo menciono esa actividad porque, en opinión de los presos, la sopa que se prepara en la cárcel con el pescado que envían los colonos se distingue por un sabor especialmente detestable y un olor insoportable. Los colonos no saben pescar ni preparar el pescado, y nadie les enseña. La cárcel se queda con los mejores lugares de pesca y deja a los colonos los rápidos y los vados, donde los troncos hundidos y las piedras desgarran sus modestas redes de fabricación propia. Cuando estuve en Derbínskoie los detenidos estaban pescando para la cárcel. El comandante de la isla, el general Kononóvich, ordenó a los colonos que se reunieran y les reprochó que el año pasado hubieran vendido a la cárcel un pescado incomible. «El deportado es vuestro hermano y mi hijo —les dijo—. Cuando engañáis al Estado, estáis causando un perjuicio a vuestro hermano y a mi hijo». Los colonos se mostraron de acuerdo, pero, a juzgar por la expresión de sus rostros, resultaba evidente que al año siguiente el hermano y el hijo volverían a comer un pescado hediondo. Aunque los colonos aprendieran a preparar

el pescado, esa actividad no reportaría nada a la población, ya que, más tarde o más temprano, la inspección sanitaria acabará prohibiendo el consumo de ejemplares capturados en los cursos altos de los ríos. El 25 de agosto asistí en Derbínskoie a la pesca de la prisión. La lluvia, que llevaba cayendo varios días, había conferido al paisaje un aspecto desolado. Era difícil caminar por la resbaladiza orilla. En primer lugar entramos en un cobertizo, donde dieciséis presos, bajo la supervisión de Vasilenko, un antiguo pescador de Taganrog, salaban el pescado. Ya habían salado ciento cincuenta barriles, unos dos mil *puds*. Daba la impresión de que, si Vasilenko no hubiese acabado en la isla, nadie sabría cómo arreglárselas con el pescado. Un sendero conducía del cobertizo a la orilla, donde seis deportados con cuchillos muy afilados limpiaban los peces, arrojando las vísceras al río. El agua estaba roja, turbia. Un fuerte olor a pescado, despojos y sangre llenaba el aire. A un lado, un grupo de pescadores, empapados y con los pies desnudos o envueltos en lienzo, lanzaban una pequeña red. La sacaron dos veces en mi presencia y en ambas ocasiones estaba llena. Todos los ejemplares de *keta* tenían un aspecto extremadamente sospechoso, con los dientes protuberantes, el lomo arqueado y el cuerpo cubierto de manchas. Casi todos tenían el vientre pardusco o verdoso y secretaban un excremento líquido. Una vez arrojado a la orilla, el pescado moría enseguida, si no había muerto ya en el agua o mientras se debatía en la red. Los raros ejemplares sin manchas reciben el nombre de *serebrianki* (plateados); los hombres los apartaban con mucho cuidado, pues no estaban destinados al perol de la cárcel, sino a una cura especial.

La gente del lugar no conoce la historia natural de los peces migratorios y aún no han comprendido que hay que pescarlos en las desembocaduras y los cursos inferiores de los ríos, ya que, más arriba, se vuelven inservibles para el consumo. Navegando por el Amur, escuché a los viejos ribereños quejarse de que cogían todo el *keta* en la desembocadura y a ellos solo les llegaba el pez lanceta. Y en el barco se habló de que había llegado el momento de regular la pesca, es decir, de prohibirla en los cursos inferiores^[140]. Mientras presos y colonos pescaban unos peces descarnados y medio muertos en el curso alto del Tim, en la desembocadura los contrabandistas japoneses acordonaban el río con la ayuda de una empalizada, y en el curso inferior los guiliakos capturaban para sus perros un pescado mucho más fresco y sabroso que el que salaban en el distrito de Timovo para el consumo humano. Los japoneses cargaban juncos e incluso embarcaciones de gran tamaño; el bello navío que Poliákov vio en la desembocadura del Tim en 1881 probablemente también vino este verano.

Para que la pesca se convierta en una industria digna de ese nombre, hay que acercar más la colonia a la desembocadura del Tim o del Poronai. Pero no es la única condición. También es imprescindible evitar la competencia entre los residentes libres y los colonos forzados, pues siempre que se produce un conflicto de intereses entre ambos, los primeros se imponen sobre los segundos. Además, los colonos compiten con los japoneses, que pescan de forma ilegal o pagando derechos de aduana, y con los funcionarios, que reservan los mejores lugares para las factorías de la prisión. Está

cercano el día en que el ferrocarril transiberiano y el desarrollo de la navegación, así como los rumores que corren sobre la increíble abundancia de pescado y animales de piel, atraigan a la isla a personas libres. Comenzará la inmigración y se organizarán verdaderas empresas en las que los exiliados no figurarán como propietarios, sino como simples jornaleros; luego, a juzgar por otros casos análogos, se alzarán quejas para que parte de su trabajo sea realizado por hombres libres, incluso chinos y coreanos. Desde un punto de vista económico, los exiliados serán considerados una carga para la isla, y ante una inmigración creciente y el desarrollo de una vida sedentaria e industrial, la administración juzgará más equitativo y ventajoso ponerse del lado de la población libre y poner fin a la deportación. En suma, la pesca creará la riqueza de Sajalín, pero no de la colonia penitenciaria^[141].

Ya he hablado de la recolección de la col marina cuando describí la colonia de Mauka. Por dedicarse a esa actividad desde el 1 de marzo al 1 de agosto, el colono gana de ciento cincuenta a doscientos rublos. Un tercio de las ganancias se lo gasta en comida; los dos tercios restantes los lleva a casa. Es un buen trabajo, pero desgraciadamente, por ahora solo está al alcance de los colonos del distrito de Kórsakov. A los recolectores se les paga al peso, de modo que sus ganancias se encuentran en relación directa con su experiencia, diligencia y conocimientos, cualidades que no todos los exiliados poseen, razón por la que no todos van a Mauka^[142].

Entre los exiliados hay muchos carpinteros, ebanistas, sastres, etc., pero la mayoría no hace nada o se dedica a la agricultura. Un preso cerrajero fabrica rifles Berdán y ya ha vendido cuatro al continente. Otro confecciona originales cadenas de acero. Un tercero hace esculturas en yeso. Pero todos esos rifles, cadenas y costosas cajas arrojan tan poca luz sobre la situación económica de la colonia como el hecho de que un colono del sur se dedique a recoger huesos de ballena por la costa y otro, moluscos. Son actividades casuales. Esos elegantes y caros artículos de madera que se mostraron en la exposición de la cárcel solo ponían de manifiesto que a veces van a parar al penal muy buenos ebanistas, pero no guardan ninguna relación con la cárcel, ya que no es ella la que se encarga de darles salida ni la que enseña un oficio a los presos. Hasta hace poco la cárcel se ha servido del trabajo de artesanos ya cualificados. Por otra parte, la oferta excede con mucho la demanda. «Ni siquiera hay forma de poner en circulación billetes falsos», me dijo un preso. Los carpinteros trabajan por veinte kopeks al día, sin derecho a comida, y los sastres cosen por vodka^[143].

Si hacemos balance de los beneficios medios que obtiene un exiliado de la venta de grano al Estado, la caza, la pesca, etc., se obtiene la cifra bastante paupérrima de veintinueve rublos y veintiún kopeks^[144], mientras cada hacienda debe al Estado una media de treinta y un rublos y cincuenta y un kopeks. Puesto que la suma de beneficios incluye también el préstamo de víveres, los subsidios del Estado y el dinero que los exiliados reciben por correo, y como las ganancias de los exiliados

proceden esencialmente del trabajo que le procura la administración, que a veces paga precios deliberadamente altos, más de la mitad de sus ingresos son puramente ficticios y su deuda con el Estado mucho más elevada de los que las cifras sugieren.

XIX

LA ALIMENTACIÓN DE LOS EXILIADOS – QUÉ COMEN Y CÓMO COMEN LOS PRESOS – EL ATUENDO – LA IGLESIA – LA ESCUELA – EL GRADO DE ALFABETIZACIÓN

Mientras el exiliado de Sajalín es mantenido por el Estado, recibe diariamente tres libras de pan, cuarenta *zlotniks* de carne, cerca de quince *zlotniks* de pan y diversos productos alimenticios por valor de un kopek. Los días de vigilia una libra de pescado sustituye a la carne. Para determinar si esa ración se adecua a las verdaderas necesidades del exiliado, se utiliza un método bastante inexacto, ya que se basa en estimaciones comparativas, a menudo meramente externas, sobre datos estadísticos relacionados con las raciones alimenticias de diferentes grupos de población, tanto en Rusia como en el extranjero. Si en las cárceles sajonas o prusianas los presos reciben carne solo tres veces por semana, en una cantidad que no llega al quinto de libra, y si el campesino de Tambov consume cuatro libras de pan al día, eso no significa que el exiliado de Sajalín reciba mucha carne y poco pan, sino simplemente que las autoridades carcelarias alemanas temen que se les acuse de ser demasiado benevolentes y que la alimentación de los mujik de Tambov se distingue por su elevado contenido en pan. Desde un punto de vista práctico, es muy importante que la valoración de las raciones alimentarias de cualquier grupo de población comience con un análisis cualitativo y no cuantitativo, y que se acompañe de un estudio de las condiciones naturales y vitales de ese grupo. Sin una estricta individualización, no se obtendrán más que respuestas unívocas que solo podrán satisfacer a algunos formalistas.

Un día, regresaba de Krasni Yar a Aleksándrovsk en compañía del señor von Fricken, inspector de agricultura, él a caballo y yo en calesa. Hacía calor y en la taiga el ambiente era sofocante. Los presos que estaban trabajando en la carretera iban con la cabeza descubierta y tenían las camisas empapadas de sudor. Cuando llegué a su altura, detuvieron mi caballo y, tomándome por un funcionario, se quejaron de que el pan que recibían era incomible. Cuando les dije que se quejaran a las autoridades, me respondieron:

—Se lo dijimos al inspector jefe Dávídov y nos acusó de rebeldía.

Realmente el pan era malísimo. Al partirlo, brillaban al sol diminutas gotas de agua; además, la miga se pegaba a los dedos y tenía un aspecto tan desagradable y viscoso que daba repugnancia tenerla entre los dedos. Me trajeron varias porciones, todas poco cocidas, con una harina mal molida y algún sobrepeso inconfesable. No cabía duda de que se había escatimado la harina de forma vergonzosa. Lo habían

cocido en Novo-Mijaílovka, bajo la supervisión del inspector jefe Davidov.

Como consecuencia de la adición de diversos productos, las tres libras de pan previstas en la ración suelen contener mucha menos harina de la prevista en la *Tabla*^[145].

Los presos panaderos de Novo-Mijaílovka, la ciudad mencionada más arriba, vendían su porción de pan y se alimentaban con la harina que habían escatimado. En la prisión de Aleksándrovsk se distribuye un pan decente; el que reciben los que viven fuera de la cárcel es algo peor y el que se entrega a los que trabajan fuera del puesto, peor aún. En otras palabras, solo es bueno el pan que el jefe del distrito o el inspector de prisiones puede supervisar. Para aumentar el sobrepeso, los panaderos y los guardias encargados de las raciones recurren a varios subterfugios, basados en prácticas siberianas; una de las más inocentes es rociar la harina con agua hirviendo. Antaño, en el distrito de Timovo se mezclaba harina con ardilla tamizada para aumentar el peso del pan. Perpetrar tales abusos resulta bastante fácil, ya que los funcionarios no pueden pasarse el día entero en la panadería, inspeccionando cada ración de pan. Además, los detenidos casi nunca se quejan^[146].

Ya sea bueno o malo el pan, los pesos generalmente no consumen toda la ración. Los detenidos lo economizan, pues desde hace mucho tiempo, tanto en nuestras cárceles como en el exilio, se ha establecido la costumbre de utilizar el pan como moneda corriente. El preso paga con pan a quien limpia su celda, a quien trabaja en su lugar, a quien le ayuda a satisfacer sus vicios; paga con pan las agujas, el hilo, el jabón. Para variar su frugal alimentación, terriblemente monótona y siempre demasiado salada, hace acopio de pan y luego lo cambia en el *maidan* por leche, pan blanco, azúcar, vodka... El pan negro causa enfermedades a los caucasianos, que tratan de deshacerse de él. De ese modo, aunque las tres libras que establece la *Tabla* parecen totalmente suficientes en lo que respecta a la cantidad, cuando se descubre su calidad y las costumbres de la cárcel, su valor se vuelve ficticio y las cifras pierden su fuerza. La carne que se emplea es únicamente carne salada; lo mismo sucede con el pescado. Tanto uno como otra se sirven cocidos en la sopa^[147].

La sopa o «rancho» de la cárcel consiste en una papilla semilíquida de sémola o patatas demasiado cocidas en la que flotan trozos rojos de carne o de pescado. Algunos funcionarios la alaban, aunque se niegan a comerla. La sopa, incluso cuando se prepara para presos enfermos, es demasiado salada. Varias circunstancias pueden influir en el gusto, color y olor de la sopa: que se esperen visitas en la cárcel, que se vislumbre el humo de algún vapor, que vigilantes y cocineros hayan discutido en la cocina. El olor suele ser tan repugnante que ni siquiera la pimienta o las hojas de laurel consiguen enmascararlo. En ese sentido, la sopa de pescado salado goza de una reputación especialmente siniestra, algo que no cuesta comprender. En primer lugar, el pescado es un alimento que se estropea con facilidad, por lo que en la cocina se apresuran a emplear el que empieza a pudrirse; en segundo, a la olla también va a parar el pescado enfermo que los presos pescan en los cursos altos de los ríos.

Antiguamente en la cárcel de Kórsakov se alimentaba a los presos con sopa de arenque salado. Según el director del departamento médico, la sopa no tenía ningún sabor, el arenque se deshacía pronto en trozos minúsculos, la presencia de pequeñas espinas dificultaba la deglución y causaba inflamaciones del tracto intestinal. Se desconoce con qué frecuencia los detenidos arrojan el contenido de la escudilla porque es incomible, pero debe de suceder a menudo^[148].

¿Cómo comen los presos? No hay comedores. A mediodía forman una larga fila ante el barracón donde se encuentra la cocina, como ante la ventanilla de una estación. Todos llevan en la mano algún tipo de recipiente. Para entonces la sopa está lista y bien cocida en las ollas cerradas. El cocinero, con una especie de cazo alargado como un bastón, saca la sopa de la olla y sirve a cada uno su ración según se van acercando. Con ese cazo puede sacar dos porciones de carne o ninguna, como se le antoje. Cuando llega el turno de los últimos, la sopa se ha transformado en una masa espesa y tibia que hay que diluir con agua^[149].

Tras recibir su ración, los presos se van; unos comen de pie, otros sentados en el suelo y un tercer grupo en las tarimas de las celdas. Nadie les vigila ni les obliga a comer ni impide que vendan o cambien su ración. Nadie se interesa por saber si todos han recibido su parte o alguno se ha quedado dormido. Cuando se dice a los responsables de la cocina que entre los presos hay hombres abatidos y enfermos mentales a los que hay que vigilar para que coman y a veces alimentar a la fuerza, ellos se limitan a esbozar una expresión de perplejidad y comentar: «No podía saberlo, excelencia».

Solo de un veinticinco a cuarenta por ciento^[150] de las personas que se alimentan a costa del Estado comen en la cárcel, los demás reciben víveres. Esa mayoría se divide en dos categorías: los que comen su ración en casa, con su familia o su copropietario, y los que, enviados a trabajar lejos de la cárcel, comen en su lugar de trabajo. Cada preso de la segunda categoría, al terminar su jornada laboral, debe prepararse la comida en una escudilla de hojalata, a menos que la lluvia se lo impida o se caiga de sueño. Está cansado, hambriento y a menudo, para no perder mucho tiempo, se come la carne o el pescado crudos. Al vigilante no le preocupa si alguien se queda dormido durante la distribución de la sopa, si vende su ración o la pierde jugando a las cartas, si sus víveres se han estropeado o la lluvia ha empapado su pan. A veces algunos comen tres o cuatro raciones en un solo día; luego solo comen pan o ayunan. Según el director del departamento médico, cuando trabajan en la orilla del mar y de los ríos, los presos no desdeñan los peces o moluscos arrojados por las olas, mientras la taiga proporciona diferentes tipos de raíces, a veces venenosas. Según el testimonio del ingeniero Keppen, los que trabajan en las minas comen velas de sebo^[151].

Después de haber cumplido su pena, los exiliados siguen recibiendo provisiones del Estado durante dos e incluso tres años, luego se alimentan por su cuenta y riesgo. No hay cifras ni datos documentales relacionados con la alimentación de los colonos,

ni en la literatura ni en los informes oficiales; pero, a juzgar por mis impresiones personales y las informaciones fragmentarias que pude reunir en el lugar, el alimento principal es la patata que, junto con otros tubérculos como el nabo y el rábano, constituye a menudo el único alimento de la familia durante largos periodos. Solo comen pescado fresco durante la migración; en cuanto al pescado salado, su elevado precio hace que no esté al alcance de todos los bolsillos^[152]. De la carne no hay nada que decir. Quienes tienen vacas prefieren vender la leche antes que bebérsela; no la conservan en recipientes de barro, sino en botellas, señal de que la venden. En general el colono siempre está dispuesto a vender los productos de su hacienda, aun en detrimento de su salud, pues considera que esta última es menos importante que el dinero: si no ahorras, no podrás volver al continente; ya tendrá uno tiempo de comer hasta hartarse y de recuperar la salud cuando goce de libertad. Entre las plantas silvestres utilizadas como alimentos, citemos la cebolla y diferentes tipos de bayas como la mora, la frambuesa, el arándano, la grosella, etc. Puede decirse que los exiliados que viven en la colonia siguen una alimentación exclusivamente vegetariana, al menos una inmensa mayoría de ellos. En cualquier caso, su alimentación se distingue por un bajo contenido en grasas; en ese sentido, apenas son más afortunados que los que reciben el rancho de la cárcel^[153].

Parece que los detenidos reciben suficiente ropa y calzado. A los presos de ambos sexos se les entrega un abrigo de lana y una pelliza corta cada año, mientras los soldados, que no trabajan menos que los presos, reciben un uniforme cada tres años y un capote cada dos. En cuanto al calzado, los presos gastan anualmente cuatro pares de zapatos y dos pares de botas, mientras los soldados tienen derecho a un par de cañas de bota y dos pares y medio de suelas. Pero el soldado se encuentra en mejores condiciones higiénicas, tiene una cama y un lugar donde secar sus ropas los días de mal tiempo, mientras el preso no puede impedir que su ropa y su calzado se pudran, pues, falto de ropa de cama, duerme con el abrigo puesto y toda suerte de andrajos, que se corrompen y emponzoñan el aire, y no tiene medio de secarlos, de modo que a menudo duerme con la ropa empapada. En suma, mientras el preso no viva en condiciones más humanas, la cuestión sobre la cantidad de ropa y calzado que requiere seguirá abierta. En cuanto a la calidad, se repite la misma historia que en el caso del pan: quien vive a la vista de las autoridades recibe mejores prendas y quien ha sido enviado a trabajar, peores^[154].

Hablemos ahora de la vida espiritual, de la satisfacción de necesidades de orden superior. A la colonia se la considera un centro correccional, pero en Sajalín no hay instituciones ni personas que se ocupen especialmente de la reforma de los criminales. El *Reglamento de la deportación* no incluye instrucciones o artículos sobre el particular, a no ser algunas indicaciones sobre los casos en que los oficiales o suboficiales de los convoyes pueden usar sus armas contra los detenidos o los momentos en que el sacerdote debe «hablarles de los deberes de la fe y la moral» y explicar a los exiliados «la importancia de la disminución de las penas», etc. Ni

siquiera hay una opinión definitiva al respecto, aunque suele aceptarse que, en materia de rehabilitación, el papel principal corresponde a la Iglesia y a la escuela, y, en segundo término, a la población libre que, con su autoridad, tacto y ejemplo personal, puede contribuir de forma significativa a la suavización de las costumbres.

Desde el punto de vista de la Iglesia, Sajalín constituye una parte de la diócesis de Kamchatka, las islas Kuriles y Blagoveschensk^[155]. Los obispos han visitado en repetidas ocasiones Sajalín, viajando con la misma sencillez y soportando en el camino las mismas incomodidades y privaciones que los sacerdotes ordinarios. Cada vez que han venido a poner la primera piedra de una iglesia, consagrar un edificio^[156] o visitar las cárceles, han dirigido a los exiliados palabras de consuelo y esperanza. Se puede juzgar el carácter de su actuación a partir del siguiente extracto de una resolución de monseñor Guri, conservada en las actas de la iglesia de Kórsakov: «Si bien no todos ellos tienen fe y están arrepentidos, muchos creen, como he podido constatar personalmente, pues era un sentimiento de fe y de contrición lo que les hacía llorar con amargura cuando prediqué allí en 1887 y 1888. La función de la cárcel no solo debe ser punitiva; también debe despertar en los detenidos buenos sentimientos, sobre todo para que, dadas sus circunstancias, no caigan en la desesperación más absoluta». Los representantes inferiores de la jerarquía eclesiástica comparten ese punto de vista. Los sacerdotes de Sajalín siempre se han mantenido al margen de la idea punitiva y han tratado a los exiliados no como criminales, sino como personas; en ese sentido han demostrado más tacto y comprensión que los médicos o los agrónomos, que a menudo se inmiscuyen en asuntos que no son de su incumbencia.

El lugar más destacado en la historia de la Iglesia de Sajalín lo ocupa hasta la fecha el padre Simeón de Kazán o, como se le llamaba normalmente, el pope Semión, que fue titular de la iglesia de Aniva o Kórsakov en los años setenta. Ya desarrollaba su labor en los tiempos «prehistóricos», cuando en Sajalín Meridional no había carreteras y la población rusa, militares principalmente, estaba dispersa en pequeños grupos por todo el sur. Semión pasaba casi todo el tiempo desplazándose de un grupo a otro, en trineos de perros o renos, y en verano en barcos de vela o atravesando a pie la taiga. Sufrió los rigores del frío, se vio bloqueado por tormentas de nieve, sorprendido en camino por alguna enfermedad, acosado por los mosquitos y los osos; naufragó en los rápidos de los ríos y se hundió en el agua helada, pero sobrellevó todos esos contratiempos con singular abnegación, calificando el desierto de «amable». Nunca declaró que su existencia fuera penosa. En sus relaciones personales con funcionarios y oficiales se comportó como un excelente camarada y nunca se mostró reacio a su compañía; tenía el arte de introducir, en medio de una alegre conversación, algún texto religioso. Esto es lo que decía de los exiliados: «A ojos del Creador todos somos iguales», y eso en un documento oficial^[157]. En su época, las iglesias de Sajalín tenían una dotación muy pobre. En una ocasión, mientras consagraba el iconostasio de la iglesia de Aniva, se refirió de la siguiente

manera a esa pobreza: «No tenemos campanas ni devocionarios, pero lo importante es que el Señor está en este lugar». Ya lo mencioné antes, cuando describí las Yurtas del Pope. Soldados y exiliados difundieron su fama por toda Siberia; en nuestros días, en Sajalín y más allá, el pope Semión se ha convertido en un personaje de leyenda.

En la actualidad, Sajalín cuenta con cuatro iglesias parroquiales: las de Aleksándrovsk, Dué, Ríkovskoie y Kórsakov^[158]. Las iglesias no son pobres, los sacerdotes reciben un sueldo de mil rublos al año, cada parroquia tiene un coro, cuyos miembros disponen de partituras y lucen solemnes caftanes. Solo hay servicio los domingos y los días de fiesta señalada. Primero se celebran los maitines y después, a las nueve de la mañana, se oficia la misa. No hay vísperas. Los sacerdotes no tienen ninguna obligación especial, determinada por la peculiar composición de sus feligreses, y su actividad es idéntica a la de nuestros curas de aldea, es decir, solo se ocupan de los oficios los días de fiesta, de la administración de los sacramentos y de la enseñanza en las escuelas. No oí hablar de conversaciones particulares, admoniciones, etc.^[159]

Durante la Pascua los reclusos comulgan; para ello se les conceden tres días. Cuando son los presos encadenados o los detenidos de las prisiones de Voievodsk o Dué los que deben recibir el sacramento, un cordón de centinelas rodea la iglesia; se dice que es un espectáculo penoso. Los detenidos adscritos a trabajos forzados normalmente no van a la iglesia, ya que emplean los días de fiesta en descansar, poner en orden sus asuntos o recoger bayas. Además, las iglesias locales son pequeñas y se ha establecido la costumbre de franquear la entrada solo a quienes no llevan el uniforme de la cárcel, es decir, a las llamadas «personas decentes». Cuando estuve en Aleksándrovsk, por ejemplo, durante la misa las primeras filas estaban ocupadas por funcionarios y sus familias; luego venía el grupo variopinto de mujeres de soldados o vigilantes y de mujeres libres con hijos; a continuación vigilantes y soldados, y por último, pegados a la pared, los colonos, vestidos con ropas de ciudad, y los deportados escribientes. ¿Puede un condenado con la cabeza afeitada, uno o dos cuadrados en la espalda, grilletes en los pies o encadenado a una carretilla, entrar en una iglesia? El sacerdote al que le formulé esa pregunta, me respondió: «No lo sé».

Los colonos cumplen con sus deberes religiosos, se casan y bautizan a sus hijos en la iglesia, siempre que no residan demasiado lejos. Los sacerdotes viajan a las aldeas más alejadas, para que los exiliados «ayunen» y puedan recibir los sacramentos. El padre Irakli tenía «vicarios» en Verjni Armudán y Malo-Timovo: Voronin y Yakovenko, dos presos que los domingos leían los salmos. Cuando el padre Irakli iba a officiar a alguna colonia, un mujik recorría las calles gritando a voz en cuello: «¡Salgan para la misa!».

Cuando no hay iglesia ni capilla, el servicio se celebra en un cuartel o una isba.

En una ocasión, durante mi estancia en Aleksándrovsk, el sacerdote local, el padre Yegor, me visitó al atardecer y, tras pasar unos minutos conmigo, se dirigió a la iglesia para celebrar una boda. Le acompañé. En la iglesia estaban encendiendo ya las

luzes, y los miembros del coro, con una expresión de indiferencia, ocupaban sus sitios en espera de los novios. Había muchas mujeres, tanto de condición libre como presas, que miraban la puerta con impaciencia. Se les oía cuchichear. De pronto alguien sacudió la mano junto a la puerta y susurró excitado: «¡Ya vienen!». Los miembros del coro empezaron a carraspear. Una ola de gente se apartó para despejar la puerta, alguien emitió un severo grito y a continuación entraron los novios: él, un preso tipógrafo de unos veinticinco años, llevaba una chaqueta con el cuello almidonado y dobleces en las puntas, y una corbata blanca; ella, también condenada, tres o cuatro años mayor que él, lucía un traje azul adornado de encajes blancos y una flor en la cabeza. Habían extendido un pañuelo sobre la alfombra. El novio fue el primero en pisarlo^[160]. Los testigos, también tipógrafos, llevaban asimismo corbatas blancas. El padre Yegor bajó del altar y estuvo un buen rato pasando las hojas del libro que había en el atril. «Santo es el Señor...», entonó, y la boda dio comienzo. Cuando el sacerdote puso las coronas^[161] en la cabeza del novio y de la novia y pronunció la oración del matrimonio «con gloria y honor», los rostros de las mujeres presentes expresaban ternura y alegría; parecía como si hubiesen olvidado que la ceremonia se celebraba en la iglesia de una cárcel, en deportación, lejos de la patria. El sacerdote dijo al novio: «Exáltate, marido, igual que Abraham...». Cuando la iglesia se quedó vacía después de la boda y el aire se llenó del olor de las velas, que el guardián se apresuró a apagar, el lugar se volvió triste. Salimos al atrio. Llovía. Cerca de la iglesia, en medio de la oscuridad, había una multitud y dos calesas; una la ocupaban lo recién casados, la otra estaba vacía.

—¡Padre, por favor! —dijeron unas voces, y decenas de manos se extendieron hacia el padre Yegor en la oscuridad, como si quisieran asirlo—. ¡Por favor! ¡Háganos el honor!

Acomodaron al padre Yegor en la calesa y lo condujeron a casa de los recién casados.

El 8 de septiembre, que era día de fiesta, salí de la iglesia después de la misa con un joven funcionario, justo en el momento en que traían un cadáver en unas angarillas; lo llevaban cuatro condenados harapientos, con rostros toscos de borrachos, parecidos a nuestros mendigos de ciudad; les seguían dos andrajosos más, para relevarlos, una mujer con dos niños y el georgiano, Kelbokiani, de cabellos oscuros, que iba vestido de civil (trabaja como escribiente y recibe el título de príncipe); al parecer, las prisas se debían al temor de no encontrar al sacerdote en la iglesia. Por Kelbokiani nos enteramos de que había muerto Lialikova, mujer de condición libre, cuyo marido, un colono, se había marchado a Nikoláievsk. Dejaba dos niños, y Kelbokiani, que vivía con esa Lialikova, no sabía qué hacer con ellos.

Mi compañero y yo no teníamos nada que hacer, así que nos dirigimos al cementerio sin esperar la celebración del ofició fúnebre. El cementerio se encuentra a una versta de la iglesia, detrás de Slobodka, junto a la orilla del mar, en una colina abrupta y elevada. Mientras subíamos por la pendiente, vimos acercarse al cortejo

fúnebre. Obviamente el oficio no había durado más de dos o tres minutos. Desde lo alto podíamos distinguir cómo el ataúd se balanceaba sobre las andas, mientras el niño, al que la mujer llevaba de la mano, retrocedía, tirándole del brazo.

Por un lado se veía un amplio panorama del puesto y sus alrededores; por el otro, el mar, sereno y brillante a la luz del sol. En la colina había muchas tumbas y cruces. En un determinado lugar se alzan dos altas cruces, una junto a la otra: son las tumbas de Mitsul y del vigilante Selivánov, asesinado por un preso. Sobre las tumbas de los exiliados hay pequeñas cruces, todas iguales y todas mudas. A Mitsul aún se le recordará algún tiempo; a todos los que yacen bajo las pequeñas cruces, hombres que han asesinado, han intentado fugarse y han arrastrado cadenas, nadie considerará necesario recordarlos. Acaso en algún lugar de la estepa rusa, junto a una hoguera o en el bosque, un viejo carretero, llevado por el aburrimiento, contará los crímenes que cometió en su aldea cierto personaje. Su interlocutor, paseará la mirada por la oscuridad y se estremecerá, un ave nocturna ululará de pronto, y en eso consistirá todo el recuerdo. En la cruz que indica el lugar donde está enterrado un exiliado enfermero pueden leerse los siguientes versos:

*Caminante, que estos versos te recuerden
que todo bajo el cielo tiene su fin, etc.*

Y al final:

¡Adiós, compañero, hasta la risueña mañana!

E. FIÓDOROV

El agua llenaba una cuarta parte de la tumba recién excavada. Los exiliados, jadeantes y con los rostros sudorosos, discutían en voz alta sobre alguna cuestión que no guardaba la menor relación con el entierro. Finalmente trajeron el ataúd y lo depositaron al borde de la tumba. Era un ataúd de tablas sin labrar, ensambladas de cualquier manera.

—¿Y bien? —dijo uno.

Bajaron rápidamente el ataúd, que chapoteó en el agua. Terrones de arcilla martilleaban la tapa, el ataúd vibraba, el agua saltaba; los exiliados, mientras trabajaban con las palas, seguían conversando y Kelbokiani, mirándonos con los ojos muy abiertos y levantando los brazos al cielo, se quejaba:

—¿Qué voy a hacer ahora con los niños? ¡Menuda carga! Fui a ver al inspector y le pedí que una mujer, pero me la negó.

Alioshka, el muchacho, de tres o cuatro años, al que la mujer conducía de la mano, contempla fijamente la tumba. Lleva una camisa demasiado grande para él, con largas mangas, y un pantalón de un azul desteñido, con remiendos de un azul brillante en las rodillas.

—Alioshka, ¿dónde está tu madre? —le preguntó mi compañero.

—La han en-te-rra-do —tartamudeó Alioshka, riendo y señalando la tumba con la mano^[162].

En Sajalín hay cinco escuelas, sin contar la de Derbínskoie, que está cerrada por falta de profesor. En el transcurso de 1889 y 1890 acogieron a doscientos veintidós alumnos: ciento cuarenta y cuatro niños y setenta y ocho niñas, con una media de cuarenta y cuatro alumnos por escuela. Mi estancia en la isla coincidió con el periodo vacacional y no había clases, de manera que su vida interior, seguramente original y muy interesante, me es desconocida. Se dice que las escuelas de Sajalín son pobres y están muy mal equipadas, que su existencia es precaria, azarosa, y su situación extremadamente imprecisa, ya que nadie sabe si seguirán existiendo o no. Se ocupa de ellas uno de los funcionarios de la oficina del comandante de la isla, un joven instruido, un rey que reina, pero no gobierna, pues, en realidad, de las escuelas se encargan los jefes de los distritos y los inspectores de prisiones, de quienes dependen la elección y el nombramiento de los maestros. En las escuelas enseñan exiliados que no eran maestros en su lugar de origen, conocen poco su oficio y carecen de preparación. Como remuneración reciben diez rublos al mes. La administración encuentra imposible pagar más dinero y no invita a personas de condición libre a ocuparse de esa tarea porque tendría que resarcirlas al menos con veinticinco rublos al mes. Obviamente la enseñanza se considera una actividad de segundo orden, ya que los vigilantes contratados entre los exiliados, cuyas funciones suelen ser bastante difusas y consisten únicamente en hacer recados a los funcionarios, reciben cuarenta e incluso cincuenta rublos al mes^[163].

Entre la población masculina, adultos y niños incluidos, el porcentaje de personas que saben leer y escribir constituye el 29 %. En el caso de la población femenina, ese porcentaje desciende al 9 %, y esa cifra solo se refiere a las que se encuentran en edad escolar, ya que las mujeres adultas de Sajalín son todas analfabetas; la instrucción no las ha rozado y su crasa ignorancia le deja a uno atónito. En ningún otro lugar he visto mujeres tan estúpidas y poco despiertas como aquí, entre esta población criminal y subyugada. El 25 % de los niños venidos de Rusia saben leer y escribir; esa cifra cae al 9 % entre los nacidos en Sajalín^[164].

XX

LA POBLACIÓN LIBRE – LOS GRADOS INFERIORES DE LOS DESTACAMENTOS MILITARES
LOCALES – LOS GUARDIANES – LA *INTELLIGENTSIA*

A los soldados se les llama pioneros de Sajalín porque ya habitaban en la isla antes del establecimiento de la colonia penitenciaria^[165]. A partir de los años cincuenta, cuando Sajalín fue ocupada, hasta los años ochenta, los soldados, además de cumplir con sus obligaciones militares, se ocupaban también de aquellos trabajos de los que ahora se encargan los presos. La isla era un lugar deshabitado; no había viviendas, ni caminos, ni ganado, y los soldados tenían que construir cuarteles y casas, abrir senderos, cargar con fardos. Si llegaba a Sajalín un ingeniero o un científico para cumplir alguna misión, se ponían a su disposición varios soldados, que hacían las funciones de bestias de carga. El ingeniero de minas Lopatin escribe: «Como tenía intención de internarme en la taiga de Sajalín, no podía ni pensar en ir a caballo o llevar animales de tiro para transportar el equipaje. Incluso a pie encontré grandes dificultades para atravesar las escarpadas montañas de la isla, cubiertas por una maraña de troncos caídos o de bambú local. En esas condiciones tuve que cubrir más de mil seiscientas verstas»^[166]. Y tras él iban soldados, cargando con su pesado equipaje.

El puñado de militares que ocupaba la isla estaba disperso por las costas occidental, meridional y sudoriental; los puntos en los que vivían se llamaban «puestos». En la actualidad, han sido abandonados y olvidados; en aquel entonces desempeñaban el mismo papel que los presentes asentamientos y se les consideraba el embrión de la futura colonia. En el puesto de Muraviosk estaba acantonada una compañía de fusileros; en el de Kórsakov, tres compañías del cuarto batallón de Siberia y una sección de artillería de montaña. Los demás puestos, como por ejemplo Manui o Sortunai, solo contaban con seis soldados, seis hombres que, separados de su compañía por una distancia de varios centenares de verstas, bajo el mando de un suboficial, o incluso de un civil, vivían como verdaderos robinsones. Su vida era primitiva, extremadamente monótona y aburrida. En verano, si el puesto se encontraba en la costa, llegaba una embarcación, descargaba las provisiones y se marchaba; en invierno, para «hacerles guardar el ayuno», venía un sacerdote vestido con zamarra y pantalón de piel, más parecido a un guiliako que a un representante del clero. Solo las desgracias rompían la monotonía: tan pronto un soldado era arrastrado por el mar en una balsa de paja como era desgarrado por un oso o se perdía en una tormenta de nieve o era atacado por fugitivos o contraía el escorbuto... O ese mismo

soldado, harto de estar encerrado en un cobertizo sepultado por la nieve o de deambular por la taiga, empezaba a dar muestras de «violencia, impertinencia y ebriedad», robaba o desperdiciaba la munición, o se hacía merecedor de un castigo por haber atentado contra la dignidad de una reclusa^[167].

Dada la diversidad de sus tareas, los soldados no tenían tiempo de completar su instrucción militar y olvidaban lo que habían aprendido; los oficiales también se abandonaban, de modo que las unidades militares se encontraban en un estado verdaderamente lamentable. Cada revista daba lugar a incidentes y los superiores apenas ocultaban su descontento^[168]. El trabajo era duro. En cuanto relevaban a un centinela, se le asignaba a un convoy, del que pasaba de nuevo hacer la guardia o a segar heno o a descargar mercancías del Estado. No se descansaba ni de día ni de noche. Vivían con apreturas, en alojamientos fríos y sucios que se distinguían poco de las cárceles. Hasta 1875 en el puesto de Kórsakov los centinelas se alojaban en la cárcel; allí también se encontraba el puesto de guardia, en una especie de oscuro cuchitril. «Tal vez esas estreches sean admisibles como medida punitiva en el caso de los reclusos —escribe el doctor Sintovski—, pero un soldado de guardia no se encuentra en esa situación y no debe sufrir castigo semejante»^[169].

Comían tal mal como los presos e iban vestidos con harapos, ya que no había ropa que soportara los rigores de su trabajo. Los soldados que perseguían a los fugitivos en la taiga desgastaban hasta tal punto su ropa y su calzado que, en una ocasión, en Sajalín Meridional, ellos mismos fueron tomados por fugitivos y recibieron los disparos de sus compañeros.

En la actualidad la guardia militar de la isla se compone de cuatro destacamentos: el de Aleksándrovsk, el de Dué, el de Timovo y el de Kórsakov. En enero de 1890 había en total mil quinientos cuarenta y ocho suboficiales y grados inferiores. Los soldados seguían desempeñando un trabajo muy duro, que no se correspondía con sus fuerzas, su inteligencia y las exigencias del reglamento militar. Ciertamente, ya no abren senderos, ni construyen cuarteles, pero, como en los tiempos pasados, no pueden contar con unas horas de descanso cuando son relevados de una guardia o vuelven de unas maniobras: todavía hoy pueden enviarlos con un convoy o a segar heno o a perseguir fugitivos. Las necesidades de las haciendas ocupan a un número importante de soldados y les apartan de sus tareas fundamentales, de manera que hay una falta constante de hombres para la formación de convoyes y es imposible organizar los turnos de guardia en tres relevos. Durante mi estancia en Dué, a principios de agosto, sesenta personas del destacamento militar participaban en la siega del heno; para ocuparse de esa tarea, la mitad de ellos habían tenido que cubrir ciento nueve verstas a pie.

El soldado de Sajalín es manso, taciturno, obediente y sobrio. Solo en el puesto de Kórsakov vi soldados borrachos, armando alboroto en la calle. Canta rara vez, y siempre la misma cantinela: «Diez chicas para mí solo. Donde van las chicas allí voy yo... Las chicas van al bosque y allí voy yo». Una canción alegre, pero cantada con

tanta tristeza que, al oírla, la nostalgia se apodera de ti y empiezas a sentir lo ingrata que es la naturaleza de Sajalín. El soldado soporta dócilmente todas las privaciones y arrostra con indiferencia peligros que, con frecuencia, amenazan su vida y su salud. Pero es tosco, limitado y obtuso; la falta de tiempo libre le impide tomar conciencia de sus deberes de soldado y del sentido del honor, por eso comete continuamente los mismos errores que los enemigos del orden a los que debe vigilar y perseguir^[170]. Esas limitaciones se ponen de manifiesto especialmente cuando se le confían misiones que no se corresponden con sus aptitudes, por ejemplo, cuando se le nombra guardián de la cárcel.

Según el artículo 27 del *Reglamento de la deportación*, en Sajalín «la vigilancia penitenciaria está a cargo de guardias subalternos y guardias-jefe, con una distribución de un guardia-jefe por cada cuarenta presos y un guardia subalterno por cada veinte, nombrados cada año por la Dirección General de Prisiones». Así pues, hay tres guardianes —uno jefe y dos subalternos— por cada cuarenta condenados, es decir, uno por cada trece. Si se considera que trece personas trabajan, comen, pasan su tiempo en la cárcel, etc., bajo la supervisión constante de un hombre concienzudo y experimentado, y que este, a su vez, se encuentra bajo la autoridad del inspector de la cárcel, que depende del jefe de distrito, etc., puede uno sentirse tranquilo y pensar que todo va bien. En realidad, la vigilancia ha sido hasta la fecha el aspecto más deficiente del penal de Sajalín.

En la actualidad hay unos ciento cincuenta guardianes-jefe y el doble de guardianes subalternos. Los puestos de guardias-jefe los ocupan suboficiales o simples soldados que saben leer y escribir, que han completado su servicio en regimientos locales, y algunos ciudadanos libres, aunque estos últimos son bastante raros. El personal subalterno, que asegura efectivamente el servicio, solo representa el 6 % del personal superior, y las funciones de guardia ordinario son desempeñadas casi exclusivamente por soldados rasos reclutados de los regimientos locales.

En caso de que el contingente de guardianes no esté completo, el *Reglamento* permite el nombramiento de miembros del escalón más bajo de la guarnición militar para desempeñar las funciones de guardián; de ese modo, jóvenes siberianos a los que se considera incapaces hasta de formar parte de un convoy, son utilizados en tareas de vigilancia; cierto que «provisionalmente» y «en caso de extrema necesidad», pero esa «provisionalidad» viene prolongándose decenas de años y «los casos de extrema necesidad» no hacen más que aumentar, de forma que el escalón más bajo de la guarnición constituye ya el 73 % del contingente de guardianes subalternos, y nadie puede garantizar que dentro de dos o tres años esa cifra no alcance el 100 %. Por otro lado, conviene señalar que en las tareas de vigilancia no se emplea a los mejores soldados, ya que los comandantes de los destacamentos, en interés del servicio activo, asignan a la prisión a los menos capacitados y se quedan con los mejores para sus unidades^[171].

En las cárceles hay muchos guardianes, pero muy poco orden; en realidad, los

guardianes constituyen un freno constante para la administración, como el propio comandante de la isla certifica. Casi todos los días los penaliza en sus ordenanzas, les reduce el salario o los licencia: a uno por su negligencia e indisciplina; a otro por su inmoralidad, su mala fe y su estupidez; a un tercero por robar provisiones del Estado confiadas a su custodia; a un cuarto por encubrimiento; a un quinto, encargado de vigilar una barcaza, no solo por no mantener el orden, sino por dar un mal ejemplo robando nueces; a un sexto se le ha abierto expediente por vender hachas y clavos del Estado; a un séptimo se le ha sorprendido en varias ocasiones haciendo un uso ilegal del forraje destinado al ganado del Estado; a un octavo por realizar transacciones ilícitas con los presos. Gracias a esas ordenanzas podemos saber que un guardián de primera categoría, antiguo soldado, durante su turno entró en el barracón de las mujeres a través de la ventana, no sin antes retirar los clavos, por un motivo de naturaleza romántica; otro, durante su turno, permitió que un soldado, también guardián, entrara en una celda individual reservada a la presas. Las aventuras amorosas de los guardianes no se limitan al estrecho ámbito de los barracones de las mujeres y de las celdas individuales. En sus viviendas encontré, más de una vez, adolescentes que, cuando les preguntaba quiénes eran, me respondían: «Soy cohabitante». Al entrar en la vivienda de un guardián te encuentras con un hombre fornido, bien alimentado, metido en carnes, con el chaleco desabotonado, botas nuevas y chirriantes; está sentado a la mesa y bebe té. Junto a la ventana hay una muchacha de unos catorce años, pálida, con el rostro ajado. Por lo general se da el título de «suboficial» o «guardián-jefe» y dice que su compañera es hija de un preso, tiene dieciséis años y es su cohabitante.

Los guardianes, durante su turno en la prisión, permiten a los presos jugar a las cartas y se unen a ellos; se emborrachan en presencia de los deportados, comercian con alcohol. En las ordenanzas también se mencionan casos de violencia, de desobediencia, de comportamiento arrogante con los superiores en presencia de los condenados y, por último, de condenados que han sido golpeados en la cabeza con palos.

Son personas groseras, estúpidas, que se emborrachan y juegan a las cartas con los detenidos, se aprovechan sin escrúpulos del amor y el vodka de las presas, son indisciplinados, no tienen escrúpulos y solo pueden ejercer una forma negativa de autoridad. Los deportados no los respetan y los tratan con desdeñoso desprecio. Los llaman «tarugos» a la cara y los tutean. La administración no hace nada por elevar su prestigio, probablemente porque considera que tales intentos no conducirían a nada. Los funcionarios tutean a los guardianes y les reprenden de cualquier manera, sin importarles que haya presos delante. A cada paso se oye: «¿Qué haces ahí parado, idiota?». O: «¡No entiendes nada, estúpido!». El poco respeto que merecen se pone de manifiesto en la frecuente asignación de «tareas irreconciliables con su situación»; en otras palabras, se les convierte en lacayos o mandaderos de los funcionarios. Los guardianes superiores, como si se avergonzaran de su cargo, intentan distinguirse de

sus compañeros de alguna manera: uno lleva charreteras más vistosas; otro, una escarapela de oficial; un tercero, registrador colegiado, no se declara guardián en los documentos, sino «director de trabajos y de trabajadores».

Como los guardianes de Sajalín jamás han comprendido el objetivo de la vigilancia, con el paso del tiempo ese objetivo ha ido degenerando hasta alcanzar su nivel actual. La vigilancia se reduce a que el guardián haga acto de presencia en la garita, se asegure de que «no se arme jaleo» y se queje a sus superiores; provisto de un revólver que, gracias a Dios, no sabe utilizar y de un sable que a duras penas puede extraer de la oxidada vaina, contempla el trabajo de los presos, fuma y se aburre. En la cárcel es un criado que abre y cierra las puertas, y cuando vigila la labor de los detenidos, una figura superflua. A pesar de que hay tres guardianes por cada cuarenta presos, uno jefe y dos subalternos, constantemente se ve a grupos de cuarenta o cincuenta hombres trabajando bajo la supervisión de un solo guardián o sin vigilancia alguna. Si uno de los tres vigilantes está fuera de la cárcel, el segundo se queda cerca de la tienda del Estado, saludando a los funcionarios que pasan, y el tercero languidece en el vestíbulo de alguna casa o, si nadie requiere sus servicios, permanece en posición de firme, sin necesidad alguna, en la sala de recepción del hospital^[172].

Sobre la *intelligentsia* hay muy poco que decir. Castigar a tu prójimo por deber profesional y porque se ha prestado juramento, encontrar la fuerza para superar, a cada momento, los sentimientos de repugnancia y horror, vivir en un lugar lejano, percibir un sueldo miserable, morirse de aburrimiento, tropezar a cada paso con cabezas afeitadas, cadenas, verdugos, verse reducido a hacer cuentas insignificantes, pelearse y, sobre todo, sentirse completamente impotente para combatir el mal circundante; todo eso, tomado en su conjunto, siempre ha hecho especialmente duro y poco atractivo el trabajo en la administración penitenciaria. Antaño el personal del penal estaba compuesto principalmente por personas desaliñadas, negligentes, obtusas, a las que poco importaba trabajar en un lugar o en otro con tal de poder comer, beber, dormir y jugar a las cartas; también vinieron personas honradas, impulsadas por la necesidad, pero abandonaron su cargo a la primera oportunidad o se dieron a la bebida o perdieron la razón o se suicidaron o la propia situación, como un pulpo de ocho brazos, les fue sumergiendo poco a poco en esa atmósfera viciada, hasta que también ellos empezaron a robar, a azotar cruelmente a los presos...

A juzgar por los informes oficiales y los artículos periodísticos, en los años sesenta y setenta la *intelligentsia* de Sajalín se distinguía por una total inmoralidad. En tiempos de esos funcionarios, las cárceles se convirtieron en nidos de corrupción, en casas de juego, donde se corrompía a la gente, se la endurecía, se la azotaba hasta la muerte. En ese sentido, el administrador más notable fue un tal mayor Nikoláiev que, durante siete años, estuvo al mando del puesto de Dué y cuyo nombre figura en numerosos artículos^[173]. Era un antiguo siervo entregado como recluta. Desconozco qué aptitudes permitieron a ese hombre rudo y cerril ir ascendiendo peldaños hasta

alcanzar el grado de mayor. En una ocasión un periodista le preguntó si había visitado alguna vez el interior de la isla y qué había visto allí. El mayor le respondió: «Una montaña y una llanura. Una llanura y de nuevo una montaña. Como es bien sabido, es un terreno volcánico, sujeto a erupciones». Cuando se le preguntó por una cosa llamada cebolla silvestre, respondió: «En primer lugar, no es una cosa, sino una planta, y además una planta extremadamente útil y sabrosa; es cierto que produce gases, pero nos importa un bledo; nosotros no tratamos con señoras». Sustituyó las carretillas para transportar carbón por toneles, que rodaban con mayor facilidad por las galerías. Metió en esos toneles a los presos que habían cometido alguna falta y ordenó que los pasearan por la orilla. «Después de pasarse una hora dando vueltas, esas criaturas se vuelven tan suaves como la seda». Para enseñar a los soldados a contar, recurrió al juego de la lotería. «Quien no sea capaz de decir los números, pagará diez kopeks. Pagará una vez, otra vez, y acabará comprendiendo que no es un buen negocio. Entonces se pondrá a estudiar de verdad y en una semana habrá aprendido los números». Tales insensateces no consiguieron otra cosa que corromper a los soldados de Dué, que llegaron a vender sus fusiles a los reclusos. Antes de infligir un castigo a un preso, el mayor le anunció que no saldría con vida; y, en efecto, el condenado murió poco después. Tras ese incidente, el mayor Nikoláiev fue juzgado y condenado a trabajos forzados.

Cuando le preguntas a algún viejo deportado si en su época había buenas personas en la isla, guarda silencio, como si estuviera recordando, y a continuación responde: «Había de todo». En ningún sitio se olvidan tan pronto los viejos tiempos como en Sajalín; ello se debe a la extraordinaria movilidad de la población exiliada, que cambia de forma radical cada cinco años, y también a la ausencia de archivos dignos de ese nombre en las oficinas locales. Lo que sucedió hacer veinte o veinticinco años se considera perteneciente a una época remota, ya olvidada, perdida para la historia. Solo han sobrevivido algunas construcciones, Mikriukov, unas dos docenas de anécdotas y algunas cifras que no son dignas de crédito, ya que en aquel entonces ni una sola oficina sabía cuántos presos había en la isla, cuántos se habían escapado, cuántos habían muerto, etc.

Los tiempos «prehistóricos» se prolongaron en Sajalín hasta 1878, momento en que al príncipe Nikolái Shajovski, distinguido administrador y hombre inteligente y honrado^[174], fue nombrado director de los penales de la región de Primórskaja. Dejó un trabajo ejemplar en muchos aspectos: *Informe sobre la organización de la isla de Sajalín*, que en la actualidad se conserva en la oficina del comandante de la isla. El príncipe fue ante todo un hombre de escritorio. Con él la vida de los presos siguió siendo tan dura como antes, pero es evidente que las observaciones que compartió con sus superiores y sus subalternos, así como su libro, independiente y franco, sirvieron de punto de partida a nuevas y beneficiosas tendencias.

La Flota Voluntaria entró en funcionamiento en 1879; a partir de esa fecha, las funciones administrativas de Sajalín empezaron a desempeñarlas personas nacidas en

la Rusia europea. En 1884 se promulgó una nueva disposición que propició la afluencia o, como se dice aquí, la «descarga» de personas nuevas^[175].

En la actualidad, Sajalín cuenta con tres ciudades de distrito en las que residen los funcionarios y los oficiales con sus familias. Esa sociedad es tan diversa y cultivada como en Aleksándrovsk. Así, por ejemplo, en 1888 un grupo de aficionados fue capaz de representar *La boda*^[176], y cuando en Aleksándrovsk, durante las grandes fiestas, los funcionarios y los oficiales, por mutuo acuerdo, sustituyen las recepciones por donativos en dinero en favor de las familias pobres y los niños, en la hoja de suscripción suele llegarse a las cuarenta firmas. La sociedad de Sajalín causa muy buena impresión al visitante. Es cordial, hospitalaria y comparable en todos los sentidos a nuestras comunidades de provincia. La región de la costa oriental pasa por ser más viva e interesante. Al menos los funcionarios no se muestran muy satisfechos cuando los trasladan a Nikoláievsk o De Castries. Pero lo mismo que en el estrecho de Tartaria suelen producirse tempestades tan violentas que los marineros ven en ellas el eco de algún ciclón desencadenado en los mares de China o de Japón, así también en la vida de esta sociedad se deja sentir el pasado reciente de la isla y la cercanía de Siberia. Se puede juzgar la naturaleza de las personas que fueron nombradas después de las reformas de 1884 a partir de las órdenes de destitución, las actas de acusación y las declaraciones oficiales sobre los desórdenes en el ejercicio de sus funciones, que llegan hasta un «desenfreno desvergonzado» (Ordenanza N.º 87, 1890), y también a partir de anécdotas y relatos de todo tipo, como el del exiliado Zolotariov, un hombre acomodado, que se relacionaba con los funcionarios, participaba en sus francachelas y jugaba con ellos a las cartas. Cuando su mujer lo encontró en semejante compañía, lo reprendió por relacionarse con personas que podían ejercer una mala influencia sobre su moral. Todavía hoy se encuentran funcionarios a los que no les importa levantar la mano y dar un puñetazo en la cara a un preso, incluso a los privilegiados, u ordenar a una persona que no se ha quitado la gorra con la suficiente presteza: «Vete a ver al inspector y dile que te dé treinta latigazos». Y aún puede asistirse a desórdenes como el siguiente: durante casi un año se pensó que dos presos se encontraban en paradero desconocido, cuando durante todo ese tiempo estuvieron recibiendo su ración e incluso fueron asignados a diversos trabajos (Ordenanza N.º 87, 1890). Más de un inspector ignora el número exacto de detenidos que alberga su prisión, cuántos se alimentan de la olla común, cuántos se han fugado, etc. El propio comandante de la isla considera que «en general, la situación en el distrito de Aleksándrovsk, en todas las ramas de la administración, causa una penosa impresión y exige numerosas y serias mejoras». En lo que respecta al funcionamiento de las oficinas, se ha delegado demasiado en empleados que «han llevado las cosas con una total falta de control, como se desprende de algunos fraudes descubiertos por casualidad» (Ordenanza N.º 314, 1888)^[177].

En su momento dedicaré unas palabras a la lamentable situación en que se encuentra el departamento de instrucción judicial. En la oficina de correos y

telégrafos se trata al público de forma grosera; a los simples mortales se les entrega la correspondencia cuatro o cinco días después de su llegada; los telegrafistas apenas saben escribir y no tienen el menor respeto por el secreto profesional. No he recibido ni un solo telegrama que no hubiera sido alterado de la forma más bárbara. En una ocasión recibí un telegrama que incluía un fragmento de un telegrama ajeno; traté de que repararan el error y restablecieran el sentido de ambos mensajes, pero me respondieron que solo podían hacerlo a mi costa.

Representantes de la formación más avanzada desempeñan un importante papel en la historia reciente de Sajalín: híbridos de Derzhimorda^[178] y Yago, que cuando se dirigen a sus inferiores no reconocen otro lenguaje que el de los puños, los azotes y las blasfemias, mientras conmueven a sus superiores con sus modales e incluso con su liberalismo.

Pero, sea como fuese, la «Casa de los muertos» ya no existe. Entre los miembros de la *intelligentsia* que ocupan puestos de responsabilidad y trabajan en las oficinas de Sajalín, encontré personas razonables, bondadosas y nobles, cuya presencia es una garantía suficiente de que una vuelta al pasado es imposible. En la actualidad, los presos ya no ruedan en toneles y no se puede azotar a una persona hasta la muerte o conducirla al suicidio sin causar la indignación de la sociedad local y levantar rumores a lo largo del Amur y en toda Siberia. Tarde o temprano, cualquier hecho abominable sale a la luz y se hace público, como prueba el triste asunto de Onor^[179] que, a pesar de los muchos intentos por ocultarlo, suscitó numerosos comentarios y fue recogido en los periódicos gracias a la *intelligentsia* de Sajalín. Las buenas personas y las buenas acciones ya no constituyen una rareza. Hace poco falleció en Ríkovskoie una enfermera que había vivido muchos años en Sajalín, únicamente porque deseaba consagrar su vida a las personas que sufren. En una ocasión, durante mi estancia en Kórsakov, un preso fue arrastrado por el mar en una balsa de paja. El inspector de la cárcel, el mayor Sh., se lanzó al mar en una lancha y, a pesar de la tempestad, poniendo su vida en peligro, estuvo navegando hasta que, a las dos de la madrugada, en medio de la oscuridad, localizó la balsa y rescató al preso^[180].

Las reformas de 1884 han demostrado que, cuanto más numerosa es la administración penitenciaria, mejor funciona. La complejidad y dispersión de las tareas exigen un complicado mecanismo y la participación de muchas personas. Es indispensable que los asuntos de poca importancia no distraigan a los funcionarios de sus obligaciones fundamentales. Por ejemplo, a falta de un secretario o empleado disponible, el comandante de la isla pasa la mayor parte del día redactando disposiciones y documentos de todo tipo; ese complejo y minucioso trabajo de oficina ocupa casi todo su tiempo, que debería emplear en visitar las cárceles e inspeccionar las colonias.

Además de dirigir los departamentos de policía, los jefes de distrito se ocupan de distribuir alimentos a las mujeres, asistir a multitud de comisiones, inspecciones, etc. La instrucción judicial y las tareas policiales recaen en los inspectores de prisiones y

sus adjuntos. En esas condiciones el funcionario de Sajalín debe matarse a trabajar, dejarse la piel, como suele decirse, o cruzarse de brazos y delegar la mayor parte de sus ocupaciones en los condenados que hacen las veces de escribientes, algo que sucede en la mayoría de los casos. En las oficinas locales los condenados no solo se ocupan de la correspondencia, sino que también redactan documentos importantes. Como suelen tener más experiencia y se muestran más enérgicos que los funcionarios, sobre todo que los novatos, es relativamente normal que un preso o un colono lleve sobre sus hombros todo el peso de la oficina, la contabilidad e incluso la sección de instrucción judicial. Después de muchos años de trabajo, bien por incapacidad, bien por malicia, embrolla todos los documentos de tal manera que solo él puede poner orden en ese galimatías; de ese modo, se vuelve indispensable e insustituible, y las autoridades, incluso las más severas, no están en condiciones de prescindir de sus servicios. El único medio de desembarazarse de su omnipotencia es reemplazarlo por dos funcionarios dignos de ese nombre.

La existencia de una *intelligentsia* numerosa propicia la aparición de una opinión pública, que insta un control moral y somete a todo al mundo a unas exigencias éticas de las que nadie puede desentenderse impunemente, ni siquiera un mayor Nikoláiev. Es indudable que, con el desarrollo de la sociedad civil, la administración local irá perdiendo poco a poco sus características menos atrayentes y el porcentaje de locos, borrachos y suicidas disminuirá^[181].

XXI

LA MORALIDAD DE LOS EXILIADOS – LA CRIMINALIDAD – INSTRUCCIÓN Y JUICIO – LOS CASTIGOS – VARAS Y LÁTIGOS – LA PENA DE MUERTE

Algunos exiliados soportan su castigo con fortaleza, admiten de buen grado su culpa y, cuando les preguntas por qué han sido enviados a Sajalín, normalmente responden: «No te envían aquí por tus buenas acciones». Otros te sorprenden por su pusilanimidad y su aire abrumado; se quejan, lloran, se desesperan y juran que son inocentes. Uno considera su castigo un bien, pues, según dice, solo en el penal ha encontrado a Dios; otro trata de escapar a la primera oportunidad y, cuando se disponen a atraparlo, se defiende con un garrote. Bajo el mismo techo conviven malhechores empedernidos, inveterados criminales y delincuentes ocasionales, «desgraciados» y personas inocentes^[182]. Por eso, cuando se plantea la cuestión de la moralidad de los exiliados, se obtiene una impresión extremadamente dispar y confusa; por otro lado, con los medios de investigación existentes, dudo que se puedan ofrecer generalizaciones serias. En condiciones normales, suele juzgarse la moralidad de la población a partir de las cifras de criminalidad, pero, tratándose de una colonia penitenciaria, ese método sencillo y corriente se revela inapropiado. Una colonia penitenciaria, que vive en unas condiciones anormales y excepcionales, presenta una criminalidad particular y exclusiva del lugar, un «reglamento» específico, de manera que delitos que nosotros consideramos insignificantes se contemplan como violaciones graves de la ley, y por el contrario, un gran número de crímenes de derecho común pasan desapercibidos, pues en el universo de la prisión se los considera fenómenos normales y hasta inevitables^[183].

En general, los vicios y perversiones que se observan son los propios de personas privadas de libertad, esclavizadas, hambrientas y en estado de constante temor. La falsedad, la astucia, la cobardía, la pusilanimidad, la soplonería, los robos y todo tipo de vicios secretos constituyen el «arsenal» del que dispone esta población humillada, o al menos una gran mayoría, para luchar contra oficiales y guardianes a los que no respeta, teme y considera sus enemigos. Para evitar los trabajos más duros o los castigos corporales y procurarse un pedazo de pan, una pizca de té, sal o tabaco, el exiliado recurre al engaño, pues la experiencia le ha demostrado que es el medio más seguro y fiable en la lucha por la existencia. Los robos son frecuentes y adquieren dimensiones industriales. Los presos se lanzan sobre todo lo que está al alcance de su mano con la tenacidad y la avaricia de una langosta hambrienta, dando preferencia a los comestibles y la ropa. Se roban unos a otros en la cárcel, roban a los colonos,

roban cuando trabajan, cuando descargan barcos; sobre su virtuosismo se puede juzgar a partir de la frecuencia con que los ladrones de Sajalín ejercen su arte. En una ocasión robaron un cordero vivo y un tonel con masa de pan de un barco anclado en Dué; la barcaza aún no se había alejado del barco, pero fue imposible encontrar el cuerpo del delito. En otra ocasión, robaron del camarote de un capitán, desatornillándolos, los ojos de buey y la brújula. Otra vez se colaron en la cabina de un barco extranjero y se llevaron el servicio de plata. Durante la descarga de los barcos desaparecen fardos y barriles enteros^[184].

El preso se recrea en secreto, de forma furtiva. Para procurarse un vaso de vodka, que en circunstancias normales solo cuesta cinco kopeks, debe dirigirse en secreto a un contrabandista y entregarle, si no tiene dinero, su pan o parte de su ropa. El único medio de esparcimiento, los juegos de naipes, solo puede practicarse por la noche, a la luz de un cabo de vela o en la taiga. Toda diversión secreta que se repite a menudo acaba convirtiéndose en una pasión; como el espíritu de imitación de los exiliados está hiperdesarrollado, se contagian unos a otros, y, finalmente, lo que empezó siendo una actividad inocua, como beber un vaso de vodka de contrabando o jugar a las cartas, acaba produciendo desórdenes inimaginables. Como ya se ha dicho, los comerciantes aprovechados amasan fortunas entre los exiliados gracias al tráfico clandestino de licores y vodka; en suma, junto a exiliados que poseen entre treinta mil y cincuenta y mil rublos, hay gente que pierde de manera sistemática su comida y su ropa. Los juegos de cartas se han apoderado, como una epidemia, de todas las cárceles, que se han convertido en grandes casas de juego, mientras las colonias y los puestos son sus filiales.

El negocio está organizado a gran escala; se dice que los organizadores locales de partidas de cartas, a los que se les encuentra en registros ocasionales centenares y miles de rublos, tienen constantes relaciones de negocios con las cárceles siberianas, por ejemplo, con la de Irkutsk, donde, según comentan los presos, se juega a las cartas «de verdad». En Aleksándrovsk ya hay algunas casas de juego; en una de ellas, situada en la Segunda calle de los Ladrillos, tuvo lugar un suceso típico de esa clase de garitos: un guardián lo perdió todo y se pegó un tiro. El stoss ofusca el cerebro como un narcótico; el preso que pierde su comida y su ropa no siente hambre ni frío, ni siquiera dolor cuando le azotan; por extraño que parezca, incluso durante el cargamento de un barco, mientras la barcaza llena de carbón choca con la borda del navío, zarandeada por las olas, y los hombres se ponen verdes de mareo, se juega a las cartas, y con los gritos de trabajo se mezclan expresiones típicas del juego: «¡Fuera! ¡Dos a un lado! ¡Tengo!».

La condición de semilibertad de la mujer, su pobreza y su degradación favorecen el desarrollo de la prostitución. Cuando pregunté en Aleksándrovsk si había prostitutas en el lugar, me respondieron: «¡Todas las que quieras!»^[185]. Dada la enorme demanda, para ejercer la prostitución no son obstáculo la vejez, ni la fealdad, ni siquiera la sífilis terciaria; tampoco una extremada juventud constituye un

impedimento. En una ocasión me encontré en una calle de Aleksándrovsk con una muchacha de dieciséis años que, según cuentan, empezó a ejercer la prostitución a los nueve. Esa muchacha tiene madre, pero la situación familiar de Sajalín está lejos de proteger a una joven del desastre. Se habla de un gitano que vende a sus hijas e incluso regatea. Una mujer de condición libre de Slobodka regenta un «establecimiento» en el que solo operan sus propias hijas. En Aleksándrovsk el libertinaje suele adoptar un carácter urbano. Incluso hay unos «baños familiares» regentados por un judío, y se conocen los nombres de algunos proxenetas.

Según los datos de la administración, a 1 de enero de 1890, el porcentaje de reincidentes condenados por los tribunales de distrito ascendía al 8 %. Entre ellos había algunos que habían sido condenados tres, cuatro, cinco e incluso seis veces; había ciento setenta y cinco personas, es decir, el tres por ciento del total, que, con la acumulación de penas, se habían ganado entre veinte y cincuenta años de penal. Pero, a lo que parece, esa cifra de reincidentes está hinchada, ya que la mayoría ha sido condenada por intento de fuga; además, en lo que respecta a los fugitivos, esos datos son inexactos, pues a los que se les captura no siempre se les somete a juicio, siendo más frecuente que se les castigue en la intimidad. Por ahora se desconoce la tasa de criminalidad real de la población penitenciaria, es decir, su propensión a reincidir. Es cierto que los tribunales de distrito se ocupan de algunos crímenes, pero a muchos se les da carpetazo porque no se encuentra al culpable, otros son devueltos para completar su información o determinar la jurisdicción, y en ocasiones la actuación debe detenerse al no haberse recibido los informes necesarios de los diversos departamentos de Siberia; finalmente, después de prolongados trámites burocráticos, los documentos se archivan por muerte o fuga del acusado. Lo más grave es que apenas se puede conceder crédito a los sumarios abiertos por jóvenes sin formación específica o por el tribunal del distrito de Jabarovsk, que juzga a las personas de Sajalín en ausencia, basándose exclusivamente en documentos.



Presos en la cárcel

A lo largo de 1889, doscientos cuarenta y tres presos, es decir, uno de cada veinticinco, fueron encausados y llevados ante los tribunales. En el caso de los colonos esta cifra fue de sesenta y nueve, es decir, uno por cada cincuenta y cinco; y para los campesinos, de solo cuatro, es decir, uno por cada ciento quince. Esos datos muestran que, cuando el exiliado adquiere un estado de mayor libertad, el riesgo de ser llevado ante la justicia se reduce a la mitad. Esas cifras solo hacen referencia a la apertura de sumarios y juicios, no a la criminalidad registrada en 1889, ya que entre los casos hay algunos iniciados hace años que aún no se han cerrado. Las cifras pueden dar al lector una idea de la enorme cantidad de gente que languidece en espera de que su instrucción o su juicio, que se prolongan durante años, se resuelvan; también puede imaginarse el lector las consecuencias desastrosas de ese estado de cosas en la situación económica y psicológica de la población^[186].

La instrucción se confiaba normalmente al asistente del inspector de prisiones o al secretario del departamento de la policía. Según las palabras del comandante de la isla, «se abren sumarios sin disponer de suficientes indicios, se llevan con lentitud y torpeza, y los imputados son arrestados sin ningún fundamento». El sospechoso o el acusado es arrestado y encarcelado. Cuando en Goli Mis fue asesinado un colono, cuatro hombres fueron considerados sospechosos y encerrados^[187] en celdas sombrías y húmedas. Al cabo de unos días soltaron a tres de ellos, pero el cuarto siguió detenido; le pusieron grilletes y ordenaron que le dieran comida caliente solo cada tres días; luego, por iniciativa del vigilante, le propinaron cien azotes y lo tuvieron a oscuras, hambriento y aterrorizado, hasta que confesó. En esa misma época también estaba encarcelada una mujer de condición libre llamada Garánina, acusada de haber asesinado a su marido; también estaba en una celda oscura y solo recibía comida caliente cada tres días. Cuando un funcionario la interrogó en mi presencia, declaró que llevaba mucho tiempo enferma y que, por alguna razón, no permitían que la viera el médico. Cuando el funcionario le preguntó al vigilante encargado de las celdas por qué no se había llamado a un médico, respondió literalmente lo siguiente:

—Se lo comuniqué al señor inspector, pero me dijo: «¡Déjala que se muera!».

Esa incapacidad de diferenciar la prisión preventiva del encarcelamiento (¡y más en la celda oscura de un pena!) y de distinguir entre libres y detenidos, me causó una gran sorpresa, ya que el jefe del distrito es licenciado en derecho y el inspector de la cárcel prestó servicio en la policía de San Petersburgo.

En otra ocasión visité las celdas por la mañana temprano en compañía del jefe del distrito. Cuando sacaron de sus celdas a los cuatro sospechosos de homicidio, temblaban de frío. Garánina, con medias y sin zapatos, también temblaba y entornaba los ojos, cegada por la luz del sol. El jefe del distrito ordenó que la trasladaran a un lugar más luminoso. Ese mismo día pude ver a un georgiano que vagaba como una sombra por la entrada de los calabozos. Llevaba ya encerrado cinco meses en una celda oscura, acusado de envenenamiento, y seguía esperando el resultado de la instrucción, que aún no se había iniciado.

El ayudante del fiscal no vive en Sajalín y no hay nadie que supervise la instrucción. El rumbo y la velocidad de un proceso dependen por entero de circunstancias que no guardan la menor relación con el caso. En un informe leí que el asesinato de una tal Yákovlevna había sido cometido «con premeditación de robo y tentativa previa de violación, como muestra el desorden de la ropa de cama, así como los arañazos recientes y las huellas de tacones en la cabecera de la cama». Ese dictamen determinó la suerte de todo el proceso; una autopsia no se considera necesaria en tales casos. Un fugitivo asesinó al soldado raso Jromiátij en 1888 y la autopsia no se practicó hasta 1889, y a instancias del fiscal, cuando ya había concluido la instrucción y el caso se había llevado a juicio^[188].

El artículo 468 del *Reglamento* permite a las autoridades locales determinar e infligir, sin ninguna investigación formal por parte de la policía, las penas relativas a crímenes y delitos que, según el derecho penal ordinario, solo entrañan la pérdida de derechos civiles y privilegios. En general, en Sajalín los casos de escasa importancia se someten a la justicia ordinaria, que depende del departamento de policía. A pesar de la amplia competencia de ese tribunal local, que tiene jurisdicción sobre todos los casos de poca monta y también sobre muchos otros que solo convencionalmente merecen esa consideración, la población ignora las leyes y los tribunales. Cuando un funcionario tiene derecho, legalmente, sin juicio ni sumario, a castigar a un hombre a azotes, a la cárcel e incluso a la minas, la existencia de un tribunal solo tiene un significado formal^[189].

Las penas por crímenes graves las impone el tribunal del distrito de Primórskaia, que resuelve los casos basándose exclusivamente en testimonios documentales, sin interrogar a los acusados ni a los testigos. Sus decisiones son presentadas para su ratificación al comandante de la isla que, si desapruueba la sentencia, resuelve la cuestión por su propia autoridad, pero en ese caso debe informar al Tribunal Supremo. Cuando la administración estima que se encuentra ante un crimen excepcional y que el castigo previsto en el *Reglamento de la deportación* no parece lo bastante severo, solicita llevar al inculcado ante un tribunal militar.

Las penas reservadas a los presos y a los colonos culpables de un nuevo crimen se distinguen por su extraordinario rigor. En las páginas que se ocupan de los castigos se pone de manifiesto que nuestro *Reglamento de la deportación* se encuentra en total desacuerdo con el espíritu de los tiempos y de las leyes. Esos castigos humillan al delincuente, se ensañan con él y contribuyen a su degradación moral. Hace mucho que se consideran perjudiciales para la población libre, pero siguen vigentes para los colonos y los presos, como si la población exiliada estuviera menos sujeta a los peligros del endurecimiento, la insensibilidad y la pérdida definitiva de la dignidad humana. Las varas de abedul, el látigo, los grilletes, el encadenamiento a una carretilla, castigos infamantes, dolorosos, verdaderas torturas, se encuentran ampliamente extendidos. Las varas de abedul y el látigo están previstos para toda clase de delitos, ya sean graves o de escasa importancia; solos o como complemento

de otras medidas, constituyen un componente inevitable de cualquier condena.

El castigo al que más se recurre son las varas de abedul^[190]. Como demuestra el *Informe*, doscientos ochenta y dos reclusos y colonos fueron castigados en el distrito de Aleksándrovsk en 1889: doscientos cincuenta y seis recibieron castigo corporal, es decir, fueron azotados, y diecisiete otra clase de penas; en suma, en un noventa y cuatro por ciento de los casos la administración recurre a los azotes. En realidad, los informes están lejos de reflejar el número exacto de presos sometidos a castigos corporales. El de Timovo solo recoge cincuenta y siete casos en el año 1889 y el de Kórsakov nada más que tres, cuando en ambos distritos se azota cada día a varias personas, y en Kórsakov la cifra de una jornada alcanza a veces la decena. Normalmente, cualquier falta sirve de excusa para propinar a una persona de treinta a cien azotes: el incumplimiento de la tarea cotidiana (por ejemplo, si un zapatero no ha cosido los tres pares de zapatos previstos), la embriaguez, las injurias, la indisciplina... Si veinte o treinta trabajadores no cumplen con su trabajo diario, se azota a los veinte o treinta. Un funcionario me dijo:

—A los detenidos, sobre todo a los que llevan grilletas, les gusta presentar todo tipo de peticiones absurdas. Cuando me destinaron aquí y inspeccioné la cárcel por primera vez, recibí cincuenta peticiones. Las acepté, pero anuncié a los solicitantes que todos los que me hubiesen remitido súplicas que no fuesen dignas de atención serían castigados. Solo dos resultaron pertinentes, las demás eran absurdas. En definitiva, ordené azotar a cuarenta y ocho personas; la vez siguiente, a veinticinco; de ese modo, el número de peticiones fue decreciendo y ahora ya no me entregan ninguna. Les he quitado la costumbre.

En el sur un recluso fue registrado después de la denuncia de un compañero, y se le encontró un diario que se tomó por borradores de artículos. Se le dieron cincuenta azotes y durante quince días se le mantuvo en una celda oscura a pan y agua. El inspector de las colonias, con conocimiento del jefe de distrito, sometió a castigo corporal a casi toda la aldea de Liutoga. Así describe ese hecho el comandante de la isla: «El jefe del distrito de Kórsakov me ha informado, entre otras cosas, de un caso extremadamente grave de abuso de autoridad perpetrado por X., que consistió en el cruel castigo corporal de varios colonos, en una medida que excede con mucho la norma establecida por la ley. Ese caso, escandaloso en sí mismo, parece aún más preocupante cuando se analizan las circunstancias. Justos y pecadores, incluida una mujer embarazada, fueron castigados sin que se examinara previamente el caso, que solo se trataba de una simple pelea ente colonos (Ordenanza N.º 258, 1888)».

Lo más frecuente es infligir al culpable entre treinta y cien azotes. La cantidad no depende de la culpa, sino de que la orden la dé el jefe del distrito o el inspector de la cárcel: el primero tiene derecho a cien, el segundo a treinta. Un inspector siempre imponía treinta; en una ocasión tuvo que desempeñar las funciones del jefe del distrito e inmediatamente elevó la cuota hasta cien, como si esa cifra fuera la señal indispensable de su nuevo poder; y no cambió la medida hasta la llegada del jefe del

distrito, momento en que volvió escrupulosamente a los treinta de rigor. Se ha abusado tanto de ese castigo en Sajalín, que su aplicación se ha vuelto trivial y en muchos casos no causa aborrecimiento ni temor; se dice incluso que numerosos detenidos ni siquiera sienten dolor cuando reciben los golpes.



Preso encadenado a una carretilla

El látigo se usa bastante menos, solo después de la condena de un tribunal de distrito. Según un informe del director del departamento médico, en 1889 sesenta y siete personas fueron examinadas por los médicos «para determinar si estaban en condiciones de soportar el castigo corporal impuesto por los tribunales». De todos los castigos a los que se recurre en Sajalín, este es el más detestable por su crueldad y el ambiente en el que se desarrolla. Los juristas de la Rusia europea, que condenan a vagabundos y reincidentes a recibir latigazos, hace tiempo que habrían renunciado a ese suplicio si lo hubiesen contemplado con sus propios ojos. Pero el artículo 478 del *Reglamento*, según el cual las condenas deben ejecutarse en el lugar del exilio, les protege de ese espectáculo infame y humillante.

En Dué tuve ocasión de presenciar cómo aplican los latigazos. El vagabundo Prójorov, cuyo verdadero nombre era Mílnikov, un hombre de unos treinta y cinco o cuarenta años, se escapó de la prisión de Voievodsk y, tras construirse una pequeña balsa, trató de alcanzar el continente. No obstante, en la costa se dieron cuenta a tiempo y enviaron un cúter en su persecución. Durante la instrucción del caso, consultaron su expediente y descubrieron que ese Prójorov no era otro que Mílnikov, sentenciado un año antes por el tribunal del distrito de Jabarovsk a recibir noventa

latigazos y ser encadenado a una carretilla por el asesinato de un cosaco y sus dos nietas. Por un descuido, aún no se había aplicado el castigo. Si Prójorov no hubiera tratado de escapar, es posible que nadie hubiera reparado en el error, y él se habría evitado los latigazos y el encadenamiento a la carretilla. Pero ahora no había escapatoria.

El día señalado, 13 de agosto, el inspector de la cárcel, el médico y yo nos dirigimos por la mañana a la oficina. Prójorov, según las órdenes impartidas la víspera, estaba sentado en el patio con un guardia, sin saber todavía lo que le esperaba. Al vernos, se levantó y probablemente comprendió de qué se trataba, pues su rostro palideció.

—¡A la oficina! —ordenó el inspector.

Entramos en la oficina. Metieron también a Prójorov. El médico, un joven alemán, le ordenó que se desvistiera y auscultó su corazón para determinar cuántos latigazos podía soportar. Decidió esa cuestión en un santiamén y a continuación, con aire profesional, se puso a escribir el acta de revisión médica.

—¡Ah, pobre! —dice con tono quejumbroso y un fuerte acento alemán, mojando la pluma en el tintero—. ¡Las cadenas deben de pesarte mucho! ¡Pide al señor inspector que te las quiten!

Prójorov calla. Sus pálidos labios tiemblan.

—Te preocupas en vano —continúa el médico—. Todos os preocupáis en vano. ¡En Rusia la gente es tan desconfiada! ¡Ah, pobre, pobre!

Una vez preparada el acta, se adjunta al sumario por intento de fuga. Se produce un silencio. El escribiente escribe. El médico y el inspector de la cárcel escriben... Prójorov todavía no sabe con exactitud para qué lo han convocado. ¿Solo por el intento de fuga o también por ese viejo asunto? La incertidumbre le atormenta.

—¿Con qué has soñado por la noche? —le pregunta finalmente el inspector.

—Lo he olvidado, excelencia.

—Ahora escucha —dice el inspector, mirando los documentos—. En tal día y tal año el tribunal del distrito de Jabarovsk te condenó a noventa latigazos por el asesinato de un cosaco... Y hoy debes recibirlos —y, dando un golpecito con la mano en la frente del detenido, añade en tono sentencioso—: ¿Por qué todo esto? Por tratar de hacerte el listo. Los que intentáis escapar pensáis que os ira mejor, pero siempre os va peor.

Nos dirigimos todos al local reservado a los vigilantes, un edificio gris y viejo, con aire de barracón. El enfermero militar que está en la puerta dice con voz suplicante, como si estuviese pidiendo limosna:

—¡Excelencia, permítame presenciar el castigo!

En medio del local de los vigilantes hay un banco con orificios para atar las manos y los pies. El verdugo Tólstij es un hombre alto y robusto, con la complexión de un levantador de pesas. Va en mangas de camisa, con el chaleco desabotonado^[191]. Hace una indicación con la cabeza a Prójorov y este se tumba en silencio. Tólstij, sin

prisas, también en silencio, le baja los pantalones hasta las rodillas y empieza a atarle lentamente las manos y los pies al banco. El inspector mira con indiferencia por la ventana, el médico se pasea por la habitación. Tiene un frasco de gotas en la mano.

—¿Quieres un vaso de agua? —pregunta.

—Se lo suplico, excelencia.

El verdugo acaba de atar a Prójorov, coge el látigo de tres correas y lo estira sin prisas.

—Aguenta —dice en voz baja y, sin demasiado ímpetu, como para entrar en calor, asesta el primer golpe.

—¡Uno! —dice el inspector con voz de sacristán.

En un principio Prójorov calla y la expresión de su rostro no se inmuta; luego, un espasmo de dolor recorre su cuerpo y se oye no un grito, sino un alarido.

—¡Dos! —grita el inspector.

El verdugo se sitúa de costado y golpea de forma que el látigo recorra el cuerpo de través. Cada cinco latigazos se desplaza al otro lado y hace una pausa de medio minuto. A Prójorov los cabellos se le han pegado a la frente, el cuello se le ha hinchado. Al cabo de cinco o diez latigazos el cuerpo, ya lleno de cicatrices por latigazos anteriores, se vuelve morado y azul. La piel se resquebraja a cada golpe.

—¡Excelencia! —implora entre llantos y gemidos—. ¡Excelencia! ¡Apiádese, excelencia!

Al cabo de veinte o treinta latigazos, Prójorov, como borracho o sumido en el delirio, se lamenta:

—Soy un desdichado, soy un hombre muerto... ¿Por qué me castigáis así?

De pronto el cuello sufre un extraño estiramiento, se producen conatos de vómito... Prójorov no pronuncia ni una palabra; solo se oyen gemidos y jadeos. Se tiene la impresión de que ha pasado una eternidad desde el comienzo del castigo, pero el inspector grita: «¡Cuarenta y dos! ¡Cuarenta y tres!». Aún queda mucho para llegar a los noventa.

Salgo al exterior. En la calle reina el silencio, y los gemidos que salen de esa habitación parecen llenar todo Dué. Un deportado vestido de civil pasa junto al local de los vigilantes, lo mira de reojo y en su rostro y hasta en su modo de andar se transparenta el terror. Entro de nuevo, pero salgo enseguida, mientras el inspector sigue contando.

Finalmente se llega a los noventa. A Prójorov le desatan rápidamente las manos y los pies y le ayudan a que se levante. La espalda está cubierta de cardenales y sangra. Le castañetean los dientes, el rostro está amarillo, húmedo; tiene la mirada extraviada. Cuando le dan las gotas, muerde convulsivamente el borde del vaso... Le mojan la cabeza y lo conducen al puesto de policía.

—Eso era por el asesinato. También debe recibir por el intento de fuga —me explican en el camino de vuelta.

—¡Me gusta contemplar cómo los castigan! —dice con alegría el enfermero

militar, muy satisfecho de haber disfrutado hasta la saciedad de ese espectáculo detestable—. ¡Cuánto me gusta! Son tan canallas, tan miserables... ¡Deberían colgarlos!

Los castigos corporales endurecen y vuelven crueles no solo a los detenidos, sino también a quienes los infligen o presencian. Ni siquiera las personas educadas constituyen una excepción. Al menos yo no he observado que los funcionarios con formación universitaria reaccionen ante esos suplicios de manera diferente a los enfermeros militares o a quienes han estudiado en academias militares o seminarios. Otros se acostumbran de tal modo a los azotes y los latigazos, y se vuelven tan insensibles, que terminan por encontrar placer en la contemplación del espectáculo. Se cuenta que un inspector de prisiones silababa cuando infligían latigazos a un condenado; otro, un hombre de avanzada edad, decía al preso con una alegría malsana: «Bueno, ¿por qué gritas? Si no es nada. ¡Aguanta! ¡Vamos, dale lo que se merece! ¡Azota, verdugo!». Otro disponía que ataran al preso por el cuello para oírle jadear; hacía que le dieran cinco o diez golpes y se marchaba por espacio de una o dos horas; luego volvía y ordenaba que administraran el resto del castigo^[192].

El tribunal militar se compone de oficiales designados por el comandante de la isla. Las actas del proceso, junto con la sentencia, se envían al gobernador general para su ratificación. Antes los presos languidecían en sus celdas dos o tres años en espera de la decisión definitiva; en la actualidad, su suerte se decide por telegrama. Los tribunales militares suelen condenar a los acusados a morir en la horca. El gobernador general a veces suaviza la sentencia, conmutando la pena por cien latigazos, el encadenamiento a una carretilla y el mantenimiento de por vida en la categoría de los detenido a prueba. Cuando el condenado es un asesino, la conmutación es muy rara. «A los asesinos los cuelgo», me dijo el gobernador general.

La víspera de la ejecución, de noche y de día, el condenado es asistido por un sacerdote. Esa asistencia consiste en confesarlo y hablar con él. Un sacerdote me contó la siguiente historia:

Al inicio de mi actividad, cuando apenas tenía veinticinco años, tuve que asistir en la prisión de Voievodsk a dos condenados a morir en la horca por el asesinato de un colono, al que mataron para robarle un rublo y cuarenta kopeks. Entré en la celda y, falto de experiencia, me asusté. Ordené al vigilante que no cerrara la puerta ni se alejara. Ellos me dijeron:

—No tenga miedo, padre. No vamos a matarle. Siéntese.

Les pregunté dónde podía sentarme. Me indicaron la tarima. En un principio me senté en el cubo del agua, pero luego cobré ánimos y me acomodé en la tarima, entre los dos asesinos. Les pregunté de qué distrito eran y alguna otra cosa, luego empecé a confesarlos. Mientras les escuchaba, miré al exterior y vi que estaban transportando los postes y demás instrumentos necesarios para levantar las horcas.

—¿Qué es eso? —preguntaron los presos.

—Probablemente el inspector va a construirse algo —respondí.

—No, padre, es para colgarnos. Bueno, padre, ¿no podríamos beber una copita de vodka?

—No lo sé —dije—. Voy a informarme.

Fui a ver al coronel L. y le dije que los condenados querían beber. El coronel me dio una botella y, para evitar habladurías, ordenó retirar a los centinelas. Me procuré una copa y volví a la celda de los condenados. Llené la copa.

—No, padrecito —me dijeron—; sírvase usted primero; de otro modo, no beberemos.

Tuve que tomar un trago; no había nada de comer.

—El vodka aclara las ideas —comentaron.

Seguí preparándoles. Hablamos durante más de una hora. De pronto se oyó la orden: «¡Sacadlos!».

Después de la ejecución, durante mucho tiempo tuve miedo de entrar en una habitación oscura.

El miedo a la muerte y todo lo que rodea la ejecución produce en los condenados un efecto angustioso. En Sajalín todavía no se ha dado el caso de un hombre que haya enfrentado el suplicio con entereza. Cuando Chernosei, un preso que había asesinado a un tendero llamado Nikitin, fue trasladado de Aleksándrovsk a Dué antes de la ejecución, tuvo tales espasmos en la vejiga que debía pararse a cada momento. Uno de los cómplices, Kinzhalov, empezó a desvariar.

Antes de la ejecución, los ponen una mortaja y les administran los últimos sacramentos. Uno de los asesinos de Nikitin, incapaz de soportarlo, perdió el conocimiento. Ya habían puesto el sudario y administrado los sacramentos a Pazujin, el más joven de los asesinos, cuando se anunció que había sido indultado. Le habían conmutado la pena por otro castigo. Pero ¡cuántas angustias tuvo que soportar ese hombre en un breve plazo de tiempo!: una noche entera conversando con los sacerdotes, la solemnidad de la confesión, el medio vaso de vodka al amanecer, la orden de «sacadlos», el sudario, los últimos sacramentos, luego la felicidad del indulto, e, inmediatamente después de la ejecución de sus compañeros, cien latigazos, con un desmayo después del quinto; y para terminar, el encadenamiento a una carretilla.

En el distrito de Kórsakov once personas fueron condenadas a la pena de muerte por el asesinato de varios ainos. Los funcionarios y los oficiales pasaron en vela la noche previa a la ejecución. Se visitaban, bebían té. Reinaba una inquietud general, nadie estaba a gusto en ningún sitio. Dos de los condenados se envenenaron con acónito: una gran contrariedad para el destacamento militar encargado de la custodia. El jefe del distrito había oído el trajín nocturno y había sido informado del

envenenamiento, pero, justo antes de la ejecución, cuando todo el mundo se había reunido alrededor del cadalso, se vio obligado a preguntar oficialmente al comandante del pelotón:

—Habían sido condenadas a muerte once personas, pero solo veo nueve. ¿Dónde están las otras dos?

En lugar de responder en el mismo tono oficial, el comandante del pelotón farfulló con voz nerviosa:

—Bueno, cuélgume a mí en su lugar, cuélgume a mí...

Era una mañana de octubre, gris, fría y oscura. Los condenados tenían las caras amarillas de miedo y los cabellos alborotados. Un funcionario leyó la sentencia, temblando de emoción y balbuciendo, porque no veía bien. El sacerdote, con la sotana negra, alargó el crucifijo a los nueve hombres para que lo besaran y, volviéndose al jefe del distrito, susurró:

—Por amor de Dios, deje que me vaya, no puedo...

El procedimiento fue largo: hubo que poner a cada condenado un sudario y conducirlo al cadalso. Cuando finalmente ahorcaron a los nueve hombres, en el aire pendía «una verdadera guirnalda», como me dijo textualmente el jefe del distrito, al describirme los detalles de la ejecución. Cuando bajaron los cuerpos, los médicos constataron que uno de los hombres aún estaba vivo. Esa circunstancia tenía una significación especial: en la cárcel, donde se conocen todos los misterios de los delitos cometidos por sus habitantes, los detenidos, el verdugo y sus ayudantes, sabían que aquel hombre no era culpable del crimen por el que le habían ahorcado.

—Le colgaron una segunda vez —concluyó su relato el jefe del distrito—. Después de eso, no pude dormir en un mes.

XXII

LOS FUGITIVOS DE SAJALÍN – LAS CAUSAS DE LAS FUGAS – COMPOSICIÓN DE LOS FUGITIVOS EN FUNCIÓN DE SU ORIGEN, CLASE SOCIAL, ETC.

El famoso comité de 1868 señaló como una de las ventajas principales y más importantes de Sajalín su condición de isla. En una tierra separada del continente por un tormentoso mar, no parecía difícil fundar una gran prisión que respondiera al principio «alrededor agua y en medio infortunio», e instituir una deportación a la romana, en una isla en que no se pudiera ni soñar con la fuga. En realidad, desde la instauración de la colonia penitenciaria, Sajalín apareció más bien como una península. El estrecho que separa la isla del continente, se cubre de hielo completamente durante los meses invernales y el agua, que en verano desempeña el papel de muro de la cárcel, se vuelve entonces una lisa llanura que cualquiera puede atravesar a pie o en trineos de perros. Incluso en verano el estrecho no es impracticable: en el punto más estrecho, entre los cabos Pogobi y Lazarev, la anchura no es mayor de seis o siete verstas, y con tiempo apacible y despejado no resulta difícil navegar hasta cien versas en una inestable balsa guiliaka. Incluso en el punto de mayor anchura del estrecho, los habitantes de Sajalín ven con bastante claridad la costa del continente; una nebulosa franja de tierra con hermosos picos montañosos atrae y seduce al exiliado día tras día, prometiéndole la libertad y la patria. Además de esas condiciones físicas, el comité omitió la posibilidad de fugas no al continente, sino al interior de la isla, que son tan preocupantes como las otras; en suma, la condición insular de Sajalín está lejos de justificar las esperanzas del comité.

En cualquier caso, sigue teniendo una ventaja: no es fácil escapar de Sajalín. Los vagabundos, que en esa cuestión pueden considerarse especialistas, declaran abiertamente que es bastante más difícil escapar de Sajalín que, por ejemplo, de los penales de Kara o Nerchinsk. A pesar del completo descuido y de las facilidades de la antigua administración, las cárceles de Sajalín seguían llenas y los detenidos no se fugaban tan a menudo como hubiesen deseado los inspectores, para quienes las fugas constituían uno de los aspectos más lucrativos. Los funcionarios actuales reconocen que, dada la dispersión del trabajo de los presos y la escasez de la vigilancia, de no ser por las dificultades físicas de la fuga, en la isla solo quedarían aquellos a quienes les gustara vivir allí, es decir, nadie.

Pero, entre los obstáculos que dificultan las evasiones, el mar no es el más terrible. La impenetrable taiga de Sajalín, la humedad constante, las brumas, las vastas zonas deshabitadas, los osos, el hambre, los mosquitos, las terribles heladas y

nevascas invernales son los verdaderos aliados de los equipos de guardia. En la taiga de Sajalín, donde a cada paso hay que superar montones de ramas caídas, marañas de romero o duro bambú que se enredan en los pies, hundirse hasta la cintura en pantanos y arroyos o protegerse de las nubes de mosquitos, hasta caminantes libres bien alimentados solo son capaces de cubrir ocho verstas al día; un hombre extenuado por la cárcel, que se alimenta en la taiga de madera podrida rociada con sal y que no sabe dónde está el norte y dónde el sur, normalmente no puede hacer más de tres a cinco verstas. Además, no puede avanzar en línea recta y se ve obligado a desviarse para evitar los puestos de vigilancia. Las fugas no duran más de una o dos semanas, rara vez un mes, y el fugitivo, extenuado por el hambre, la disentería y la fiebre, acribillado por los mosquitos, con los pies magullados e hinchados, empapado, sucio, harapiento, perece en algún lugar de la taiga o, sacando fuerzas de flaqueza, da la vuelta y se arrastra en dirección contraria, rogando a Dios que le conceda la dicha suprema de encontrarse con un soldado o un guiliako que le lleve de nuevo a la cárcel.

La causa que lleva a un criminal a buscar la salvación en la fuga y no en el trabajo o en el arrepentimiento es principalmente su insaciable ansia de vida. A menos que sea un filósofo que se encuentre bien en cualquier lugar y bajo cualquier circunstancia, no puede y no debe no querer escapar.

El principal móvil de las evasiones es el apasionado amor a la tierra natal. De creer a los exiliados, no puede haber mayor alegría ni dicha más grande que vivir en el propio país. De la tierra, la gente, los árboles y el clima de Sajalín hablan con una sonrisa desdeñosa, con aversión y con desprecio, mientras en Rusia todo es maravilloso y encantador. Ni el pensamiento más atrevido puede tolerar la idea de que en Rusia haya gente desgraciada, ya que vivir en los distritos de Tula o de Kursk, ver cada día isbas y respirar el aire ruso constituye de por sí la mayor felicidad. ¡Señor, envíame la miseria, la enfermedad, la ceguera, la mudez y el desprecio de mis semejantes con tal de permitirme morir en mi tierra natal! Una vieja reclusa, que durante un tiempo trabajó para mí como sirvienta, estaba entusiasmada con mis maletas, mis libros y mi manta, solo porque esos objetos no eran de Sajalín, sino de nuestra patria. Cuando venía a visitarme un sacerdote, nunca le pedía la bendición y lo miraba con una sonrisa maliciosa, porque no podía haber verdaderos sacerdotes en Sajalín. La nostalgia se expresa en forma de un recuerdo constante, triste y conmovedor, acompañado de lamentos y lágrimas amargas; o en forma de esperanzas irrealizables, que a menudo sorprenden por su carácter absurdo y delirante; o en forma de un indudable desarreglo mental^[193].

Otra de las causas que aleja a los exiliados de Sajalín es el deseo de libertad inherente al ser humano y que, en circunstancias normales, es uno de sus rasgos más nobles. Mientras un exiliado sea joven y robusto, intentará huir lo más lejos posible, a Siberia o a Rusia. Normalmente lo atrapan, lo juzgan y lo mandan de vuelta al penal, pero eso no es tan terrible. En la lenta marcha por etapas a través de Siberia, en el

cambio frecuente de cárceles, compañeros y escolta, y en las aventuras propias del viaje, hay una poesía singular que se parece más a la libertad que la prisión de Voievodsk o los trabajos en las carreteras. Debilitado por los años, pierde confianza en sus propias piernas y huye a algún sitio más cercano, a la ribera del Amur, a la taiga, a las montañas, lo más lejos posible de la prisión, para no ver esas paredes y a esas personas, que se le han vuelto odiosas, ni oír el tintineo de las cadenas ni las conversaciones de los presos. En el puesto de Kórsakov vive el exiliado Altujov, un viejo de unos setenta años o más, que se escapa de la siguiente manera: coge un pedazo de pan, cierra su isba, se aleja del puesto media versta, no más, se sienta en una colina y se queda contemplando la taiga, el mar, el cielo; pasa así tres días, y luego regresa a su casa, hace acopio de provisiones y de nuevo se marcha a la montaña... Antes lo azotaban, pero ahora sus «fugas» solo causan hilaridad. Unos huyen para gozar de libertad un mes o una semana; para otros es suficiente un solo día: no es más que un día, pero es mío. La nostalgia de la libertad se apodera de algunos individuos de forma periódica; en ese sentido, recuerda la dipsomanía o la epilepsia. Se cuenta que aparece en determinadas épocas del año y del mes, de forma que los presos leales, al sentir la cercanía de un ataque, advierten de su fuga a las autoridades. Normalmente se castiga con azotes o latigazos a todos los evadidos sin excepción. Esas fugas a menudo sorprenden por su incongruencia y su insensatez; de hecho, no es raro que hombres juiciosos, modestos, padres de familia, se fuguen sin ropa, sin pan, sin ningún propósito ni plan, sabiendo perfectamente que serán capturados, arriesgándose a perder la salud, la confianza de las autoridades, su relativa libertad y a veces incluso su sueldo, y exponiéndose a morir de frío o alcanzados por un disparo. Esa inconsecuencia debería sugerir a los médicos de Sajalín, de quienes depende que un preso sea castigado o no, que en muchos casos se enfrentan con una enfermedad, no con un delito.

Entre las razones que impulsan a los presos a fugarse hay que añadir las penas de por vida. Como se sabe, en Rusia los trabajos forzados están ligados a la colonización de Siberia. Los condenados son apartados del medio humano normal sin la esperanza de volver alguna vez a él; de ese modo, es como si hubiesen muerto para la sociedad en la que han nacido y crecido. El preso habla de sí mismos en los siguientes términos: «Los muertos no vuelven del cementerio». Esa ausencia total de esperanza, esa desolación, le lleva a tomar la determinación de escapar y cambiar su destino: «¡Peor no será!», piensa. Si se fuga, sus compañeros dicen: «Se ha marchado a cambiar su destino». Si lo cogen y lo taren de vuelta, comentan: «Ha tenido mala suerte». Al ser definitivo el exilio, las fugas y el vagabundeo son inevitables, necesarios, y en cierto modo sirven de válvula de escape. Si existiera la posibilidad de privar al recluso de toda esperanza de fuga, el único medio de que dispone para cambiar su destino, para regresar del cementerio, su desesperación, al no encontrar salida, tal vez se manifestara de alguna forma más cruel y terrible que la huida.

Hay otra causa general más de las evasiones: la fe en la facilidad, impunidad y

casi legitimidad de la fuga; aunque en realidad es difícil, se castiga con severidad y se considera un delito grave. Esa extraña creencia ha sido cultivada durante generaciones y su origen se pierde en la bruma de los viejos tiempos, cuando evadirse era relativamente fácil y las mismas autoridades estimulaban los intentos de fuga. El director de una factoría o un inspector de prisiones consideraba un castigo divino que sus presos no se escaparan y se alegraba cuando grupos enteros huían. Si antes de 1 de octubre, cuando se distribuía la ropa de invierno, se habían fugado treinta o cuarenta personas, el inspector obtenía un beneficio de treinta o cuarenta zamarras. Según palabras de Yádrintsev, el director de una factoría solía gritar al recibir una nueva partida: «El que quiera quedarse, que coja su ropa; el que quiera escaparse, que no coja nada». La administración parecía legitimar la fuga; de hecho, a toda la población de Siberia se le ha estado inculcando hasta la fecha la idea de que la fuga no constituye un delito. Los propios presos hablan de sus fugas con una sonrisa o lamentándose de su fracaso. Sería inútil esperar arrepentimiento o remordimientos de conciencia. De todos los fugitivos con los que tuve ocasión de hablar, solo un viejo enfermo, encadenado a una carretilla por sus repetidos intentos de fuga, se reprochaba amargamente su actitud; pero consideraba sus intentos de fuga simples tonterías, no delitos: «Cuando era más joven cometí algunas tonterías y ahora debo pagar por ellas».

Las causas particulares de la evasión son múltiples. Mencionaré el descontento con el régimen de la cárcel, la mala alimentación, la crueldad de algún funcionario, la pereza, la falta de aptitud para el trabajo, la enfermedad, la falta de voluntad, el espíritu de emulación, el gusto por la aventura... A veces partidas enteras de presos se han fugado con el único objetivo de «dar una vuelta» por la isla; esos paseos se acompañan de crímenes y todo tipo de fechorías, que causan pánico y furor en los habitantes. Contaré una fuga motivada por el deseo de venganza. El soldado raso Belov había herido al recluso Klimenko durante su captura y lo había llevado a la cárcel de Aleksándrovsk. Klimenko, una vez recuperado, volvió a escaparse, esta vez con el único objetivo de vengarse de Belov. Se dirigió directamente a un puesto de vigilancia, donde fue detenido. «Vuelve a llevarte a tu ahijado —le dijeron sus compañeros a Belov—. Vaya suerte». Y se lo llevó. Por el camino, el guardián y el preso se pusieron a conversar. Era un día de otoño, soplaban el viento, hacía frío... Se detuvieron para fumar. Mientras el soldado se levantaba el cuello para encender la pipa, Klimenko le arrebató el fusil y lo mató. Luego, como si no hubiera ocurrido nada, regresó al puesto de Aleksándrovsk, donde fue detenido y poco después ahorcado.

Veamos ahora un caso de fuga por amor. El preso Artiom —he olvidado su apellido—, un joven de veinte años, era vigilante en un edificio público de Naibuchi. Estaba enamorado de una mujer aina que vivía en una de las yurtas del río Naibu y, según se dice, su amor era correspondido. Por algún motivo, se convirtió en sospechoso de un robo y como castigo fue trasladado a la cárcel Kórsakov, es decir, a

noventa verstas de la mujer aina. Entonces, cogió la costumbre de escaparse del puesto para visitar a su amada en Naibuchi, y no dejó de hacerlo hasta que un día le dispararon en una pierna.



Colocación de grilletes a los presos

A veces el objetivo de la fuga es un negocio fraudulento. He aquí un ejemplo que combina la avaricia por el dinero con la traición más vil. Un viejo vagabundo, que ha encanecido en sus muchos intentos de fuga y aventuras, escoge entre los presos recién llegados al más rico (los nuevos casi siempre tienen dinero) y le incita a que se escapen juntos. No le cuesta mucho convencerle. El nuevo se escapa y el vagabundo lo mata en algún lugar de la taiga y regresa a la cárcel. Otra variedad más difundida de negocio fraudulento se basa en los tres rublos que la administración paga por la captura de un fugitivo. Tras llegar a un acuerdo con un soldado o un guiliako, algunos presos se fugan de la cárcel y en un lugar convenido, en cualquier parte de la taiga o a la orilla del mar, se encuentran con su perseguidor, que los lleva de vuelta a la cárcel como si los hubiese atrapado y se embolsa tres rublos por cabeza. Luego, por supuesto, tiene lugar el reparto. A veces resulta ridículo ver a un guiliako menudo y enclenque, armado de un simple palo, conduciendo de vuelta a seis o siete vagabundos de anchas espaldas y talla imponente. En una ocasión vi cómo el soldado L., que tampoco se distinguía por su fuerte constitución, traía de vuelta de once personas.

Las estadísticas de la cárcel apenas se han ocupado hasta la fecha del tema de los fugitivos. Por ahora solo se puede decir que se fugan con mayor frecuencia aquellos presos que sienten con mayor intensidad la diferencia entre el clima de Sajalín y el de su lugar de origen. Se trata principalmente de oriundos del Cáucaso, Crimea, Besarabia y Ucrania. Es posible encontrar listas de fugados o de hombres que han sido capturados, a veces de cincuenta o sesenta personas, en las que no aparece ni un solo apellido ruso: todos son Oglis, Suleimanes y Hasanes. No cabe la menor duda de que los condenados a cadena perpetua o a penas largas se fugan con mayor frecuencia que los presos de tercer grado; los que pernoctan en la cárcel, con mayor frecuencia

que los que viven fuera de ella; los jóvenes y los nuevos, con mayor frecuencia que los presos más antiguos. Las mujeres se evaden en mucha menor medida que los hombres, lo que se explica por las dificultades de la empresa y también por la circunstancia de que, una vez en el penal, no tardan en establecer sólidos vínculos. Las obligaciones con su esposa y sus hijos apartan a algunos hombres de la fuga, aunque se han dado casos de evasiones de familias enteras. Los maridos legítimos huyen menos que los ilegítimos. Cuando recorría las isbas y preguntaba a las presas dónde estaban sus cohabitantes, a menudo me respondían:

—¿Cómo quiere que lo sepa? ¡No voy a pasarme el día entero buscándolo!

Los evadidos no son siempre personas humildes, también se encuentran algunos privilegiados. Hojeando la lista alfabética del departamento de policía de Kórsakov, encontré a un antiguo noble que se había fugado y había sido juzgado por un asesinato cometido durante la fuga. Ese fugitivo recibió ochenta o noventa latigazos. El famoso Laguiev, enviado a Sajalín por el asesinato del rector del seminario de Tbilisi (desempeñaba funciones de profesor en Kórsakov), se evadió la noche de Pascua de 1890 en compañía del recluso Nikolski, hijo de un sacerdote, y tres vagabundos más. Unos días más tarde se difundió el rumor de que se había visto a los tres vagabundos, vestidos de civil, dirigiéndose por la orilla al puesto de Muraviosk, pero Laguiev y Nikolski ya no estaban con ellos. Probablemente los vagabundos se pusieron de acuerdo con el joven Laguiev y su compañero para huir juntos y luego los asesinaron para apropiarse de su dinero y de sus ropas. El hijo del arcipreste K., deportado a Sajalín por asesinato, huyó a Rusia, donde cometió otro delito y fue enviado de nuevo a la isla. En una ocasión lo vi por la mañana temprano entre una multitud de presos, cerca de una mina. Extraordinariamente delgado, cargado de espaldas, con ojos opacos, vestido con un viejo abrigo de verano y unos pantalones rasgados que llevaba por fuera de las botas, soñoliento y aterido de frío, se acercó al inspector que estaba a mi lado, se quitó el gorro, descubriendo su cabeza calva, y se puso a pedirle algo.

Para juzgar en qué época del año son más frecuentes los intentos de fuga, recurriré a algunas cifras que conseguí encontrar y anotar. En los años 1877, 1878, 1885, 1887, 1888 y 1889, se fugaron mil quinientos un presos. Esa cifra se distribuye por meses como sigue: enero, ciento diecisiete; febrero, sesenta y cuatro; marzo, veinte; abril, veinte; mayo, ciento cuarenta y siete; junio, doscientos noventa; julio, doscientos ochenta y tres; agosto, doscientos treinta y uno; septiembre, ciento cincuenta; octubre, cuarenta y cuatro; noviembre, treinta y cinco; diciembre, cien. Si trazáramos una curva de las evasiones, veríamos que alcanzan su punto más alto en verano y en los meses invernales de frío más intenso. Evidentemente, los momentos más favorables son los días en que hace bueno, se trabaja fuera de la cárcel, hay peces migratorios, las bayas de la taiga están maduras y los colonos disponen de patatas; o bien cuando el mar está cubierto de hielo y Sajalín deja de ser una isla. El aumento del número de fugas en verano y en invierno también se ve favorecido por la

llegada de nuevos contingentes en primavera y en otoño. En marzo y en abril se producen menos evasiones porque en esa época los ríos se deshielan y a veces es imposible encontrar alimentos ni en la taiga ni en las haciendas de los colonos que, en general, ya en primavera se encuentran sin pan.

En 1889, el 15,33 % de la población media de la prisión de Aleksándrovsk se fugó; el 6,4 % de las prisiones de Dué y Voievodsk, donde, además de los guardianes, vigilan a los presos centinelas armados; el 9 % de las cárceles del distrito de Timovo. Esas cifras se refieren al ejercicio de un solo año, pero si tomamos el conjunto de la población carcelaria durante todo el tiempo de su estancia en la isla, la proporción global de las evasiones alcanza el 60 %, es decir, de cada cinco personas que uno ve en la cárcel o en la calle, probablemente tres ya han intentado la fuga. A partir de mis conversaciones con los presos saqué la siguiente conclusión: todos intentaban fugarse. Es raro que un preso, durante el cumplimiento de sus trabajos forzados, no se tome unas vacaciones^[194].

Normalmente la fuga se planea ya en el barco o en la barcaza del Amur, cuando los reclusos son transportados a Sajalín. Por el camino, los viejos vagabundos que ya han intentado la fuga dan a conocer a los jóvenes la geografía de la isla, el funcionamiento del penal, la vigilancia y todas las bendiciones y privaciones que esperan a quien se evade. Si en las prisiones de tránsito y en las bodegas de los barcos se mantuviera a los vagabundos apartados de los nuevos reclusos, tal vez estos últimos no se darían tanta prisa en fugarse. Los nuevos se evaden enseguida, a veces inmediatamente después de desembarcar. En 1879, sesenta personas se escaparon pocos días después de su llegada, tras asesinar a los soldados de guardia.

A la hora de evadirse los presos no necesitan recurrir a todos los preparativos y precauciones que describe Korolenko en su hermoso relato *Sokolnets*. Las fugas están rigurosamente prohibidas y ya no son estimuladas por las autoridades, pero las condiciones de vida, la precariedad de la vigilancia y la naturaleza de los trabajos forzados, junto con el perfil geográfico del lugar, hacen que en la gran mayoría de los casos resulte imposible impedirlos. Si hoy no ha sido posible evadirse de la cárcel atravesando la puerta, abierta de par en par, mañana habrá ocasión de escapar en la taiga, cuando veinte o treinta hombres salgan a trabajar bajo la vigilancia de un solo soldado. Quien no se ha fugado en la taiga, espera un mes o dos hasta que se le asigna como sirviente a un funcionario o como trabajador a un colono. Las precauciones, el engaño a las autoridades, los pasadizos, los túneles, etc., solo son necesarios para los pocos presos que llevan cadenas, están reclusos en celdas o viven en la cárcel de Voievodsk, y también para quienes trabajan en las minas, pues en casi toda la franja de terreno que va de la prisión de Voievodsk a Dué hay centinelas montando guardia. Allí, la primera etapa de la evasión entraña peligros; sin embargo, se presentan oportunidades favorables casi a diario. Los emprendedores y los amantes de la aventura recurren a disfraces y todo tipo de estratagemas, a menudo completamente superfluas, como Mano de Oro que, cada vez que se fugaba, se vestía de soldado.

La mayor parte de los fugitivos se dirige al norte, al punto de menor separación entre los cabos de Pogobi y Lazarev, o más al norte aún, pues en esa región deshabitada resulta fácil escapar del cordón de vigilancia, coger una barca a los guiliakos o construirse uno mismo una balsa y cruzar al otro lado. Si es invierno y hace buen tiempo bastan dos horas para cubrir la travesía. Cuanto más al norte se dirija, más cerca se encontrará de la desembocadura del Amur y menor será el riesgo de morir de hambre y de frío, ya que, junto al estuario, hay muchas aldeas guiliakas, y las ciudades de Nikoláievsk, Mariinsk y Sofiisk se encuentran cerca, así como algunos asentamientos cosacos, donde un hombre puede contratarse como trabajador durante el invierno y donde, según cuentan, hasta entre los funcionarios hay personas que dan refugio y un pedazo de pan a los desgraciados. Algunas veces, al no saber situar el norte, los fugitivos empiezan a girar en círculo y acaban volviendo al lugar de partida^[195].

No es raro que los evadidos traten de cruzar el estrecho en algún lugar cercano a la cárcel. Para ello se requieren un valor excepcional, circunstancias especialmente favorables y, lo que es más importante, una dilatada experiencia previa que haya enseñado lo difícil y arriesgada que es la ruta hacia el norte a través de la taiga. Los reincidentes que se escapan de las cárceles de Voievodsk y Dué se dirigen enseguida al mar, el primero o segundo día de su fuga. No toman en consideración las tormentas y los peligros, solo sienten el miedo animal de la persecución y el ansia de libertad: «¡Ahoguémonos si es necesario, pero en libertad!». Normalmente se dirigen a Agnevo, a unas cinco o diez verstas al sur de Dué; allí se construyen una balsa y se lanzan con premura a la nebulosa orilla, de la que le separan sesenta o setenta verstas de un mar frío y tormentoso. Durante mi estancia en la isla, el vagabundo Prójorov, también llamado Mílnikov, del que ya he hablado en el capítulo anterior, se fugó de ese modo de la cárcel de Voievodsk^[196]. También se escapan en chalanas y balsas de heno, que el mar destruye sin piedad y arroja a la orilla. Una vez, varios presos se escaparon a bordo de un cúter que pertenecía a la administración de las minas^[197]. En ocasiones los presos se fugan en las mismas embarcaciones que cargan. En 1883 el preso Franz Kietz subió a bordó del *Triumph* y se ocultó en la bodega del carbón. Cuando lo descubrieron y lo sacaron de allí, a todas las preguntas respondía: «Dadme agua, llevo cinco días sin beber».

Tras ganar de una u otra forma el continente, los fugitivos se dirigen hacia el oeste, mendigando comida en nombre de Cristo, trabajando como jornaleros cuando se terciá y robando todo lo que cae en sus manos: ganado, verduras, ropa; en una palabra, cualquier cosa que pueda vender, comer o ponerse. Los atrapan, los mantienen una larga temporada en prisión, los juzgan y los envían de vuelta a Sajalín con unos expedientes tremendos; pero —como sabe el lector por los procesos judiciales— son muchos los que llegan hasta el mercado Jitrov de Moscú e incluso a su aldea natal. En Palevo, el panadero Goriachi, hombre simple, franco y probablemente bondadoso, me contó cómo llegó hasta su aldea, vio a su mujer y a sus

hijos y fue enviado de nuevo a Sajalín, donde está cumpliendo su segunda condena. También se habla de la hipótesis —hasta la prensa se ha ocupado de ello— de que los balleneros americanos enrolen a los fugitivos en sus tripulaciones y los lleven a América^[198]. Es posible, no cabe duda, pero no tuve conocimiento de ningún caso de ese tipo. Los balleneros americanos que faenan en el mar de Ojotsk no suelen acercarse a Sajalín, y sería muy raro que lo hicieran precisamente cuando hay fugitivos en la deshabitada costa oriental. Según el señor Kurbski (*La Voz*, 1875, N.º 312), en la margen derecha del Mississippi, en territorio indio, viven partidas enteras de vaqueros compuestas por antiguos presos de Sajalín. Esos vaqueros, si en realidad existen, no llegaron a América en balleneros, sino probablemente a través de Japón. No cabe duda de que algunos fugitivos no se dirigen a Rusia, sino al extranjero, aunque esos casos son raros. Ya en los años veinte nuestros reclusos se fugaban de las salinas de Ojotsk a las islas «cálidas», es decir, a las islas Sandwich^[199].

Los presos que se fugan inspiran un miedo terrible, lo que explica por qué los castigos que se aplican a un intento de fuga son tan estrictos, tan sorprendentemente severos. Cuando algún vagabundo famoso se escapa de la cárcel de Voievodsk o de una celda, el rumor se extiende enseguida, sembrando el terror no solo en la población de Sajalín, sino también en los habitantes del continente. Se cuenta que el día de la evasión de Bloja, la nueva sumió a los habitantes de Nikoláievsk en tal estado de pánico que el inspector de la policía local juzgó necesario confirmar la noticia por medio de un telegrama: ¿Es cierto que se ha escapado Bloja^[200]?

Las fugas representan un peligro para la sociedad por dos motivos: en primer lugar, fomentan y desarrollan el vagabundeo; en segundo, colocan a casi todos los fugitivos en tal estado de ilegalidad que, en la mayoría de los casos, no pueden evitar la comisión de nuevos crímenes. El principal contingente de reincidentes está compuesto por fugitivos; a ellos se deben los crímenes más terribles y temerarios perpetrados hasta la fecha en Sajalín.

En la actualidad, para prevenir las fugas se emplean principalmente medidas represivas, que, efectivamente, reducen el número de fugas, pero solo hasta cierto punto; la represión, aunque alcanzara una perfección ideal, no bastaría para eliminarlas. Hay un límite más allá del cual las medidas represivas dejan de ser efectivas. Como se sabe, un preso sigue corriendo aunque vea a un centinela apuntándole. Tampoco le disuaden de la fuga las tormentas ni el convencimiento de que se ahogará. Si se traspasa ese límite, las medidas represivas se convierten en una de las causas de las fugas. Así, por ejemplo, la terrible sanción del delito de fuga, que consiste en el incremento de la pena inicial, aumenta el número de presos con penas prolongadas y condenas a cadena perpetua, lo que, a su vez, aumenta el número de las evasiones. Hablando en general, esas medidas represivas no tienen futuro en la lucha contra las fugas. Difieren profundamente de los ideales de nuestra legislación, que considera ante todo el castigo un medio de regeneración. Cuando un carcelero gasta día tras día todas sus energías y su ingenio en colocar al preso en unas

condiciones materiales tan difíciles que le hagan imposible la fuga, ya no estamos hablando de reformar al criminal, sino de transformarlo en una fiera y de convertir la cárcel en una jaula. Esas medidas tampoco son prácticas. En primer lugar, constituyen un yugo para los presos que no tienen culpa; además, la reclusión en una cárcel de régimen estricto, con cadenas, celdas, oscuros calabozos y carretillas, hace que una persona se vuelva incapaz de trabajar.

Las llamadas medidas humanitarias, así como todo tipo de mejoras en la vida del preso, aunque solo consistan en un trozo más de pan o la esperanza en un futuro mejor, hacen descender de forma significativa el número de fugas. Pondré un ejemplo: en 1885 se fugaron veinticinco colonos, mientras que en 1887, después de la buena cosecha de 1886, solo siete. Los colonos se evaden mucho menos que los presos, mientras entre los campesinos antiguos forzados casi no se producen fugas. El distrito de Kórsakov es el que presenta un menor número de fugas, porque las cosechas son mejores, los condenados a penas breves son proporcionalmente más numerosos, el clima es más suave y existen mayores facilidad para obtener los derechos de campesino que en Sajalín Septentrional; además, una vez cumplida la sentencia, no hay necesidad de volver a las minas para ganar un pedazo de pan. Cuanto mejor vive el preso, menor es el peligro de que se fugue; en ese sentido, medidas como la mejora de las condiciones de la cárcel, la construcción de iglesias, la creación de escuelas y hospitales, la entrega de alimentos a las familias de los presos, el pago de salarios, etc., permiten concebir grandes esperanzas.

Como ya he dicho, por cada fugitivo capturado y devuelto a la cárcel, los soldados, los guiliakos y, en general, quienes se ocupan de perseguirlos, reciben del Estado una recompensa de tres rublos por cabeza. No cabe duda de que esa cantidad, tentadora para una persona hambrienta, ayuda a la captura y aumenta la cantidad de fugitivos capturados «vivos o muertos», pero esa ayuda no compensa el daño moral que se causa a la población de la isla. Quien está obligado a capturar un fugitivo, ya sea un soldado o un colono desvalijado, lo atraparé sin necesidad de los tres rublos; quien lo hace por razones económicas, y no en cumplimiento de sus funciones o por necesidad, convierte la captura en una empresa miserable y los tres rublos una gratificación de lo más vil.

Según los datos que obran en mi poder, de los mil quinientos un fugados, mil diez fueron capturados o regresaron voluntariamente, cuarenta fueron hallados muertos o resultaron abatidos en la persecución, y cuatrocientas cincuenta y una personas desaparecieron. Así pues, a pesar de su condición de isla, Sajalín pierde un tercio de sus fugitivos. En el *Registro* del que tomé estas cifras, los que regresan por propia voluntad y los que son capturados figuran en el mismo apartado; lo mismo sucede con los muertos en la taiga y los abatidos en la persecución, de manera que es imposible saber cuántos son capturados por los perseguidores y cuántos caen bajo las balas de los soldados^[201].

XXIII

MORBILIDAD Y MORTALIDAD EN LOS EXILIADOS – ORGANIZACIÓN MÉDICA – EL HOSPITAL DE ALEKSÁNDROVSK

En 1889, el número de presos de ambos sexos declarados débiles o no aptos para el trabajo fue de seiscientos treinta y dos, es decir, el 10,6 % del total. Dicho en otras palabras, hay una persona débil o no apta para el trabajo por cada diez. Por otra parte, la población apta para el trabajo, tampoco da impresión de estar completamente sana. Entre los exiliados no es posible encontrar hombres bien nutridos, gruesos y rubicundos; hasta los colonos que no hacen nada están pálidos y demacrados. De los ciento treinta y un presos que estaban trabajando en la carretera de Taraika en el verano de 1889, treinta y siete estaban enfermos, mientras los demás se presentaron ante el comandante de la isla, que estaba realizando una inspección, «con un aspecto espantoso: harapientos, muchos de ellos sin camisa, acibillados por los mosquitos, arañados por el ramaje; pero ninguno se quejaba» (Ordenanza N.º 318, 1889).

En 1889, once mil trescientas nueve personas requirieron asistencia médica. En el informe del que he tomado los datos no se distingue entre hombres libres y exiliados, pero el autor observa que el contingente principal estaba compuesto por reclusos del penal. Teniendo en cuenta que a los soldados los tratan los médicos militares y que los funcionarios y sus familias reciben asistencia en sus propios domicilios, hay que pensar que esa cifra de once mil trescientas nueve personas se compone exclusivamente de exiliados y sus familias, principalmente de presos; así pues, cada exiliado y cada persona relacionada con ese medio requiere atención médica al menos una vez al año^[202].

Mi única fuente sobre las enfermedades de la población exiliada es el informe de 1889 que, desgraciadamente, se basa en los datos de los «Registros verídicos» de los hospitales, unos documentos tan negligentes que, para anotar las causas de muerte en los últimos diez años, tuve que recurrir a los registros parroquiales. Esos registros repiten casi siempre los dictámenes de médicos y enfermeros, y contienen muchas fantasías^[203], pero en conjunto se trata el mismo material que el de los «Registros verídicos», es decir, no es ni mejor ni peor. Evidentemente, ambas fuentes distan mucho de ser exactas; por todo ello, lo que encontrará el lector más abajo sobre las enfermedades y la mortalidad no pretende ser un cuadro, sino un modesto bosquejo.

Las enfermedades que figuran en el informe en los apartados de «Contagiosas» y «Epidémicas» han tenido hasta la fecha muy poca difusión. Así, en 1889 solo se registraron tres casos de sarampión y ni uno solo de escarlatina, difteria o crup. En

diez años, esas enfermedades, que afectan sobre todo a los niños, solo se mencionan cuarenta y cinco veces. En esa cifra se incluyen las «anginas» y las «inflamaciones de garganta» de carácter contagioso y epidémico, que causan numerosas muertes infantiles en poco tiempo. Las epidemias comienzan generalmente en septiembre u octubre, cuando en los barcos de la Flota Voluntaria llevan a la colonia niños enfermos; las epidemias suelen ser largas, pero poco virulentas. Así, en 1880, las «anginas» comenzaron en octubre en la parroquia de Kórsakov y terminaron en abril del año siguiente, pero solo causaron la muerte de diez niños. En 1888, la epidemia de difteria empezó en otoño en la parroquia de Ríkovskoie y se prolongó durante todo el invierno, luego se propagó a las parroquias de Aleksándrovsk y Dué, donde se extinguió en noviembre de 1889, es decir, duró un año entero, pero solo murieron veinte niños. La viruela solo aparece registrada una vez; en diez años solo ha causado la muerte de dieciocho personas; ha habido dos epidemias en el distrito de Aleksándrovsk, una en 1886, de diciembre a junio, y otra en 1889, en otoño. Aquellas terribles epidemias de viruela que antaño se propagaban por todas las islas de Japón y del mar de Ojotsk, incluyendo Kamchatka, y aniquilaban a veces a tribus enteras como la de los ainos, ya no suelen producirse, o al menos no hay noticias de ellas. Es frecuente encontrar rostros picados de viruela entre los guiliakos, pero la causa es la varicela (*varicella*), que probablemente subsiste en estado endémico entre los indígenas^[204].

En lo que respecta al tifus, se registraron veintitrés casos de fiebre tifoidea con una mortalidad del 30 %; hubo tres casos de fiebre recurrente y tres de tifus exantemático, pero ninguno fue mortal. En los registros de la parroquia aparecen cincuenta casos de muerte por tifus y fiebres, pero son casos aislados, diseminados en los libros de las cuatro parroquias en un periodo de diez años. No he encontrado en ningún artículo indicaciones de epidemias tifoideas, y es muy probable que no se hayan producido. Según el informe, solo se han observado casos de fiebre tifoidea en los distritos septentrionales; su causa se atribuye a la falta de agua potable, a la contaminación de los terrenos próximos a las cárceles y los cursos de agua, así como a las apreturas y hacinamientos. Personalmente, no tuve ocasión de ver ningún caso de fiebres tifoideas en Sajalín Septentrional, aunque visité todas las isbas y enfermerías. Algunos médicos me aseguraron que esa forma de tifus no existe en la isla, y me siento inclinado a creerlos. En lo que respecta a la fiebre recurrente y el tifus exantemático, todos los casos que ha habido hasta la fecha han venido de fuera, como la escarlatina y la difteria. Todo indica que, por ahora, las enfermedades infecciosas han encontrado en la isla un terreno poco favorable para su desarrollo.

Aparecen diecisiete casos de «fiebres de origen desconocido». En el informe, esa clase de enfermedad se describe de la siguiente manera: «Su aparición es más frecuente en los meses invernales, manifestándose como una fiebre intermitente, a veces con aparición de roseola^[205] y daños generalizados en el sistema nervioso central; al cabo de un breve periodo de tiempo, entre cinco y siete días, la fiebre

remite y se produce una rápida recuperación». Esa forma de tifus está muy extendida en la isla, sobre todo en los distritos septentrionales, pero en el informe no aparece ni una centésima parte de los casos, pues la gente que contrae esa enfermedad generalmente no recibe tratamiento; la pasan de pie o en la cama, en su propia casa. Durante mi breve estancia en la isla llegué al convencimiento de que en la etiología de esa enfermedad el resfriado desempeña un papel fundamental; la contraen quienes trabajan en la taiga con tiempo frío y húmedo, y pasan la noche a la intemperie. En los trabajos de construcción de carreteras y en las colonias nuevas es donde aparece con mayor frecuencia esa enfermedad, una verdadera *febris sachalinensis*.

En 1889 veintisiete personas enfermaron de neumonía viral; la tercera parte de los casos fueron mortales. Esa enfermedad parece igual de peligrosa para los presos que para la población libre. En los registros parroquiales se registran ciento veinticinco muertes por esa enfermedad en un periodo de diez años; el 28 % tuvieron lugar en mayo y junio, época en que el tiempo es desapacible y variable, y comienzan los trabajos fuera de la cárcel; el 46 % en diciembre, enero, febrero y marzo, es decir, en invierno^[206]. Se piensa que las principales causas de la neumonía viral son los severos fríos invernales, los cambios bruscos de temperatura y la realización de un trabajo especialmente duro con mal tiempo. En el informe del 24 de marzo de 1888, del que poseo copia, el señor Perlin, médico de la enfermería del distrito, escribe entre otras cosas: «Siempre me ha horrorizado el alto índice de inflamaciones pulmonares agudas entre los presos». Y estas son, según el doctor Perlin, las causas: «El transporte durante ocho verstas de troncos de seis a ocho *vershoks* de diámetro y cuatro *sazhens* de largo, efectuado por tres trabajadores, con un peso aproximado para cada tronco de veinticinco a treinta y cinco *puds*; también hay que tener en cuenta los caminos nevados, la ropa empapada, la aceleración de la actividad respiratoria y circulatoria», etc.^[207]

Solo se registraron cinco casos de disentería o diarrea sanguinolenta. Probablemente hubo una epidemia en Dué en 1880 y en Aleksándrovsk en 1887, pero los libros parroquiales solo muestran ocho muertes por esa enfermedad en un periodo de diez años. En artículos e informes antiguos se menciona a menudo la disentería, que antaño era tan frecuente en la isla como el escorbuto. Afectaba a los exiliados, a los soldados y a los nativos, y se señalaba como causa la mala alimentación y las difíciles condiciones de vida^[208].

Aún no se ha producido ni un solo caso de cólera asiático en Sajalín. Yo mismo observé casos de erisipe y gangrena en el hospital, y me siento inclinado a pensar que esas dos enfermedades se manifiestan de manera permanente en las enfermerías locales. No se produjeron casos de tos ferina en 1889. Se registraron cuatrocientos ochenta y dos casos de fiebre intermitente, más de la mitad de ellos en el distrito de Aleksándrovsk. En el informe se apuntan como causas el calor que reina en las casas, cuyo aire nunca se renueva; la contaminación del suelo cerca de las viviendas, el trabajo en terrenos que se inundan periódicamente y el establecimiento de colonias en

zonas de ese tipo. Esas condiciones insalubres son un hecho, pero en cualquier caso la isla no da la impresión de ser un lugar afectado por la malaria. Cuando visité las isbas no encontré casos de malaria y no recuerdo una sola aldea donde se quejaron de esa enfermedad. Es muy posible que muchos de los enfermos registrados padecieran fiebres en su tierra natal y llegaran ya a la isla con el bazo hipertrofiado.

En los registros parroquiales solo se menciona un caso de muerte por carbunco siberiano. Aún no se han observado casos de muermo ni de hidrofobia.

Las enfermedades del aparato respiratorio causan un tercio de las muertes; la tuberculosis, en particular, es responsable del 15 %. Los registros parroquiales solo contienen datos referentes a los cristianos, pero, si añadimos el número de musulmanes que mueren por esa enfermedad, el porcentaje resulta considerable. En cualquier caso, los adultos son muy propensos a esa enfermedad, la más frecuente y peligrosa de la isla. El mayor número de muertes se produce en diciembre, mes extremadamente frío, y en marzo y abril. La mortalidad más baja se registra en septiembre y octubre. Así es como se distribuyen las muertes por tuberculosis según los grupos de edad:

De 0 a 20 años...	3 %
De 20 a 25 años...	6 %
De 25 a 35 años...	43 %
De 35 a 45 años...	27 %
De 45 a 55 años...	12 %
De 55 a 65 años...	6 %
De 65 a 75 años...	2 %

En suma, las personas con edades comprendidas entre veinticinco y cuarenta y cinco años, es decir, trabajadores en la flor de la vida, son las que mayor riesgo tienen de morir de tuberculosis^[209]. La mayoría de las muertes por tuberculosis se produce entre los presos (66 %). Esas dos circunstancias preponderantes, la muerte de personas en edad de trabajar y la especial incidencia de la enfermedad en la población reclusa, nos permite concluir que la significativa mortalidad causada por la tuberculosis en la colonia se debe principalmente a las desfavorables condiciones de vida en las celdas comunes de las cárceles y a la sobrehumana dureza de los trabajos forzados, que exigen del trabajador más de lo que la alimentación de la cárcel le proporciona. El severo clima, las privaciones que tiene que soportar durante el trabajo, los intentos de fuga, la reclusión en celdas de aislamiento, la dureza de la vida en las celdas comunes, la falta de grasas en la alimentación, la nostalgia de la patria: esas son las causas principales de la tuberculosis en Sajalín.

En 1889 se registraron doscientos cuarenta y seis casos de sífilis, con cinco muertes. Siempre se trata, como se dice en el informe, de viejos sifilíticos en fases secundaria y terciaria. Los que tuve ocasión de ver producían una penosa impresión;

esos casos, desatendidos, antiguos, mostraban una total ausencia de inspección sanitaria que, teniendo en cuenta la baja densidad de la población, podría haber tenido efectos muy beneficiosos. Así, en Ríkovskoie vi a un judío con sífilis pulmonar; hacía mucho que no se trataba y se iba consumiendo poco a poco, mientras su familia esperaba su muerte con impaciencia. ¡Y todo eso a media versta de del hospital! Los registros parroquiales solo mencionan trece casos de muerte por sífilis^[210].

En 1889 se registraron doscientos setenta y un casos de escorbuto, seis mortales. En los registros parroquiales aparecen diecinueve casos de muerte por escorbuto. Hace veinte o veinticinco años esa enfermedad era mucho más frecuente en la isla que en los últimos diez, y causaba numerosas víctimas entre los soldados y presos. Algunos corresponsales antiguos, que defendían la creación de la colonia penitenciaria, desmentían rotundamente la existencia del escorbuto, al tiempo que alababan la cebolla silvestre como un remedio excelente y escribían que la población almacenaba centenares de *puds* para el invierno. El escorbuto, que causaba estragos en la costa de Tartaria, no podía padecerse de Sajalín, donde las condiciones de vida en los puestos no eran mejores. En la actualidad lo más frecuente es que esa enfermedad la traigan consigo los presos en los barcos de la Flota Voluntaria, como certifica el informe de los servicios médicos. El jefe del distrito y el médico de la cárcel de Aleksándrovsk me dijeron que el 2 de mayo de 1890 llegaron quinientos presos en el *Petersburgo* y no menos de cien padecían escorbuto. Cincuenta y uno fueron instalados en la enfermería y en el departamento de policía. Uno de esos enfermos, un ucraniano de Poltava al que encontré todavía en la enfermería, me dijo que contrajo el escorbuto en la prisión central de Járkov^[211].

Entre las enfermedades causadas por la malnutrición, además del escorbuto, mencionaré el marasmo, que en Sajalín no solo es motivo de muerte de gente mayor, sino que también afecta a personas en edad de trabajar. Un enfermo murió a los veintisiete años, otro a los treinta, y otros a los treinta y cinco, cuarenta y tres, cuarenta y seis, cuarenta y siete y cuarenta y ocho. Es poco probable que se trate de un desliz de un enfermero o un sacerdote, ya que la mención de «marasmo senil» como causa de muerte en personas aún jóvenes, de menos de sesenta años, aparece cuarenta y cinco veces en los registros parroquiales. La esperanza de vida del exiliado aún es desconocida, pero, a juzgar por las apariencias, los habitantes de Sajalín envejecen y se marchitan pronto; la mayoría de los presos y colonos de cuarenta años parecen viejos.

No es frecuente que los exiliados requieran asistencia médica por trastornos nerviosos. Así, en 1889, solo se registraron dieciséis casos de neuralgia y convulsiones^[212]. Evidentemente solo aquellos enfermos que son llevados al hospital o llegan por su propio pie reciben cuidados médicos. Solo se han producido veinticuatro casos de encefalitis, apoplejía y parálisis, diez de ellos mortales; se han registrado treinta y un casos de epilepsia y veinticinco de desórdenes mentales. Como ya he dicho antes, en Sajalín no hay un local independiente donde sean tratadas las

enfermedades psíquicas. Durante mi visita a la aldea de Kórsakov, uno de esos enfermos había sido alojado con los sifilíticos; según me dijeron, en un caso similar, otro enfermo había contraído la sífilis. Otros viven en libertad y trabajan en las mismas condiciones que las personas sanas. Tienen cohabitantes, se fugan, son juzgados. Yo mismo me encontré con varios locos en las aldeas y los puestos. Recuerdo que en Dué un antiguo soldado no hacía más que hablar de océanos de aire y de cielo, de su hija Nadezhda, del Sha de Persia y de que había asesinado al sacristán de la iglesia de Krestobozdvizhensk. Durante mi estancia en Vladímirovka, un tal Vetriakov, que acababa de cumplir cinco años de trabajos forzados, se acercó al inspector de la colonia, el señor Y., con una expresión estúpida e idiota, y le tendió la mano de forma amistosa. «¿Por qué me saludas?», le preguntó asombrado el señor Y. Resultó que Vetriakov venía de solicitar un hacha de carpintero. «Me construiré una choza y después una isba», dijo. Hace tiempo que se le considera un demente, un paranoico, y el médico lo mantiene en observación. Le pregunté cómo se llamaba su padre. Respondió: «No lo sé». A pesar de todo, le dieron el hacha.

No voy a referirme a los casos de alienación mental ni al periodo inicial de la parálisis progresiva, que exigen un diagnóstico más o menos sutil. Todas esas personas trabajan y se las reputa sanas. Algunas llegan ya enfermas o traen con ellas el germen de la enfermedad; así, en los registros parroquiales, se menciona la muerte por parálisis progresiva del recluso Gorodov. Había sido acusado de asesinato con premeditación, que tal vez cometió estando ya enfermo. Otros caen enfermos en la isla, donde todos los días y todas las horas surgen motivos suficientes para que una persona débil, con los nervios destrozados, pierda la razón^[213].

En 1889 se registraron mil setecientos casos de enfermedades gastrointestinales, trescientos treinta y ocho de los cuales fueron mortales, con un 66 % de niños. Los meses más peligrosos para la niños son julio y, especialmente, agosto, durante los cuales se produce la tercera parte de las muertes infantiles. También se producen más muertes de adultos con trastornos gastrointestinales en el mes de agosto, probablemente porque es la época del pescado migratorio, del que comen hasta hartarse. La gastritis es una enfermedad corriente. Los nativos del Cáucaso se quejan siempre de que les duele «el corazón» y suelen tener vómitos después de comer pan de centeno y la sopa de la cárcel.

En 1889 no se registraron muchos casos de enfermedades femeninas, en total ciento cinco. Sin embargo, apenas hay mujeres sanas en la colonia. En el acta de una comisión que se ocupaba de la alimentación de los reclusos, en la cual tomó parte el director del departamento médico, se dice entre otras cosas: «Cerca del 70 % de las mujeres padecen enfermedades femeninas crónicas». Se han dado casos de convoyes en los que no había ni una sola presa sana.

La enfermedad ocular más frecuente es la conjuntivitis. Entre los indígenas persiste como una forma epidémica^[214]. No puedo decir nada de enfermedades oculares más serias, ya que en el informe todas las enfermedades oculares, con un

total de doscientos once casos, se incluyen en un mismo apartado. En las isbas vi personas ciegas, tuertas y con cataratas. También vi niños ciegos.

En 1889, mil doscientas diecisiete personas requirieron asistencia médica por traumatismos diversos: luxaciones, fracturas, contusiones y heridas de todo tipo. Esas lesiones se producen el trabajo, en toda clase de situaciones desgraciadas, durante una fuga (heridas por arma de fuego), con ocasión de una pelea. En este grupo se incluye a cuatro presas que fueron conducidas al hospital porque habían sido golpeadas por su cohabitante^[215]. Se registraron doscientos nueve casos de «congelación».

En diez años se han producido ciento setenta casos de muerte por causas no naturales entre la población ortodoxa, incluyendo veinte condenados a la horca y dos hombres ahorcados por personas desconocidas. Hubo veintisiete suicidios: en Sajalín Septentrional tienden a dispararse (un centinela se disparó mientras estaba de guardia), mientras en Sajalín Meridional se recurre al acónito. Muchos se ahogaron, murieron de frío o fueron aplastados por troncos; un hombre fue desgarrado por un oso. Junto a causas tales como paro cardíaco, infarto, apoplejía, parálisis total, etc., en los registros parroquiales aparecen diecisiete casos de «muerte súbita»; más de la mitad de esos fallecidos tenían edades comprendidas entre los veintidós y los cuarenta años, y solo uno había superado los cincuenta.

Eso es todo lo que puede comentarse de la morbilidad en la colonia penitenciaria. A pesar de que las enfermedades infecciosas están poco extendidas, no puede decirse que no sean importantes, como muestran las cifras que acabo de citar. En 1889, once mil trescientos nueve enfermos solicitaron asistencia médica, pero como en verano la mayoría de los presos vive y trabaja lejos de la cárcel —y solo se asignan enfermeros a las grandes partidas de presos— y la mayoría de los colonos no pueden trasladarse al hospital, debido a la distancia y el mal tiempo, esa cifra se refiere principalmente a la parte de la población que vive en los puestos, cerca de los puntos de asistencia.

Según los datos del informe, en 1889 murieron ciento noventa y cuatro personas, es decir, 12,5 por cada mil. Ese índice de mortalidad puede resultar engañoso y dar la impresión de que Sajalín es el lugar más saludable del mundo, pero hay que tener en cuenta la siguiente consideración: en condiciones normales los niños constituyen más de la mitad de los fallecimientos y los ancianos algo menos de la cuarta parte; en Sajalín hay muy pocos niños y apenas ancianos, de manera que ese coeficiente del 12,5 por mil se refiere, en realidad, a personas en edad de trabajar. Además, ese coeficiente es inferior al real, ya que, para establecer el cálculo, el informe se basa en una población de quince mil personas, es decir, casi un 50 % más de la real.

En la actualidad hay en Sajalín tres puntos de asistencia médica, uno por cada distrito: Aleksándrovsk, Ríkovskoie y Kórsakov. A los hospitales se les sigue dando el viejo nombre de «enfermerías de distrito», y a las isbas y locales donde se interna a los enfermos con dolencias menos graves se las conoce como «pabellones». Cada distrito tiene asignado un médico, y el conjunto de las instalaciones depende del director del departamento de salud, también él doctor en medicina. Los

destacamentos militares tienen sus propios médicos y enfermerías, y no es raro que los médicos militares sustituyan temporalmente a los de las cárceles; así, durante mi estancia en la isla, la ausencia del director del departamento de salud, que se había marchado a la exposición de las cárceles, y de un médico que acababa de jubilarse, obligó a un médico militar a asumir la dirección del hospital penitenciario de Aleksándrovsk. Cuando estuve en Dué vi asistir a una ejecución a un médico militar en lugar del médico de la cárcel. Los hospitales penitenciarios se rigen por el *Reglamento de los hospitales civiles* y se mantienen con fondos del penal.

Paso a ocuparme del hospital de Aleksándrovsk. Se compone de varios edificios de tipo barracón^[216], con capacidad para ciento ochenta camas. Cuando me acercaba, los pesados troncos de los barracones nuevos destellaban al sol y despedían un agradable olor a conífera. En la farmacia todo es nuevo y brillante; incluso hay un busto de Botkin, esculpido por un preso a partir de una fotografía. «No se parece mucho», dice el enfermero, mirando el busto. Como es normal, había enormes cajas con cortezas y raíces medicinales, más de la mitad de las cuales había quedado fuera de uso. Me dirijo a las salas de los enfermos. Allí, entre dos filas de camas, el suelo está cubierto de ramas de abeto. Las camas son de madera. Una de ellas está ocupada por un preso de Dué, con un corte en el cuello; la herida, de medio *vershok*, está seca, abierta, se oye el silbido del aire. Ese enfermo se había quejado de dolor en un costado, después de que le cayera encima un tronco; pidió que lo admitieran en el «pabellón», pero el enfermero se había negado; entonces, incapaz de soportar esa injusticia, había intentado suicidarse, cortándose el cuello. No tiene ni una sola venda en la herida, que no recibe cuidado alguno. A la derecha de ese enfermo, a una distancia de tres o cuatro *arshines*, hay un chino con gangrena y a la izquierda un recluso con erisipe. En una esquina, otro caso de erisipe... Los enfermos que han sido sometidos a operaciones quirúrgicas tienen los vendajes sucios; el cable ortopédico tiene un aspecto sospechoso, como si alguien hubiera caminado por él. Los enfermeros y los asistentes son poco disciplinados, no entienden mis preguntas y me causan una desagradable impresión. Solo el preso Sozin, que era enfermero antes de ser arrestado, parece conocer los métodos rusos y, de toda esa muchedumbre, es el único que desempeña sus funciones sin ofender a Esculapio.

Después visité a los enfermos del ambulatorio. La sala de recepción, situada al lado de la farmacia, es nueva; huele a madera fresca y a barniz. La mesa a la que está sentado el médico está separada del resto de la habitación por un mostrador de madera, como en una oficina bancaria, para que durante la consulta el paciente no se acerque demasiado; en la mayoría de los casos, el médico lo examina a distancia. Sentado a la mesa, junto al médico, hay un enfermero que guarda un completo silencio y juega con un lápiz, como si estuviera asistiendo a un examen. En la sala de recepción, junto a la puerta de entrada, hay un vigilante con una pistola; algunos hombres y mujeres van y vienen por la habitación. Esa extraña situación confunde a los pacientes; no creo que ningún sifilítico ni ninguna mujer se decida a hablar de su

enfermedad en presencia de ese vigilante y de varios mujiks. Hay pocos pacientes. Por lo general se trata de casos de *febris sachalinensis* o de eccemas, o de personas a las que «les duele el corazón» o de simuladores. Los presos piden con insistencia que se les exima del trabajo.

De pronto traen a un muchacho con un absceso en el cuello. Hay que hacer una incisión. Pido un bisturí. El enfermero y dos hombres salen a toda prisa y se dirigen corriendo a algún sitio. Al poco rato vuelven con un bisturí, pero el instrumento no tiene filo; me dicen que no puede ser, ya que el cerrajero lo afiló hace poco. De nuevo el enfermero y los dos hombres salen corriendo y al cabo de dos o tres minutos traen otro bisturí. Empiezo a cortar, pero tampoco está afilado. Pido una solución de ácido fénico; me la dan, pero no al momento; es evidente que ese producto se usa poco. No hay palanganas, ni bolitas de algodón, ni sondas, ni tijeras en buen estado, ni siquiera agua en cantidad suficiente.

Ese ambulatorio tiene una media diaria de once pacientes. La media anual (en el transcurso de cinco años) es de dos mil quinientos ochenta y uno. En el hospital la media diaria de enfermos es de ciento treinta y ocho. La enfermería dispone de un médico principal^[217], un médico adjunto, dos enfermeros, una comadrona (una para dos distritos) y —lo más escandaloso— de sesenta y ocho empleados: cuarenta y ocho hombres y veinte mujeres. El presupuesto de la enfermería en 1889 fue de veintisiete mil ochocientos treinta y dos rublos y noventa y seis kopeks^[218].

Según el informe, a lo largo de 1889 se practicaron veintiún análisis forenses y autopsias en los tres distritos, se atendieron siete casos de heridas y cincuenta y ocho embarazos, y se examinó a sesenta y siete personas para determinar su capacidad para soportar los castigos corporales prescritos por los tribunales.

Transcribo del mismo informe las cifras relativas al inventario de los hospitales. En los tres hospitales había: un juego de instrumentos ginecológicos, un juego de laringoscopios, dos termómetros de máxima, ambos rotos; nueve termómetros «para la temperatura corporal», dos de ellos rotos; un termómetro «para las temperaturas altas», un catéter, tres jeringas de Pravaz, una de ellas con la aguja rota; veintinueve recipientes de estaño, nueve tijeras, dos de ellas rotas; treinta y cuatro tubos de enemas; un tubo de drenaje; un mortero grande con su mano (agrietada); un afilón de barbero; catorce ventosas.

La *Relación de entradas y salidas de medicamentos en los hospitales civiles de la isla de Sajalín* informa de que, en el año del que se ocupa el informe, se gastaron en los tres distritos treinta y seis *puds* y medio de ácido clorhídrico, veintiséis *puds* de cloruro de calcio, dieciocho libras y media de ácido fénico, cincuenta y seis libras de *Aluminum crudum*, más de un *pud* de alcanfor, un *pud* y nueve libras de manzanillas, un *pud* y ocho libras de quinina, cinco libras y media de guindilla (en el *Informe* no se indica la cantidad empleada de alcohol), un *pud* de corteza de roble, un *pud* y medio de menta, medio *pud* de árnica, tres *puds* de corteza de malvavisco, tres *puds* y medio de trementina, tres *puds* de aceite de oliva, un *pud* y diez libras de aceite de

quemar y medio *pud* de yodoformo... En total, sin incluir la cal, el ácido clorhídrico, el alcohol, los productos de desinfección y las vendas, sesenta y tres *puds* y medio de medicamentos. Así pues, la población de Sajalín puede jactarse de haber consumido una cantidad enorme en 1889.

Me gustaría citar dos artículos de la ley relacionados con la salud de los exiliados:

1. Se prohíben los trabajos perjudiciales para la salud de los presos, aunque ellos mismos los hayan solicitado (Disposición del Consejo de Ministros del 6 de enero de 1886, p. 11, aprobada por Su Majestad).

2. Las mujeres embarazadas están exentas del trabajo durante la gestación y los cuarenta días posteriores al alumbramiento. Una vez pasado ese plazo, se aligerará el trabajo de las mujeres que den el pecho a sus hijos para no perjudicar a la madre ni al lactante. Las presas podrán amamantar a sus hijos durante un plazo de seis meses (Artículo 297 del *Reglamento de la deportación*, edición de 1890).



ANTÓN PÁVLOVICH CHÉJOV nació en Taganrog, a orillas del mar de Azov, en el sur de Rusia, en 1860. Hijo de un modesto comerciante, antiguo siervo que había conseguido comprar su libertad, así como la de su mujer y sus hijos, hizo sus primeros estudios en su ciudad natal. En 1879 ingresó en la Facultad de Medicina de la Universidad de Moscú. Desde el primer curso empezó a publicar «cuadros humorísticos» en revistas, con los que conseguía mantener a toda su familia (su padre, endeudado, su madre y sus hermanos habían tenido que trasladarse con él a Moscú), y pocos años después ya era un escritor profesional reconocido. 1888 fue un año clave en su carrera: publicó su novela corta *La estepa*, escribió su primera obra teatral, *Ivánov*, y recibió el premio Pushkin. En 1890 viajó a la isla de Sajalín, «con la intención de escribir un libro sobre nuestra colonia penal», que aparecería al año siguiente con el título de *La isla de Sajalín*. En 1896 estrenó *La gaviota*, su primer gran éxito en la escena, al que siguieron *El tío Vania* (1899), *Tres hermanas* (1901) y *El jardín de los cerezos* (1904). Maestro del relato corto, algunas de sus obras más importantes se encuentran en ese género, en el que ha ejercido una influencia que aún hoy sigue vigente. Chéjov murió en Badenweiller en 1904.

Notas

[1] En el *Baikal* y en los barcos del Amur los presos comparten la cubierta con los pasajeros de tercera clase. Una mañana, al amanecer, subí al castillo de proa para estirar las piernas y vi cómo los soldados, las mujeres, los niños, dos chinos y los condenados con grilletes dormían profundamente, apretados unos contra otros. Hacía frío y estaban cubiertos de rocío. De pie en medio de esa masa de cuerpos humanos, apoyados con ambas manos en el fusil, los miembros de la escolta también dormían.

<<

[2] La Pérouse escribe que llamaban a su isla Choko, pero que probablemente los guiliakos daban ese nombre a otra cosa que no logró entender. En el mapa de nuestro compatriota Krasheninnikov (1752) aparece un río llamado Chuja en la costa occidental de Sajalín. ¿No tendría ese río Chuja alguna relación con Choko? A ese respecto, La Pérouse dice que el guiliako que dibujó una isla y la llamó Choko, trazó también un río. En el idioma local *choko* significa «nosotros». <<

[3] Aquí, entre paréntesis, se puede citar una observación de Nevelskói: los indígenas suelen trazar una línea entre las orillas para indicar que de una a otra se puede pasar en barca, es decir, que entre ambas hay un estrecho. <<

[4] Que tres exploradores serios, como si se hubieran puesto de acuerdo, cometieran el mismo error, habla por sí mismo. Si no encontraron la desembocadura del Amur, fue porque disponían de medios para la exploración muy precarios, pero como eran hombres de talento, albergaron sospechas y casi adivinaron la verdad, que debieron sopesar. En la actualidad se ha demostrado que el istmo y la península de Sajalín no son mitos y que existieron en el pasado. Para una historia detallada de la exploración de Sajalín, véase el libro de A. N. Nikolski *La isla de Sajalín y su fauna de vertebrados*, que incluye también una exhaustiva bibliografía sobre la isla. <<

[5] Pueden consultarse los detalles en el libro de Nevelskói *Hazañas de los oficiales de marina rusos en el Extremo Oriente del país (1849-1855)*. <<

[6] Para reunirse con su marido Yekaterina Ivánovna Nevelskaia recorrió a caballo mil cien verstas en veintitrés días, enferma, atravesando ciénagas pantanosas, la taiga salvaje y montañosa y los glaciares de la ruta de Ojotsk. El más brillante de los compañeros de Nevelskói, N. K. Boshniak, que había descubierto Puerto Imperial cuando solo contaba veinte años, «un soñador y un niño», según lo define uno de sus colegas, escribe en sus notas: «Hicimos juntos la travesía hasta Ayan a bordo del *Baikal*, y allí pasamos al vetusto buque *Shelejov*. Cuando la embarcación empezó a zozobrar, nadie pudo convencer a la señora Nevelskaia para que fuera la primera en ser conducida a tierra. “El capitán y los oficiales son los últimos en abandonar el barco —dijo ella—. No saldré de aquí hasta que no haya ni una mujer ni un niño a bordo”. Y así fue. Entre tanto, el navío se había puesto de costado...». Más adelante Boshniak dice que, aunque coincidió muchas veces con la señora Nevelskaia, ni él ni sus compañeros escucharon nunca una queja ni un reproche de sus labios; al contrario, «irradiaba el sentimiento sereno y orgulloso de haber recibido de la Providencia un destino amargo, pero noble. Por lo general pasaba el invierno sola, ya que los hombres estaban fuera desempeñando diversas misiones; en sus habitaciones la temperatura no superaba los cinco grados. Cuando en 1852 los navíos cargados de provisiones, procedentes de Kamchatka, no tocaron puerto, todos se encontraron en una situación desesperada. Los niños de pecho carecían de leche, los enfermos de alimentos frescos; varias personas murieron de escorbuto. La señora Nevelskaia puso su vaca a disposición de todos, y lo mismo hizo con los alimentos frescos de que disponía. Su comportamiento con los nativos era tan sencillo y atento que hasta los rudos salvajes se daban cuenta. Y solo tenía diecinueve años» (Teniente Boshniak, «Expedición a la región del Amur», en *Colección Naval*, II, 1859). También Nevelskói evoca en sus notas la delicada actitud de su mujer con los guiliakos: «Yekaterina Ivánovna —escribe— hacía que los guiliakos se sentaran en círculo, alrededor de un gran tazón de gachas o de té, en la única habitación de la disponíamos, que hacía las veces de recibidor, salón y comedor. Los nativos, encantados con el trato, a menudo le daban palmadas en el hombro o la enviaban a buscar *tamchi* [tabaco] o té». <<

[7] *Nouvel Atlas de la Chine, de la Tartaire, chinoise et de Thibet*, 1737. <<

[8] En 1808 el agrimensor japonés Mamia Rinzo navegó a la largo de la costa occidental, llegó a la costa de Tartaria, junto a la desembocadura del Amur, y efectuó varias veces la travesía de la isla al continente. Fue el primero en demostrar el carácter insular de Sajalín. El naturalista ruso F. Schmidt se refería a su mapa con grandes elogios, considerándolo «de una rara excelencia, pues resulta evidente que se basa en anotaciones personales del autor». <<

[9] Sobre la importancia presente y futura de esa bahía, véase K. Skalkovski *El comercio ruso en el océano Pacífico*, p. 75. <<

[10] He aquí una muestra de denuncia telegráfica: «Conciencia y artículo setecientos doce tomo tres me obligan a rogar a su excelencia defienda justicia contra impunidad de N. responsable extorsión fraude tortura». <<

[11] Esperanzas incluso irrealizables. A un colono, hablando de que los campesinos antiguos forzados ya tenían derecho a trasladarse al continente, le dijo: «Y más tarde podrá regresar a su tierra natal, en Rusia». <<

[12] Esa cifra constituye una parte del apellido. En realidad, tiene cuarenta y ocho años. <<

[13] Avgústínovich: «Algunas anotaciones sobre Sajalín», extractos del *Diario de ruta*, en *El Contemporáneo*, 1880, N.º 1. También escribió un artículo, «Mi estancia en la isla de Sajalín», en *El Mensajero del Gobierno*, 1879, N.º 276. <<

[14] Si, por ejemplo, un funcionario se llama Iván Petróvich Kuznetsov, una calle recibe el nombre de Kuznetsóvakaia, otra Ivánovskaia y una tercera Ivánovo-Petróvskaia. <<

[15] La mejor descripción de las cárceles rusas se encuentra en N. V. Muraviov, «Nuestras cárceles y la cuestión carcelaria» (*El Mensajero Ruso*, 1878, vol. IV). Sobre las cárceles siberianas, que ha servido de prototipo a las de Sajalín, véase el estudio de S. M. Maksímov *Siberia y el penal*. <<

[16] *Maidan*, de una palabra persa que significa plaza pública o mercado. [N. del t.].

<<

[17] Un paquete de nueve o diez cigarrillos cuesta un kopek. Un bollo de pan blanco, dos kopeks. Una botella de leche, de ocho a diez. Un azucarillo, dos kopeks. La venta se realiza al contado, a crédito o por trueque. El *maidan* también vende vodka, naipes, cabos de vela para jugar a las cartas por la noche, en secreto. Los naipes también se alquilan. <<

[18] *Reglamento laboral de los trabajos de construcción, aprobado por Su Majestad el 17 de abril de 1869, Petersburgo, 1887.* Según ese reglamento, para la asignación de los distintos tipos de trabajo hay que tener en cuenta la condición física del trabajador y su experiencia profesional. El reglamento también determina los horarios de trabajo en función de la estación y de la zona geográfica. La situación de Sajalín equivale a la de la región central de Rusia, con un máximo de doce horas y media en mayo, junio y julio, y un mínimo de siete en diciembre y enero. <<

[19] En su informe, Vlášov escribe: «Las extrañas relaciones que se establecen entre un oficial, una presa que se convierte en su amante y el soldado que trabaja como cochero no dejan de suscitar asombro y pesar». Se dice que ese mal se permite únicamente por la imposibilidad de conseguir criados entre las personas de condición libre, pero no es verdad. En primer lugar, es posible limitar el número de criados, ya que los oficiales podrían arreglarse con un solo ordenanza. En segundo lugar, los funcionarios de Sajalín reciben un buen sueldo y podrían emplear criados entre los colonos, los campesinos antiguos forzados y las mujeres de condición libre, que en la mayoría de los casos están necesitados de dinero y no rechazarían esa posibilidad. Probablemente la administración también ha barajado esa posibilidad, pues existe una disposición que autoriza a una presa a «subvenir a sus necesidades entrando al servicio de los oficiales», dada su incapacidad para trabajar la tierra (Ordenanza N.º 44, 1899). <<

[20] El molino y la serrería se encuentran en el mismo edificio y están unidos a dos maquinarias por medio de correas de transmisión. El molino dispone de cuatro pares de mulas que muelen mil quinientos *puds* de grano al día. En la serrería hay una vieja maquinaria traída en tiempos del príncipe Shajovski; se alimenta con serrín. En la herrería se trabaja día y noche, en razón de dos turnos que trabajan en seis yunques. El taller emplea a un total de ciento cinco personas. Los presos de Aleksándrovsk también trabajan en la extracción de carbón, pero es difícil que esa actividad tenga éxito, pues el carbón de las minas locales es bastante peor que el de Dué, parece más sucio y está mezclado con pizarra. No sale más barato, porque en la mina trabaja una plantilla permanente de trabajadores bajo la supervisión de un ingeniero de minas. La existencia de las minas locales no es necesaria, ya que Dué no está lejos y se puede recibir de allí en cualquier momento un carbón de excelente calidad. Sin embargo, se mantienen abiertas con el loable fin de proporcionar en el futuro un sueldo a los colonos. <<

[21] Un cubo equivalía a unos doce litros y, por tanto, un cuarto, a tres litros. *[N. del t.]*. <<

[22] Se refiere al naufragio del *Kostroma* en la costa occidental de Sajalín en 1887. <<

[23] El vapor *Vladivostok*, de la Flota Voluntaria. <<

[24] Chino de Magza. <<

[25] Hasta la fecha las dos personas que más han hecho por la colonia penitenciaria, demostrando un extraordinario sentido de la responsabilidad, son M. S. Mitsul y M. N. Galkin-Vraski. En honor del primero se ha concedido su nombre a una pequeña colonia, pobre y precaria, de diez casas; y en honor del segundo a una que ya tenía la antigua y aceptada denominación de Siantsi, por lo que solo en los documentos, y ni siquiera en todos, se habla de Gálkino-Vráskoie. En cambio, se ha otorgado el nombre de M. S. Kórsakov a una colonia y a un puesto de gran tamaño, no por sus propios merecimientos o sacrificios, sino porque era gobernador general y podía inspirar temor. <<

[26] La temperatura media anual oscila entre +1,2 y —1,2; el número de días con precipitaciones entre 102 y 209; en 1881 solo hubo treinta y cinco días despejados, sin viento; en 1885, tres veces más: 112. <<

[27] P. Griáznov, *Ensayo de estudio comparativo de las condiciones higiénicas de la vida campesina y la topografía médica del distrito de Cherepovets*, 1880. He pasado los grados Réamur utilizados por Griáznov a grados centígrados. <<

[28] Cuando Potiomkin llegó a Sajalín, ya era un hombre rico. El doctor Avgustínovich, que lo vio tres años después, escribe que «la mejor de todas las casas es la del exiliado Potiomkin». No creo que la agricultura tenga nada que ver con el hecho de que Potiomkin, en un periodo de tres años, fuera capaz de construirse una hermosa casa, adquirir caballos y casar a su hija con un funcionario de Sajalín. <<

[29] A la mayoría de los autores no les gusta el paisaje local, probablemente porque llegaban a Sajalín con el recuerdo aún fresco de la naturaleza de Ceilán, Japón o la región del Amur, y porque iniciaban su visita a Sajalín por Aleksándrovsk y Dué, donde realmente la naturaleza es muy pobre. El tiempo también tiene parte de culpa en esa impresión. Por muy hermoso y original que sea el paisaje de Sajalín, es difícil apreciarlo en su justo valor si durante semanas enteras está oculto por la niebla o llueve de forma ininterrumpida. <<

[30] Colonia llamada así en honor de A. M. Butakov, jefe del distrito de Timovo. <<

[31] Hace cinco años, un personaje importante, hablando de agricultura con los colonos y dándoles consejos, dijo entre otras cosas: «Tened en cuenta que en Finlandia se siembran cereales en las laderas de las montañas». Pero Sajalín no es Finlandia. El clima y, sobre todo, las condiciones del suelo, excluye cualquier tipo de agricultura en las montañas locales. El inspector de agricultura aconseja en su informe la cría de ovejas, que podrían «aprovechar los pobres pero numerosos pastos que cubren las laderas de las montañas y que no sirven para alimentar al ganado bovino». Pero ese consejo carece de valor práctico, ya que las ovejas solo podrían «aprovechar» el pasto en el transcurso del corto verano, y durante el prolongado invierno perecerían de hambre. <<

[32] Me dijo que cuando juega al stoss siente «electricidad en las venas». Sus manos tiemblan de emoción. Uno de los recuerdos más agradables que guarda de su época de juventud es una ocasión en que le ganó el reloj al jefe de policía. Del juego del stoss habla con pasión. Recuerdo una frase: «¡Yerras el tiro!», que pronunció con la desesperación del cazador que ha fallado el blanco. He apuntado algunas de sus expresiones para los aficionados a los juegos de naipes: «¡Transporte comido!», «¡napé!», «¡naperipé!», «¡esquina!», «¡el rublo y el punto!», «¡del color y del palo, artillería!». <<

[33] Encontré muchos presos heridos y ulcerosos, pero ni una sola vez percibí el olor del yodoformo, a pesar de que cada año se destina a Sajalín más de medio *put* de ese producto. <<

[34] Dué goza entre la gente de una mala reputación exagerada. Me contaron en el *Baikal* que un pasajero, funcionario de avanzada edad, al anclar en la rada de Dué, estuvo contemplando largo rato la orilla y finalmente preguntó:

—Dígame, por favor, ¿en qué lugar se alza el poste donde cuelgan a los presos antes de arrojarlos al mar?

Dué es la cuna del penal de Sajalín. Existe la opinión de que la idea de elegir este lugar para el establecimiento de una colonia penitenciaria se le ocurrió en primer lugar a los presos: parece que un tal Iván Lapshin, condenado por parricidio, que cumplía su pena en la ciudad de Nikoláievsk, pidió a las autoridades locales que le permitieran trasladarse a Sajalín, adonde fue trasladado en septiembre de 1858. Tras establecerse no lejos del puesto de Dué, empezó a ocuparse de la horticultura y del cultivo de cereales; según palabras del general Vlásov, allí cumplió su pena. Probablemente no fue enviado solo a la isla, pues ya en 1858 se estaba extrayendo carbón cerca de Dué con la participación de los presos (ver «Desde las orillas del Amur y del Gran Océano», en *Novedades de Moscú*, 1874, N.º 207). En sus *Esbozos a pluma y a lápiz*, Visheslavets escribe en abril de 1859 que encontró en Dué a unos cuarenta hombres, acompañados de dos oficiales y un ingeniero, encargado de la dirección de los trabajos. «¡Qué hermosos jardines —dice entusiasmado— rodean sus acogedoras y limpias casitas! Y las verduras maduran dos veces en verano».

La aparición del verdadero penal de Sajalín se remonta a 1860-70, cuando la falta de organización de nuestro sistema de deportación alcanzó su punto más alto. Hubo una época en que el director ejecutivo del departamento de policía, el consejero colegiado Vlásov, escandalizado por lo que vio en Sajalín, declaró sin ambages que la estructura y el sistema de nuestros castigos solo servía para aumentar el número de delitos graves y rebajar los valores cívicos. Sus investigaciones parciales de los trabajos forzados, realizadas sobre el terreno, le llevaron al convencimiento de que en Rusia ese tipo de trabajos casi no existía (véase su «Breve ensayo sobre la mala organización del penal»). La Dirección General de Prisiones, haciendo un examen crítico del penal en sus diez años de existencia, señalaba que, en el periodo de referencia, el penal había dejado de ser una medida punitiva extrema para convertirse en un desorden infernal, en el que reinaban la incuria, la indiferencia y la inhumanidad. Estas son las principales causas de la anterior desorganización:

a) Ni los que redactaban las leyes ni los que las aplicaban tenían una noción clara de qué era un penal, en qué debía consistir y cuál era su utilidad. Y la práctica, aunque ya larga, no había proporcionado un método ni materiales suficientes que permitiera la definición jurídica del penal.

- b) Los principios correctivos y reeducativos del castigo se sacrificaban en favor de consideraciones de tipo económico y financiero. Se consideraba que el preso era una fuerza de trabajo que debía producir beneficios al Estado. Si de su actividad no resultaban ganancias o se derivaban pérdidas, se prefería mantenerlo en la cárcel sin hacer nada. La inactividad deficitaria tenía preferencia sobre el trabajo deficitario. También había que tener en cuenta los fines de la colonización.
- c) El desconocimiento de las condiciones geográficas y, en consecuencia, la ausencia de un punto de vista definido sobre el carácter y la naturaleza de los trabajos, como demuestra la reciente supresión de su división en trabajos en las minas, en las fábricas y en las fortalezas. En la práctica, un preso condenado de por vida a trabajar en las minas estaba en la prisión sin hacer nada; un preso condenado a trabajar cuatro años en una fábrica, trabajaba en las minas, mientras en el penal de Tobolsk los detenidos trasladaban piedras de un lugar a otro, cargaban montones de arena, etc. En la sociedad, y en parte también en la literatura, ha calado la opinión de que los verdaderos trabajos forzados, los más duros e ignominiosos, son lo que se desarrollan en la mina. Si el héroe de *A una mujer rusa* de Nekrásov, en vez de trabajar en la mina pescara para la cárcel o talara el bosque, muchos lectores habrían quedado descontentos.
- d) El atraso del *Reglamento de la deportación*, que no da ninguna respuesta a muchas cuestiones planteadas diariamente por la práctica. De ahí el amplio campo para las interpretaciones arbitrarias y las acciones ilegales. En las situaciones más complejas, no sirve de ninguna ayuda; probablemente esa sea la causa de que el general Vlášov no lo encontrara en las secciones administrativas de algunas prisiones.
- e) La ausencia de uniformidad en la administración del penal.
- f) La lejanía de Petersburgo y la ignorancia total de las condiciones de vida de los presos. Los informes oficiales solo empezaron a imprimirse cuando se creó la Dirección General de Prisiones.
- g) El talante de nuestra sociedad también ha supuesto un gran obstáculo para la reglamentación del exilio y de los trabajos forzados. Cuando la sociedad carece de un punto de vista determinado sobre algún tema, hay que tener en cuenta su talante. La sociedad siempre se ha escandalizado de las condiciones de las cárceles, y al mismo tiempo cualquier paso encaminado a mejorar el régimen de vida de los presos ha suscitado protestas de este tenor: «No está bien que un mujik viva en la cárcel o en el penal mejor que en su casa». En muchos casos es así, pero entonces, siguiendo la lógica de esa observación, habría que transformar el penal en un infierno. Cuando, por casualidad, los presos recibían en los vagones de transporte *kvas* en lugar de agua, se alzaban voces que protestaban por «mimar a asesinos e incendiarios», etc. En cambio, como para contrarrestar esa disposición, se advierte en los mejores escritores rusos una tendencia a idealizar a los presos, a los vagabundos y a los

fugitivos.

En 1868, un decreto imperial aprobaba la creación de un comité encargado de buscar y señalar medidas para organizar los trabajos forzados según principios más racionales. El comité declaró que era imprescindible «enviar a los criminales condenados por delitos graves a una colonia lejana donde fueran empleados en trabajos forzados, con el fin primordial de que se establecieran en el lugar del exilio». Y, pasando revista a las colonias lejanas, el comité se decidió por Sajalín, a la que, *a priori*, se le reconocían las siguientes ventajas:

- 1) Su situación geográfica, que protegía al continente de los fugitivos.
- 2) El castigo adquiriría una fuerza represiva importante, ya que el exilio a Sajalín podía considerarse irrevocable.
- 3) El vasto espacio que ofrecía a las actividades de los criminales que decidieran iniciar una nueva vida de trabajo.
- 4) Desde el punto de vista del beneficio del Estado, la concentración de presos en Sajalín suponía una garantía para la consolidación de nuestro dominio sobre la isla.
- 5) Podían explotarse los yacimientos de carbón para satisfacer las enormes demandas de ese mineral. También se admitía que la concentración en la isla de todo el contingente de presos reduciría los costes de su mantenimiento. <<

[35] *La isla de Sajalín, sus yacimientos de carbón y el desarrollo de su industria carbonífera*, 1875. Además de Keppen, otros ingenieros de minas se han ocupado del carbón: Nósov, I., «Notas sobre la isla de Sajalín y los yacimientos de carbón en explotación», en *Revista de Minas*, 1859, N.º1. Lopatin, I. A., «Extractos de una carta». Suplemento al informe de la sección siberiana de la Sociedad Imperial de Geografía de 1868. Del mismo, «Informe al Gobernador General de Siberia Oriental», en *Revista de Minas*, 1870, N.º 10. Deuchmann, «La isla de Sajalín desde el punto de vista de la explotación minera», en *Revista de Minas*, N.º 3, 1871. Skalkovski, K., *El comercio ruso en el océano Pacífico*, 1883. Varios comandantes de navío de la flota de Siberia han formulado en diversos momentos su opinión sobre la calidad del carbón de Sajalín en informes publicados en *Colección Naval*. Para completar la lista, conviene citar también los artículos de I. N. Butokovski, «La isla de Sajalín», en *Boletín Histórico*, N.º 10, y «Sajalín y su importancia», en *Colección Naval*, 1874, N.º 4. <<

[36] Alusión a la obra de Dostoievski *La aldea de Stepánchikovo y sus moradores*. [N. del t.]. <<

[37] Cuatro años después, L. I. Shrenk descendió también por el Tim hasta alcanzar la costa oriental y realizó el mismo viaje de regreso. La expedición tuvo lugar asimismo en invierno, cuando el río estaba cubierto de nieve. <<

[38] Ya no se encuentra entre los vivos. Murió poco después de su viaje a Sajalín. A juzgar por sus anotaciones, escritas de manera apresurada, era un hombre erudito y de mucho talento. Es autor de los siguientes artículos: 1) «Viaje a la isla de Sajalín en 1881-1882», cartas al secretario de la Sociedad, suplemento al vol. XIX de las *Notas de la Sociedad Imperial Rusa de Geografía*, 1883. 2) «Informe de los viajes de exploración a la isla de Sajalín y al sur del Usuri», suplemento N.º 6 al vol. XLVIII de las *Notas de la Academia Imperial de Ciencias*, 1884. 3) «En Sajalín», *Novedades*, 1886, N.º 1. <<

[39] En lo que respecta a esa estación, el inspector actúa como un antiguo rey y se ocupa de una serie de funciones que nada tienen que ver con ella. <<

[40] En la desembocadura, una pértiga de dos *sazhens* no basta para alcanzar el fondo del río. En el golfo puede anclar una embarcación de gran calado. Si el tráfico marítimo estuviera desarrollado en el mar de Ojotsk, las embarcaciones encontrarían aquí un lugar seguro y totalmente tranquilo para echar el ancla. <<

[41] El ingeniero de minas Lopatin vio ese mar cubierto de hielo a mediados de junio; el hielo no desapareció hasta julio. El día de san Pedro (29 de junio) el agua se helaba en la tetera. <<

[42] A propósito, entre los habitantes de Sajalín existe la creencia de que las chinches y las cucarachas proceden del musgo que van a buscar al bosque para calafatear las construcciones locales. Esa opinión se debe a que, apenas han tenido tiempo de calafatear una pared, cuando en las hendiduras aparecen chinches y cucarachas. Es evidente que el musgo no tiene nada que ver en ese proceso: son los carpinteros, que han pasado la noche en la cárcel o en las isbas de los colonos, los que traen consigo los parásitos. <<

[43] Un escritor que visitó Sajalín un par de años después de mí, vio una manada entera de caballos cerca de Uskovo. <<

[44] Necesitamos tres horas para recorrer las seis verstas que separan Uskovo de Voskresénskoie. Si el lector puede imaginarse a un transeúnte cargado de harina, comida salada u otras provisiones estatales, o a un enfermo que tenga que trasladarse de Uskovo al hospital de Ríkovskoie, entenderá el verdadero sentido que adquieren en Sajalín las palabras: «No hay camino», es decir, no se pueden emplear carros ni caballos. Se han dado casos en que, al intentar ir a caballo, los animales se han roto las patas. <<

[45] En la prisión de Ríkovskoie la instalación está organizada de la siguiente manera: los locales donde se encuentran las letrinas se calientan por medio de estufas con las puertas herméticamente cerradas, de manera que reciban el aire indispensable para la combustión de las letrinas, a las que están conectadas por un tubo. De ese modo, todos los gases fétidos pasan de las letrinas a la estufa y a través de la chimenea salen al exterior. El aire del local, calentado por las estufas, desciende por los agujeros, cediendo a la fuerza del tiro, y sigue los conductos de la chimenea; la llama de una cerilla encendida sobre un agujero se dirige claramente hacia abajo. <<

[46] Citaré, entre otros, a los hermanos Alekséi y Teimuras Chikovani, miembros de la nobleza de Kutaísi. Había un tercer hermano, pero murió de tisis. En su isba no hay ningún mueble, solo un edredón en el suelo. Uno de ellos está enfermo. <<

[47] Entre las ordenanzas del general Kononóvich hay una que concierne a la supresión, tanto tiempo deseada, de las cárceles de Dué y Voievodsk: «Tras inspeccionar personalmente la prisión de Voievodsk, llegué a la conclusión de que, ni las condiciones geográficas, ni el hecho de que esté destinada en su mayor parte a criminales condenados a cadena perpetua o reincidentes, puede justificar el régimen de vigilancia —o, más exactamente, la ausencia de cualquier tipo de vigilancia— en que se encuentra esta cárcel desde su fundación. En la actualidad, la situación es la siguiente: la cárcel se ha erigido en un angosto valle una versta y media al norte del puesto de Dué. La comunicación con el puesto a través de la orilla se ve interrumpida dos veces al día por la pleamar; la comunicación por la montaña es difícil en verano e imposible en invierno. El inspector de la prisión y su adjunto viven en Dué; el destacamento militar que proporciona las patrullas y los escoltas de los diferentes contingentes de trabajadores asignados a las minas, según los contratos firmados con la empresa “Sajalín”, también está acantonado en el puesto; en la cárcel solo quedan algunos carceleros y los miembros de la guardia, que escapan al control permanente de las autoridades militares. Sin entrar en consideraciones sobre las circunstancias que han motivado la construcción de la cárcel en un enclave tan inadecuado, donde todo tipo de supervisión directa resulta imposible, y antes de plantear la cuestión de si las prisiones de Voievodsk y Dué deben ser suprimidas, al menos debo remediar, aunque sea parcialmente, las deficiencias existentes», etc. (Ordenanza N.º 348, 1888).

<<

[48] Véase el libro de Davíдов, *Dos viajes a América de los oficiales de marina Jvostov y Davíдов, contados por este último y con un prefacio de Shishkov*, 1810. En su prefacio, el almirante Shishkov dice que «Jvostov aunaba en su corazón dos rasgos contradictorios: la dulzura del cordero y la ferocidad del león»; en cuanto a Davíдов, según él era «más fogoso y temperamental que Jvostov, aunque inferior en firmeza y valor». A pesar de su dulzura de cordero, en 1806 Jvostov destruyó las tiendas japonesas y llevó como rehenes a cuatro japoneses a la ribera del Aniva, en Sajalín Meridional; y en 1807, en compañía de su amigo Davíдов, destrozó las factorías japonesas de las islas Kuriles y asaltó de nuevo Sajalín Meridional. Esos valerosos oficiales hicieron la guerra al Japón sin conocimiento de su gobierno y con plena confianza en su impunidad. Ambos perdieron la vida en circunstancias poco habituales: se ahogaron en el Nevá, cuando se apresuraban a cruzarlo en el momento en que se abrían los puentes. Sus hazañas, que en su época hicieron mucho ruido, despertaron en la sociedad cierto interés por Sajalín. Se hablaba de ella y —¿quién sabe?— quizá su triste y desdichado destino se decidió ya entonces. En el prefacio Shishkov expresa la opinión, sin ningún fundamento, de que los rusos querían apoderarse de la isla en el siglo pasado para fundar allí una colonia. <<

[49] Su obra se titula *Tò-tats Ki Ko*. Naturalmente, no he podido leerla, pero he utilizado las citas de L. I. Shrenk en *Los aborígenes de la región del Amur*. <<

[50] Hay también una tribu poco numerosa de guiliakos dispersa por ambas márgenes del curso bajo del Amur, a partir de Sofinsk, a lo largo del estuario y la costa del mar de Ojotsk y en el norte de Sajalín. Desde que se tiene conocimiento histórico de ese pueblo, es decir, desde hace unos doscientos años, no se han producido modificaciones significativas de las fronteras. Se supone que antaño los guiliakos vivían únicamente en Sajalín y que solo posteriormente se trasladaron a la parte más cercana del continente, empujados desde el sur por los ainos, que se desplazaban desde Japón, acosados a su vez por los japoneses. <<

[51] En Sajalín hay un puesto de intérprete de aino y de guiliako. Como el intérprete en cuestión no sabe ni una palabra de guiliako ni de aino y la mayoría de los indígenas comprenden el ruso, esa plaza innecesaria hace muy buena pareja con la de inspector del inexistente puesto de Vediórnikov mencionado más arriba. En lugar de un intérprete sería mucho más útil una persona con conocimientos de etnografía y estadística. <<

[52] Personaje de una comedia de Denis Fonvizin (1745-1792). [*N. del t.*]. <<

[53] En su excelente obra *Los aborígenes de la región del Amur* se incluyen un mapa etnográfico y dos láminas con dibujos de Dmítriev-Orenburski. En una de ellas se representa a un guiliako. <<

[54] La población nativa de la región del Amur y de Kamchatka contrajeron la sífilis de los chinos y los japoneses, sin intervención de los rusos. Un comerciante chino muy aficionado al opio me dijo que una de sus abuelas, es decir, de sus mujeres, vive en su casa de China, y otra, una guiliaka, en Nikoláievsk. Con tales costumbres, no es difícil difundir la enfermedad por toda la región del Amur y Sajalín. <<

[55] El mayor Nikoláiev, jefe del puesto de Dué, le dijo a un periodista en 1866: «En verano no tengo tratos con ellos, pero en invierno suelo comprarles pieles en condiciones muy ventajosas. Normalmente, por una botella de vodka o una hogaza de pan se puede conseguir un par de martas cibelinas».

El periodista se quedó maravillado de la cantidad de pieles que vio en casa del mayor (Lukasheich, «Mis conocidos de Dué, Sajalín», en *El Mensajero de Kronstadt*, 1886, números 47 y 49. Más adelante volveremos a ocuparnos de ese legendario mayor. <<

[56] Carecen de tribunal y desconocen el significado de la palabra «justicia». Se puede juzgar cuán difícil les resulta comprendernos a partir del hecho de que siguen sin entender la finalidad de las carreteras. Allí donde existen, siguen viajando a través de la taiga. No es raro verlos en fila india, seguidos de sus familias y sus perros, atravesando una marisma al lado mismo de una carretera. <<

[57] Alguien propuso un proyecto que preveía la construcción de un dique en la parte más angosta del Estrecho para detener el paso de la corriente fría. Ese proyecto tiene una base histórica y científica: se sabe que cuando existía el istmo, el clima de Sajalín se distinguía por su suavidad. Sin embargo, en estos momentos su construcción no aportaría el menor beneficio. La flora de la parte sur de la costa occidental se enriquecería con una decena de especies nuevas, pero el clima apenas mejoraría, dada la proximidad del mar de Ojotsk, donde los témpanos y los icebergs flotan en pleno verano. El actual distrito de Kórsakov, en su parte principal, solo está separado de ese mar por una cadena de montañas bajas, detrás de la cual se extiende hasta el mar una llanura cubierta de lagos y expuesta a los vientos fríos. <<

[58] Semiónov tiene una tienda en Mauka que en verano vende productos muy caros. El precio de los comestibles es tan elevado que los colonos dejan allí la mitad de su sueldo. En su informe de 1870, el capitán del clíper *Vsadnik* dice que proyectaba desembarcar diez soldados cerca de Mauka para que cultivaran la tierra, pues existía el proyecto de fundar allí un nuevo puesto en verano. Añado que todo eso sucedía en un momento en que se habían producido varios incidentes de escasa gravedad entre los rusos y los japoneses en la costa occidental. He encontrado más información en *El Mensajero de Kronstadt*, 1880, N.º 112, en un artículo titulado: «La isla de Sajalín. Algunos datos interesantes sobre Mauka-Kouv». Se dice allí que Mauka es la sede de una compañía que ha recibido permiso del gobierno ruso para recolectar algas marinas durante diez años y que su población se compone de tres europeos, siete soldados rusos y setecientos trabajadores coreanos, ainos y chinos.

No cabe duda de que el negocio de la col marina rinde beneficios y está extendiéndose, como demuestra el hecho de que Semiónov y Demby ya han encontrado imitadores. Un colono llamado Birich, antiguo instructor y empleado de Semiónov, pidió un préstamo, construyó las instalaciones necesarias para la industria cerca de Kusunnai y empezó a proponer a los colonos que trabajaran para él. En la actualidad, tiene empleadas a cerca de treinta personas. El negocio no tiene carácter oficial y carece de vigilante. El puesto de Kusunnai, abandonado ya hace tiempo, se encuentra a unas cien verstas al norte de Mauka, en la desembocadura del río Kusunnai, que antaño se consideró la frontera entre las posesiones rusas y japonesas en Sajalín. <<

[59] Algo más al norte de Krilon vi unas rocas en las que hace algunos años encalló y naufragó el *Kostroma*, engañado por esas brumas. A. V. Scherbak, el médico que acompañaba a los presos del *Kostroma*, lanzó varios cohetes de señalización. Me contó que, durante ese naufragio, había pasado por tres largos procesos emocionales: durante el primero, el más largo y angustioso, estaba convencido de que el fin era inevitable; el pánico se apoderó de los presos, que aullaban sin cesar; las mujeres y los niños habían sido embarcados en una chalupa al mando de un oficial, que puso rumbo al lugar donde suponían que estaba la costa; la chalupa no tardó en desaparecer en la bruma. La segunda fase se caracterizó por una vaga esperanza de salvación: se había oído un cañonazo procedente del faro de Krilon, lo que significaba que las mujeres y los niños habían llegado a buen puerto. La tercera, dominada por la total certidumbre del rescate, ya que, de pronto, en el aire nebuloso, había oído los sonos de una corneta, tocada por el oficial que volvía al navío. <<

[60] La orilla del Aniva fue explorada y descrita por primera vez por el oficial ruso V. Rudanovski, uno de los compañeros de Nevelskói. Véase los detalles en el diario de N. V. Boussé, otro miembro de la expedición del Amur, *La isla de Sajalín y la expedición de 1853-54*, así como en el artículo de G. I. Nevelskói y Rudanovski, «A propósito de las Memorias de V. N. Boussé», en *El Mensajero de Europa* (1872, VII), y en los cuadernos de notas del propio Nevelskói. El mayor Boussé, una persona nerviosa y poco sociable, escribió que «el modo en que Nevelskói se servía de sus subordinados y el espíritu de sus notas carecían de seriedad», y sobre Rudanovski que era «un subordinado difícil y un compañero insufrible [...] que hacía observaciones incoherentes». Sobre Boshniak dice que era «un soñador y un niño». Nada le irritaba más que ver cómo Nevelskói fumaba tranquilamente su pipa. Cuando pasó el invierno en el Aniva en compañía de Rudanovski, el mayor Boussé exigió todos los honores debidos a su rango y la observancia de las menores convenciones, y todo eso en un desierto, cuando estaban viviendo prácticamente solos y el joven se hallaba inmerso en un importante trabajo científico. <<

[61] Ya casi se han olvidado los tiempos en que los oficiales y los funcionarios que servían en Sajalín Meridional pasaban verdaderas necesidades. En 1876, por un *pud* de harina blanca pagaban cuatro rublos, por una botella de vodka tres, y «casi nadie veía nunca carne fresca» (*El Mundo Ruso*, 1877, N.º 7). No es necesario mencionar la tremenda pobreza en que vivía la gente sencilla. Hace solo cinco años, un periodista de Vladivostok escribió que «nadie tenía media copa de vodka y el tabaco manchuriano (parecido a nuestra picadura) se vendía a dos rublos con cincuenta kopeks la libra; los colonos y algunos vigilantes fumaban hojas de té de negro y té en tabletas» (1866, N.º 22). <<

[62] Para hacer justicia al mayor Sh., debo decir que siempre mostró pleno respeto por mi profesión de escritor y que, durante mi estancia en Kórsakov, hizo todo lo posible para que no me aburriera. Unas semanas antes de mi llegada, se había comportado del mismo modo con el inglés Howard, otro escritor en busca de aventuras, que había naufragado en el Aniva en un junco japonés y que más tarde escribiría un montón de insensateces sobre los ainos en su libro *The life with the Trans-Siberian Salvages*. <<

[63] Estaba presente cuando E. V. Shtelling inició las gestiones para construir esa estación meteorológica, recibiendo el apoyo del médico militar Z., viejo habitante de Kórsakov y muy buena persona. Pero me parece que la estación no debe construirse en el puesto de Kórsakov, abierto al viento de levante, sino en algún punto situado más al centro, como, por ejemplo, la colonia de Vladímirovka. No obstante, en Sajalín Meridional cada lugar tiene su propio clima, de modo que lo más conveniente sería establecer puntos de observación meteorológica en varios lugares simultáneamente: en el golfo de Boussé, Kórsakov, Krilon, Mauka, Vladímirovka, Naibuchi y Taraika. Evidentemente, eso no es fácil, pero tampoco demasiado difícil. En mi opinión, podrían utilizarse para ese fin los servicios de presos que sepan leer y escribir, ya que, según demuestra la experiencia, aprenden pronto a realizar mediciones por sí mismos y solo sería necesaria una persona que se encargara de dirigirlos. <<

[64] I. I Beli logró organizar con ellos una excelente brigada para el trabajo en el mar. El superior es el preso Golitsin, un hombre pequeño con patillas al que le gusta filosofar. Cuando está sentado al timón y da las órdenes: «¡Soltad las amarras!» o «¡Remos al agua!», actúa con autoritaria severidad. A pesar de su aspecto respetable y de su rango, fue azotado dos o tres veces en mi presencia por emborracharse y, al parecer, por injuriar. Después de él, el mejor marinero es Medvédev, un hombre inteligente e intrépido. Un día el cónsul de Japón, señor Kuze, regresaba desde Taraika en una ballenera en la que Medvédev iba al timón y había también un vigilante. Por la noche el tiempo refrescó y el cielo se oscureció... Cuando pusieron rumbo a Naibuchi, la desembocadura del Naibu se volvió invisible y se hizo arriesgado fondear cerca de la orilla. Medvédev decidió pasar la noche en el mar, a pesar de la fuerte tormenta. El vigilante le dio un buen golpe y el señor Kuze le ordenó severamente que se acercara a la costa, pero Medvédev no obedeció y se adentró cada vez más en el mar. La tormenta duró toda la noche, las olas zarandeaban la embarcación y a cada instante parecía que iban a naufragar. El cónsul me contó más tarde que fue la noche más terrible de su vida. Al amanecer, Medvédev puso rumbo al estuario; al llegar al banco de arena, la ballenera se vio sorprendida por un golpe de mar. Desde entonces, cuando el señor Beli envía a alguien con Medvédev, dice:

—Haga lo que haga, por favor, guarde silencio y no proteste.

Otros personajes dignos de mención son dos hermanos, antiguos príncipes persas, que hasta la fecha, en las cartas que llegan de Persia, reciben el título de «Alteza». Fueron condenados por un asesinato cometido en el Cáucaso. Llevan ropas persas y altos gorros de piel de cordero, con la frente al descubierto. Todavía están sometidos a prueba, de modo que no se les permite tener dinero. Uno de ellos se quejaba de que no podía comprar tabaco, pues pensaba que su tos mejoraría si fumara. Pega los sobres en la oficina, tarea que ejecuta con bastante torpeza. Cuando me mostró los resultados de su trabajo, le dije: «Muy bien», cumplido que, por lo visto, causó gran satisfacción al antiguo príncipe.

En la cárcel hay otro preso escribiente: Herman, un hombre grueso, agradable, moreno, que antaño sirvió como oficial de policía en Moscú, condenado por corrupción de menores. Durante todo el tiempo que pasé en la cárcel, no se apartó de mi lado, quitándose respetuosamente el gorro cada vez que me volvía.

El verdugo local se apellida Mináiev; es un hombre aún joven, hijo de un mercader. El día que lo vi, me dijo que había azotado a ocho personas. <<

[65] Antiguamente se encontraban en este lugar las minas de Muraviosk. En ellas trabajaban soldados del puesto que se encontraban bajo sanción disciplinaria, es decir, existía un penal en miniatura. Las autoridades locales asignaban el trabajo como castigo «por delitos insignificantes» (Mitsul). No obstante, resulta imposible saber cuál habría sido el producto de la venta del carbón extraído por los soldados, pues ardió totalmente junto con los edificios.

Hasta 1870 las autoridades fundaron los puestos de Chibisansk, Ochelpolsk, Manuisk, Malkovsk y muchos más. Todos han sido abandonados y olvidados. <<

[66] En septiembre y comienzos de octubre el tiempo era excelente, veraniego, excepto los días en que soplaba viento del noreste. En una ocasión, mientras paseábamos a caballo, el señor Beli se lamentaba de estar tan lejos de Ucrania y decía que lo que más deseaba en el mundo era contemplar un cerezo cargado de fruta. Cuando pasábamos la noche en casa de los vigilantes, se levantaba muy temprano. Yo mismo me despertaba al amanecer y lo veía de pie junto a la ventana, recitando en voz baja: «Una luz blanca brilla sobre la ciudad, una joven duerme profundamente...». El señor Yartsev también solía recitar poesías de memoria. A veces, cuando me aburría durante el camino, le pedía que recitara algo y él declamaba con gran sentimiento un largo poema y a veces dos. <<

[67] Por ese motivo, por ejemplo, en el puesto de Kórsakov los colonos con edades comprendidas entre los veinte y los cuarenta y cinco años constituyen el 70 % de la población. Antiguamente existía la costumbre, más que la orden, de enviar a los presos con condenas menos prolongadas al sur, donde el clima es más benigno, basándose en la consideración de que eran culpables de penas menos graves. Sin embargo, a la hora de determinar qué presos estaban condenados a penas prolongadas y cuáles a penas breves, no siempre se observaban las precauciones necesarias. Así, en una ocasión, el antiguo comandante de la isla, el general Hintze, leyó a bordo la lista de presos, seleccionó a los que tenían penas más breves y los envió al sur; luego, entre esos afortunados se encontraron veinte vagabundos y algunos de los llamados «sin recuerdo», que son los criminales más empedernidos y desesperados. En la actualidad, por lo visto, se ha abandonado esa costumbre, pues se envían al sur presos con penas prolongadas, e incluso condenados a cadena perpetua, mientras en la terrible prisión de Voievodsk y en las minas yo mismo pude ver presos con condenas breves. <<

[68] En la expedición de 1870 enviada desde San Petersburgo a las órdenes de Vlášov, tomó parte el agrónomo Mijaíl Semiónovich Mitsul, un hombre de rara fuerza moral, laborioso, optimista e idealista apasionado, capaz de contagiar su propio entusiasmo a los demás. En aquella época tenía treinta y cinco años. Desempeñó sus obligaciones con excepcional escrupulosidad. Estudiando el suelo, la flora y la fauna de Sajalín, recorrió a pie los actuales distritos de Aleksándrovsk y Timovo, la costa occidental y toda la parte sur de la isla. En aquella época no había carreteras en la isla, solo de vez en cuando era posible encontrar algún precario sendero, que desaparecía en la taiga y en los pantanos; cualquier desplazamiento a caballo o a pie era un verdadero tormento. La idea de una colonia agrícola de deportados le cautivaba y le fascinaba. Se dedicó a ella en cuerpo y alma, se enamoró de Sajalín y, lo mismo que una madre no ve los defectos de su querido hijo, no prestó atención a los suelos helados y las brumas de la isla, que llegó a convertirse en su segunda patria. Vio en ella un territorio floreciente y, por tanto, ni los datos meteorológicos, prácticamente inexistentes en aquella época, ni las amargas experiencias de los años anteriores, que, por lo visto, contemplaba con incredulidad, le hicieron cambiar de opinión. Había vides silvestres, bambú, hierbas gigantes, los japoneses... La historia posterior de la isla nos lo muestra como administrador y más tarde como consejero civil, siempre trabajando de forma entusiasta e infatigable. Murió en Sajalín de una grave forma de agotamiento nervioso, a los cuarenta y un años. Visité su tumba. Nos ha dejado un libro: *Estudio agrícola de la isla de Sajalín*, 1873. Es un largo himno a la fertilidad de Sajalín. <<

[69] Uno de los deportados me entregó algo parecido a una petición, que llevaba el siguiente encabezamiento: «Confidencial. Algo sobre nuestro rincón perdido. Para el magnánimo y benévolo literato, el señor Chéjov, que ha honrado la infortunada isla de Sajalín con su presencia. Puesto de Kórsakov». En esa petición encontré un poema titulado «Acónito»:

*Con orgullo crece junto al río,
en lugares pantanosos y en cañadas,
esta planta de hoja azul y bella
que los médicos llaman acónito.
Su raíz, por la mano
del Creador plantada, a los hombres seduce
y a la tumba los lleva,
confinándolos en el seno de Abraham. <<*

[70] Quienes eligen los lugares de las nuevas colonias deben saber que los bosques de alerces son una señal de un suelo pobre y pantanoso, pues el subsuelo arcilloso no filtra el agua y por tanto se forma turba y aparecen el romero silvestre, el arándano y el moho. Los propios alerces se deterioran, se doblan y se cubren de líquenes. Por eso los alerces del lugar son feos, tienen troncos delgados y se secan antes de haber alcanzado la madurez. <<

[71] Tierras ribereñas. *[N. del t.]*. <<

[72] En el *yelán* crecen el alcornoque y la vid, pero ambas especies han degenerado y se parecen muy poco a sus antepasados, como sucede con el bambú de Sajalín en comparación con el de Ceilán. <<

[73] En una de sus ordenanzas el general Kononóvich asegura que, «dada su situación aislada y las dificultades de comunicación, así como diferentes consideraciones particulares que, en opinión de mis predecesores han arruinado toda la empresa, corrompiéndola con su aliento pestilente, el distrito de Kórsakov ha sido descuidado de manera sistemática y tratado injustamente, hasta el punto de que ni una sola de sus necesidades más acuciantes ha sido examinada, satisfecha o resuelta» (Ordenanza N.º 318, 1889). <<

[74] A una versta de Bolshoie Takoe, siguiendo el curso del río, se alza un molino construido por un exiliado alemán llamado Lachs en respuesta a una orden del general Kononóvich. En el río Tim, cerca de Derbínskoie, se ha construido otro molino. En el molino de Takoe se cobra una libra de harina y un kopek por moler un *pud* de grano. Los colonos están satisfechos, porque antes pagaban quince kopeks por moler un *pud* o se veían obligados a moler ellos mismos en casa, en molinillos de madera de olmo de fabricación propia. Hubo que abrir un canal y construir un dique para el molino. <<

[75] No voy a dar los nombres de los pequeños afluentes del Susui y del Naibu en cuyas orillas se asientan las colonias porque todos ellos tienen nombres ainos o japoneses de difícil pronunciación, como Ekureki o Fufkasamanai. <<

[76] Alférez de navío V. Witheft, «Dos palabras sobre la isla de Sajalín», en *El Mensajero de Kronstadt*, N.º 7, 17 y 34, 1872. <<

[77] La colonia se alza en una encrucijada; yendo en invierno desde Aleksándrovsk a Kórsakov, o viceversa, es inevitable no detenerse allí. En 1869 se construyó una estación en el emplazamiento de lo que entonces era una aldea japonesa. Vivían soldados con sus mujeres y más tarde también exiliados. Durante el invierno, la primavera y el final del verano bullía una animada vida de feria. Durante el invierno los tungusos, los yakutos y los guiliakos del Amur venían para comerciar con los extranjeros del sur, y durante la primavera y el final del verano llegaban los japoneses en sus juncos para pescar. El nombre de la estación, Puesto de Tijmenevsk, se ha conservado hasta la fecha. <<

[78] Esa experiencia concierne solo a Sajalín. Sin embargo, D. G. Talberg, en su artículo «La deportación a Sajalín», en *El Mensajero de Europa*, 1879, v, le concede una significación general, lo que le permite hablar de nuestra ineptitud para la colonización y sacar la siguiente conclusión: «¿No ha llegado el momento de que renunciemos a todos nuestros intentos de colonización en Extremo Oriente?». En sus observaciones al artículo del profesor Talberg, la redacción de *El Mensajero de Europa* manifiesta que «apenas puede encontrarse otro ejemplo de habilidad colonizadora como la demostrada por el pueblo ruso en el pasado, cuando conquistó toda la Europa del Este y Siberia»; la estimada redacción hacía referencia al trabajo del fallecido profesor Yeshevski, que presentaba «un cuadro asombroso de la colonización rusa».

En 1869 cierto comerciante trajo al sur de Sajalín veinte cazadores aleutianos de ambos sexos, procedentes de la isla de Kodiak. Los instaló cerca del puesto de Muravoisk y les suministró provisiones. No hacían otra cosa que comer y beber, por lo que al cabo de un año el comerciante se los llevó a una de las islas Kuriles. Más o menos por la misma época se establecieron en el puesto de Kórsakov dos exiliados políticos chinos. Como expresaron su deseo de dedicarse a la agricultura, el gobernador general de Siberia Oriental ordenó que a cada uno de ellos se les proporcionaran seis bueyes, un caballo, una vaca, semillas para la siembra y víveres para dos años. Pero no recibieron nada, probablemente por falta de reservas, y finalmente fueron enviados al continente. Entre los colonizadores libres que no tuvieron éxito, también puede incluirse a Semiónov, ciudadano de Nikoláievsk, un hombre pequeño y flacucho, de unos cuarenta años, que en la actualidad deambula por todo el sur de la isla en busca de oro. <<

[79] Ha dejado dos obras de gran interés, *La parte meridional de la isla de Sajalín* (extracto de un informe médico-militar), editado por la Sección Siberiana de la Sociedad Imperial Rusa de Geografía, 1870, volumen I, números 2 y 3, y un *Diccionario aino-ruso*. <<

[80] Cuesta creer que esa enfermedad, que devastó Sajalín Septentrional y las islas Kuriles, respetara Sajalín Meridional. A. Polonski escribe que, cuando un aino muere en una yurta, sus compañeros la abandonan y construyen una nueva en cualquier otro lugar. Probablemente esa costumbre nació cuando, por temor a las epidemias, los ainos abandonaron sus viviendas contaminadas y se establecieron en lugares nuevos.

<<

[81] Un aino le dijo a Rimski-Kórsakov: «El *sizam* duerme mientras el aino trabaja para él, tala el bosque, pesca. El aino no quiere trabajar, pero el *sizam* le golpea». <<

[82] En el libro de Shrenk mencionado más arriba aparece una lámina con un retrato de un aino. Véase también el libro de Friedrich von Hellwald, *Historia natural de las tribus y de los pueblos*, volumen II, donde hay un retrato de cuerpo entero de un aino vestido con una bata. <<

[83] El estudio de A. Polonski, Las Kuriles, se publicó en *Notas de la Sociedad Imperial Rusa de Geografía*, 1871, volumen IV. <<

[84] N. V. Boussé, cuyos juicios sobre sus semejantes rara vez son favorables, comenta lo siguiente de las mujeres ainas: «Una noche vino a verme un aino borracho, reputado como un gran bebedor. Trajo consigo a su mujer y, por lo que pude entender, estaba dispuesto a sacrificar su fidelidad conyugal a cambio de algún preciado presente. La mujer aina, bastante bonita a su manera, parecía dispuesta a ayudar a su marido, pero fingí no entender sus explicaciones... Al salir de mi casa, el marido y la mujer, sin ceremonias, delante de mis ojos y a la vista del centinela, pagaron su tributo a la naturaleza. Esa mujer aina parecía no sentir ningún tipo de rubor femenino. Llevaba los pechos prácticamente al descubierto. Las mujeres ainas llevan el mismo traje que los hombres, es decir, varias túnicas cortas que se abren por delante y se atan a las caderas por medio de un cinturón. No llevan camisa ni ropa interior, de manera que el más leve desorden en su vestido deja todos sus encantos al descubierto». Pero incluso ese severo autor reconoce que «entre las muchachas jóvenes había algunas bastante bonitas, con rasgos agradables y delicados y ardientes ojos negros». Sea como fuere, la mujer aina presenta un desarrollo físico muy tardío; envejece y se marchita antes que el hombre, lo que tal vez deba atribuirse a que durante los largos vagabundeos de ese pueblo la mayor parte de las privaciones, el trabajo duro y las lágrimas han recaído en las mujeres. <<

[85] Veamos lo que dice sobre esas cualidades: «Cuando visitamos la vivienda de un aino en la orilla del golfo de Rumiántsev, observé en su familia, compuesta por diez personas, la más feliz armonía, casi podría decirse que una completa igualdad entre sus miembros. Tras pasar unas horas en su compañía, fuimos incapaces de averiguar quién era el cabeza de familia. Los mayores no empleaban ningún signo de autoridad con los más jóvenes. Cuando se distribuyeron los regalos, ninguno mostró el menor descontento por haber recibido menos que otro. Y competían por agasajarnos de todas las formas posibles». <<

[86] Jvostov destruyó las casas y los almacenes japoneses en la ribera del Aniva y condecoró a un viejo aino con una medalla de plata atada a la cinta de la orden de San Vladimiro. Ese acto de piratería causó gran alarma en el gobierno japonés y le obligó a tomar medidas. Poco después, el capitán Golovin y sus compañeros fueron hechos prisioneros en las islas Kuriles, como si estuvieran en tiempos de guerra. Cuando más tarde el gobernador de Matsmai puso en libertad a los prisioneros, les dijo solemnemente: «Todos ustedes fueron retenidos por culpa de los actos de pillaje de Jvostov, pero ahora las autoridades de Ojotsk nos han informado de que el gobierno ruso no tiene nada que ver en esos actos de bandidaje. Así pues, todo queda aclarado y, en consecuencia, les anuncio que pueden regresar a su país». <<

[87] Véanse los detalles en Veniukov, «Estudio general de la expansión progresiva de las fronteras rusas en Asia y de sus medios de defensa. Primer sector: La isla de Sajalín», en *Colección Militar*, 1872, N.º 3. <<

[88] Es probable que el deseo de los japoneses de legalizar el régimen de servidumbre de los ainos llevara a la inclusión en el tratado de una cláusula bastante controvertida según la cual los nativos que tuvieran deudas podían saldarlas mediante su trabajo o algún tipo de servicio. Y en Sajalín no había ni un solo aino al que los japoneses no considerasen en deuda con ellos. <<

[89] Nevelskói afirma con insistencia que Sajalín era una posesión rusa, ya que fue ocupada por tungusos de Rusia en el siglo XVII, descrita por primera vez por rusos en 1742 y ocupada por ellos en su parte meridional en 1806. Consideraba a los orochis tungusos de Rusia, opinión que los etnógrafos no comparten. En realidad, la primera descripción de la isla no se debe a un ruso, sino a un holandés. En lo que respecta a la ocupación de 1806, los hechos demuestran que no fue la primera. No hay duda de que ese derecho pertenece a los japoneses, que también fueron los primeros en ocupar Sajalín Meridional. No obstante, parece que nuestra generosidad ha ido demasiado lejos. Por «hacerles un cumplido», como dicen los campesinos, podíamos haber entregado cinco o seis de las islas Kuriles cercanas a Japón, pero les hemos cedido veintidós; de creer a los japoneses, esas islas les reportan unos beneficios anuales de un millón de rublos. <<

[90] Las relaciones entre la administración local y los japoneses son excelentes, y así es como debe ser. Además de las invitaciones recíprocas para beber champán en las ocasiones solemnes, ambas partes encuentran otros medios de mantener buenas relaciones. Cito literalmente una de las cartas enviadas por el cónsul: «Al señor comandante del distrito de Kórsakov. Con respecto a la Ordenanza N.º 741, fechada el 16 de agosto de este año, he tomado las medidas oportunas para distribuir los víveres enviados por usted, consistentes en cuatro barriles de pescado salado y cinco sacos de sal, entre los náufragos del *brick* y del junco. Además, en nombre de esos desdichados, tengo el honor de expresarle, excelencia, nuestro más sincero reconocimiento por la compasión y el amistoso donativo de una nación vecina, por esos alimentos que tanto necesitan y de cuya entrega, no me cabe duda, siempre guardarán un buen recuerdo. Kuze, cónsul del Imperio japonés». A propósito, esa carta puede dar una idea de los rápidos progresos de los jóvenes secretarios japoneses en el estudio de la lengua rusa. Los oficiales alemanes que estudian ruso y los extranjeros que traducen nuestras obras literarias escriben muchísimo peor.

La cortesía japonesa no es empalagosa y por eso resulta simpática; y, aunque se abuse de ella, no hace daño, pues, como dice el refrán: «Por mucho pan nunca fue mal año». Un tornero japonés de Nagasaki, al que nuestros oficiales compran distintas chucherías, siempre alaba por cortesía todo lo ruso. En cuanto ve un colgante o una billetera en manos de un oficial, exclama lleno de admiración: «¡Qué cosa más extraordinaria! ¡Qué finura!». Un día un oficial trajo de Sajalín una tosca pitillera tallada con un hacha. «A ver que dice el tornero esta vez», pensó. Pero cuando se la enseñó, el japonés, lejos de aturdirse, la blandió en el aire y exclamó con arrobo: «¡Qué solidez!». <<

[91] Todas las oficinas de Sajalín disponen de una «Tabla para calcular las penas». En ellas puede verse, por ejemplo, que un preso que haya sido condenado a diecisiete años y medio de trabajos forzados, en realidad cumple quince años y tres meses; y si ha tenido la fortuna de beneficiarse de un Manifiesto de gracia imperial, solo diez años y cuatro meses. Una persona condenada a seis años estará libre al cabo de cinco años y dos meses, y, si hay un Manifiesto, en un plazo de tres años y seis meses. <<

[92] No tengo en cuenta a los presos que viven en casa de los funcionarios en calidad de sirvientes. En general, creo que el número de presos que viven fuera de la cárcel constituye el 25 %, lo que significa que la cárcel cede uno de cada cuatro presos a la colonia. Ese porcentaje se incrementará de forma significativa cuando el artículo 305 del *Reglamento*, que permite a los presos en vías de rehabilitación vivir fuera de la cárcel, se aplique también en el distrito de Kórsakov, donde, por decisión del señor Beli, todos los condenados sin excepción viven en la cárcel. <<

[93] Casi todos los propietarios de Aleksándrovsk tienen inquilinos, lo que confiere al puesto una fisonomía urbana. En una isba anoté a diecisiete personas. Esas viviendas tan superpobladas difieren poco de los pabellones comunes. <<

[94] Sajalín es comparable a los lugares más remotos de Siberia. Debido probablemente a la excepcional severidad del clima, en un principio solo se establecieron allí los colonos que habían cumplido su condena en Sajalín y, de ese modo, habían tenido tiempo, si no de acostumbrarse, al menos de familiarizarse con el lugar. En la actualidad, es evidente que quiere cambiarse ese estado de cosas. Durante mi estancia en la isla, por orden del barón A. N. Korff, se envió como colono a Sajalín a un tal Iuda Gamberg, que había sido condenado al exilio en Siberia; se estableció en Derbínskoie. El colono Simón Saulat, que no cumplió su condena en Sajalín, sino en Siberia, vive en Dubki. Algunos residentes nuevos son casos de relegación administrativa. <<

[95] Con el tiempo, la elección de nuevos lugares será confiada, en cada distrito, a una comisión compuesta por funcionarios del departamento de prisiones, un topógrafo, un agrónomo y un médico. Entonces sus deliberaciones permitirán juzgar por qué se ha elegido un determinado lugar. En la actualidad, se suele instalar a la gente en los valles de los ríos y cerca de las carreteras existentes o en proyecto, aunque ese estado de cosas se debe más a la rutina que a un plan definido. Si se elige el valle de un río determinado no es porque haya sido más explorado que otros y sea más apropiado para la agricultura, sino únicamente porque se encuentra más cerca del centro. La costa sudoeste se distingue por su clima relativamente suave, pero está más lejos de Aleksándrovsk o de Dué que el valle del Arkai o el del Armudán, razón por la que estos últimos tienen preferencia. Cuando se disponen asentamientos siguiendo la línea de una carretera en proyecto, no se piensa en los habitantes de la nueva colonia, sino en los funcionarios y los conductores de trineos que con el tiempo tendrán que viajar por esa carretera. De no ser por la modesta perspectiva de guardar y vigilar el curso de la carretera y dar refugio a los viajeros, resultaría difícil comprender, por ejemplo, la utilidad de las colonias que se proyectan crear en la carretera que unirá el curso superior del Tim con el golfo de Nisk. Como pago por esa tarea de guardia y vigilancia de la carretera, los habitantes probablemente recibirán dinero y víveres del Estado. Si esas aldeas van a ser una prolongación de la colonia agrícola actual, y la administración piensa recolectar allí trigo y centeno, Sajalín contará con unos miles de pobres más, hambrientos y abatidos, que no tendrán con qué alimentarse. <<

[96] Fiebre de Sajalín. <<

[97] Podría resultar útil al colono, en esa situación, el dinero que tendría que haber recibido en el transcurso del cumplimiento de su pena, como retribución por su trabajo. Según la ley, el preso condenado a trabajos forzados debe percibir la décima parte del beneficio obtenido por su trabajo. Si, por ejemplo, en el trabajo de construcción de carreteras el jornal se valora en cincuenta kopeks diarios, el preso debería percibir cinco kopeks por jornada. Durante el periodo de su detención, al preso no se le permite gastar más de la mitad de sus ganancias; la suma restante se le entrega en el momento de su liberación. El dinero ganado no puede emplearse en pagar ningún tipo de indemnización o costas judiciales y, en caso de muerte, se le entrega a sus herederos. En su *Informe sobre la organización de la isla de Sajalín*, escrito en 1878, el príncipe Shajovski, que dirigió el penal de Dué en los años setenta, expone la siguiente opinión, que debería tener en cuenta la administración actual como guía de acción: «Remunerar a los presos por su actividad al menos les proporciona algún tipo de propiedad, y toda propiedad ata al lugar; la retribución permite a los presos, por mutuo acuerdo, mejorar su alimentación, así como mantener su ropa y su alojamiento limpios; cuanto más se acostumbren a esas ventajas, más sufrirán cuando se vean privados de ellas. La ausencia completa de tales ventajas y un ambiente siempre sombrío y severo causan en los presos una gran indiferencia a la vida y, más aún, a cualquier tipo de castigo. Cuando el número de hombres azotados alcanza el 80 % del total, hay que admitir la ineficacia de infligir ese castigo a unas personas que están dispuestas a sufrirlo con tal de satisfacer algunas necesidades vitales. Retribuir a los presos crea entre ellos una sensación de cierta independencia, evita que se trafique con las ropas, ayuda al condenado a crear un hogar y disminuye de forma significativa los gastos del Estado cuando, una vez alcanzada la condición de colono, el preso debe establecerse».

Las herramientas se dan a crédito por cinco años, a condición de que el colono pague anualmente la quinta parte. En el distrito de Kórsakov un hacha de carpintero cuesta cuatro rublos; una sierra, trece; una pala, un rublo y ochenta kopeks; una lima, cuarenta y cuatro kopeks; los clavos, diez kopeks la libra. Un hacha de leñador se da a crédito por tres rublos y cincuenta kopeks solo en caso de que el colono no disponga de un hacha de carpintero. <<

[98] Los propietarios y copropietarios viven en la misma isba y duermen junto a la misma estufa. Ni la diferencia de religión ni el sexo son obstáculos para tener copropietarios. Recuerdo que el copropietario del colono Golubiov, en Ríkovskoie, era el judío Liubarski. En esa misma colonia Iván Javriévich tenía como copropietaria a María Brodiaga. <<

[99] Ya he hablado de la pobreza en que viven los colonos agrícolas que cumplen su pena de relegación, a pesar de los subsidios y los constantes préstamos de los que se benefician. Véase como describe esa vida, rayana en la indigencia, un personaje oficial: «En la aldea de Liutoga, entré en la chabola más pobre, propiedad del colono Zerín, sastre de profesión, que lleva ya cuatro años intentando establecerse. La pobreza y la necesidad son sorprendentes: excepto una vieja mesa y un tronco que hacía las veces de silla no había huella alguna de mobiliario; y, a no ser una tetera de hojalata fabricada con un bote de queroseno, ni rastro de vajilla o enseres de cocina. En lugar de cama, un montón de paja cubierto de una pelliza y una segunda camisa. No tiene herramientas, más allá de unas cuantas puntas, un poco de hilo gris, algunos botones y un dedal de cobre que también utiliza como pipa, pues el sastre ha practicado un orificio por el que introduce un pequeño tubo de junco; el tabaco del que dispone solo parecía suficiente para llenar medio dedal» (Informe N.º 318, 1889).

<<

[100] Antes de 1888, las personas que alcanzaban la condición de campesino no tenían derecho a salir de Sajalín. Esa prohibición, que destruía toda esperanza en una vida mejor, hacía que la gente odiase Sajalín y, como medida represiva, solo servía para incrementar el número de fugas, crímenes y suicidios. Esa práctica contravenía la propia justicia, ya que a los exiliados de Sajalín se les prohibía lo que se autorizaba a los de Siberia. La razón de esa medida era que, si los campesinos abandonaban la isla, Sajalín no sería nunca una colonia, sino un lugar de relegación temporal. Pero, aunque los exiliados pasaran toda su vida en la isla, Sajalín no se convertiría en una segunda Australia. La prosperidad y la vitalidad de una colonia no dependen de las prohibiciones ni de las disposiciones, sino de la presencia de unas condiciones que garanticen una vida tranquila y segura, si no a los propios exiliados, al menos a sus hijos y a sus nietos. <<

[101] Solo encontré a una persona que expresara su deseo de quedarse para siempre en Sajalín; se trataba de un desdichado granjero de Chernígov, condenado por la violación de su propia hija. No sentía apego por su aldea natal, porque había dejado un mal recuerdo, y no se escribía con sus hijos, ya adultos, para no recordarles su existencia. Si no regresa al continente, es por su avanzada edad. <<

[102] A la pregunta: «¿Distrito de procedencia?», respondieron cinco mil setecientas noventa y una personas. Los resultados fueron los siguientes: doscientos sesenta de Tambov, doscientos treinta de Samara, doscientos uno de Chernígov, doscientos uno de Kiev, ciento noventa y nueve de Poltava, ciento noventa y ocho de Vorónezh, ciento sesenta y ocho de la región del Don, ciento cincuenta y tres de Sarátov, ciento cincuenta y uno de Kursk, ciento cuarenta y ocho de Perm, ciento cuarenta y seis de Nizhni-Nóvgorod, ciento cuarenta y dos de Penza, ciento treinta y tres de Moscú, ciento treinta y tres de Tver, ciento treinta y uno de Jerson, ciento veinticinco de Yekaterinoslav, ciento veintidós de Nóvgorod, ciento diecisiete de Járkov, ciento quince de Oriol. En los restantes distritos, el número era inferior a cien. A los del Cáucaso pertenecían en total doscientas trece personas, es decir, el 3,6 %. Hay un mayor porcentaje de caucasianos en las cárceles que en las colonias, lo que significa que no tienen la fortaleza suficiente para cumplir sus condenas y muy pocos llegan a convertirse en colonos. Las causas que se dan son los frecuentes intentos de fuga y probablemente una mortalidad elevada. A los distritos del reino de Polonia pertenecen cuatrocientos cincuenta y cinco exiliados, es decir, el 8 %. A Finlandia y los distritos de la costa occidental ciento sesenta y siete, es decir, el 2,8 %. Esas cifras solo pueden dar una idea aproximada de la composición de la población en función de su lugar de nacimiento, pero ¿quién se atrevería a sacar la conclusión de que en el distrito de Tambov se cometen más crímenes o que los ucranianos, que son muy numerosos en Sajalín, muestran mayor inclinación por el crimen que los rusos? <<

[103] Los nobles y, en general, los miembros de las clases privilegiadas, no saben arar ni cortar madera para construirse una isba. Deben trabajar y soportar el mismo castigo que los demás, pero no tienen fuerzas. Por necesidad, buscan trabajos ligeros y a menudo no hacen nada. Pero, de todas formas, viven con el temor constante de que el destino cambie y los manden a las minas, les inflijan castigos corporales, les pongan cadenas, etc. La mayoría son personas maltratadas por la vida, modestas, tristes, a las que cuesta imaginar en el papel de criminales. También hay algunos insolentes y sinvergüenzas, corrompidos hasta la médula, presas de *moral insanity*, que constituyen los advenedizos del penal; su forma de hablar, su sonrisa, sus andares, su galantería servil: todo en ellos resulta desagradable y trivial. Sea como fuere, su situación dista mucho de ser envidiable. Un preso, antiguo oficial, al que transportaban en un vagón celular a Odesa, vio por la ventana «una pintoresca y poética partida de pesca con antorchas... Los campos de Ucrania ya verdeaban; en los bosques de robles y tilos, cerca del ferrocarril, despuntaban las violetas y los lirios; y sentía cómo el aroma de las flores se mezclaba con la sensación de la pérdida libertad». (*Vladivostok*, 1888, N.º 14). Un antiguo noble, encarcelado por asesinato, me contó que sus amigos habían ido a despedirle y añadió: «En ese momento desperté a la realidad; solo tenía ganas de esfumarme, de desaparecer bajo tierra, pero mis amigos no lo entendían y se esforzaban por consolarme y colmarme de atenciones». Nada resulta más desagradable a los presos de las clases privilegiadas, cuando son conducidos por la calle, que la curiosidad de los hombres libres, especialmente de sus conocidos. Si alguien intenta reconocer entre la muchedumbre de presos a algún criminal famoso y pregunta por él en voz alta, el preso experimenta un profundo dolor. Por desgracia, no es raro que se mofen de esos criminales de las clases privilegiadas, tanto en la cárcel como en la calle e incluso en la prensa. En un periódico leí la historia de un antiguo consejero de comercio al que, en una etapa del viaje a Sajalín, invitaron a desayunar en algún lugar de Siberia. Cuando después del desayuno los presos siguieron la marcha, los anfitriones echaron de menos una cuchara. ¡El consejero de comercio la había robado! De un antiguo gentilhombre de cámara se ha escrito que está disfrutando mucho de su exilio, ya que nada en mares de champán y tiene tantas gitanas como quiere. Todo eso resulta cruel. <<

[104] El décimo censo de los distritos de Rusia (1857-1860) establece una proporción de 104,8 mujeres por cada cien hombres. <<

[105] Esa cifra solo indica la composición de los presos por sexo, pero no sirve para valorar la moralidad por sexo. Si hay menos mujeres en el penal, no es porque su sentido de la moralidad sea superior, sino porque la organización misma de la vida y, en parte, aunque en menor medida, las particularidades de su naturaleza, hacen que estén menos expuestas que los hombres a influencias externas y al riesgo de cometer delitos graves. No trabajan al servicio del Estado ni del ejército, no abandonan sus casas para ocuparse de trabajos temporales, no se ocupan de la tala de bosques, ni de la explotación minera, ni de la pesca de altura, y por tanto, les son ajenos los delitos de prevaricación, las infracciones a la disciplina militar, así como los delitos que exigen la fuerza de un hombre, como, por ejemplo, el saqueo de los correos o el asalto de caminos. Los artículos de la ley que atañen a atentados contra el pudor, violaciones, estupro y vicios antinaturales solo se aplican a hombres. En cambio, las mujeres asesinan, torturan, mutilan y encubren asesinatos con mayor frecuencia que los hombres. Entre los hombres, los asesinos constituyen el 47 % y entre las mujeres el 57 %. En lo que respecta al envenenamiento, el número de mujeres no es solo mayor en cifras relativas, sino también absolutas. En 1889, los tres distritos indicaban, en cifras absolutas, casi tres veces más envenenadoras que envenenadores, y, en cifras relativas, veintitrés a uno. Como quiera que sea, a la colonia llegan menos mujeres que hombres y, a pesar de la llegada cada año de grupos de mujeres libres, el predominio de los hombres es abrumador. Tal desigual distribución por sexo es inevitable en una colonia penitenciaria; solo podrá alcanzarse un equilibrio si desaparece la relegación, si se produce un aflujo de inmigrantes que se unan a los exiliados o si aparece en Rusia una Mrs Frey que defienda con la misma energía el envío a Sajalín de muchachas honestas de familias pobres para fomentar la vida familiar.

Para más información sobre los penales de Europa y de Rusia, y, en particular, sobre la cuestión femenina, véase el célebre libro del profesor I. Y. Foinitski, *Un estudio sobre el castigo en relación con el sistema penitenciario*. <<

[106] El doctor A. V. Scherbak escribe en uno de sus artículos: «El desembarco concluyó a la mañana siguiente. Todavía quedaba por embarcar a los presos que habían sido asignados al puesto de Kórsakov y recibir los distintos comprobantes. Los presos, en número de cincuenta hombres y veinte mujeres, fueron enviados al instante. Según las listas, los hombres no tenían oficio y las mujeres eran muy viejas. Enviaban lo peor» («Con los presos», en *Tiempo Nuevo*, N.º 5.381). <<

[107] Por ejemplo, el siguiente comunicado: «De acuerdo con la solicitud hecha por el jefe del distrito de Aleksándrovsk, formulada en su informe del 5 de enero bajo el N.º 75, la presa Azulina Kuznetsova, recluida en la prisión de Aleksándrovsk, se traslada al distrito de Timovo para administrar conjuntamente una casa con el colono Alekséi Sharapov» (1889, N.º 25). <<

[108] Cuesta imaginar dónde iban a vivir las mujeres si se negaran a convertirse en cohabitantes. En el penal no hay alojamientos separados para ellas. El director de la sección médica escribe en su informe de 1889: «Al llegar a Sajalín ellas mismas deben preocuparse por su alojamiento... Algunas no desdeñan ningún medio para procurárselo». <<

[109] Personalmente, siempre dudé de esos rumores. No obstante, los verifiqué en el lugar y recogí todos los casos que han podido suscitarlos. Se dice que hace tres o cuatro años, cuando el comandante de la isla era el general Hintze, en Aleksándrovsk, una reclusa extranjera fue casada contra su voluntad con un antiguo inspector de policía. La reclusa Yagelskaia, del distrito de Kórsakov, recibió treinta azotes porque quería abandonar a su cohabitante, el colono Kotliárov. En ese mismo lugar, el colono Yarovati se quejaba de que «su mujer» se negaba a vivir con él. Esa queja propició la siguiente orden: «Castígela». «¿Cuántos?». «Setenta». La mujer fue azotada, pero se salió con la suya y se fue a vivir con el colono Malovechkin, que hasta el día de hoy no ha dejado de alabarla. El colono Rezvetsov, ya viejo, habiendo encontrado a su cohabitante con el colono Rodin, se quejó a las autoridades. Recibió la siguiente orden: «¡Tráigala aquí!». Apareció la mujer. «¿De modo que te niegas a vivir con Rezvetsov? ¡Varas de abedul!». Y se conminó a Rezvetsov a que la castigara con sus propias manos, orden que este cumplió con gusto. No obstante, la mujer acabó por imponerse, y la he anotado no como cohabitante de Rezvetsov, sino de Rodin. Esos son todos los casos que recuerda la población. Si una presa cambia demasiado de cohabitante, ya sea por su mal carácter o porque es una desvergonzada, se la castiga; pero esos casos son raros y solo se conocen cuando los colonos presentan queja. <<

[110] En Verjni Armudán apunté a Yekaterina Petrova como cohabitante del tártaro Tujvatuli. Le ha dado algunos hijos. Para ellos trabaja un musulmán; sus conocidos también son musulmanes. En Ríkovskoie el colono Mahomet Uste-Nos vive con Avdotia Medvédeva. En Nizhni Armudán el colono protestante Peretski vive con la judía Leia Permut Broja, y en Bolshoie Takoe, el campesino relegado Kalevski tiene como cohabitante a una mujer aina. <<

[111] En los primeros diez años de transporte marítimo, de 1879 a 1889, en los vapores de la Flota Voluntaria han sido transportados ocho mil cuatrocientos treinta presos y mil ciento cuarenta y seis familiares que les seguían voluntariamente. <<

[112] Un preso llegaba a jactarse en una carta de que tenía una moneda extranjera de plata. El tono de esas cartas es jovial y jocoso. <<

[113] También hay casos de maridos que siguen a sus mujeres al exilio. En Sajalín solo hay tres maridos de ese tipo: los soldados retirados Andréi Naidush y Andréi Ganin en Aleksándrovsk y el campesino Zhigulin en Derbínskoie. Este último, que siguió a su mujer y a sus hijos, es un viejo que se comporta de una forma muy extraña, como si estuviese borracho, y es el hazmerreír de toda la calle. Un viejo alemán vino en compañía de su mujer para reunirse con su hijo Gottlieb. No habla ni una palabra de ruso. Le pregunté, entre otras cosas, cuántos años tenía:

—Nací en 1832 —dijo en alemán, luego escribió con una tiza sobre la mesa 1890 y le restó 1832.

Con un preso, un antiguo comerciante, llegó su dependiente, aunque solo se quedó un mes en Aleksándrovsk y regresó a Rusia. Según el artículo 264 del *Reglamento de la deportación*, los maridos judíos no pueden seguir al exilio a sus mujeres, mientras a ellas solo se les permite llevar a los niños de pecho, y únicamente con el consentimiento del marido. <<

[114] Salta a la vista la enorme diferencia que existe entre la situación de una mujer libre, legalmente casada, y la de su vecina presa, cohabitante, que recibe diariamente tres libras de pan de la prisión. En Vladímirovka una mujer de condición libre es sospechosa de haber asesinado a su marido. Si la condenan a trabajos forzados, empezará a recibir su ración, es decir, se encontrará en una situación mejor que antes del juicio. <<

[115] Secta fundada en el siglo XVIII, cuyos miembros se caracterizaban por tomar productos lácteos durante el ayuno, en contra de las prescripciones de la Iglesia ortodoxa. Moloko en ruso significa leche, de ahí el nombre. *[N. del t.]*. <<

[116] El *Reglamento de la deportación* también se ocupa de las mujeres de condición libre. Según el artículo 85: «Las mujeres que siguen voluntariamente a sus maridos no deber ser separados de estos durante la investigación ni están sujetas a los rigores de la vigilancia». En la Rusia europea o en el vapor de la Flota Voluntaria están libres de vigilancia, pero en Siberia, cuando el convoy se desplaza a pie o en carros, los vigilantes no tienen tiempo para distinguir quiénes son los libres y quiénes los presos. En Zabaikal tuve ocasión de ver cómo los hombres, las mujeres y los niños se bañaban juntos en el río; la escolta se había desplegado en la orilla formando un semicírculo y no permitían que nadie traspasara ese límite, ni siquiera los niños. Según los artículos 173 y 253, las mujeres que siguen voluntariamente a sus maridos «reciben ropa, calzado y dinero para alimentarse durante el viaje a su lugar de destino» en la misma proporción que los presos. Pero en el *Reglamento* no se especifica cómo deben realizar las mujeres el viaje a través de Siberia, si a pie o en carro. Según el artículo 406, con el consentimiento de sus maridos, se les permite ausentarse temporalmente del lugar del exilio y dirigirse a las provincias interiores del Imperio. Si el marido muere en el exilio o el matrimonio queda anulado por la comisión de un nuevo crimen, la mujer, según el artículo 408, puede regresar a su patria a costa del Estado.

Al describir la situación de las mujeres de los presos y de sus hijos, que solo son culpables porque el destino los ha emparentado con criminales, Vlášov dice en su informe que esta es «probablemente la parte más sombría de nuestro sistema de deportación». Ya he hablado de la irregular distribución de las mujeres de condición libre en los distritos y colonias y del escaso interés que muestra por ellas la administración local. Que el lector recuerde los barracones familiares de Dué. El hecho de que las mujeres libres y sus hijos sean alojados en celdas comunes, como si estuvieran en la cárcel, en unas condiciones detestables y en la inmediata compañía de jugadores de naipes, sus amantes y sus cerdos, y de que sean retenidos en Dué, el lugar más siniestro y deprimente de la isla, ofrece un cuadro suficientemente expositivo de la política colonizadora y agraria de las autoridades locales. <<

[117] Tabla de los grupos de edad compuesta por mí:

<i>Edad</i>	<i>Hombres</i>	<i>Mujeres</i>
0 a 5 años	93	473
5 a 10 años	319	314
10 a 15 años	215	234
15 a 20 años	89	96
20 a 25 años	134	136
25 a 35 años	1419	680
35 a 45 años	1405	578
45 a 55 años	724	236
55 a 65 años	318	56
65 a 75 años	90	12
75 a 85 años	17	1
85 a 95 años	—	1
Edad desconocida	142	35

<<

[118] En el distrito de Cherepovets las personas en edad de trabajar constituyen el 44,9 %; en el de Moscú, el 45,4 %; en el Tambov, el 42,7 %. Véase el libro de V. I. Nikolski, *El distrito de Tambov. Estadísticas de población y de morbilidad*, 1885. <<

[119] En el distrito de Cherepovets el porcentaje es del 37,3 % y en el de Tambov de cerca del 39 %. <<

[120] Mi tabla muestra que, durante la infancia, los sexos están distribuidos de forma casi igualitaria, mientras que en edades comprendidas entre los quince y los veinte años, y entre los veinte y los veinticinco, se observa incluso un ligero excedente de mujeres; después, en edades comprendidas entre los veinticinco y los treinta y cinco, los hombres son casi dos veces más numerosos, mientras que a una edad más madura su preponderancia se vuelve aplastante. El pequeño número de ancianos y la ausencia casi completa de ancianas indican que el elemento de tradición y experiencia falta en los hogares de Sajalín. A propósito, siempre que visitaba una cárcel tenía la impresión de que el número de ancianos era relativamente mayor que en la colonia. <<

[121] Aunque no está claro que la consolidación de una colonia en sus inicios dependa esencialmente del desarrollo de principios familiares. Sabemos que la prosperidad de Virginia estaba consolidada antes de que empezaran a llegar mujeres. <<

[122] Si a la hora de juzgar solo se tienen en cuenta las cifras, se puede llegar a la conclusión de que el matrimonio por la iglesia es el menos conveniente para los exiliados rusos. Según los datos oficiales de 1887, en el distrito de Aleksándrovsk había doscientas once presas, de las cuales solo treinta y cuatro estaban legalmente casadas, mientras ciento treinta y seis vivían como cohabitantes de presos y colonos. En el distrito de Timovo, ese mismo año, de ciento noventa y cuatro presas, once tenían maridos legítimos y ciento sesenta y una vivían como cohabitantes. De ciento noventa y ocho colonas, treinta y tres estaban legalmente casadas y ciento dieciocho eran cohabitantes. En el distrito de Kórsakov, ninguna presa vivía con su marido; ciento quince mantenían uniones ilegítimas. De las veintiuna colonas, solo cuatro estaban casadas. <<

[123] El príncipe Shajovski, en el *Informe sobre la organización de la isla de Sajalín*, escribe entre otras cosas: «El principal obstáculo para la formalización de los matrimonios es el registro civil, en el que a menudo no se especifica la religión ni la situación familiar, y, sobre todo, no se indica si el preso se ha divorciado del cónyuge que ha quedado en Rusia. Poner término a esa incertidumbre o solicitar el divorcio por medio del consistorio de la isla de Sajalín es tarea casi imposible».

Véanse unos ejemplos de cómo se constituye un hogar en la colonia. Una presa de Maloie Takoe, Praskovia Soloviova, vive como cohabitante del colono Kudrin, que no puede casarse con ella porque dejó mujer en Rusia; la hija de esa Praskovia, Natalia, de diecisiete años, mujer de condición libre, vive como cohabitante del colono Gorodinski, que no puede casarse con ella por el mismo motivo. En Novo-Mijaílovka, el colono Ignátiev se quejaba en mi presencia de que no podía casarse con sus cohabitante porque *su ancianidad* impedía determinar su situación familiar. Su cohabitante me suplicó que hiciese gestiones. «Es pecado vivir así, ya no somos jóvenes», me dijo. Podrían citarse centenares de ejemplos semejantes. <<

[124] Los suboficiales, especialmente los vigilantes, se consideran en Sajalín pretendientes envidiables; en ese sentido, conocen su valor y se comportan con sus novias y con sus futuros suegros con esa desvergonzada altivez que engendró el odio de N. Leskov por esas «bestias episcopales y famélicas». En los últimos diez años se han formalizado algunas *mésalliance*. Un registrador colegiado se casó con una presa; un consejero del tribunal, con la hija de un colono; un capitán, con la hija de un colono; un comerciante, con una campesina antigua forzada; una noble, con un colono. Esos raros ejemplos, en que miembros de la *intelligentsia* se casan con hijas de exiliados me parecen realmente loables y no dejarán de ejercer una buena influencia en la colonia. En enero de 1890, en la iglesia de Dué, un exiliado se casó con una guiliaka. En Ríkovskoie anoté a Grigori Sikovobilka, de once años de edad, hijo de una guiliaka. En general, los matrimonios entre rusos e indígenas son muy raros. Me hablaron de un guardián que vivía con una mujer guiliaka: ella le ha dado un hijo y quiere convertirse para poder casarse. El padre Irakli conocía a un exiliado yakuto que estaba casado con una georgiana. Ambos sabían poco ruso. En lo que respecta a los musulmanes, ni siquiera en el exilio renuncian a la poligamia y algunos tienen dos mujeres. Así, en Aleksándrovsk, Dzhaksanbetov tiene dos mujeres, Batima y Sasena; en Kórsakov, Abubakirov también tiene dos mujeres, Ganosta y Verjonisa. En Andréie-Ivánovskoie vi a una tártara de quince años de impresionante belleza, cuyo marido la había comprado a su padre por cien rublos. Cuando el marido no está en casa, ella se sienta en la cama y los colonos, apiñados en el umbral, la admiran.

El *Reglamento de la deportación* solo permite a los reclusos de ambos sexos casarse de uno a tres años después de haber adquirido la categoría de «detenido en vías de rehabilitación»; obviamente una mujer que haya ingresado en la colonia, pero todavía se encuentre en la categoría de las puestas a prueba, puede ser cohabitante, pero no esposa. A los exiliados se les permite casarse con criminales. Las mujeres que han sido privadas de todos sus derechos civiles, hasta que obtienen la condición de campesinas, solo pueden casarse con exiliados. Si una mujer de condición libre se casa en primeras nupcias con un exiliado en Siberia, recibe cincuenta rublos del Estado; si un colono se casa en primeras nupcias con una exiliada en Siberia, recibe quince rublos que no debe devolver y otros tantos a título de préstamo.

En el *Reglamento* no se dice nada de los matrimonios de los vagabundos. No sé qué documentos determinan su situación familiar y su edad. Me enteré de la existencia de esas uniones en Sajalín leyendo la siguiente nota, redactada en forma de petición: «A su excelencia, el señor comandante de la isla de Sajalín. Certificado redactado por Iván, de treinta y cinco años, que desconoce su apellido, colono de Ríkovskoie, en el distrito de Timovo. Yo, No Recuerdo, me he casado legalmente con la colona María

Bereznikova, el 12 de noviembre del pasado año de 1888». Al ser analfabeto el interesado, dos colonos firmaban en su lugar. <<

[125] Esas cifras, que extraje de los registros parroquiales, solo se refieren a la población ortodoxa. <<

[126] Según Yanson, la natalidad es de 49,8, es decir, casi cincuenta por mil. <<

[127] Catástrofes graves y transitorias, como malas cosechas, guerras, etc., hacen descender el índice de natalidad; calamidades crónicas como la elevada mortalidad infantil, y quizá también los encarcelamientos, el régimen de servidumbre, el exilio, etc., hacen que aumente. En algunas familias se observa al mismo tiempo una degeneración psíquica y un aumento de la natalidad. <<

[128] Los hijos ilegítimos del primer grupo han sido traídos al mundo por las presas, la mayoría de las veces después del juicio y en la cárcel. En las familias que han seguido voluntariamente a sus cónyuges o a sus padres no hay hijos ilegítimos. <<

[129] El volumen de la ayuda depende de que el funcionario entienda que un niño «deforme» o «inválido» no es solo el jorobado, el cojo o el manco, sino también el tuberculoso, el retrasado o el ciego.

¿Cómo se puede ayudar a los niños de Sajalín? Ante todo, me parece que el derecho a la ayuda no debería depender de criterios tales como la «pobreza», la «invalidez», etc. Hay que procurársela a todos los que la soliciten, sin temor a los fraudes; más vale ser engañado que engañarse uno mismo. La forma de la ayuda debe estar determinada por las condiciones locales. Si dependiera de mí, con el dinero que ahora se gasta en la «ayuda alimentaria», construiría en los puestos y en las colonias casas de té para todas las mujeres y los niños y proveería de ropa y alimentos a todas las mujeres embarazadas o con niños de pecho; en cuando a las «ayudas alimentarias» de un rublo y medio a tres rublos por mes, las distribuiría entre las adolescentes, desde los trece años hasta que se casen, y las entregaría en mano.

Cada año los filántropos de San Petersburgo envían a Sajalín, para que sean distribuidos entre los niños, zamarras, delantales, botas de fieltro, cofias, acordeones, libros piadosos, plumas. Cuando llegan esos objetos, el comandante de la isla invita a las damas locales a ocuparse de su distribución y reparto. Se dice que los padres pierden esos regalos a las cartas o los venden para beber, que en lugar de acordeones sería mejor enviar pan, etc., pero esa clase de comentarios no deben turbar a las personas generosas. Por lo general, los niños se ponen muy contentos y las madres y los padres se muestran sumamente agradecidos. Sería muy apropiado que los filántropos que se interesan por el destino de los niños de los exiliados tuviesen la posibilidad de recibir anualmente información detallada de los niños de Sajalín, de su número, de su composición por sexo y edad, de la cantidad de analfabetos, de los no cristianos, etc. Si el filántropo conociese, por ejemplo, cuántos niños saben leer y escribir, sabría cuántos libros o lápices es necesario enviar para que ninguno se vea privado del suyo; y podría determinar qué tipo de prendas y juguetes son los más idóneos en relación con el sexo, la edad y la nacionalidad de los niños. Es indispensable retirar la competencia de los asuntos relacionados con la filantropía a la administración local de policía, ya de por sí sobrecargada de trabajo, y dejar la organización de las ayudas a la *intelligentsia*; dentro de esa clase hay muchas personas que se sentirían encantadas de poder ocuparse de esa actividad benéfica. A veces, en invierno, se ofrecen en Aleksándrovsk espectáculos de aficionados a beneficio de los niños. Hace poco, en el puesto de Kórsakov, los funcionarios reunieron dinero mediante subscripciones y compraron varios géneros de tela con los que sus mujeres confeccionaron vestidos y ropa blanca que repartieron entre los niños.

Los hijos constituyen una carga económica y son un castigo de Dios por los pecados, pero eso no impide que los exiliados sin hijos acepten y adopten niños ajenos. Los que tienen hijos desean su muerte, y los que no los tienen adoptan huérfanos. A veces los exiliados adoptan huérfanos y niños pobres porque reciben ayudas alimentarias y otros subsidios, o incluso para que mendiguen por la calle; pero es probable que en la mayoría de los casos los exiliados actúen movidos por sentimientos nobles. Además de niños, también se adoptan también adultos e incluso ancianos. Así, el colono Iván Nóvikov Primero, de sesenta años, se considera hijo adoptivo del colono Yevgueni Yefímov, de cuarenta y dos. En Ríkovskoie, Yeliséi Maklakov, de setenta años, se declaró hijo adoptivo de Iliá Mináiev.

Según el *Reglamento de la deportación*, los niños de corta edad que siguen a Siberia a sus padres relegados o desplazados, deben realizar el viaje en carro, en razón de cinco niños por carro; pero el *Reglamento* no aclara qué se considera «de corta edad». Los niños que siguen a sus padres reciben ropa, calzado y dinero para comida durante todo el transcurso del viaje. Cuando una familia al completo sigue voluntariamente a un condenado, los hijos de más de catorce años solo parten si han expresado su consentimiento. Los hijos de más de diecisiete pueden abandonar el lugar del exilio y regresar al continente sin el permiso de sus padres. <<

[130] En sus conclusiones al informe del inspector de agricultura de 1890, el comandante de la isla dice: «Por fin existe un documento que, sin ser perfecto, se basa en datos recogidos por un especialista e interpretados sin el deseo de agrandar a unos o a otros». Llama a ese informe «un primer paso en esa dirección», lo que significa que todos los informes realizados antes de esa fecha han sido redactados con el deseo de agrandar a alguien. Más adelante el general Kononóvich afirma que, hasta 1890, todas las informaciones sobre la agricultura de Sajalín son «elucubraciones ociosas».

Al agrónomo que trabaja en Sajalín se le llama inspector de agricultura. Es un funcionario de sexta clase y recibe un buen sueldo. Tras pasar dos años en la isla, el inspector actual presentó su informe; es un pequeño estudio de escritorio que carece de observaciones personales y cuyas deducciones no se distinguen por su precisión, pero al menos expone sucintamente datos relativos a la meteorología y la flora que proporcionan una imagen bastante real de las condiciones naturales de las partes pobladas de la isla. Ese informe ha sido publicado y probablemente se incluirá en la literatura relativa a Sajalín. En lo que respecta a los agrónomos anteriores, fueron terriblemente desafortunados. Ya he mencionado más de una vez a M. S. Mitsul, que primero fue agrónomo, luego se convirtió en director y acabó muriendo de angina de pecho antes de haber alcanzado los treinta y cinco años de edad. Otro agrónomo, según se cuenta, se esforzó por demostrar que en Sajalín la agricultura era imposible, y no dejaba de enviar telegramas y documentos a no sé qué sitio; al parecer, acabó sufriendo graves desarreglos nerviosos. En cualquier caso, la gente lo recuerda como un hombre instruido y honrado, aunque loco. El tercer «director del departamento de agricultura», un polaco, fue despedido con cajas destempladas por el comandante de la isla, como muestran los anales oficiales; se dio orden de que solo se le entregara el dinero para el viaje en caso de que presentara «en Nikoláievsk el contrato establecido con un conductor de trineo para su traslado». Probablemente las autoridades temían que, una vez recibido el dinero del viaje, se quedara en la isla para siempre (Ordenanza N.º 349, 1888). En cuanto al cuarto, un alemán que no hizo nada y apenas tenía conocimientos de agronomía, el padre Irakli me contó que, después de una helada de agosto que destruyó la cosecha, fue a Ríkovskoie, reunió a la gente y preguntó compungido: «¿Por qué se ha producido esta helada?». El más avisado del grupo dio un paso al frente y respondió: «No podemos saberlo, excelencia, probablemente Dios lo ha dispuesto así». Completamente satisfecho de la respuesta, el agrónomo se sentó en su calesa y regresó a su casa con el sentimiento del deber cumplido. <<

[131] Personaje de *Hamlet*. [N. del t.] <<

[132] «El nuevo agrónomo de Sajalín (un súbdito prusiano) —escribe un periodista en *Vladivostok*, 1886, N.º 43— organizó a su llegada una muestra agrícola en la isla, inaugurada el 1 de octubre. En ella se expusieron tanto productos de los colonos de los distritos de Aleksándrovsk y Timovo como de los huertos de la cárcel... Las semillas de trigo presentadas por los colonos no se distinguían por nada especial, aun pasando por alto que entre las semillas pretendidamente obtenidas en Sajalín algunas habían sido encargadas a Grachov, el famoso seleccionador del continente. El colono Sichov, del distrito de Timovo, que exhibía trigo con un certificado de la administración que atestiguaba que ese año había obtenido una cosecha de cuarenta *puds* de trigo de esa variedad, fue acusado de fraude, es decir, de haber expuesto trigo seleccionado». De esa exposición se ocupa también el N.º 50 de ese mismo periódico: «Todos estaban asombrados de los extraordinarios ejemplares de verduras, por ejemplo, un repollo de veintidós libras y media, un rábano de trece libras, patatas de tres libras, etc. Nos atrevemos a asegurar que Europa central no puede enorgullecerse de tener mejores ejemplares». <<

[133] Con el aumento de la población se hace más difícil encontrar tierra de labor. Los valles ribereños, cubiertos de bosques caducifolios —olmos, espinos, saúcos, etc.—, donde el humus es profundo y fértil, constituyen raros oasis en medio de la tundra, los pantanos, las montañas cubiertas de bosques quemados y las depresiones con bosques de coníferas y un subsuelo que apenas filtra el agua. Incluso en la parte meridional de la isla esos valles o *yelanes* alternan con montañas y tremedales en los que la escasa vegetación se diferencia poco de la polar. Así, toda la enorme zona que se extiende entre el valle de Takoe y Mauka, áreas cultivadas, está ocupada por un tremedal completamente inutilizable. Tal vez sea posible construir carreteras, pero cambiar su severo clima no está en manos de los hombres. Por muy grande que sea el área de Sajalín Meridional, hasta la fecha solo se han encontrado cuatrocientas cinco *desiatinas* de tierra apropiada para el cultivo de cereales o verduras (Ordenanza N.º 318, 1889). A pesar de ello, la comisión encabezada por Vlášov y Mitsul, encargada de determinar la idoneidad de Sajalín para el establecimiento de una colonia penitenciaria agrícola, llegó a la conclusión de que, en la parte central de la isla, la tierra que se podía dedicar a la agricultura «superaba con mucho las doscientas mil *desiatinas*», mientras en la parte meridional «se alcanzaban las doscientas veinte mil». <<

[134] Véanse detalles en el *Informe sobre la agricultura en Sajalín en 1889*, de von Fricken. <<

[135] Hasta la fecha, por alguna razón, solo ha habido dificultades para el cultivo de la cebolla. Su falta en la dieta del exiliado se suple con la cebolla silvestre (*Allium victoriale*), que crece en estado salvaje. Esa planta bulbosa, con un fuerte olor a ajo, antaño fue considerada por los soldados del puesto y los exiliados un remedio seguro contra el escorbuto. Se puede juzgar la extensión de esa enfermedad a partir de los cientos de *puds* que almacenaban, cada invierno, las autoridades militares y penitenciarias. Se dice que la cebolla silvestre es sabrosa y nutritiva, pero no a todos les gusta su olor. Cada vez que una persona que había comido cebolla silvestre se acercaba a mí, incluso al aire libre, me sentía sofocado.

Se desconoce la superficie de praderas de Sajalín, aunque en el informe del inspector de agricultura también se ofrecen cifras al respecto. Sean cuales fueren esas cifras, lo único que resulta indudable es que pocos propietarios saben en primavera dónde van a segar en verano, que hay escasez de heno y que a finales de invierno el ganado enflaquece, falto de alimento. Las mejores praderas están en posesión de los más fuertes, es decir, de la prisión y del ejército; a los colonos les quedan las más alejadas y aquellas que solo se pueden segar con hoz, no con guadaña. La mala permeabilidad del suelo hace que la mayor parte de los prados sean pantanosos y húmedos; en consecuencia, en ellos solo crecen hierbas ácidas y carrizo que dan un heno áspero y de escaso valor nutritivo. El inspector de agricultura dice que el heno local no es ni la mitad de nutritivo que el normal. Los colonos también lo encuentran de mala calidad; los más acomodados no alimentan el ganado con heno limpio, sino mezclado con harina o patatas. El heno de Sajalín no desprende el agradable aroma del ruso. No entraré a juzgar si las hierbas gigantes que crecen en los valles boscosos pueden constituir un buen forraje, pero mencionaré que la semilla de una de esas hierbas, conocida como alforfón de Sajalín, ya se vende entre nosotros. En el informe del inspector de agricultura no se dice ni una palabra de la necesidad y la posibilidad de sembrar hierba en Sajalín.

Pasemos ahora a ocuparnos de la ganadería. En 1889 había una vaca lechera por cada dos haciendas y media en los distritos de Aleksándrovsk y Kórsakov, y por cada tres y media en el de Timovo. Esas cifras son casi las mismas para las bestias de tiro, es decir, caballos y bueyes; una vez más, el mejor distrito, es decir, el de Kórsakov, es el más pobre. No obstante, esas cifras no describen la verdadera situación, ya que en Sajalín el ganado se distribuye de forma muy irregular entre los propietarios. Todo el ganado disponible se encuentra en manos de propietarios ricos, que tienen grandes parcelas de tierra o se dedican al comercio. <<

[136] Para una información más detallada, véase el libro de A. M. Nikolski, *La isla de Sajalín y su fauna de vertebrados*. <<

[137] Los lobos se mantienen lejos de las viviendas, pues tienen miedo de los animales domésticos. Como esa explicación puede parecer increíble, citaré el siguiente ejemplo: Boussé describe el pánico de los ainos la primera vez que vieron un cerdo. También Middendorf dice que, cuando se criaron ovejas por primera vez en la región del Amur, los lobos no las molestaban. Los renos salvajes son especialmente numerosos en la costa occidental del norte de la isla; en invierno se agrupan en la tundra, pero en primavera, según Glen, cuando se dirigen al mar para lamer la sal de las rocas, las vastas llanuras de esa parte de la isla se cubren de infinidad de rebaños. En cuanto a las aves, hay gansos, patos de diferentes especies, perdices blancas, urogallos, ortegas, becardas y chochas. La emigración se prolonga hasta junio. Yo llegué a Sajalín en julio, cuando en la taiga había ya un silencio sepulcral. La isla parecía carente de vida, pero según la gente en la isla hay ruiseñores de Kamchatka, pavos, zorzales y pardillos. Hay muchos cuervos, pero ni urracas ni estorninos. Poliákov solo vio una golondrina en Sajalín, e incluso esa, en su opinión, había ido a parar a la isla por casualidad, tras perder el rumbo. En una ocasión me pareció ver una codorniz entre la hierba, pero al examinarla con mayor atención me di cuenta de que era un bonito animal que recibe el nombre de chinchilla: es el mamífero más pequeño de los distritos septentrionales. Según A. M. Nikolski no hay ratones, aunque en los informes de los primeros tiempos de la colonia se mencionan ya «pérdidas causadas por los incendios, el desgaste y la actividad de los ratones». <<

[138] Un autor vio una red japonesa que «ocupaba una superficie de tres verstas de mar; estaba sujeta a la orilla y formaba una especie de saco, que vaciaban poco a poco de los arenques que contenía». Boussé dice en sus anotaciones: «Las redes japonesas se disponen a poca distancia unas de otras y son extraordinariamente grandes. Una red rodea un espacio de setenta *sazhens* de orilla. Cuál no sería mi asombro cuando los japoneses abandonaron una a diez *sazhens* de la orilla porque estaba tan llena de arenques que, a pesar de los esfuerzos de sesenta personas, no podían sacarla... Cada vez que los remeros introducían los remos en el agua, lanzaban fuera algunos arenques y se quejaban de que les estorbaban». La migración del arenque y la pesca de los japoneses han sido descritas en detalle por Boussé y Mitsul. <<

[139] En *El Periódico del Mar*, 1880, N.º 3. <<

[140] En el río Amur, muy rico en peces, la industria pesquera está organizada de forma muy precaria porque, por lo visto, los empresarios no se gastan el dinero en traer especialistas de Rusia. Por ejemplo, se pesca gran cantidad de esturiones, pero no se sabe preparar un caviar que tenga la apariencia del ruso. El arte de los profesionales locales solo alcanza a la cura del keta, no va más allá. El general L. Deiter escribió en *El Periódico del Mar* (1880, N.º 6), que antaño se habría creado en el Amur una compañía pesquera a gran escala (una sociedad de acciones); sus miembros se agasajaban con caviar, una libra del cual costaba, según dicen, de doscientos a trescientos rublos de plata. <<

[141] Para los exiliados que viven en la desembocadura de pequeños ríos y en la orilla del mar, la pesca podría servir de apoyo a las haciendas y producir algunos beneficios, pero para ello habría que proporcionarles buenas redes, establecer cerca de la orilla a quienes, antes del traslado a Sajalín, vivían en la costa, etc.

En la actualidad, las embarcaciones japonesas que se dirigen al sur de Sajalín para pescar pagan siete kopeks-oro por cada *pud* en derechos de aduana. También están sometidos a esos derechos todos los productos preparados a base de pescado como, por ejemplo, los fertilizantes, el aceite de arenque y el de hígado de bacalao, pero los beneficios de esos derechos apenas alcanzan los veinte mil rublos. Ese es prácticamente el único beneficio que obtenemos de la explotación de las riquezas de Sajalín.

Además del *keta* en los ríos de Sajalín también entran periódicamente otros salmónidos, como el salmón jorobado y los peces conocidos con el nombre local de *kundzha*, *goi* y *chevitsa*. Por otro lado, las aguas dulces de Sajalín están pobladas permanentemente de truchas, lucios, bremas, carpas, gobios y eperlanos, que en la isla recibe el nombre de *ogurechnik* (pez pepinillo), ya que despiden un fuerte olor a pepinillo fresco. Además del arenque, se pueden capturar otros peces marinos, como el bacalao, la platija, el esturión y la japuta, que en estas aguas alcanza tal tamaño que puede tragarse un eperlano entero. En Aleksándrovsk un exiliado se dedica a pescar unos crustáceos de larga cola, muy ricos, que aquí reciben el nombre de *chirims* o *shrimms*.

En cuanto a los mamíferos marinos, en las aguas de Sajalín hay gran cantidad de ballenas, leones de mar, focas y nutrias marinas. Cuando me aproximaba a Aleksándrovsk a bordo del *Baikal*, vi muchas ballenas que, jugueteando, se desplazaban en parejas por el estrecho. Cerca de la costa occidental de Sajalín se alza un peñasco solitario que recibe el nombre de Roca del Peligro. Un testigo que se encontraba a bordo de la goleta *Yermak* quiso explorar esa roca y escribió lo siguiente: «Una milla y media antes de alcanzar el arrecife, pudimos ver que el peñasco estaba atestado de enormes leones marinos. El rugido de ese enorme rebaño salvaje nos dejó estupefactos. Las fieras habían alcanzado tallas tan fabulosas que desde lejos parecían auténticas rocas... Los leones marinos medían cerca de dos *sazhens* o más... Además, el arrecife y el mar hervían de nutrias marinas» (*Vladivostok*, 1886, N.º 29).

Puede juzgarse la envergadura que podría alcanzar en nuestros mares septentrionales el negocio de la caza de focas y ballenas a partir de la impresionante cifra que ofrezco a continuación: los armadores americanos han calculado que en catorce años (hasta

1861) obtuvieron del mar de Ojotsk aceite de foca y de ballena y barba de ballena por valor de doscientos millones de rublos (V. Zbishevski, «Apuntes sobre la caza de la ballena en el mar de Ojotsk», en *Colección Naval*, 1863, N.º 4). Pero, a pesar de ese futuro aparentemente brillante, esas industrias no proporcionarán riqueza a la colonia penitenciaria, precisamente porque se trata de una colonia penitenciaria. Según el testimonio de Brehm, «la caza de focas es una masacre general y despiadada, realizada con brutalidad y absoluta insensibilidad. Por eso no se dice “cazar focas”, sino “abatir focas”». Y añade: «En esa caza, los pueblos más salvajes actúan con mucha mayor humanidad que los civilizados europeos». Cuando se matan nutrias de mar con garrotes, sus sesos quedan esparcidos por todas partes y los ojos de esos pobres animales se salen de sus órbitas. Hay que apartar a los exiliados, especialmente a los que han sido condenados por asesinato, de tales espectáculos. <<

[142] Gracias a la col de mar y al clima relativamente suave, considero que la costa suroccidental es el único lugar de Sajalín donde es posible el establecimiento de una colonia penitenciaria. En 1885, en una de las asambleas de la «Sociedad de estudio de la región del Amur», se leyó una interesante comunicación sobre la col de mar, escrita por el actual propietario del negocio, Y. L. Semiónov. Ha sido publicada en *Vladivostok*, 1885, N.º 47 y N.º 48. <<

[143] Hasta la fecha, los artesanos solo han encontrado trabajo en los puestos, en casa de los funcionarios y de los exiliados ricos. En honor de la *intelligentsia* local hay que decir que paga con generosidad los servicios de los artesanos. Casos como el del médico que mantuvo ingresado a un zapatero para que le cosiera a su hijo unas botas o el del funcionario que se asignó una costurera como sirvienta para que cosiera gratis para su mujer y sus hijos, se comentan como tristes excepciones. <<

[144] Según los datos del inspector de agricultura. <<

[145] La *Tabla de las raciones alimentarias para los presos de ambos sexos* se compuso utilizando como base el reglamento de víveres y provisiones del ejército, aprobado el 31 de julio de 1871. <<

[146] El sobrepeso es un demonio tentador al que, como demuestran los hechos, es difícil resistirse. Por su culpa, muchos han perdido la conciencia e incluso la vida. El inspector Selivánov, al que ya me he referido, fue víctima de ese mal, ya que fue asesinado por un preso panadero al que regañaba por haber sustraído poca harina. La verdad es que el asunto vale la pena. Supongamos que la panadería de Aleksándrovsk alimente a dos mil ochocientas setenta personas; aunque solo se escamoteen diez *zlotniks* por cada ración, esa cantidad representa trescientas libras por día. En general, esas operaciones con el pan resultan muy lucrativas. Así, por ejemplo, se pueden sustraer diez mil libras de harina y luego tapar el hurto poco a poco, reteniendo un *zlotnik* por día y por detenido; dos o tres años son suficientes.

Poliákov dejó escrito: «El pan en la colonia de Málaia-Timovka era tan sumamente malo que no todos los perros se decidían a comerlo. Contenía una gran cantidad de granos sin moler, salvado y paja. Uno de mis compañeros, que estaba presente durante mi examen del pan, observó con acierto: “Con un pan como este, nada más fácil que obturarse todos los dientes, y nada más fácil que encontrar un mondadientes para limpiarlos”». <<

[147] A veces, en la cárcel, la sopa se prepara con carne fresca. Eso significa que un oso ha desgarrado una vaca o que le ha sucedido cualquier otro accidente a un toro o una vaca del Estado. Pero los presos suelen considerar que la carne de esos animales es carroña y se niegan a comerla. Citaré unas líneas de Poliákov: «La carne salada también era muy mala; procedía de toros extenuados por el trabajo en malas y tortuosas carreteras, a menudo sacrificados el día antes de su muerte natural, e incluso rematados cuando ya estaban medio muertos». Durante la migración de los peces, a los presos se les alimenta con pescado fresco, a razón de una libra por cabeza. <<

[148] La administración está al corriente de todo eso. En ese sentido, véase la opinión del comandante de la isla en persona: «Las operaciones relativas a la preparación del rancho están rodeadas de una serie de circunstancias que arrojan sobre ellas una sombra de duda» (Ordenanza 314, 1888). Si un funcionario declara que ha estado comiendo una semana o un mes el rancho de los presos, eso significa que la prisión le ha preparado platos especiales. <<

[149] Cuando se consideran las cantidades de alimento necesarias para preparar la comida, se entiende por qué los cocineros se equivocan tan a menudo y preparan un número mayor o menor de raciones. El 3 de mayo de 1890, en la cárcel de Aleksándrovsk, se dio de comer a mil doscientas setenta y nueve personas; en las ollas se echaron: trece *puds* y medio de carne, cinco *puds* de arroz, un *pud* y medio de harina para dar espesor, un *pud* de sal, veinticuatro *puds* de patatas, un tercio de libra de hojas de laurel y dos tercios de libra de pimienta; en esa misma prisión, el 29 de septiembre, para seiscientos setenta y cinco personas: diecisiete *puds* de pescado, tres *puds* de sémola, un *pud* de harina, medio *pud* de sal, doce *puds* y medio de patatas, un sexto de libra de hojas de laurel y un tercio de libra de pimienta. <<

[150] El 3 de mayo, en la cárcel de Aleksándrovsk, mil doscientos setenta y nueve personas de un total de dos mil ochocientos setenta se alimentaron de la olla de la cárcel; el 29 de septiembre, solo seiscientos setenta y cinco de un total de dos mil cuatrocientos treinta y dos. <<

[151] La administración y los médicos locales consideran que la ración de los detenidos es cuantitativamente insuficiente. Según los datos que tomé de un informe médico, los días de carne la ración contiene ciento cuarenta y dos gramos con nueve de albumen, treinta y siete con cuatro de grasas y seiscientos cincuenta y nueve con nueve de hidratos de carbono, y los días de vigilia, respectivamente, ciento sesenta y cuatro con tres, cuarenta y seiscientos setenta y uno con cuatro. Según Erisman, la dieta de los trabajadores de nuestras fábricas contiene, los días de carne, setenta y nueve con tres gramos de grasa, y los días de vigilia, sesenta y siete con cuatro. Según las reglas de la higiene, cuanto más trabaja una persona y más prolongado es el esfuerzo físico que realiza, mayor aporte de grasas e hidratos de carbono debe recibir. En ese sentido, el lector puede juzgar las pocas esperanzas que pueden depositarse en el pan y la sopa a partir de los datos ofrecidos más arriba. Los presos que trabajan en las minas reciben raciones aumentadas los cuatro meses de verano, que consisten en cuatro libras de pan, una libra de carne y veinticuatro *zolotniks* de sémola; gracias a la intercesión de la administración, se ha asignado la misma ración a los trabajadores que se ocupan de la construcción de carreteras.

En 1884, a sugerencia del jefe de la Dirección General de Prisiones, se planteó «la posibilidad de cambiar las regulaciones existentes en la isla para abaratar los costes del aprovisionamiento de los presos sin perjudicar su alimentación», y se puso en práctica el método recomendado por Dobroslavin. El difunto profesor, como se desprende de su informe, consideraba inconveniente «reducir la cantidad de alimento que se distribuía desde hacía tantos años a los presos sin estudiar con mayor detalle las condiciones de trabajo y de vida en que se encuentran, ya que no se dispone de una información exacta sobre la calidad de la carne y del pan que se distribuyen en el lugar». Con todo, encontró el modo de limitar las raciones de carne, un producto caro, a lo largo del año, y propuso tres tablas: dos para los días de carne y una para los de vigilia. Esas tablas se sometieron a la consideración de una comisión dirigida por el encargado del departamento médico. Los médicos de Sajalín que formaron parte de ella demostraron estar a la altura de su profesión. Sin vacilar, declararon que, dadas las condiciones de trabajo de Sajalín, el severo clima y el intenso esfuerzo en cualquier época del año y con cualquier tiempo, las raciones actuales resultaban insuficientes y afirmaron que los alimentos propuestos en las tablas del profesor Dobroslavin, a pesar de la reducción de la ración de la carne, podían resultar bastante más caros que los establecidos en las tablas existentes. Respondiendo al aspecto principal del problema, que hacía referencia al abaratamiento de las raciones, propusieron sus propias tablas, que, no obstante, no prometían los ahorros que demandaba la administración penitenciaria. «No habrá ahorros materiales — escribieron—, pero en cambio se puede esperar una mejora cualitativa y cuantitativa

del trabajo del preso, un descenso del número de personas enfermas y débiles y una mejora de la salud general de los presos, lo que redundará positivamente en la colonización de Sajalín, ya que proporcionará a la isla colonos llenos de fuerza y de salud». La «Relación de la oficina del comandante de la isla de Sajalín» sobre los cambios de las tablas para abaratar los costes contiene veinte informes, comunicados y actas de todo género. Merece un amplio estudio por parte de aquellas personas interesadas en la higiene de la cárcel. <<

[152] En las tiendas el *keta* ahumado se vende a treinta kopeks la pieza. <<

[153] Como ya he dicho, los nativos locales utilizan una gran cantidad de grasas en su alimentación, lo que sin duda les ayuda a combatir las bajas temperaturas y la extrema humedad. Me han dicho que en algunos puntos de la costa oriental y en las islas vecinas, los cazadores rusos han empezado a utilizar aceite de ballena en su alimentación. <<

[154] Cuando el capitán Mashinski estaba talando el bosque para tender la línea del telégrafo a lo largo del Poronai, los presos recibieron camisas tan cortas que solo podían quedar bien a un niño. La ropa de los presos se distingue por un corte rutinario y torpe, que dificulta los movimientos del trabajador; por eso, cuando descargan un barco o trabajan en las carreteras, los presos no llevan abrigos largos o capotes; no obstante, los que no estén contentos, pueden solucionarlo fácilmente por medio de la venta o el trueque. Como el modelo más cómodo para trabajar y, en general, para la vida corriente es el traje del campesino, la mayoría de los exiliados llevan ropas de civil. <<

[155] Como las islas Kuriles han acabado en manos japonesas, sería más exacto llamarlo «obispo de Sajalín». <<

[156] Para la consagración del faro Krilon por parte del obispo Martimian, véase *Vladivostok*, 1883, N.º 28. <<

[157] El tono de sus escritos es muy original. En una petición a las autoridades en la que solicitaba la ayuda de un preso para que cumpliera las funciones de sacristán, escribió: «No tengo sacristán porque en el consistorio no hay nadie disponible; además, aunque lo hubiera, dadas las condiciones del clero local, un sacristán encontraría la existencia insoportable. El pasado se acerca a su fin. Pronto dejaré Kórsakov para volver a mi amado desierto y tendré que decirle: “Dejo su casa vacía”». <<

[158] En la región de Ríkovskoie hay otra iglesia, concretamente en Malo-Timovo, donde solo se oficia el día de san Antonio el Grande; en la región de Kórsakov hay tres capillas, la de Vladímirovka, la de Kresti y la de Gálkino-Vráskoie. Todas las iglesias y capillas de Sajalín han sido construidas con fondos del penal y con el trabajo de los presos; la iglesia de Kórsakov es la única levantada con fondos donados por las tripulaciones del *Vsadnik* y del *Vostok* y por los militares del puesto.

<<

[159] El profesor Vladímirov dice en su *Manual de derecho penal* que a los presos se les anuncia el paso a la categoría de detenidos en vías de rehabilitación con cierta solemnidad. Probablemente se refería al artículo trescientos uno del *Reglamento de la deportación*, según el cual ese anuncio debe hacerse en presencia de la más alta autoridad penitenciaria y de un sacerdote invitado para la ocasión, quien..., etc. Pero en la práctica ese asunto resulta de difícil aplicación, pues habría que invitar al sacerdote todos los días; además, esa clase de solemnidad no cuadra con un ambiente de trabajo. En la práctica tampoco se cumple la ley que exonera a los presos de trabajar los días de fiesta, ni la regla según la cual los presos en vías de rehabilitación deben ser exonerados con mayor frecuencia que los puestos a prueba. Esa diferenciación exigiría una gran pérdida de tiempo y muchas molestias.

La única actividad poco común de los sacerdotes locales consiste en que algunos de ellos desempeñan funciones misioneras. Tal era el caso, en la época de mi viaje a la isla, del padre Irakli, buriato de nacimiento, sin barba ni bigote, que había venido del convento de Posolsk, en Zabaikal. Había pasado ocho años en Sajalín, los últimos como sacerdote de la parroquia de Ríkovskoie. Dadas sus obligaciones misioneras, viajaba una o dos veces al año al golfo de Nisk y el valle del Poronai, bautizando, dando la comunión y casando a los indígenas. Convirtió a cerca de trescientos orochis. Evidentemente, en sus viajes por la taiga, sobre todo en invierno, no podía esperar ningún tipo de comodidades. El padre Irakli solía pasar la noche en un saco de dormir de piel de cordero, en el que guardaba su tabaco y su reloj. Sus compañeros de viaje se levantaban dos o tres veces a encender fuego o preparar té para calentarse, pero él dormía de un tirón. <<

[160] Según la tradición popular, quien ponía primero el pie en el pañuelo estaba destinado a llevar la voz cantante en el hogar. *[N. del t.]*. <<

[161] Según el rito ortodoxo, después de la ceremonia, a los novios se les pone una corona en la cabeza. *[N. del t.]*. <<

[162] Según mis anotaciones, los ortodoxos constituyen el 86,5 % de la población; los católicos y protestantes, el 9 %; los musulmanes, el 2,7 %; el resto son judíos y armenios de rito gregoriano. Un sacerdote católico viene desde Vladivostok una vez al año; con ocasión de esa visita, «se lleva» a los exiliados católicos de ambos distritos septentrionales a Aleksándrovsk, en una época que coincide con las inundaciones de primavera. Los católicos se quejaban de que el sacerdote venía muy rara vez y los niños tenían que esperar largo tiempo para recibir el bautismo; muchos padres, para que sus hijos no mueran sin bautizar, se dirigen al cura ortodoxo. De hecho, me encontré con niños ortodoxos cuyo padre y cuya madre eran católicos. Al no disponer de un sacerdote de su confesión, cuando un católico muere se llama a un cura ortodoxo para que cante «Santo es el Señor». En Aleksándrovsk vino a visitarme un protestante, condenado en San Petersburgo por incendiario, y me dijo que los protestantes habían constituido una sociedad en Sajalín; como prueba, me mostró un sello en que había grabado: «Sello de la sociedad protestante de Sajalín». Los protestantes se reúnen en su casa para rezar e intercambiar opiniones. Los tártaros eligen un *mullah* entre los suyos y los judíos un rabino, aunque no de manera oficial. En Aleksándrovsk se está construyendo una mezquita. El *mullah* Vas-Hasan-Mamet, un hombre apuesto y moreno de treinta y siete años, natural de la región del Daguestán, la está construyendo a sus expensas. Me preguntó si le dejarían ir a La Meca, una vez cumplida su condena. En el suburbio de Peissikovka, en Aleksándrovsk, hay un molino de viento completamente abandonado. Se cuenta que lo construyeron un tártaro y su mujer, que talaron los árboles, cargaron los troncos y aserraron las tablas sin ayuda de nadie. Cuando obtuvo la condición de campesino, el tártaro se trasladó al continente, tras donar su molino al Estado y no a sus compatriotas tártaros, que no habían querido nombrarle *mullah*. <<

[163] En su informe del 27 de febrero de 1890, el jefe del distrito de Aleksándrovsk, en cumplimiento de la orden del comandante de la isla sobre la búsqueda de personas dignas de confianza, de condición libre o colonos, para sustituir a los presos que actualmente trabajan como profesores en las escuelas de las aldeas, expone que, en el distrito de su competencia, no hay nadie, ni entre las personas de condición libre ni entre los colonos, que pueda desempeñar satisfactoriamente las tareas de profesor. «Así pues —escribe—, al encontrar dificultades insuperables en la elección de personas que, por su formación, fueran medianamente aptas para la actividad docente, no me decido a designar a ningún colono o campesino de mi distrito para que se encargue de los asuntos escolares». Aunque el jefe del distrito no se decide a confiar los asuntos escolares a los exiliados, siguen siendo estos quienes trabajan como profesores, con su conocimiento y por nombramiento suyo. Para evitar semejantes contradicciones, lo más sencillo sería contratar maestros de verdad en Rusia o Siberia, y asignarles el mismo salario que perciben los vigilantes, pero para ello habría que cambiar de forma radical el punto de vista sobre la actividad docente y dejar de considerarla menos importante que las tareas de los vigilantes. <<

[164] A juzgar por algunos datos fragmentarios y ciertos indicios, las personas que saben leer y escribir sobrellevan mejor su castigo que las analfabetas; según parece, entre estas últimas hay relativamente más reincidentes, mientras las primeras obtienen con mayor facilidad la condición de campesino. En Siansi apunté a dieciocho hombres que sabían leer y escribir, trece de los cuales, es decir, casi todos, habían alcanzado la condición de campesino. En la cárcel todavía no es costumbre alfabetizar a los adultos, aunque durante el invierno hay días de mal tiempo en que los presos no pueden salir de la cárcel y languidecen sin hacer nada. Esos días podrían perfectamente aprender a leer y escribir.

Dado su analfabetismo, las cartas que los exiliados mandan a sus casas suelen redactarlas los escribientes. Describen su triste vida, su pobreza, y su desdicha, piden a sus cónyuges la anulación del matrimonio, etc., pero lo hacen con el mismo tono que emplearían para describir la borrachera de la víspera: «Bueno, por fin me decido a escribirte unas letras... Libérame de los lazos matrimoniales» etc., o se ponen a filosofar de tal forma que a veces no hay modo de entender el sentido de la carta. Uno de los escribientes del distrito de Timovo tiene un estilo tan oscuro que ha merecido de sus compañeros el apodo de «bachiller». <<

[165] Véase N. V. Bousse, *La isla de Sajalín y la expedición de 1853-1854*. <<

[166] Lopatin, «Informe al gobernador general de Siberia Oriental», en *Revista de Minas*, 1870, N.º 10. <<

[167] En el departamento de policía de Kórsakov vi el siguiente documento, perteneciente a 1870: «Lista de suboficiales que se encuentran en el puesto de minas de carbón de Putiatin, en la orilla del río Sirtunai». Dice así:

Vasili Vedérmikov, jefe de escuadra y también zapatero, panadero y cocinero.

Luká Pílkov, antiguo jefe de escuadra, destituido por negligencia y arrestado por ebriedad e impertinencia.

Jaritón Mílnikov, no ha sido cogido en falta, pero es perezoso.

Yevgraf Raspópov, idiota e incapaz de realizar trabajo alguno.

Fiódor Chelókov y Grigori Ivánov, fueron sorprendidos robando dinero y en mi presencia dieron signos de violencia, ebriedad y desobediencia.

El secretario del distrito y director del puesto de minas de carbón de Putiatin, en la isla de Sajalín.

F. LITKE <<

[168] N. S. cuenta que no hace mucho tiempo, en 1885, un general, al tomar posesión de su cargo, preguntó a un soldado-guardián:

—¿Para qué tienes un revólver?

—Para intimidar a los presos, excelencia.

—¡Dispárale a ese tocón! —ordenó el general.

Se produjo entonces un gran desconcierto: el soldado no conseguía sacar el revólver de la funda y al final requirió ayuda ajena. Una vez con el revólver en la mano, empezó a manejarlo con tanta ineptitud que la orden fue revocada, pues en lugar del tocón, podría haber alcanzado perfectamente a un miembro del público. *El Mensajero de Kronstadt*, 1890, N.º 23. <<

[169] Sintovski, «Las condiciones higiénicas del penal», en *Salud*, 1875, N.º 16. <<

[170] En la cárcel de Voievodsk me mostraron a un recluso, un antiguo soldado de escolta, que ayudó a varios vagabundos a escapar de Jabarovka, huyendo él mismo con ellos. En el verano de 1890, en la cárcel de Ríkovskoie, estaba encerrada una mujer de condición libre, acusada de incendiaria. El preso Andréiev, que ocupaba la celda contigua, se quejaba de que los soldados de la escolta le impedían dormir por la noche, pues no dejaban de visitar a la mujer y de armar jaleo. El jefe del distrito solventó el problema cambiando la cerradura de la celda y haciéndose cargo de la llave. Pero los miembros de la escolta consiguieron una copia, de modo que el jefe del distrito no pudo hacer nada y las orgías nocturnas continuaron. <<

[171] Lo que da lugar a una flagrante injusticia: los mejores soldados se quedan en sus regimientos y solo reciben su asignación, mientras los peores, que trabajan en la cárcel, reciben su asignación y el salario de guardián. El príncipe Shajovski, en su libro *Informe sobre la organización de la isla de Sajalín*, expresa la siguiente queja: «El contingente principal de guardianes (66 %) se compone de soldados rasos de los regimientos locales, que reciben del Estado unos emolumentos de doce rublos y cincuenta kopeks al mes. Su analfabetismo, su escasa inteligencia y su tendencia a aceptar sobornos, así como la ausencia de los rigores de la disciplina militar y la libertad de acción de que disponen, les llevan, salvo raras excepciones, a tratar a los presos de manera arbitraria y contraria a la ley o a humillarse de forma impropia ante ellos». El actual comandante de la isla opina que «los muchos años de experiencia han demostrado la completa ineficacia de los guardianes tomados de los destacamentos locales». <<

[172] Los guardianes-jefe reciben cuatrocientos ochenta rublos anuales, y los ordinarios, doscientos dieciséis. Al cabo de determinados plazos, esa cantidad aumenta en un tercio, después en dos e incluso puede doblarse. Pasa por un sueldo interesante y no deja de tentar a los funcionarios inferiores, por ejemplo a los telegrafistas, que se convierten en guardianes a la menor oportunidad. Existe el temor de que, si alguna vez se contratan maestros de escuela y se les paga el salario habitual de veinte o veinticinco rublos, estos acaben convirtiéndose en guardianes.

Ante la imposibilidad de encontrar en el lugar personas de condición libre que ejerzan las funciones de guardianes o de tomarlos de la tropa sin debilitarla, el comandante de la isla, en 1888, decidió incluir en el cuerpo de guardianes colonos y campesinos antiguos forzados, de conducta leal y experiencia probada. Pero esa medida no produjo buenos resultados. <<

[173] Sobre ese particular, véase Lukashévich, «Mis conocidos en Dué, Sajalín», en *El Mensajero de Kronstadt*, 1868, N.º 47 y N.º 49. <<

[174] Antes de 1875, el penal de Sajalín Septentrional se encontraba bajo la dirección del comandante del puesto de Dué, un oficial cuyos superiores residían en Nikoláievsk. A partir de 1875, Sajalín se dividió en dos distritos: Sajalín Septentrional y Sajalín Meridional. Ambos distritos, que entraron a formar parte de la región de Primórskaia, estaban sometidos, en lo civil, al gobernador militar, y en lo militar, al comandante de las tropas de la región de Primórskaia. La administración local se confió a los jefes de distrito. Al mismo tiempo, se concedió el título de comandante de Sajalín Septentrional al director de los penales de Sajalín y de la región de Primórskaia, con residencia en Dué, y el título de comandante del distrito Meridional, al comandante del cuarto batallón de línea de Siberia Oriental, con residencia en el puesto de Kórsakov. En las personas de los jefes de distrito se concentraba el poder local, tanto civil como militar. La administración se componía por entero de militares. <<

[175] Según la nueva situación, la dirección superior de Sajalín recae en el gobernador general de la región del Amur y la dirección local en el comandante de la isla, elegido entre el cuerpo de generales. La isla se dividió en tres distritos. Las cárceles y las colonias de cada distrito se encuentran bajo la dirección única de los comandantes de distrito, cuya posición equivale a la de nuestros jefes de policía. Cada cárcel, así como las colonias circundantes, está controlada por un inspector de prisiones; si las colonias están controladas por un funcionario especial, se llama inspector de las colonias; ambos puestos se corresponden con nuestro comisario de policía de distrito. A las órdenes del comandante de la isla trabajan el director de su oficina, un contable y tesorero, un inspector de agricultura, un agrimensor, un arquitecto, un traductor de lenguas aina y guiliaka, un vigilante del almacén central y el encargado del departamento médico. En cada uno de los cuatro destacamentos militares debe haber un oficial de estado mayor, dos oficiales superiores, y un médico; además, un ayuda de campo de la dirección de los ejércitos, su adjunto y un auditor. También hay que mencionar a los cuatro sacerdotes y a los empleados que no tienen una relación directa con la cárcel, como, por ejemplo, el director de correos y telégrafos, su asistente, los telegrafistas y los dos fareros. <<

[176] Obra de Gógol. *[N. del t.]*. <<

[177] Basta pasarse un día hojeando documentos en una oficina para desesperarse con las cifras hinchadas, los balances inexactos y las «elucubraciones ociosas» de los inspectores adjuntos, los guardias-jefe y los escribientes. No pude encontrar ningún registro del año 1886. Encontré algunos informes con la siguiente anotación a pie de página, escrita a lápiz: «Probablemente falso». Las mentiras eran especialmente flagrantes en las secciones relacionadas con la situación familiar de los reclusos, los niños y la composición de los exiliados según el tipo de delito. El comandante de la isla me dijo que en una ocasión tuvo necesidad de saber cuántos presos habían llegado anualmente en la Flota Voluntaria desde 1879 y se vio obligado a solicitar la información a la Dirección General de Prisiones, pues en las oficinas locales las cifras no aparecieron. «A pesar de mis constantes requerimientos, no he recibido ningún tipo de información referente a 1886 —se queja un jefe de distrito en uno de sus informes—. Mi situación es especialmente desfavorable, pues me resulta imposible reconstruir las informaciones que se me solicitan, ya que en los años precedentes no se recogieron datos de ningún tipo. Así, por ejemplo, me resulta extraordinariamente difícil establecer el número de efectivos a 1 de enero de 1887, incluso de colonos y campesinos». <<

[178] Personaje de *El revisor* de Gógol. [N. del t.] <<

[179] Se refiere a las crueldades perpetradas por los vigilantes de la colonia de Onor, que causaron la muerte de varias personas. *[N. del t.]*. <<

[180] Los funcionarios locales a menudo están expuestos a graves peligros en el desempeño de sus funciones. El jefe del distrito de Timovo, el señor Butakov, contrajo la disentería cuando recorría a pie, en ambos sentidos, el curso del Poronai, y estuvo a punto de morir. En una ocasión, el jefe del distrito de Kórsakov, el señor Beli, se dirigía en una ballenera de Kórsakov a Mauka cuando, en medio del viaje, les sorprendió una tormenta y tuvieron que adentrarse en el mar. Zarandeados por las olas durante dos días seguidos, el señor Beli, el preso que manejaba el timón y un soldado que se encontraba a bordo por casualidad pensaron que había llegado su fin. Pero fueron arrojados a la orilla cerca del faro de Krilon. Una vez en casa del vigilante del faro, el señor Beli se contempló en un espejo y descubrió varias canas que no tenía antes. El soldado se quedó dormido y no hubo manera de despertarlo hasta cuarenta horas más tarde. <<

[181] En la actualidad, se puede disfrutar de entretenimientos como espectáculos de aficionados, excursiones y veladas; antaño resultaba difícil hasta organizar una partida de *préférence*. También las inquietudes intelectuales pueden satisfacerse con mayor facilidad. La gente se suscribe a revistas, periódicos y libros; cada día se reciben despachos de la Agencia del Norte; muchas casas tienen piano. Los poetas locales no carecen de lectores y oyentes. Durante un tiempo se editó en Aleksándrovsk un periódico manuscrito, *Butonchik*, pero no pasó del séptimo número. Los altos funcionarios disponen de alojamientos confortables, espaciosos y bien caldeados; tienen cocineros y caballos; los de grado inferior alquilan las viviendas de los colonos, ocupando casas enteras o habitaciones amuebladas y totalmente equipadas. El joven funcionario-poeta al que mencioné al comienzo del libro, había alquilado una habitación con multitud de iconos, una lujosa cama con baldaquino e incluso un tapiz en la pared, que representaba a un jinete disparando contra un tigre.

El comandante de la isla recibe siete mil rublos; el director del departamento médico, cuatro mil; el inspector de agricultura, tres mil quinientos; el arquitecto, tres mil cien; y los jefes de distrito, tres mil quinientos cada uno. Cada tres años todo funcionario tiene derecho a un permiso de seis meses con sueldo completo. Cada cinco años obtiene un aumento de sueldo del 25 %. Al cabo de diez años, cobra una pensión; dos años de servicio cuentan por tres. Las dietas de viaje tampoco son pequeñas. Un inspector de prisiones adjunto, no titular, recibe una cantidad de mil novecientos cuarenta y cinco rublos con sesenta y ocho kopeks y tres cuartos por ir de Aleksándrovsk a San Petersburgo, es decir, una suma que bastaría para dar la vuelta al mundo con todas las comodidades (Ordenanzas N.º 302 y N.º 305, 1889). Las dietas de viaje no solo se conceden a los funcionarios que se jubilan, sino también a los que toman un permiso después de cinco o diez años de servicio; estos últimos no tienen derecho a viajar, de modo que las dietas desempeñan el papel de una prima o recompensa. Los sacerdotes reciben dietas de viaje para todos los miembros de su familia. Un funcionario que vaya a retirarse suele solicitar en invierno dietas para llegar a Petropavlovsk, que se encuentra a trece mil verstas, o al distrito de Jolmogorsk, a once mil. A la vez que presenta la petición de retiro, envía a la Dirección General de Prisiones un telegrama solicitando un pasaje gratuito para él y toda su familia hasta Odesa en un vapor de la Flota Voluntaria. Hay que añadir que, mientras un funcionario desempeña sus funciones en Sajalín, sus hijos se educan a costa del Estado.

En cualquier caso, los funcionarios locales no están contentos con su vida. Son irritables, discuten por naderías y se aburren. Tanto ellos como los miembros de su

familia son propensos a la tisis y a diversos desarreglos nerviosos y psíquicos. Durante mi estancia en Aleksándrovsk, un joven funcionario, hombre amabilísimo, se paseaba, incluso en pleno día, con un enorme revólver. Cuando le pregunté por qué llevaba en el bolsillo un arma tan voluminosa, me respondió muy serio:

—Dos compañeros tienen intención de acabar conmigo y ya me han atacado una vez.

—¿Y qué pretende hacer usted con ese revólver?

—Muy sencillo, los mataré como a perros. No crea que voy a andarme con ceremonias. <<

[182] El señor Kamorski, inspector de prisiones, me dijo en presencia del gobernador general: «Si al final quince o veinte reclusos de cada cien se convierten en personas honradas, el mérito no es tanto de las medidas de rehabilitación a las que recurrimos como de los tribunales de Rusia, que envían al penal a muchos elementos buenos y válidos». <<

[183] La aspiración natural e invencible al bien supremo —la libertad— se considera en el penal una inclinación criminal, y la tentativa de fuga se castiga con trabajos forzados y latigazos, como los delitos más graves. El colono que, movido por los impulsos más nobles, dé asilo por una sola noche, en el nombre de Cristo, a un fugitivo, es castigado a trabajos forzados; si un colono es un holgazán o bebe más de la cuenta, el comandante de la isla puede enviarlo por un año a las minas de carbón. Endeudarse también se considera un delito en Sajalín. Para castigar a los colonos que se encuentran en esa situación, se les niega la condición de campesino. Un decreto de la policía que manda por un año a trabajos forzados a los colonos perezosos, negligentes con la organización de su hacienda y que se sustraen voluntariamente al pago de la deuda contraída con el Estado, ha sido aprobado por el comandante de la isla, a condición de que el colono sea asignado previamente como trabajador remunerado a la compañía «Sajalín», para que primero pueda saldar esa deuda (Ordenanza N.º 5, 1890). En suma, el exiliado a menudo se expone a la pena de látigo y trabajos forzados por faltas que en condiciones normales entrañarían una amonestación, un arresto o una breve estancia en la cárcel. Por otro lado, los robos, tan frecuentes en las prisiones y en las colonias, rara vez dan lugar a la apertura de sumarios, de manera que, si uno se fía de los datos oficiales, podría llegar a la conclusión, totalmente falsa, de que los exiliados son más respetuosos con la propiedad ajena que los hombres libres. <<

[184] Los presos lanzan al agua sacos de harina y van a buscarlos más tarde, probablemente de noche. El segundo de a bordo de un barco me dijo: «No has tenido tiempo de pestañear, cuando ya han limpiado todo el lugar. Por ejemplo, cuando descargan los barriles de pescado salado, todos intentan llenarse de peces los bolsillos, la camisa y los pantalones... Y se les castiga por ello. Se coge un pescado por la cola, y se les da en los morros, en los morros...». <<

[185] Sin embargo, la administración de policía me dio una lista en la que solo figuraban treinta prostitutas, que son examinadas semanalmente por el médico. <<

[186] En 1889, se instruyó sumario y se juzgó por intento de fuga a ciento setenta y un presos. El caso de un tal Kolosovski, iniciado en julio de 1887, se suspendió porque los testigos no se presentaron en la audiencia. Algunos casos de evasión de la cárcel, iniciados en septiembre de 1883, fueron sometidos por el fiscal a la consideración del tribunal del distrito de Primórskaia en 1889. El caso de Lesnikov, empezado en marzo de 1885, concluyó en febrero de 1889, etc. La mayoría de los sumarios abiertos en 1889 —el 70 %— tenía que ver con fugas, a continuación venían los casos de asesinato o complicidad en asesinato, el 14 %. Si se hace abstracción de las fugas, la mitad de los sumarios tienen que ver con asesinatos. El asesinato es uno de los crímenes más frecuentes en Sajalín, probablemente porque la mitad de los presos ha sido condenada por asesinato. Los asesinos locales cometen sus crímenes con singular facilidad. Cuando estuve en Ríkovskoie, un preso le cortó el cuello a otro con un cuchillo mientras trabajaban en un huerto del Estado; según explicó, lo hizo para no trabajar, ya que a los procesados se les mantiene en una celda, sin hacer nada. En Goli Mis, un joven carpintero llamado Plaskin asesinó a su amigo por unas monedas de plata. En 1885, unos fugitivos fueron a parar a una aldea aina y, al parecer, llevados de su gusto por las emociones fuertes, se dedicaron a torturar a los hombres y a las mujeres, violando a estas últimas y colgando a los niños de travesaños. La mayoría de los asesinatos impresionan por su falta de sentido y su brutalidad. Los casos de asesinato se prolongan durante muchísimo tiempo. Así, un caso comenzó en septiembre de 1881 y concluyó en abril de 1888. Otro caso comenzó en abril de 1882 y concluyó en agosto de 1889. El caso del asesinato de las familias ainas que acabo de mencionar aún no ha terminado. «El caso del asesinato de los ainos ha sido juzgado por un tribunal militar y once de los acusados han sido ejecutados; el departamento de policía desconoce el veredicto del tribunal sobre los cinco acusados restantes. El comandante de la isla se ocupó de esos hechos en sus informes del 13 de junio y el 23 de octubre de 1889». Los casos de «cambio de nombre y apellido» son especialmente largos. Así, un caso comenzó en marzo de 1880 y aún no ha concluido, ya que siguen sin recibirse los informes del gobierno regional de Yakutsk. Otro caso comenzó en 1881, un tercero en 1882. A ocho personas se les abrió sumario y se las juzgó «por emisión y uso de billetes falsos». Se dice que esos billetes falsos se fabrican en la misma Sajalín. Cuando descargan barcos extranjeros, los presos compran a bordo tabaco y vodka, que suelen pagar con billetes falsos. El judío al que le robaron en Sajalín cincuenta y seis mil rublos fue enviado a la isla por falsificar billetes; ya ha cumplido su pena y se pasea por Aleksándrovsk con sombrero, abrigo y leontina; siempre habla con los funcionarios y vigilantes en voz baja o en susurros; gracias a una denuncia de ese personaje repugnante, fue arrestado y encadenado un campesino con familia numerosa, también

judío, al que un tribunal militar había condenado previamente a cadena perpetua por «sedición»; no obstante, mientras atravesaba Siberia, su expediente fue falsificado y la pena reducida a cuatro años. En la «Relación de personas encausadas y juzgadas el pasado año de 1889» también se menciona el caso «del robo de un almacén de la guarnición de Kórsakov»; el acusado está procesado desde 1884, pero «no hay informaciones sobre el comienzo y el final de la instrucción en los informes del anterior jefe de distrito de Sajalín Meridional y se desconocen las conclusiones del caso». Por orden del comandante de la isla, ese caso fue remitido en 1889 al tribunal del distrito. Parece que el acusado será juzgado por segunda vez. <<

[187] Según el *Reglamento de la deportación*, para arrestar a un exiliado las autoridades no deben observar el procedimiento prescrito por el Código de instrucción judicial. Un deportado, cuando es sospechoso de algún delito, puede ser detenido en cualquier circunstancia (artículo 484). <<

[188] Antaño a veces sucedía que un caso desaparecía misteriosamente o era bruscamente interrumpido «por razones enigmáticas» (véase *Vladivostok*, 1885, N.º 43). Además, en una ocasión se robó una resolución de un tribunal militar. El señor Vlášov menciona en su informe a Aizik Shapiro, un preso condenado a cadena perpetua. Era un judío que vivía en Dué y comerciaba con vodka. En 1870 se le acusó de abusar de una niña de cinco años; pero el caso, a pesar del flagrante delito y de las pruebas, fue silenciado. De la instrucción se ocupó un oficial del destacamento militar que había empeñado su rifle a ese Shapiro y dependía económicamente de él. Cuando se le retiró el caso, no se encontraron documentos que acusaran a Shapiro, que goza en Dué de gran estima. Un día el jefe del puesto preguntó dónde estaba Shapiro y le respondieron: «El señor ha ido a tomar el té». <<

[189] En la aldea de Andréie-Ivánovskoie, en el transcurso de una noche lluviosa, a S. le robaron un cerdo. Las sospechas recayeron en Z., cuyos pantalones estaban manchados de excrementos de cerdo. Se le practicó un registro, pero no se encontró el animal. No obstante, la comunidad rural decretó confiscar el cerdo de su casero, A., que podía ser culpable de encubrimiento. El jefe del distrito ratificó esa decisión, aunque la encontró injusta. «Si no ratificamos las decisiones de la comunidad rural — me dijo—, Sajalín quedaría totalmente privada de tribunales». <<

[190] Las marcas en la espalda, el afeitado de la mitad del cráneo y las cadenas, que antaño servían para prevenir fugas y reconocer más fácilmente a los presos, han perdido su anterior significación y en la actualidad solo se conservan como castigos ignominiosos. La marca, un rombo que puede alcanzar hasta dos *vershoks* por lado, debe tener, según el *Reglamento*, un color distinto al de la ropa. Hasta hace poco era amarilla, pero como ese es el color de los cosacos del Amur y de Zabaikal, el barón Korff ordenó que se hiciera con paño negro. No obstante, las marcas han perdido toda su significación, pues la gente se ha familiarizado con ellas y no les presta atención. Lo mismo se puede decir de las cabezas afeitadas. En Sajalín solo se inflige ese castigo a los fugitivos capturados, a los encausados y a los presos encadenados a una carretilla; en el distrito de Kórsakov no se emplea esa medida. Según el *Reglamento de la deportación*, las cadenas deben tener un peso comprendido entre las cinco libras y las cinco libras y media. Durante mi estancia solo vi a una mujer que llevara cadenas, Mano de Oro, que llevaba grilletes en las manos. Los prisioneros que están a prueba deben llevar obligatoriamente cadenas, pero el *Reglamento* permite que les sean retiradas cuando es necesario para el desempeño de su trabajo; y, como en casi todos los trabajos los grilletes son un impedimento, la inmensa mayoría de los presos se libra de ellos. Incluso hay un buen número de presos condenados a cadena perpetua que no están encadenados, a pesar de que, según el *Reglamento*, deben llevar grilletes en las manos y en los pies. Por ligeros que sean, cuando menos entorpecen los movimientos. Algunos prisioneros se acostumbran, aunque no todos. En una ocasión vi a algunos presos de edad madura, que se cubrían los grilletes con los faldones del capote ante los extraños. Tengo una fotografía en la que aparece un grupo de deportados de Dué y Voievodsk en su lugar de trabajo; la mayoría de los encadenados se las ingenieron para que las cadenas no salieran en la fotografía. Evidentemente, como castigo ignominioso las cadenas alcanzan su objetivo en muchos casos, pero el sentimiento de humillación que causan al criminal no tiene mucho que ver con la vergüenza. <<

[191] Fue enviado al penal por haberle cortado la cabeza a su mujer. <<

[192] Yádrintsev habla de un tal Demídov que, para poner al descubierto todos los detalles de un crimen, hizo torturar a la esposa del asesino, una mujer de condición libre que había seguido voluntariamente a su marido a Siberia y a quien, por tanto, no se le podía aplicar ningún castigo corporal. Después mandó torturar a la hija del asesino, de once años: la tenían a la intemperie y el verdugo la azotaba de la cabeza a los pies. Incluso le dieron algunos latigazos y, cuando pidió de beber, le ofrecieron un salmón salado. Le habrían dado más latigazos, si el propio verdugo no se hubiera negado a seguir. Escribe Yádrintsev. «La crueldad de Demídov es consecuencia natural de su prologada trayectoria al frente de grandes masas de exiliados» («La situación de los presos en Siberia», en *El Mensajero de Europa*, 1875, XI y XII). Vlášov habla en su informe del teniente Yevfrónov, cuya debilidad «le llevó a convertir el barracón de los presos en un garito de juego y una guarida de crímenes de todo tipo; además, sus bruscos accesos de crueldad motivaron reacciones violentas por parte de los presos. Uno de los criminales, deseando librarse de una cantidad excesiva de azotes, mató al inspector antes de la ejecución del castigo».

El actual comandante de la isla, el general Kononóvich, siempre se muestra contrario a los castigos corporales. Cuando someten a su aprobación sentencias dictadas por las administraciones de policía o el tribunal de Jabarovsk, suele escribir: «Aprobada, a excepción del castigo corporal». Por desgracia, falto de tiempo, rara vez tiene ocasión de visitar las cárceles y no sabe con cuánta frecuencia se azota en la isla, incluso a doscientos o trescientos pasos de su residencia; además, su único medio para determinar cuántas personas sufren castigos corporales son los informes. Un día, encontrándome en el salón de su casa, en compañía de varios funcionarios y un ingeniero de minas de paso, me dijo:

—En Sajalín los castigos corporales son una medida extraordinariamente rara, a la que no recurrimos casi nunca. <<

[193] En Vladivostok también son frecuentes los casos de nostalgia entre los funcionarios y los marineros. Yo mismo vi allí a dos funcionarios locos: un jurista y un maestro de coro. Si tales casos no son raros entre hombres libres, que viven en condiciones relativamente favorables, se comprende cuán numerosos deben de ser en Sajalín. <<

[194] En una ocasión en que volvía a mi barco a bordo de un cúter, recuerdo haber visto una barcaza repleta de fugitivos. Unos parecían apenados, otros reían a carcajadas. Uno de ellos no tenía pies: se le habían congelado. Los llevaban de vuelta desde Nikoláievsk. Mirando esa barcaza, llena hasta los topes, podía uno imaginarse cuántos fugitivos más vagaban por la isla y por el continente. <<

[195] Una vez unos fugitivos robaron una brújula en Dué para encontrar el norte y evitar el cordón de vigilancia del cabo Pogobi, pero la brújula les llevó directamente a los puestos de guardia. Me contaron que últimamente los fugitivos, para no ir a la custodiada costa occidental, han empezado a dirigirse al este, al golfo de Nisk, desde donde se dirigen al norte, siguiendo la costa del mar de Ojotsk, hasta los cabos María y Yelizaveta, y luego hacia el sur, para cruzar el estrecho que hay frente al cabo de Prongue. Me contaron que ese itinerario lo eligió el famoso Bogdánov, que se fugó poco antes de que yo llegara. Pero esas noticias son poco verosímiles. Es cierto que a lo largo del río Tim hay una pista guiliaka y algunas yurtas, pero el rodeo por el golfo de Nisk es largo y difícil. Basta recordar las privaciones sufridas por Poliákov en su camino hacia al sur desde el golfo de Nisk para valorar los riesgos de ese mismo trayecto en dirección norte.

Ya he hablado de las terribles experiencias por las que tienen que pasar los fugitivos. Estos, especialmente los reincidentes, se acostumbran poco a poco a la taiga y a la tundra, sus piernas se adaptan y no es sorprendente que algunos hayan llegado incluso a dormir y caminar al mismo tiempo. Me contaron que los que más tiempo pueden prolongar una fuga son los vagabundos chinos, los «junjuzi», a los que envían a Sajalín desde la región de Primórskaja, ya que, por lo visto, son capaces de alimentarse durante meses enteros de raíces y hierbas. <<

[196] El 29 de junio de 1886, desde el buque de guerra *Tungús* vislumbraron un punto negro en el mar, a menos de veinte millas de Dué. Al acercarse, vieron a dos personas sentadas sobre una plataforma de corteza fijada a cuatro troncos ensamblados; en la balsa había un cubo de agua dulce, una hogaza y media de pan, un hacha, cerca de dos *puds* de harina, algo de arroz, dos velas esteáricas, un pedazo de jabón y dos paquetes de té. Los subieron a bordo y les preguntaron quiénes eran; resultó que se trataba de unos presos de la cárcel de Dué que se habían evadido el 17 de junio (lo que significa que llevaban ya fugados doce días) y que estaban navegando «hacia allí, hacia Rusia». Dos horas más tarde se levantó una violenta tormenta y el barco no pudo atracar en Sajalín. ¿Qué habría sucedido con un tiempo semejante si los fugitivos no hubieran sido recogidos por ese barco? Sobre ese caso, véase *Vladivostok*, 1886, N.º 3. <<

[197] En julio de 1887, en la rada de Dué, estaban cargando carbón en el barco *Tira*. Por regla general, el carbón suele trasladarse a bordo en barcazas remolcadas por un cúter de vapor. Al atardecer empezó a refrescar y se levantó una tormenta. El *Tira* no podía seguir anclado y se dirigió a De Castries. La barcaza fue arrastrada hasta la orilla, cerca de Dué, mientras el cúter fue a refugiarse a un pequeño río cerca de Aleksándrovsk. Por la noche, cuando el tiempo se tranquilizó un poco, la tripulación del cúter, compuesta por presos, presentó al inspector un telegrama falso de Dué en el que se ordenaba hacerse a la mar inmediatamente para salvar a los ocupantes de la barcaza, a la que la tormenta había arrastrado a mar abierto. Sin sospechar que se trataba de una treta, el inspector dio la orden de partida; pero, en lugar de dirigirse al sur, el cúter puso rumbo al norte. A bordo iban siete hombres y tres mujeres. Por la mañana, el tiempo empeoró. Cerca del cabo de Joe las máquinas se inundaron; nueve personas se ahogaron y fueron arrojadas a la orilla; solo hubo un superviviente, el piloto del cúter, que se salvó en una tabla. Ese único superviviente, llamado Kuznetsov, trabaja ahora para el ingeniero de minas en el puesto de Aleksándrovsk. Me sirvió té. Es un hombre apuesto, fuerte, moreno, de unos cuarenta años, de aspecto orgulloso y salvaje. Me recordó al Thomas Ayrton de *Los hijos del capitán Grant*. <<

[198] «Los balleneros americanos enrolaban a los fugitivos de Botany-Bay —dice un viejo habitante de Nerchinsk— y harán lo mismo con los de Sajalín». *Novedades de Moscú*, 1875, N.º 67. <<

[199] «Los exiliados de Ojotsk», en *Antigüedades Rusas*, tomo XXII. En ese sentido, véase este interesante caso: en 1885 en los periódicos japoneses apareció la noticia de que nueve personas de nacionalidad desconocida habían sufrido un naufragio cerca de Sapporo, adonde las autoridades enviaron funcionarios para prestarles ayuda. Los extranjeros les explicaron lo mejor que pudieron que eran alemanes, que su goleta había naufragado y que ellos se habían salvado en una pequeña barca. Luego los llevaron a Hakodate. Allí trataron de entenderse con ellos en inglés y en ruso, pero no comprendían ninguna de las dos lenguas y no hacían más que repetir: «Aleman, alemán». A costa de grandes esfuerzos lograron identificar al capitán, le dieron un mapa y le pidieron que les indicara el lugar del naufragio; el capitán estuvo un buen rato paseando el dedo por el mapa sin encontrar Sapporo. En general, las respuestas no eran claras. Por aquel entonces nuestro buque *Kreiser* se encontraba en Hakodate. El gobernador general le pidió al comandante que le enviara un traductor de alemán. El comandante envió a un oficial importante que, sospechando que se trataba de unos fugitivos de Sajalín que poco antes habían atacado el faro de Krilon, recurrió a una estratagema: los puso en fila y les ordenó en ruso: «¡Izquierda, marchen!». Uno de los extranjeros olvidó su papel y ejecutó la orden. De ese modo se averiguó la nacionalidad de esos ingeniosos Odiseos. Sobre ese caso, véase *Vladivostok*, 1885, N.º 32 y N.º 38. <<

[200] Ese Bloja es famoso por sus fugas y por haber degollado a muchas familias de guiliakos. En los últimos tiempos lo han tenido encerrado en el barracón de los encadenados, con grilletes en las manos y en los pies. Cuando el gobernador general visitó a los presos encadenados en compañía del comandante de la isla, este último ordenó que a Bloja le quitaran las esposas, pero exigió que el prisionero le diera su palabra de honor de que no volvería a escaparse. Lo más curioso es que ese Bloja pasa por un hombre de palabra. Cuando lo azotan, grita: «¡Muy bien, excelencia! ¡Muy bien! ¡Me lo merezco!». Es muy probable que cumpla su palabra. A los presos les gusta que los consideren hombres de palabra. <<

[201] El *Reglamento de la deportación* establece diferencias entre la fuga y la huida, la fuga a Siberia y fuera de Siberia, así como entre la primera fuga, la segunda, la tercera, la cuarta, etc. Si el preso es capturado antes de tres días o él mismo regresa por propia voluntad antes de siete días se considera una ausencia y no un intento de fuga. En el caso de un colono, esos plazos se incrementan en el primer supuesto hasta siete días y en el segundo hasta catorce. La fuga hacia fuera de Siberia se considera un crimen más grave y se castiga con mayor severidad que la fuga a Siberia; esa distinción se basa probablemente en la consideración de que una fuga a la Rusia europea requiere una mayor voluntad de delinquir que una fuga a un distrito siberiano. El castigo más benévolo por un intento de fuga consiste en cuarenta latigazos y la ampliación de la pena en cuatro años de trabajos forzados; y el más severo, en cien latigazos, trabajos forzados a perpetuidad, tres años de encadenamiento a una carretilla y el mantenimiento durante veinte años en la categoría de los puestos a prueba. Véanse los artículos 445 y 446 del *Reglamento de la deportación*, edición de 1890. <<

[202] En 1874, en el distrito de Kórsakov, el número total de enfermos fue de 227,2 % en relación con la población total. (Doctor Sintovski, «Condiciones higiénicas del penal», en *Salud*, 1875, N.º 16). <<

[203] Entre otras cosas, encontré diagnósticos como succión inmoderada del pecho, retraso vital, enfermedad psíquica del corazón, inflamación del cuerpo, agotamiento interior, neumonía curiosa, Speer, etc. <<

[204] Sobre la epidemia que afectó a todo Sajalín en 1868 y sobre la vacunación de los indígenas en 1858, véase Vasíliev, «Viaje a la isla de Sajalín», en *Archivos de Medicina Legal*, 1870, N.º 2. Para combatir el picor causado por la varicela, los guiliakos emplean grasa de foca hervida, con la que se untan todo el cuerpo. Como los guiliakos no se lavan nunca, la varicela se acompaña de unos picores que nunca se manifiestan entre los rusos. Al rascarse, se crean llagas. En 1885 se propagó en Sajalín una viruela extraordinariamente virulenta. Un viejo guiliako le dijo al doctor Vasíliev que dos de cada tres guiliakos murieron. <<

[205] Erupciones. <<

[206] Durante julio, agosto y septiembre de 1889 no se dio ni un solo caso. En el mes de octubre únicamente se ha registrado un caso de muerte por neumonía viral en los últimos diez años. Se puede considerar ese mes como el más saludable en Sajalín. <<

[207] A propósito, en ese informe encontré el siguiente comentario: «Los pesos son sometidos a terribles castigos con varas de abedul y son llevados inconscientes a la enfermería después de haber sido golpeados». <<

[208] El doctor Vasíliev encontró frecuentes casos de disentería entre los guiliakos. <<

[209] Le recuerdo al lector que esas edades constituyen respectivamente el 24,3 % y el 24,1 % de la población exiliada total. <<

[210] Donde más casos de sífilis se observan es en el puesto de Aleksándrovsk. En el informe se explica esa concentración de la enfermedad por el significativo número de recién llegados (presos con sus familias, soldados, artesanos y toda la población de paso), por los barcos que fondean en las radas de Aleksándrovsk y Dué y por los trabajos temporeros de verano. En el informe también se señalan las medidas que se emplean para luchar con la enfermedad: 1) El examen de los presos el primero y el quince de cada mes. 2) El examen de las nuevas partidas de presos que llegan a la isla. 3) El examen semanal de las mujeres de dudosa moralidad. 4) La vigilancia de los antiguos enfermos de sífilis. Pero, a pesar de todos esos exámenes y vigilancias, hay un importante porcentaje de sifilíticos que escapa al registro.

El doctor Vasíliev, enviado a Sajalín en 1869 para prestar ayuda médica a los indígenas, no encontró guiliakos enfermos de sífilis. Los ainos llaman a la sífilis «enfermedad japonesa». Los japoneses que vienen a trabajar en las factorías pesqueras están obligados a presentar al cónsul un certificado médico en el que se especifique que no padecen sífilis. <<

[211] Una estancia prolongada en las prisiones centrales y en las bodegas de los barcos propicia la aparición del escorbuto; en ocasiones, partidas enteras de presos enferman poco después de llegar a la isla. «El último convoy de reclusos llegó en perfecto estado de salud desde Kostroma —escribe un periodista—; ahora todos tienen escorbuto». (*Vladivostok*, 1885, N.º 30). <<

[212] Es fácil que un preso que se queje de migraña o ciática se haga sospechoso de simulación y no sea admitido en el hospital. En una ocasión vi cómo un nutrido grupo de presos solicitaba al inspector de la cárcel que les permitiese ir al hospital, pero él les denegó el permiso a todos, sin molestarse en separar a los enfermos de los sanos.

<<

[213] Por ejemplo, los remordimientos de conciencia, la nostalgia, los ultrajes constantes al amor propio, la soledad y todas las molestias del penal. <<

[214] El doctor Vasíliev escribe: «Entre los guiliakos, la enfermedad la origina la contemplación constante de los campos nevados... Sé por propia experiencia que esa contemplación puede producir en unos días una inflamación blenorragica de la membrana mucosa del ojo». Los presos son muy propensos a la hemeralopía. A veces esa dolencia «se ensaña» con partidas enteras de presos, que tienen que avanzar a tientas, agarrándose unos a otros. <<

[215] El autor del informe, comentando esos casos, introduce la siguiente observación: «La distribución de presas entre los colonos en calidad de cohabitantes tiene un carácter coercitivo para las primeras». Algunos presos, para que no les envíen a trabajar, se mutilan, cortándose, por ejemplo, los dedos de la mano derecha. En ese sentido, los simuladores hacen gala de un especial ingenio: se aplican al cuerpo monedas de cinco kopeks calentadas al rojo, dejan voluntariamente que sus pies se hielen, utilizan unos polvos caucasianos que, al aplicarse sobre una pequeña herida o un simple rasguño, producen una ulceración sucia, con una excrecencia pútrida; uno de ellos se introdujo rapé en la uretra, etc. Los que más recurren a la simulación son los chinos enviados desde el distrito de Primórskaia. <<

[216] El hospital, que ocupa una superficie de ocho mil quinientos setenta y cuatro sazhens cuadrados se compone de once edificios agrupados en tres secciones: 1) edificio administrativo, que incluye la farmacia, la sala quirúrgica, la consulta, cuatro barracones, la cocina, la sección femenina y una capilla —es el hospital propiamente dicho—. 2) Dos edificios dedicados a los sifilíticos de ambos sexos, una cocina y una sala de vigilancia. 3) Dos barracones reservados a las enfermedades epidémicas. <<

[217] El director del departamento médico. <<

[218] Mil setecientos noventa y cinco rublos y veintiséis kopeks en prendas de vestir y ropa blanca, doce mil ochocientos treinta y dos rublos y noventa kopeks en productos alimenticios, dos mil trescientos nueve rublos y sesenta kopeks en medicamentos, instrumental quirúrgico y aparatos, dos mil quinientos rublos y dieciséis kopeks en gastos administrativos, de oficina y otros, ocho mil trescientos rublos en el personal médico. El mantenimiento de los edificios lo financia la cárcel y el personal de servicio es gratuito. Establezcamos ahora una comparación: el hospital rural de Serpujovo, en el distrito de Moscú, que ha sido construido con todo tipo de lujos y satisface con creces las exigencias de la ciencia contemporánea, donde, en 1893 la media diaria de enfermos hospitalizados fue de 43 y de pacientes de ambulatorio 36,2 (trece mil doscientos setenta y ocho al año), donde el médico practica casi a diario operaciones graves, controla epidemias, lleva un complicado registro, etc.; en definitiva, el mejor hospital de distrito de 1893, costó a la asamblea rural doce mil ochocientos tres rublos y diecisiete kopeks, incluyendo los mil doscientos noventa y ocho rublos de los seguros y el mantenimiento de los edificios, así como los mil doscientos sesenta rublos de los emolumentos del personal (véase el *Examen de la organización sanitaria y médica de la comarca de Serpujovo durante los años 1892-1893*). La medicina en Sajalín es muy cara; sin embargo, el hospital se desinfecta «fumigando con cloro», la ventilación es inexistente y la sopa que vi preparar para los pacientes en Aleksándrovsk tenía un gusto muy salado, pues se había preparado con carne salada. Hasta hace poco, con la excusa de «la falta de utensilios y el desorden de la cocina», los pacientes se alimentaban de la olla de la cárcel (Ordenanza del comandante de la isla N.º 66, 1890). <<